

BIBLIOTECA MUNDO HISPANO
BIBLIA

REINA-VALERA ACTUALIZADA
NUEVO TESTAMENTO

EDITORIAL MUNDO HISPANO

© 2003

SANTA BIBLIA

ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTOS

VERSIÓN REINA-VALERA ACTUALIZADA

Basada en la Reina-Valera de 1909 y cotejada con diversas traducciones y con los mejores textos en los idiomas originales hebreo, arameo y griego

EDITORIAL MUNDO HISPANO

MATEO

Capítulo 1

¹ Libro de la genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

² Abraham engendró a Isaac; Isaac engendró a Jacob; Jacob engendró a Judá y a sus hermanos; ³ Judá engendró de Tamar a Fares y a Zéraj; Fares engendró a Hesrón; Hesrón engendró a Aram; ⁴ Aram engendró a Aminadab; Aminadab engendró a Najsón; Najsón engendró a Salmón; ⁵ Salmón engendró de Rajab a Boaz; Boaz engendró de Rut a Obed; Obed engendró a Isaí; ⁶ Isaí engendró al rey David. David engendró a Salomón, de la que fue mujer de Urías; ⁷ Salomón engendró a Roboam; Roboam engendró a Abías; Abías engendró a Asa; ⁸ Asa engendró a Josafat; Josafat engendró a Joram; Joram engendró a Uzías; ⁹ Uzías engendró a Jotam; Jotam engendró a Acaz; Acaz engendró a Ezequías;

¹⁰ Ezequías engendró a Manasés; Manasés engendró a Amón; Amón engendró a Josías; ¹¹ Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en el tiempo de la deportación a Babilonia. ¹² Después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel; Salatiel engendró a Zorobabel; ¹³ Zorobabel engendró a Abiud; Abiud engendró a Eliaquim; Eliaquim engendró a Azor; ¹⁴ Azor engendró a Sadoc; Sadoc engendró a Aquim; Aquim engendró a Eliud; ¹⁵ Eliud engendró a Eleazar; Eleazar engendró a Matán; Matán engendró a Jacob. ¹⁶ Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, llamado el Cristo.

¹⁷ De manera que todas las generaciones desde Abraham hasta David son catorce generaciones, y desde David hasta la deportación a Babilonia son catorce generaciones, y desde la deportación a Babilonia hasta el Cristo son catorce generaciones.

¹⁸ El nacimiento de Jesucristo fue así: Su madre María estaba desposada con José; y antes de que se unieran, se halló que ella había concebido del Espíritu Santo. ¹⁹ José, su marido, como era justo y no quería difamarla, se propuso dejarla secretamente. ²⁰ Mientras él pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que ha sido engendrado en ella es del Espíritu Santo. ²¹ Ella dará a luz un hijo; y llamarás su nombre Jesús, porque

él salvará a su pueblo de sus pecados.”²² Todo esto aconteció para que se cumpliese lo que habló el Señor por medio del profeta, diciendo: ²³ He aquí, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emanuel, que traducido quiere decir: Dios con nosotros. ²⁴ Cuando José despertó del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. ²⁵ Pero no la conoció hasta que ella dio a luz un hijo, y llamó su nombre Jesús.

Capítulo 2

¹ Jesús nació en Belén de Judea, en días del rey Herodes. Y he aquí unos magos vinieron del oriente a Jerusalén, ² preguntando: — ¿Dónde está el rey de los judíos, que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en el oriente y hemos venido para adorarle. ³ Cuando el rey Herodes oyó esto, se turbó, y toda Jerusalén con él. ⁴ Y habiendo convocado a todos los principales sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. ⁵ Ellos le dijeron: — En Belén de Judea, porque así está escrito por el profeta: ⁶ Y tú, Belén, en la tierra de Judá, de ninguna manera eres la más pequeña entre los gobernadores de Judá; porque de ti saldrá un gobernante que pastoreará a mi pueblo Israel. ⁷ Entonces Herodes llamó en secreto a los magos e indagó de ellos el tiempo de la aparición de la estrella. ⁸ Y enviándolos a Belén, les dijo: — Id y averigüad con cuidado acerca del niño. Tan pronto le halléis, hacédmelo saber, para que yo también vaya y le adore.

⁹ Ellos, después de oír al rey, se fueron. Y he aquí la estrella que habían visto en el oriente iba delante de ellos, hasta que llegó y se detuvo sobre donde estaba el niño. ¹⁰ Al ver la estrella, se regocijaron con gran alegría. ¹¹ Cuando entraron en la casa, vieron al niño con María su madre, y postrándose le adoraron. Entonces abrieron sus tesoros y le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. ¹² Pero advertidos por revelación en sueños que no volviesen a Herodes, regresaron a su país por otro camino.

¹³ Después que ellos partieron, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José, diciendo: “Levántate; toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allá hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.” ¹⁴ Entonces José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se fue a Egipto. ¹⁵ Y estuvo allí hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliese lo que habló el Señor por medio del profeta, diciendo: De Egipto llamé a mi hijo.

¹⁶ Entonces Herodes, al verse burlado por los magos, se enojó sobremanera y mandó matar a todos los niños varones en Belén y en todos sus alrededores, de dos años de edad para abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los magos. ¹⁷ Entonces se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías, diciendo: ¹⁸ Voz fue oída en Ramá; grande llanto y lamentación. Raquel lloraba por sus hijos, y no quería ser consolada, porque perecieron.

¹⁹ Cuando había muerto Herodes, he aquí un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, ²⁰ diciendo: “Levántate, toma al niño y a su madre, y vé a la tierra de Israel, porque han muerto los que procuraban quitar la vida al niño.” ²¹ Entonces él se levantó, tomó al niño y a su madre, y entró en la tierra de Israel. ²² Pero, al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, tuvo miedo de ir allá; y advertido por revelación en sueños, fue a las regiones de Galilea. ²³ Habiendo llegado, habitó en la ciudad que se llama Nazaret. Así se cumplió lo dicho por medio de los profetas, que había de ser llamado nazareno.

Capítulo 3

¹ En aquellos días apareció Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea ² y diciendo: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.” ³ Pues éste es aquel de quien fue dicho por medio del profeta Isaías: Voz del que proclama en el desierto: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas.” ⁴ Juan mismo estaba vestido de pelo de camello y con un cinto de cuero a la cintura. Su comida era langostas y miel silvestre. ⁵ Entonces salían a él Jerusalén y toda Judea y toda la región del Jordán, ⁶ y confesando sus pecados eran bautizados por él en el río Jordán.

⁷ Pero cuando Juan vio que muchos de los fariseos y de los saduceos venían a su bautismo, les decía: “¿Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?” ⁸ Producid, pues, frutos dignos de arrepentimiento; ⁹ y no penséis decir dentro de vosotros: ‘A Abraham tenemos por padre.’ Porque yo os digo que aun de estas piedras Dios puede levantar hijos a Abraham. ¹⁰ El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. ¹¹ Yo, a la verdad, os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene después de mí, cuyo calzado no soy digno de llevar, es más poderoso que yo. El os bautizará en el Espíritu Santo y fuego.

¹² Su aventador está en su mano, y limpiará su era. Recogerá su trigo en el granero y quemará la paja en el fuego que nunca se apagará.”

¹³ Entonces Jesús vino de Galilea al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él. ¹⁴ Pero Juan procuraba impedirselo diciendo: — Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? ¹⁵ Pero Jesús le respondió: — Permítelo por ahora, porque así nos conviene cumplir toda justicia. Entonces se lo permitió. ¹⁶ Y cuando Jesús fue bautizado, en seguida subió del agua, y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma y venía sobre él. ¹⁷ Y he aquí, una voz de los cielos decía: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.”

Capítulo 4

¹ Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. ² Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. ³ El tentador se acercó y le dijo: — Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. ⁴ Pero él respondió y dijo: — Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. ⁵ Entonces el diablo le llevó a la santa ciudad, le puso de pie sobre el pináculo del templo, ⁶ y le dijo: — Si eres Hijo de Dios, échate abajo, porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te llevarán, de modo que nunca tropieces con tu pie en piedra. ⁷ Jesús le dijo: — Además está escrito: No pondrás a prueba al Señor tu Dios. ⁸ Otra vez el diablo le llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria. ⁹ Y le dijo: — Todo esto te daré, si postrado me adoras. ¹⁰ Entonces Jesús le dijo: — Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás. ¹¹ Entonces el diablo le dejó, y he aquí, los ángeles vinieron y le servían.

¹² Y cuando Jesús oyó que Juan había sido encarcelado, regresó a Galilea. ¹³ Y habiendo dejado Nazaret, fue y habitó en Capernaúm, ciudad junto al mar en la región de Zabulón y Neftalí, ¹⁴ para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta Isaías, diciendo: ¹⁵ Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. ¹⁶ El pueblo que moraba en tinieblas vio una gran luz. A los que moraban en región y sombra de muerte, la luz les amaneció. ¹⁷ Desde entonces Jesús comenzó a predicar y a decir: “¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!”

¹⁸ Mientras andaba junto al mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: a Simón, que es llamado Pedro, y a su hermano Andrés. Estaban echando una red en el mar, porque eran pescadores. ¹⁹ Y les dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.” ²⁰ Y de inmediato ellos dejaron sus redes y le siguieron. ²¹ Y pasando más adelante, vio a otros dos hermanos, Jacobo hijo de Zebedeo y Juan su hermano, en la barca con su padre Zebedeo, arreglando sus redes. Los llamó, ²² y en seguida ellos dejaron la barca y a su padre, y le siguieron.

²³ Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas de ellos, predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. ²⁴ Su fama corrió por toda Siria, y le trajeron todos los que tenían males: los que padecían diversas enfermedades y dolores, los endemoniados, los lunáticos y los paralíticos. Y él los sanó. ²⁵ Le siguieron grandes multitudes de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán.

Capítulo 5

¹ Cuando vio la multitud, subió al monte; y al sentarse él, se le acercaron sus discípulos. ² Y abriendo su boca, les enseñaba diciendo:

³ “Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. ⁴ “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

⁵ “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

⁶ “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. ⁷ “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia. ⁸ “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios. ⁹ “Bienaventurados los que hacen la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. ¹⁰ “Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. ¹¹ “Bienaventurados sois cuando os vituperan y os persiguen, y dicen toda clase de mal contra vosotros por mi causa, mintiendo. ¹² Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos; pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

¹³ “Vosotros sois la sal de la tierra. Pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? No vale más para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres. ¹⁴ “Vosotros sois la luz del mundo. Una ciudad asentada sobre un monte no puede ser escondida. ¹⁵ Tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo de un cajón, sino sobre el candelero; y así alumbr a todos los que están en la casa. ¹⁶ Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, de modo que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

¹⁷ “No penséis que he venido para abrogar la Ley o los Profetas. No he venido para abrogar, sino para cumplir. ¹⁸ De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni siquiera una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo haya sido cumplido. ¹⁹ “Por lo tanto, cualquiera que quebranta el más pequeño de estos mandamientos y así enseña a los hombres, será considerado el más pequeño en el reino de los cielos. Pero cualquiera que los cumple y los enseña, éste será considerado grande en el reino de los cielos. ²⁰ Porque os digo que a menos que vuestra justicia sea mayor que la de los escribas y de los fariseos, jamás entraréis en el reino de los cielos.

²¹ “Habéis oído que fue dicho a los antiguos: No cometerás homicidio; y cualquiera que comete homicidio será culpable en el juicio. ²² Pero yo os digo que todo el que se enoja con su hermano será culpable en el juicio. Cualquiera que le llama a su hermano ‘necio’ será culpable ante el Sanedrín; y cualquiera que le llama ‘fatufo’ será expuesto al infierno de fuego. ²³ “Por tanto, si has traído tu ofrenda al altar y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴ deja tu ofrenda allí delante del altar, y vé, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces vuelve y ofrece tu ofrenda. ²⁵ “Reconcíliate pronto con tu adversario mientras estás con él en el camino; no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al guardia, y seas echado en la cárcel. ²⁶ De cierto te digo que jamás saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

²⁷ “Habéis oído que fue dicho: No cometerás adulterio. ²⁸ Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer para codiciarla ya adulteró con ella en su corazón. ²⁹ Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti. Porque es mejor para ti que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. ³⁰ Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti. Porque es mejor para ti que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

³¹ “También fue dicho: Cualquiera que despide a su mujer, déle carta de divorcio. ³² Pero yo os digo que todo aquel que se divorcia de su mujer, a no ser por causa de adulterio, hace que ella cometa adulterio. Y el que se casa con la mujer divorciada comete adulterio.

³³ “Además, habéis oído que fue dicho a los antiguos: No jurarás falsamente; sino que cumplirás al Señor tus juramentos. ³⁴ Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ³⁵ ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del Gran Rey. ³⁶ No jurarás ni por tu cabeza, porque no puedes hacer que un cabello sea ni blanco ni negro. ³⁷ Pero sea vuestro hablar, ‘sí’, ‘sí’, y ‘no’, ‘no’. Porque lo que va más allá de esto, procede del mal.

³⁸ “Habéis oído que fue dicho a los antiguos: Ojo por ojo y diente por diente. ³⁹ Pero yo os digo: No resistáis al malo. Más bien, a cualquiera que te golpea en la mejilla derecha, vuélvele también la otra. ⁴⁰ Y al que quiera llevarte a juicio y quitarte la túnica, déjale también el manto. ⁴¹ A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, vé con él dos. ⁴² Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de tí prestado, no se lo niegues.

⁴³ “Habéis oído que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. ⁴⁴ Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persiguen; ⁴⁵ de modo que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, porque él hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. ⁴⁶ Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? ⁴⁷ Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen eso mismo los gentiles? ⁴⁸ Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Capítulo 6

¹ “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos. De lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. ² Cuando, pues, hagáis obras de misericordia, no hagáis tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. De cierto os digo que ellos ya tienen su recompensa. ³ Pero cuando tú hagáis obras de misericordia, no sepa tu izquierda

lo que hace tu derecha,⁴ de modo que tus obras de misericordia sean en secreto. Y tu Padre que ve en secreto te recompensará.

⁵ “Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que aman orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.⁶ Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en secreto te recompensará.⁷ Y al orar, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que serán oídos por su palabrería.⁸ Por tanto, no os hagáis semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis.

⁹ Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro que estás en los cielos: Santificado sea tu nombre,¹⁰ venga tu reino, sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra.¹¹ El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.¹² Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.¹³ Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, el poder y la gloria por todos los siglos. Amén.¹⁴ Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros.¹⁵ Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

¹⁶ “Cuando ayunéis, no os hagáis los decaídos, como los hipócritas, que descuidan su apariencia para mostrar a los hombres que ayunan. De cierto os digo que ya tienen su recompensa.¹⁷ Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lávate la cara,¹⁸ de modo que no muestres a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto. Y tu Padre que ve en secreto te recompensará.

¹⁹ “No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido corrompen, y donde los ladrones se meten y roban.²⁰ Más bien, acumulad para vosotros tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido corrompen, y donde los ladrones no se meten ni roban.²¹ Porque donde esté tu tesoro, allí también estará tu corazón.²² “La lámpara del cuerpo es el ojo. Así que, si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará lleno de luz.²³ Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas. De modo que, si la luz que hay en ti es oscuridad, ¡cuán grande es esa oscuridad!²⁴ “Nadie puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se dedicará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

²⁵ “Por tanto os digo: No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?” ²⁶ Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mucho más valor que ellas?

²⁷ ¿Quién de vosotros podrá, por más que se afane, añadir a su estatura un codo? ²⁸ ¿Por qué os afanáis por el vestido? Mirad los lirios del campo, cómo crecen. Ellos no trabajan ni hilan; ²⁹ pero os digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos. ³⁰ Si Dios viste así la hierba del campo, que hoy está y mañana es echada en el horno, ¿no hará mucho más por vosotros, hombres de poca fe? ³¹ “Por tanto, no os afanéis diciendo: ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿Qué beberemos?’ o ‘¿Con qué nos cubriremos?’” ³² Porque los gentiles buscan todas estas cosas, pero vuestro Padre que está en los cielos sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. ³³ Más bien, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. ³⁴ Así que, no os afanéis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su propio afán. Basta a cada día su propio mal.

Capítulo 7

¹ “No juzguéis, para que no seáis juzgados. ² Porque con el juicio con que juzgáis seréis juzgados, y con la medida con que medís se os medirá. ³ “¿Por qué miras la brizna de paja que está en el ojo de tu hermano, y dejas de ver la viga que está en tu propio ojo? ⁴ ¿Cómo dirás a tu hermano: ‘Deja que yo saque la brizna de tu ojo’, y he aquí la viga está en el tuyo? ⁵ ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano. ⁶ “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen y después se vuelvan contra vosotros y os despedacen.

⁷ “Pedid, y se os dará. Buscad y hallaréis. Llamad, y se os abrirá. ⁸ Porque todo el que pide recibe, el que busca halla, y al que llama se le abrirá. ⁹ ¿Qué hombre hay entre vosotros que, al hijo que le pide pan, le dará una piedra? ¹⁰ ¿O al que le pide pescado, le dará una serpiente? ¹¹ Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden?”

¹² “Así que, todo lo que queráis que los hombres hagan por vosotros, así también haced por ellos, porque esto es la Ley y los Profetas. ¹³ “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¹⁴ Pero ¡qué estrecha es la puerta y qué angosto el camino que lleva a la vida! Y son pocos los que la hallan.

¹⁵ “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces. ¹⁶ Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? ¹⁷ Así también, todo árbol sano da buenos frutos, pero el árbol podrido da malos frutos. ¹⁸ El árbol sano no puede dar malos frutos, ni tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos. ¹⁹ Todo árbol que no lleva buen fruto es cortado y echado en el fuego. ²⁰ Así que, por sus frutos los conoceréis.

²¹ “No todo el que me dice ‘Señor, Señor’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. ²² Muchos me dirán en aquel día: ‘¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?’ ²³ Entonces yo les declararé: ‘Nunca os he conocido. ¡Apartaos de mí, obradores de maldad!’ ²⁴ “Cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace, será semejante a un hombre prudente que edificó su casa sobre la peña. ²⁵ Y cayó la lluvia, vinieron torrentes, soplaron vientos y golpearon contra aquella casa. Pero ella no se derrumbó, porque se había fundado sobre la peña. ²⁶ “Pero todo el que me oye estas palabras y no las hace, será semejante a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena. ²⁷ Cayó la lluvia, vinieron torrentes, y soplaron vientos, y azotaron contra aquella casa. Y se derrumbó, y fue grande su ruina.” ²⁸ Y aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes estaban maravilladas de su enseñanza; ²⁹ porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Capítulo 8

¹ Cuando descendió del monte, le siguió mucha gente. ² Y he aquí vino un leproso y se postró ante él diciendo: — ¡Señor, si quieres, puedes limpiarme! ³ Jesús extendió la mano y le tocó diciendo: — Quiero. ¡Sé limpio! Y al instante quedó limpio de la lepra. ⁴ Entonces Jesús le dijo: — Mira, no lo digas a

nadie; pero vé, muéstrate al sacerdote y ofrece la ofrenda que mandó Moisés, para testimonio a ellos.

⁵ Cuando Jesús entró en Capernaúm, vino a él un centurión y le rogó ⁶ diciendo: — Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, y sufre terribles dolores. ⁷ Y le dijo: — Yo iré y le sanaré. ⁸ Respondió el centurión y dijo: — Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo. Solamente di la palabra, y mi criado será sanado. ⁹ Porque yo también soy un hombre bajo autoridad y tengo soldados bajo mi mando. Si digo a éste: “Vé”, él va; si digo al otro: “Ven”, él viene; y si digo a mi siervo: “Haz esto”, él lo hace. ¹⁰ Cuando Jesús oyó esto, se maravilló y dijo a los que le seguían: — De cierto os digo que no he hallado tanta fe en ninguno en Israel. ¹¹ Y os digo que muchos vendrán del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, ¹² pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera. Allí habrá llanto y crujir de dientes. ¹³ Entonces Jesús dijo al centurión: — Vé, y como creíste te sea hecho. Y su criado fue sanado en aquella hora.

¹⁴ Entró Jesús en la casa de Pedro, y vio que su suegra estaba postrada en cama con fiebre. ¹⁵ El le tocó la mano, y la fiebre la dejó. Luego ella se levantó y comenzó a servirle. ¹⁶ Al atardecer, trajeron a él muchos endemoniados. Con su palabra echó fuera a los espíritus y sanó a todos los enfermos, ¹⁷ de modo que se cumpliese lo dicho por medio del profeta Isaías, quien dijo: El mismo tomó nuestras debilidades y cargó con nuestras enfermedades.

¹⁸ Cuando se vio rodeado de una multitud, Jesús mandó que pasasen a la otra orilla. ¹⁹ Entonces se le acercó un escriba y le dijo: — Maestro, te seguiré a dondequiera que tú vayas. ²⁰ Jesús le dijo: — Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo tienen nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. ²¹ Otro de sus discípulos le dijo: — Señor, permíteme que primero vaya y entierre a mi padre. ²² Pero Jesús le dijo: — Sígueme y deja que los muertos entierren a sus muertos.

²³ El entró en la barca, y sus discípulos le siguieron. ²⁴ Y de repente se levantó una tempestad tan grande en el mar que las olas cubrían la barca, pero él dormía. ²⁵ Y acercándose, le despertaron diciendo: — ¡Señor, sálvanos, que perecemos! ²⁶ Y él les dijo: — ¿Por qué estáis miedosos, hombres de poca fe? Entonces se levantó y reprendió a los vientos y al mar, y se hizo grande bonanza. ²⁷ Los hombres se maravillaron y decían: — ¿Qué clase de hombre es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?

²⁸ Una vez llegado a la otra orilla, a la región de los gadarenos, le vinieron al encuentro dos endemoniados que habían salido de los sepulcros. Eran violentos en extremo, tanto que nadie podía pasar por aquel camino. ²⁹ Y he aquí, ellos lanzaron gritos diciendo: — ¿Qué tienes con nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo? ³⁰ Lejos de ellos estaba paciando un gran hato de cerdos, ³¹ y los demonios le rogaron diciendo: — Si nos echas fuera, envíanos a aquel hato de cerdos. ³² El les dijo: — ¡Id! Ellos salieron y se fueron a los cerdos, y he aquí todo el hato de cerdos se lanzó al mar por un despeñadero, y murieron en el agua. ³³ Los que apacentaban los cerdos huyeron, se fueron a la ciudad y lo contaron todo, aun lo que había pasado a los endemoniados. ³⁴ Y he aquí, toda la ciudad salió al encuentro de Jesús; y cuando le vieron, le rogaban que se fuera de sus territorios.

Capítulo 9

¹ Habiendo entrado en la barca, Jesús pasó a la otra orilla y llegó a su propia ciudad. ² Entonces le trajeron un paralítico tendido sobre una camilla. Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: — Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados. ³ He aquí, algunos de los escribas dijeron entre sí: — ¡Este blasfema! ⁴ Y conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: — ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ⁵ Porque, ¿qué es más fácil decir: “Tus pecados te son perdonados” o decir: “Levántate y anda”? ⁶ Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar pecados en la tierra, — entonces dijo al paralítico — : ¡Levántate; toma tu camilla y vete a tu casa! ⁷ Y se levantó y se fue a su casa. ⁸ Cuando las multitudes vieron esto, temieron y glorificaron a Dios, quien había dado semejante autoridad a los hombres.

⁹ Pasando de allí más adelante, Jesús vio a un hombre llamado Mateo, sentado en el lugar de los tributos públicos, y le dijo: “¡Sígueme!” Y él se levantó y le siguió. ¹⁰ Sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa, he aquí muchos publicanos y pecadores que habían venido estaban sentados a la mesa con Jesús y sus discípulos. ¹¹ Y cuando los fariseos le vieron, decían a sus discípulos: — ¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores? ¹² Al oírlo, Jesús les dijo: — Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los

que están enfermos. ¹³ Id, pues, y aprended qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio. Porque yo no he venido para llamar a justos, sino a pecadores.

¹⁴ Entonces los discípulos de Juan fueron a Jesús y dijeron: — ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, pero tus discípulos no ayunan?

¹⁵ Jesús les dijo: — ¿Pueden tener luto los que están de bodas mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán. ¹⁶ Nadie pone parche de tela nueva en vestido viejo, porque el parche tira del vestido y la rotura se hace peor. ¹⁷ Tampoco echan vino nuevo en odres viejos, porque los odres se rompen, el vino se derrama, y los odres se echan a perder. Más bien, echan vino nuevo en odres nuevos, y ambos se conservan.

¹⁸ Mientras él hablaba estas cosas, he aquí vino un hombre principal y se postró delante de él diciéndole: — Mi hija acaba de morir. Pero ven y pon tu mano sobre ella, y vivirá. ¹⁹ Jesús se levantó y le siguió con sus discípulos. ²⁰ Y he aquí una mujer que sufría de hemorragia desde hacía doce años, se le acercó por detrás y tocó el borde de su manto; ²¹ porque ella pensaba dentro de sí: “Si solamente toco su vestido, seré sanada.” ²² Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: — Ten ánimo, hija, tu fe te ha salvado. Y la mujer fue sanada desde aquella hora. ²³ Cuando Jesús llegó a la casa del principal y vio a los que tocaban las flautas y a la multitud que hacía bullicio, ²⁴ les dijo: — Apartaos, porque la muchacha no ha muerto, sino que duerme. Y se burlaban de él. ²⁵ Cuando habían sacado a la gente, él entró y la tomó de la mano; y la muchacha se levantó. ²⁶ Y salió esta noticia por toda aquella tierra.

²⁷ Mientras Jesús pasaba de allí, le siguieron dos ciegos clamando a gritos y diciendo: — ¡Ten misericordia de nosotros, hijo de David! ²⁸ Cuando él llegó a la casa, los ciegos vinieron a él. Y Jesús les dijo: — ¿Creéis que puedo hacer esto? Ellos dijeron: — Sí, Señor. ²⁹ Entonces les tocó los ojos diciendo: — Conforme a vuestra fe os sea hecho. ³⁰ Y los ojos de ellos fueron abiertos. Entonces Jesús les encargó rigurosamente diciendo: — Mirad que nadie lo sepa. ³¹ Pero ellos salieron y difundieron su fama por toda aquella tierra. ³² Mientras aquéllos salían, he aquí le trajeron un hombre mudo endemoniado. ³³ Y tan pronto fue echado fuera el demonio, el mudo habló. Y las multitudes se maravillaban diciendo: — ¡Nunca se ha visto semejante cosa en Israel! ³⁴ Pero los fariseos decían: — Por el príncipe de los demonios echa fuera los demonios.

³⁵ Jesús recorría todas las ciudades y las aldeas, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia. ³⁶ Y cuando vio las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban acosadas y desamparadas como ovejas que no tienen pastor.

³⁷ Entonces dijo a sus discípulos: “A la verdad, la mies es mucha, pero los obreros son pocos. ³⁸ Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.”

Capítulo 10

¹ Entonces llamó a sus doce discípulos y les dio autoridad sobre los espíritus inmundos para echarlos fuera, y para sanar toda enfermedad y toda dolencia.

² Los nombres de los doce apóstoles son éstos: primero Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés; también Jacobo hijo de Zebedeo, y su hermano Juan;

³ Felipe y Bartolomé; Tomás y Mateo el publicano; Jacobo hijo de Alfeo, y Tadeo; ⁴ Simón el cananita y Judas Iscariote, quien le entregó.

⁵ A estos doce los envió Jesús, dándoles instrucciones diciendo: “No vayáis por los caminos de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos.

⁶ Pero id, más bien, a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ⁷ Y cuando vayáis, predicad diciendo: ‘El reino de los cielos se ha acercado.’ ⁸ Sanad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad fuera demonios. De gracia habéis recibido; dad de gracia. ⁹ “No os proveáis ni de oro, ni de plata, ni de cobre en vuestros cintos. ¹⁰ Tampoco llevéis bolsas para el camino, ni dos vestidos, ni zapatos, ni bastón; porque el obrero es digno de su alimento. ¹¹ En cualquier ciudad o aldea donde entréis, averiguad quién en ella sea digno y quedaos allí hasta que salgáis. ¹² Al entrar en la casa, saludadla. ¹³ Si la casa es digna, venga vuestra paz sobre ella. Pero si no es digna, vuelva vuestra paz a vosotros. ¹⁴ Y en caso de que no os reciban ni escuchen vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies. ¹⁵ De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable para los de la tierra de Sodoma y de Gomorra, que para aquella ciudad.

¹⁶ “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos. Sed, pues, astutos como serpientes y sencillos como palomas. ¹⁷ Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y en sus sinagogas os azotarán.

¹⁸ Seréis llevados aun ante gobernadores y reyes por mi causa, para dar testimonio a ellos y a los gentiles. ¹⁹ Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis, porque os será dado en aquella hora lo que habéis de decir. ²⁰ Pues no sois vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre que hablará en vosotros. ²¹ “El hermano entregará a muerte a su hermano, y el padre a su hijo. Se levantarán los hijos contra sus padres y los harán morir. ²² Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero el que perseverare hasta el fin, éste será salvo. ²³ Y cuando os persigan en una ciudad, huid a la otra. Porque de cierto os digo que de ningún modo acabaréis de recorrer todas las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre. ²⁴ “El discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor. ²⁵ Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo como su señor. Si al padre de familia le llamaron Beelzebul, ¡cuánto más lo harán a los de su casa! ²⁶ “Así que, no les temáis. Porque no hay nada encubierto que no será revelado, ni oculto que no será conocido. ²⁷ Lo que os digo en privado, decidlo en público; y lo que oís al oído, proclamadlo desde las azoteas. ²⁸ No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden matar al alma. Más bien, temed a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno. ²⁹ ¿Acaso no se venden dos pajaritos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin el consentimiento de vuestro Padre. ³⁰ Pues aun vuestros cabellos están todos contados. ³¹ Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajaritos. ³² “Por tanto, a todo el que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. ³³ Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos. ³⁴ “No penséis que he venido para traer paz a la tierra. No he venido para traer paz, sino espada. ³⁵ Porque yo he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre y a la nuera contra su suegra. ³⁶ Y los enemigos de un hombre serán los de su propia casa. ³⁷ “El que ama a padre o a madre más que a mí no es digno de mí, y el que ama a hijo o a hija más que a mí no es digno de mí. ³⁸ El que no toma su cruz y sigue en pos de mí no es digno de mí. ³⁹ El que halla su vida la perderá, y el que pierde su vida por mi causa la hallará. ⁴⁰ “El que os recibe a vosotros a mí me recibe, y el que me recibe a mí recibe al que me envió. ⁴¹ El que recibe a un profeta porque es profeta, recibirá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, recibirá recompensa de justo. ⁴² Cualquiera que da a uno de estos pequeñitos un

vaso de agua fría solamente porque es mi discípulo, de cierto os digo que jamás perderá su recompensa.”

Capítulo 11

¹ Aconteció que, cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos. ² Ahora bien, cuando oyó Juan en la cárcel de los hechos de Cristo, envió a él por medio de sus discípulos, ³ y le dijo: — ¿Eres tú aquel que ha de venir, o esperaremos a otro? ⁴ Y respondiendo Jesús les dijo: — Id y haced saber a Juan las cosas que oís y veis: ⁵ Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son hechos limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncia el evangelio. ⁶ Y bienaventurado es el que no toma ofensa en mí.

⁷ Mientras ellos se iban, Jesús comenzó a hablar de Juan a las multitudes: “¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ⁸ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropa delicada? He aquí, los que se visten con ropa delicada están en los palacios de los reyes. ⁹ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? ¡Sí, os digo, y más que profeta! ¹⁰ Este es aquel de quien está escrito: He aquí yo envío mi mensajero delante de tu rostro, quien preparará tu camino delante de ti. ¹¹ De cierto os digo que no se ha levantado entre los nacidos de mujer ningún otro mayor que Juan el Bautista. Sin embargo, el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él. ¹² Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos se apoderan de él. ¹³ Porque todos los Profetas y la Ley profetizaron hasta Juan. ¹⁴ Y si lo queréis recibir, él es el Elías que había de venir. ¹⁵ El que tiene oídos, oiga.

¹⁶ “Pero, ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas y dan voces a sus compañeros, ¹⁷ diciendo: ‘Os tocamos la flauta, y no bailasteis; entonamos canciones de duelo y no lamentasteis.’ ¹⁸ Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: ‘Tiene demonio.’ ¹⁹ Y vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: ‘He aquí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores.’ Pero la sabiduría es justificada por sus hechos.” ²⁰ Entonces comenzó a reprender a las ciudades en las cuales se realizaron muchos de sus hechos poderosos,

porque no se habían arrepentido: ²¹ “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si se hubieran realizado en Tiro y en Sidón los hechos poderosos que se realizaron en vosotras, ya hace tiempo se habrían arrepentido en saco y ceniza. ²² Pero os digo que en el día del juicio el castigo para Tiro y Sidón será más tolerable que para vosotras. ²³ “Y tú, Capernaúm, ¿serás exaltada hasta el cielo? ¡Hasta el Hades serás hundida! Porque si entre los de Sodoma se hubieran realizado los hechos poderosos que se realizaron en ti, habrían permanecido hasta hoy. ²⁴ Pero os digo que en el día del juicio el castigo será más tolerable para la tierra de Sodoma, que para ti.”

²⁵ En aquel tiempo Jesús respondió y dijo: “Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. ²⁶ Sí, Padre, porque así te agradó. ²⁷ “Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce bien al Hijo, sino el Padre. Nadie conoce bien al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. ²⁸ “Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, y yo os haré descansar. ²⁹ Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. ³⁰ Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga.”

Capítulo 12

¹ En ese tiempo, Jesús pasó por los sembrados en sábado. Sus discípulos tuvieron hambre y comenzaron a arrancar espigas y a comer. ² Y al verlo los fariseos, le dijeron: — Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el sábado. ³ El les dijo: — ¿No habéis leído qué hizo David cuando tuvo hambre él y los que estaban con él; ⁴ cómo entró en la casa de Dios y comieron los panes de la Presencia, cosa que no les era lícito comer ni a él ni a los que estaban con él, sino sólo a los sacerdotes? ⁵ ¿Tampoco habéis leído en la ley que en los sábados los sacerdotes en el templo profanan el sábado y quedan sin culpa? ⁶ Pero os digo que uno mayor que el templo está aquí. ⁷ Si hubierais conocido qué significa Misericordia quiero y no sacrificio, no habríais condenado a los que no tienen culpa. ⁸ Porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado. ⁹ Partió de allí y fue a la sinagoga de ellos. ¹⁰ Y he aquí había un hombre que tenía la mano paralizada; y para acusar a Jesús, le preguntaron diciendo: — ¿Es lícito sanar en sábado? ¹¹ Pero él les dijo: — ¿Qué hombre hay entre vosotros que tenga

una oveja, que si ésta cae en un pozo en sábado, no le echará mano y la sacará? ¹² Pues, ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! De manera que es lícito hacer bien en sábado. ¹³ Entonces dijo a aquel hombre: — Extiende tu mano. El la extendió, y su mano fue restaurada sana como la otra.

¹⁴ Pero saliendo los fariseos, tomaron consejo contra él, cómo destruirlo. ¹⁵ Como Jesús lo supo, se apartó de allí. Le siguió mucha gente, y a todos los sanó. ¹⁶ Y les mandó rigurosamente que no lo dieran a conocer, ¹⁷ para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta Isaías, que dijo: ¹⁸ He aquí mi siervo, a quien he escogido; mi amado, en quien se complace mi alma. Pondré mi Espíritu sobre él, y anunciará juicio a las naciones. ¹⁹ No contendrá, ni dará voces; ni oírán nadie su voz en las plazas. ²⁰ La caña cascada no quebrará, y la mecha que humea no apagará, hasta que saque a triunfo el juicio. ²¹ Y en su nombre las naciones pondrán su esperanza.

²² Entonces fue traído a él un endemoniado, ciego y mudo; y le sanó, de manera que el mudo hablaba y veía. ²³ Toda la gente estaba atónita y decía: — ¿Acaso será éste el Hijo de David? ²⁴ Pero al oírlo, los fariseos dijeron: — Este no echa fuera los demonios sino por Beelzebul, el príncipe de los demonios. ²⁵ Pero como Jesús conocía sus pensamientos, les dijo: — Todo reino dividido contra sí mismo está arruinado. Y ninguna ciudad o casa dividida contra sí misma permanecerá. ²⁶ Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido. ¿Cómo, pues, permanecerá en pie su reino? ²⁷ Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebul, ¿por quién los echan fuera vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁸ Pero si por el Espíritu de Dios yo echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. ²⁹ Porque, ¿cómo puede alguien entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes a menos que primero ate al hombre fuerte? Y entonces saqueará su casa. ³⁰ El que no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama. ³¹ Por esto os digo que todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. ³² Y a cualquiera que diga palabra contra el Hijo del Hombre le será perdonado; pero a cualquiera que hable contra el Espíritu Santo no le será perdonado, ni en este mundo, ni en el venidero. ³³ O haced bueno el árbol y bueno su fruto, o haced malo el árbol y malo su fruto; porque el árbol es conocido por su fruto. ³⁴ ¡Generación de víboras! ¿Cómo podréis vosotros, siendo malos, hablar cosas buenas? Porque

de la abundancia del corazón habla la boca.³⁵ El hombre bueno del buen tesoro saca cosas buenas, y el hombre malo del mal tesoro saca cosas malas.³⁶ Pero yo os digo que en el día del juicio los hombres darán cuenta de toda palabra ociosa que hablen.³⁷ Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado.

³⁸ Entonces le respondieron algunos de los escribas y de los fariseos, diciendo: — Maestro, deseamos ver de ti una señal.³⁹ El respondió y les dijo: — Una generación malvada y adúltera demanda señal, pero no le será dada ninguna señal, sino la señal del profeta Jonás.⁴⁰ Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.⁴¹ Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron ante la proclamación de Jonás. ¡Y he aquí uno mayor que Jonás está en este lugar!⁴² La reina del Sur se levantará en el juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. ¡Y he aquí uno mayor que Salomón está en este lugar!⁴³ Cuando el espíritu inmundo ha salido del hombre, anda por lugares secos buscando reposo, y no lo encuentra.⁴⁴ Entonces dice: “Volveré a mi casa de donde salí.” Cuando regresa, la halla desocupada, barrida y adornada.⁴⁵ Entonces va y trae consigo otros siete espíritus peores que él. Y después de entrar, habitan allí; y el estado final de aquel hombre llega a ser peor que el primero. Así también sucederá a esta perversa generación.

⁴⁶ Mientras todavía hablaba a la gente, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, buscando hablar con él.⁴⁷ Y alguien le dijo: — Mira, tu madre y tus hermanos están afuera, buscando hablar contigo.⁴⁸ Pero Jesús respondió al que hablaba con él y dijo: — ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?⁴⁹ Entonces extendió su mano hacia sus discípulos y dijo: — ¡He aquí mi madre y mis hermanos!⁵⁰ Porque cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Capítulo 13

¹ Aquel día Jesús salió de la casa y se sentó junto al mar.² Y se le acercó mucha gente, de manera que él entró en una barca para sentarse, y toda la multitud estaba de pie en la playa.³ Entonces les habló muchas cosas en

parábolas, diciendo: “He aquí un sembrador salió a sembrar.”⁴ Mientras él sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la devoraron.⁵ Y otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó rápidamente, porque la tierra no era profunda.⁶ Pero cuando salió el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.⁷ Y otra parte cayó entre los espinos. Los espinos crecieron y la ahogaron.⁸ Y otra parte cayó en buena tierra y dio fruto, una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta por uno.⁹ El que tiene oídos, que oiga.”¹⁰ Entonces se acercaron los discípulos y le dijeron: — ¿Por qué les hablas por parábolas?¹¹ Y él respondiendo les dijo: — Porque a vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no se les ha concedido.¹² Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.¹³ Por esto les hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni tampoco entienden.¹⁴ Además, se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: De oído oiréis, y nunca entenderéis; y mirando miraréis, y nunca veréis.¹⁵ Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible, y con los oídos han oído torpemente. Han cerrado sus ojos para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni entiendan con el corazón, ni se conviertan. Y yo los sanaré.¹⁶ Pero ¡bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen!¹⁷ Porque de cierto os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron.¹⁸ Vosotros, pues, oíd la parábola del sembrador.¹⁹ Cuando alguien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino.²⁰ Y el que fue sembrado en pedregales es el que oye la palabra y en seguida la recibe con gozo;²¹ pero no tiene raíz en sí, sino que es de poca duración, y cuando viene la aflicción o la persecución por causa de la palabra, en seguida tropieza.²² Y el que fue sembrado en espinos, éste es el que oye la palabra, pero las preocupaciones de este mundo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y queda sin fruto.²³ Pero el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye la palabra y la entiende, el que de veras lleva fruto y produce, uno a ciento, otro a sesenta, y otro a treinta por uno.

²⁴ Les presentó otra parábola diciendo: “El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo.²⁵ Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue.²⁶ Cuando brotó la hierba y produjo fruto, entonces apareció también la cizaña.²⁷ Se

acercaron los siervos al dueño del campo y le preguntaron: ‘Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña?’²⁸ Y él les dijo: ‘Un hombre enemigo ha hecho esto.’ Los siervos le dijeron: ‘Entonces, ¿quieres que vayamos y la recojamos?’²⁹ Pero él dijo: ‘No; no sea que al recoger la cizaña arranquéis con ella el trigo.’³⁰ Dejad crecer a ambos hasta la siega. Cuando llegue el tiempo de la siega, yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en manojos para quemarla. Pero reunid el trigo en mi granero.’³¹ Les presentó otra parábola diciendo: ‘El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su campo.’³² Esta es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando crece, es la más grande de las hortalizas y se convierte en árbol, de modo que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas.’³³ Les dijo otra parábola: ‘El reino de los cielos es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado.’³⁴ Todo esto habló Jesús en parábolas a las multitudes y sin parábolas no les hablaba,³⁵ de manera que se cumplió lo dicho por medio del profeta diciendo: Abriré mi boca con parábolas; publicaré cosas que han estado ocultas desde la fundación del mundo.’³⁶ Entonces, una vez despedida la multitud, volvió a casa. Y sus discípulos se acercaron a él diciendo: — Explícanos la parábola de la cizaña del campo.’³⁷ Y respondiendo él dijo: — El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre.’³⁸ El campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del maligno.’³⁹ El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo, y los segadores son los ángeles.’⁴⁰ De manera que como la cizaña es recogida y quemada en el fuego, así será el fin del mundo.’⁴¹ El Hijo del Hombre enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que causan tropiezos y a los que hacen maldad,’⁴² y los echarán en el horno de fuego. Allí habrá llanto y crujir de dientes.’⁴³ Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos, que oiga.

⁴⁴ El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que un hombre descubrió y luego escondió. Y con regocijo va, vende todo lo que tiene y compra aquel campo.’⁴⁵ Además, el reino de los cielos es semejante a un comerciante que buscaba perlas finas.’⁴⁶ Y habiendo encontrado una perla de gran valor, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.’⁴⁷ Asimismo, el reino de los cielos es semejante a una red que fue echada en el mar y juntó toda clase de peces.’⁴⁸ Cuando estuvo llena, la sacaron a la playa. Y sentados recogieron lo bueno en cestas y echaron fuera lo malo.’⁴⁹ Así será el fin del mundo:

Saldrán los ángeles y apartarán a los malos de entre los justos,⁵⁰ y los echarán en el horno de fuego. Allí habrá llanto y crujir de dientes.⁵¹ ¿Habéis entendido todas estas cosas? Ellos le dijeron: — Sí.⁵² El les dijo: — Por eso, todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas.

⁵³ Aconteció que cuando Jesús terminó estas parábolas, partió de allí.

⁵⁴ Vino a su tierra y les enseñaba en su sinagoga, de manera que ellos estaban atónitos y decían: — ¿De dónde tiene éste esta sabiduría y estos milagros?

⁵⁵ ¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas?⁵⁶ ¿No están todas sus hermanas con nosotros? ¿De dónde, pues, le vienen a éste todas estas cosas?⁵⁷ Se escandalizaban de él. Pero Jesús les dijo: — No hay profeta sin honra sino en su propia tierra y en su casa.⁵⁸ Y no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos.

Capítulo 14

¹ En aquel tiempo, Herodes el tetrarca oyó la fama de Jesús² y dijo a sus criados: “¿Este es Juan el Bautista! El ha resucitado de los muertos; por esta razón operan estos poderes en él.”³ Porque Herodes había prendido a Juan, le había atado con cadenas y puesto en la cárcel por causa de Herodía, la mujer de su hermano Felipe.⁴ Porque Juan le decía: “No te es lícito tenerla por mujer.”⁵ Y aunque Herodes quería matarlo, temió al pueblo; porque le tenían por profeta.⁶ Pero cuando se celebró el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodía danzó en medio y agradó a Herodes,⁷ por lo cual él se comprometió bajo juramento a darle lo que ella pidiera.⁸ Ella, instigada por su madre, dijo: “Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista.”⁹ Entonces el rey se entristeció; pero a causa del juramento y de los que estaban con él a la mesa, mandó que se la diesen.¹⁰ Mandó decapitar a Juan en la cárcel.¹¹ Y su cabeza fue traída en un plato y fue dada a la muchacha, y ella la presentó a su madre.¹² Entonces llegaron sus discípulos, tomaron el cuerpo y lo enterraron. Luego fueron y se lo contaron a Jesús.

¹³ Al oírlo, Jesús se apartó de allí en una barca a un lugar desierto y apartado. Cuando las multitudes oyeron esto, le siguieron a pie desde las ciudades.¹⁴ Cuando Jesús salió, vio la gran multitud y tuvo compasión de

ellos, y sanó a los que entre ellos estaban enfermos. ¹⁵ Al atardecer, sus discípulos se acercaron a él y le dijeron: — El lugar es desierto, y la hora ya avanzada. Despide a la gente para que vayan a las aldeas y compren para sí algo de comer. ¹⁶ Pero Jesús les dijo: — No tienen necesidad de irse. Dadles vosotros de comer. ¹⁷ Entonces ellos dijeron: — No tenemos aquí sino cinco panes y dos pescados. ¹⁸ El les dijo: — Traédmelos acá. ¹⁹ Luego mandó que la gente se recostara sobre la hierba. Tomó los cinco panes y los dos pescados, y alzando los ojos al cielo, los bendijo. Después de partíroslos, dio los panes a sus discípulos, y ellos a la gente. ²⁰ Todos comieron y se saciaron, y se recogieron doce canastas llenas de lo que sobró de los pedazos. ²¹ Los que comieron eran como cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

²² Y en seguida Jesús obligó a sus discípulos a entrar en la barca e ir delante de él a la otra orilla, mientras él despedía a las multitudes. ²³ Una vez despedida la gente, subió al monte para orar a solas; y cuando llegó la noche, estaba allí solo. ²⁴ La barca ya quedaba a gran distancia de la tierra, azotada por las olas, porque el viento era contrario. ²⁵ Y a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos caminando sobre el mar. ²⁶ Pero cuando los discípulos le vieron caminando sobre el mar, se turbaron diciendo: — ¡Un fantasma! Y gritaron de miedo. ²⁷ En seguida Jesús les habló diciendo: — ¡Tened ánimo! ¡Yo soy! ¡No temáis!

²⁸ Entonces le respondió Pedro y dijo: — Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. ²⁹ Y él dijo: — Ven. Pedro descendió de la barca y caminó sobre las aguas, y fue hacia Jesús. ³⁰ Pero al ver el viento fuerte, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó diciendo: — ¡Señor, sálvame! ³¹ De inmediato Jesús extendió la mano, le sostuvo y le dijo: — ¡Oh hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste? ³² Cuando ellos subieron a la barca, se calmó el viento. ³³ Entonces los que estaban en la barca le adoraron diciendo: — ¡Verdaderamente eres Hijo de Dios!

³⁴ Cuando cruzaron a la otra orilla, llegaron a la tierra de Genesaret. ³⁵ Y cuando los hombres de aquel lugar le reconocieron, mandaron a decirlo por toda aquella región, y trajeron a él todos los que estaban enfermos. ³⁶ Y le rogaban que sólo pudiesen tocar el borde de su manto, y todos los que tocaron quedaron sanos.

Capítulo 15

¹ Entonces se acercaron a Jesús unos fariseos y escribas de Jerusalén, diciendo: ² — ¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de los ancianos? Pues no se lavan las manos cuando comen pan. ³ El les respondió diciendo: — ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por causa de vuestra tradición? ⁴ Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y El que maldiga a su padre o a su madre muera irremisiblemente. ⁵ Pero vosotros decís que cualquiera que diga a su padre o a su madre: “Aquello con que hubieras sido beneficiado es mi ofrenda a Dios”, ⁶ no debe honrar a su padre. Así habéis invalidado la palabra de Dios por causa de vuestra tradición. ⁷ ¡Hipócritas! Bien profetizó Isaías de vosotros diciendo: ⁸ Este pueblo me honra de labios, pero su corazón está lejos de mí. ⁹ Y en vano me rinden culto, enseñando como doctrina los mandamientos de hombres.

¹⁰ Entonces, llamando a sí a la multitud, les dijo: — ¡Oíd y entended! ¹¹ Lo que entra en la boca no contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, esto contamina al hombre. ¹² Entonces se acercaron los discípulos y le dijeron: — ¿Sabes que los fariseos se ofendieron al oír esas palabras? ¹³ Pero él respondió y dijo: — Toda planta que no plantó mi Padre celestial será desarraigada. ¹⁴ Dejados. Son ciegos guías de ciegos. Pero si el ciego guía al ciego, ambos caerán en el hoyo. ¹⁵ Respondió Pedro y le dijo: — Explicanos esta parábola. ¹⁶ Jesús dijo: — ¿También vosotros carecéis de entendimiento? ¹⁷ ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al estómago y sale a la letrina? ¹⁸ Pero lo que sale de la boca viene del corazón, y eso contamina al hombre. ¹⁹ Porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las inmoralidades sexuales, los robos, los falsos testimonios y las blasfemias. ²⁰ Estas cosas son las que contaminan al hombre, pero el comer sin lavarse las manos no contamina al hombre.

²¹ Cuando Jesús salió de allí, se fue a las regiones de Tiro y de Sidón. ²² Entonces una mujer cananea que había salido de aquellas regiones, clamaba diciendo: — ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí! Mi hija es gravemente atormentada por un demonio. ²³ Pero él no le respondía palabra. Entonces se acercaron sus discípulos y le rogaron diciendo: — Despídela, pues grita tras nosotros. ²⁴ Y respondiendo dijo: — Yo no he sido enviado sino

a las ovejas perdidas de la casa de Israel. ²⁵ Entonces ella vino y se prostró delante de él diciéndole: — ¡Señor, socórreme! ²⁶ El le respondió diciendo: — No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos. ²⁷ Y ella dijo: — Sí, Señor. Pero aun los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. ²⁸ Entonces respondió Jesús y le dijo: — ¡Oh mujer, grande es tu fe! Sea hecho contigo como quieres. Y su hija fue sana desde aquella hora.

²⁹ Cuando Jesús partió de allí, fue junto al mar de Galilea, y subiendo al monte se sentó allí. ³⁰ Entonces se acercaron a él grandes multitudes que tenían consigo cojos, ciegos, mancos, mudos y muchos otros enfermos. Los pusieron a los pies de Jesús, y él los sanó; ³¹ de manera que la gente se maravillaba al ver a los mudos hablar, a los mancos sanos, a los cojos andar y a los ciegos ver. Y glorificaban al Dios de Israel. ³² Jesús llamó a sus discípulos y dijo: — Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. No quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen en el camino. ³³ Entonces sus discípulos le dijeron: — ¿De dónde conseguiremos nosotros tantos panes en un lugar desierto, como para saciar a una multitud tan grande? ³⁴ Jesús les dijo: — ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: — Siete, y unos pocos pescaditos. ³⁵ Entonces él mandó a la multitud que se recostase sobre la tierra. ³⁶ Tomó los siete panes y los pescaditos, y habiendo dado gracias los partió e iba dando a los discípulos, y los discípulos a las multitudes. ³⁷ Todos comieron y se saciaron, y recogieron siete cestas llenas de lo que sobró de los pedazos. ³⁸ Los que comían eran cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. ³⁹ Entonces, una vez despedida la gente, subió en la barca y se fue a las regiones de Magdala.

Capítulo 16

¹ Se acercaron los fariseos y los saduceos, y para probarle le pidieron que les mostrase una señal del cielo. ² Pero él les respondió diciendo: “Al atardecer decís: ‘Hará buen tiempo, porque el cielo está enrojecido’; ³ y al amanecer decís: ‘Hoy habrá tempestad, porque el cielo está enrojecido y sombrío.’ Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no podéis discernir las señales de los tiempos. ⁴ Una generación malvada y adúltera pide señal, pero no le será dada ninguna señal, sino la señal de Jonás.” Y dejándolos se fue.

⁵ Cuando los discípulos cruzaron a la otra orilla, se olvidaron de tomar consigo pan. ⁶ Entonces Jesús les dijo: — Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. ⁷ Ellos discutían entre sí, diciendo: — Es porque no trajimos pan. ⁸ Pero como Jesús lo entendió, les dijo: — ¿Por qué discutís entre vosotros que no tenéis pan, hombres de poca fe? ⁹ ¿Todavía no entendéis, ni os acordáis de los cinco panes para los cinco mil hombres, y cuántas canastas recogisteis? ¹⁰ ¿Ni tampoco de los siete panes para los cuatro mil y cuántas cestas recogisteis? ¹¹ ¿Cómo es que no entendéis que no os hablé del pan? ¡Pero guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos! ¹² Entonces entendieron que no les habló de guardarse de la levadura del pan, sino más bien de la doctrina de los fariseos y de los saduceos.

¹³ Cuando llegó Jesús a las regiones de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos diciendo: — ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? ¹⁴ Ellos dijeron: — Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o uno de los profetas. ¹⁵ Les dijo: — Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? ¹⁶ Respondió Simón Pedro y dijo: — ¡Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente! ¹⁷ Entonces Jesús respondió y le dijo: — Bienaventurado eres, Simón hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. ¹⁸ Mas yo también te digo que tú eres Pedro; y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. ¹⁹ A ti te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que ates en la tierra habrá sido atado en el cielo, y lo que desates en la tierra habrá sido desatado en los cielos. ²⁰ Entonces mandó a los discípulos que no dijesen a nadie que él era el Cristo.

²¹ Desde entonces, Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que le era preciso ir a Jerusalén y padecer mucho de parte de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. ²² Pedro le tomó aparte y comenzó a reprenderle diciendo: — Señor, ten compasión de ti mismo. ¡Jamás te suceda esto! ²³ Entonces él volviéndose, dijo a Pedro: — ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

²⁴ Entonces Jesús dijo a sus discípulos: — Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. ²⁵ Porque el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida por causa de mí la hallará. ²⁶ Pues, ¿de qué le sirve al hombre si gana el mundo entero y pierde su alma? ¿O qué dará

el hombre en rescate por su alma?²⁷ Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus hechos.²⁸ De cierto os digo que hay algunos que están aquí, que no probarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino.

Capítulo 17

¹ Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y les hizo subir aparte a un monte alto.² Y fue transfigurado delante de ellos. Su cara resplandeció como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la luz.³ Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él.

⁴ Entonces intervino Pedro y dijo a Jesús: — Señor, bueno es que nosotros estemos aquí. Si quieres, yo levantaré aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.⁵ Mientras él aún hablaba, de pronto una nube brillante les hizo sombra, y he aquí salió una voz de la nube diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. A él oíd.”⁶ Al oír esto, los discípulos se postraron sobre sus rostros y temieron en gran manera.⁷ Entonces Jesús se acercó, los tocó y dijo: — Levantaos y no temáis.⁸ Y cuando ellos alzaron los ojos, no vieron a nadie sino a Jesús mismo, solo.⁹ Mientras ellos descendían del monte, Jesús les mandó, diciendo: — No mencionéis la visión a nadie, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos.¹⁰ Entonces los discípulos le preguntaron diciendo: — ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?¹¹ Y respondiendo dijo: — A la verdad, Elías viene y restaurará todas las cosas.¹² Pero yo os digo que Elías ya vino, y no le reconocieron; más bien, hicieron con él todo lo que quisieron. Así también el Hijo del Hombre ha de padecer de ellos.¹³ Entonces los discípulos entendieron que les hablaba de Juan el Bautista.

¹⁴ Cuando llegaron a la multitud, vino a él un hombre y se arrodilló delante de él,¹⁵ diciendo: — ¡Señor, ten misericordia de mi hijo, que es lunático y padece gravemente. Pues muchas veces cae en el fuego, y muchas veces en el agua.¹⁶ Lo traje a tus discípulos, y no le pudieron sanar.¹⁷ Jesús respondió y dijo: — ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traédmelo acá.¹⁸ Jesús le reprendió, y el demonio salió de él; y el niño fue sanado desde aquella hora.¹⁹ Luego, los

discípulos se acercaron en privado a Jesús y le dijeron: — ¿Por qué no pudimos nosotros echarlo fuera?²⁰ Jesús les dijo: — Por causa de vuestra poca fe. Porque de cierto os digo que si tenéis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: “Pásate de aquí, allá”; y se pasará. Nada os será imposible.²¹ Pero este género de demonio sale sólo con oración y ayuno.

²² Estando ellos reunidos en Galilea, Jesús les dijo: “El Hijo del Hombre ha de ser entregado en manos de hombres,²³ y le matarán. Pero al tercer día resucitará.” Y ellos se entristecieron en gran manera.

²⁴ Cuando ellos llegaron a Capernaúm, fueron a Pedro los que cobraban el impuesto del templo y dijeron: — ¿Vuestro maestro no paga el impuesto del templo?²⁵ El dijo: — Sí. Al entrar en casa, Jesús le habló primero diciendo: — ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran los tributos o los impuestos? ¿De sus hijos o de otros?²⁶ Pedro le dijo: — De otros. Jesús le dijo: — Luego, los hijos están libres de obligación.²⁷ Pero, para que no los ofendamos, vé al mar, echa el anzuelo, y el primer pez que suba, tómalo. Cuando abras su boca, hallarás un estatero. Tómalo y dalo por mí y por ti.

Capítulo 18

¹ En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús diciendo: — ¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?² Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos³ y dijo: — De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como los niños, jamás entraréis en el reino de los cielos.⁴ Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el más importante en el reino de los cielos.

⁵ Y cualquiera que en mi nombre reciba a un niño como éste, a mí me recibe.

⁶ Y a cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le atase al cuello una gran piedra de molino y que se le hundiese en lo profundo del mar.

⁷ ¡Ay del mundo por los tropiezos! Es inevitable que haya tropiezos, pero ¡ay del hombre que los ocasione!⁸ Por tanto, si tu mano o tu pie te hace tropezar, córtalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno.⁹ Y si tu ojo te hace tropezar, sácalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego.

¹⁰ Mirad, no tengáis en poco a ninguno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que está en los cielos. ¹¹ Porque el Hijo del Hombre ha venido a salvar lo que se había perdido.

¹² ¿Qué os parece? Si algún hombre tiene cien ovejas y se extravía una, ¿acaso no dejará las noventa y nueve en las montañas e irá a buscar la descarriada?

¹³ Y si sucede que la encuentra, de cierto os digo que se goza más por aquélla que por las noventa y nueve que no se extraviaron. ¹⁴ Así que, no es la voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que se pierda ni uno de estos pequeños.

¹⁵ Por tanto, si tu hermano peca contra ti, vé, amonéstale a solas entre tú y él. Si él te escucha, has ganado a tu hermano. ¹⁶ Pero si no escucha, toma aún contigo uno o dos, para que todo asunto conste según la boca de dos o tres testigos. ¹⁷ Y si él no les hace caso a ellos, dilo a la iglesia; y si no hace caso a la iglesia, tenlo por gentil y publicano. ¹⁸ De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra habrá sido atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra habrá sido desatado en el cielo. ¹⁹ Otra vez os digo que, si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidan, les será hecha por mi Padre que está en los cielos. ²⁰ Porque donde dos o tres están congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

²¹ Entonces Pedro se acercó y le dijo: — Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y yo le perdonaré? ¿Hasta siete veces? ²² Jesús le dijo: — No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete. ²³ Por esto, el reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que quiso hacer cuentas con sus siervos. ²⁴ Y cuando él comenzó a hacer cuentas, le fue traído uno que le debía diez mil talentos. ²⁵ Puesto que él no podía pagar, su señor mandó venderlo a él, junto con su mujer, sus hijos y todo lo que tenía, y que se le pagara. ²⁶ Entonces el siervo cayó y se postró delante de él diciendo: “Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo.” ²⁷ El señor de aquel siervo, movido a compasión, le soltó y le perdonó la deuda. ²⁸ Pero al salir, aquel siervo halló a uno de sus consiervos que le debía cien denarios, y asiéndose de él, le ahogaba diciendo: “Paga lo que debes.” ²⁹ Entonces su consiervo, cayendo, le rogaba diciendo: “¡Ten paciencia conmigo, y yo te pagaré.” ³⁰ Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que le pagara lo que le debía. ³¹ Así que, cuando sus consiervos vieron lo que había sucedido, se entristecieron mucho; y fueron y declararon a su señor todo lo que había sucedido. ³² Entonces su señor le llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste.

³³ ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, así como también yo tuve misericordia de ti?”³⁴ Y su señor, enojado, le entregó a los verdugos hasta que le pagara todo lo que le debía.³⁵ Así también hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano.

Capítulo 19

¹ Aconteció que, cuando Jesús acabó estas palabras, partió de Galilea y fue a las fronteras de Judea, al otro lado del Jordán. ² Grandes multitudes le siguieron, y los sanó allí.

³ Entonces los fariseos se acercaron a él para probarle, diciendo: — ¿Le es lícito al hombre divorciarse de su mujer por cualquier razón? ⁴ El respondió y dijo: — ¿No habéis leído que el que los creó en el principio, los hizo varón y mujer? ⁵ Y dijo: “Por esta causa el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; y serán los dos una sola carne.”⁶ Así que ya no son más dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.

⁷ Le dijeron: — ¿Por qué, pues, mandó Moisés darle carta de divorcio y despedirla? ⁸ Les dijo: — Ante vuestra dureza de corazón, Moisés os permitió divorciaros de vuestras mujeres; pero desde el principio no fue así. ⁹ Y os digo que cualquiera que se divorcia de su mujer, a no ser por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio. ¹⁰ Le dijeron sus discípulos: — Si así es el caso del hombre con su mujer, no conviene casarse. ¹¹ Entonces él les dijo: — No todos son capaces de aceptar esta palabra, sino aquellos a quienes les está concedido. ¹² Porque hay eunucos que nacieron así desde el vientre de la madre, hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que puede aceptar esto, que lo acepte.

¹³ Entonces le fueron presentados unos niños, para que pusiese las manos sobre ellos y orase. Pero los discípulos los reprendieron. ¹⁴ Entonces Jesús les dijo: — Dejad a los niños y no les impedáis venir a mí, porque de los tales es el reino de los cielos. ¹⁵ Y habiendo puesto las manos sobre ellos, partió de allí.

¹⁶ He aquí vino uno a él y le dijo: — Maestro, ¿qué cosa buena haré para tener la vida eterna? ¹⁷ El le dijo: — ¿Por qué me preguntas acerca de lo bueno? Hay uno solo que es bueno. Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. ¹⁸ Le dijo: — ¿Cuáles? Jesús respondió: — No cometerás homicidio, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, ¹⁹ honra a tu padre y a tu madre, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. ²⁰ El joven le dijo: — Todo esto he guardado. ¿Qué más me falta? ²¹ Le dijo Jesús: — Si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo. Y ven; sígueme. ²² Pero cuando el joven oyó la palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones.

²³ Entonces Jesús dijo a sus discípulos: — De cierto os digo, que difícilmente entrará el rico en el reino de los cielos. ²⁴ Otra vez os digo que le es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios. ²⁵ Cuando los discípulos lo oyeron, se asombraron en gran manera diciendo: — Entonces, ¿quién podrá ser salvo? ²⁶ Jesús los miró y les dijo: — Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible. ²⁷ Entonces respondió Pedro y le dijo: — He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué hay, pues, para nosotros? ²⁸ Jesús les dijo: — De cierto os digo que en el tiempo de la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros que me habéis seguido os sentaréis también sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. ²⁹ Y todo aquel que deja casas, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o campos por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y heredará la vida eterna. ³⁰ Pero muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros.

Capítulo 20

¹ Porque el reino de los cielos es semejante a un hombre, dueño de un campo, que salió al amanecer a contratar obreros para su viña. ² Habiendo convenido con los obreros en un denario al día, los envió a su viña. ³ Salió también como a la tercera hora y vio que otros estaban en la plaza desocupados, ⁴ y les dijo: “Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo.” Y ellos fueron. ⁵ Salió otra vez como a la sexta hora y a la novena hora, e hizo lo mismo. ⁶ También alrededor de la undécima hora salió y halló que

otros estaban allí, y les dijo: “¿Por qué estáis aquí todo el día desocupados?”
⁷ Le dijeron: “Porque nadie nos ha contratado.” Les dijo: “Id también vosotros a la viña.”⁸ Al llegar la noche, dijo el señor de la viña a su mayordomo: “Llama a los obreros y págalos el jornal. Comienza desde los últimos hasta los primeros.”
⁹ Entonces vinieron los que habían ido cerca de la undécima hora y recibieron cada uno un denario.¹⁰ Y cuando vinieron, los primeros pensaron que recibirían más; pero ellos también recibieron un denario cada uno.¹¹ Al recibirlo, murmuraban contra el dueño del campo,¹² diciendo: “Estos últimos trabajaron una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso y el calor del día.”¹³ Pero él respondió y dijo a uno de ellos: “Amigo, no te hago ninguna injusticia. ¿No conviniste conmigo en un denario?”¹⁴ Toma lo que es tuyo y vete. Pero quiero darle a este último como a ti.¹⁵ ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes envidia porque soy bueno?”¹⁶ Así, los últimos serán primeros, y los primeros últimos.

¹⁷ Mientras Jesús subía a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte y les dijo en el camino:¹⁸ — He aquí, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte.¹⁹ Le entregarán a los gentiles para que se burlen de él, le azoten y le crucifiquen; pero al tercer día resucitará.

²⁰ Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose ante él y pidiéndole algo.²¹ El le dijo: — ¿Qué deseas? Ella le dijo: — Ordena que en tu reino estos dos hijos míos se sienten el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.²² Entonces respondiendo Jesús dijo: — No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo he de beber? Ellos le dijeron: — Podemos.²³ Les dijo: — A la verdad, beberéis de mi copa; pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío concederlo, sino que es para quienes lo ha preparado mi Padre.²⁴ Cuando los diez oyeron esto, se enojaron contra los dos hermanos.²⁵ Entonces Jesús los llamó y les dijo: — Sabéis que los gobernantes de los gentiles se enseñorean sobre ellos, y los que son grandes ejercen autoridad sobre ellos.²⁶ Entre vosotros no será así. Más bien, cualquiera que anhele ser grande entre vosotros será vuestro servidor;²⁷ y el que anhele ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo.²⁸ De la misma manera, el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

²⁹ Saliendo ellos de Jericó, le siguió una gran multitud.³⁰ Y he aquí dos ciegos estaban sentados junto al camino, y cuando oyeron que Jesús pasaba,

clamaron diciendo: — ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros!

³¹ La gente les reprendía para que se callasen, pero ellos gritaron aun más fuerte diciendo: — ¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de nosotros! ³² Jesús se detuvo, los llamó y les dijo: — ¿Qué queréis que os haga? ³³ Le dijeron: — Señor, que sean abiertos nuestros ojos. ³⁴ Entonces Jesús, conmovido dentro de sí, les tocó los ojos; y de inmediato recobraron la vista y le siguieron.

Capítulo 21

¹ Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, junto al monte de los Olivos, entonces Jesús envió a dos discípulos, ² diciéndoles: — Id a la aldea que está frente a vosotros, y en seguida hallaréis una asna atada, y un borriquillo con ella. Desatadla y traédmelos. ³ Si alguien os dice algo, decidle: “El Señor los necesita, y luego los enviará.” ⁴ Todo esto aconteció para cumplir lo dicho por el profeta, cuando dijo: ⁵ Decid a la hija de Sion: “He aquí tu Rey viene a ti, manso y sentado sobre una asna y sobre un borriquillo, hijo de bestia de carga.” ⁶ Los discípulos fueron e hicieron como Jesús les mandó. ⁷ Trajeron el asna y el borriquillo y pusieron sobre ellos sus mantos, y él se sentó encima de ellos. ⁸ La mayor parte de la multitud tendió sus mantos en el camino, mientras otros cortaban ramas de los árboles y las tendían por el camino. ⁹ Las multitudes que iban delante de él y las que le seguían aclamaban diciendo: — ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! ¹⁰ Cuando él entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió diciendo: — ¿Quién es éste? ¹¹ Y las multitudes decían: — Este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea.

¹² Entró Jesús en el templo y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo. Volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, ¹³ y les dijo: — Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. ¹⁴ Entonces ciegos y cojos vinieron a él en el templo, y él los sanó. ¹⁵ Pero los principales sacerdotes y los escribas se indignaron cuando vieron las maravillas que él hizo, y a los muchachos que le aclamaban en el templo diciendo: — ¡Hosanna al Hijo de David! ¹⁶ Y le dijeron: — ¿Oyes lo que dicen éstos? Jesús les dijo: — Sí.

¿Nunca leísteis: De la boca de los niños y de los que maman preparaste la alabanza? ¹⁷ Los dejó y salió fuera de la ciudad a Betania, y se alojó allí.

¹⁸ Volviendo a la ciudad por la mañana, él tuvo hambre. ¹⁹ Al ver una higuera en el camino, fue a ella; pero no encontró nada en ella sino sólo hojas, y le dijo: — Nunca jamás brote fruto de ti. Pronto se secó la higuera, ²⁰ y los discípulos, al verlo, se maravillaron diciendo: — ¿Cómo se secó tan pronto la higuera? ²¹ Jesús respondió y les dijo: — De cierto os digo que si tenéis fe y no dudáis, no sólo haréis esto de la higuera, sino que si decís a este monte: “Quítate y arrójate al mar”, así será. ²² Todo lo que pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis.

²³ El llegó al templo, y mientras estaba enseñando, se acercaron a él los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo, y le decían: — ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿Quién te dio esta autoridad? ²⁴ Entonces respondió Jesús y les dijo: — Yo también os haré una pregunta; y si me respondéis, yo también os diré con qué autoridad hago estas cosas. ²⁵ ¿De dónde era el bautismo de Juan? ¿Del cielo o de los hombres? Entonces ellos razonaban entre sí, diciendo: — Si decimos “del cielo”, nos dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?” ²⁶ Y si decimos “de los hombres...”, tememos al pueblo, porque todos tienen a Juan por profeta. ²⁷ Respondieron a Jesús y dijeron: — No sabemos. Y él les dijo: — Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

²⁸ ¿Pero, qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: “Hijo, vé hoy a trabajar en la viña.” ²⁹ El contestó y dijo: “No quiero.” Pero después, cambió de parecer y fue. ³⁰ Al acercarse al otro, le dijo lo mismo; y él respondió diciendo: “¡Sí, señor, yo voy!” Y no fue. ³¹ ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre? Ellos dijeron: — El primero. Y Jesús les dijo: — De cierto os digo que los publicanos y las prostitutas entran delante de vosotros en el reino de Dios. ³² Porque Juan vino a vosotros en el camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las prostitutas le creyeron. Y aunque vosotros lo visteis, después no cambiasteis de parecer para creerle.

³³ Oíd otra parábola: Había un hombre, dueño de un campo, quien plantó una viña. La rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se fue lejos. ³⁴ Pero cuando se acercó el tiempo de la cosecha, envió sus siervos a los labradores para recibir sus frutos. ³⁵ Y los labradores, tomando a sus siervos, a uno hirieron, a otro mataron y a otro apedrearón. ³⁶ El envió de nuevo otros siervos, en mayor número que los

primeros, y les hicieron lo mismo.³⁷ Por último, les envió a su hijo, diciendo: “Tendrán respeto a mi hijo.”³⁸ Pero al ver al hijo, los labradores dijeron entre sí: “Este es el heredero. Venid, matémosle y tomemos posesión de su herencia.”³⁹ Le prendieron, le echaron fuera de la viña y le mataron.⁴⁰ Ahora bien, cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?⁴¹ Le dijeron: — A los malvados los destruirá sin misericordia, y arrendará su viña a otros labradores, quienes le pagarán el fruto a su tiempo.⁴² Jesús les dijo: — ¿Nunca habéis leído en las Escrituras? La piedra que desecharon los edificadores, ésta fue hecha cabeza del ángulo. De parte del Señor sucedió esto, y es maravilloso en nuestros ojos.⁴³ Por esta razón os digo que el reino de Dios será quitado de vosotros y será dado a un pueblo que producirá los frutos del reino.⁴⁴ El que caiga sobre esta piedra será quebrantado, y desmenuzará a cualquiera sobre quien ella caiga.⁴⁵ Al oír sus parábolas, los principales sacerdotes y los fariseos entendieron que él hablaba de ellos.⁴⁶ Pero buscando cómo echarle mano, temieron al pueblo; porque le tenía por profeta.

Capítulo 22

¹ Jesús respondió y les volvió a hablar en parábolas diciendo:² — El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró el banquete de bodas para su hijo.³ Envió a sus siervos para llamar a los que habían sido invitados a las bodas, pero no querían venir.⁴ Volvió a enviar otros siervos, diciendo: “Decid a los invitados: ‘He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido matados, y todo está preparado. Venid a las bodas.’”⁵ Pero ellos no le hicieron caso y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio;⁶ y los otros tomaron a sus siervos, los afrentaron y los mataron.⁷ El rey se enojó, y enviando sus tropas mató a aquellos asesinos y prendió fuego a su ciudad.⁸ Entonces dijo a sus siervos: “El banquete, a la verdad, está preparado, pero los invitados no eran dignos.⁹ Id, pues, a las encrucijadas de los caminos y llamad al banquete de bodas a cuantos halléis.”¹⁰ Aquellos siervos salieron por los caminos y reunieron a todos los que hallaron, tanto buenos como malos; y el banquete de bodas estuvo lleno de convidados.¹¹ Pero cuando entró el rey para ver a los convidados y vio allí a un hombre que no llevaba ropa de bodas,¹² le dijo: “Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin llevar ropa de bodas?” Pero él quedó mudo.¹³ Entonces el rey dijo a los que servían: “Atadle los pies y las manos

y echadle en las tinieblas de afuera.” Allí habrá llanto y crujir de dientes;

¹⁴ porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.

¹⁵ Entonces se fueron los fariseos y consultaron cómo podrían enredarle en alguna palabra. ¹⁶ Después enviaron a él discípulos de ellos, junto con los

herodianos, diciendo: — Maestro, sabemos que eres hombre de verdad, que enseñas el camino de Dios con verdad y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres. ¹⁷ Dinos, pues, ¿qué te parece? ¿Es lícito

dar tributo al César, o no? ¹⁸ Pero Jesús, entendiendo la malicia de ellos, les dijo: — ¿Por qué me probáis, hipócritas? ¹⁹ Mostradme la moneda del tributo.

Ellos le presentaron un denario. ²⁰ Entonces él les dijo: — ¿De quién es esta

imagen y esta inscripción? ²¹ Le dijeron: — Del César. Entonces él les dijo: — Por tanto, dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. ²² Al oír esto, se maravillaron; y dejándole, se fueron.

²³ Aquel día se le acercaron unos saduceos, quienes dicen que no hay resurrección, y le preguntaron diciendo: ²⁴ — Maestro, Moisés dijo: Si alguno muere sin tener hijos, su hermano se casará con su mujer y levantará

descendencia a su hermano. ²⁵ Había, pues, siete hermanos entre nosotros. El primero tomó mujer y murió, y como no tenía descendencia, dejó su mujer a su

hermano. ²⁶ De la misma manera sucedió también con el segundo y el tercero, hasta los siete. ²⁷ Después de todos, murió también la mujer. ²⁸ En la

resurrección, puesto que todos la tuvieron, ¿de cuál de los siete será mujer?

²⁹ Entonces respondió Jesús y les dijo: — Erráis porque no conocéis las

Escrituras, ni tampoco el poder de Dios; ³⁰ porque en la resurrección no se casan ni se dan en casamiento, sino que son como los ángeles que están en el

cielo. ³¹ Y acerca de la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os

fue dicho por Dios? ³² Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios

de Jacob. Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. ³³ Al oír esto, las multitudes estaban atónitas de su doctrina.

³⁴ Entonces los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se

reunieron de común acuerdo. ³⁵ Uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó para

probarle: ³⁶ — Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? ³⁷ Jesús le

dijo: — Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu mente. ³⁸ Este es el grande y el primer mandamiento.

³⁹ Y el segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ⁴⁰ De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas.

⁴¹ Habiéndose reunido los fariseos, Jesús les preguntó ⁴² diciendo: — ¿Qué pensáis acerca del Cristo? ¿De quién es hijo? Le dijeron: — De David. ⁴³ El les dijo: — Entonces, ¿cómo es que David, mediante el Espíritu, le llama Señor? Pues dice: ⁴⁴ Dijo el Señor a mi Señor: “Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.” ⁴⁵ Pues, si David le llama Señor, ¿cómo es su hijo? ⁴⁶ Nadie le podía responder palabra, ni nadie se atrevió desde aquel día a preguntarle más.

Capítulo 23

¹ Entonces habló Jesús a la multitud y a sus discípulos, ² diciendo: “Los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés. ³ Así que, todo lo que os digan hacedlo y guardadlo; pero no hagáis según sus obras, porque ellos dicen y no hacen. ⁴ Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no las quieren mover ni aun con el dedo. ⁵ Más bien, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Ellos ensanchan sus filacterias y alargan los flecos de sus mantos. ⁶ Aman los primeros asientos en los banquetes y las primeras sillas en las sinagogas, ⁷ las saluciones en las plazas y el ser llamados por los hombres: Rabí, Rabí. ⁸ “Pero vosotros, no seáis llamados Rabí; porque uno solo es vuestro Maestro, y todos vosotros sois hermanos. ⁹ Y no llaméis a nadie vuestro Padre en la tierra, porque vuestro Padre que está en los cielos es uno solo. ¹⁰ Ni os llaméis Guía, porque vuestro Guía es uno solo, el Cristo. ¹¹ Pero el que es mayor entre vosotros será vuestro siervo; ¹² porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.

¹³ “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres. Pues vosotros no entráis, ni dejáis entrar a los que están entrando. ¹⁴ ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque devoráis las casas de viudas y como pretexto hacéis largas oraciones. ¡Por esto recibiréis mayor condenación! ¹⁵ “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito; y cuando lo lográis, le hacéis un hijo del infierno dos veces más que vosotros. ¹⁶ “¡Ay de vosotros, guías ciegos! Pues decís: ‘Si uno jura por el santuario,

no significa nada; pero si jura por el oro del santuario, queda bajo obligación.’¹⁷ ¡Necios y ciegos! ¿Cuál es más importante: el oro o el santuario que santifica al oro?¹⁸ O decís: ‘Si uno jura por el altar, no significa nada; pero si jura por la ofrenda que está sobre el altar, queda bajo obligación.’¹⁹ ¡Ciegos! ¿Cuál es más importante: la ofrenda o el altar que santifica a la ofrenda?²⁰ Por tanto, el que jura por el altar, jura por el altar y por todo lo que está sobre él.²¹ Y el que jura por el santuario, jura por el santuario y por aquel que habita en él.²² Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por aquel que está sentado sobre él.²³ “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque entregáis el diezmo de la menta, del eneldo y del comino; pero habéis omitido lo más importante de la ley, a saber, el juicio, la misericordia y la fe. Era necesario hacer estas cosas sin omitir aquéllas.²⁴ ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito pero tragáis el camello!²⁵ “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque limpiáis lo de afuera del vaso o del plato, pero por dentro están llenos de robo y de desenfreno.²⁶ ¡Fariseo ciego! ¡Limpia primero el interior del vaso para que también el exterior se haga limpio!²⁷ “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados que, a la verdad, se muestran hermosos por fuera; pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda impureza.²⁸ Así también vosotros, a la verdad, por fuera os mostráis justos a los hombres; pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.²⁹ “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque edificáis los sepulcros de los profetas y adornáis los monumentos de los justos,³⁰ y decís: ‘Si hubiéramos vivido en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.’³¹ Así dais testimonio contra vosotros mismos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas.³² ¡Colmad también vosotros la medida de vuestros padres!³³ “¡Serpientes! ¡Generación de víboras! ¿Cómo os escaparéis de la condenación del infierno?

³⁴ Por tanto, mirad; yo os envío profetas, sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas y perseguiréis de ciudad en ciudad,³⁵ de manera que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el santuario y el altar.³⁶ De cierto os digo, que todo esto recaerá sobre esta generación.³⁷ “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, así como la

gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste!³⁸ He aquí, vuestra casa os es dejada desierta,³⁹ porque os digo que desde ahora no me veréis más hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

Capítulo 24

¹ Cuando Jesús salió y se iba del templo, se le acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. ² Y él respondiendo les dijo: — ¿No veis todo esto? De cierto os digo que aquí no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada. ³ Estando él sentado en el monte de los Olivos, sus discípulos se acercaron a él aparte, y le dijeron: — Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?

⁴ Respondió Jesús y les dijo: — Mirad que nadie os engañe; ⁵ porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy el Cristo”, y engañarán a muchos. ⁶ Oiréis de guerras y de rumores de guerras. Mirad que no os turbéis, porque es necesario que esto acontezca; pero todavía no es el fin. ⁷ Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá hambre y terremotos por todas partes. ⁸ Pues todas estas cosas son principio de dolores. ⁹ Entonces os entregarán a tribulación y os matarán, y seréis aborrecidos por todas las naciones por causa de mi nombre. ¹⁰ Entonces muchos tropezarán; y se traicionarán unos a otros, y se aborrecerán unos a otros. ¹¹ Muchos falsos profetas se levantarán y engañarán a muchos; ¹² y por haberse multiplicado la maldad, se enfriará el amor de muchos. ¹³ Pero el que persevere hasta el fin será salvo. ¹⁴ Y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo para testimonio a todas las razas, y luego vendrá el fin. ¹⁵ Por tanto, cuando veáis establecida en el lugar santo la abominación desoladora, de la cual habló el profeta Daniel (el que lee, entienda), ¹⁶ entonces los que estén en Judea huyan a los montes. ¹⁷ El que esté en la azotea no descienda para sacar algo de su casa, ¹⁸ y el que esté en el campo no vuelva atrás a tomar su manto. ¹⁹ ¡Ay de las mujeres que estén encintas y de las que críen en aquellos días! ²⁰ Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en sábado; ²¹ porque entonces habrá gran tribulación como no ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni habrá jamás. ²² Si aquellos días no fuesen acortados, no se salvaría nadie; pero

por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados. ²³ Entonces, si alguien os dice: “Mirad, aquí está el Cristo”, o “Está acá”, no le creáis.

²⁴ Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y darán grandes señales y maravillas de tal manera que engañarán, de ser posible, aun a los escogidos.

²⁵ ¡Mirad! Os lo he dicho de antemano. ²⁶ Así que, si os dicen: “Mirad, está en el desierto”, no salgáis; o “Mirad, está en las habitaciones interiores”, no lo creáis. ²⁷ Porque así como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el

occidente, así será la venida del Hijo del Hombre. ²⁸ Porque donde esté el cadáver, allí se juntarán los buitres. ²⁹ Pero inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor. Las estrellas caerán del cielo y los poderes de los cielos serán sacudidos.

³⁰ Entonces se manifestará la señal del Hijo del Hombre en el cielo, y en ese tiempo harán duelo todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo con poder y gran gloria. ³¹ El enviará a sus ángeles con un gran sonar de trompeta, y ellos reunirán a los escogidos de él de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

³² De la higuera aprended la analogía: Cuando su rama ya está tierna y brotan sus hojas, sabéis que el verano está cerca. ³³ Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas. ³⁴ De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan.

³⁵ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ³⁶ Pero acerca de aquel día y hora, nadie sabe; ni siquiera los ángeles de los cielos, ni aun el Hijo, sino sólo el Padre. ³⁷ Porque como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. ³⁸ Pues como en aquellos días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dándose en casamiento hasta el día en que

Noé entró en el arca, ³⁹ y no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre. ⁴⁰ En aquel entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado.

⁴¹ Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra dejada. ⁴² Velad, pues, porque no sabéis en qué día viene vuestro Señor.

⁴³ Pero sabed esto: Si el dueño de casa hubiera sabido a qué hora habría de venir el ladrón, habría velado y no habría dejado que forzaran la entrada a su casa. ⁴⁴ Por tanto, estad preparados también vosotros, porque a la hora que no pensáis, vendrá el Hijo del Hombre. ⁴⁵ ¿Quién, pues, es el siervo fiel y prudente, a quien su señor le puso sobre los criados de su casa, para que les diera alimentos a su debido tiempo? ⁴⁶ Bienaventurado será aquel siervo a

quien, cuando su señor venga, le encuentre haciéndolo así.⁴⁷ De cierto os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.⁴⁸ Pero si aquel siervo malvado dice en su corazón: “Mi señor tarda”;⁴⁹ y si comienza a golpear a sus consiervos, y si come y bebe con los borrachos,⁵⁰ el señor de aquel siervo vendrá en el día que no espera y a la hora que no sabe,⁵¹ y le castigará duramente y le asignará lugar con los hipócritas. Allí habrá llanto y crujir de dientes.

Capítulo 25

¹ Entonces, el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio.² Cinco de ellas eran insensatas, y cinco prudentes.³ Cuando las insensatas tomaron sus lámparas, no tomaron consigo aceite;⁴ pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas.⁵ Y como tardaba el novio, todas cabecearon y se quedaron dormidas.⁶ A la media noche se oyó gritar: “¡He aquí el novio! ¡Salid a recibirle!”⁷ Entonces, todas aquellas vírgenes se levantaron y alistaron sus lámparas.⁸ Y las insensatas dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.”⁹ Pero las prudentes respondieron diciendo: “No, no sea que nos falte a nosotras y a vosotras; id, más bien, a los vendedores y comprad para vosotras mismas.”¹⁰ Mientras ellas iban para comprar, llegó el novio; y las preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta.¹¹ Después vinieron también las otras vírgenes diciendo: “¡Señor, señor, ábrenos!”¹² Pero él respondiendo dijo: “De cierto os digo que no os conozco.”¹³ Velad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora.

¹⁴ Porque el reino de los cielos será semejante a un hombre que al emprender un viaje largo, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.¹⁵ A uno dio cinco talentos, a otro dos, y a otro, uno. A cada uno dio conforme a su capacidad y se fue lejos.¹⁶ Inmediatamente, el que había recibido cinco talentos se fue, negoció con ellos y ganó otros cinco talentos.¹⁷ De la misma manera, el que había recibido dos ganó también otros dos.¹⁸ Pero el que había recibido uno fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor.¹⁹ Después de mucho tiempo, vino el señor de aquellos siervos y arregló cuentas con ellos.²⁰ Cuando se presentó el que había recibido cinco talentos, trajo otros cinco talentos y dijo: “Señor, me entregaste cinco talentos; he aquí he ganado otros cinco talentos.”²¹ Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel. Sobre poco

has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor.”²² Y cuando se presentó el que había recibido dos talentos, dijo: “Señor, me entregaste dos talentos; he aquí he ganado otros dos talentos.”²³ Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel. Sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor.”²⁴ Pero cuando se presentó el que había recibido un talento, dijo: “Señor, yo te conozco que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste.”²⁵ Y como tuve miedo, fui y escondí tu talento en la tierra. Aquí tienes lo que es tuyo.”²⁶ Su señor respondió y le dijo: “¡Siervo malo y perezoso! ¿Sabías que cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí?”²⁷ Por lo tanto, debías haber entregado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, habría recibido lo que es mío con los intereses.²⁸ Por tanto, quitadle el talento y dadlo al que tiene diez talentos.²⁹ Porque a todo el que tiene le será dado, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.³⁰ Al siervo inútil echadlo en las tinieblas de afuera.” Allí habrá llanto y crujir de dientes.

³¹ Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y todos los ángeles con él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria;³² y todas las naciones serán reunidas delante de él. El separará los unos de los otros, como cuando el pastor separa las ovejas de los cabritos;³³ y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.³⁴ Entonces el Rey dirá a los de su derecha: “¡Venid, benditos de mi Padre! Heredad el reino que ha sido preparado para vosotros desde la fundación del mundo.”³⁵ Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recibisteis;³⁶ estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y vinisteis a mí.”³⁷ Entonces los justos le responderán diciendo: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te sustentamos, o sediento y te dimos de beber?”³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te recibimos, o desnudo y te vestimos?”³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y fuimos a ti?”⁴⁰ Y respondiendo el Rey les dirá: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis.”⁴¹ Entonces dirá también a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.”⁴² Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber;⁴³ fui forastero, y no me recibisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis.”⁴⁴ Entonces le responderán: “Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o forastero,

o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos?”⁴⁵ Entonces les responderá diciendo: “De cierto os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco lo hicisteis a mí.”⁴⁶ Entonces irán éstos al tormento eterno, y los justos a la vida eterna.

Capítulo 26

¹ Aconteció que, cuando Jesús terminó todas estas palabras, dijo a sus discípulos: ² “Sabéis que después de dos días se celebra la Pascua, y el Hijo del Hombre va a ser entregado para ser crucificado.”³ Entonces los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el palacio del sumo sacerdote, que se llamaba Caifás, ⁴ y consultaron entre sí para prender a Jesús por engaño y matarle. ⁵ Pero decían: “No lo hagamos en la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo.”

⁶ Estando Jesús en Betania, en casa de Simón el leproso, ⁷ vino a él una mujer trayendo un frasco de alabastro con perfume de gran precio, y lo derramó sobre la cabeza de Jesús mientras estaba sentado a la mesa. ⁸ Al verlo, sus discípulos se indignaron y dijeron: — ¿Para qué este desperdicio? ⁹ Porque esto podría haberse vendido a un gran precio y haberse dado a los pobres. ¹⁰ Como Jesús se dio cuenta, les dijo: — ¿Por qué molestáis a la mujer? Pues ha hecho una buena obra conmigo. ¹¹ Porque siempre tenéis a los pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis. ¹² Porque al derramar este perfume sobre mi cuerpo, ella lo hizo para prepararme para la sepultura. ¹³ De cierto os digo que dondequiera que este evangelio sea predicado en todo el mundo, también será contado lo que esta mujer ha hecho, para memoria de ella.

¹⁴ Entonces, uno de los doce, que se llamaba Judas Iscariote, fue a los principales sacerdotes ¹⁵ y les dijo: — ¿Qué me queréis dar? Y yo os lo entregaré. Ellos le asignaron treinta piezas de plata; ¹⁶ y desde entonces él buscaba la oportunidad para entregarle.

¹⁷ El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús diciendo: — ¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos para comer la Pascua? ¹⁸ El dijo: — Id a la ciudad, a cierto hombre, y decidle: “El Maestro dice: ‘Mi tiempo está cerca; en tu casa voy a celebrar la Pascua con mis discípulos.’”¹⁹ Los discípulos hicieron como Jesús les mandó y prepararon la Pascua. ²⁰ Al atardecer, él estaba sentado a la mesa con los doce, ²¹ y mientras comían, dijo: — De cierto os digo que uno de vosotros me va

a entregar. ²² Entristecidos en gran manera, comenzaron a preguntarle, uno por uno: — ¿Acaso seré yo, Señor? ²³ Entonces respondiendo él dijo: — El que mete la mano conmigo en el plato, éste me entregará. ²⁴ A la verdad, el Hijo del Hombre va, tal como está escrito de él. Pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre! Bueno le fuera a aquel hombre no haber nacido. ²⁵ Y respondiendo Judas, el que le entregaba, dijo: — ¿Acaso seré yo, Maestro? Le dijo: — Tú lo has dicho.

²⁶ Mientras ellos comían, Jesús tomó pan y lo bendijo; lo partió y lo dio a sus discípulos, y dijo: — Tomad; comed. Esto es mi cuerpo. ²⁷ Tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio diciendo: — Bebed de ella todos; ²⁸ porque esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada para el perdón de pecados para muchos. ²⁹ Pero os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día cuando lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre. ³⁰ Y después de cantar un himno, salieron al monte de los Olivos.

³¹ Entonces Jesús les dijo: — Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque está escrito: Heriré al Pastor, y las ovejas del rebaño serán dispersadas. ³² Pero después de haber resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. ³³ Respondiéndole Pedro dijo: — Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. ³⁴ Jesús le dijo: — De cierto te digo que esta noche, antes que el gallo cante, tú me negarás tres veces. ³⁵ Pedro le dijo: — Aunque me sea necesario morir contigo, jamás te negaré. Y todos los discípulos dijeron lo mismo.

³⁶ Entonces llegó Jesús con ellos a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a los discípulos: — Sentaos aquí, hasta que yo vaya allá y ore. ³⁷ Tomó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. ³⁸ Entonces les dijo: — Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo. ³⁹ Pasando un poco más adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: — Padre mío, de ser posible, pase de mí esta copa. Pero, no sea como yo quiero, sino como tú. ⁴⁰ Volvió a sus discípulos y los halló durmiendo, y dijo a Pedro: — ¿Así que no habéis podido velar ni una sola hora conmigo? ⁴¹ Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu, a la verdad, está dispuesto; pero la carne es débil. ⁴² Por segunda vez se apartó y oró diciendo: — Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad. ⁴³ Cuando volvió otra vez, los halló durmiendo,

porque los ojos de ellos estaban cargados de sueño. ⁴⁴ Dejándolos, se apartó de nuevo y oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. ⁴⁵ Entonces volvió a sus discípulos y les dijo: — ¿Todavía estáis durmiendo y descansando? He aquí la hora está cerca, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de pecadores. ⁴⁶ ¡Levantaos, vamos! He aquí está cerca el que me entrega.

⁴⁷ Mientras él aún hablaba, vino Judas, que era uno de los doce, y con él mucha gente con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes y de los ancianos del pueblo. ⁴⁸ El que le entregaba les había dado señal diciendo: “Al que yo bese, ése es. Prendedle.” ⁴⁹ De inmediato se acercó a Jesús y dijo: — ¡Te saludo, Rabí! Y le besó. ⁵⁰ Pero Jesús le dijo: — Amigo, haz lo que viniste a hacer. Entonces ellos se acercaron, echaron mano a Jesús y le prendieron. ⁵¹ Y he aquí uno de los que estaban con Jesús extendió su mano, sacó su espada, y golpeando a un siervo del sumo sacerdote le cortó la oreja. ⁵² Entonces Jesús le dijo: — Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que toman espada, a espada perecerán. ⁵³ ¿O piensas que no puedo invocar a mi Padre y que él no me daría ahora mismo más de doce legiones de ángeles? ⁵⁴ Entonces, ¿cómo se cumplirían las Escrituras de que es necesario que suceda de esta manera? ⁵⁵ En ese momento Jesús dijo a la multitud: — ¿Como contra un asaltante habéis salido con espadas y palos para prenderme? Cada día me sentaba enseñando en el templo, y no me prendisteis. ⁵⁶ Pero todo esto ha ocurrido para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron.

⁵⁷ Los que habían prendido a Jesús le llevaron ante Caifás, el sumo sacerdote, donde los escribas y los ancianos se habían reunido. ⁵⁸ Y Pedro le seguía de lejos hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Habiéndose metido adentro, estaba sentado con los guardias para ver cómo terminaba aquello. ⁵⁹ Los principales sacerdotes, los ancianos y todo el Sanedrín buscaban falso testimonio contra Jesús, para que le entregaran a muerte. ⁶⁰ Pero no lo hallaron, a pesar de que se presentaron muchos testigos falsos. Por fin se presentaron dos, ⁶¹ y dijeron: — Este dijo: “Puedo derribar el templo de Dios y edificarlo en tres días.” ⁶² Se levantó el sumo sacerdote y le dijo: — ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti? ⁶³ Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo: — ¡Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios! ⁶⁴ Jesús le dijo: — Tú lo has dicho. Además os digo: De aquí en

adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y viniendo en las nubes del cielo. ⁶⁵ Entonces el sumo sacerdote rasgó su vestidura diciendo: — ¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo, vosotros habéis oído la blasfemia. ⁶⁶ ¿Qué os parece? Y ellos respondiendo dijeron: — ¡Es reo de muerte! ⁶⁷ Entonces le escupieron en la cara y le dieron de puñetazos, y otros le dieron bofetadas, ⁶⁸ diciendo: — ¡Profetízanos, Cristo! ¿Quién es el que te golpeó?

⁶⁹ Pedro estaba sentado afuera en el patio, y se le acercó una criada diciendo: — ¡Tú también estabas con Jesús el galileo! ⁷⁰ Pero él negó delante de todos diciendo: — No sé lo que dices. ⁷¹ Pero cuando él salió a la puerta, otra criada le vio y dijo a los que estaban allí: — Este estaba con Jesús de Nazaret. ⁷² Y otra vez negó con juramento: — Yo no conozco al hombre. ⁷³ Y poco después se acercaron los que estaban por allí y dijeron a Pedro: — Verdaderamente, tú también eres de ellos, porque aun tu modo de hablar te descubre. ⁷⁴ Entonces comenzó a maldecir y a jurar: — ¡No conozco al hombre! En seguida cantó el gallo, ⁷⁵ y Pedro se acordó de las palabras de Jesús que había dicho: “Antes que cante el gallo, tú me negarás tres veces.” Y saliendo fuera, lloró amargamente.

Capítulo 27

¹ Al amanecer, todos los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron consejo contra Jesús para entregarle a muerte. ² Y después de atarlo, le llevaron y le entregaron al procurador Pilato. ³ Entonces Judas, el que le había entregado, al ver que era condenado, sintió remordimiento y devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, ⁴ diciendo: — Yo he pecado entregando sangre inocente. Pero ellos dijeron: — ¿Qué nos importa a nosotros? ¡Es asunto tuyo! ⁵ Entonces él, arrojando las piezas de plata dentro del santuario, se apartó, se fue y se ahorcó. ⁶ Los principales sacerdotes, tomando las piezas de plata, dijeron: — No es lícito ponerlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. ⁷ Y habiendo tomado acuerdo, compraron con ellas el campo del Alfarero, para sepultura de los extranjeros. ⁸ Por eso aquel campo se llama Campo de Sangre, hasta el día de hoy. ⁹ Entonces se cumplió lo que fue dicho por el profeta Jeremías, cuando dijo: Y tomaron las treinta piezas de plata, precio del apreciado, según el precio fijado por los hijos de Israel; ¹⁰ y las dieron para el campo del Alfarero, como me ordenó el Señor.

¹¹ Jesús estuvo de pie en presencia del procurador, y el procurador le preguntó diciendo: — ¿Eres tú el rey de los judíos? Jesús le dijo: — Tú lo dices. ¹² Y siendo acusado por los principales sacerdotes y por los ancianos, no respondió nada. ¹³ Entonces Pilato le dijo: — ¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? ¹⁴ El no le respondió ni una palabra, de manera que el procurador se maravillaba mucho. ¹⁵ En la fiesta, el procurador acostumbraba soltar al pueblo un preso, el que quisieran. ¹⁶ Tenían en aquel entonces un preso famoso que se llamaba Barrabás. ¹⁷ Estando ellos reunidos, Pilato les dijo: — ¿A cuál queréis que os suelte? ¿A Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? ¹⁸ Porque sabía que por envidia le habían entregado. ¹⁹ Mientras él estaba sentado en el tribunal, su esposa le mandó a decir: “No tengas nada que ver con ese justo, porque hoy he sufrido muchas cosas en sueños por causa de él.” ²⁰ Entonces los principales sacerdotes y los ancianos persuadieron a las multitudes que pidieran a Barrabás y que dieran muerte a Jesús. ²¹ Y respondiendo el procurador les dijo: — ¿A cuál de los dos queréis que os suelte? Ellos dijeron: — ¡A Barrabás! ²² Pilato les dijo: — ¿Qué, pues, haré con Jesús, llamado el Cristo? Todos dijeron: — ¡Sea crucificado! ²³ Y el procurador les dijo: — Pues, ¿qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más fuerte diciendo: — ¡Sea crucificado! ²⁴ Y cuando Pilato se dio cuenta de que no se lograba nada, sino que sólo se hacía más alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: — ¡Yo soy inocente de la sangre de éste! ¡Será asunto vuestro! ²⁵ Respondió todo el pueblo y dijo: — ¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

²⁶ Entonces les soltó a Barrabás; y después de haber azotado a Jesús, le entregó para que fuese crucificado. ²⁷ Entonces los soldados del procurador llevaron a Jesús al Pretorio y reunieron a toda la compañía alrededor de él. ²⁸ Después de desnudarle, le echaron encima un manto de escarlata. ²⁹ Habiendo entretejido una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha pusieron una caña. Se arrodillaron delante de él y se burlaron de él, diciendo: — ¡Viva, rey de los judíos! ³⁰ Y escupiendo en él, tomaron la caña y le golpeaban la cabeza. ³¹ Y cuando se habían burlado de él, le quitaron el manto, le pusieron sus propios vestidos y le llevaron para crucificarle. ³² Mientras salían, hallaron a un hombre de Cirene llamado Simón. A éste le obligaron a cargar la cruz de Jesús.

³³ Cuando llegaron al lugar que se llama Gólgota, que significa lugar de la Calavera, ³⁴ le dieron a beber vino mezclado con ajeno; pero cuando lo

probó, no lo quiso beber. ³⁵ Después de crucificarle, repartieron sus vestidos, echando suertes. ³⁶ Y sentados, le guardaban allí. ³⁷ Pusieron sobre su cabeza su acusación escrita: ESTE ES JESUS, EL REY DE LOS JUDIOS.

³⁸ Entonces crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. ³⁹ Los que pasaban le insultaban, meneando sus cabezas ⁴⁰ y diciendo: — Tú que derribas el templo y en tres días lo edificas, ¡sálvate a ti mismo, si eres Hijo de Dios, y desciende de la cruz! ⁴¹ De igual manera, aun los principales sacerdotes junto con los escribas y los ancianos se burlaban de él, y decían: ⁴² — A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar. ¿Es rey de Israel? ¡Que descienda ahora de la cruz, y creeremos en él! ⁴³ Ha confiado en Dios. Que lo libre ahora si le quiere, porque dijo: “Soy Hijo de Dios.” ⁴⁴ También los ladrones que estaban crucificados con él le injuriaban de la misma manera.

⁴⁵ Desde la sexta hora descendió oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena. ⁴⁶ Como a la hora novena Jesús exclamó a gran voz diciendo: — ¡Elí, Elí! ¿Lama sabactani? — que significa: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? — ⁴⁷ Cuando algunos de los que estaban allí le oyeron, decían: — Este hombre llama a Elías. ⁴⁸ Y de inmediato uno de ellos corrió, tomó una esponja, la llenó de vinagre, y poniéndola en una caña, le daba de beber. ⁴⁹ Pero otros decían: — Deja, veamos si viene Elías a salvarlo.

⁵⁰ Pero Jesús clamó otra vez a gran voz y entregó el espíritu. ⁵¹ Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. La tierra tembló, y las rocas se partieron. ⁵² Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de hombres santos que habían muerto se levantaron; ⁵³ y salidos de los sepulcros después de la resurrección de él, fueron a la santa ciudad y aparecieron a muchos. ⁵⁴ Y cuando el centurión y los que con él guardaban a Jesús vieron el terremoto y las cosas que habían sucedido, temieron en gran manera y dijeron: — ¡Verdaderamente éste era Hijo de Dios! ⁵⁵ Estaban allí muchas mujeres mirando desde lejos. Ellas habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole. ⁵⁶ Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

⁵⁷ Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea llamado José, quien también había sido discípulo de Jesús. ⁵⁸ Este se presentó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato mandó que se le diese. ⁵⁹ José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia ⁶⁰ y lo puso en su sepulcro nuevo, que había labrado en la peña. Luego hizo rodar una gran piedra a la entrada del sepulcro,

y se fue. ⁶¹ Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas delante del sepulcro. ⁶² Al día siguiente, esto es, después de la Preparación, los principales sacerdotes y los fariseos se reunieron ante Pilato, ⁶³ diciendo: — Señor, nos acordamos que mientras aún vivía, aquel engañador dijo: “Después de tres días resucitaré.” ⁶⁴ Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que sus discípulos vengan y roben el cadáver, y digan al pueblo: “Ha resucitado de los muertos.” Y el último fraude será peor que el primero. ⁶⁵ Pilato les dijo: — Tenéis tropas de guardia. Id y aseguradlo como sabéis hacerlo. ⁶⁶ Ellos fueron, y habiendo sellado la piedra, aseguraron el sepulcro con la guardia.

Capítulo 28

¹ Después del sábado, al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María para ver el sepulcro. ² Y he aquí, hubo un gran terremoto; porque el ángel del Señor descendió del cielo, y al llegar removió la piedra y se sentó sobre ella. ³ Su aspecto era como un relámpago, y su vestidura era blanca como la nieve. ⁴ Los guardias temblaron por miedo de él y quedaron como muertos. ⁵ Y respondiendo el ángel dijo a las mujeres: — No temáis vosotras, porque sé que buscáis a Jesús, quien fue crucificado. ⁶ No está aquí, porque ha resucitado, así como dijo. Venid, ved el lugar donde estaba puesto. ⁷ E id de prisa y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos. He aquí va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis. He aquí os lo he dicho. ⁸ Entonces ellas salieron a toda prisa del sepulcro con temor y gran gozo, y corrieron a dar las nuevas a sus discípulos. ⁹ Y he aquí, Jesús les salió al encuentro, diciendo: — ¡Os saludo! Y acercándose ellas, abrazaron sus pies y le adoraron. ¹⁰ Entonces Jesús les dijo: — No temáis. Id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea. Allí me verán.

¹¹ Entre tanto que ellas iban, he aquí algunos de la guardia fueron a la ciudad y dieron aviso a los principales sacerdotes de todas las cosas que habían acontecido. ¹² Ellos se reunieron en consejo con los ancianos, y tomando mucho dinero se lo dieron a los soldados, ¹³ diciendo: “Decid: ‘Sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras nosotros dormíamos.’” ¹⁴ Y si esto llega a oídos del procurador, nosotros le persuadiremos y os evitaremos problemas.” ¹⁵ Ellos

tomaron el dinero e hicieron como habían sido instruidos. Y este dicho se ha divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

¹⁶ Pero los once discípulos se fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había mandado. ¹⁷ Cuando le vieron, le adoraron; pero algunos dudaron.

¹⁸ Jesús se acercó a ellos y les habló diciendo: “Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. ¹⁹ Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándoles en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ²⁰ y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado. Y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.”

MARCOS

Capítulo 1

¹ El principio del evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios. ² Como está escrito en el profeta Isaías: He aquí envió mi mensajero delante de ti, quien preparará tu camino. ³ Voz del que proclama en el desierto: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas.” ⁴ Así Juan el Bautista apareció en el desierto predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados. ⁵ Y salía a él toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados. ⁶ Juan estaba vestido de pelo de camello y con un cinto de cuero a la cintura, y comía langostas y miel silvestre. ⁷ Y predicaba diciendo: “Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar, agachado, la correa de su calzado. ⁸ Yo os he bautizado en agua, pero él os bautizará en el Espíritu Santo.”

⁹ Aconteció en aquellos días que Jesús vino de Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. ¹⁰ Y en seguida, mientras subía del agua, vio que los cielos se abrían y que el Espíritu descendía sobre él como paloma. ¹¹ Y vino una voz desde el cielo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.” ¹² En seguida, el Espíritu le impulsó al desierto, ¹³ y estuvo en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba con las fieras, y los ángeles le servían.

¹⁴ Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio de Dios, ¹⁵ y diciendo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!” ¹⁶ Y pasando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés hermano de Simón, echando la red en el mar; porque eran pescadores. ¹⁷ Jesús les dijo: “Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres.” ¹⁸ De inmediato dejaron sus redes y le siguieron. ¹⁹ Al ir un poco más adelante, vio a Jacobo hijo de Zebedeo y a su hermano Juan. Ellos estaban en su barca arreglando las redes. ²⁰ En seguida les llamó; y ellos, dejando a su padre Zebedeo en la barca junto con los jornaleros, se fueron en pos de él. ²¹ Entraron en Capernaúm. Y en seguida, entrando él en la

sinagoga los sábados, enseñaba.²² Y se asombraban de su enseñanza, porque les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas.

²³ Y en ese momento un hombre con espíritu inmundo estaba en la sinagoga de ellos, y exclamó ²⁴ diciendo: — ¿Qué tienes con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres: ¡el Santo de Dios! ²⁵ Jesús le reprendió diciendo: — ¡Cállate y sal de él! ²⁶ Y el espíritu inmundo lo sacudió con violencia, clamó a gran voz y salió de él. ²⁷ Todos se maravillaron, de modo que discutían entre sí diciendo: — ¿Qué es esto? ¡Una nueva doctrina con autoridad! Aun a los espíritus inmundos él manda, y le obedecen. ²⁸ Y pronto se extendió su fama por todas partes, en toda la región alrededor de Galilea.

²⁹ En seguida, cuando salieron de la sinagoga, fueron con Jacobo y Juan a la casa de Simón y Andrés. ³⁰ La suegra de Simón estaba en cama con fiebre; y de inmediato le hablaron de ella. ³¹ El se acercó a ella, la tomó de la mano y la levantó. Y le dejó la fiebre, y ella comenzó a servirles. ³² Al atardecer, cuando se puso el sol, le traían todos los enfermos y los endemoniados. ³³ Toda la ciudad estaba reunida a la puerta. ³⁴ Y él sanó a muchos que padecían de diversas enfermedades y echó fuera muchos demonios. Y no permitía a los demonios hablar, porque le conocían. ³⁵ Habiéndose levantado muy de madrugada, todavía de noche, Jesús salió y se fue a un lugar desierto y allí oraba. ³⁶ Simón y sus compañeros fueron en busca de él. ³⁷ Le encontraron y le dijeron: — Todos te buscan. ³⁸ El les respondió: — Vamos a otra parte, a los pueblos vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido. ³⁹ Y fue predicando en las sinagogas de ellos en toda Galilea, y echando fuera los demonios.

⁴⁰ Y vino a él un leproso implorándole, y de rodillas le dijo: — Si quieres, puedes limpiarme. ⁴¹ Jesús, movido a compasión, extendió la mano, le tocó y le dijo: — Quiero; sé limpio. ⁴² Y al instante desapareció la lepra de él, y quedó limpio. ⁴³ En seguida, le despidió después de amonestarle ⁴⁴ y le dijo: — Mira, no digas nada a nadie. Más bien vé, muéstrate al sacerdote y ofrece lo que mandó Moisés en cuanto a tu purificación, para testimonio a ellos. ⁴⁵ Pero cuando salió, él comenzó a proclamar y a difundir mucho el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ninguna ciudad, sino que se quedaba afuera en lugares despoblados. Y venían a él de todas partes.

Capítulo 2

¹ Cuando él entró otra vez en Capernaúm después de algunos días, se oyó que estaba en casa. ² Muchos acudieron a él, de manera que ya no cabían ni ante la puerta; y él les hablaba la palabra. ³ Entonces vinieron a él trayendo a un paralítico cargado por cuatro. ⁴ Y como no podían acercarlo a él debido al gentío, destaparon el techo donde Jesús estaba, y después de hacer una abertura bajaron la camilla en que el paralítico estaba recostado. ⁵ Y viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: — Hijo, tus pecados te son perdonados. ⁶ Algunos de los escribas estaban sentados allí y razonaban en sus corazones: ⁷ — ¿Por qué habla éste así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados, sino uno solo, Dios? ⁸ De inmediato Jesús, dándose cuenta en su espíritu de que razonaban así dentro de sí mismos, les dijo: — ¿Por qué razonáis así en vuestros corazones? ⁹ ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecados te son perdonados”; o decirle: “Levántate, toma tu camilla y anda”? ¹⁰ Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar pecados en la tierra — dijo al paralítico — : ¹¹ A ti te digo, ¡levántate, toma tu camilla y vete a tu casa! ¹² Y se levantó, y en seguida tomó su camilla y salió en presencia de todos, de modo que todos se asombraron y glorificaron a Dios, diciendo: — ¡Jamás hemos visto cosa semejante!

¹³ Jesús salió otra vez junto al mar, y toda la gente venía a él, y él les enseñaba. ¹⁴ Y pasando, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado en el lugar de los tributos públicos, y le dijo: “Sígueme.” Y levantándose, le siguió. ¹⁵ Sucedió que, estando Jesús sentado a la mesa en casa de Leví, muchos publicanos y pecadores estaban también sentados a la mesa con Jesús y sus discípulos, porque eran muchos y le habían seguido. ¹⁶ Y cuando los escribas de los fariseos le vieron comer con los pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: — ¿Por qué come con los publicanos y pecadores? ¹⁷ Al oírlo, Jesús les dijo: — Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. No he venido para llamar a justos, sino a pecadores.

¹⁸ Los discípulos de Juan y los fariseos estaban ayunando. Fueron a Jesús y le dijeron: — ¿Por qué ayunan los discípulos de Juan y los discípulos de los fariseos, pero tus discípulos no ayunan? ¹⁹ Jesús les dijo: — ¿Acaso pueden ayunar los que están de bodas mientras el novio está con ellos? Entretanto que tienen al novio con ellos, no pueden ayunar. ²⁰ Pero vendrán días cuando

el novio les será quitado. Entonces, en aquel día ayunarán. ²¹ Nadie pone parche de tela nueva en vestido viejo. De otra manera, el parche nuevo tira del viejo, y la rotura se hace peor. ²² Ni nadie echa vino nuevo en odres viejos. De otra manera, el vino rompe los odres, y se pierde el vino, y también los odres. Más bien, el vino nuevo se echa en odres nuevos. ²³ Aconteció que Jesús pasaba por los sembrados en sábado, y sus discípulos se pusieron a caminar arrancando espigas. ²⁴ Los fariseos le decían: — Mira, ¿por qué hacen en los sábados lo que no es lícito? ²⁵ Y él les dijo: — ¿Nunca habéis leído qué hizo David cuando tuvo necesidad y pasó hambre él y los que estaban con él; ²⁶ cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la Presencia, y aun dio a los que estaban con él; cosa que no es lícito comer, salvo a los sacerdotes? ²⁷ — También les dijo — : El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. ²⁸ Así que el Hijo del Hombre es Señor también del sábado.

Capítulo 3

¹ Entró otra vez en la sinagoga, y estaba allí un hombre que tenía la mano paralizada. ² Y estaban al acecho a ver si le sanaría en sábado, a fin de acusarle. ³ Entonces dijo al hombre que tenía la mano paralizada: — ¡Ponte de pie en medio! ⁴ Y a ellos les dijo: — ¿Es lícito en sábado hacer bien o hacer mal? ¿Salvar la vida o matar? Pero ellos callaban. ⁵ Y mirándolos en derredor con enojo, dolorido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: — Extiende tu mano. Y la extendió, y su mano le fue restaurada. ⁶ Los fariseos salieron en seguida, junto con los herodianos, y tomaron consejo contra él, cómo destruirlo. ⁷ Jesús se apartó con sus discípulos al mar, y le siguió una gran multitud de gente procedente de Galilea. Y de Judea, ⁸ de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y Sidón una gran multitud vino a él, porque habían oído de las grandes cosas que hacía. ⁹ Y Jesús dijo a sus discípulos que siempre tuviesen lista una barca a causa del gentío, para que no lo apretujaran; ¹⁰ porque había sanado a muchos, de modo que le caían encima todos cuantos tenían plagas, para tocarlo. ¹¹ Y los espíritus inmundos, siempre que le veían, se postraban delante de él y gritaban diciendo: “¡Tú eres el Hijo de Dios!” ¹² Pero él les reprendía mucho para que no le dieran a conocer.

¹³ Entonces subió al monte y llamó a sí a los que él quiso, y fueron a él.

¹⁴ Constituyó a doce, a quienes nombró apóstoles, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar ¹⁵ y tener autoridad para echar fuera los demonios.

¹⁶ Y constituyó a los doce: a Simón (a quien le puso por nombre Pedro), ¹⁷ a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan el hermano de Jacobo (a ellos les puso por nombre Boanerges, es decir, hijos del trueno), ¹⁸ a Andrés, a Felipe, a Bartolomé, a Mateo, a Tomás, a Jacobo hijo de Alfeo, a Tadeo, a Simón el cananita ¹⁹ y a Judas Iscariote (el que le entregó). El volvió a casa, ²⁰ y otra vez se reunió la multitud, de modo que ellos no podían ni siquiera comer pan.

²¹ Cuando los suyos lo oyeron, fueron para prenderle, porque decían que estaba fuera de sí.

²² Los escribas que habían descendido de Jerusalén decían que estaba poseído por Beelzebul y que mediante el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios. ²³ Y habiéndolos llamado a su lado, les hablaba en parábolas: “¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? ²⁴ Si un reino se divide contra sí, ese reino no puede permanecer. ²⁵ Si una casa se divide contra sí, esa casa no podrá permanecer. ²⁶ Y si Satanás se levanta contra sí mismo y está dividido, no puede permanecer, sino que su fin ha llegado. ²⁷ Al contrario, nadie puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes a menos que primero ate al hombre fuerte. Y entonces saqueará su casa. ²⁸ De cierto os digo que a los hijos de los hombres les serán perdonados todos los pecados y blasfemias, cualesquiera que sean. ²⁹ Pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás, sino que es culpable de pecado eterno.” ³⁰ Dijo esto porque decían: “Tiene espíritu inmundo.”

³¹ Entonces fueron su madre y sus hermanos, y quedándose fuera enviaron a llamarle. ³² Mucha gente estaba sentada alrededor de él, y le dijeron: — Mira, tu madre, tus hermanos y tus hermanas te buscan afuera. ³³ El respondiendo les dijo: — ¿Quién es mi madre y mis hermanos? ³⁴ Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: — He aquí mi madre y mis hermanos. ³⁵ Porque cualquiera que hace la voluntad de Dios, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre.

Capítulo 4

¹ Otra vez comenzó a enseñar junto al mar, y se reunió ante él una multitud muy grande; de manera que él entró en una barca mar adentro y se sentó allí, y toda la multitud estaba en la playa, frente al mar. ² Y les enseñaba muchas cosas en parábolas. Les decía en su enseñanza: ³ “¡Oíd! He aquí un sembrador salió a sembrar. ⁴ Y mientras sembraba, aconteció que parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la devoraron. ⁵ Otra parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra, y en seguida brotó; porque la tierra no era profunda. ⁶ Y cuando salió el sol se quemó, y porque no tenía raíces se secó. ⁷ Otra parte cayó entre los espinos. Y los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto. ⁸ Y otras semillas cayeron en buena tierra y creciendo y aumentando dieron fruto. Y llevaban fruto a treinta, sesenta y ciento por uno.” ⁹ Y decía: “El que tiene oído para oír, oiga.” ¹⁰ Cuando estuvo solo, los que estaban alrededor de él junto con los doce le preguntaban en cuanto a las parábolas. ¹¹ Y él les decía: “A vosotros se os ha dado el misterio del reino de Dios; pero para los que están fuera, todas las cosas están en parábolas, ¹² para que viendo vean y no perciban, y oyendo oigan y no entiendan; de modo que no se conviertan y les sea perdonado.” ¹³ Luego les dijo: “¿No comprendéis esta parábola? ¿Cómo, pues, entenderéis todas las parábolas? ¹⁴ El sembrador siembra la palabra. ¹⁵ Primero están estos que caen junto al camino donde se siembra la palabra. Y cuando la oyen, en seguida viene Satanás y quita la palabra que había sido sembrada en ellos. ¹⁶ También los que son sembrados en pedregales son aquellos que, cuando oyen la palabra, en seguida la reciben con gozo; ¹⁷ pero no tienen raíz en sí, sino que son de poca duración. Entonces, cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, en seguida tropiezan. ¹⁸ Y otros son los que son sembrados entre espinos. Ellos son los que oyen la palabra, ¹⁹ pero las preocupaciones de este mundo, el engaño de las riquezas y la codicia de otras cosas se entrometen y ahogan la palabra, y queda sin fruto. ²⁰ Y aquellos que fueron sembrados en buena tierra son los que oyen la palabra, la reciben y producen fruto a treinta, a sesenta y a ciento por uno.”

²¹ También les dijo: “¿Acaso se trae una lámpara para que sea puesta debajo de un cajón o debajo de la cama? ¿No es para que sea puesta sobre el candelero? ²² Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado; ni nada escondido, sino para que salga en claro. ²³ Si alguno tiene oídos

para oír, oiga.”²⁴ Les dijo también: “Considerad lo que oís: Con la medida con que medís, será medido para vosotros y os será añadido.”²⁵ Porque al que tiene le será dado, y al que no tiene aun lo que tiene le será quitado.”²⁶ También decía: “Así es el reino de Dios, como cuando un hombre echa semilla en la tierra.”²⁷ El duerme de noche y se levanta de día, y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo.”²⁸ Porque de por sí la tierra da fruto: primero el tallito, luego las espigas y después el grano lleno en la espiga.”²⁹ Y cuando el fruto se ha producido, en seguida él mete la hoz, porque la siega ha llegado.”³⁰ También decía: “¿A qué haremos semejante el reino de Dios? ¿Con qué parábola lo compararemos?”³¹ Es como un grano de mostaza que, cuando es sembrado en la tierra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra.”³² Pero una vez sembrado, crece y se convierte en la más grande de todas las hortalizas, y echa ramas muy grandes, de modo que las aves del cielo pueden anidar bajo su sombra.”³³ Con muchas parábolas semejantes les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír.”³⁴ No les hablaba sin parábolas, pero en privado les explicaba todo a sus discípulos.

³⁵ Aquel día, al anoecer, les dijo: — Pasemos al otro lado.”³⁶ Y después de despedir a la multitud, le recibieron en la barca, tal como estaba. Y había otras barcas con él.”³⁷ Entonces se levantó una gran tempestad de viento que arrojaba las olas a la barca, de modo que la barca ya se anegaba.”³⁸ Y él estaba en la popa, durmiendo sobre el cabezal; pero le despertaron diciendo: — ¡Maestro! ¿No te importa que perecemos?”³⁹ Y despertándose, reprendió al viento y dijo al mar: — ¡Calla! ¡Enmudece! Y el viento cesó y se hizo grande bonanza.”⁴⁰ Y les dijo: — ¿Por qué estáis miedosos? ¿Todavía no tenéis fe?”⁴¹ Ellos temieron con gran temor y se decían el uno al otro: — Entonces, ¿quién es éste, que hasta el viento y el mar le obedecen?

Capítulo 5

¹ Fueron a la otra orilla del mar a la región de los gadarenos.”² Apenas salido él de la barca, de repente le salió al encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con espíritu inmundo.”³ Este tenía su morada entre los sepulcros. Y nadie podía atarle ni siquiera con cadenas,⁴ ya que muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, pero él había hecho pedazos las cadenas y desmenuzado los grillos. Y nadie lo podía dominar.

⁵ Continuamente, de día y de noche, andaba entre los sepulcros y por las montañas, gritando e hiriéndose con piedras. ⁶ Cuando vio a Jesús desde lejos, corrió y le adoró. ⁷ Y clamando a gran voz dijo: — ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. ⁸ Pues Jesús le decía: — Sal de este hombre, espíritu inmundo. ⁹ Y le preguntó: — ¿Cómo te llamas? Y le dijo: — Me llamo Legión, porque somos muchos. ¹⁰ Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región. ¹¹ Allí cerca de la montaña estaba paciando un gran hato de cerdos. ¹² Y le rogaron diciendo: — Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos. ¹³ Jesús les dio permiso. Y los espíritus inmundos salieron y entraron en los cerdos, y el hato se lanzó al mar por un despeñadero, como dos mil cerdos, y se ahogaron en el mar. ¹⁴ Los que apacentaban los cerdos huyeron y dieron aviso en la ciudad y por los campos. Y fueron para ver qué era lo que había acontecido. ¹⁵ Llegaron a Jesús y vieron al endemoniado que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. ¹⁶ Los que lo habían visto les contaron qué había acontecido al endemoniado y lo de los cerdos, ¹⁷ y ellos comenzaron a implorar a Jesús que saliera de sus territorios. ¹⁸ Y mientras él entraba en la barca, el que había sido poseído por el demonio le rogaba que le dejase estar con él. ¹⁹ Pero Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: — Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas ha hecho el Señor por ti, y cómo tuvo misericordia de ti. ²⁰ El se fue y comenzó a proclamar en Decápolis cuán grandes cosas Jesús había hecho por él, y todos se maravillaban.

²¹ Cuando Jesús había cruzado de nuevo en la barca a la otra orilla, se congregó alrededor de él una gran multitud. Y él estaba junto al mar. ²² Y vino uno de los principales de la sinagoga, llamado Jairo. Cuando le vio, se postró a sus pies ²³ y le imploró mucho diciendo: — Mi hijita está agonizando. ¡Ven! Pon las manos sobre ella para que sea salva, y viva. ²⁴ Jesús fue con él. Y le seguía una gran multitud, y le apretujaban. ²⁵ Había una mujer que sufría de hemorragia desde hacía doce años. ²⁶ Había sufrido mucho de muchos médicos y había gastado todo lo que tenía, y de nada le había aprovechado; más bien, iba de mal en peor. ²⁷ Cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás de él entre la multitud y tocó su manto, ²⁸ porque ella pensaba: “Si sólo toco su manto, seré sanada.” ²⁹ Al instante, se secó la fuente de su sangre y sintió en su cuerpo que ya estaba sana de aquel azote. ³⁰ De pronto Jesús, reconociendo dentro de sí que había salido poder de él, volviéndose a la multitud dijo: — ¿Quién me ha tocado

el manto? ³¹ Sus discípulos le dijeron: — Ves la multitud que te apretuja, y preguntas: “¿Quién me tocó?” ³² El miraba alrededor para ver a la que había hecho esto. ³³ Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, fue y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. ³⁴ El le dijo: — Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sanada de tu azote.

³⁵ Mientras él aún hablaba, vinieron de la casa del principal de la sinagoga, diciendo: — Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestas más al Maestro? ³⁶ Pero Jesús, sin hacer caso a esta palabra que se decía, dijo al principal de la sinagoga: — No temas; sólo cree. ³⁷ Y no permitió que nadie le acompañara, sino Pedro, Jacobo y Juan, el hermano de Jacobo. ³⁸ Llegaron a la casa del principal de la sinagoga, y él vio el alboroto y los que lloraban y lamentaban mucho. ³⁹ Y al entrar, les dijo: — ¿Por qué hacéis alboroto y lloráis? La niña no ha muerto, sino que duerme. ⁴⁰ Ellos se burlaban de él. Pero él los sacó a todos y tomó al padre y a la madre de la niña y a los que estaban con él, y entró a donde estaba la niña. ⁴¹ Tomó la mano de la niña y le dijo: — Talita, cumi — que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate — . ⁴² Y en seguida la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y quedaron atónitos. ⁴³ El les mandó estrictamente que nadie lo supiese y ordenó que le diesen a ella de comer.

Capítulo 6

¹ Salió de allí y fue a su tierra, y sus discípulos le siguieron. ² Y cuando llegó el sábado, él comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos quedaban atónitos cuando le oían, y decían: — ¿De dónde le vienen a éste estas cosas? ¿Qué sabiduría es ésta que le ha sido dada? ¿Cuántas obras poderosas son hechas por sus manos! ³ ¿No es éste el carpintero, hijo de María y hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también sus hermanas aquí con nosotros? Y se escandalizaban de él. ⁴ Pero Jesús les decía: — No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, entre sus familiares y en su casa. ⁵ Y no pudo hacer allí ningún hecho poderoso, sino que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. ⁶ Estaba asombrado a causa de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando.

⁷ Entonces llamó a los doce y comenzó a enviarlos de dos en dos. Les daba autoridad sobre los espíritus inmundos. ⁸ Les mandó que no llevasen nada para el camino: ni pan, ni bolsa, ni dinero en el cinto, sino solamente un bastón; ⁹ pero que calzasen sandalias y que no vistiesen dos túnicas. ¹⁰ Y les decía: “Dondequiera que entréis en una casa, posad en ella hasta que salgáis de aquel lugar. ¹¹ Cualquier lugar que no os reciba ni os oiga, saliendo de allí, sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies, para testimonio contra ellos.” ¹² Entonces ellos salieron y predicaron que la gente se arrepintiese. ¹³ Echaban fuera muchos demonios, y ungían con aceite a muchos enfermos, y los sanaban.

¹⁴ El rey Herodes oyó de Jesús, porque su nombre había llegado a ser muy conocido. Unos decían: “Juan el Bautista ha resucitado de los muertos, y por esta razón operan estos poderes en él.” ¹⁵ Otros decían: “Es Elías.” Mientras otros decían: “Es profeta como uno de los profetas.” ¹⁶ Pero cuando Herodes oyó esto, dijo: “¡Juan, a quien yo decapité, ha resucitado!” ¹⁷ Porque Herodes mismo había mandado prender a Juan y lo había encadenado en la cárcel por causa de Herodía, la mujer de su hermano Felipe; porque se había casado con ella. ¹⁸ Pues Juan le decía a Herodes: “No te es lícito tener la mujer de tu hermano.” ¹⁹ Pero Herodía le acechaba y deseaba matarle, aunque no podía; ²⁰ porque Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le protegía. Y al escucharle quedaba muy perplejo, pero le oía de buena gana. ²¹ Llegó un día oportuno cuando Herodes, en la fiesta de su cumpleaños, dio una cena para sus altos oficiales, los tribunos y las personas principales de Galilea. ²² Entonces la hija de Herodía entró y danzó, y agradó a Herodes y a los que estaban con él a la mesa; y el rey le dijo a la muchacha: — Pídemelo que quieras, y yo te lo daré. ²³ Y le juró mucho: — Todo lo que me pidas te daré, hasta la mitad de mi reino. ²⁴ Ella salió y dijo a su madre: — ¿Qué pediré? Y ésta dijo: — La cabeza de Juan el Bautista. ²⁵ En seguida ella entró con prisa al rey y le pidió diciendo: — Quiero que ahora mismo me des en un plato la cabeza de Juan el Bautista. ²⁶ El rey se entristeció mucho, pero a causa del juramento y de los que estaban a la mesa, no quiso rechazarla. ²⁷ Inmediatamente el rey envió a uno de la guardia y mandó que fuese traída su cabeza. Este fue, le decapitó en la cárcel ²⁸ y llevó su cabeza en un plato; la dio a la muchacha, y la muchacha se la dio a su madre. ²⁹ Cuando sus discípulos oyeron esto, fueron y tomaron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro.

³⁰ Los apóstoles se reunieron con Jesús, y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. ³¹ El les dijo: — Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, y ni siquiera tenían oportunidad para comer. ³² Y se fueron solos en la barca a un lugar desierto. ³³ Pero muchos les vieron ir y les reconocieron. Y corrieron allá a pie de todas las ciudades y llegaron antes que ellos. ³⁴ Cuando Jesús salió, vio una gran multitud y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor. Entonces comenzó a enseñarles muchas cosas. ³⁵ Como la hora era ya muy avanzada, sus discípulos se acercaron a él y le dijeron: — El lugar es desierto, y la hora avanzada. ³⁶ Despídelos para que vayan a los campos y aldeas de alrededor y compren para sí algo que comer. ³⁷ El les respondió y dijo: — Dadles vosotros de comer. Le dijeron: — ¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer? ³⁸ El les dijo: — ¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Al enterarse, le dijeron: — Cinco, y dos pescados. ³⁹ El les mandó que hiciesen recostar a todos por grupos sobre la hierba verde. ⁴⁰ Se recostaron por grupos, de cien en cien y de cincuenta en cincuenta. ⁴¹ Y él tomó los cinco panes y los dos pescados, y alzando los ojos al cielo, bendijo y partió los panes. Luego iba dando a sus discípulos para que los pusiesen delante de los hombres, y también repartió los dos pescados entre todos. ⁴² Todos comieron y se saciaron, ⁴³ y recogieron doce canastas llenas de los pedazos de pan y de los pescados. ⁴⁴ Y los que comieron los panes eran como cinco mil hombres.

⁴⁵ En seguida obligó a sus discípulos a subir en la barca para ir delante de él a Betsaida, en la otra orilla, mientras él despedía a la multitud. ⁴⁶ Y habiéndose despedido de ellos, se fue al monte a orar. ⁴⁷ Al caer la noche, la barca estaba en medio del mar, y él solo en tierra. ⁴⁸ Viendo que ellos se fatigaban remando, porque el viento les era contrario, a eso de la cuarta vigilia de la noche, él fue a ellos caminando sobre el mar, y quería pasarlos de largo. ⁴⁹ Pero cuando ellos vieron que él caminaba sobre el mar, pensaron que era un fantasma y clamaron a gritos; ⁵⁰ porque todos le vieron y se turbaron. Pero en seguida habló con ellos y les dijo: “¡Tened ánimo! ¡Yo soy! ¡No temáis!” ⁵¹ Y subió a ellos en la barca, y se calmó el viento. Ellos estaban sumamente perplejos, ⁵² pues aún no habían comprendido lo de los panes; más bien, sus corazones estaban endurecidos. ⁵³ Y cuando cruzaron a la otra orilla, llegaron a la tierra de Genesaret y amarraron la barca. ⁵⁴ Pero cuando ellos salieron de la barca, en seguida le

reconocieron.⁵⁵ Recorrieron toda aquella región, y comenzaron a traer en camillas a los que estaban enfermos a donde oían que él estaba.⁵⁶ Dondequiera que entraba, ya sea en aldeas o ciudades o campos, ponían en las plazas a los que estaban enfermos, y le rogaban que sólo pudiesen tocar el borde de su manto. Y todos los que le tocaban quedaban sanos.

Capítulo 7

¹ Se juntaron a Jesús los fariseos y algunos de los escribas que habían venido de Jerusalén. ² Ellos vieron que algunos discípulos de él estaban comiendo pan con las manos impuras, es decir, sin lavar. ³ Pues los fariseos y todos los judíos, si no se lavan las manos hasta la muñeca, no comen, porque se aferran a la tradición de los ancianos. ⁴ Cuando vuelven del mercado, si no se lavan, no comen. Y hay muchas otras cosas que aceptaron para guardar, como los lavamientos de las copas, de los jarros y de los utensilios de bronce y de los divanes. ⁵ Le preguntaron los fariseos y los escribas: — ¿Por qué no andan tus discípulos de acuerdo con la tradición de los ancianos, sino que comen pan con las manos impuras? ⁶ Y les respondió diciendo: — Bien profetizó Isaías acerca de vosotros, hipócritas, como está escrito: Este pueblo me honra de labios, pero su corazón está lejos de mí. ⁷ Y en vano me rinden culto, enseñando como doctrina los mandamientos de hombres. ⁸ Porque dejando los mandamientos de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres. ⁹ Les decía también: — ¡Bien desecháis el mandamiento de Dios para establecer vuestra tradición! ¹⁰ Porque Moisés dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y: El que maldice a su padre o a su madre muera irremisiblemente. ¹¹ Pero vosotros decís que si alguien dice a su padre o madre: “Aquello con que hubieras sido beneficiado de parte mía es Corbán” — es decir, una ofrenda a Dios —, ¹² ya no le permitís hacer nada por su padre o su madre. ¹³ Así invalidáis la palabra de Dios mediante vuestra tradición que habéis transmitido, y hacéis muchas cosas semejantes a éstas. ¹⁴ Llamando a sí otra vez a toda la multitud, les decía: — Oídme todos y entended. ¹⁵ No hay nada fuera del hombre que por entrar en él le pueda contaminar. Pero lo que sale del hombre es lo que contamina al hombre. ¹⁶ Si alguno tiene oídos para oír, oiga. ¹⁷ Cuando entró en casa, aparte de la multitud, sus discípulos le preguntaron acerca de la parábola. ¹⁸ Y les dijo: — ¿Así que también vosotros carecéis de entendimiento? ¿No comprendéis que nada de lo que entra en el hombre desde fuera le puede contaminar? ¹⁹ Porque no entra

en su corazón sino en su estómago, y sale a la letrina. Así declaró limpias todas las comidas. ²⁰ Y decía: — Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre.

²¹ Porque desde adentro, del corazón del hombre, salen los malos pensamientos, las inmoralidades sexuales, los robos, los homicidios, ²² los adulterios, las avaricias, las maldades, el engaño, la sensualidad, la envidia, la blasfemia, la insolencia y la insensatez. ²³ Todas estas maldades salen de adentro y contaminan al hombre.

²⁴ Y levantándose, partió de allí para los territorios de Tiro y de Sidón. Y entró en una casa y no quería que nadie lo supiese, pero no pudo esconderse.

²⁵ Más bien, en seguida oyó de él una mujer cuya hija tenía un espíritu inmundo, y vino y cayó a sus pies. ²⁶ La mujer era griega, de nacionalidad sirofenicia, y le rogaba que echase el demonio fuera de su hija. ²⁷ Pero Jesús le dijo: — Deja primero que se sacien los hijos, porque no es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo a los perritos. ²⁸ Ella respondió y le dijo: — Sí, Señor; también los perritos debajo de la mesa comen de las migajas de los hijos. ²⁹ Entonces él le dijo: — Por causa de lo que has dicho, vé; el demonio ha salido de tu hija. ³⁰ Y cuando ella se fue a su casa, halló a su hija acostada en la cama y que el demonio había salido.

³¹ Al salir de nuevo de los territorios de Tiro, fue por Sidón al mar de Galilea, atravesando el territorio de Decápolis. ³² Entonces le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. ³³ Y tomándole aparte de la multitud, metió los dedos en sus orejas, escupió y tocó su lengua. ³⁴ Luego mirando al cielo, suspiró y le dijo: — ¡Efata! — que quiere decir: Sé abierto — . ³⁵ Y de inmediato fueron abiertos sus oídos y desatada la ligadura de su lengua, y hablaba bien. ³⁶ El les mandó que no lo dijeran a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más lo proclamaban. ³⁷ Se maravillaban sin medida, diciendo: — ¡Todo lo ha hecho bien! Aun a los sordos hace oír, y a los mudos hablar.

Capítulo 8

¹ En aquellos días, ya que otra vez había una gran multitud y no tenían qué comer, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: ² — Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer. ³ Si les despido a sus casas en ayunas, se desmayarán en el camino; y algunos de ellos han venido de lejos. ⁴ Sus discípulos le respondieron: —

¿De dónde podrá alguien saciar a éstos de pan, aquí en el desierto?⁵ Y les preguntó: — ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: — Siete.⁶ Entonces él mandó a la multitud recostarse en tierra. Tomó los siete panes, y habiendo dado gracias, los partió y daba a sus discípulos para que ellos los sirviesen. Y ellos los sirvieron a la multitud.⁷ También tenían unos pocos pescaditos. Y después de bendecirlos, él mandó que también los sirviesen.⁸ Comieron y se saciaron, y recogieron siete cestas de los pedazos que habían sobrado.⁹ Y eran como cuatro mil. El los despidió;

¹⁰ y luego, entrando en la barca con sus discípulos, se fue a la región de Dalmanuta.¹¹ Salieron los fariseos y comenzaron a discutir con él, pidiéndole una señal del cielo, para probarle.¹² El suspiró profundamente en su espíritu y dijo: “¿Por qué pide esta generación una señal? De cierto os digo que a esta generación no se le dará ninguna señal.”¹³ Y dejándolos, volvió a entrar en la barca y cruzó a la otra orilla.¹⁴ Se habían olvidado de llevar pan, y no tenían consigo en la barca sino un solo pan.¹⁵ Y él les mandó, diciendo: — Mirad; guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes.¹⁶ Ellos discutían los unos con los otros, porque no tenían pan.¹⁷ Como Jesús lo entendió, les dijo: — ¿Por qué discutís? ¿Porque no tenéis pan? ¿Todavía no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis endurecido vuestro corazón?¹⁸ Teniendo ojos, ¿no veis? Teniendo oídos, ¿no oís? ¿No os acordáis?¹⁹ Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas canastas llenas de pedazos recogisteis? Ellos dijeron: — Doce.²⁰ — Y cuando repartí los siete panes entre los cuatro mil, ¿cuántas cestas llenas de pedazos recogisteis? Ellos dijeron: — Siete.²¹ El les preguntó: — ¿Todavía no comprendéis?

²² Jesús fue a Betsaida, y le trajeron un ciego y le rogaban que lo tocara.²³ Entonces tomando al ciego de la mano, le sacó fuera de la aldea. Después de mojarle los ojos con saliva e imponerle las manos, le preguntó: — ¿Ves algo?²⁴ Al mirar, él decía: — Veo a los hombres, pero los veo como árboles que andan.²⁵ Luego puso otra vez las manos sobre sus ojos, y miró intensamente. Y fue restaurada su vista, y veía todo de lejos y claramente.²⁶ Entonces Jesús le envió a su casa, diciéndole: — No entres en la aldea.

²⁷ Salieron Jesús y sus discípulos por las aldeas de Cesarea de Filipo, y en el camino les preguntó a sus discípulos diciendo: — ¿Quién dice la gente que soy yo?²⁸ Ellos respondieron: — Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; otros,

uno de los profetas.²⁹ Entonces él les preguntó: — Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Pedro le dijo: — ¡Tú eres el Cristo!³⁰ El les mandó enérgicamente que no hablasen a nadie acerca de él.³¹ Luego comenzó a enseñarles que era necesario que el Hijo del Hombre padeciese mucho, que fuese desechado por los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, y que fuese muerto y resucitado después de tres días.³² Les decía esto claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reprenderle.³³ Pero él se dio vuelta, y mirando a sus discípulos reprendió a Pedro diciéndole: — ¡Quítate de delante de mí, Satanás! Porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.³⁴ Y llamó a sí a la gente, juntamente con sus discípulos, y les dijo: — Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame.³⁵ Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará.³⁶ Pues, ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero y perder su alma?³⁷ Porque, ¿qué dará el hombre en rescate por su alma?³⁸ Pues el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre se avergonzará también de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles.

Capítulo 9

¹ También les dijo: — De cierto os digo que hay algunos de los que están aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que hayan visto que el reino de Dios ha venido con poder.² Seis días después, Jesús tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y les hizo subir aparte, a solas, a un monte alto, y fue transfigurado delante de ellos.³ Sus vestiduras se hicieron resplandecientes, muy blancas, tanto que ningún lavadero en la tierra las puede dejar tan blancas.⁴ Y les apareció Elías con Moisés, y estaban hablando con Jesús.⁵ Entonces intervino Pedro y dijo a Jesús: — Rabí, es bueno que nosotros estemos aquí. Levantemos, pues, tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.⁶ Pues él no sabía qué decir, porque tuvieron miedo.⁷ Vino una nube haciéndoles sombra, y desde la nube una voz decía: “Este es mi hijo amado; a él oíd.”⁸ Y de inmediato, mirando alrededor, ya no vieron a nadie más con ellos, sino sólo a Jesús.⁹ Mientras descendían ellos del monte, Jesús les ordenó que no contaran a nadie lo que habían visto, sino cuando el Hijo del Hombre resucitara de entre los muertos.¹⁰ Y ellos guardaron la palabra entre sí,

discutiendo qué significaría aquello de resucitar de entre los muertos.¹¹ Le preguntaron diciendo: — ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero?¹² El les dijo: — A la verdad, Elías viene primero y restaura todas las cosas. Y, ¿cómo está escrito acerca del Hijo del Hombre, que padezca mucho y sea menospreciado?¹³ Sin embargo, os digo que Elías ya ha venido; e hicieron con él todo lo que quisieron, tal como está escrito de él.

¹⁴ Cuando llegaron a los discípulos, vieron una gran multitud alrededor de ellos, y a unos escribas que disputaban con ellos.¹⁵ En seguida, cuando toda la gente le vio, se sorprendió, y corriendo hacia él le saludaron.¹⁶ Y les preguntó: — ¿Qué disputáis con ellos?¹⁷ Le respondió uno de la multitud: — Maestro, traje a ti mi hijo porque tiene un espíritu mudo,¹⁸ y dondequiera que se apodera de él, lo derriba. Echa espumarajos y cruje los dientes, y se va desgastando. Dije a tus discípulos que lo echasen fuera, pero no pudieron.¹⁹ Y respondiendo les dijo: — ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? ¡Traédmelo!²⁰ Se lo trajeron; y cuando el espíritu le vio, de inmediato sacudió al muchacho, quien cayó en tierra y se revolcaba, echando espumarajos.²¹ Jesús preguntó a su padre: — ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? El dijo: — Desde niño.²² Muchas veces le echa en el fuego o en el agua para matarlo; pero si puedes hacer algo, ¡ten misericordia de nosotros y ayúdanos!²³ Jesús le dijo: — ¿"Si puedes..."? ¡Al que cree todo le es posible!²⁴ Inmediatamente el padre del muchacho clamó diciendo: — ¡Creo! ¡Ayuda mi incredulidad!²⁵ Pero cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo diciéndole: — Espíritu mudo y sordo, yo te mando, ¡sal de él y nunca más entres en él!²⁶ Entonces, clamando y desgarrándole con violencia, el espíritu salió; y el muchacho quedó como muerto, de modo que muchos decían: — ¡Está muerto!²⁷ Pero Jesús le tomó de la mano y le enderezó, y él se levantó.²⁸ Cuando él entró en casa, sus discípulos le preguntaron en privado: — ¿Por qué no pudimos echarlo fuera nosotros?²⁹ El les dijo: — Este género con nada puede salir, sino con oración.

³⁰ Habiendo salido de allí, caminaban por Galilea. El no quería que nadie lo supiese,³¹ porque iba enseñando a sus discípulos, y les decía: "El Hijo del Hombre ha de ser entregado en manos de hombres, y le matarán. Y una vez muerto, resucitará después de tres días."³² Pero ellos no entendían esta palabra y tenían miedo de preguntarle.³³ Llegó a Capernaúm. Y cuando estuvo en casa, Jesús les preguntó: — ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino?

³⁴ Pero ellos callaron, porque lo que habían disputado los unos con los otros en el camino era sobre quién era el más importante. ³⁵ Entonces se sentó, llamó a los doce y les dijo: — Si alguno quiere ser el primero, deberá ser el último de todos y el siervo de todos. ³⁶ Y tomó a un niño y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: ³⁷ — El que en mi nombre recibe a alguien como este niño, a mí me recibe; y el que a mí me recibe no me recibe a mí, sino al que me envió. ³⁸ Juan le dijo: — Maestro, vimos a alguien que echaba fuera demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no nos seguía. ³⁹ Pero Jesús dijo: — No se lo prohibáis, porque nadie que haga milagros en mi nombre podrá después hablar mal de mí. ⁴⁰ Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es.

⁴¹ Cualquiera que os dé un vaso de agua en mi nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que jamás perderá su recompensa. ⁴² Y a cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le atase una gran piedra de molino al cuello y que fuese echado al mar. ⁴³ Si tu mano te hace tropezar, córtala. Mejor te es entrar manco a la vida que teniendo dos manos, ir al infierno, al fuego inextinguible, ⁴⁴ donde su gusano no muere, y el fuego nunca se apaga. ⁴⁵ Si tu pie te hace tropezar, córtalo. Mejor te es entrar cojo a la vida que teniendo dos pies, ser echado al infierno, ⁴⁶ donde su gusano no muere, y el fuego nunca se apaga. ⁴⁷ Y si tu ojo te hace tropezar, sácalo. Mejor te es entrar con un solo ojo al reino de Dios que, teniendo dos ojos, ser echado al infierno, ⁴⁸ donde su gusano no muere, y el fuego nunca se apaga. ⁴⁹ Porque todo será salado con fuego. ⁵⁰ Buena es la sal; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué será salada? Tened sal en vosotros y vivid en paz los unos con los otros.

Capítulo 10

¹ Y levantándose de allí, fue a las regiones de Judea y de más allá del Jordán. Las multitudes volvieron a acudir a él, y de nuevo les enseñaba como él acostumbraba. ² Entonces se acercaron unos fariseos para probarle, y le preguntaron si era lícito al marido divorciarse de su mujer. ³ Pero él respondió y les dijo: — ¿Qué os mandó Moisés? ⁴ Ellos dijeron: — Moisés permitió escribir carta de divorcio y despedirla. ⁵ Pero Jesús les dijo: — Ante vuestra dureza de corazón, os escribió este mandamiento. ⁶ Pero desde el principio de la

creación, Dios los hizo varón y mujer. ⁷ Por esta causa el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer; ⁸ y serán los dos una sola carne. Así que, ya no son más dos, sino una sola carne. ⁹ Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. ¹⁰ En casa sus discípulos volvieron a preguntarle acerca de esto. ¹¹ El les dijo: — Cualquiera que se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra ella. ¹² Y si la mujer se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio.

¹³ Y le presentaban niños para que los tocara, pero los discípulos los reprendieron. ¹⁴ Al verlo, Jesús se indignó y les dijo: “Dejad a los niños venir a mí, y no les impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. ¹⁵ De cierto os digo que cualquiera que no reciba el reino de Dios como un niño, jamás entrará en él.” ¹⁶ Entonces tomándolos en los brazos, puso las manos sobre ellos y los bendijo.

¹⁷ Cuando salía para continuar su camino, un hombre vino corriendo, se puso de rodillas delante de él y le preguntó: — Maestro bueno, ¿qué haré para obtener la vida eterna? ¹⁸ Pero Jesús le dijo: — ¿Por qué me llamas “bueno”? Ninguno es bueno, sino sólo uno, Dios. ¹⁹ Tú conoces los mandamientos: No cometas homicidio, no cometas adulterio, no robes, no des falso testimonio, no defraudes, honra a tu padre y a tu madre. ²⁰ Pero él le dijo: — Maestro, todo esto he guardado desde mi juventud. ²¹ Entonces al mirarlo Jesús, le amó y le dijo: — Una cosa te falta: Anda, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres; y tendrás tesoro en el cielo. Y ven; sígueme. ²² Pero él, abatido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones. ²³ Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: — ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁴ Los discípulos se asombraron por sus palabras; pero Jesús, respondiendo de nuevo, les dijo: — Hijitos, ¡cuán difícil es entrar en el reino de Dios! ²⁵ Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios. ²⁶ Pero ellos quedaron aun más atónitos diciendo entre sí: — ¿Y quién podrá ser salvo? ²⁷ Entonces Jesús, mirándolos, les dijo: — Para los hombres es imposible; pero no para Dios. Porque para Dios todas las cosas son posibles. ²⁸ Pedro comenzó a decirle: — He aquí, nosotros hemos dejado todo y te hemos seguido. ²⁹ Jesús le dijo: — De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por causa de mí y del evangelio, ³⁰ que no reciba cien veces más ahora en este tiempo: casas, hermanos, hermanas,

madres, hijos y campos, con persecuciones; y en la edad venidera, la vida eterna. ³¹ Pero muchos primeros serán los últimos, y los últimos, primeros.

³² Iban por el camino subiendo a Jerusalén, y Jesús iba delante de ellos. Estaban asombrados, y los que le seguían tenían miedo. Entonces, volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a declarar las cosas que le estaban por acontecer: ³³ — He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas. Le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles. ³⁴ Se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán; y después de tres días resucitará. ³⁵ Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se acercaron a él y le dijeron: — Maestro, queremos que nos concedas lo que pidamos. ³⁶ El les dijo: — ¿Qué queréis que haga por vosotros? ³⁷ Ellos dijeron: — Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda. ³⁸ Entonces Jesús les dijo: — No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? ³⁹ Ellos dijeron: — Podemos. Y Jesús les dijo: — Beberéis la copa que yo bebo, y seréis bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado. ⁴⁰ Pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío concederlo, sino que es para quienes está preparado. ⁴¹ Cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse con Jacobo y Juan. ⁴² Pero Jesús los llamó y les dijo: — Sabéis que los que son tenidos por príncipes de los gentiles se enseñorean de ellos, y sus grandes ejercen autoridad sobre ellos. ⁴³ Pero no es así entre vosotros. Más bien, cualquiera que anhele hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, ⁴⁴ y cualquiera que anhele ser el primero entre vosotros será siervo de todos. ⁴⁵ Porque el Hijo del Hombre tampoco vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos.

⁴⁶ Entonces llegaron a Jericó. Y cuando él iba saliendo de Jericó junto con sus discípulos y una gran multitud, el ciego Bartimeo, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. ⁴⁷ Y cuando oyó que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar diciendo: — ¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁸ Muchos le regañaban para que se callara, pero él gritaba aun más fuerte: — ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁹ Entonces Jesús se detuvo y mandó llamarle. Llamaron al ciego diciéndole: — Ten confianza. Levántate. El te llama. ⁵⁰ Entonces él, tirando su manto, se levantó y fue a Jesús. ⁵¹ Y Jesús le respondió diciendo: — ¿Qué quieres que te haga? El ciego le dijo: — Rabí,

que yo recobre la vista. ⁵² Jesús le dijo: — Vete. Tu fe te ha salvado. Al instante recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino.

Capítulo 11

¹ Cuando llegaron cerca de Jerusalén, junto a Betfagé y Betania, frente al monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos ² y les dijo: — Id a la aldea que está frente a vosotros, y cuando hayáis entrado allí, en seguida hallaréis atado un borriquillo sobre el cual ningún hombre ha montado. Desatadlo y traedlo. ³ Y si alguien os dice: “¿Por qué hacéis eso?”, decidle: “El Señor lo necesita, y luego lo enviará aquí otra vez.” ⁴ Ellos fueron y hallaron el borriquillo atado a la puerta, afuera, en la esquina de dos calles; y lo desataron. ⁵ Algunos de los que estaban allí les dijeron: — ¿Qué hacéis desatando al borriquillo?

⁶ Ellos les dijeron tal como Jesús les había dicho, y les dejaron ir. ⁷ Trajeron el borriquillo a Jesús y echaron sobre él sus mantos, y se sentó sobre él. ⁸ Muchos tendieron sus mantos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles.

⁹ Los que iban delante y los que le seguían aclamaban: — ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¹⁰ ¡Bendito el reino venidero de nuestro padre David! ¡Hosanna en las alturas! ¹¹ Entró Jesús en Jerusalén, en el templo, y habiendo mirado todo en derredor, como la hora ya era tarde, salió para Betania con los doce.

¹² Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. ¹³ Y viendo desde lejos una higuera que tenía hojas, se acercó para ver si hallara en ella algo. Cuando vino a ella, no encontró nada sino hojas, porque no era tiempo de higos.

¹⁴ Entonces Jesús dijo a la higuera: “¡Nunca jamás coma nadie de tu fruto!” Y lo oyeron sus discípulos. ¹⁵ Llegaron a Jerusalén, y Jesús entró en el templo. Y comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el templo. Volcó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, ¹⁶ y no consentía que nadie cruzase por el templo llevando utensilio alguno. ¹⁷ Y enseñaba diciendo: “¿No está escrito que mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.”

¹⁸ Lo oyeron los principales sacerdotes y los escribas, y buscaban cómo matarle; porque le tenían miedo, pues todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina. ¹⁹ Y al llegar la noche, Jesús y los suyos salieron de la ciudad. ²⁰ Por la mañana, pasando por allí vieron que la higuera se había secado desde las raíces.

²¹ Entonces Pedro, acordándose, le dijo: — Rabi, he aquí la higuera que maldijiste se ha secado. ²² Respondiendo Jesús les dijo: — Tened fe en Dios. ²³ De cierto os digo que cualquiera que diga a este monte: “Quítate y arrójate al mar”, y que no dude en su corazón, sino que crea que será hecho lo que dice, le será hecho. ²⁴ Por esta razón os digo que todo por lo cual oráis y pedís, creed que lo habéis recibido, y os será hecho. ²⁵ Y cuando os pongáis de pie para orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadle, para que vuestro Padre que está en los cielos también os perdone a vosotros vuestras ofensas. ²⁶ Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.

²⁷ Volvieron a Jerusalén. Luego, mientras él andaba por el templo, vinieron a él los principales sacerdotes, los escribas y los ancianos, ²⁸ y le decían: — ¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién te dio la autoridad para hacer estas cosas? ²⁹ Entonces Jesús les dijo: — Yo os haré una pregunta. Respondedme, y yo os diré con qué autoridad hago estas cosas: ³⁰ El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? Respondedme. ³¹ Entonces ellos razonaban entre sí diciendo: — Si decimos “del cielo”, dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?” ³² Pero si decimos “de los hombres...” Temían al pueblo, porque todos consideraban que verdaderamente Juan era profeta. ³³ Entonces respondiendo a Jesús dijeron: — No sabemos. Y Jesús les dijo: — Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

Capítulo 12

¹ Entonces comenzó a hablarles en parábolas: — Un hombre plantó una viña. La rodeó con una cerca, cavó un lagar, edificó una torre, la arrendó a unos labradores y se fue lejos. ² A su debido tiempo envió un siervo a los labradores, para recibir de los labradores una parte del fruto de la viña. ³ Pero ellos lo tomaron, lo hirieron y le enviaron con las manos vacías. ⁴ Volvió a enviarles otro siervo, pero a ése le hirieron en la cabeza y le afrentaron. ⁵ Y envió otro, y a éste lo mataron. Envió a muchos otros, pero ellos herían a unos y mataban a otros. ⁶ Teniendo todavía un hijo suyo amado, por último, también lo envió a ellos diciendo: “Tendrán respeto a mi hijo.” ⁷ Pero aquellos labradores dijeron entre sí: “Este es el heredero. Venid, matémosle, y la heredad será nuestra.” ⁸ Y le

prendieron, lo mataron y le echaron fuera de la viña. ⁹ ¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, destruirá a los labradores y dará la viña a otros. ¹⁰ ¿No habéis leído esta Escritura: La piedra que desecharon los edificadores, ésta fue hecha cabeza del ángulo; ¹¹ de parte del Señor sucedió esto, y es maravilloso en nuestros ojos? ¹² Ellos procuraban prenderle, pero temían a la multitud, porque sabían que en aquella parábola se había referido a ellos. Y dejándole, se fueron.

¹³ Entonces enviaron a él algunos de los fariseos y de los herodianos para que le sorprendiesen en alguna palabra. ¹⁴ Y viniendo le dijeron: — Maestro, sabemos que eres hombre de verdad y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo al César, o no? ¿Daremos o no daremos?

¹⁵ Entonces él, como entendió la hipocresía de ellos, les dijo: — ¿Por qué me probáis? Traedme un denario para que lo vea. ¹⁶ Se lo trajeron, y él les dijo: — ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Le dijeron: — Del César.

¹⁷ Entonces Jesús les dijo: — Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaban de él.

¹⁸ Entonces vinieron a él unos saduceos, quienes dicen que no hay resurrección, y le preguntaron diciendo: ¹⁹ — Maestro, Moisés nos escribió que si el hermano de alguno muere y deja mujer y no deja hijos, su hermano tome la mujer y levante descendencia a su hermano. ²⁰ Había siete hermanos. El primero tomó mujer, y murió sin dejar descendencia. ²¹ La tomó el segundo y murió sin dejar descendencia. El tercero, de la misma manera. ²² Así los siete no dejaron descendencia. Después de todos, murió también la mujer. ²³ En la resurrección, cuando resuciten, puesto que los siete la tuvieron por mujer, ¿de cuál de ellos será mujer? ²⁴ Entonces Jesús les dijo: — ¿No es por esto que erráis, porque no conocéis las Escrituras ni tampoco el poder de Dios? ²⁵ Porque cuando resuciten de entre los muertos, no se casarán ni se darán en casamiento, sino que son como los ángeles que están en los cielos. ²⁶ Y con respecto a si resucitan los muertos, ¿no habéis leído en el libro de Moisés, cómo le habló Dios desde la zarza diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? ²⁷ Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. Vosotros erráis mucho.

²⁸ Se le acercó uno de los escribas al oírles discutir; y dándose cuenta de que Jesús había respondido bien, le preguntó: — ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? ²⁹ Jesús le respondió: — El primero es: Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios, el Señor uno es. ³⁰ Y amarás al Señor tu Dios con

todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

³¹ El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos dos. ³² Entonces el escriba le dijo: — Bien, Maestro. Has dicho la verdad: Dios es uno, y no hay otro aparte de él, ³³ y amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a sí mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios. ³⁴ Y viendo Jesús que había respondido sabiamente, le dijo: — No estás lejos del reino de Dios. Ya nadie se atrevía a hacerle más preguntas.

³⁵ Mientras estaba enseñando en el templo, Jesús respondiendo decía: — ¿Cómo es que dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? ³⁶ David mismo dijo mediante el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: “Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos debajo de tus pies.” ³⁷ David mismo le llama “Señor”; ¿cómo es, pues, su hijo? Y la gran multitud le escuchaba con gusto. ³⁸ Y en su enseñanza decía: — Guardaos de los escribas, a quienes les gusta pasearse con ropas largas y aman las saluciones en las plazas, ³⁹ las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en los banquetes. ⁴⁰ Estos, que devoran las casas de las viudas y como pretexto hacen largas oraciones, recibirán mayor condenación.

⁴¹ Estando Jesús sentado frente al arca del tesoro, observaba cómo el pueblo echaba dinero en el arca. Muchos ricos echaban mucho, ⁴² y una viuda pobre vino y echó dos blancas, que equivalen a un cuadrante. ⁴³ El llamó a sus discípulos y les dijo: — De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que echaron en el arca. ⁴⁴ Porque todos han echado de su abundancia; pero ésta, de su pobreza, echó todo lo que tenía, todo su sustento.

Capítulo 13

¹ Cuando él salía del templo, uno de sus discípulos dijo: — Maestro, ¡mira qué piedras y qué edificios! ² Y Jesús le dijo: — ¿Veis estos grandes edificios? Aquí no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada. ³ Estando él sentado en el monte de los Olivos frente al templo, Pedro, Jacobo, Juan y Andrés le preguntaban aparte: ⁴ — Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas estén por cumplirse?

⁵ Jesús comenzó a decirles: — Mirad que nadie os engañe. ⁶ Muchos vendrán en mi nombre diciendo: “Yo soy”, y engañarán a muchos. ⁷ Pero cuando oigáis de guerras y de rumores de guerras, no os turbéis. Es necesario que así suceda, pero todavía no es el fin. ⁸ Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino. Habrá terremotos por todas partes. Habrá hambres. Estos son principio de dolores. ⁹ Pero vosotros, mirad por vosotros mismos. Porque os entregarán en los concilios, y seréis azotados en las sinagogas. Por mi causa seréis llevados delante de gobernadores y de reyes, para testimonio a ellos. ¹⁰ Es necesario que primero el evangelio sea predicado a todas las naciones. ¹¹ Cuando os lleven para entregaros, no os preocupéis por lo que hayáis de decir. Más bien, hablad lo que os sea dado en aquella hora; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo. ¹² El hermano entregará a muerte a su hermano, y el padre a su hijo. Se levantarán los hijos contra sus padres y los harán morir. ¹³ Y seréis aborrecidos de todos, por causa de mi nombre. Pero el que persevere hasta el fin, éste será salvo.

¹⁴ Pero cuando veáis que la abominación desoladora se ha establecido donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. ¹⁵ El que esté en la azotea no descienda ni entre para sacar algo de su casa, ¹⁶ y el que esté en el campo no vuelva atrás para tomar su manto. ¹⁷ ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! ¹⁸ Orad, pues, que no acontezca en invierno. ¹⁹ Porque aquellos días serán de tribulación como nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta ahora, ni habrá jamás. ²⁰ Si el Señor no hubiese acertado aquellos días, no se salvaría nadie; pero por causa de los escogidos que él eligió, él ha acertado aquellos días. ²¹ Entonces, si alguien os dice: “He aquí, aquí está el Cristo”, o “He allí, allí está”, no lo creáis. ²² Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y maravillas para engañar, de ser posible, a los escogidos. ²³ Pero vosotros, ¡mirad! Os lo he dicho todo de antemano.

²⁴ Entonces en aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor. ²⁵ Las estrellas caerán del cielo, y los poderes que están en los cielos serán sacudidos. ²⁶ Entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes con gran poder y gloria. ²⁷ Después enviará a sus ángeles y reunirá a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

²⁸ De la higuera aprended la parábola: Cuando su rama ya está tierna y brotan sus hojas, sabéis que el verano está cerca. ²⁹ Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas.

³⁰ De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan. ³¹ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ³² Pero acerca de aquel día o de la hora, nadie sabe; ni siquiera los ángeles en el cielo, ni aun el Hijo, sino sólo el Padre. ³³ Mirad y velad, porque no sabéis cuándo será el tiempo. ³⁴ Será como el hombre que al salir de viaje dejó su casa y dio autoridad a sus siervos, a cada uno su obra, y al portero mandó que velase.

³⁵ Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el Señor de la casa, sea a la tarde, a la medianoche, al canto del gallo o a la mañana; ³⁶ no sea que cuando vuelva de repente os halle durmiendo. ³⁷ Lo que a vosotros digo, a todos digo: ¡Velad!

Capítulo 14

¹ Dos días después era la Pascua y la fiesta de los panes sin levadura. Y los principales sacerdotes y los escribas estaban buscando cómo prenderle por engaño y matarle, ² pues decían: “No en la fiesta, de modo que no se haga alboroto en el pueblo.” ³ Estando él en Betania sentado a la mesa en casa de Simón el leproso, vino una mujer que tenía un frasco de alabastro con perfume de nardo puro de gran precio. Y quebrando el frasco de alabastro, lo derramó sobre la cabeza de Jesús. ⁴ Pero había allí algunos que se indignaron entre sí y dijeron: — ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? ⁵ Porque podría haberse vendido este perfume por más de trescientos denarios y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella, ⁶ pero Jesús dijo: — Dejadla. ¿Por qué la molestáis? Ella ha hecho una buena obra conmigo. ⁷ Porque siempre tenéis a los pobres con vosotros, y cuando queréis les podéis hacer bien; pero a mí no siempre me tenéis. ⁸ Ella ha hecho lo que podía, porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. ⁹ De cierto os digo que dondequiera que sea predicado este evangelio en todo el mundo, también lo que ésta ha hecho será contado para memoria de ella. ¹⁰ Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. ¹¹ Ellos, al oírlo, se alegraron y prometieron darle dinero. Y él buscaba cómo entregarle en un momento oportuno.

¹² El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la Pascua, sus discípulos le dijeron: — ¿Dónde quieres que vayamos y hagamos los preparativos para que comas la Pascua? ¹³ El envió a dos de sus discípulos y les dijo: — Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle; ¹⁴ y donde entre, decid al dueño de casa: “El Maestro dice: ‘¿Dónde está mi habitación donde he de comer la Pascua con mis discípulos?’” ¹⁵ Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto y preparado. Preparad allí para nosotros. ¹⁶ Salieron sus discípulos, entraron en la ciudad, hallaron como les había dicho y prepararon la Pascua. ¹⁷ Al atardecer fue con los doce; ¹⁸ y cuando estaban sentados a la mesa comiendo, Jesús dijo: — De cierto os digo que uno de vosotros, el que come conmigo, me va a entregar. ¹⁹ Entonces comenzaron a entristecerse y a decirle uno tras otro: — ¿Acaso seré yo? ²⁰ El les dijo: — Es uno de los doce, el que moja el pan conmigo en el plato. ²¹ A la verdad, el Hijo del Hombre va, tal como está escrito de él. Pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado el Hijo del Hombre! Bueno le fuera a aquel hombre no haber nacido. ²² Mientras ellos comían, Jesús tomó pan y lo bendijo; lo partió, les dio y dijo: — Tomad; esto es mi cuerpo. ²³ Tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron todos de ella. ²⁴ Y él les dijo: — Esto es mi sangre del pacto, la cual es derramada a favor de muchos. ²⁵ De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día cuando lo beba nuevo en el reino de Dios. ²⁶ Y después de cantar un himno, salieron al monte de los Olivos. ²⁷ Entonces Jesús les dijo: — Todos os escandalizaréis de mí; porque escrito está: Heriré al pastor, y serán dispersadas las ovejas. ²⁸ Pero después de haber resucitado, iré delante de vosotros a Galilea. ²⁹ Entonces Pedro le dijo: — Aunque todos sean escandalizados, yo no. ³⁰ Jesús le dijo: — De cierto te digo que hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, tú me negarás tres veces. ³¹ Pero él decía con mayor insistencia: — Aunque me sea necesario morir contigo, jamás te negaré. También todos decían lo mismo.

³² Llegaron al lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: — Sentaos aquí, mientras yo oro. ³³ Tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. ³⁴ Y les dijo: — Mi alma está muy triste, hasta la muerte. Quedaos aquí y velad. ³⁵ Pasando un poco adelante, se postraba en tierra y oraba que de ser posible, pasase de él aquella hora. ³⁶ Decía: — ¡Abba, Padre, todo es posible para ti! ¡Aparta de mí esta

copa! Pero no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres.³⁷ Volvió y los halló durmiendo, y le dijo a Pedro: — Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una sola hora?³⁸ Velad y orad, para que no entréis en tentación. El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil.³⁹ De nuevo se apartó y oró diciendo las mismas palabras.⁴⁰ Cuando volvió otra vez, los halló durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño. Y no sabían qué responderle.⁴¹ Volvió por tercera vez y les dijo: — ¿Todavía estáis durmiendo y descansando? Basta ya. La hora ha venido. He aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores.⁴² ¡Levantaos, vamos! He aquí, está cerca el que me entrega.

⁴³ En seguida, mientras él aún hablaba, llegó Judas, uno de los doce, y con él una multitud con espadas y palos, de parte de los principales sacerdotes, de los escribas y de los ancianos.⁴⁴ El que le entregaba les había dado señal diciendo: “Al que yo bese, ése es. Prendedle y llevadle con seguridad.”

⁴⁵ Cuando llegó, de inmediato se acercó a él y dijo: — ¡Rabí! Y le besó.

⁴⁶ Entonces ellos le echaron mano y le prendieron;⁴⁷ pero uno de los que estaban allí, sacando su espada, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja.⁴⁸ Jesús respondió y les dijo: — ¿Como contra un asaltante habéis salido con espadas y palos para prenderme?⁴⁹ Cada día yo estaba delante de vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis. Pero así es, para que se cumplan las Escrituras.⁵⁰ Entonces todos los suyos le abandonaron y huyeron.

⁵¹ Pero cierto joven, habiendo cubierto su cuerpo desnudo con una sábana, le seguía; y le prendieron.⁵² Pero él, dejando la sábana, huyó desnudo.

⁵³ Llevaron a Jesús ante el sumo sacerdote; y se reunieron con él todos los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas.⁵⁴ Y Pedro le siguió de lejos hasta dentro del patio del sumo sacerdote, y estaba sentado con los guardias y se calentaba ante el fuego.⁵⁵ Los principales sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban testimonio contra Jesús, para entregarle a muerte; pero no lo hallaban.

⁵⁶ Porque muchos daban falso testimonio contra Jesús, pero sus testimonios no concordaban.⁵⁷ Entonces se levantaron unos, y dieron falso testimonio contra él diciendo:⁵⁸ — Nosotros le oímos decir: “Yo derribaré este templo que ha sido hecho con manos, y en tres días edificaré otro hecho sin manos.”⁵⁹ Pero ni aun así concordaba el testimonio de ellos.⁶⁰ Entonces el sumo sacerdote se levantó en medio y preguntó a Jesús diciendo: — ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?⁶¹ Pero él callaba y no respondió nada. Otra vez el sumo

sacerdote le preguntó y le dijo: — ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?

⁶² Jesús le dijo: — Yo soy. Y además, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y viniendo con las nubes del cielo. ⁶³ Entonces el sumo sacerdote rasgó su vestidura y dijo: — ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? ⁶⁴ Vosotros habéis oído la blasfemia. ¿Qué os parece? Y todos ellos le condenaron como reo de muerte. ⁶⁵ Algunos comenzaron a escupirle, a cubrirle la cara y a darle de bofetadas, diciendo: — ¡Profetiza! También los guardias le recibieron a bofetadas.

⁶⁶ Estando Pedro abajo en el patio, vino una de las criadas del sumo sacerdote. ⁶⁷ Cuando vio a Pedro calentándose, se fijó en él y le dijo: — Tú también estabas con Jesús de Nazaret. ⁶⁸ Pero él negó diciendo: — No lo conozco, ni sé lo que dices. Y salió afuera a la entrada, y el gallo cantó.

⁶⁹ Cuando la criada le vio, comenzó otra vez a decir a los que estaban allí: — Este es uno de ellos. ⁷⁰ Pero él negó otra vez. Poco después, los que estaban allí decían otra vez a Pedro: — Verdaderamente tú eres uno de ellos, porque eres galileo. ⁷¹ Pero él comenzó a maldecir y a jurar: — ¡No conozco a este hombre de quien habláis! ⁷² Y en seguida cantó el gallo por segunda vez, y Pedro se acordó de la palabra, como Jesús le había dicho: “Antes que cante el gallo dos veces, tú me negarás tres veces.” Y pensando en esto, lloraba.

Capítulo 15

¹ Y luego, muy de mañana, cuando los principales sacerdotes ya habían consultado con los ancianos, con los escribas y con todo el Sanedrín, después de atar a Jesús, le llevaron y le entregaron a Pilato. ² Y Pilato le preguntó: — ¿Eres tú el rey de los judíos? Y respondiendo le dijo: — Tú lo dices. ³ Los principales sacerdotes le acusaban de muchas cosas. ⁴ Pero Pilato le preguntaba de nuevo diciendo: — ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. ⁵ Pero Jesús aun con eso no respondió nada, de modo que Pilato se maravillaba. ⁶ En la fiesta Pilato solía soltarles un preso, el que pidiesen. ⁷ Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con los rebeldes que habían cometido homicidio en la insurrección. ⁸ La multitud se levantó y comenzó a pedir que les hiciese como acostumbraba. ⁹ Entonces Pilato les respondió diciendo: — ¿Queréis que yo os suelte al rey de los judíos? ¹⁰ Porque sabía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. ¹¹ Pero los principales

sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás.

¹² De nuevo intervino Pilato y les decía: — ¿Qué, pues, queréis que haga con el que llamáis “el rey de los judíos”? ¹³ De nuevo gritaron: — ¡Crucifícale!

¹⁴ Entonces Pilato les dijo: — ¿Pues, qué mal ha hecho? Pero lanzaron gritos aun más fuertes: — ¡Crucifícale!

¹⁵ Entonces Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado. ¹⁶ Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, que es el Pretorio, y convocaron a toda la compañía. ¹⁷ Le vistieron de púrpura; y habiendo entretejido una corona de espinas, se la pusieron ¹⁸ y comenzaron a aclamarle: — ¡Viva, rey de los judíos!

¹⁹ También le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y puestos de rodillas le rendían homenaje. ²⁰ Cuando se hubieron burlado de él, le quitaron el manto de púrpura y le pusieron su propia ropa. Entonces le sacaron para crucificarle. ²¹ Obligaron a uno que pasaba viniendo del campo, a un cierto Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, a que cargara la cruz de Jesús.

²² Y le llevaron al lugar llamado Gólgota, que traducido es lugar de la Calavera. ²³ Le dieron vino mezclado con mirra, pero él no lo tomó. ²⁴ Y le crucificaron, y repartieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas para ver qué se llevaría cada uno. ²⁵ Era la hora tercera cuando le crucificaron. ²⁶ El título de su acusación estaba escrito: EL REY DE LOS JUDIOS. ²⁷ Y con él crucificaron a dos ladrones, uno a su derecha y otro a su izquierda. ²⁸ Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos. ²⁹ Y los que pasaban le insultaban, meneando sus cabezas y diciendo: — ¡Ah! Tú que derribas el templo y lo edificas en tres días, ³⁰ ¡sálvate a ti mismo y desciende de la cruz! ³¹ De igual manera, burlándose de él entre ellos mismos, los principales sacerdotes junto con los escribas decían: — A otros salvó; a sí mismo no se puede salvar. ³² ¡Que el Cristo, el rey de Israel, descienda ahora de la cruz para que veamos y creamos! También los que estaban crucificados con él le injuriaban.

³³ Cuando llegó la hora sexta, descendió oscuridad sobre toda la tierra, hasta la hora novena. ³⁴ Y en la hora novena Jesús exclamó a gran voz, diciendo: — ¡Eloi, Eloi! ¿Lama sabactani? — que traducido quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? — . ³⁵ Al oírle, algunos de los que estaban allí decían: — He aquí, llama a Elías. ³⁶ Corrió uno y empapó una esponja en vinagre, la puso en una caña y le dio a beber, diciendo: — Dejad, veamos si viene Elías a bajarle. ³⁷ Pero Jesús, dando un fuerte grito, expiró.

³⁸ Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. ³⁹ El centurión que estaba de pie delante de él, cuando vio que había muerto de esta manera, dijo: — ¡Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios! ⁴⁰ También estaban allí algunas mujeres, mirando desde lejos. Entre ellas se encontraban María Magdalena, María la madre de Jacobo el Menor y de José, y Salomé.

⁴¹ Cuando Jesús estaba en Galilea, éstas le seguían y le servían. También había muchas otras que habían subido con él a Jerusalén.

⁴² Cuando ya atardecía, siendo el día de la Preparación, es decir, la víspera del sábado, ⁴³ llegó José de Arimatea, miembro ilustre del concilio, quien también esperaba el reino de Dios, y entró osadamente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. ⁴⁴ Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto. Y llamando al centurión, le preguntó si ya había muerto. ⁴⁵ Una vez informado por el centurión, concedió el cuerpo a José. ⁴⁶ Comprando una sábana y bajándole de la cruz, José lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que había sido cavado en una peña. Luego hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.

⁴⁷ María Magdalena y María la madre de José miraban dónde le ponían.

Capítulo 16

¹ Cuando pasó el sábado, María Magdalena, María madre de Jacobo, y Salomé compraron especias aromáticas para ir a ungrirle. ² Muy de mañana, el primer día de la semana, fueron al sepulcro apenas salido el sol, ³ y decían una a otra: — ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro? ⁴ Pero cuando miraron, vieron que la piedra ya había sido removida, a pesar de que era muy grande. ⁵ Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, vestido de una larga ropa blanca, y se asustaron. ⁶ Pero él les dijo: — No os asustéis. Buscáis a Jesús de Nazaret, quien fue crucificado. ¡Ha resucitado! No está aquí. He aquí el lugar donde le pusieron. ⁷ Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis, como os dijo. ⁸ Ellas salieron y huyeron del sepulcro, porque temblaban y estaban presas de espanto. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo.

⁹ Una vez resucitado Jesús, muy de mañana en el primer día de la semana, apareció primeramente a María Magdalena, de la cual había echado siete demonios. ¹⁰ Ella fue y lo anunció a los que habían estado con él, que

estaban tristes y lloraban. ¹¹ Pero cuando ellos oyeron que estaba vivo y que había sido visto por ella, no lo creyeron. ¹² Después apareció en otra forma a dos de ellos que iban caminando hacia el campo. ¹³ Ellos fueron y lo anunciaron a los demás, pero tampoco a ellos les creyeron.

¹⁴ Luego, apareció a los once cuando estaban sentados a la mesa, y les reprendió por su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado. ¹⁵ Y les dijo: “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura. ¹⁶ El que cree y es bautizado será salvo; pero el que no cree será condenado. ¹⁷ Estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, ¹⁸ tomarán serpientes en las manos, y si llegan a beber cosa venenosa, no les dañará. Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán.”

¹⁹ Después que les habló, el Señor Jesús fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la diestra de Dios. ²⁰ Y ellos salieron y predicaron en todas partes, actuando con ellos el Señor y confirmando la palabra con las señales que seguían.

LUCAS

Capítulo 1

¹ Puesto que muchos han intentado poner en orden un relato acerca de las cosas que han sido ciertísimas entre nosotros, ² así como nos las transmitieron los que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, ³ me ha parecido bien también a mí, después de haberlo investigado todo con diligencia desde el comienzo, escribírtelas en orden, oh excelentísimo Teófilo, ⁴ para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido.

⁵ En los días de Herodes, rey de Judea, había un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías. Su esposa era de las hijas de Aarón y se llamaba Elisabet. ⁶ Ambos eran justos delante de Dios y vivían irreprensiblemente en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor. ⁷ No tenían hijo, porque Elisabet era estéril, y ambos eran de edad avanzada. ⁸ Aconteció que, cuando Zacarías ejercía el sacerdocio delante de Dios, en el turno de su clase, ⁹ conforme a la costumbre del sacerdocio, le tocó por sorteo entrar en el templo del Señor para quemar el incienso. ¹⁰ Toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando a la hora del incienso. ¹¹ Entonces el ángel del Señor se le apareció, puesto de pie a la derecha del altar del incienso. ¹² Zacarías se turbó cuando le vio, y el temor se apoderó de él. ¹³ Pero el ángel le dijo: — ¡No temas, Zacarías! Porque tu oración ha sido atendida. Tu esposa Elisabet te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Juan. ¹⁴ Tendrás gozo y alegría, y muchos se gozarán de su nacimiento, ¹⁵ porque él será grande delante del Señor. Nunca beberá vino ni licor, y será lleno del Espíritu Santo aun desde el vientre de su madre. ¹⁶ Y hará que muchos de los hijos de Israel vuelvan al Señor su Dios. ¹⁷ El mismo irá delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y los desobedientes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo apercebido. ¹⁸ Y Zacarías dijo al ángel: — ¿Cómo podré estar seguro de esto? Pues yo soy viejo, y mi esposa es de edad avanzada. ¹⁹ Respondió el ángel y le dijo: — Yo soy Gabriel, que estoy delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte estas buenas nuevas. ²⁰ He aquí, quedarás mudo e incapaz de hablar hasta el día en que

se realice esto, por cuanto no has creído a mis palabras, las cuales se cumplirán a su debido tiempo. ²¹ El pueblo estaba esperando a Zacarías, y se extrañaba de que él pasara tanto tiempo en el templo. ²² Cuando salió, no les podía hablar; y se dieron cuenta de que había visto una visión en el templo. El se comunicaba con ellos por señas y quedaba mudo. ²³ Sucedió que, cuando se cumplieron los días de este ministerio, él se fue a su casa. ²⁴ Y después de aquellos días su mujer Elisabet concibió y se recluyó por cinco meses, diciendo: ²⁵ — Así ha hecho conmigo el Señor en los días en que se dignó mirarme para quitar mi afrenta entre los hombres.

²⁶ En el sexto mes, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, ²⁷ a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen era María. ²⁸ Cuando entró a donde ella estaba, dijo: — ¡Te saludo, muy favorecida! El Señor está contigo. ²⁹ Pero ella se turbó por sus palabras y se preguntaba qué clase de salutación sería ésta. ³⁰ Entonces el ángel le dijo: — ¡No temas, María! Porque has hallado gracia ante Dios. ³¹ He aquí concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. ³² Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de su padre David. ³³ Reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y de su reino no habrá fin. ³⁴ Entonces María dijo al ángel: — ¿Cómo será esto? Porque yo no conozco varón. ³⁵ Respondió el ángel y le dijo: — El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, por lo cual también el santo Ser que nacerá será llamado Hijo de Dios. ³⁶ He aquí, también tu parienta Elisabet ha concebido un hijo en su vejez. Este es el sexto mes para ella que era llamada estéril. ³⁷ Porque ninguna cosa será imposible para Dios. ³⁸ Entonces María dijo: — He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra. Y el ángel se fue de ella.

³⁹ En esos días se levantó María y fue de prisa a una ciudad en la región montañosa de Judá. ⁴⁰ Entró en casa de Zacarías y saludó a Elisabet. ⁴¹ Aconteció que, cuando Elisabet oyó la salutación de María, la criatura saltó en su vientre. Y Elisabet fue llena del Espíritu Santo, ⁴² y exclamó a gran voz y dijo: — ¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ⁴³ ¿De dónde se me concede esto, que la madre de mi Señor venga a mí? ⁴⁴ Porque he aquí, cuando llegó a mis oídos la voz de tu salutación, la criatura saltó de alegría en mi vientre. ⁴⁵ Bienaventurada la que creyó, porque se cumplirá lo que le ha sido dicho de parte del Señor. ⁴⁶ Y María dijo: — Engrandece mi alma al

Señor; ⁴⁷ y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador, ⁴⁸ porque ha mirado la bajeza de su sierva. He aquí, pues, desde ahora me tendrán por bienaventurada todas las generaciones, ⁴⁹ porque el Poderoso ha hecho grandes cosas conmigo. Su nombre es santo, ⁵⁰ y su misericordia es de generación en generación, para con los que le temen. ⁵¹ Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. ⁵² Quitó a los poderosos de sus tronos y levantó a los humildes. ⁵³ A los hambrientos sació de bienes y a los ricos los despidió vacíos. ⁵⁴ Ayudó a Israel su siervo, para acordarse de la misericordia, ⁵⁵ tal como habló a nuestros padres; a Abraham y a su descendencia para siempre. ⁵⁶ Y María se quedó con ella como tres meses, y regresó a su casa.

⁵⁷ Se cumplió para Elisabet el tiempo de su alumbramiento, y dio a luz un hijo. ⁵⁸ Los vecinos y los parientes oyeron que Dios había engrandecido su misericordia hacia ella y se regocijaron con ella. ⁵⁹ Aconteció que al octavo día vinieron para circuncidar al niño, y le llamaban con el nombre de su padre, Zacarías. ⁶⁰ Y su madre respondiendo dijo: — ¡No! Más bien será llamado Juan. ⁶¹ Y le dijeron: — No hay nadie en tu familia que se llame con este nombre. ⁶² Preguntaban por señas a su padre, cómo quería llamarle. ⁶³ Y pidiendo una tablilla escribió diciendo: “Juan es su nombre.” Y todos se maravillaron. ⁶⁴ Al instante su boca fue abierta, y se le soltó la lengua, y comenzó a hablar bendiciendo a Dios. ⁶⁵ Cayó temor sobre todos sus vecinos, y por toda la región montañosa de Judá se divulgaban todas estas cosas. ⁶⁶ Y todos los que las oían las guardaban en sus corazones, diciendo: — Pues, ¿quién será este niño? Porque ciertamente la mano del Señor estaba con él.

⁶⁷ Zacarías, su padre, fue lleno del Espíritu Santo y profetizó diciendo: ⁶⁸ — Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo. ⁶⁹ Ha levantado para nosotros un cuerno de salvación en la casa de su siervo David, ⁷⁰ tal como habló por boca de sus santos profetas que fueron desde antiguo: ⁷¹ Salvación de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos aborrecen, ⁷² para hacer misericordia con nuestros padres y para acordarse de su santo pacto. ⁷³ Este es el juramento que juró a Abraham nuestro padre, para concedernos que, ⁷⁴ una vez rescatados de las manos de los enemigos, le sirvamos sin temor, ⁷⁵ en santidad y en justicia delante de él todos nuestros días. ⁷⁶ Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo; porque irás delante del Señor

para preparar sus caminos;⁷⁷ para dar a su pueblo conocimiento de salvación en el perdón de sus pecados;⁷⁸ a causa de la entrañable misericordia de nuestro Dios, con que la luz de la aurora nos visitará de lo alto;⁷⁹ para alumbrar a los que habitan en tinieblas y en sombra de muerte; para encaminar nuestros pies por caminos de paz.⁸⁰ Y el niño crecía y se fortalecía en espíritu, y estaba en el desierto hasta el día de su manifestación a Israel.

Capítulo 2

¹ Aconteció en aquellos días que salió un edicto de parte de César Augusto, para levantar un censo de todo el mundo habitado. ² Este primer censo se realizó mientras Cirenio era gobernador de Siria. ³ Todos iban para inscribirse en el censo, cada uno a su ciudad. ⁴ Entonces José también subió desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén, porque él era de la casa y de la familia de David, ⁵ para inscribirse con María, su esposa, quien estaba encinta. ⁶ Aconteció que, mientras ellos estaban allí, se cumplieron los días de su alumbramiento, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito. Le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en el mesón.

⁸ Había pastores en aquella región, que velaban y guardaban las vigiliass de la noche sobre su rebaño. ⁹ Y un ángel del Señor se presentó ante ellos, y la gloria del Señor los rodeó de resplandor; y temieron con gran temor. ¹⁰ Pero el ángel les dijo: — No temáis, porque he aquí os doy buenas nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: ¹¹ que hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor. ¹² Y esto os servirá de señal: Hallaréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre. ¹³ De repente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: ¹⁴ — ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad! ¹⁵ Aconteció que, cuando los ángeles se fueron de ellos al cielo, los pastores se decían unos a otros: — Pasemos ahora mismo hasta Belén y veamos esto que ha sucedido, y que el Señor nos ha dado a conocer. ¹⁶ Fueron de prisa y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre. ¹⁷ Al verle, dieron a conocer lo que les había sido dicho acerca de este niño. ¹⁸ Todos los que oyeron se maravillaron de lo que los pastores les dijeron; ¹⁹ pero María

guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón.²⁰ Los pastores se volvieron, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como les había sido dicho.

²¹ Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, llamaron su nombre Jesús, nombre que le fue puesto por el ángel antes que él fuese concebido en el vientre.²² Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos conforme a la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarle al Señor²³ (así como está escrito en la ley del Señor: Todo varón que abre la matriz será llamado santo al Señor)²⁴ y para dar la ofrenda conforme a lo dicho en la ley del Señor: un par de tórtolas o dos pichones de paloma.

²⁵ He aquí, había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre era justo y piadoso; esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba sobre él.²⁶ A él le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viera al Cristo del Señor.²⁷ Movidó por el Espíritu, entró en el templo; y cuando los padres trajeron al niño Jesús para hacer con él conforme a la costumbre de la ley,²⁸ Simeón le tomó en sus brazos y bendijo a Dios diciendo:²⁹ — Ahora, Soberano Señor, despide a tu siervo en paz conforme a tu palabra;³⁰ porque mis ojos han visto tu salvación³¹ que has preparado en presencia de todos los pueblos:³² luz para revelación de las naciones y gloria de tu pueblo Israel.³³ Su padre y su madre se maravillaban de las cosas que se decían de él.³⁴ Y Simeón los bendijo y dijo a María su madre: — He aquí, éste es puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel y para señal que será contradicha,³⁵ para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones. Y una espada traspasará tu misma alma.³⁶ También estaba allí la profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Ella era de edad avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su matrimonio;³⁷ y había quedado como viuda hasta ochenta y cuatro años. No se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones de noche y de día.³⁸ En la misma hora acudió al templo y daba gracias a Dios, y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén.³⁹ Cuando cumplieron con todos los requisitos de la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.⁴⁰ El niño crecía y se fortalecía, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.

⁴¹ Iban sus padres todos los años a Jerusalén, para la fiesta de la Pascua.⁴² Cuando cumplió doce años, subieron ellos a Jerusalén conforme a la costumbre de la fiesta.⁴³ Una vez acabados los días de la fiesta, mientras

ellos volvían, el niño Jesús se quedó en Jerusalén; y sus padres no lo supieron. ⁴⁴ Suponiendo que él estaba en la caravana, fueron un día de camino y le buscaban entre los parientes y los conocidos. ⁴⁵ Como no le encontraron, volvieron a Jerusalén buscándolo. ⁴⁶ Aconteció que después de tres días, le encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándoles y haciéndoles preguntas. ⁴⁷ Todos los que le oían se asombraban de su entendimiento y de sus respuestas. ⁴⁸ Cuando le vieron, se maravillaron, y su madre le dijo: — Hijo, ¿por qué has hecho así con nosotros? He aquí, tu padre y yo te buscábamos con angustia. ⁴⁹ Entonces él les dijo: — ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los asuntos de mi Padre me es necesario estar? ⁵⁰ Pero ellos no entendieron el dicho que les habló. ⁵¹ Descendió con ellos y fue a Nazaret, y estaba sujeto a ellos. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. ⁵² Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres.

Capítulo 3

¹ En el año quince del gobierno de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Felipe tetrarca de las regiones de Iturea y de Traconite, y Lisania tetrarca de Abilinia; ² en tiempo de los sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan hijo de Zacarías, en el desierto. ³ Entonces él anduvo por toda la región alrededor del Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados, ⁴ como está escrito en el libro de las palabras del profeta Isaías, que dice: Voz del que proclama en el desierto: “Preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas. ⁵ Todo valle será rellenado, y toda montaña y colina serán rebajadas. Los senderos torcidos serán enderezados; y los caminos ásperos, allanados; ⁶ y toda carne verá la salvación de Dios.” ⁷ Juan, pues, decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: — ¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? ⁸ Producid, pues, fruto digno de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: “A Abraham tenemos por padre.” Porque os digo que aun de estas piedras Dios puede levantar hijos a Abraham. ⁹ También el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles. Por lo tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego. ¹⁰ Las multitudes le preguntaban diciendo: — Pues, ¿qué haremos? ¹¹ Respondiendo les decía: — El que tiene dos túnicas dé al que no tiene, y el que tiene comida haga lo mismo. ¹² También fueron unos publicanos

para ser bautizados y le preguntaron: — Maestro, ¿qué haremos? ¹³ El les decía: — No cobréis más de lo que os está ordenado. ¹⁴ También unos soldados le preguntaban diciendo: — Y nosotros, ¿qué haremos? El les dijo: — No hagáis extorsión ni denunciéis falsamente a nadie, y contentaos con vuestros salarios.

¹⁵ Como el pueblo estaba a la expectativa, y todos especulaban en sus corazones si acaso Juan sería el Cristo, ¹⁶ Juan respondió a todos, diciendo: — Yo, a la verdad, os bautizo en agua. Pero viene el que es más poderoso que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado. El os bautizará en el Espíritu Santo y fuego. ¹⁷ Su aventador está en su mano para limpiar su era y juntar el trigo en su granero, pero quemará la paja en el fuego que nunca se apagará. ¹⁸ Así que, exhortando con estas y otras muchas cosas, anunciaba las buenas nuevas al pueblo. ¹⁹ Pero el tetrarca Herodes, cuando fue reprendido por Juan respecto de Herodía, la mujer de su hermano, y de todas las maldades que Herodes había hecho, ²⁰ añadió a todo también esto: Encerró a Juan en la cárcel.

²¹ Aconteció que, en el tiempo en que todo el pueblo era bautizado, también Jesús fue bautizado. Y mientras oraba, el cielo fue abierto, ²² y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma corporal, como paloma. Luego vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.” ²³ Al comenzar su ministerio, Jesús tenía como treinta años. El era (según se creía) hijo de José, ²⁴ hijo de Elí, hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Jana, hijo de José, ²⁵ hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Nahum, hijo de Esli, ²⁶ hijo de Nagai, hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de José, hijo de Judá, ²⁷ hijo de Joanán, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, ²⁸ hijo de Neri, hijo de Melqui, hijo de Adi, hijo de Cosam, hijo de Elmodam, hijo de Er, ²⁹ hijo de Josué, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, ³⁰ hijo de Leví, hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonán, hijo de Eliaquim, ³¹ hijo de Melea, hijo de Mainán, hijo de Matata, hijo de Natán, ³² hijo de David, hijo de Isaí, hijo de Obed, hijo de Boaz, hijo de Salá, hijo de Najsón, ³³ hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Hesrón, hijo de Fares, hijo de Judá, ³⁴ hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Taré, ³⁵ hijo de Nacor, hijo de Serug, hijo de Ragau, hijo de Peleg, hijo de Heber, hijo de Sélaj, ³⁶ hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, ³⁷ hijo de Lamec, hijo de Matusalén, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de

Mahalaleel, hijo de Cainán,³⁸ hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

Capítulo 4

¹ Entonces Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto,² por cuarenta días, y era tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días; y cuando fueron cumplidos, tuvo hambre.

³ Entonces el diablo le dijo: — Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se haga pan.⁴ Jesús le respondió: — Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre.⁵ Al llevarle a una altura, le mostró todos los reinos de la tierra en un momento.⁶ Y el diablo le dijo: — A ti te daré toda autoridad, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregada, y la doy a quien yo quiero.⁷ Por esto, si tú me adoras, todo será tuyo.⁸ Respondiendo Jesús, le dijo: — Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.⁹ Y le llevó a Jerusalén y le puso de pie sobre el pináculo del templo, y le dijo: — Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo.

¹⁰ Porque escrito está: A sus ángeles dará órdenes acerca de ti para que te guarden,¹¹ y en sus manos te llevarán, de modo que nunca tropieces con tu pie en piedra.¹² Respondiendo Jesús le dijo: — Dicho está: No pondrás a prueba al Señor tu Dios.¹³ Cuando el diablo acabó toda tentación, se apartó de él por algún tiempo.

¹⁴ Entonces Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y su fama se difundió por toda la tierra de alrededor.¹⁵ El enseñaba en las sinagogas de ellos, y era glorificado por todos.¹⁶ Fue a Nazaret, donde se había criado, y conforme a su costumbre, el día sábado entró en la sinagoga, y se levantó para leer.¹⁷ Se le entregó el rollo del profeta Isaías; y cuando abrió el rollo, encontró el lugar donde estaba escrito:¹⁸ El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos¹⁹ y para proclamar el año agradable del Señor.²⁰ Después de enrollar el libro y devolverlo al ayudante, se sentó. Y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en él.²¹ Entonces comenzó a decirles: — Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos.²² Todos daban testimonio de él y estaban maravillados de las palabras de gracia que salían de su boca, y decían: — ¿No es éste el hijo de José?²³ Entonces él les dijo: — Sin duda, me

diréis este refrán: “Médico, sánate a ti mismo. Hemos oído que sucedieron tantas cosas en Capernaúm; haz lo mismo también aquí en tu tierra.”²⁴ — Y añadió — : De cierto os digo, que ningún profeta es aceptado en su tierra.

²⁵ Pero en verdad os digo que había muchas viudas en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra; ²⁶ pero a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. ²⁷ También había muchos leprosos en Israel en el tiempo del profeta Eliseo, pero ninguno de ellos fue sanado, sino el sirio Naamán. ²⁸ Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira, ²⁹ y se levantaron y le echaron fuera de la ciudad. Luego le llevaron hasta un precipicio del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarle. ³⁰ Pero él pasó por en medio de ellos y se fue.

³¹ Entonces descendió a Capernaúm, ciudad de Galilea, y les enseñaba los sábados. ³² Y se asombraban de su enseñanza, porque su palabra era con autoridad. ³³ Estaba en la sinagoga un hombre que tenía un espíritu de demonio inmundo, y él exclamó a gran voz: ³⁴ — ¡Ah! ¿Qué tienes con nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para destruirnos? Yo sé quién eres: ¡el Santo de Dios!
³⁵ Jesús le reprendió, diciendo: — ¡Cállate y sal de él! Entonces el demonio salió de él, derribándole allí en medio de todos, pero sin hacerle ningún daño. ³⁶ Todos quedaron asombrados y hablaban entre sí diciendo: — ¿Qué palabra es ésta, que con autoridad y poder manda a los espíritus inmundos, y salen? ³⁷ Y su fama se divulgaba por todos los lugares de la región. ³⁸ Levantándose Jesús, se apartó de la sinagoga y entró en casa de Simón. Y la suegra de Simón estaba postrada con una fuerte fiebre, y le rogaron por ella. ³⁹ El se inclinó hacia ella y reprendió a la fiebre, y la fiebre la dejó; y en seguida ella se levantó y comenzó a servirles. ⁴⁰ Al ponerse el sol, todos los que tenían enfermos de diversas dolencias los trajeron a él. Y él, al poner las manos sobre cada uno de ellos, los sanaba. ⁴¹ Y también de muchos salían demonios, dando gritos y diciendo: “¡Tú eres el Hijo de Dios!” Pero él los reprendía y no les dejaba hablar, porque ellos sabían que él era el Cristo. ⁴² Siendo ya de día, salió y se fue a un lugar desierto, y las multitudes le buscaban. Acudieron a él y le detenían para que no se apartara de ellos. ⁴³ Pero él les dijo: “Me es necesario anunciar el evangelio del reino de Dios a otras ciudades también, porque para esto he sido enviado.” ⁴⁴ E iba predicando por las sinagogas de Galilea.

Capítulo 5

¹ Aconteció que, mientras las multitudes se agolpaban sobre él y escuchaban la palabra de Dios, Jesús estaba de pie junto al lago de Genesaret, ² y vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían salido de ellas y estaban lavando sus redes. ³ Al entrar él en una de las barcas, la cual pertenecía a Simón, pidió a éste que la apartase de tierra un poco. Luego se sentó y enseñaba a las multitudes desde la barca. ⁴ Cuando acabó de hablarles, dijo a Simón: — Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. ⁵ Simón le respondió y dijo: — Maestro, toda la noche hemos trabajado duro y no hemos pescado nada. Pero por tu palabra echaré la red. ⁶ Cuando lo hicieron, atraparon una gran cantidad de peces, y sus redes se rompían. ⁷ Hicieron señas a sus compañeros que estaban en la otra barca, para que viniesen a ayudarles. Ellos vinieron y llenaron ambas barcas, de manera que se hundían. ⁸ Y Simón Pedro, al verlo, cayó de rodillas ante Jesús exclamando: — ¡Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador! ⁹ Por la pesca que habían logrado, el temor se apoderó de Pedro y de todos los que estaban con él, ¹⁰ y de igual manera de Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, que eran socios de Simón. Entonces Jesús dijo a Simón: — No temas; de aquí en adelante estarás pescando hombres. ¹¹ Después de sacar las barcas a tierra, lo dejaron todo y le siguieron.

¹² Aconteció que, estando Jesús en una de las ciudades, he aquí había un hombre lleno de lepra. El vio a Jesús, y postrándose sobre su rostro, le rogó diciendo: — Señor, si quieres, puedes limpiarme. ¹³ Entonces extendió la mano y le tocó diciendo: — Quiero. ¡Sé limpio! Al instante la lepra desapareció de él. ¹⁴ Y Jesús le mandó que no se lo dijera a nadie; más bien, le dijo: — Vé y muéstrate al sacerdote y da por tu purificación la ofrenda que mandó Moisés, para testimonio a ellos. ¹⁵ Sin embargo, su fama se extendía cada vez más, y se juntaban a él muchas multitudes para oírle y para ser sanadas de sus enfermedades. ¹⁶ Pero él se apartaba a los lugares desiertos y oraba.

¹⁷ Y aconteció en uno de esos días que Jesús estaba enseñando, y estaban sentados allí unos fariseos y maestros de la ley que habían venido de todas las aldeas de Galilea, de Judea y Jerusalén. El poder del Señor estaba con él para sanar. ¹⁸ Y he aquí, unos hombres traían sobre una camilla a un hombre que era parálítico, y procuraban llevarlo adentro y ponerlo delante de Jesús.

¹⁹ Al no encontrar cómo hacerlo a causa de la multitud, subieron encima de la casa y juntamente con la camilla, le bajaron por el tejado en medio, delante de Jesús. ²⁰ Al ver la fe de ellos, Jesús le dijo: — Hombre, tus pecados te son perdonados. ²¹ Entonces los escribas y los fariseos comenzaron a razonar diciendo: — ¿Quién es éste, que habla blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios? ²² Pero Jesús, dándose cuenta de los razonamientos de ellos, respondió y les dijo: — ¿Qué razonáis en vuestros corazones? ²³ ¿Qué es más fácil? ¿Decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y anda”? ²⁴ Pero para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados, — dijo al paralítico — : A ti te digo: ¡Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa! ²⁵ De inmediato se levantó en presencia de ellos, tomó la camilla en que estaba recostado y se fue a su casa glorificando a Dios. ²⁶ El asombro se apoderó de todos, y glorificaban a Dios. Fueron llenos de temor y decían: — ¡Hoy hemos visto maravillas!

²⁷ Después de esto, Jesús salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado en el lugar de los tributos públicos. Y le dijo: — ¡Sígueme! ²⁸ El, dejándolo todo, se levantó y le siguió. ²⁹ Entonces Leví le hizo un gran banquete en su casa, y había un gran número de publicanos y otros que estaban a la mesa con ellos. ³⁰ Los fariseos y sus escribas murmuraban contra los discípulos de él, diciendo: — ¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores? ³¹ Respondiendo Jesús les dijo: — Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los que están enfermos. ³² No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. ³³ Entonces ellos le dijeron: — Los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, igual que los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben. ³⁴ Jesús les dijo: — ¿Acaso podéis hacer que los que están de bodas ayunen mientras el novio está con ellos? ³⁵ Pero vendrán días cuando el novio les será quitado. Entonces, en aquellos días ayunarán. ³⁶ Les decía también una parábola: — Nadie corta un parche de un vestido nuevo para remendar un vestido viejo. De otra manera, el vestido nuevo se rompe, y el parche tomado del nuevo no armoniza con lo viejo. ³⁷ Ni nadie echa vino nuevo en odres viejos. De otra manera, el vino nuevo romperá los odres; el vino se derramará, y los odres se perderán. ³⁸ Pero el vino nuevo debe ser echado en odres nuevos. ³⁹ Y ninguno que bebe lo añejo quiere el nuevo, porque dice: “Lo añejo es lo mejor.”

Capítulo 6

¹ Aconteció que Jesús pasaba por los sembrados en sábado, y sus discípulos arrancaban espigas y las comían, restregándolas con las manos. ² Y algunos de los fariseos dijeron: — ¿Por qué hacéis lo que no es lícito hacer en los sábados? ³ Respondiéndoles, Jesús dijo: — ¿No habéis leído qué hizo David cuando tuvo hambre él y también los que estaban con él? ⁴ Entró en la casa de Dios, tomó los panes de la Presencia, que no es lícito comer, sino sólo a los sacerdotes, y comió y dio también a los que estaban con él. ⁵ — También les decía — : El Hijo del Hombre es Señor del sábado. ⁶ Aconteció en otro sábado que él entró en la sinagoga y enseñaba. Y estaba allí un hombre cuya mano derecha estaba paralizada. ⁷ Los escribas y los fariseos le acechaban para ver si le sanaría en sábado, para hallar de qué acusarle. ⁸ Pero él, conociendo los razonamientos de ellos, dijo al hombre que tenía la mano paralizada: — Levántate y ponte en medio. El se levantó y se puso en medio. ⁹ Entonces Jesús les dijo: — Yo os pregunto: ¿Es lícito en el sábado hacer bien o hacer mal? ¿Salvar la vida o quitarla? ¹⁰ Y mirándolos a todos en derredor, dijo al hombre: — Extiende tu mano. El lo hizo, y su mano le fue restaurada. ¹¹ Entonces ellos se llenaron de enojo y discutían los unos con los otros qué podrían hacer con Jesús.

¹² Aconteció en aquellos días que Jesús salió al monte para orar, y pasó toda la noche en oración a Dios. ¹³ Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y de ellos escogió a doce, a quienes también llamó apóstoles: ¹⁴ a Simón al cual también llamó Pedro, y a su hermano Andrés; a Jacobo y a Juan; a Felipe y a Bartolomé; ¹⁵ a Mateo y a Tomás; a Jacobo hijo de Alfeo, y a Simón llamado el Zelote; ¹⁶ a Judas hijo de Jacobo, y a Judas Iscariote, que también llegó a ser el traidor. ¹⁷ Descendió con ellos y se detuvo en una llanura, junto con una multitud de sus discípulos y un gran número de personas de toda Judea, de Jerusalén, y de las costas de Tiro y de Sidón, que habían venido para oírle y para ser sanados de sus enfermedades. ¹⁸ Los que eran atormentados por espíritus inmundos eran sanados, ¹⁹ y toda la gente procuraba tocarle; porque salía poder de él, y sanaba a todos.

²⁰ Y alzando él los ojos hacia sus discípulos, decía: “Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. ²¹ “Bienaventurados los

que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. “Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis.”²² “Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecen, cuando os apartan de sí y os vituperan, y desechan vuestro nombre como si fuera malo, por causa del Hijo del Hombre.”²³ Gozaos en aquel día y saltad de alegría, porque he aquí vuestro galardón es grande en el cielo; pues así hacían sus padres a los profetas.²⁴ “Pero ¡ay de vosotros los ricos! Porque estáis recibiendo vuestro consuelo.”²⁵ “¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre.” “¡Ay de vosotros, los que ahora os reís! Porque lamentaréis y lloraréis.”²⁶ “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablan bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas.

²⁷ “Pero a vosotros los que oís, os digo: Amad a vuestros enemigos y haced bien a los que os aborrecen; ²⁸ bendecid a los que os maldicen y orad por los que os maltratan.”²⁹ Al que te hiera en la mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica.”³⁰ A cualquiera que te pida, dale; y al que tome lo que es tuyo, no se lo vuelvas a pedir.”³¹ “Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos.

³² Porque si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que los aman.”³³ Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo.”³⁴ Y si dais prestado a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores dan prestado a los pecadores para recibir otro tanto.

³⁵ “Más bien, amad a vuestros enemigos y haced bien y dad prestado sin esperar ningún provecho. Entonces vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo; porque él es benigno para con los ingratos y los perversos.

³⁶ Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso.

³⁷ “No juzguéis, y no seréis juzgados. No condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados.”³⁸ Dad, y se os dará; medida buena, apretada, sacudida y rebosante se os dará en vuestro regazo. Porque con la medida con que medís, se os volverá a medir.”³⁹ Entonces les dijo una parábola: “¿Acaso puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo?”⁴⁰ El discípulo no es superior a su maestro, pero cualquiera que es plenamente instruido será como su maestro.”⁴¹ ¿Por qué miras la brizna de paja que está en el ojo de tu hermano pero dejas de ver la viga que está en tu propio ojo?”⁴² ¿Cómo puedes decir a tu hermano: ‘Hermano, deja que yo saque la brizna de tu ojo’, sin que mires la viga que está en tu ojo? ¡Hipócrita! Saca

primero la viga de tu ojo, y entonces verás bien para sacar la brizna que está en el ojo de tu hermano. ⁴³ “No es buen árbol el que da malos frutos, ni es árbol malo el que da buen fruto. ⁴⁴ Porque cada árbol es conocido por su fruto; pues no se recogen higos de los espinos, ni tampoco se vendimian uvas de una zarza. ⁴⁵ El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón, presenta lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón, presenta lo malo. Porque de la abundancia del corazón habla la boca. ⁴⁶ “¿Por qué me llamáis: ‘Señor, Señor’, y no hacéis lo que digo? ⁴⁷ Yo os mostraré a qué es semejante todo aquel que viene a mí y oye mis palabras, y las hace. ⁴⁸ Es semejante a un hombre que al edificar una casa cavó profundo y puso los cimientos sobre la roca. Y cuando vino una inundación, el torrente golpeó con ímpetu contra aquella casa, y no la pudo mover, porque había sido bien construida. ⁴⁹ Pero el que oye y no hace es semejante a un hombre que edificó su casa sobre tierra, sin cimientos. El torrente golpeó con ímpetu contra ella; en seguida cayó, y fue grande la ruina de aquella casa.”

Capítulo 7

¹ Una vez concluidas todas sus palabras al pueblo que le escuchaba, Jesús entró en Capernaúm. ² Y el siervo de cierto centurión, a quien él tenía en mucha estima, estaba enfermo y a punto de morir. ³ Cuando oyó hablar de Jesús, le envió ancianos de los judíos para rogarle que fuera y sanara a su siervo. ⁴ Ellos fueron a Jesús y le rogaban con insistencia, diciéndole: — El es digno de que le concedas esto; ⁵ porque ama a nuestra nación y él mismo nos edificó la sinagoga. ⁶ Jesús fue con ellos. Y cuando ya no estaban muy lejos de su casa, el centurión le envió unos amigos para decirle: — Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo. ⁷ Por eso, no me tuve por digno de ir a ti. Más bien, di la palabra, y mi criado será sanado. ⁸ Porque yo también soy hombre puesto bajo autoridad y tengo soldados bajo mi mando. Y digo a éste: “Vé”, y él va; digo al otro: “Ven”, y él viene; y digo a mi siervo: “Haz esto”, y él lo hace. ⁹ Cuando Jesús oyó esto, se maravilló de él; y dándose vuelta, dijo a la gente que le seguía: — ¡Os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe! ¹⁰ Cuando volvieron a casa los que habían sido enviados, hallaron sano al siervo.

¹¹ Aconteció que poco después él fue a la ciudad que se llama Naín. Sus discípulos y una gran multitud le acompañaban. ¹² Cuando llegó cerca de la

puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar un muerto, el único hijo de su madre, la cual era viuda. Bastante gente de la ciudad la acompañaba. ¹³ Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: — No llores. ¹⁴ Luego se acercó y tocó el féretro, y los que lo llevaban se detuvieron. Entonces le dijo: — Joven, a ti te digo: ¡Levántate! ¹⁵ Entonces el que había muerto se sentó y comenzó a hablar. Y Jesús lo entregó a su madre. ¹⁶ El temor se apoderó de todos, y glorificaban a Dios diciendo: — ¡Un gran profeta se ha levantado entre nosotros! ¡Dios ha visitado a su pueblo! ¹⁷ Y esto que se decía de él se difundió por toda Judea y por toda la tierra de alrededor. ¹⁸ A Juan le informaron sus discípulos acerca de todas estas cosas. Entonces Juan llamó a dos de sus discípulos

¹⁹ y los envió al Señor, para preguntarle: “¿Eres tú aquel que ha de venir, o esperaremos a otro?” ²⁰ Cuando los hombres vinieron a Jesús, le dijeron: — Juan el Bautista nos ha enviado a ti, diciendo: “¿Eres tú aquel que ha de venir, o esperaremos a otro?” ²¹ En aquella hora Jesús sanó a muchos de enfermedades, de plagas y de espíritus malos; y a muchos ciegos les dio la vista. ²² Y respondiendo les dijo: — Id y haced saber a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son hechos limpios, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres se les anuncia el evangelio. ²³ Bienaventurado es el que no toma ofensa en mí. ²⁴ Cuando se fueron los mensajeros de Juan, Jesús comenzó a hablar de Juan a las multitudes: — ¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? ²⁵ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido de ropa delicada? He aquí, los que llevan ropas lujosas y viven en placeres están en los palacios reales. ²⁶ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? ¡Sí, os digo, y más que profeta! ²⁷ El es aquel de quien está escrito: He aquí envío mi mensajero delante de tu rostro, quien preparará tu camino delante de ti. ²⁸ Os digo que entre los nacidos de mujer, no hay ninguno mayor que Juan. Sin embargo, el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él. ²⁹ Al oírle, todo el pueblo y los publicanos justificaron a Dios, siendo bautizados con el bautismo de Juan. ³⁰ Pero los fariseos y los intérpretes de la ley rechazaron el propósito de Dios para ellos, no siendo bautizados por él. ³¹ — ¿A qué, pues, compararé a los hombres de esta generación? ¿A qué son semejantes? ³² Son semejantes a los muchachos que se sientan en la plaza, y gritan los unos a los otros, diciendo: “Os tocamos la flauta, y no bailasteis; entonamos canciones de duelo, y no llorasteis.” ³³ Porque ha venido Juan el Bautista, que no come pan ni bebe vino, y decís: “¡Demonio tiene!” ³⁴ Ha venido

el Hijo del Hombre que come y bebe, y decís: “¡He allí un hombre comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y de pecadores!”³⁵ Pero la sabiduría es justificada por todos sus hijos.

³⁶ Uno de los fariseos le pidió que comiera con él; y cuando entró en la casa del fariseo, se sentó a la mesa.³⁷ Y he aquí, cuando supo que Jesús estaba a la mesa en casa del fariseo, una mujer que era pecadora en la ciudad llevó un frasco de alabastro con perfume.³⁸ Y estando detrás de Jesús, a sus pies, llorando, comenzó a mojar los pies de él con sus lágrimas; y los secaba con los cabellos de su cabeza. Y le besaba los pies y los ungía con el perfume.³⁹ Al ver esto el fariseo que le había invitado a comer, se dijo a sí mismo: — Si éste fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, porque es una pecadora.⁴⁰ Entonces, respondiendo Jesús le dijo: — Simón, tengo algo que decirte. El dijo: — Di, Maestro.⁴¹ — Cierta acreedor tenía dos deudores: Uno le debía quinientos denarios, y el otro, cincuenta.⁴² Como ellos no tenían con qué pagar, perdonó a ambos. Entonces, ¿cuál de éstos le amará más?⁴³ Respondiendo Simón dijo: — Supongo que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: — Has juzgado correctamente.⁴⁴ Y vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: — ¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa, y no me diste agua para mis pies; pero ésta ha mojado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos.⁴⁵ Tú no me diste un beso, pero desde que entré, ésta no ha cesado de besar mis pies.⁴⁶ Tú no unguiste mi cabeza con aceite, pero ésta ha ungido mis pies con perfume.⁴⁷ Por lo cual, te digo que sus muchos pecados son perdonados, puesto que amó mucho. Pero al que se le perdona poco, poco ama.⁴⁸ — Y a ella le dijo — : Tus pecados te son perdonados.⁴⁹ Los que estaban con él a la mesa comenzaron a decir entre sí: — ¿Quién es éste, que hasta perdona pecados?⁵⁰ Entonces Jesús dijo a la mujer: — Tu fe te ha salvado; vete en paz.

Capítulo 8

¹ Aconteció después, que él andaba de ciudad en ciudad y de aldea en aldea, predicando y anunciando el evangelio del reino de Dios. Los doce iban con él,² y también algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malignos y de enfermedades: María, llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios;³ Juana, la mujer de Cuza, administrador de Herodes; Susana, y muchas otras. Ellas les servían con sus bienes.

⁴ Juntándose una gran multitud y los que de cada ciudad acudían a él, les habló por medio de una parábola: ⁵ “Un sembrador salió a sembrar su semilla. Mientras sembraba, una parte cayó junto al camino y fue pisoteada; y las aves del cielo la comieron. ⁶ Otra parte cayó sobre la roca, y cuando creció, se secó, porque no tenía humedad. ⁷ Otra parte cayó entre los espinos, y los espinos crecieron al mismo tiempo y la ahogaron. ⁸ Y otra parte cayó en buena tierra, y cuando creció, llevó fruto a ciento por uno.” Hablando de estas cosas, exclamó: “El que tiene oídos para oír, oiga.” ⁹ Sus discípulos le preguntaron qué significaba esta parábola. ¹⁰ Y él dijo: “A vosotros se os ha concedido conocer los misterios del reino de Dios; pero a los demás, en parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan. ¹¹ “Esta es, pues, la parábola: La semilla es la palabra de Dios. ¹² Los de junto al camino son los que oyen, pero luego viene el diablo y quita la palabra de sus corazones, para que no crean y sean salvos. ¹³ Los de sobre la roca son los que, cuando oyen, reciben la palabra con gozo. Pero éstos no tienen raíz; por un tiempo creen y en el tiempo de la prueba se apartan. ¹⁴ En cuanto a la parte que cayó entre los espinos, éstos son los que oyeron; pero mientras siguen su camino, son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a la madurez. ¹⁵ Pero en cuanto a la parte que cayó en buena tierra, éstos son los que, al oír con corazón bueno y recto, retienen la palabra oída; y llevan fruto con perseverancia. ¹⁶ “Ninguno que enciende una lámpara la cubre con una vasija, o la pone debajo de la cama, sino que la pone sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. ¹⁷ Porque no hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni nada escondido que no haya de ser conocido y salir en claro. ¹⁸ “Mirad, pues, cómo oís; porque a cualquiera que tenga, le será dado, y a cualquiera que no tenga, aun lo que piense tener le será quitado.” ¹⁹ Vinieron hacia él su madre y sus hermanos, pero no podían llegar a él a causa de la multitud. ²⁰ Entonces se le avisó: — Tu madre y tus hermanos están fuera, deseando verte. ²¹ Pero él respondiendo les dijo: — Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la hacen.

²² Aconteció en uno de aquellos días, que él entró en una barca, y también sus discípulos. Y les dijo: — Pasemos a la otra orilla del lago. Y zarparon.

²³ Pero mientras ellos navegaban, él se durmió. Entonces se desencadenó una tempestad de viento en el lago, y ellos se anegaban y peligraban.

²⁴ Acercándose a él, le despertaron diciendo: — ¡Maestro, Maestro! ¡Perecemos! Y despertándose, reprendió al viento y al oleaje del agua; y

cesaron, y se hizo bonanza.²⁵ Entonces les dijo: — ¿Dónde está vuestra fe? Atemorizados, se maravillaron diciéndose los unos a los otros: — ¿Quién es éste, que manda aun a los vientos y al agua, y le obedecen?²⁶ Navegaron a la tierra de los gadarenos, que está frente a Galilea.²⁷ Al bajarse él a tierra, le salió al encuentro un hombre de la ciudad, el cual tenía demonios. Desde hacía mucho tiempo no había llevado ropa, ni vivía en una casa, sino entre los sepulcros.²⁸ Pero cuando vio a Jesús, exclamó, se postró delante de él y dijo a gran voz: — ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¡Te ruego que no me atormentes!²⁹ Porque Jesús había mandado al espíritu inmundo que saliera del hombre, pues se había apoderado de él desde hacía mucho tiempo. Para guardarlo, lo ataban con cadenas y con grillos, pero rompiendo las ataduras era impelido por el demonio a los desiertos.³⁰ Jesús le preguntó, diciendo: — ¿Cómo te llamas? Y él dijo: — Legión. Porque muchos demonios habían entrado en él;³¹ y le rogaban que no los mandase al abismo.³² Había allí un hato de muchos cerdos que pacía en la montaña; y le rogaron que les dejase entrar en aquéllos, y él les dio permiso.³³ Cuando los demonios salieron del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó.³⁴ Los que apacentaban los cerdos, al ver lo que había acontecido, huyeron y dieron aviso en la ciudad y por los campos.³⁵ Y salieron a ver lo que había acontecido. Fueron a Jesús y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo.³⁶ Los que lo habían visto les contaron cómo había sido salvado aquel endemoniado.³⁷ Entonces toda la multitud de la región de los gadarenos le rogó que se apartara de ellos, porque tenían mucho temor. Jesús subió a la barca y regresó.³⁸ El hombre de quien habían salido los demonios le rogaba que le dejase estar con él. Pero Jesús le respondió diciendo:³⁹ —

Vuelve a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios por ti. Y él se fue, proclamando por toda la ciudad cuán grandes cosas Jesús había hecho por él.

⁴⁰ Al regresar Jesús, toda la gente le recibió gozosa, porque todos le esperaban.⁴¹ Y he aquí vino un hombre llamado Jairo, que era principal de la sinagoga. Se postró a los pies de Jesús y le imploró que fuese a su casa,⁴² porque tenía una hija única, de unos doce años, que se estaba muriendo. Mientras él iba, las multitudes le apretujaban.⁴³ Y una mujer, que padecía de hemorragia desde hacía doce años (la cual, aunque había gastado todo su patrimonio en médicos, no pudo ser sanada por nadie),⁴⁴ se le acercó por detrás y tocó el borde del manto de Jesús. De inmediato se detuvo su

hemorragia. ⁴⁵ Entonces dijo Jesús: — ¿Quién es el que me ha tocado? Y como todos negaban, Pedro le dijo: — Maestro, las multitudes te aprietan y presionan. ⁴⁶ Jesús dijo: — Alguien me ha tocado, porque yo sé que ha salido poder de mí. ⁴⁷ Entonces, cuando la mujer vio que no había pasado inadvertida, fue temblando; y postrándose delante de él, declaró ante todo el pueblo por qué causa le había tocado, y cómo había sido sanada al instante. ⁴⁸ El le dijo: — Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz. ⁴⁹ Mientras él aún hablaba, vino uno de la casa del principal de la sinagoga para decirle: — Tu hija ha muerto. No molestes más al Maestro. ⁵⁰ Al oír esto, Jesús le respondió: — No temas; sólo cree, y ella será salva. ⁵¹ Cuando llegó a la casa, no dejó entrar consigo a nadie, sino sólo a Pedro, a Juan, a Jacobo, y al padre y a la madre de la niña. ⁵² Todos lloraban y lamentaban por ella. Pero él dijo: — No lloréis. Ella no ha muerto, sino que duerme. ⁵³ Ellos se burlaban de él, sabiendo que ella había muerto. ⁵⁴ Pero él la tomó de la mano, y habló a gran voz diciendo: — Niña, levántate. ⁵⁵ Entonces su espíritu volvió a ella, y al instante se levantó. Y él ordenó que le diesen de comer. ⁵⁶ Sus padres quedaron atónitos, y él les mandó que a nadie dijese lo que había sucedido.

Capítulo 9

¹ Reuniendo a los doce, les dio poder y autoridad sobre todos los demonios y para sanar enfermedades. ² Los envió a predicar el reino de Dios y a sanar a los enfermos. ³ Y les dijo: — No toméis nada para el camino, ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas. ⁴ En cualquier casa en que entréis, permaneced allí, y de allí salid. ⁵ Y dondequiera que no os reciban, al salir de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies como testimonio contra ellos. ⁶ Y saliendo, pasaban de aldea en aldea, anunciando el evangelio y sanando por todas partes. ⁷ El tetrarca Herodes oyó de todo lo que estaba pasando; y estaba perplejo, porque algunos decían que Juan había resucitado de los muertos. ⁸ Otros decían que Elías había aparecido, y otros que alguno de los antiguos profetas había resucitado. ⁹ Pero Herodes dijo: “A Juan yo lo decapité. ¿Quién, pues, es éste de quien escucho tales cosas?” Y procuraba verle.

¹⁰ Cuando los apóstoles regresaron, contaron a Jesús todo lo que habían hecho. Y él los tomó consigo y se retiró aparte a la ciudad llamada Betsaida.

¹¹ Pero al saberlo las multitudes, le siguieron; y él los recibió y les hablaba del

reino de Dios y sanaba a los que tenían necesidad de ser sanados.¹² El día comenzó a declinar, y los doce se acercaron a él y le dijeron: — Despide a la gente para que vayan a las aldeas y a los campos de alrededor, y se alojen y hallen comida, porque aquí estamos en un lugar desierto.¹³ El les dijo: — Dadles vosotros de comer. Pero ellos dijeron: — No tenemos más que cinco panes y dos pescados, a no ser que vayamos nosotros y compremos comida para todo este pueblo.¹⁴ Porque eran como cinco mil hombres. Entonces dijo a sus discípulos: — Haced que se sienten en grupos de unos cincuenta cada uno.¹⁵ Y así lo hicieron, haciendo que todos se sentaran.¹⁶ Entonces Jesús tomó los cinco panes y los dos pescados, y alzando los ojos al cielo, los bendijo. Luego los partió e iba dando a sus discípulos para que los pusiesen delante de la gente.¹⁷ Todos comieron y se saciaron, y de lo que sobró recogieron doce canastas de pedazos.

¹⁸ Aconteció que, mientras él estaba orando aparte, sus discípulos estaban con él, y les preguntó diciendo: — ¿Quién dice la gente que soy yo?¹⁹ Respondiendo ellos dijeron: — Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que alguno de los antiguos profetas ha resucitado.²⁰ Y les dijo: — Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Entonces Pedro respondiendo dijo: — El Cristo de Dios.²¹ Pero él les mandó enérgicamente que no dijeran esto a nadie.²² Y les dijo: — Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y que sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto y que resucite al tercer día.²³ Decía entonces a todos: — Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame.²⁴ Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la salvará.²⁵ Pues, ¿de qué le sirve al hombre si gana el mundo entero y se destruye o se pierde a sí mismo?²⁶ Pues el que se avergüence de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria y la del Padre y la de los santos ángeles.²⁷ Y os digo, en verdad, que hay algunos de los que están aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios.

²⁸ Aconteció, como ocho días después de estas palabras, que tomó consigo a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar.²⁹ Y mientras oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y sus vestiduras se hicieron blancas y resplandecientes.³⁰ Y he aquí, dos hombres hablaban con él. Eran Moisés y Elías,³¹ quienes aparecieron en gloria y hablaban de su partida, que él

iba a cumplir en Jerusalén.³² Pedro y los otros con él estaban cargados de sueño; pero se mantuvieron vigilando y vieron su gloria y a dos hombres que estaban con él.³³ Aconteció que, mientras aquéllos se apartaban de él, Pedro dijo a Jesús, sin saber lo que decía: — Maestro, nos es bueno estar aquí. Levantemos, pues, tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías.³⁴ Mientras él estaba diciendo esto, vino una nube y les hizo sombra. Y ellos tuvieron temor cuando entraron en la nube.³⁵ Entonces de la nube salió una voz que decía: “Este es mi Hijo, el Escogido. A él oíd.”³⁶ Cuando cesó la voz, Jesús fue hallado solo. Y ellos callaron, y en aquellos días no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.

³⁷ Aconteció al día siguiente, cuando habían bajado del monte, que una gran multitud le salió al encuentro.³⁸ Y he aquí, un hombre de la multitud clamó diciendo: — Maestro, te ruego que veas a mi hijo, que es el único que tengo.³⁹ He aquí un espíritu le toma, y de repente grita y le convulsiona con espumarajos; le hace pedazos y difícilmente se aparta de él.⁴⁰ Yo rogué a tus discípulos que le echasen fuera, pero no pudieron.⁴¹ Respondiendo Jesús, dijo: — ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y os soportaré? Trae a tu hijo acá.⁴² Y mientras aún se acercaba, el demonio le derribó y le convulsionó. Pero Jesús reprendió al espíritu inmundo y sanó al muchacho, y se lo entregó a su padre.

⁴³ Y todos se maravillaban de la grandeza de Dios. Como todos se maravillaban de todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos:⁴⁴ — Poned en vuestros oídos estas palabras, porque el Hijo del Hombre ha de ser entregado en manos de hombres.⁴⁵ Pero ellos no entendían este dicho, pues les estaba encubierto para que no lo percibieran. Y temían preguntarle acerca de este dicho.⁴⁶ Entonces hubo una discusión entre los discípulos: cuál de ellos sería el más importante.⁴⁷ Pero Jesús, percibiendo los razonamientos de sus corazones, tomó a un niño y lo puso a su lado,⁴⁸ y les dijo: — Cualquiera que reciba a este niño en mi nombre me recibe a mí; y cualquiera que me reciba a mí recibe al que me envió. Porque el que es más pequeño entre todos vosotros, éste es el más importante.⁴⁹ Entonces respondiendo Juan dijo: — Maestro, vimos a cierto hombre echando fuera demonios en tu nombre, y se lo prohibimos, porque no sigue con nosotros.⁵⁰ Jesús le dijo: — No se lo prohibáis. Porque el que no es contra vosotros, por vosotros es.

⁵¹ Aconteció que, cuando se cumplía el tiempo en que había de ser recibido arriba, él afirmó su rostro para ir a Jerusalén. ⁵² Envió mensajeros delante de sí, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos, ⁵³ pero no le recibieron porque vieron en su cara que iba a Jerusalén. ⁵⁴ Al ver esto sus discípulos Jacobo y Juan, le dijeron: — Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo y los consuma? ⁵⁵ El se dio vuelta y los reprendió, ⁵⁶ y fueron a otra aldea.

⁵⁷ Mientras ellos iban por el camino, cierto hombre le dijo: — ¡Te seguiré a dondequiera que vayas! ⁵⁸ Jesús le dijo: — Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo tienen nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. ⁵⁹ Dijo a otro: — Sígueme. Pero él dijo: — Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre. ⁶⁰ Y Jesús le dijo: — Deja que los muertos entierren a sus muertos; pero tú, ¡vé y anuncia el reino de Dios! ⁶¹ Entonces también dijo otro: — Te seguiré, Señor, pero primero permite que me despida de los que están en mi casa. ⁶² Pero Jesús le dijo: — Ninguno que ha puesto su mano en el arado y sigue mirando atrás, es apto para el reino de Dios.

Capítulo 10

¹ Después de estas cosas, el Señor designó a otros setenta, a los cuales envió delante de sí de dos en dos, a toda ciudad y lugar a donde él había de ir. ² Y les decía: “A la verdad, la mies es mucha, pero los obreros son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies. ³ ¡Id! He aquí yo os envío como corderos en medio de lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforjas, ni calzado; ni saludéis a nadie por el camino. ⁵ “En cualquier casa donde entréis, primeramente decid: ‘Paz sea a esta casa.’ ⁶ Si hay allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; pero si no, volverá a vosotros. ⁷ Posad en aquella misma casa, comiendo y bebiendo lo que os den; porque el obrero es digno de su salario. No andéis de casa en casa. ⁸ En cualquier ciudad donde entréis y os reciban, comed lo que os pongan delante. ⁹ Sanad a los enfermos que haya allí y decidles: ‘El reino de Dios se ha acercado a vosotros.’ ¹⁰ “Pero en cualquier ciudad donde entréis y no os reciban, salid a sus calles y decid: ¹¹ ‘Aun el polvo de vuestra ciudad que se ha pegado a nuestros pies, lo sacudimos contra vosotros. Pero sabed esto: que el reino de Dios se ha acercado.’ ¹² Os digo que en aquel día será más tolerable para Sodoma que para aquella ciudad. ¹³ “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si se hubieran realizado en Tiro y en

Sidón los hechos poderosos que han sido realizados en vosotras, desde hace tiempo se habrían arrepentido sentados en saco y ceniza. ¹⁴ Por lo tanto, en el juicio será más tolerable para Tiro y Sidón que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Capernaúm, ¿serás exaltada hasta el cielo? ¡Hasta el Hades serás hundida! ¹⁶ “El que os escucha me escucha a mí; el que os rechaza me rechaza a mí; y el que me rechaza, rechaza al que me envió.”

¹⁷ Los setenta volvieron con gozo, diciendo: — Señor, ¡aun los demonios se nos sujetan en tu nombre! ¹⁸ El les dijo: — Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹ He aquí, os doy autoridad de pisar serpientes, escorpiones, y sobre todo el poder del enemigo; y nada os dañará. ²⁰ Sin embargo, no os regocijéis de esto, de que los espíritus se os sujeten; sino regocijaos de que vuestros nombres están inscritos en los cielos. ²¹ En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu Santo y dijo: “Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas de los sabios y entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. ²² “Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre; ni quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” ²³ Volviéndose a los discípulos les dijo aparte: — Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis. ²⁴ Porque os digo que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron.

²⁵ Y he aquí, cierto maestro de la ley se levantó para probarle, diciendo: — Maestro, ¿haciendo qué cosa poseeré la vida eterna? ²⁶ Y él le dijo: — ¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees? ²⁷ El le respondió diciendo: — Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo. ²⁸ Le dijo: — Has respondido bien. Haz esto y vivirás. ²⁹ Pero él, queriendo justificarse, preguntó a Jesús: — ¿Y quién es mi prójimo? ³⁰ Respondiendo Jesús dijo: — Cierta hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, quienes le despojaron de su ropa, le hirieron y se fueron, dejándole medio muerto. ³¹ Por casualidad, descendía cierto sacerdote por aquel camino; y al verle, pasó de largo. ³² De igual manera, un levita también llegó al lugar; y al ir y verle, pasó de largo. ³³ Pero cierto samaritano, que iba de viaje, llegó cerca de él; y al verle, fue movido a misericordia. ³⁴ Acercándose a él, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino. Y poniéndole sobre su propia cabalgadura, le llevó a un mesón y

cuidó de él.³⁵ Al día siguiente, sacó dos denarios y los dio al mesonero diciéndole: “Cuidámelo, y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando vuelva.”³⁶ ¿Cuál de estos tres te parece haber sido el prójimo de aquel que cayó en manos de ladrones?³⁷ El dijo: — El que hizo misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: — Vé y haz tú lo mismo.

³⁸ Prosiguiendo ellos su camino, él entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa.³⁹ Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual se sentó a los pies del Señor y escuchaba su palabra.⁴⁰ Pero Marta estaba preocupada con muchos quehaceres, y acercándose dijo: — Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado servir sola? Dile, pues, que me ayude.⁴¹ Pero respondiendo el Señor le dijo: — Marta, Marta, te afanas y te preocupas por muchas cosas.⁴² Pero una sola cosa es necesaria. Pues María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.

Capítulo 11

¹ Aconteció que, estando Jesús orando en cierto lugar, cuando terminó, uno de sus discípulos le dijo: — Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñó a sus discípulos.² El les dijo: — Cuando oréis, decid: “Padre nuestro que estás en los cielos: Santificado sea tu nombre; venga tu reino; sea hecha tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.³ el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy;⁴ y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal.”⁵ Les dijo también: — Supongamos que uno de vosotros tiene un amigo y va a él a la medianoche y le dice: “Amigo, préstame tres panes,⁶ porque ha llegado a mí un amigo de viaje, y no tengo nada que poner delante de él.”⁷ ¿Le responderá aquél desde adentro: “No me molestes; ya está cerrada la puerta, y mis niños están conmigo en la cama; no puedo levantarme para dártelos?”⁸ Os digo que, aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, ciertamente por la insistencia de aquél se levantará y le dará todo lo que necesite.⁹ Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá.¹⁰ Porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá.¹¹ ¿Qué padre de entre vosotros, si su hijo le pide pescado, en lugar de pescado le dará una serpiente?¹² O si le pide un huevo, ¿le dará un escorpión?¹³ Pues si

vosotros, siendo malos, sabéis dar buenos regalos a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que le pidan?

¹⁴ Jesús estaba echando fuera un demonio que era mudo. Y aconteció que, cuando salió el demonio, el mudo habló. Las muchedumbres se asombraron, ¹⁵ pero algunos de ellos dijeron: — Por Beelzebul, el príncipe de los demonios, echa fuera a los demonios. ¹⁶ Otros, para probarle, pedían de él una señal del cielo. ¹⁷ Pero como conocía los razonamientos de ellos, les dijo: — Todo reino dividido contra sí mismo está arruinado, y cae casa sobre casa. ¹⁸ Y si Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo permanecerá en pie su reino? Pues decid que por Beelzebul yo echo fuera los demonios. ¹⁹ Y si yo echo fuera los demonios por Beelzebul, ¿por quién los echan fuera vuestros hijos? Por tanto, ellos serán vuestros jueces. ²⁰ Pero si por el dedo de Dios yo echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios. ²¹ Cuando el hombre fuerte y armado guarda su propia casa, sus posesiones están en paz. ²² Pero si viene uno más fuerte que él y le vence, le toma todas sus armas en que confiaba y reparte sus despojos. ²³ El que no está conmigo, contra mí está; y el que conmigo no recoge, desparrama. ²⁴ Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares secos buscando reposo, y al no hallarlo, dice: “Volveré a mi casa de donde salí.” ²⁵ Y cuando regresa, la halla barrida y adornada. ²⁶ Entonces va y trae otros siete espíritus peores que él. Y después de entrar, habitan allí; y el estado final de aquel hombre llega a ser peor que el primero.

²⁷ Mientras él decía estas cosas, aconteció que una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: — ¡Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que mamaste! ²⁸ Y él dijo: — Más bien, bienaventurados son los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

²⁹ Y apiñándose las multitudes, él comenzó a decir: “Esta generación es una generación malvada. Pide señal, y no le será dada ninguna señal, sino la señal de Jonás. ³⁰ Porque como Jonás fue señal para los habitantes de Nínive, así también lo será el Hijo del Hombre para esta generación. ³¹ La reina del Sur se levantará en el juicio contra los hombres de esta generación y los condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. ¡Y he aquí uno mayor que Salomón está en este lugar! ³² Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque ellos se arrepintieron ante la predicación de Jonás. ¡Y he aquí uno mayor que Jonás

está en este lugar!³³ “Al encender una lámpara nadie la pone en oculto, ni debajo de un cajón, sino sobre un candelero para que todos los que entren vean la luz.³⁴ La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está lleno de luz. Pero cuando es malo, también tu cuerpo está en tinieblas.³⁵ Mira, pues, no sea que la luz que hay en ti sea tinieblas.³⁶ Así que, si todo tu cuerpo está lleno de luz y no tiene ninguna parte oscura, estará todo lleno de luz como cuando una lámpara te alumbró con su resplandor.”

³⁷ Cuando Jesús acabó de hablar, un fariseo le rogó que comiese con él; y habiendo entrado Jesús en su casa, se sentó a la mesa.³⁸ Y el fariseo se asombró al ver que no se lavó antes de comer.³⁹ Entonces el Señor le dijo: — Vosotros los fariseos limpiáis el exterior de la copa o del plato, pero vuestro interior está lleno de rapiña y de maldad.⁴⁰ Necios, ¿el que hizo lo de fuera no hizo también lo de dentro?⁴¹ Pero dad con misericordia de las cosas que están dentro, y he aquí, todas las cosas os serán limpias.⁴² ¡Ay de vosotros, fariseos! Porque diezmaís la menta, la ruda y toda hortaliza, pero pasáis por alto el juicio y el amor de Dios. Es necesario hacer estas cosas, sin pasar por alto aquéllas.⁴³ ¡Ay de vosotros, fariseos! Porque amáis los primeros asientos en las sinagogas y las saluciones en las plazas.⁴⁴ ¡Ay de vosotros! Porque sois como sepulcros ocultos, y los hombres que andan por encima no lo saben.⁴⁵ Respondió uno de los maestros de la ley y le dijo: — Maestro, cuando dices esto, también nos afrentas a nosotros.⁴⁶ Y él le dijo: — ¡Ay de vosotros también, maestros de la ley! Porque imponéis a los hombres cargas que no pueden llevar, pero vosotros mismos no las tocáis ni aun con uno de vuestros dedos.⁴⁷ ¡Ay de vosotros! Porque edificáis los sepulcros de los profetas, pero vuestros padres los mataron.⁴⁸ Con eso, sois testigos y consentís en los hechos de vuestros padres; porque a la verdad ellos los mataron, pero vosotros edificáis sus sepulcros.⁴⁹ Por esto, la sabiduría de Dios también dijo: “Les enviaré profetas y apóstoles; y de ellos, a unos matarán y a otros perseguirán,”⁵⁰ para que de esta generación sea demandada la sangre de todos los profetas que ha sido derramada desde la fundación del mundo;⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, quien pereció entre el altar y el santuario. Así os digo, la sangre de ellos será demandada de esta generación.⁵² ¡Ay de vosotros, maestros de la ley! Porque habéis quitado la llave del conocimiento. Vosotros mismos no entrasteis, y a los que entraban se lo habéis impedido.⁵³ Cuando

salió de allí, los escribas y los fariseos comenzaron a presionarle mucho y a provocarle a que hablase de muchas cosas,⁵⁴ acechándole para cazar algo de su boca.

Capítulo 12

¹ En esto, habiéndose juntado una multitud de miles y miles, tanto que se pisoteaban unos a otros, él comenzó a decir primeramente a sus discípulos: “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.”² Porque no hay nada encubierto que no haya de ser revelado, ni oculto que no haya de ser conocido.³ Más bien, las cosas que habéis dicho en las tinieblas serán oídas en la luz, y lo que habéis hablado al oído en las habitaciones será pregonado en las azoteas.⁴ “Y os digo a vosotros mis amigos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen nada peor que hacer.”⁵ Pero yo os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que, después de haber dado muerte, tiene poder de echar en el infierno. Sí, os digo: A éste temed.⁶ ¿No se venden cinco pajaritos por dos cuartos? Pues ni uno de ellos está olvidado delante de Dios.⁷ Pero aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; más valéis vosotros que muchos pajaritos.⁸ “Os digo que todo aquel que me confiese delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; ⁹ pero el que me niegue delante de los hombres será negado delante de los ángeles de Dios.”¹⁰ A todo aquel que diga palabra en contra del Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será perdonado.¹¹ “Cuando os lleven a las sinagogas y a los magistrados y autoridades, no estéis preocupados de cómo o qué responderéis, o qué habréis de decir.”¹² Porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que se debe decir.”

¹³ Le dijo uno de la multitud: — Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.¹⁴ Y él le dijo: — Hombre, ¿quién me ha puesto como juez o repartidor sobre vosotros?¹⁵ Y les dijo: — Mirad, guardaos de toda codicia, porque la vida de uno no consiste en la abundancia de los bienes que posee.¹⁶ Entonces les refirió una parábola, diciendo: — Las tierras de un hombre rico habían producido mucho.¹⁷ Y él razonaba dentro de sí, diciendo: “¿Qué haré? Porque ya no tengo dónde juntar mis productos.”¹⁸ Entonces dijo: “¡Esto haré! Derribaré mis graneros y edificaré otros más grandes. Allí juntaré todo mi grano y mis bienes,¹⁹ y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes almacenados

para muchos años. Descansa, come, bebe, alégrate.”²⁰ Pero Dios le dijo: “¡Necio! Esta noche vienen a pedir tu alma; y lo que has provisto, ¿para quién será?”²¹ Así es el que hace tesoro para sí y no es rico para con Dios.

²² Dijo a sus discípulos: — Por tanto, os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ²³ La vida es más que el alimento, y el cuerpo es más que el vestido. ²⁴ Considerad los cuervos, que ni siembran, ni siegan, ni tienen almacenes ni graneros; y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que las aves! ²⁵ ¿Quién de vosotros podrá, con afanarse, añadir un codo a su estatura? ²⁶ Pues si no podéis lo que es menos, ¿por qué estáis afanosos de lo demás? ²⁷ Considerad los lirios, cómo crecen. No trabajan, ni hilan; y os digo que ni aun Salomón, con toda su gloria, fue vestido como uno de ellos. ²⁸ Si Dios viste así la hierba, que hoy está en el campo y mañana es echada en el horno, ¡cuánto más hará por vosotros, hombres de poca fe! ²⁹ Vosotros, pues, no busquéis qué habéis de comer o qué habéis de beber, ni estéis ansiosos. ³⁰ Porque todas estas cosas busca la gente del mundo; pero vuestro Padre sabe que necesitáis estas cosas. ³¹ Más bien, buscad su reino, y estas cosas os serán añadidas. ³² No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino. ³³ Vended vuestros bienes y dad ofrendas de misericordia. Hacedos bolsas que no se envejecen, un tesoro inagotable en los cielos, donde no se acerca el ladrón, ni la polilla destruye. ³⁴ Porque donde esté vuestro tesoro, allí también estará vuestro corazón. ³⁵ Estén ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas. ³⁶ Y sed vosotros semejantes a los siervos que esperan a su señor cuando ha de volver de las bodas, para que le abran al instante en que llegue y llame. ³⁷ Bienaventurados aquellos siervos a quienes el señor les encuentre velando cuando llegue. De cierto os digo que se ceñirá y hará que se sienten a la mesa, y viniendo les servirá. ³⁸ Aunque venga a la segunda vigilia, y aunque venga a la tercera vigilia, si los halla así, ¡bienaventurados aquellos siervos! ³⁹ Sabed que si el dueño de casa hubiera sabido a qué hora habría de venir el ladrón, no habría permitido que forzara la entrada a su casa. ⁴⁰ Vosotros también estad preparados, porque a la hora que no penséis, vendrá el Hijo del Hombre.

⁴¹ Entonces Pedro le dijo: — Señor, ¿dices esta parábola para nosotros, o también para todos? ⁴² Y dijo el Señor: — ¿Quién es, pues, el mayordomo fiel y prudente, a quien el señor pondrá sobre los de su casa para que les dé sus raciones a su debido tiempo? ⁴³ Bienaventurado será aquel siervo

a quien, cuando su señor venga, le encuentre haciéndolo así.⁴⁴ En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes.⁴⁵ Pero si aquel siervo dice en su corazón: “Mi señor tarda en venir” y comienza a golpear a los siervos y a las siervas, y a comer y a beber y a embriagarse,⁴⁶ vendrá el señor de aquel siervo en el día que no espera y a la hora que no sabe, y le castigará duramente y pondrá su parte con los incrédulos.⁴⁷ Porque aquel siervo que entendió la voluntad de su señor y no se preparó ni hizo conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes.⁴⁸ Pero el que no entendió, aunque hizo cosas dignas de azotes, recibirá pocos azotes. Porque de todo aquel a quien le ha sido dado mucho, mucho se demandará de él; y de aquel a quien confiaron mucho, se le pedirá más.⁴⁹ He venido a echar fuego en la tierra. ¡Y cómo quisiera que ya estuviese encendido!⁵⁰ Tengo un bautismo con que ser bautizado, ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!⁵¹ ¿Pensáis que he venido a dar paz en la tierra? ¡Os digo que no, sino a causar división!⁵² Porque de aquí en adelante cinco en una casa estarán divididos: tres contra dos y dos contra tres.⁵³ El padre estará dividido contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra.

⁵⁴ Decía también a las multitudes: — Cuando veis la nube que sale del poniente, luego decís: “Va a llover.” Y así sucede.⁵⁵ Cuando sopla el viento del sur, decís: “Hará calor.” Y lo hace.⁵⁶ ¡Hipócritas! Sabéis interpretar el aspecto del cielo y de la tierra, ¿y cómo no sabéis interpretar este tiempo?⁵⁷ ¿Por qué no juzgáis vosotros mismos lo que es justo?⁵⁸ Pues cuando vayas al magistrado con tu adversario, procura con diligencia arreglarte con él en el camino, no sea que te arrastre al juez y el juez te entregue al policía, y el policía te meta en la cárcel.⁵⁹ Te digo que no saldrás de allí hasta que hayas pagado la última blanca.

Capítulo 13

¹ En aquella misma ocasión, algunos estaban allí contándole de ciertos galileos cuya sangre Pilato había mezclado con la sangre de sus sacrificios.

² Respondiendo Jesús les dijo: “¿Pensáis que estos galileos, porque padecieron estas cosas, habrán sido más pecadores que todos los galileos?”³ Os digo que no; más bien, si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.⁴ O aquellos dieciocho sobre los cuales cayó la torre de Siloé y los mató, ¿pensáis que ellos habrán sido más culpables que todos los hombres que viven en Jerusalén?

⁵ Os digo que no; más bien, si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera.”

⁶ Entonces dijo esta parábola: “Cierta hombre tenía una higuera plantada en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo halló. ⁷ Entonces dijo al viñador: ‘He aquí, ya son tres años que vengo buscando fruto en esta higuera y no lo hallo. Por tanto, córtala. ¿Por qué ha de inutilizar también la tierra?’ ⁸ Entonces él le respondió diciendo: ‘Señor, déjala aún este año, hasta que yo cave alrededor de ella y la abone. ⁹ Si da fruto en el futuro, bien; y si no, la cortarás.’”

¹⁰ Jesús enseñaba en una de las sinagogas en el sábado. ¹¹ Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad desde hacía dieciocho años; andaba encorvada y de ninguna manera se podía enderezar. ¹² Cuando Jesús la vio, la llamó y le dijo: — Mujer, quedas libre de tu enfermedad. ¹³ Puso las manos sobre ella, y al instante se enderezó y glorificaba a Dios. ¹⁴ Y respondiendo el principal de la sinagoga, enojado de que Jesús hubiese sanado en sábado, decía a la gente: — Seis días hay en la semana en los cuales se debe trabajar. Venid, pues, en estos días y sed sanados, y no en el día de sábado. ¹⁵ Entonces el Señor le respondió diciendo: — ¡Hipócrita! ¿No desata cada uno de vosotros en sábado su buey o su asno del pesebre y lo lleva a beber? ¹⁶ Y a ésta, siendo hija de Abraham, a quien Satanás ha tenido atada por dieciocho años, ¿no debía ser librada de esta atadura en el día de sábado? ¹⁷ Cuando él decía estas cosas, todos sus adversarios se avergonzaban. Y todo el pueblo se regocijaba por todas las cosas gloriosas que él hacía.

¹⁸ Por lo tanto, él decía: — ¿A qué es semejante el reino de Dios? ¿A qué lo compararé? ¹⁹ Es semejante a un grano de mostaza que un hombre tomó y sembró en su huerto; y creció y se convirtió en un árbol, y las aves del cielo hicieron nidos en sus ramas. ²⁰ Otra vez dijo: — ¿A qué compararé el reino de Dios? ²¹ Es semejante a la levadura que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado. ²² Jesús pasaba por las ciudades y aldeas, enseñando y caminando hacia Jerusalén.

²³ Entonces alguien le dijo: — Señor, ¿son pocos los que se salvan? Y él les dijo: ²⁴ — Esforzaos a entrar por la puerta angosta, porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán. ²⁵ Después que el dueño de casa se levante y cierre la puerta, vosotros, afuera, comenzaréis a llamar a la puerta diciendo: “¡Señor, ábrenos!” Pero respondiendo él os dirá: “No os conozco de dónde

sois.”²⁶ Entonces comenzaréis a decir: “Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste.”²⁷ Pero os hablará diciendo: “No os conozco de dónde sois. ¡Apartaos de mí todos los que hacéis iniquidad!”²⁸ Allí habrá llanto y crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, y a vosotros echados fuera.²⁹ Vendrán del oriente y del occidente, del norte y del sur; y se sentarán a la mesa en el reino de Dios.³⁰ He aquí, hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos.

³¹ En la misma hora llegaron ciertos fariseos y le dijeron: — Sal y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. ³² El les dijo: — Id y decid a ese zorro: “He aquí echo fuera demonios y realizo sanidades hoy y mañana, y al tercer día termino.”³³ Sin embargo, es necesario que yo siga mi camino hoy, mañana y pasado mañana; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén. ³⁴ ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, así como la gallina junta sus pollitos debajo de sus alas, y no quisiste! ³⁵ He aquí vuestra casa os es dejada desierta. Os digo que no me veréis más, hasta que venga el día cuando digáis: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”

Capítulo 14

¹ Aconteció un sábado, cuando él entró en casa de uno de los principales de los fariseos para comer pan, que ellos le observaban cuidadosamente. ² Y he aquí un hombre hidrópico estaba delante de él. ³ Entonces respondiendo Jesús, habló a los maestros de la ley y a los fariseos, diciendo: — ¿Es lícito sanar en sábado, o no? ⁴ Pero ellos callaron. Entonces él le tomó, le sanó y le despidió. ⁵ Y dijo a ellos: — ¿Cuál de vosotros, si su hijo o su buey cae en un pozo, no lo sacará de inmediato en el día de sábado? ⁶ Y no le podían responder a estas cosas.

⁷ Observando a los invitados, cómo escogían los primeros asientos a la mesa, refirió una parábola diciéndoles: ⁸ — Cuando seas invitado por alguien a una fiesta de bodas, no te sientes en el primer lugar; no sea que otro más distinguido que tú haya sido invitado por él, ⁹ y que viniendo el que os invitó a ti y al otro, te diga: “Da lugar a éste”, y luego comiences con vergüenza a ocupar el último lugar. ¹⁰ Más bien, cuando seas invitado, vé y siéntate en

el último lugar; para que cuando venga el que te invitó, diga: “Amigo, sube más arriba.” Entonces tendrás gloria delante de los que se sientan contigo a la mesa.

¹¹ Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido. ¹² Dijo también al que le había invitado: — Cuando hagas comida o cena, no invites a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te vuelvan a invitar a ti, y te sea hecha compensación. ¹³ Pero cuando hagas banquete, llama a los pobres, a los mancos, a los cojos y a los ciegos. ¹⁴ Y serás bienaventurado, porque ellos no te pueden retribuir, pero te será recompensado en la resurrección de los justos.

¹⁵ Al oír esto, uno de los que estaban sentados juntos a la mesa le dijo: — ¡Bienaventurado el que coma pan en el reino de Dios! ¹⁶ Pero él le dijo: — Un hombre hizo un gran banquete e invitó a muchos. ¹⁷ A la hora del banquete envió a su siervo para decir a los invitados: “Venid, porque ya está preparado.”

¹⁸ Pero todos a una comenzaron a disculparse. El primero dijo: “He comprado un campo y necesito salir para verlo; te ruego que me disculpes.” ¹⁹ El otro dijo: “He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos. Te ruego que me disculpes.” ²⁰ El otro dijo: “Acabo de casarme y por tanto no puedo ir.”

²¹ Cuando volvió el siervo, hizo saber estas cosas a su señor. Entonces se enojó el dueño de casa y dijo a su siervo: “Vé pronto a las plazas y a las calles de la ciudad y trae acá a los pobres, a los mancos, a los ciegos y a los cojos.”

²² Luego dijo el siervo: “Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aún queda lugar.” ²³ El señor dijo al siervo: “Vé por los caminos y por los callejones, y exígeles a que entren para que mi casa se llene. ²⁴ Pues os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron invitados gustará de mi banquete.”

²⁵ Grandes multitudes iban con él, y él se volvió y les dijo: ²⁶ “Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷ Y cualquiera que no toma su propia cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. ²⁸ Porque ¿cuál de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? ²⁹ No sea que después de haber puesto los cimientos y al no poderla terminar, todos los que la vean comiencen a burlarse de él, ³⁰ diciendo: ‘Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar.’

³¹ ¿O qué rey, que sale a hacer guerra contra otro rey, no se sienta primero y consulta si puede salir con diez mil al encuentro del que viene con veinte mil?

³² De otra manera, cuando el otro rey está todavía lejos, le envía una embajada

y pide condiciones de paz.³³ Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo.³⁴ “Buena es la sal; pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué será sazonada?”³⁵ No es buena ni para la tierra ni para abono; por eso la arrojan fuera. Quien tiene oídos para oír, oiga.”

Capítulo 15

¹ Se acercaban a él todos los publicanos y pecadores para oírle,² y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: — Este recibe a los pecadores y come con ellos.³ Entonces él les refirió esta parábola, diciendo:⁴ — ¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas, y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se ha perdido, hasta hallarla?⁵ Y al hallarla, la pone sobre sus hombros gozoso,⁶ y cuando llega a casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he hallado mi oveja que se había perdido.”⁷ Os digo que del mismo modo habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.⁸ ¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende una lámpara, barre la casa y busca con empeño hasta hallarla?⁹ Cuando la halla, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: “Gozaos conmigo, porque he hallado la dracma que estaba perdida.”¹⁰ Os digo que del mismo modo hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente.

¹¹ Dijo además: — Un hombre tenía dos hijos.¹² El menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de la herencia que me corresponde.” Y él les repartió los bienes.¹³ No muchos días después, habiendo juntado todo, el hijo menor se fue a una región lejana, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente.¹⁴ Cuando lo hubo malgastado todo, vino una gran hambre en aquella región, y él comenzó a pasar necesidad.¹⁵ Entonces fue y se allegó a uno de los ciudadanos de aquella región, el cual le envió a su campo para apacentar los cerdos.¹⁶ Y él deseaba saciarse con las algarrobas que comían los cerdos, y nadie se las daba.¹⁷ Entonces volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!”¹⁸ Me levantaré, iré a mi padre y le diré: ‘Padre, he pecado contra el cielo y ante ti.’¹⁹ Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.”²⁰ Se levantó y fue a su padre. Cuando todavía estaba lejos

, su padre le vio y tuvo compasión. Corrió y se echó sobre su cuello, y le besó.
²¹ El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.”²² Pero su padre dijo a sus siervos: “Sacad de inmediato el mejor vestido y vestidle, y poned un anillo en su mano y calzado en sus pies.
²³ Traed el ternero engordado y matadlo. Comamos y regocijémonos,²⁴ porque este mi hijo estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado.” Y comenzaron a regocijarse.²⁵ Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando vino, se acercó a la casa y oyó la música y las danzas.²⁶ Después de llamar a uno de los criados, le preguntó qué era aquello.²⁷ Este le dijo: “Tu hermano ha venido, y tu padre ha mandado matar el ternero engordado, por haberle recibido sano y salvo.”²⁸ Entonces él se enojó y no quería entrar. Salió, pues, su padre y le rogaba que entrase.²⁹ Pero respondiendo él dijo a su padre: “He aquí, tantos años te sirvo, y jamás he desobedecido tu mandamiento; y nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos.³⁰ Pero cuando vino éste tu hijo que ha consumido tus bienes con prostitutas, has matado para él el ternero engordado.”³¹ Entonces su padre le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas.³² Pero era necesario alegrarnos y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha vuelto a vivir; estaba perdido y ha sido hallado.”

Capítulo 16

¹ Dijo también a sus discípulos: “Había cierto hombre rico, el cual tenía un mayordomo; y éste fue acusado delante de él como derrochador de sus bienes.
² Su señor le llamó y le dijo: ‘¿Qué es esto que oigo de ti? Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás ser mayordomo.’³ Entonces el mayordomo se dijo a sí mismo: ‘¿Qué haré? Porque mi señor me quita la mayordomía. Cavar, no puedo; mendigar, me da vergüenza. ⁴ ¡Ya sé lo que haré para que cuando sea destituido de la mayordomía, me reciban en sus casas!’⁵ “Entonces llamó a cada uno de los deudores de su señor, y dijo al primero: ‘¿Cuánto debes a mi señor?’⁶ El dijo: ‘Cien barriles de aceite.’ Y le dijo: ‘Toma tu recibo, siéntate y de inmediato escribe: cincuenta.’⁷ Después dijo a otro: ‘Y tú, ¿cuánto debes?’ Y él le dijo: ‘Cien medidas de trigo.’ El le dijo: ‘Toma tu recibo y escribe: ochenta.’⁸ “Y el señor elogió al mayordomo injusto porque actuó sagazmente, pues los hijos de este mundo son en su generación más sagaces que

los hijos de luz.⁹ “Y yo os digo: Con las riquezas injustas ganaos amigos para que cuando éstas lleguen a faltar, ellos os reciban en las moradas eternas.¹⁰ “El que es fiel en lo muy poco también es fiel en lo mucho, y el que en lo muy poco es injusto también es injusto en lo mucho.¹¹ Así que, si con las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?¹² Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os dará lo que es vuestro?¹³ Ningún siervo puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amará al otro, o se dedicará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.”¹⁴ Los fariseos, que eran avaros, oían todas estas cosas y se burlaban de él.¹⁵ Y él les dijo: “Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres. Pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que entre los hombres es sublime, delante de Dios es abominación.¹⁶ “La Ley y los Profetas fueron hasta Juan. A partir de entonces son anunciadas las buenas nuevas del reino de Dios, y todos se esfuerzan por entrar en él.¹⁷ Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que se caiga una tilde de la ley.¹⁸ “Cualquiera que se divorcia de su mujer y se casa con otra comete adulterio. Y el que se casa con la divorciada por su marido comete adulterio.

¹⁹ “Cierta hombre era rico, se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor.²⁰ Y cierto pobre, llamado Lázaro, estaba echado a su puerta, lleno de llagas,²¹ y deseaba saciarse con lo que caía de la mesa del rico. Aun los perros venían y le lamían las llagas.²² “Aconteció que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico, y fue sepultado.²³ Y en el Hades, estando en tormentos, alzó sus ojos y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno.²⁴ Entonces él, dando voces, dijo: ‘Padre Abraham, ten misericordia de mí y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama.’²⁵ “Y Abraham dijo: ‘Hijo, acuérdate que durante tu vida recibiste tus bienes; y de igual manera Lázaro, males. Pero ahora él es consolado aquí, y tú eres atormentado.²⁶ Además de todo esto, un gran abismo existe entre nosotros y vosotros, para que los que quieran pasar de aquí a vosotros no puedan, ni de allá puedan cruzar para acá.’²⁷ “Y él dijo: ‘Entonces te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre²⁸ (pues tengo cinco hermanos), de manera que les advierta a ellos, para que no vengan también a este lugar de tormento.’²⁹ Pero Abraham dijo: ‘Tienen a Moisés y a los Profetas. Que les escuchen a ellos.’³⁰ Entonces él dijo: ‘No, padre Abraham. Más bien, si alguno va a ellos de entre los muertos, se arrepentirán.’³¹ Pero Abraham le dijo:

‘Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán si alguno se levanta de entre los muertos.’“

Capítulo 17

¹ Dijo a sus discípulos: — Es imposible que no vengan tropiezos; pero, ¡ay de aquel que los ocasione! ² Mejor le fuera que se le atase una piedra de molino al cuello y que fuese lanzado al mar, que hacer tropezar a uno de estos pequeñitos. ³ Mirad por vosotros mismos: Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. ⁴ Si siete veces al día peca contra ti, y siete veces al día vuelve a ti diciendo: “Me arrepiento”, perdónale. ⁵ Los apóstoles dijeron al Señor: — Aumentanos la fe. ⁶ Entonces el Señor dijo: — Si tuviéseris fe como un grano de mostaza, diríais a este sicómoro: “¡Desarráigate y plántate en el mar!” Y el árbol os obedecería. ⁷ ¿Y quién de vosotros, teniendo un siervo que ara o apacienta, al volver éste del campo, le dirá: “Pasa, siéntate a la mesa”? ⁸ Más bien, le dirá: “Prepara para que yo cene. Cíñete y sírveme hasta que yo haya comido y bebido. Después de eso, come y bebe tú.” ⁹ ¿Da gracias al siervo porque hizo lo que le había sido mandado? ¹⁰ Así también vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que se os ha mandado, decid: “Siervos inútiles somos; porque sólo hicimos lo que debíamos hacer.”

¹¹ Aconteció que yendo a Jerusalén, pasaba por Samaria y Galilea.

¹² Cuando entró en una aldea, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, los cuales se pararon de lejos ¹³ y alzaron la voz diciendo: — ¡Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros! ¹⁴ Cuando él los vio, les dijo: — Id, mostraos a los sacerdotes. Aconteció que mientras iban, fueron limpiados. ¹⁵ Entonces uno de ellos, al ver que había sido sanado, volvió glorificando a Dios en alta voz. ¹⁶ Y se postró sobre su rostro a los pies de Jesús, dándole gracias. Y éste era samaritano. ¹⁷ Y respondiendo Jesús dijo: — ¿No eran diez los que fueron limpiados? Y los nueve, ¿dónde están? ¹⁸ ¿No hubo quién volviese y diese gloria a Dios, sino este extranjero? ¹⁹ — Y le dijo — : Levántate, vete; tu fe te ha salvado.

²⁰ Y cuando los fariseos le preguntaron acerca de cuándo había de venir el reino de Dios, les respondió diciendo: — El reino de Dios no vendrá con advertencia. ²¹ No dirán: “¡Mirad, aquí está!” o “¡Allí está!” Porque el reino de Dios está en medio de vosotros. ²² Dijo a sus discípulos: — Vendrá el tiempo cuando desearéis ver uno de los días del Hijo del Hombre y no lo veréis.

²³ Os dirán: “¡Mirad, aquí está!” o “¡Mirad, allí está!” Pero no vayáis ni les sigáis. ²⁴ Porque como el relámpago que resplandece ilumina el cielo de un extremo al otro, así también será el Hijo del Hombre en su día. ²⁵ Pero primero es necesario que él padezca mucho y sea rechazado por esta generación. ²⁶ Como pasó en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre: ²⁷ Ellos comían y bebían; se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los destruyó a todos. ²⁸ Asimismo, también será como pasó en los días de Lot: Comían, bebían, compraban, vendían, plantaban y edificaban; ²⁹ pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre, y los destruyó a todos. ³⁰ Así será en el día en que se manifieste el Hijo del Hombre. ³¹ En aquel día, el que esté en la azotea y sus cosas estén en la casa, no descienda para tomarlas. Asimismo, el que esté en el campo, no vuelva atrás. ³² Acordaos de la mujer de Lot. ³³ Cualquiera que procure salvar su vida, la perderá; y cualquiera que la pierda, la conservará. ³⁴ Os digo que en aquella noche estarán dos en una cama; el uno será tomado, y el otro será dejado. ³⁵ Dos mujeres estarán moliendo juntas; la una será tomada, y la otra dejada. ³⁶ Estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro dejado. ³⁷ Respondiendo le preguntaron: — ¿Dónde, Señor? Y él dijo: — Donde esté el cadáver, allí se juntarán los buitres.

Capítulo 18

¹ Les refirió también una parábola acerca de la necesidad de orar siempre y no desmayar. ² Les dijo: “En cierta ciudad había un juez que ni temía a Dios ni respetaba al hombre. ³ Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él diciendo: ‘Hazme justicia contra mi adversario.’ ⁴ El no quiso por algún tiempo, pero después se dijo a sí mismo: ‘Aunque ni temo a Dios ni respeto al hombre, ⁵ le haré justicia a esta viuda, porque no me deja de molestar; para que no venga continuamente a cansarme.’” ⁶ Entonces dijo el Señor: “Oíd lo que dice el juez injusto. ⁷ ¿Y Dios no hará justicia a sus escogidos que claman a él de día y de noche? ¿Les hará esperar? ⁸ Os digo que los defenderá pronto. Sin embargo, cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?”

⁹ Dijo también esta parábola a unos que confiaban en sí mismos como que eran justos y menospreciaban a los demás: ¹⁰ “Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo; y el otro, publicano. ¹¹ El fariseo, de pie, oraba

consigo mismo de esta manera: ‘Dios, te doy gracias que no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano.

¹² Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo.’ ¹³ Pero el publicano, de pie a cierta distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ‘Dios, sé propicio a mí, que soy pecador.’ ¹⁴ Os digo que éste descendió a casa justificado en lugar del primero. Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

¹⁵ También le presentaban los niños pequeños para que los tocara. Y los discípulos, al ver esto, les reprendían. ¹⁶ Pero Jesús los llamó diciendo: “Dejad a los niños venir a mí y no les impidáis, porque de los tales es el reino de Dios.

¹⁷ De cierto os digo que cualquiera que no reciba el reino de Dios como un niño, jamás entrará en él.”

¹⁸ Le preguntó cierto hombre principal, diciendo: — Maestro bueno, ¿qué haré para obtener la vida eterna? ¹⁹ Y Jesús le dijo: — ¿Por qué me llamas “bueno”? Ninguno es bueno, sino sólo uno, Dios. ²⁰ Tú conoces los mandamientos: No cometas adulterio, no cometas homicidio, no robes, no digas falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre. ²¹ Entonces él dijo: — Todo esto lo he guardado desde mi juventud. ²² Jesús, al oírlo, le dijo: — Aún te falta una cosa: Vende todo lo que tienes y repártelo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme. ²³ Entonces él, al oír estas cosas, se entristeció mucho, porque era muy rico. ²⁴ Jesús, al ver que se había entristecido mucho, dijo: — ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas! ²⁵ Porque más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios. ²⁶ Los que oyeron esto dijeron: — ¿Y quién podrá ser salvo?

²⁷ El les dijo: — Lo que es imposible para los hombres es posible para Dios.

²⁸ Entonces Pedro dijo: — He aquí, nosotros hemos dejado lo nuestro y te hemos seguido. ²⁹ Y él les dijo: — De cierto os digo que no hay nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por causa del reino de Dios, ³⁰ que no haya de recibir muchísimo más en este tiempo, y en la edad venidera, la vida eterna.

³¹ Jesús, tomando a los doce, les dijo: — He aquí subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que fueron escritas por los profetas acerca del Hijo del Hombre. ³² Porque será entregado a los gentiles, y será escarnecido, injuriado y escupido. ³³ Después que le hayan azotado, le matarán; pero al tercer día resucitará. ³⁴ Sin embargo, ellos no entendían nada de esto. Esta palabra les estaba encubierta, y no entendían lo que se les decía.

³⁵ Aconteció, al acercarse Jesús a Jericó, que un ciego estaba sentado junto al camino, mendigando. ³⁶ Este, como oyó pasar a la multitud, preguntó qué era aquello. ³⁷ Y le dijeron que pasaba Jesús de Nazaret. ³⁸ Entonces él gritó diciendo: — ¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí! ³⁹ Los que iban delante le reprendían para que se callase, pero él clamaba con mayor insistencia: — ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! ⁴⁰ Entonces Jesús se detuvo, mandó que se lo trajesen; y cuando llegó, le preguntó ⁴¹ diciendo: — ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: — Señor, que yo recobre la vista. ⁴² Jesús le dijo: — Recobra la vista; tu fe te ha salvado. ⁴³ Inmediatamente recobró la vista y le seguía, glorificando a Dios. Y todo el pueblo al ver esto dio alabanza a Dios.

Capítulo 19

¹ Habiendo entrado Jesús en Jericó, pasaba por la ciudad. ² Y he aquí, un hombre llamado Zaqueo, que era un principal de los publicanos y era rico, ³ procuraba ver quién era Jesús; pero no podía a causa de la multitud, porque era pequeño de estatura. ⁴ Entonces corrió delante y subió a un árbol sicómoro para verle, pues había de pasar por allí. ⁵ Cuando Jesús llegó a aquel lugar, alzando la vista le vio y le dijo: — Zaqueo, date prisa, desciende; porque hoy es necesario que me quede en tu casa. ⁶ Entonces él descendió aprisa y le recibió gozoso. ⁷ Al ver esto, todos murmuraban diciendo que había entrado a alojarse en la casa de un hombre pecador. ⁸ Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: — He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. ⁹ Jesús le dijo: — Hoy ha venido la salvación a esta casa, por cuanto él también es hijo de Abraham. ¹⁰ Porque el Hijo del Hombre ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido.

¹¹ Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén y porque ellos pensaban que inmediatamente habría de ser manifestado el reino de Dios. ¹² Dijo, pues: “Cierta hombre de noble estirpe partió a un país lejano para recibir un reino y volver. ¹³ Entonces llamó a diez siervos suyos y les dio diez minas, diciéndoles: ‘Negociad hasta que yo venga.’ ¹⁴ “Pero sus ciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: ‘No queremos que éste reine sobre nosotros.’”

¹⁵ “Aconteció que cuando él volvió después de haber tomado el reino, mandó llamar ante sí a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que habían negociado. ¹⁶ Vino el primero y dijo: ‘Señor, tu mina ha producido diez minas.’ ¹⁷ Y él le dijo: ‘Muy bien, buen siervo; puesto que en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades.’ ¹⁸ Vino el segundo y dijo: ‘Señor, tu mina ha hecho cinco minas.’ ¹⁹ También a éste le dijo: ‘Tú también estarás sobre cinco ciudades.’ ²⁰ Y vino otro y dijo: ‘Señor, he aquí tu mina, la cual he guardado en un pañuelo. ²¹ Porque tuve miedo de ti, que eres hombre severo, que tomas lo que no pusiste y cosechas lo que no sembraste.’ ²² Entonces él le dijo: ‘¡Mal siervo, por tu boca te juzgo! Sabías que yo soy hombre severo, que tomo lo que no puse y cosecho lo que no sembré. ²³ ¿Por qué, pues, no pusiste mi dinero en el banco, para que al venir yo lo cobrara junto con los intereses?’ ²⁴ Y dijo a los que estaban presentes: ‘Quitadle la mina y dadla al que tiene diez minas.’ ²⁵ Ellos le dijeron: ‘Señor, él ya tiene diez minas.’ ²⁶ El respondió: ‘Pues yo os digo que a todo el que tiene, le será dado; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado. ²⁷ Pero, en cuanto a aquellos enemigos míos que no querían que yo reinara sobre ellos, traedlos acá y degolladlos en mi presencia.’”

²⁸ Después de decir esto, iba delante subiendo a Jerusalén. ²⁹ Y aconteció que llegando cerca de Betfagé y Betania, al monte que se llama de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, ³⁰ diciendo: — Id a la aldea de enfrente, y cuando entréis en ella, hallaréis atado un borriquillo, en el cual ningún hombre ha montado jamás. Desatadlo y traedlo. ³¹ Si alguien os pregunta: “¿Por qué lo desatáis?”, le responderéis así: “Porque el Señor lo necesita.” ³² Los que habían sido enviados fueron y hallaron como había dicho. ³³ Cuando desataban el borriquillo, sus dueños les dijeron: — ¿Por qué desatáis el borriquillo? ³⁴ Y ellos dijeron: — Porque el Señor lo necesita. ³⁵ Trajeron el borriquillo a Jesús, y echando sobre él sus mantos, hicieron que Jesús montara encima. ³⁶ Y mientras él avanzaba, tendían sus mantos por el camino. ³⁷ Cuando ya llegaba él cerca de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a gran voz por todas las maravillas que habían visto. ³⁸ Ellos decían: — ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor! ¡Paz en el cielo, y gloria en las alturas! ³⁹ Entonces, algunos de los fariseos de entre la

multitud le dijeron: — Maestro, reprende a tus discípulos. ⁴⁰ El respondió diciéndoles: — Os digo que si éstos callan, las piedras gritarán.

⁴¹ Cuando llegó cerca, al ver la ciudad, lloró por ella ⁴² diciendo: — ¡Oh, si conocieses tú también, por lo menos en éste tu día, lo que conduce a tu paz! Pero ahora está encubierto a tus ojos. ⁴³ Porque vendrán sobre ti días en que tus enemigos te rodearán con baluarte y te pondrán sitio, y por todos lados te apretarán. ⁴⁴ Te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti. No dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

⁴⁵ Cuando entró en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían,

⁴⁶ diciéndoles: — Escrito está: ¡Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones! ⁴⁷ Enseñaba cada día en el templo, pero los principales sacerdotes y los escribas y los principales del pueblo procuraban matarle. ⁴⁸ Pero no hallaban manera de hacerle algo, porque el pueblo le escuchaba con mucha atención.

Capítulo 20

¹ Aconteció un día que estando Jesús enseñando al pueblo en el templo y anunciando el evangelio, se le acercaron los principales sacerdotes y los escribas con los ancianos, ² y le hablaron diciendo: — Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? ¿O quién es el que te dio esta autoridad? ³ Entonces respondió y les dijo: — Yo os haré también una pregunta. Respondedme: ⁴ El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres? ⁵ Ellos razonaban entre sí diciendo: — Si decimos “del cielo”, dirá: “¿Por qué, pues, no le creísteis?” ⁶ Y si decimos “de los hombres”, todo el pueblo nos apedreará, porque están convencidos de que Juan era profeta. ⁷ Respondieron, pues, que no sabían de dónde era. ⁸ Entonces Jesús les dijo: — Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas.

⁹ Entonces comenzó a decir al pueblo esta parábola: — Cierta hombre plantó una viña, la arrendó a unos labradores y se fue lejos por mucho tiempo.

¹⁰ A su debido tiempo envió un siervo a los labradores para que le diesen del fruto de la viña. Pero los labradores le golpearon y le enviaron con las manos vacías.

¹¹ Y volvió a enviar otro siervo, pero también a éste, golpeándole y afrentándole, le enviaron con las manos vacías. ¹² Volvió a enviar un tercer siervo, pero también a éste echaron, herido. ¹³ Entonces el señor de la viña dijo:

“¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás a éste le tendrán respeto.”¹⁴ Pero los labradores, al verle, razonaron entre sí diciendo: “Este es el heredero. Matémosle, para que la heredad sea nuestra.”¹⁵ Y echándole fuera de la viña, le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña?¹⁶ Vendrá y destruirá a estos labradores y dará su viña a otros. Cuando ellos lo oyeron, dijeron: — ¡Nunca suceda tal cosa!¹⁷ Pero él, mirándolos, les dijo: — ¿Qué, pues, es esto que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores, ésta fue hecha cabeza del ángulo?¹⁸ Cualquiera que caiga sobre aquella piedra será quebrantado, y desmenuzará a cualquiera sobre quien ella caiga.¹⁹ En aquella hora los principales sacerdotes y los escribas procuraban echarle mano, porque entendieron que contra ellos había dicho esta parábola; pero temieron al pueblo.

²⁰ Entonces acechándole, enviaron espías que simulasen ser justos, a fin de sorprenderle en sus palabras, y así entregarle al poder y autoridad del procurador.²¹ Estos le preguntaron diciendo: — Maestro, sabemos que dices y enseñas bien, y que no haces distinción entre personas, sino que enseñas el camino de Dios con verdad.²² ¿Nos es lícito dar tributo al César, o no?²³ Pero él, entendiendo la astucia de ellos, les dijo:²⁴ — Mostradme un denario. ¿De quién es la imagen y la inscripción que tiene? Y ellos dijeron: — Del César.²⁵ Entonces les dijo: — Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.²⁶ Y no pudieron sorprenderle en ninguna palabra delante del pueblo. Más bien callaron, maravillados de su respuesta.

²⁷ Se acercaron algunos de los saduceos, que niegan que haya resurrección, y le preguntaron²⁸ diciendo: — Maestro, Moisés nos escribió: Si el hermano de alguno muere dejando mujer, y él no deja hijos, su hermano tome la mujer y levante descendencia a su hermano.²⁹ Había, pues, siete hermanos. El primero tomó mujer, y murió sin dejar hijos.³⁰ También el segundo.³¹ Y la tomó el tercero, y de la misma manera también todos los siete, y murieron sin tener hijos.³² Por último, murió también la mujer.³³ En la resurrección, puesto que los siete la tuvieron por mujer, ¿de cuál de ellos será mujer?³⁴ Entonces respondiendo Jesús les dijo: — Los hijos de este mundo se casan y se dan en casamiento.³⁵ Pero los que son tenidos por dignos de alcanzar aquel mundo venidero y la resurrección de los muertos no se casan, ni se dan en casamiento.³⁶ Porque ya no pueden morir, pues son como los ángeles, y son también hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección.³⁷ Y con respecto a que los muertos han de resucitar, también Moisés lo mostró en el relato de la zarza, cuando llama al

Señor, Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob. ³⁸ Pues Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; porque para él todos viven.

³⁹ Le respondieron algunos de los escribas, diciendo: — Maestro, bien has dicho. ⁴⁰ Y no se atrevieron a preguntarle más. ⁴¹ El les dijo: — ¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? ⁴² Porque el mismo David dice en el libro de los Salmos: Dijo el Señor a mi Señor: “Siéntate a mi diestra, ⁴³ hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.” ⁴⁴ Así que David le llama “Señor”; ¿cómo es, pues, su hijo? ⁴⁵ Cuando todo el pueblo le escuchaba, dijo a sus discípulos: ⁴⁶ — Guardaos de los escribas, a quienes les gusta andar con ropas largas, que aman las saluciones en las plazas, las primeras sillas en las sinagogas y los primeros asientos en los banquetes. ⁴⁷ Estos, que devoran las casas de las viudas y como pretexto hacen largas oraciones, recibirán mayor condenación.

Capítulo 21

¹ Alzando la mirada, Jesús vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca del tesoro. ² Vio también a una viuda pobre que echaba allí dos blancas. ³ Entonces dijo: — De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos. ⁴ Porque todos éstos de su abundancia echaron a las ofrendas; pero ésta, de su pobreza, echó todo el sustento que tenía.

⁵ Hablando algunos acerca del templo decían que estaba adornado con hermosas piedras y con ofrendas votivas, él dijo: ⁶ — En cuanto a estas cosas que veis, vendrán días cuando no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada. ⁷ Entonces le preguntaron diciendo: — Maestro, ¿cuándo será esto? ¿Qué señal habrá cuando estas cosas estén por suceder? ⁸ Entonces él dijo: — Mirad que no seáis engañados, porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: “Yo soy”, y “El tiempo está cerca.” No vayáis en pos de ellos. ⁹ Y cuando oigáis de guerras y de revoluciones, no os atemoriceís. Porque es necesario que estas cosas acontezcan primero, pero el fin no será de inmediato. ¹⁰ — Entonces dijo — : Se levantará nación contra nación y reino contra reino.

¹¹ Habrá grandes terremotos, hambres y pestilencias en varios lugares. Habrá terror y grandes señales del cielo. ¹² Pero antes de estas cosas os echarán mano y os perseguirán. Os entregarán a las sinagogas y os meterán en las cárceles, y seréis llevados delante de los reyes y gobernantes por causa de mi nombre.

¹³ Esto os servirá para dar testimonio. ¹⁴ Decidid, pues, en vuestros corazones no pensar de antemano cómo habéis de responder. ¹⁵ Porque yo os daré boca y sabiduría, a la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se os opongan. ¹⁶ Y seréis entregados aun por vuestros padres, hermanos, parientes y amigos; y harán morir a algunos de vosotros. ¹⁷ Seréis aborrecidos por todos a causa de mi nombre, ¹⁸ pero ni un solo cabello de vuestra cabeza perecerá. ¹⁹ Por vuestra perseverancia ganaréis vuestras almas.

²⁰ Cuando veáis a Jerusalén sitiada por ejércitos, sabed entonces que ha llegado su destrucción. ²¹ Entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes; los que estén en medio de la ciudad, salgan; y los que estén en los campos, no entren en ella. ²² Porque éstos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas. ²³ ¡Ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! Porque habrá grande calamidad sobre la tierra e ira sobre este pueblo. ²⁴ Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones. Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles. ²⁵ Entonces habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas. Y en la tierra habrá angustia de las naciones por la confusión ante el rugido del mar y del oleaje. ²⁶ Los hombres se desmayarán a causa del terror y de la expectación de las cosas que sobrevendrán al mundo habitado, porque los poderes de los cielos serán sacudidos. ²⁷ Entonces verán al Hijo del Hombre viniendo en una nube, con poder y gran gloria. ²⁸ Cuando estas cosas comiencen a suceder, mirad y levantad vuestras cabezas; porque vuestra redención está cerca.

²⁹ Y les dijo una parábola: — Mirad la higuera y todos los árboles. ³⁰ Cuando veis que ya brotan, vosotros entendéis que el verano ya está cerca. ³¹ Así también vosotros, cuando veáis que suceden estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. ³² De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que todo suceda. ³³ El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. ³⁴ Mirad por vosotros, que vuestros corazones no estén cargados de glotonería, de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y que aquel día venga sobre vosotros de repente como una trampa; ³⁵ porque vendrá sobre todos los que habitan sobre la superficie de toda la tierra. ³⁶ Velad, pues, en todo tiempo, orando que tengáis fuerzas para escapar de todas estas cosas que han de suceder, y de estar en pie delante del Hijo del Hombre.

³⁷ Pasaba los días enseñando en el templo, y saliendo al anochecer permanecía en el monte que se llama de los Olivos. ³⁸ Y todo el pueblo venía a él desde temprano para oírle en el templo.

Capítulo 22

¹ Estaba próximo el día de la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la Pascua. ² Los principales sacerdotes y los escribas estaban buscando cómo eliminarle, pues temían al pueblo. ³ Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, el cual era uno del número de los doce. ⁴ El fue y habló con los principales sacerdotes y con los magistrados acerca de cómo entregarle. ⁵ Estos se alegraron y acordaron darle dinero. ⁶ El estuvo de acuerdo y buscaba la oportunidad para entregarle sin que la gente lo advirtiera.

⁷ Llegó el día de los panes sin levadura, en el cual era necesario sacrificar la víctima pascual. ⁸ Jesús envió a Pedro y a Juan, diciendo: — Id, preparadnos la Pascua para que comamos. ⁹ Ellos le preguntaron: — ¿Dónde quieres que la preparemos? ¹⁰ El les dijo: — He aquí, cuando entréis en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua. Seguidle hasta la casa a donde entre. ¹¹ Decidle al dueño de la casa: “El Maestro te dice: ‘¿Dónde está la habitación en la que he de comer la Pascua con mis discípulos?’” ¹² Y él os mostrará un gran aposento alto, ya dispuesto. Preparad allí. ¹³ Fueron, pues, y hallaron como les había dicho; y prepararon la Pascua. ¹⁴ Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa, y con él los apóstoles. ¹⁵ Y les dijo: — ¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de padecer! ¹⁶ Porque os digo que no comeré más de ella hasta que se cumpla en el reino de Dios. ¹⁷ Luego tomó una copa, y habiendo dado gracias, dijo: — Tomad esto y repartiadlo entre vosotros, ¹⁸ porque os digo que desde ahora no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios. ¹⁹ Entonces tomó pan, y habiendo dado gracias, lo partió y les dio diciendo: — Esto es mi cuerpo que por vosotros es dado. Haced esto en memoria de mí. ²⁰ Asimismo, después de haber cenado, tomó también la copa y dijo: — Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama.

²¹ No obstante, he aquí la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. ²² A la verdad, el Hijo del Hombre va según lo que está determinado,

pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!²³ Entonces ellos comenzaron a preguntarse entre sí cuál de ellos sería el que habría de hacer esto.²⁴ Hubo entre ellos una disputa acerca de quién de ellos parecía ser el más importante.²⁵ Entonces él les dijo: — Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados bienhechores.²⁶ Pero entre vosotros no será así. Más bien, el que entre vosotros sea el importante, sea como el más nuevo; y el que es dirigente, como el que sirve.²⁷ Porque, ¿cuál es el más importante: el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.²⁸ Y vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas.²⁹ Yo, pues, dispongo para vosotros un reino, como mi Padre lo dispuso para mí;³⁰ para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.³¹ Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo.³² Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falle. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos.³³ El le dijo: — Señor, estoy listo para ir contigo aun a la cárcel y a la muerte.³⁴ Pero él dijo: — Pedro, te digo que el gallo no cantará hoy antes que tú hayas negado tres veces que me conoces.³⁵ Y les dijo a ellos: — Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin calzado, ¿os faltó algo? Ellos dijeron: — Nada.³⁶ Entonces les dijo: — Pues ahora, el que tiene bolsa, tómela; y también la alforja. Y el que no tiene espada, venda su manto y compre una.³⁷ Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí aquello que está escrito: Y fue contado con los malhechores. Porque lo que está escrito de mí tiene cumplimiento.³⁸ Entonces ellos dijeron: — Señor, he aquí dos espadas. Y él dijo: — Basta.

³⁹ Después de salir, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron.⁴⁰ Cuando llegó al lugar, les dijo: — Orad que no entréis en tentación.⁴¹ Y él se apartó de ellos a una distancia como de un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba⁴² diciendo: — Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.⁴³ Entonces le apareció un ángel del cielo para fortalecerle.⁴⁴ Y angustiado, oraba con mayor intensidad, de modo que su sudor era como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra.⁴⁵ Cuando se levantó de orar y volvió a sus discípulos, los halló dormidos por causa de la tristeza.⁴⁶ Y les dijo: — ¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación.

⁴⁷ Mientras él aún hablaba, he aquí vino una multitud. El que se llamaba Judas, uno de los doce, venía delante de ellos y se acercó a Jesús para besarle. ⁴⁸ Entonces Jesús le dijo: — Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre? ⁴⁹ Al ver los que estaban con él lo que había de ocurrir, le dijeron: — Señor, ¿heriremos a espada? ⁵⁰ Y uno de ellos hirió a un siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. ⁵¹ Entonces respondiendo Jesús dijo: — ¡Basta de esto! Y tocando su oreja, le sanó. ⁵² Entonces Jesús dijo a los principales sacerdotes, los magistrados del templo y los ancianos que habían venido contra él: — ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y palos? ⁵³ Habiendo estado con vosotros cada día en el templo, no extendisteis la mano contra mí. Pero ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas.

⁵⁴ Le prendieron, le llevaron y le hicieron entrar en la casa del sumo sacerdote. Y Pedro le seguía de lejos. ⁵⁵ Cuando encendieron fuego en medio del patio y se sentaron alrededor, Pedro también se sentó entre ellos. ⁵⁶ Entonces una criada, al verle sentado junto a la lumbre, le miró fijamente y dijo: — ¡Este estaba con él! ⁵⁷ Pero él negó diciendo: — Mujer, no le conozco. ⁵⁸ Un poco después, al verle otro, le dijo: — ¡Tú también eres de ellos! Y Pedro dijo: — Hombre, no lo soy. ⁵⁹ Como una hora después, otro insistía diciendo: — Verdaderamente, también éste estaba con él, porque es galileo. ⁶⁰ Y Pedro dijo: — ¡Hombre, no sé lo que dices! Y de inmediato, estando él aún hablando, el gallo cantó. ⁶¹ Entonces el Señor se volvió y miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor como le había dicho: “Antes que el gallo cante hoy, me negarás tres veces.” ⁶² Y saliendo fuera, Pedro lloró amargamente.

⁶³ Los hombres que tenían bajo custodia a Jesús se burlaban de él y le golpeaban. ⁶⁴ Y cubriéndole le preguntaban diciendo: — ¡Profetiza! ¿Quién es el que te golpeó? ⁶⁵ Y le decían otras muchas cosas, injuriándole. ⁶⁶ Cuando amaneció, se juntaron los ancianos del pueblo, los principales sacerdotes y los escribas, y le llevaron al Sanedrín de ellos. ⁶⁷ Y le dijeron: — Si tú eres el Cristo, ¡dínoslo! Pero él les dijo: — Si os lo dijera, no lo creeríais. ⁶⁸ Además, si yo os preguntara, no me responderíais. ⁶⁹ Pero de ahora en adelante, el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. ⁷⁰ Le dijeron todos: — Entonces, ¿eres tú Hijo de Dios? Y él les dijo: — Vosotros decís que yo soy. ⁷¹ Entonces ellos dijeron: — ¿Qué más necesidad tenemos de testimonio? Porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

Capítulo 23

¹ Entonces, levantándose toda la multitud de ellos, le llevaron a Pilato. ² Y comenzaron a acusarle diciendo: — Hemos hallado a éste que agita a nuestra nación, prohíbe dar tributo al César y dice que él es el Cristo, un rey. ³ Entonces Pilato le preguntó diciendo: — ¿Eres tú el rey de los judíos? Respondiendo le dijo: — Tú lo dices. ⁴ Pilato dijo a los principales sacerdotes y a la multitud: — No hallo ningún delito en este hombre. ⁵ Pero ellos insistían diciendo: — Alborota al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea, hasta aquí. ⁶ Entonces Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo. ⁷ Y al saber que era de la jurisdicción de Herodes, lo remitió a Herodes, quien también estaba en Jerusalén en aquellos días. ⁸ Herodes, viendo a Jesús, se alegró mucho; porque hacía mucho tiempo que deseaba verle, pues había oído muchas cosas de él y tenía esperanzas de que le vería hacer algún milagro. ⁹ Herodes le preguntaba con muchas palabras, pero Jesús no le respondió nada. ¹⁰ Estaban allí los principales sacerdotes y los escribas, acusándole con vehemencia. ¹¹ Pero Herodes y su corte, después de menospreciarle y burlarse de él, le vistieron con ropa espléndida. Y volvió a enviarle a Pilato. ¹² Aquel mismo día se hicieron amigos Pilato y Herodes, porque antes habían estado enemistados.

¹³ Entonces Pilato convocó a los principales sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, ¹⁴ y les dijo: — Me habéis presentado a éste como persona que desvía al pueblo. He aquí, yo le he interrogado delante de vosotros, y no he hallado ningún delito en este hombre, de todo aquello que le acusáis.

¹⁵ Tampoco Herodes, porque él nos lo remitió; y he aquí no ha hecho ninguna cosa digna de muerte. ¹⁶ Así que, le soltaré después de castigarle. ¹⁷ Pues tenía necesidad de soltarles uno en cada fiesta. ¹⁸ Pero toda la multitud dio voces a una, diciendo: — ¡Fuera con éste! ¡Suéltanos a Barrabás! ¹⁹ Este había sido echado en la cárcel por sedición en la ciudad y por un homicidio. ²⁰ Entonces Pilato les habló otra vez, queriendo soltar a Jesús. ²¹ Pero ellos volvieron a dar voces, diciendo: — ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! ²² El les dijo por tercera vez: — ¿Pues qué mal ha hecho éste? Ningún delito de muerte he hallado en él. Le castigaré entonces, y le soltaré. ²³ Pero ellos insistían a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado. Y sus voces prevalecieron. ²⁴ Entonces Pilato juzgó que se hiciese lo que ellos pedían. ²⁵ Les soltó a aquel que había sido echado en

la cárcel por sedición y homicidio, a quien ellos habían pedido, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

²⁶ Y ellos, al llevarle, tomaron a un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús. ²⁷ Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, las cuales lloraban y se lamentaban por él. ²⁸ Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: — Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. ²⁹ Porque he aquí vendrán días en que dirán: “Bienaventuradas las estériles, los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron.” ³⁰ Entonces comenzarán a decir a las montañas: “¡Caed sobre nosotros!” y a las colinas: “¡Cubridnos!” ³¹ Porque si con el árbol verde hacen estas cosas, ¿qué se hará con el seco?

³² Llevaban también a otros dos, que eran malhechores, para ser ejecutados con él. ³³ Cuando llegaron al lugar que se llama de la Calavera, le crucificaron allí, y a los malhechores: el uno a la derecha y el otro a la izquierda. ³⁴ Y Jesús decía: — Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y partiendo sus vestidos, echaron suertes. ³⁵ El pueblo estaba de pie mirando, y aun los gobernantes se burlaban de él, diciendo: — A otros salvó. Sálvese a sí mismo, si es el Cristo, el escogido de Dios. ³⁶ También los soldados le escamecían, acercándose, ofreciéndole vinagre ³⁷ y diciéndole: — Si tú eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. ³⁸ Había también sobre él un título escrito que decía: ESTE ES EL REY DE LOS JUDIOS. ³⁹ Uno de los malhechores que estaban colgados le injuriaba diciendo: — ¿No eres tú el Cristo? ¡Sálvate a ti mismo y a nosotros! ⁴⁰ Respondiendo el otro, le reprendió diciendo: — ¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condenación? ⁴¹ Nosotros, a la verdad, padecemos con razón, porque estamos recibiendo lo que merecieron nuestros hechos; pero éste no hizo ningún mal. ⁴² Y le dijo: — Jesús, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino. ⁴³ Entonces Jesús le dijo: — De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

⁴⁴ Cuando era como la hora sexta, descendió oscuridad sobre la tierra hasta la hora novena. ⁴⁵ El sol se oscureció, y el velo del templo se rasgó por en medio. ⁴⁶ Entonces Jesús, gritando a gran voz, dijo: — ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu! Y habiendo dicho esto, expiró. ⁴⁷ Y cuando el centurión vio lo que había acontecido, dio gloria a Dios, diciendo: — ¡Verdaderamente, este hombre era justo! ⁴⁸ Y toda la multitud que estaba presente en este

espectáculo, al ver lo que había acontecido, volvía golpeándose el pecho.

⁴⁹ Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, se quedaron lejos, mirando estas cosas.

⁵⁰ He aquí, había un hombre llamado José, el cual era miembro del concilio, y un hombre bueno y justo. ⁵¹ Este no había consentido con el consejo ni con los hechos de ellos. El era de Arimatea, ciudad de los judíos, y también esperaba el reino de Dios. ⁵² Este se acercó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús.

⁵³ Después de bajarle de la cruz, le envolvió en una sábana de lino y le puso en un sepulcro cavado en una peña, en el cual nadie había sido puesto todavía.

⁵⁴ Era el día de la Preparación, y estaba por comenzar el sábado. ⁵⁵ Las mujeres que habían venido con él de Galilea, también le siguieron y vieron el sepulcro y cómo fue puesto el cuerpo. ⁵⁶ Entonces regresaron y prepararon especias aromáticas y perfumes, y reposaron el sábado, conforme al mandamiento.

Capítulo 24

¹ Y el primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando las especias aromáticas que habían preparado. ² Y hallaron removida la piedra del sepulcro; ³ pero al entrar, no hallaron el cuerpo de Jesús. ⁴ Aconteció que estando perplejas por esto, he aquí se pusieron de pie junto a ellas dos hombres con vestiduras resplandecientes. ⁵ Como ellas les tuvieron temor y bajaron la cara a tierra, ellos les dijeron: — ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? ⁶ No está aquí; más bien, ha resucitado. Acordaos de lo que os habló cuando estaba aún en Galilea, ⁷ como dijo: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea entregado en manos de hombres pecadores, y que sea crucificado y resucite al tercer día.” ⁸ Entonces ellas se acordaron de sus palabras, ⁹ y volviendo del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los once y a todos los demás. ¹⁰ Las que dijeron estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana, María madre de Jacobo, y las demás mujeres que estaban con ellas. ¹¹ Pero sus palabras les parecían a ellos locura, y no las creyeron. ¹² Sin embargo, Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Cuando miró adentro, vio los lienzos solos y se fue a casa, asombrado de lo que había sucedido.

¹³ He aquí, el mismo día dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, que estaba a sesenta estadios de Jerusalén. ¹⁴ Iban hablando entre sí de todas

aquellas cosas que habían acontecido.¹⁵ Sucedió que, mientras iban conversando y discutiendo el uno con el otro, el mismo Jesús se acercó e iba con ellos.¹⁶ Pero sus ojos estaban velados, de manera que no le reconocieron.¹⁷ Entonces les dijo: — ¿Qué son estas cosas de que estáis conversando entre vosotros mientras camináis? Se detuvieron con semblante triste.¹⁸ Y respondiendo uno de ellos, que se llamaba Cleofas, le dijo: — ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes las cosas que han acontecido en estos días?¹⁹ Entonces él dijo: — ¿Qué cosas? Y ellos dijeron: — De Jesús de Nazaret, que era un hombre profeta, poderoso en obras y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo;²⁰ y de cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros dirigentes para ser condenado a muerte, y de cómo le crucificaron.²¹ Nosotros esperábamos que él era el que habría de redimir a Israel. Ahora, a todo esto se añade el hecho de que hoy es el tercer día desde que esto aconteció.²² Además, unas mujeres de los nuestros nos han asombrado: Fueron muy temprano al sepulcro,²³ y al no hallar su cuerpo, regresaron diciendo que habían visto visión de ángeles, los cuales les dijeron que él está vivo.²⁴ Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron.²⁵ Entonces él les dijo: — ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho!²⁶ ¿No era necesario que el Cristo padeciese estas cosas y que entrara en su gloria?²⁷ Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras lo que decían de él.²⁸ Así llegaron a la aldea a donde iban, y él hizo como que iba más adelante.²⁹ Pero ellos le insistieron diciendo: — Quédate con nosotros, porque es tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, para quedarse con ellos.³⁰ Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo y les dio.³¹ Entonces fueron abiertos los ojos de ellos, y le reconocieron. Pero él desapareció de su vista.³² Y se decían el uno al otro: — ¿No ardía nuestro corazón en nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos abría las Escrituras?³³ En la misma hora se levantaron y se volvieron a Jerusalén. Hallaron reunidos a los once y a los que estaban con ellos,³⁴ quienes decían: — ¡Verdaderamente el Señor ha resucitado y ha aparecido a Simón!³⁵ Entonces ellos contaron las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo se había dado a conocer a ellos al partir el pan.

³⁶ Mientras hablaban estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos y les dijo: — Paz a vosotros.³⁷ Entonces ellos, aterrorizados y asombrados, pensaban que veían un espíritu.³⁸ Pero él les dijo: — ¿Por qué estáis turbados, y por qué

suben tales pensamientos a vuestros corazones?³⁹ Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy. Palpad y ved, pues un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo.⁴⁰ Al decir esto, les mostró las manos y los pies.⁴¹ Y como ellos aún no lo creían por el gozo que tenían y porque estaban asombrados, les dijo: — ¿Tenéis aquí algo de comer?⁴² Entonces le dieron un pedazo de pescado asado.⁴³ Lo tomó y comió delante de ellos.⁴⁴ Y les dijo: — Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliesen todas estas cosas que están escritas de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos.⁴⁵ Entonces les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras,⁴⁶ y les dijo: — Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día;⁴⁷ y que en su nombre se predicase el arrepentimiento y la remisión de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén.⁴⁸ Y vosotros sois testigos de estas cosas.⁴⁹ He aquí yo enviaré el cumplimiento de la promesa de mi Padre sobre vosotros. Pero quedaos vosotros en la ciudad hasta que seáis investidos del poder de lo alto.

⁵⁰ Entonces él los llevó fuera hasta Betania, y alzando sus manos les bendijo.

⁵¹ Aconteció que al bendecirlos, se fue de ellos, y era llevado arriba al cielo.

⁵² Después de haberle adorado, ellos regresaron a Jerusalén con gran gozo;⁵³ y se hallaban continuamente en el templo, bendiciendo a Dios.

JUAN

Capítulo 1

¹ En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. ² El era en el principio con Dios. ³ Todas las cosas fueron hechas por medio de él, y sin él no fue hecho nada de lo que ha sido hecho. ⁴ En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

⁵ La luz resplandece en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron. ⁶ Hubo un hombre, enviado por Dios, que se llamaba Juan. ⁷ El vino como testimonio, a fin de dar testimonio de la luz, para que todos creyesen por medio de él. ⁸ No era él la luz, sino que vino para dar testimonio de la luz. ⁹ Aquél era la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene al mundo. ¹⁰ En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él, pero el mundo no le conoció. ¹¹ A lo suyo vino, pero los suyos no le recibieron. ¹² Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios, ¹³ los cuales nacieron no de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios. ¹⁴ Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

¹⁵ Juan dio testimonio de él y proclamó diciendo: “Este es aquel de quien dije: El que viene después de mí ha llegado a ser antes de mí, porque era primero que yo.” ¹⁶ Porque de su plenitud todos nosotros recibimos, y gracia sobre gracia. ¹⁷ La ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad nos han llegado por medio de Jesucristo. ¹⁸ A Dios nadie le ha visto jamás; el Dios único que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.

¹⁹ Este es el testimonio de Juan cuando los judíos le enviaron de Jerusalén unos sacerdotes y levitas para preguntarle: — ¿Quién eres tú? ²⁰ El confesó y no negó, sino que confesó: — Yo no soy el Cristo. ²¹ Y le preguntaron: — ¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías? Y dijo: — No lo soy. — ¿Eres tú el profeta? Y respondió: — No. ²² Le dijeron entonces: — ¿Quién eres?, para que demos respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices en cuanto a ti mismo? ²³ Dijo: — Yo soy

la voz de uno que proclama en el desierto: “Enderezad el camino del Señor” como dijo el profeta Isaías.²⁴ Y los que habían sido enviados eran de los fariseos.²⁵ Le preguntaron y le dijeron: — ¿Entonces, por qué bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta?²⁶ Juan les respondió diciendo: — Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis.²⁷ El es el que viene después de mí, de quien yo no soy digno de desatar la correa del calzado.²⁸ Estas cosas acontecieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando.

²⁹ Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él y dijo: — ¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!³⁰ Este es aquel de quien dije: “Después de mí viene un hombre que ha llegado a ser antes de mí, porque era primero que yo.”³¹ Yo no le conocía; pero para que él fuese manifestado a Israel, por eso vine yo bautizando en agua.³² Juan dio testimonio diciendo: — He visto al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y posó sobre él.³³ Yo no le conocía, pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: “Aquel sobre quien veas descender el Espíritu y posar sobre él, éste es el que bautiza en el Espíritu Santo.”³⁴ Yo le he visto y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios.³⁵ Al día siguiente, de nuevo estaba Juan con dos de sus discípulos.³⁶ Al ver a Jesús que andaba por allí, dijo: — ¡He aquí el Cordero de Dios!

³⁷ Los dos discípulos le oyeron hablar y siguieron a Jesús.³⁸ Jesús, al dar vuelta y ver que le seguían, les dijo: — ¿Qué buscáis? Y ellos le dijeron: — Rabí — que significa maestro —, ¿dónde moras?³⁹ Les dijo: — Venid y ved. Por lo tanto, fueron y vieron dónde moraba y se quedaron con él aquel día, porque era como la hora décima.⁴⁰ Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús.⁴¹ Este encontró primero a su hermano Simón y le dijo: — Hemos encontrado al Mesías — que significa Cristo — .⁴² El lo llevó a Jesús, y al verlo Jesús le dijo: — Tú eres Simón hijo de Jonás. Tú serás llamado Cefas — que significa piedra — .

⁴³ Al día siguiente, Jesús quiso salir para Galilea y encontró a Felipe. Y Jesús le dijo: — Sígueme.⁴⁴ Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro.⁴⁵ Felipe encontró a Natanael y le dijo: — Hemos encontrado a aquel de quien Moisés escribió en la Ley, y también los Profetas: a Jesús de Nazaret, el hijo de José.⁴⁶ Y le dijo Natanael: — ¿De Nazaret puede haber algo de bueno? Le dijo Felipe: — Ven y ve.⁴⁷ Jesús vio que Natanael venía hacia él y dijo de

él: — ¡He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño!⁴⁸ Le dijo Natanael: — ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús y le dijo: — Antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi.⁴⁹ Le respondió Natanael: — Rabí, ¡tú eres el Hijo de Dios! ¡Tú eres el rey de Israel!⁵⁰ Respondió Jesús y le dijo: — ¿Crees porque te dije: “Te vi debajo de la higuera”? ¡Cosas mayores que éstas verás!⁵¹ Y les dijo: — De cierto, de cierto os digo que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre.

Capítulo 2

¹ Al tercer día se celebró una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. ² Fue invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. ³ Y como faltó el vino, la madre de Jesús le dijo: — No tienen vino. ⁴ Jesús le dijo: — ¿Qué tiene que ver eso conmigo y contigo, mujer? Todavía no ha llegado mi hora. ⁵ Su madre dijo a los que servían: — Haced todo lo que él os diga. ⁶ Había allí seis tinajas de piedra para agua, de acuerdo con los ritos de los judíos para la purificación. En cada una de ellas cabían dos o tres medidas. ⁷ Jesús les dijo: — Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta el borde. ⁸ Luego les dijo: — Sacad ahora y llevadlo al encargado del banquete. Se lo llevaron; ⁹ y cuando el encargado del banquete probó el agua ya hecha vino, y no sabía de dónde venía (aunque los sirvientes que habían sacado el agua sí lo sabían), llamó al novio ¹⁰ y le dijo: — Todo hombre sirve primero el buen vino; y cuando ya han tomado bastante, entonces saca el inferior. Pero tú has guardado el buen vino hasta ahora. ¹¹ Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él.

¹² Después de esto, él descendió a Capernaúm con su madre, sus hermanos y sus discípulos; y se quedaron allí no muchos días. ¹³ Estaba próxima la Pascua de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. ¹⁴ Halló en el templo a los que vendían vacunos, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados. ¹⁵ Y después de hacer un látigo de cuerdas, los echó a todos del templo, junto con las ovejas y los vacunos. Desparramó el dinero de los cambistas y volcó las mesas. ¹⁶ A los que vendían palomas les dijo: — ¡Quitad de aquí estas cosas y no hagáis más de la casa de mi Padre casa de mercado! ¹⁷ Entonces se acordaron sus discípulos que estaba escrito: El celo por tu casa me consumirá. ¹⁸ Los judíos respondieron

y le dijeron: — Ya que haces estas cosas, ¿qué señal nos muestras?

¹⁹ Respondió Jesús y les dijo: — Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. ²⁰ Por tanto los judíos dijeron: — Durante cuarenta y seis años se construyó este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días? ²¹ Pero él hablaba del templo de su cuerpo. ²² Por esto, cuando fue resucitado de entre los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto y creyeron la Escritura y las palabras que Jesús había dicho.

²³ Mientras él estaba en Jerusalén en la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al observar las señales que hacía. ²⁴ Pero Jesús mismo no confiaba en ellos, porque los conocía a todos, ²⁵ y porque no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio acerca de los hombres, pues él conocía lo que había en el hombre.

Capítulo 3

¹ Y había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un gobernante de los judíos. ² Este vino a Jesús de noche y le dijo: — Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, a menos que Dios esté con él. ³ Respondió Jesús y le dijo: — De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios. ⁴ Nicodemo le dijo: — ¿Cómo puede nacer un hombre si ya es viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre y nacer? ⁵ Respondió Jesús: — De cierto, de cierto te digo que a menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. ⁶ Lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del Espíritu, espíritu es. ⁷ No te maravilles de que te dije: “Os es necesario nacer de nuevo.” ⁸ El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; pero no sabes ni de dónde viene ni a dónde va. Así es todo aquel que ha nacido del Espíritu. ⁹ Respondió Nicodemo y le dijo: — ¿Cómo puede suceder eso? ¹⁰ Respondió Jesús y le dijo: — Tú eres el maestro de Israel, ¿y no sabes esto? ¹¹ De cierto, de cierto te digo que hablamos de lo que sabemos; y testificamos de lo que hemos visto. Pero no recibís nuestro testimonio. ¹² Si os hablé de cosas terrenales y no creéis, ¿cómo creeréis si os hablo de las celestiales? ¹³ Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre. ¹⁴ Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado, ¹⁵ para

que todo aquel que cree en él tenga vida eterna.¹⁶ Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.¹⁷ Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.¹⁸ El que cree en él no es condenado; pero el que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.¹⁹ Y ésta es la condenación: que la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.²⁰ Porque todo aquel que practica lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean censuradas.²¹ Pero el que hace la verdad viene a la luz para que sus obras sean manifiestas, que son hechas en Dios.

²² Después de esto, Jesús fue con sus discípulos a la tierra de Judea; y pasaba allí un tiempo con ellos y bautizaba.²³ Juan también estaba bautizando en Enón, junto a Salim, porque allí había mucha agua; y muchos venían y eran bautizados,²⁴ ya que Juan todavía no había sido puesto en la cárcel.²⁵ Entonces surgió una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación.²⁶ Fueron a Juan y le dijeron: — Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú has dado testimonio, ¿he aquí él está bautizando, y todos van a él!²⁷ Respondió Juan y dijo: — Ningún hombre puede recibir nada a menos que le haya sido dado del cielo.²⁸ Vosotros mismos me sois testigos de que dije: “Yo no soy el Cristo”, sino que “he sido enviado delante de él”.²⁹ El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, que ha estado de pie y le escucha, se alegra mucho a causa de la voz del novio. Así, pues, este mi gozo ha sido cumplido.³⁰ A él le es preciso crecer, pero a mí menguar.³¹ El que viene de arriba está por encima de todos. El que procede de la tierra es terrenal, y su habla procede de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos.³² Testifica de lo que ha visto y oído, y nadie recibe su testimonio.³³ El que recibe su testimonio atestigua que Dios es veraz.³⁴ Porque el que Dios envió habla las palabras de Dios, pues Dios no da el Espíritu por medida.³⁵ El Padre ama al Hijo y ha puesto todas las cosas en su mano.³⁶ El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que desobedece al Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él.

Capítulo 4

¹ Cuando Jesús se enteró de que los fariseos habían oído que Jesús hacía y bautizaba más discípulos que Juan ² (aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos), ³ dejó Judea y se fue otra vez a Galilea.

⁴ Le era necesario pasar por Samaria; ⁵ así que llegó a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca del campo que Jacob había dado a su hijo José.

⁶ Estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era como la hora sexta. ⁷ Vino una mujer de Samaria para sacar agua, y Jesús le dijo: — Dame de beber. ⁸ Pues los discípulos habían ido a la ciudad a comprar de comer. ⁹ Entonces la mujer samaritana le dijo: — ¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, siendo yo una mujer samaritana? — porque los judíos no se tratan con los samaritanos — .

¹⁰ Respondió Jesús y le dijo: — Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú le hubieras pedido a él, y él te habría dado agua viva. ¹¹ La mujer le dijo: — Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo.

¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¹² ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob quien nos dio este pozo y quien bebió de él, y también sus hijos y su ganado? ¹³ Respondió Jesús y le dijo: — Todo el que bebe de esta agua

volverá a tener sed. ¹⁴ Pero cualquiera que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna. ¹⁵ La mujer le dijo: — Señor, dame esta agua, para

que no tenga sed, ni venga más acá a sacarla. ¹⁶ Jesús le dijo: — Vé, llama a tu marido y ven acá. ¹⁷ Respondió la mujer y le dijo: — No tengo marido. Le dijo

Jesús: — Bien has dicho: “No tengo marido”; ¹⁸ porque cinco maridos has tenido, y el que tienes ahora no es tu marido. Esto has dicho con verdad. ¹⁹ Le

dijo la mujer: — Señor, veo que tú eres profeta. ²⁰ Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe

adorar. ²¹ Jesús le dijo: — Créeme, mujer, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. ²² Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación procede de los judíos.

²³ Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca a tales que le

adoren. ²⁴ Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad. ²⁵ Le dijo la mujer: — Sé que viene el Mesías —

que es llamado el Cristo — . Cuando él venga, nos declarará todas las cosas.

²⁶ Jesús le dijo: — Yo soy, el que habla contigo.

²⁷ En este momento llegaron sus discípulos y se asombraban de que hablara con una mujer; no obstante, ninguno dijo: “¿Qué buscas?” o “¿Qué hablas con ella?”²⁸ Entonces la mujer dejó su cántaro, se fue a la ciudad y dijo a los

hombres: ²⁹ — ¡Venid! Ved un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho.

¿Será posible que éste sea el Cristo?³⁰ Entonces salieron de la ciudad y fueron

hacia él. ³¹ Mientras tanto, los discípulos le rogaban diciendo: — Rabí, come.

³² Pero les dijo: — Yo tengo una comida para comer que vosotros no sabéis.

³³ Entonces sus discípulos se decían el uno al otro: — ¿Acaso alguien le habrá traído algo de comer?³⁴ Jesús les dijo: — Mi comida es que yo haga la voluntad

del que me envió y que acabe su obra. ³⁵ ¿No decís vosotros: “Todavía faltan

cuatro meses para que llegue la siega”? He aquí os digo: ¡Alzad vuestros ojos y mirad los campos, que ya están blancos para la siega!³⁶ El que siega recibe

salario y recoge fruto para vida eterna, para que el que siembra y el que siega se gocen juntos. ³⁷ Porque en esto es verdadero el dicho: “Uno es el que siembra,

y otro es el que siega.”³⁸ Yo os he enviado a segar lo que vosotros no habéis labrado. Otros han labrado, y vosotros habéis entrado en sus labores.

³⁹ Muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él a causa de la palabra de la mujer que daba testimonio diciendo: “Me dijo todo lo que he

hecho.”⁴⁰ Entonces, cuando los samaritanos vinieron a él, rogándole que se quedase con ellos, se quedó allí dos días. ⁴¹ Y muchos más creyeron a causa de

su palabra. ⁴² Ellos decían a la mujer: — Ya no creemos a causa de la palabra tuya, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo.

⁴³ Pasados los dos días, salió de allí para Galilea, ⁴⁴ porque Jesús mismo dio testimonio de que un profeta no tiene honra en su propia tierra. ⁴⁵ Luego,

cuando entró en Galilea, los galileos le recibieron, ya que habían visto cuántas cosas había hecho en Jerusalén en la fiesta; porque ellos también habían ido a la fiesta. ⁴⁶ Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea donde había convertido el agua en vino. Había un oficial del rey cuyo hijo estaba enfermo en Capernaúm.

⁴⁷ Cuando éste oyó que Jesús había salido de Judea y estaba presente en Galilea, fue a él y le rogaba que descendiese y sanase a su hijo, porque estaba a

punto de morir. ⁴⁸ Entonces Jesús le dijo: — A menos que veáis señales y prodigios, jamás creeréis. ⁴⁹ El oficial del rey le dijo: — Señor, descende

antes que muera mi hijo. ⁵⁰ Jesús le dijo: — Vé, tu hijo vive. El hombre creyó la palabra que Jesús le dijo y se puso en camino. ⁵¹ Mientras todavía descendía, sus siervos salieron a recibirle diciendo que su hijo vivía. ⁵² Entonces él les preguntó la hora en que comenzó a mejorarse, y le dijeron: — Ayer, a la hora séptima le dejó la fiebre. ⁵³ El padre entonces entendió que era aquella hora cuando Jesús le había dicho: “Tu hijo vive.” Y creyó él con toda su casa. ⁵⁴ También hizo Jesús esta segunda señal cuando vino de Judea a Galilea.

Capítulo 5

¹ Después de esto había una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén. ² En Jerusalén, junto a la puerta de las Ovejas, hay un estanque con cinco pórticos que en hebreo se llama Betesda. ³ En ellos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y paralíticos que esperaban el movimiento del agua. ⁴ Porque un ángel del Señor descendía en ciertos tiempos en el estanque y agitaba el agua. Por tanto, el primero que entró después del movimiento del agua fue sanado de cualquier enfermedad que tuviera. ⁵ Se encontraba allí cierto hombre que había estado enfermo durante treinta y ocho años. ⁶ Cuando Jesús lo vio tendido y supo que ya había pasado tanto tiempo así, le preguntó: — ¿Quieres ser sano? ⁷ Le respondió el enfermo: — Señor, no tengo a nadie que me meta en el estanque cuando el agua es agitada; y mientras me muevo yo, otro descende antes que yo. ⁸ Jesús le dijo: — Levántate, toma tu cama y anda. ⁹ Y en seguida el hombre fue sanado, tomó su cama y anduvo. Y aquel día era sábado. ¹⁰ Entonces los judíos le decían a aquel que había sido sanado: — Es sábado, y no te es lícito llevar tu cama. ¹¹ Pero él les respondió: — El que me sanó, él mismo me dijo: “Toma tu cama y anda.” ¹² Entonces le preguntaron: — ¿Quién es el hombre que te dijo: “Toma tu cama y anda”? ¹³ Pero el que había sido sanado no sabía quién había sido, porque Jesús se había apartado, pues había mucha gente en el lugar. ¹⁴ Después Jesús le halló en el templo y le dijo: — He aquí, has sido sanado; no peques más, para que no te ocurra algo peor. ¹⁵ El hombre se fue y declaró a los judíos que Jesús era el que le había sanado. ¹⁶ Por esta causa los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado.

¹⁷ Pero Jesús les respondió: — Mi Padre hasta ahora trabaja; también yo trabajo. ¹⁸ Por esta razón los judíos aún más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios su propio Padre,

haciéndose igual a Dios.¹⁹ Por esto, respondió Jesús y les decía: — De cierto, de cierto os digo que el Hijo no puede hacer nada de sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Porque todo lo que él hace, esto también lo hace el Hijo de igual manera.²⁰ Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todas las cosas que él mismo hace. Y mayores obras que éstas le mostrará, de modo que vosotros os asombréis.²¹ Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere.²² Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo el juicio lo dio al Hijo,²³ para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió.²⁴ De cierto, de cierto os digo que el que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna. El tal no viene a condenación, sino que ha pasado de muerte a vida.²⁵ De cierto, de cierto os digo que viene la hora y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oyen vivirán.²⁶ Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo el tener vida en sí mismo.²⁷ Y también le dio autoridad para hacer juicio, porque él es el Hijo del Hombre.²⁸ No os asombréis de esto, porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz²⁹ y saldrán, los que hicieron el bien para la resurrección de vida, pero los que practicaron el mal para la resurrección de condenación.³⁰ Yo no puedo hacer nada de mí mismo. Como oigo, juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco la voluntad mía, sino la voluntad del que me envió.

³¹ Si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio no es verdadero.³² El que da testimonio de mí es otro, y sé que el testimonio que da de mí es verdadero.³³ Vosotros enviasteis mensajeros a Juan, y él ha dado testimonio de la verdad.³⁴ Pero yo no recibo el testimonio de parte del hombre; más bien, digo esto para que vosotros seáis salvos.³⁵ El era antorcha que ardía y alumbraba, y vosotros quisisteis regocijaros por un poco en su luz.³⁶ Pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan; porque las obras que el Padre me ha dado para cumplirlas, las mismas obras que hago dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado.³⁷ Y el Padre que me envió ha dado testimonio de mí. Pero nunca habéis oído su voz, ni habéis visto su apariencia,³⁸ ni tenéis su palabra permaneciendo en vosotros; porque vosotros no creéis a quien él envió.³⁹ Escudriñad las Escrituras, porque os parece que en ellas tenéis vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí.⁴⁰ Y vosotros no queréis venir a mí para que tengáis vida.⁴¹ No recibo gloria de parte de los hombres.⁴² Al contrario, yo os conozco que no tenéis el amor de Dios en vosotros.⁴³ Yo he venido

en nombre de mi Padre, y no me recibís. Si otro viene en su propio nombre, a aquél recibiréis. ⁴⁴ ¿Cómo podéis vosotros creer? Pues recibiendo la gloria los unos de los otros, no buscáis la gloria que viene de parte del único Dios. ⁴⁵ No penséis que yo os acusaré delante del Padre. Hay quien os acusa: Moisés, en quien habéis puesto la esperanza. ⁴⁶ Porque si vosotros creyeseis a Moisés, me creeríais a mí; pues él escribió de mí. ⁴⁷ Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?

Capítulo 6

¹ Después de esto fue Jesús a la otra orilla del mar de Galilea, o sea de Tiberias, ² y le seguía una gran multitud, porque veían las señales que hacía en los enfermos. ³ Jesús subió a un monte y se sentó allí con sus discípulos. ⁴ Estaba cerca la Pascua, la fiesta de los judíos. ⁵ Cuando Jesús alzó los ojos y vio que se le acercaba una gran multitud, dijo a Felipe: — ¿De dónde compraremos pan para que coman éstos? ⁶ Pero decía esto para probarle, porque Jesús sabía lo que iba a hacer. ⁷ Felipe le respondió: — Doscientos denarios de pan no bastan, para que cada uno de ellos reciba un poco. ⁸ Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: ⁹ — Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pescaditos. Pero, ¿qué es esto para tantos? ¹⁰ Entonces Jesús dijo: — Haced recostar a la gente. Había mucha hierba en aquel lugar. Se recostaron, pues, como cinco mil hombres. ¹¹ Entonces Jesús tomó los panes, y habiendo dado gracias, los repartió entre los que estaban recostados. De igual manera repartió de los pescados, cuanto querían. ¹² Cuando fueron saciados, dijo a sus discípulos: — Recoged los pedazos que han quedado, para que no se pierda nada. ¹³ Recogieron, pues, y llenaron doce canastas de pedazos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. ¹⁴ Entonces, cuando los hombres vieron la señal que Jesús había hecho, decían: — ¡Verdaderamente, éste es el profeta que ha de venir al mundo!

¹⁵ Como Jesús entendió que iban a venir para tomarle por la fuerza y hacerle rey, se retiró de nuevo al monte, él solo. ¹⁶ Cuando anoecía, sus discípulos descendieron al mar, ¹⁷ y entrando en una barca iban cruzando el mar hacia Capernaúm. Ya había oscurecido, y Jesús todavía no había venido a ellos. ¹⁸ Y se agitaba el mar porque soplabo un gran viento. ¹⁹ Entonces, cuando habían remado como veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús caminando sobre el

mar y acercándose a la barca, y tuvieron miedo. ²⁰ Pero él les dijo: — ¡Yo soy; no temáis! ²¹ Entonces ellos quisieron recibirle en la barca, y de inmediato la barca llegó a la tierra a donde iban.

²² Al día siguiente, la multitud que había estado al otro lado del mar se dio cuenta de que no había habido allí sino una sola barca, y que Jesús no había entrado en la barca con sus discípulos, sino que éstos se habían ido solos.

²³ (Sin embargo, de Tiberias habían llegado otras barcas cerca del lugar donde habían comido el pan después que el Señor había dado gracias.) ²⁴ Entonces, cuando la multitud vio que Jesús no estaba allí ni tampoco sus discípulos, ellos entraron en las barcas y fueron a Capernaúm buscando a Jesús. ²⁵ Cuando le hallaron al otro lado del mar, le preguntaron: — Rabí, ¿cuándo llegaste acá?

²⁶ Jesús les respondió diciendo: — De cierto, de cierto os digo que me buscáis, no porque habéis visto las señales, sino porque comisteis de los panes y os saciasteis. ²⁷ Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que permanece para vida eterna, que el Hijo del Hombre os dará; porque en éste, Dios el Padre ha puesto su sello.

²⁸ Entonces le dijeron: — ¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? ²⁹ Respondió Jesús y les dijo: — Esta es la obra de Dios: que creáis en aquel que él ha enviado. ³⁰ Entonces le dijeron: — ¿Qué señal, pues, haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obra haces? ³¹ Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: Pan del cielo les dio a comer. ³² Por tanto Jesús les dijo: — De cierto, de cierto os digo que no os ha dado Moisés el pan del cielo, sino mi Padre os da el verdadero pan del cielo. ³³ Porque el pan de Dios es aquel que descende del cielo y da vida al mundo. ³⁴ Le dijeron: — Señor, danos siempre este pan. ³⁵ Jesús les dijo: — Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás. ³⁶ Pero os he dicho que me habéis visto, y no creéis. ³⁷ Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene, jamás lo echaré fuera. ³⁸ Porque yo he descendido del cielo, no para hacer la voluntad mía, sino la voluntad del que me envió. ³⁹ Y ésta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de todo lo que me ha dado, sino que lo resucite en el día final. ⁴⁰ Esta es la voluntad de mi Padre: que todo aquel que mira al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y que yo lo resucite en el día final. ⁴¹ Entonces los judíos murmuraban de él porque había dicho: “Yo soy el pan que descendió del cielo.” ⁴² Y decían: — ¿No es éste Jesús, el hijo de José? ¿No conocemos a su padre y a su madre? ¿Cómo

es que ahora dice: “He descendido del cielo”?⁴³ Jesús respondió y les dijo: — No murmuréis más entre vosotros.⁴⁴ Nadie puede venir a mí, a menos que el Padre que me envió lo traiga; y yo lo resucitaré en el día final.⁴⁵ Está escrito en los Profetas: Y serán todos enseñados por Dios. Así que, todo aquel que oye y aprende del Padre viene a mí.⁴⁶ No es que alguien haya visto al Padre, sino que aquel que proviene de Dios, éste ha visto al Padre.⁴⁷ De cierto, de cierto os digo: El que cree tiene vida eterna.⁴⁸ Yo soy el pan de vida.⁴⁹ Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron.⁵⁰ Este es el pan que descende del cielo, para que el que coma de él no muera.⁵¹ Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre. El pan que yo daré por la vida del mundo es mi carne.⁵² Entonces los judíos contendían entre sí, diciendo: — ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?⁵³ Y Jesús les dijo: — De cierto, de cierto os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.⁵⁴ El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final.⁵⁵ Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.⁵⁶ El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él.⁵⁷ Así como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, de la misma manera el que me come también vivirá por mí.⁵⁸ Este es el pan que descendió del cielo. No como los padres que comieron y murieron, el que come de este pan vivirá para siempre.⁵⁹ Estas cosas dijo en la sinagoga, cuando enseñaba en Capernaúm.

⁶⁰ Entonces, al oírlo, muchos de sus discípulos dijeron: — Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?⁶¹ Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban de esto, les dijo: — ¿Esto os escandaliza?⁶² ¿Y si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba primero?⁶³ El Espíritu es el que da vida; la carne no aprovecha para nada. Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida.⁶⁴ Pero hay entre vosotros algunos que no creen. Pues desde el principio Jesús sabía quiénes eran los que no creían y quién le había de entregar,⁶⁵ y decía: — Por esta razón os he dicho que nadie puede venir a mí, a menos que le haya sido concedido por el Padre.⁶⁶ Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él.⁶⁷ Entonces Jesús dijo a los doce: — ¿Queréis acaso irs vosotros también?⁶⁸ Le respondió Simón Pedro: — Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.⁶⁹ Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Santo de Dios.⁷⁰ Jesús les respondió: — ¿No os escogí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?

⁷¹ Hablaba de Judas hijo de Simón Iscariote; porque éste, siendo uno de los doce, estaba por entregarlo.

Capítulo 7

¹ Después de esto, andaba Jesús por Galilea. No quería andar por Judea, porque los judíos le buscaban para matarlo. ² Estaba próxima la fiesta de los Tabernáculos de los judíos. ³ Por tanto, le dijeron sus hermanos: — Sal de aquí y vete a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. ⁴ Porque nadie que procura darse a conocer hace algo en oculto. Puesto que haces estas cosas, manifiéstate al mundo. ⁵ Pues ni aun sus hermanos creían en él. ⁶ Entonces Jesús les dijo: — Mi tiempo no ha llegado todavía, pero vuestro tiempo siempre está a la mano. ⁷ El mundo no puede aborreceros a vosotros; pero a mí me aborrece porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas. ⁸ Subid vosotros a la fiesta. Yo no subo todavía a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido. ⁹ Habiendo dicho esto, él se quedó en Galilea. ¹⁰ Pero cuando sus hermanos habían subido a la fiesta, entonces él también subió, no abiertamente sino en secreto. ¹¹ Los judíos le buscaban en la fiesta y decían: — ¿Dónde está aquél? ¹² Había una gran murmuración acerca de él entre las multitudes. Unos decían: “Es bueno.” Pero otros decían: “No, sino que engaña a la gente.” ¹³ Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él, por miedo de los judíos.

¹⁴ Cuando ya había pasado la mitad de la fiesta, subió Jesús al templo y enseñaba. ¹⁵ Entonces los judíos se asombraban diciendo: — ¿Cómo sabe éste de letras, sin haber estudiado? ¹⁶ Por tanto, Jesús les respondió y dijo: — Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió. ¹⁷ Si alguien quiere hacer su voluntad, conocerá si mi doctrina proviene de Dios o si yo hablo por mi propia cuenta. ¹⁸ El que habla de sí mismo busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le envió, éste es verdadero, y en él no hay injusticia. ¹⁹ ¿No os dio Moisés la Ley? Y ninguno de vosotros la cumple. ¿Por qué buscáis matarme? ²⁰ La multitud respondió: — Demonio tienes. ¿Quién busca matarte? ²¹ Jesús respondió y les dijo: — Una sola obra hice, y todos os asombráis. ²² Por esto Moisés os dio la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres), y en sábado circuncidáis al hombre. ²³ Si el hombre recibe la circuncisión en sábado a fin de que la ley de Moisés no sea quebrantada, ¿os enojáis

conmigo porque en sábado sané a un hombre por completo? ²⁴ No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio. ²⁵ Decían entonces algunos de Jerusalén: — ¿No es éste a quien buscan para matarle? ²⁶ ¡He aquí, habla públicamente, y no le dicen nada! ¿Será que los principales realmente han reconocido que él es el Cristo? ²⁷ Pero éste, sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde sea. ²⁸ Entonces Jesús alzó la voz en el templo, enseñando y diciendo: — A mí me conocéis y sabéis de dónde soy. Y yo no he venido por mí mismo; más bien, el que me envió, a quien vosotros no conocéis, es verdadero. ²⁹ Yo le conozco, porque de él provengo, y él me envió. ³⁰ Entonces procuraban prenderle, pero nadie puso su mano sobre él, porque todavía no había llegado su hora. ³¹ Muchos del pueblo creyeron en él y decían: “Cuando venga el Cristo, ¿hará más señales que las que hizo éste?” ³² Los fariseos oyeron que la multitud murmuraba estas cosas acerca de él, y los principales sacerdotes y los fariseos enviaron guardias para tomarlo preso. ³³ Entonces dijo Jesús: — Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo; luego iré al que me envió. ³⁴ Me buscaréis y no me hallaréis, y a donde yo estaré vosotros no podréis ir. ³⁵ Entonces los judíos se decían entre sí: — ¿A dónde se ha de ir éste, que nosotros no le hallemos? ¿Acaso ha de ir a la dispersión entre los griegos para enseñar a los griegos? ³⁶ ¿Qué significa este dicho que dijo: “Me buscaréis y no me hallaréis, y no podréis ir a donde yo estaré”?

³⁷ Pero en el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso de pie y alzó la voz diciendo: — Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. ³⁸ El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su interior. ³⁹ Esto dijo acerca del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues todavía no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. ⁴⁰ Entonces, cuando algunos de la multitud oyeron estas palabras, decían: “¡Verdaderamente, éste es el profeta!” ⁴¹ Otros decían: “Este es el Cristo.” Pero otros decían: “¿De Galilea habrá de venir el Cristo? ⁴² ¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de la aldea de Belén, de donde era David?” ⁴³ Así que había disensión entre la gente por causa de él. ⁴⁴ Algunos de ellos querían tomarlo preso, pero ninguno le echó mano.

⁴⁵ Luego los guardias regresaron a los principales sacerdotes y a los fariseos, y ellos les dijeron: — ¿Por qué no le trajisteis? ⁴⁶ Los guardias respondieron: — ¡Nunca habló hombre alguno así! ⁴⁷ Entonces los fariseos

les respondieron: — ¿Será posible que vosotros también hayáis sido engañados? ⁴⁸ ¿Habrá creído en él alguno de los principales o de los fariseos? ⁴⁹ Pero esta gente que no conoce la ley es maldita. ⁵⁰ Nicodemo, el que fue a Jesús al principio y que era uno de ellos, les dijo: ⁵¹ — ¿Juzga nuestra ley a un hombre si primero no se le oye y se entiende qué hace? ⁵² Le respondieron y dijeron: — ¿Eres tú también de Galilea? Escudriña y ve que de Galilea no se levanta ningún profeta. ⁵³ Y se fue cada uno a su casa.

Capítulo 8

¹ Pero Jesús se fue al monte de los Olivos, ² y muy de mañana volvió al templo. Todo el pueblo venía a él, y sentado les enseñaba. ³ Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio; y poniéndola en medio, ⁴ le dijeron: — Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en el mismo acto de adulterio. ⁵ Ahora bien, en la ley Moisés nos mandó apedrear a las tales. Tú, pues, ¿qué dices? ⁶ Esto decían para probarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en la tierra con el dedo. ⁷ Pero como insistieron en preguntarle, se enderezó y les dijo: — El de vosotros que esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella. ⁸ Al inclinarse hacia abajo otra vez, escribía en tierra. ⁹ Pero cuando lo oyeron, salían uno por uno, comenzando por los más viejos. Sólo quedaron Jesús y la mujer, que estaba en medio. ¹⁰ Entonces Jesús se enderezó y le preguntó: — Mujer, ¿dónde están? ¿Ninguno te ha condenado? ¹¹ Y ella dijo: — Ninguno, Señor. Entonces Jesús le dijo: — Ni yo te condeno. Vete y desde ahora no peques más.

¹² Jesús les habló otra vez a los fariseos diciendo: — Yo soy la luz del mundo. El que me sigue nunca andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. ¹³ Entonces los fariseos le dijeron: — Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. ¹⁴ Jesús respondió y les dijo: — Aun si yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vine y a dónde voy. Pero vosotros no sabéis de dónde vengo ni a dónde voy. ¹⁵ Vosotros juzgáis según la carne, pero yo no juzgo a nadie. ¹⁶ Y aun si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me envió. ¹⁷ En vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. ¹⁸ Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió también da testimonio de mí. ¹⁹ Entonces le decían: —

¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: — Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre. Si a mí me hubierais conocido, a mi Padre también habríais conocido.²⁰ Estas palabras habló Jesús enseñando en el templo en el lugar de las ofrendas; y nadie le prendió, porque todavía no había llegado su hora.

²¹ Luego Jesús les dijo otra vez: — Yo me voy, y me buscaréis; pero en vuestro pecado moriréis. A donde yo voy, vosotros no podéis ir.²² Entonces los judíos decían: — ¿Será posible que se habrá de matar a sí mismo? Pues dice: “A donde yo voy, vosotros no podéis ir.”²³ El les decía: — Vosotros sois de abajo; yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo.²⁴ Por esto os dije que moriréis en vuestros pecados; porque a menos que creáis que yo soy, en vuestros pecados moriréis.²⁵ Así que le decían: — Tú, ¿quién eres? Entonces Jesús les dijo: — Lo mismo que os vengo diciendo desde el principio.²⁶ Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros. Pero el que me envió es verdadero; y yo, lo que he oído de parte de él, esto hablo al mundo.²⁷ Pero no entendieron que les hablaba del Padre.²⁸ Entonces Jesús les dijo: — Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces entenderéis que yo soy, y que nada hago de mí mismo; sino que estas cosas hablo, así como el Padre me enseñó.²⁹ Porque el que me envió, conmigo está. El Padre no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él.³⁰ Mientras él decía estas cosas, muchos creyeron en él.

³¹ Por tanto, Jesús decía a los judíos que habían creído en él: — Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos;³² y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.³³ Le respondieron: — Somos descendientes de Abraham y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: “Llegaréis a ser libres”?³⁴ Jesús les respondió: — De cierto, de cierto os digo que todo aquel que practica el pecado es esclavo del pecado.³⁵ El esclavo no permanece en la casa para siempre; el Hijo sí queda para siempre.³⁶ Así que, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres.³⁷ Sé que sois descendientes de Abraham; no obstante, procuráis matarme, porque mi palabra no tiene cabida en vosotros.

³⁸ Yo hablo de lo que he visto estando con el Padre, y vosotros hacéis lo que habéis oído de parte de vuestro padre.³⁹ Respondieron y le dijeron: — Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: — Puesto que sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham.⁴⁰ Pero ahora procuráis matarme, hombre que os he hablado la verdad que oí de parte de Dios. ¡Esto no

lo hizo Abraham! ⁴¹ Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Entonces le dijeron: — Nosotros no hemos nacido de fornicación. Tenemos un solo padre, Dios. ⁴² Entonces Jesús les dijo: — Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais; porque yo he salido y he venido de Dios. Yo no he venido por mí mismo, sino que él me envió. ⁴³ ¿Por qué no comprendéis lo que digo? Porque no podéis oír mi palabra. ⁴⁴ Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis satisfacer los deseos de vuestro padre. El era homicida desde el principio y no se basaba en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de lo suyo propio habla, porque es mentiroso y padre de mentira. ⁴⁵ Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis.

⁴⁶ ¿Quién de vosotros me halla culpable de pecado? Y si digo la verdad, ¿por qué vosotros no me creéis? ⁴⁷ El que es de Dios escucha las palabras de Dios. Por esta razón vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.

⁴⁸ Respondieron los judíos y le dijeron: — ¿No decimos bien nosotros que tú eres samaritano y que tienes demonio? ⁴⁹ Respondió Jesús: — Yo no tengo demonio. Más bien, honro a mi Padre, pero vosotros me deshonráis. ⁵⁰ Yo no busco mi gloria; hay quien la busca y juzga.

⁵¹ De cierto, de cierto os digo que si alguno guarda mi palabra, nunca verá la muerte para siempre. ⁵² Entonces los judíos le dijeron: — ¡Ahora sabemos que tienes demonio! Abraham murió, y también los profetas; y tú dices: “Si alguno guarda mi palabra, nunca gustará muerte para siempre.” ⁵³ ¿Eres tú acaso mayor que nuestro padre Abraham quien murió, o los profetas quienes también murieron? ¿Quién pretendes ser? ⁵⁴ Respondió Jesús: — Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien vosotros decís: “Es nuestro Dios.” ⁵⁵ Y vosotros no le conocéis. Pero yo sí le conozco. Si digo que no le conozco, seré mentiroso como vosotros. Pero le conozco y guardo su palabra. ⁵⁶ Abraham, vuestro padre, se regocijó de ver mi día. El lo vio y se gozó. ⁵⁷ Entonces le dijeron los judíos: — Aún no tienes ni cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? ⁵⁸ Les dijo Jesús: — De cierto, de cierto os digo que antes que Abraham existiera, Yo Soy. ⁵⁹ Entonces tomaron piedras para arrojárselas, pero Jesús se ocultó y salió del templo.

Capítulo 9

¹ Mientras pasaba Jesús, vio a un hombre ciego de nacimiento, ² y sus discípulos le preguntaron diciendo: — Rabí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que naciera ciego? ³ Respondió Jesús: — No es que éste pecó, ni tampoco sus padres. Al contrario, fue para que las obras de Dios se manifestaran en él. ⁴ Me es preciso hacer las obras del que me envió, mientras dure el día. La noche viene cuando nadie puede trabajar. ⁵ Mientras yo esté en el mundo, luz soy del mundo. ⁶ Dicho esto, escupió en tierra, hizo lodo con la saliva y con el lodo untó los ojos del ciego. ⁷ Y le dijo: — Vé, lávate en el estanque de Siloé — que significa enviado — . Por tanto fue, se lavó y regresó viendo.

⁸ Entonces los vecinos y los que antes le habían visto que era mendigo decían: — ¿No es éste el que se sentaba para mendigar? ⁹ Unos decían: — Este es. Y otros: — No. Pero se parece a él. El decía: — Yo soy. ¹⁰ Entonces le decían: — ¿Cómo te fueron abiertos los ojos? ¹¹ El respondió: — El hombre que se llama Jesús hizo lodo, me untó los ojos y me dijo: “Vé a Siloé y lávate.” Entonces cuando fui y me lavé, recibí la vista. ¹² Y le dijeron: — ¿Dónde está él? El dijo: — No sé.

¹³ Llevaron ante los fariseos al que antes era ciego, ¹⁴ porque el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos era sábado. ¹⁵ Entonces, los fariseos le volvieron a preguntar de qué manera había recibido la vista, y les dijo: — El me puso lodo sobre los ojos; me lavé y veo. ¹⁶ Entonces algunos de los fariseos decían: — Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado. Pero otros decían: — ¿Cómo puede un hombre pecador hacer tales señales? Había una división entre ellos. ¹⁷ Entonces volvieron a hablar al ciego: — Tú, ¿qué dices de él, puesto que te abrió los ojos? Y él dijo: — Que es profeta. ¹⁸ Los judíos, pues, no creían que él había sido ciego y que había recibido la vista, hasta que llamaron a los padres del que había recibido la vista, ¹⁹ y les preguntaron diciendo: — ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? ²⁰ Respondieron sus padres y dijeron: — Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. ²¹ Pero cómo ve ahora, no sabemos; o quién le haya abierto los ojos, nosotros tampoco lo sabemos. Edad tiene; preguntadle a él, y él hablará por su cuenta. ²² Sus padres dijeron esto porque tenían miedo de los judíos, porque ya los judíos habían acordado que si alguno confesara que Jesús era el Cristo, fuera expulsado de la sinagoga. ²³ Por

esta razón dijeron sus padres: “Edad tiene; preguntadle a él.”²⁴ Así que por segunda vez llamaron al hombre que había sido ciego y le dijeron: — ¡Da gloria a Dios! Nosotros sabemos que este hombre es pecador.²⁵ Entonces él respondió: — Si es pecador, no lo sé. Una cosa sé: que habiendo sido ciego, ahora veo.²⁶ Luego le dijeron: — ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?²⁷ Les contestó: — Ya os dije, y no escuchasteis. ¿Por qué lo queréis oír otra vez? ¿Acaso queréis también vosotros haceros sus discípulos?²⁸ Entonces le ultrajaron y dijeron: — ¡Tú eres discípulo de él! ¡Pero nosotros somos discípulos de Moisés!²⁹ Nosotros sabemos que Dios ha hablado por Moisés, pero éste, no sabemos de dónde sea.³⁰ Respondió el hombre y les dijo: — ¡Pues en esto sí tenemos una cosa maravillosa! Que vosotros no sepáis de dónde es, y a mí me abrió los ojos.³¹ Sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguien es temeroso de Dios y hace su voluntad, a ése oye.³² Desde la eternidad nunca se oyó que alguien abriese los ojos de uno que había nacido ciego.³³ Si éste no procediera de Dios, no podría hacer nada.³⁴ Le contestaron diciendo: — Tú naciste sumido en pecado, ¿y tú quieres enseñarnos a nosotros? Y lo echaron fuera.

³⁵ Jesús oyó que lo habían echado fuera; y cuando lo halló, le dijo: — ¿Crees tú en el Hijo del Hombre?³⁶ El respondió y dijo: — Señor, ¿quién es, para que yo crea en él?³⁷ Jesús le dijo: — Le has visto, y el que habla contigo, él es.³⁸ Y dijo: — ¡Creo, Señor! Y le adoró.

³⁹ Y dijo Jesús: — Para juicio yo he venido a este mundo; para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos.⁴⁰ Al oír esto, algunos de los fariseos que estaban con él le dijeron: — ¿Acaso somos nosotros también ciegos?⁴¹ Les dijo Jesús: — Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora porque decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece.

Capítulo 10

¹ “De cierto, de cierto os digo que el que no entra al redil de las ovejas por la puerta, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y asaltante.² Pero el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas.³ A él le abre el portero, y las ovejas oyen su voz. A sus ovejas las llama por nombre y las conduce afuera.⁴ Y cuando saca fuera a todas las suyas, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.⁵ Pero al extraño jamás seguirán; más bien, huirán

de él, porque no conocen la voz de los extraños.”⁶ Jesús les dijo esta figura, pero ellos no entendieron qué era lo que les decía.⁷ Entonces Jesús les habló de nuevo: “De cierto, de cierto os digo que yo soy la puerta de las ovejas.⁸ Todos los que vinieron antes de mí eran ladrones y asaltantes, pero las ovejas no les oyeron.⁹ Yo soy la puerta. Si alguien entra por mí, será salvo; entrará, saldrá y hallará pastos.¹⁰ El ladrón no viene sino para robar, matar y destruir. Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.¹¹ Yo soy el buen pastor; el buen pastor pone su vida por las ovejas.¹² Pero el asalariado, que no es el pastor, y a quien no le pertenecen las ovejas, ve que viene el lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo arrebató y esparce las ovejas.¹³ Huye porque es asalariado, y a él no le importan las ovejas.¹⁴ Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.¹⁵ Como el Padre me conoce, yo también conozco al Padre; y pongo mi vida por las ovejas.¹⁶ “También tengo otras ovejas que no son de este redil. A ellas también me es necesario traer, y oirán mi voz. Así habrá un solo rebaño y un solo pastor.¹⁷ Por esto me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar.¹⁸ Nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre.”

¹⁹ Hubo división otra vez entre los judíos a causa de estas palabras,²⁰ y muchos de ellos decían: — Demonio tiene y está fuera de sí. ¿Por qué le escucháis?²¹ Otros decían: — Estas palabras no son las de un endemoniado. ¿Podrá un demonio abrir los ojos de los ciegos?

²² Se celebraba entonces la fiesta de la Dedicación en Jerusalén. Era invierno,²³ y Jesús andaba en el templo por el pórtico de Salomón.²⁴ Entonces le rodearon los judíos y le dijeron: — ¿Hasta cuándo nos tendrás en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo abiertamente.²⁵ Jesús les contestó: — Os lo he dicho, y no creéis. Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, éstas dan testimonio de mí.²⁶ Pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas.²⁷ Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen.²⁸ Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano.²⁹ Mi Padre que me las ha dado, es mayor que todos; y nadie las puede arrebatar de las manos del Padre.³⁰ Yo y el Padre una cosa somos.³¹ Los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle.³² Jesús les respondió: — Muchas buenas obras os he mostrado de parte del Padre. ¿Por cuál de estas obras me apedreáis?

³³ Los judíos le respondieron: — No te apedreamos por obra buena, sino por blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios. ³⁴ Jesús les respondió: — ¿No está escrito en vuestra ley, “Yo dije: Sois dioses”? ³⁵ Si dijo “dioses” a aquellos a quienes fue dirigida la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser anulada), ³⁶ ¿decís vosotros: “Tú blasfemas” a quien el Padre santificó y envió al mundo, porque dije: “Soy Hijo de Dios”? ³⁷ Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. ³⁸ Pero si las hago, aunque a mí no me creáis, creed a las obras; para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.

³⁹ Procuraban otra vez tomarle preso, pero él se salió de las manos de ellos. ⁴⁰ Y volvió al otro lado del Jordán al lugar donde al principio Juan había estado bautizando, y se quedó allí. ⁴¹ Y muchos fueron a él y decían: “Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste era verdad.” ⁴² Y muchos creyeron en él allí.

Capítulo 11

¹ Estaba entonces enfermo un hombre llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. ² María era la que ungió al Señor con perfume y secó sus pies con sus cabellos. Y Lázaro, que estaba enfermo, era su hermano. ³ Entonces sus hermanas enviaron para decir a Jesús: “Señor, he aquí el que amas está enfermo.” ⁴ Al oírlo, Jesús dijo: — Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios; para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. ⁵ Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. ⁶ Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó aún dos días más en el lugar donde estaba; ⁷ y luego, después de esto, dijo a sus discípulos: — Vamos a Judea otra vez. ⁸ Le dijeron sus discípulos: — Rabí, hace poco los judíos procuraban apedrearte, ¿y otra vez vas allá? ⁹ Respondió Jesús: — ¿No tiene el día doce horas? Si uno camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo. ¹⁰ Pero si uno camina de noche, tropieza porque no hay luz en él. ¹¹ Habiendo dicho estas cosas después les dijo: — Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy para despertarlo. ¹² Entonces dijeron sus discípulos: — Señor, si duerme, se sanará. ¹³ Sin embargo, Jesús había dicho esto de la muerte de Lázaro, pero ellos pensaron que hablaba del reposo del sueño. ¹⁴ Así que, luego Jesús les dijo claramente:

— Lázaro ha muerto; ¹⁵ y a causa de vosotros me alegro de que yo no haya estado allá, para que creáis. Pero vayamos a él. ¹⁶ Entonces Tomás, que se llamaba Dídimo, dijo a sus condiscípulos: — Vamos también nosotros, para que muramos con él.

¹⁷ Cuando llegó Jesús, halló que hacía ya cuatro días que Lázaro estaba en el sepulcro. ¹⁸ Betania estaba cerca de Jerusalén, como a quince estadios, ¹⁹ y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano. ²⁰ Entonces cuando oyó que Jesús venía, Marta salió a encontrarle, pero María se quedó sentada en casa. ²¹ Marta dijo a Jesús: — Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto. ²² Pero ahora también sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. ²³ Jesús le dijo: — Tu hermano resucitará. ²⁴ Marta le dijo: — Yo sé que resucitará en la resurrección en el día final. ²⁵ Jesús le dijo: — Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá. ²⁶ Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees esto? ²⁷ Le dijo: — Sí, Señor; yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que había de venir al mundo. ²⁸ Y cuando hubo dicho esto, fue y llamó en secreto a su hermana María, diciendo: — El Maestro está aquí y te llama. ²⁹ Ella, cuando lo oyó, se levantó de prisa y fue a donde él estaba; ³⁰ pues Jesús todavía no había llegado a la aldea, sino que estaba en el lugar donde Marta le había encontrado. ³¹ Entonces, los judíos que estaban en la casa con ella y la consolaban, cuando vieron que María se levantó de prisa y salió, la siguieron, porque pensaban que iba al sepulcro a llorar allí. ³² Luego, cuando María llegó al lugar donde estaba Jesús y le vio, se prostró a sus pies diciéndole: — Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.

³³ Entonces Jesús, al verla llorando y al ver a los judíos que habían venido junto con ella también llorando, se conmovió en espíritu y se turbó. ³⁴ Y dijo: — ¿Dónde le habéis puesto? Le dijeron: — Señor, ven y ve. ³⁵ Jesús lloró. ³⁶ Entonces dijeron los judíos: — Mirad cómo le amaba. ³⁷ Pero algunos de ellos dijeron: — ¿No podía éste, que abrió los ojos al ciego, hacer también que Lázaro no muriese? ³⁸ Jesús, conmovido otra vez dentro de sí, fue al sepulcro. Era una cueva y tenía puesta una piedra contra la entrada. ³⁹ Jesús dijo: — Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: — Señor, hiede ya, porque tiene cuatro días. ⁴⁰ Jesús le dijo: — ¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios? ⁴¹ Luego quitaron la piedra, y Jesús alzó los ojos

arriba y dijo: — Padre, te doy gracias porque me oíste. ⁴² Yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la gente que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. ⁴³ Habiendo dicho esto, llamó a gran voz: — ¡Lázaro, ven fuera! ⁴⁴ Y el que había estado muerto salió, atados los pies y las manos con vendas y su cara envuelta en un sudario. Jesús les dijo: — Desatadle y dejadle ir.

⁴⁵ Muchos de los judíos que habían venido a María y habían visto lo que había hecho Jesús, creyeron en él. ⁴⁶ Pero algunos de ellos fueron a los fariseos y les dijeron lo que Jesús había hecho. ⁴⁷ Entonces los principales sacerdotes y los fariseos reunieron al Sanedrín y decían: — ¿Qué hacemos? Pues este hombre hace muchas señales. ⁴⁸ Si le dejamos seguir así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación. ⁴⁹ Entonces uno de ellos, Caifás, que era sumo sacerdote en aquel año, les dijo: — Vosotros no sabéis nada; ⁵⁰ ni consideraréis que os conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que perezca toda la nación. ⁵¹ Pero esto no lo dijo de sí mismo; sino que, como era el sumo sacerdote de aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, ⁵² y no solamente por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban esparcidos. ⁵³ Así que, desde aquel día resolvieron matarle. ⁵⁴ Por lo tanto, Jesús ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se fue de allí a la región que está junto al desierto, a una ciudad que se llama Efraín; y estaba allí con sus discípulos. ⁵⁵ Ya estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos subieron de esa región a Jerusalén antes de la Pascua para purificarse. ⁵⁶ Buscaban a Jesús y se decían unos a otros, estando en el templo: — ¿Qué os parece? ¿Que tal vez ni venga a la fiesta? ⁵⁷ Los principales sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que si alguno supiese dónde estaba, lo informara para que le tomaran preso.

Capítulo 12

¹ Seis días antes de la Pascua, llegó Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús resucitó de entre los muertos. ² Le hicieron allí una cena. Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban sentados a la mesa con él.

³ Entonces María, habiendo traído una libra de perfume de nardo puro de mucho valor, ungió los pies de Jesús y los limpió con sus cabellos. Y la casa se llenó con el olor del perfume. ⁴ Pero uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que estaba por entregarle, dijo: ⁵ — ¿Por qué no fue vendido este perfume por trescientos denarios y dado a los pobres? ⁶ Pero dijo esto, no porque le

importaban los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa a su cargo sustraía de lo que se echaba en ella. ⁷ Entonces Jesús dijo: — Déjala. Para el día de mi sepultura ha guardado esto. ⁸ Porque a los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí, no siempre me tendréis. ⁹ Entonces mucha gente de los judíos se enteró de que él estaba allí; y fueron, no sólo por causa de Jesús, sino también para ver a Lázaro, a quien él había resucitado de entre los muertos. ¹⁰ Pero los principales sacerdotes resolvieron matar también a Lázaro, ¹¹ porque por causa de él muchos de los judíos se apartaban y creían en Jesús.

¹² Al día siguiente, cuando oyeron que Jesús venía a Jerusalén, la gran multitud que había venido a la fiesta ¹³ tomó ramas de palmera y salió a recibirle, y le aclamaban a gritos: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!” ¹⁴ Habiendo encontrado Jesús un borriquillo, montó sobre él, como está escrito: ¹⁵ No temas, hija de Sion. ¡He aquí tu Rey viene, sentado sobre una cría de asna! ¹⁶ Sus discípulos no entendieron estas cosas al principio. Pero cuando Jesús fue glorificado, entonces se acordaron de que estas cosas estaban escritas acerca de él, y que estas cosas le hicieron a él. ¹⁷ La gente que estaba con él daba testimonio de cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. ¹⁸ Por esto también la multitud salió a recibirle, porque oyeron que él había hecho esta señal. ¹⁹ Entonces los fariseos dijeron entre sí: — Ved que nada ganáis. ¡He aquí, el mundo se va tras él!

²⁰ Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. ²¹ Ellos se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: — Señor, quisiéramos ver a Jesús. ²² Felipe fue y se lo dijo a Andrés. Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. ²³ Y Jesús les respondió diciendo: — Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. ²⁴ De cierto, de cierto os digo que a menos que el grano de trigo caiga en la tierra y muera, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. ²⁵ El que ama su vida, la pierde; pero el que odia su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. ²⁶ Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estoy, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre le honrará.

²⁷ Ahora está turbada mi alma. ¿Qué diré: “Padre, sálvame de esta hora”? ¡Al contrario, para esto he llegado a esta hora! ²⁸ Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: “¡Ya lo he glorificado y lo glorificaré otra vez!” ²⁹ La multitud que estaba presente y escuchó, decía que había sido un

trueno. Otros decían: — ¡Un ángel le ha hablado!³⁰ Jesús respondió y dijo: — No ha venido esta voz por causa mía, sino por causa vuestra.³¹ Ahora es el juicio de este mundo. Ahora será echado fuera el príncipe de este mundo.³² Y yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos a mí mismo.³³ Esto decía dando a entender de qué muerte había de morir.³⁴ Entonces la gente le respondió: — Nosotros hemos oído que, según la ley, el Cristo permanece para siempre. ¿Y cómo es que tú dices: “Es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado”? ¿Quién es este Hijo del Hombre?³⁵ Entonces Jesús les dijo: — Aún por un poco de tiempo está la luz entre vosotros. Andad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas. Porque el que anda en tinieblas no sabe a dónde va.³⁶ Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hijos de luz. Estas cosas habló Jesús, y al apartarse, se escondió de ellos.

³⁷ Pero a pesar de haber hecho tantas señales delante de ellos, no creían en él; ³⁸ para que se cumpliese la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje? ¿A quién se ha revelado el brazo del Señor?³⁹ Por eso no podían creer, porque Isaías dijo en otra ocasión: ⁴⁰ El ha cegado los ojos de ellos y endureció su corazón, para que no vean con los ojos ni entiendan con el corazón, ni se conviertan, y yo los sane.⁴¹ Estas cosas dijo Isaías porque vio su gloria y habló acerca de él.

⁴² No obstante, aun de entre los dirigentes, muchos creyeron en él, pero por causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga.⁴³ Porque amaron la gloria de los hombres más que la gloria de Dios.

⁴⁴ Pero Jesús alzó la voz y dijo: “El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me envió; ⁴⁵ y el que me ve a mí, ve al que me envió.⁴⁶ Yo he venido al mundo como luz, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en las tinieblas.⁴⁷ Si alguien oye mis palabras y no las guarda, yo no le juzgo; porque yo no vine para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo.⁴⁸ El que me desecha y no recibe mis palabras tiene quien le juzgue: La palabra que he hablado le juzgará en el día final.⁴⁹ Porque yo no hablé por mí mismo; sino que el Padre que me envió, él me ha dado mandamiento de qué he de decir y de qué he de hablar.⁵⁰ Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así que, lo que yo hablo, lo hablo tal y como el Padre me ha hablado.”

Capítulo 13

¹ Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. ² Durante la cena, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas hijo de Simón Iscariote que le entregase, ³ y sabiendo Jesús que el Padre había puesto todas las cosas en sus manos y que él había salido de Dios y a Dios iba, ⁴ se levantó de la cena; se quitó el manto, y tomando una toalla, se ceñó con ella. ⁵ Luego echó agua en una vasija y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido. ⁶ Entonces llegó a Simón Pedro, y éste le dijo: — Señor, ¿tú me lavas los pies a mí? ⁷ Respondió Jesús y le dijo: — Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás después. ⁸ Pedro le dijo: — ¡Jamás me lavarás los pies! Jesús le respondió: — Si no te lavo, no tienes parte conmigo. ⁹ Le dijo Simón Pedro: — Señor, entonces, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza. ¹⁰ Le dijo Jesús: — El que se ha lavado no tiene necesidad de lavarse más que los pies, pues está todo limpio. Ya vosotros estáis limpios, aunque no todos. ¹¹ Porque sabía quién le entregaba, por eso dijo: “No todos estáis limpios.” ¹² Así que, después de haberles lavado los pies, tomó su manto, se volvió a sentar a la mesa y les dijo: — ¿Entendéis lo que os he hecho? ¹³ Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy. ¹⁴ Pues bien, si yo, el Señor y el Maestro, lavé vuestros pies, también vosotros debéis lavaros los pies los unos a los otros. ¹⁵ Porque ejemplo os he dado, para que así como yo os hice, vosotros también hagáis. ¹⁶ De cierto, de cierto os digo que el siervo no es mayor que su señor, ni tampoco el apóstol es mayor que el que le envió. ¹⁷ Si sabéis estas cosas, bienaventurados sois si las hacéis.

¹⁸ No hablo así de todos vosotros. Yo sé a quiénes he elegido; pero para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo levantó contra mí su talón. ¹⁹ Desde ahora os lo digo, antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis que Yo Soy. ²⁰ De cierto, de cierto os digo que el que recibe al que yo envío, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, recibe al que me envió. ²¹ Después de haber dicho esto, Jesús se conmovió en espíritu y testificó diciendo: — De cierto, de cierto os digo que uno de vosotros me ha de entregar. ²² Entonces los discípulos se miraban unos a otros, dudando de quién hablaba. ²³ Uno de sus

discípulos, a quien Jesús amaba, estaba a la mesa recostado junto a Jesús.²⁴ A él Simón Pedro le hizo señas para que preguntase quién era aquel de quien hablaba.²⁵ Entonces él, recostándose sobre el pecho de Jesús, le dijo: — Señor, ¿quién es?²⁶ Jesús contestó: — Es aquel para quien yo mojo el bocado y se lo doy. Y mojando el bocado, lo tomó y se lo dio a Judas hijo de Simón Iscariote.²⁷ Después del bocado, Satanás entró en él. Entonces le dijo Jesús: — Lo que estás haciendo, hazlo pronto.²⁸ Ninguno de los que estaban a la mesa entendió para qué le dijo esto;²⁹ porque algunos pensaban, puesto que Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía: “Compra lo que necesitamos para la fiesta”, o que diese algo a los pobres.³⁰ Cuando tomó el bocado, él salió en seguida; y ya era de noche.

³¹ Cuando Judas había salido, dijo Jesús: — Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él.³² Si Dios es glorificado en él, también Dios le glorificará en sí mismo. Y pronto le glorificará.³³ Hijitos, todavía sigo un poco con vosotros. Me buscaréis, pero como dije a los judíos: “A donde yo voy vosotros no podéis ir”, así os digo a vosotros ahora.³⁴ Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. Como os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros.³⁵ En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros.

³⁶ Simón Pedro le dijo: — Señor, ¿a dónde vas? Le respondió Jesús: — A donde yo voy, no me puedes seguir ahora; pero me seguirás más tarde.³⁷ Le dijo Pedro: — Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? ¿Mi vida pondré por tí!³⁸ Jesús le respondió: — ¿Tu vida pondrás por mí? De cierto, de cierto te digo que no cantará el gallo antes que me hayas negado tres veces.

Capítulo 14

¹ No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí.² En la casa de mi Padre muchas moradas hay. De otra manera, os lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para vosotros.³ Y si voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré conmigo; para que donde yo esté, vosotros también estéis.

⁴ Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino.⁵ Le dijo Tomás: — Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino?⁶ Jesús le dijo: — Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

⁷ Si me habéis conocido a mí, también conoceréis a mi Padre; y desde ahora le conocéis y le habéis visto. ⁸ Le dijo Felipe: — Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. ⁹ Jesús le dijo: — Tanto tiempo he estado con vosotros, Felipe, ¿y no me has conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo, pues, dices tú: “Muéstranos el Padre”? ¹⁰ ¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; sino que el Padre que mora en mí hace sus obras. ¹¹ Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creed por las mismas obras.

¹² De cierto, de cierto os digo que el que cree en mí, él también hará las obras que yo hago. Y mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre. ¹³ Y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. ¹⁴ Si me pedís alguna cosa en mi nombre, yo la haré.

¹⁵ Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. ¹⁶ Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre. ¹⁷ Este es el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Vosotros lo conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros.

¹⁸ No os dejaré huérfanos; volveré a vosotros. ¹⁹ Todavía un poquito, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis. Porque yo vivo, también vosotros viviréis. ²⁰ En aquel día vosotros conoceréis que yo soy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros. ²¹ El que tiene mis mandamientos y los guarda, él es quien me ama. Y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él. ²² Le dijo Judas, no el Iscariote: — Señor, ¿cómo es que te has de manifestar a nosotros y no al mundo? ²³ Respondió Jesús y le dijo: — Si alguno me ama, mi palabra guardará. Y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada con él. ²⁴ El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que escucháis no es mía, sino del Padre que me envió.

²⁵ Estas cosas os he hablado mientras todavía estoy con vosotros. ²⁶ Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo que yo os he dicho. ²⁷ La paz os dejo, mi paz os doy. No como el mundo la da, yo os la doy. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo.

²⁸ Oísteis que yo os dije: “Voy y vuelvo a vosotros.” Si me amarais, os gozaríais de que voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. ²⁹ Ahora os lo he dicho antes que suceda, para que cuando suceda, creáis. ³⁰ Ya no hablaré mucho con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo y él no tiene nada en mí. ³¹ Pero para que el mundo conozca que yo amo al Padre y como el Padre me mandó, así hago. Levantaos. ¡Vamos de aquí!

Capítulo 15

¹ “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. ² Toda rama que en mí no está llevando fruto, la quita; y toda rama que está llevando fruto, la limpia para que lleve más fruto. ³ Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. ⁴ “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como la rama no puede llevar fruto por sí sola, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. ⁵ Yo soy la vid, vosotros las ramas. El que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto. Pero separados de mí, nada podéis hacer. ⁶ Si alguien no permanece en mí, es echado fuera como rama, y se seca. Y las recogen y las echan en el fuego, y son quemadas. ⁷ “Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis, y os será hecho. ⁸ En esto es glorificado mi Padre: en que llevéis mucho fruto y seáis mis discípulos.

⁹ Como el Padre me amó, también yo os he amado; permaneced en mi amor. ¹⁰ Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; como yo también he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. ¹¹ “Estas cosas os he hablado para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo. ¹² Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. ¹³ Nadie tiene mayor amor que éste, que uno ponga su vida por sus amigos. ¹⁴ Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. ¹⁵ Ya no os llamo más siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Pero os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todas las cosas que oí de mi Padre. ¹⁶ “Vosotros no me elegisteis a mí; más bien, yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y para que vuestro fruto permanezca; a fin de que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre él os lo dé. ¹⁷ Esto os mando: que os améis unos a otros.

¹⁸ “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros. ¹⁹ Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero ya no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo; por eso el mundo os aborrece.

²⁰ Acordaos de la palabra que yo os he dicho: ‘El siervo no es mayor que su señor.’ Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán. Si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. ²¹ Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió. ²² Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado. ²³ El que me aborrece, también aborrece a mi Padre.

²⁴ Si yo no hubiese hecho entre ellos obras como ningún otro ha hecho, no tendrían pecado. Y ahora las han visto, y también han aborrecido tanto a mí como a mi Padre. ²⁵ Pero esto sucedió para cumplir la palabra que está escrita en la ley de ellos: Sin causa me aborrecieron.

²⁶ “Pero cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que yo os enviaré de parte del Padre, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí. ²⁷ Además, vosotros también testificaréis, porque habéis estado conmigo desde el principio.

Capítulo 16

¹ “Os he dicho esto para que no os escandalicéis. ² Os expulsarán de las sinagogas, y aun viene la hora cuando cualquiera que os mate pensará que rinde servicio a Dios. ³ Esto harán, porque no conocen ni al Padre ni a mí. ⁴ Sin embargo, os he dicho estas cosas, para que cuando venga su hora, os acordéis de ellas, que yo os las dije. “Sin embargo, no os dije esto al principio, porque yo estaba con vosotros. ⁵ Pero ahora voy al que me envió, y ninguno de vosotros me pregunta: ‘¿A dónde vas?’ ⁶ Más bien, porque os he dicho esto, vuestro corazón se ha llenado de tristeza.

⁷ Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros. Y si yo voy, os lo enviaré. ⁸ “Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. ⁹ En cuanto a pecado, porque no creen en mí; ¹⁰ en cuanto a justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis más; ¹¹ y en cuanto a juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. ¹² “Todavía tengo que deciros muchas cosas, pero ahora no las podéis sobrellevar. ¹³ Y cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; pues no hablará por sí solo, sino que hablará todo lo que oiga y os

hará saber las cosas que han de venir. ¹⁴ El me glorificará, porque recibirá de lo mío y os lo hará saber. ¹⁵ Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esta razón dije que recibirá de lo mío y os lo hará saber.

¹⁶ “Un poquito, y no me veréis; de nuevo un poquito, y me veréis.”

¹⁷ Entonces algunos de sus discípulos se dijeron unos a otros: — ¿Qué significa esto que nos dice: “Un poquito, y no me veréis; de nuevo un poquito, y me veréis” y “porque voy al Padre”? ¹⁸ — Decían, pues — : ¿Qué significa esto que dice: “un poquito”? No entendemos lo que está diciendo. ¹⁹ Jesús comprendió que le querían preguntar y les dijo: — ¿Preguntáis entre vosotros de esto que dije: “Un poquito, y no me veréis; y de nuevo un poquito, y me veréis”? ²⁰ De cierto, de cierto os digo que vosotros lloraréis y lamentaréis; pero el mundo se alegrará. Vosotros tendréis angustia, pero vuestra angustia se convertirá en gozo. ²¹ La mujer, cuando da a luz, tiene angustia, porque ha llegado su hora. Pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda del dolor, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. ²² También vosotros, por cierto, tenéis angustia ahora; pero yo os veré otra vez. Se gozará mucho vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo.

²³ En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, él os lo dará. ²⁴ Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. ²⁵ Os he hablado de estas cosas en figuras; pero viene la hora cuando ya no os hablaré más en figuras, sino claramente os anunciaré acerca del Padre.

²⁶ En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, ²⁷ pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo he salido de la presencia de Dios.

²⁸ Yo salí de la presencia del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre. ²⁹ Le dijeron sus discípulos: — He aquí, ahora hablas claramente y no hablas en ninguna figura. ³⁰ Ahora entendemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte. En esto creemos que has salido de Dios. ³¹ Jesús les respondió: — ¿Ahora creéis? ³² He aquí la hora viene, y ha llegado ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. ³³ Os he hablado de estas cosas para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero ¡tened valor; yo he vencido al mundo!

Capítulo 17

¹ Jesús habló de estas cosas, y levantando los ojos al cielo, dijo: “Padre, la hora ha llegado. Glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti, ² así como le diste autoridad sobre todo hombre, para que dé vida eterna a todos los que le has dado. ³ Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien tú has enviado. ⁴ Yo te he glorificado en la tierra, habiendo acabado la obra que me has dado que hiciera. ⁵ Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tu misma presencia, con la gloria que yo tenía en tu presencia antes que existiera el mundo.

⁶ “He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste. Tuyo eran, y me los diste; y han guardado tu palabra. ⁷ Ahora han conocido que todo lo que me has dado procede de ti; ⁸ porque les he dado las palabras que me diste, y ellos las recibieron; y conocieron verdaderamente que provengo de ti, y creyeron que tú me enviaste. ⁹ “Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que me has dado; porque tuyos son. ¹⁰ Todo lo mío es tuyo, y todo lo tuyo es mío; y he sido glorificado en ellos.

¹¹ Ya no estoy más en el mundo; pero ellos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, guárdalos en tu nombre que me has dado, para que sean una cosa, así como nosotros lo somos. ¹² Cuando yo estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre que me has dado. Y los cuidé, y ninguno de ellos se perdió excepto el hijo de perdición, para que se cumpliese la Escritura. ¹³ Pero ahora voy a ti y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo completo en sí mismos. ¹⁴ “Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció; porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁵ No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del maligno. ¹⁶ No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo.

¹⁷ Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad. ¹⁸ Así como tú me enviaste al mundo, también yo los he enviado al mundo. ¹⁹ Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad.

²⁰ “Pero no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por medio de la palabra de ellos; ²¹ para que todos sean una cosa, así como tú, oh Padre, en mí y yo en ti, que también ellos lo sean en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. ²² Yo les he dado la gloria

que tú me has dado, para que sean una cosa, así como también nosotros somos una cosa. ²³ Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente unidos; para que el mundo conozca que tú me has enviado y que los has amado, como también a mí me has amado.

²⁴ “Padre, quiero que donde yo esté, también estén conmigo aquellos que me has dado, para que vean mi gloria que me has dado, porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. ²⁵ Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste.

²⁶ Yo les he dado a conocer tu nombre y se lo daré a conocer todavía, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos.”

Capítulo 18

¹ Habiendo dicho estas cosas, Jesús salió con sus discípulos para el otro lado del arroyo de Quedron, donde había un huerto en el cual entró Jesús con sus discípulos. ² También Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque Jesús solía reunirse allí con sus discípulos. ³ Entonces Judas, tomando una compañía de soldados romanos y guardias de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con antorchas, lámparas y armas. ⁴ Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de acontecer, se adelantó y les dijo: — ¿A quién buscáis? ⁵ Le contestaron: — A Jesús de Nazaret. Les dijo Jesús: — Yo soy. Estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. ⁶ Cuando les dijo, “Yo soy”, volvieron atrás y cayeron a tierra. ⁷ Les preguntó, pues, de nuevo: — ¿A quién buscáis? Ellos dijeron: — A Jesús de Nazaret. ⁸ Jesús respondió: — Os dije que yo soy. Pues si a mí me buscáis, dejad ir a éstos. ⁹ Esto hizo para que se cumpliese la palabra que él dijo: “De los que me diste, ninguno de ellos perdí.” ¹⁰ Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó, hirió al siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. ¹¹ Entonces Jesús dijo a Pedro: — Mete tu espada en la vaina. ¿No he de beber la copa que el Padre me ha dado? ¹² Entonces la compañía de soldados, el comandante y los guardias de los judíos prendieron a Jesús y le ataron.

¹³ Luego le llevaron primero ante Anás, porque era el suegro de Caifás, el sumo sacerdote de aquel año. ¹⁴ Caifás era el que había dado consejo a los judíos de que convenía que un hombre muriese por el pueblo. ¹⁵ Simón Pedro y

otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús al patio del sumo sacerdote; ¹⁶ pero Pedro se quedó fuera, a la puerta. Y salió el otro discípulo que era conocido del sumo sacerdote, habló a la portera y llevó a Pedro adentro. ¹⁷ Entonces la criada portera dijo a Pedro: — ¿Tú no serás también de los discípulos de ese hombre? El dijo: — No lo soy. ¹⁸ Y los siervos y los guardias estaban de pie, pues habían encendido unas brasas porque hacía frío; y se calentaban. Pedro también estaba de pie con ellos, calentándose. ¹⁹ El sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. ²⁰ Jesús le respondió: — Yo he hablado abiertamente al mundo. Siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos. Nada he hablado en secreto. ²¹ ¿Por qué me preguntas a mí? Pregúntales a los que han oído lo que yo les he hablado. He aquí, ellos saben lo que yo dije. ²² Cuando dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciéndole: — ¿Así respondes al sumo sacerdote? ²³ Jesús le contestó: — Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas? ²⁴ Entonces Anás le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. ²⁵ Estaba, pues, Pedro de pie calentándose, y le dijeron: — ¿Tú no serás también de sus discípulos? El negó y dijo: — No lo soy. ²⁶ Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le había cortado la oreja, le dijo: — ¿No te vi yo en el huerto con él? ²⁷ Pedro negó otra vez, y en seguida cantó el gallo.

²⁸ Llevaron a Jesús de Caifás al Pretorio. Era al amanecer. Pero ellos no entraron al Pretorio para no contaminarse y para así poder comer la Pascua. ²⁹ Por tanto, Pilato salió fuera a ellos y dijo: — ¿Qué acusación traéis contra este hombre? ³⁰ Le respondieron y dijeron: — Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. ³¹ Entonces Pilato les dijo: — Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra ley. Los judíos le dijeron: — A nosotros no nos es lícito dar muerte a nadie. ³² Así sucedió para que se cumpliera la palabra de Jesús, que dijo señalando con qué clase de muerte había de morir. ³³ Entonces Pilato entró otra vez al Pretorio, llamó a Jesús y le dijo: — ¿Eres tú el rey de los judíos? ³⁴ Jesús le respondió: — ¿Preguntas tú esto de ti mismo, o porque otros te lo han dicho de mí? ³⁵ Pilato respondió: — ¿Acaso soy yo judío? Tu propia nación y los principales sacerdotes te entregaron a mí. ¿Qué has hecho? ³⁶ Contestó Jesús: — Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos. Ahora, pues, mi reino no es de aquí. ³⁷ Entonces Pilato le dijo: — ¿Así

que tú eres rey? Jesús respondió: — Tú dices que soy rey. Para esto yo he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz. ³⁸ Le dijo Pilato: — ¿Qué es la verdad? Habiendo dicho esto, salió de nuevo a los judíos y les dijo: — Yo no hallo ningún delito en él. ³⁹ Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte un preso en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos? ⁴⁰ Entonces todos gritaron de nuevo diciendo: — ¡No a éste, sino a Barrabás! Y Barrabás era un asaltante.

Capítulo 19

¹ Entonces Pilato tomó a Jesús y le azotó. ² Los soldados entretejieron una corona de espinas y se la pusieron sobre la cabeza. Le vistieron con un manto de púrpura, ³ y venían hacia él y le decían: — ¡Viva el rey de los judíos! Y le daban de bofetadas. ⁴ Pilato salió otra vez y les dijo: — He aquí, os lo traigo fuera, para que sepáis que no hallo ningún delito en él. ⁵ Entonces Jesús salió llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: — ¡He aquí el hombre! ⁶ Cuando le vieron los principales sacerdotes y los guardias, gritaron diciendo: — ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Les dijo Pilato: — Tomadlo vosotros y crucifícadle, porque yo no hallo ningún delito en él. ⁷ Los judíos le respondieron: — Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley él debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios. ⁸ Cuando Pilato oyó esta palabra, tuvo aun más miedo. ⁹ Entró en el Pretorio otra vez y dijo a Jesús: — ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta. ¹⁰ Entonces le dijo Pilato: — ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y tengo autoridad para crucificarte? ¹¹ Respondió Jesús: — No tendrías ninguna autoridad contra mí, si no te fuera dada de arriba. Por esto, el que me entregó a ti tiene mayor pecado. ¹² Desde entonces Pilato procuraba soltarle. Pero los judíos gritaron diciendo: — Si sueltas a éste, no eres amigo del César. Todo aquel que se hace rey se opone al César. ¹³ Cuando Pilato oyó estas palabras, llevó a Jesús afuera y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado El Enlosado, y en hebreo Gabata. ¹⁴ Era el día de la Preparación de la Pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: — He aquí vuestro rey. ¹⁵ Pero ellos gritaron diciendo: — ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: — ¿He de crucificar a vuestro rey? Respondieron los principales sacerdotes: — ¡No tenemos más rey que el César!

¹⁶ Y con esto entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron pues a Jesús, ¹⁷ y él salió llevando su cruz hacia el lugar que se llama de la Calavera, y en hebreo Gólgota. ¹⁸ Allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús estaba en medio.

¹⁹ Pilato escribió y puso sobre la cruz un letrero en el cual fue escrito: JESUS DE NAZARET, REY DE LOS JUDIOS. ²⁰ Entonces muchos de los judíos leyeron este letrero, porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el letrero estaba escrito en hebreo, en latín y en griego. ²¹ Los principales sacerdotes de los judíos le decían a Pilato: — No escribas: “Rey de los judíos”, sino: “Este dijo: ‘Soy rey de los judíos.’” ²² Pilato respondió: — Lo que he escrito, he escrito. ²³ Cuando los soldados crucificaron a Jesús, tomaron los vestidos de él e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Además, tomaron la túnica, pero la túnica no tenía costura; era tejida entera de arriba abajo. ²⁴ Por esto dijeron uno a otro: — No la partamos; más bien echemos suertes sobre ella, para ver de quién será. Esto sucedió para que se cumpliera la Escritura que dice: Partieron entre sí mis vestidos y sobre mis vestiduras echaron suertes. Y así lo hicieron los soldados. ²⁵ Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María esposa de Cleofas y María Magdalena. ²⁶ Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, de pie junto a ella, dijo a su madre: — Mujer, he ahí tu hijo. ²⁷ Después dijo al discípulo: — He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. ²⁸ Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo se había consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo: — Tengo sed. ²⁹ Había allí una vasija llena de vinagre. Entonces pusieron en un hisopo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. ³⁰ Cuando Jesús recibió el vinagre, dijo: — ¡Consumado es! Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

³¹ Entonces los judíos, por cuanto era el día de la Preparación, y para que los cuerpos no quedasen en la cruz en el sábado (pues era el Gran Sábado), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas y fuesen quitados. ³² Luego los soldados fueron y quebraron las piernas al primero, y después al otro que había sido crucificado con él. ³³ Pero cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas; ³⁴ pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió al instante sangre y agua. ³⁵ El que lo ha visto ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero. El sabe que dice la verdad, para que vosotros también creáis. ³⁶ Porque estas cosas sucedieron así para que

se cumpliese la Escritura que dice: Ninguno de sus huesos será quebrado.

³⁷ También otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.

³⁸ Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le permitiese quitar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo permitió. Por tanto, él fue y llevó su cuerpo.

³⁹ También Nicodemo, que al principio había venido a Jesús de noche, fue llevando un compuesto de mirra y áloes, como cien libras. ⁴⁰ Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos con las especias, de acuerdo con la costumbre judía de sepultar. ⁴¹ En el lugar donde había sido crucificado había un huerto, y en el huerto había un sepulcro nuevo, en el cual todavía no se había puesto a nadie. ⁴² Allí, pues, por causa del día de la Preparación de los judíos y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.

Capítulo 20

¹ El primer día de la semana, muy de madrugada, siendo aún oscuro, María Magdalena fue al sepulcro y vio que la piedra había sido quitada del sepulcro.

² Entonces corrió y fue a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y les dijo: — Han sacado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto. ³ Salieron, pues, Pedro y el otro discípulo e iban al sepulcro. ⁴ Y los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corrió más rápidamente que Pedro y llegó primero al sepulcro. ⁵ Y cuando se inclinó, vio que los lienzos habían quedado allí; sin embargo, no entró. ⁶ Entonces llegó Simón Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro. Y vio los lienzos que habían quedado, ⁷ y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino doblado en un lugar aparte. ⁸ Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro, y vio y creyó. ⁹ Pues aún no entendían la Escritura, que le era necesario resucitar de entre los muertos. ¹⁰ Entonces los discípulos volvieron a los suyos.

¹¹ Pero María Magdalena estaba llorando fuera del sepulcro. Mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro ¹² y vio a dos ángeles con vestiduras blancas que estaban sentados, el uno a la cabecera y el otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. ¹³ Y ellos le dijeron: — Mujer, ¿por qué lloras? Les dijo: — Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto. ¹⁴ Habiendo dicho esto, se volvió hacia atrás y vio a

Jesús de pie; pero no se daba cuenta de que era Jesús. ¹⁵ Jesús le dijo: — Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que él era el jardinero, le dijo: — Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. ¹⁶ Jesús le dijo: — María... Volviéndose ella, le dijo en hebreo: — ¡Raboni! — que quiere decir Maestro — . ¹⁷ Jesús le dijo: — Suéltame, porque aún no he subido al Padre. Pero vé a mis hermanos y diles: “Yo subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.” ¹⁸ María Magdalena fue a dar las nuevas a los discípulos: — ¡He visto al Señor! También les contó que él le había dicho estas cosas.

¹⁹ Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, y estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos se reunían por miedo a los judíos, Jesús entró, se puso en medio de ellos y les dijo: “¡Paz a vosotros!” ²⁰ Habiendo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Los discípulos se regocijaron cuando vieron al Señor. ²¹ Entonces Jesús les dijo otra vez: “¡Paz a vosotros! Como me ha enviado el Padre, así también yo os envío a vosotros.” ²² Habiendo dicho esto, sopló y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo. ²³ A los que remitáis los pecados, les han sido remitidos; y a quienes se los retengáis, les han sido retenidos.” ²⁴ Pero Tomás, llamado Dídimo, uno de los doce, no estaba con ellos cuando vino Jesús. ²⁵ Entonces los otros discípulos le decían: — ¡Hemos visto al Señor! Pero él les dijo: — Si yo no veo en sus manos la marca de los clavos, y si no meto mi dedo en la marca de los clavos y si no meto mi mano en su costado, no creeré jamás.

²⁶ Ocho días después sus discípulos estaban adentro otra vez, y Tomás estaba con ellos. Y aunque las puertas estaban cerradas, Jesús entró, se puso en medio y dijo: — ¡Paz a vosotros! ²⁷ Luego dijo a Tomás: — Pon tu dedo aquí y mira mis manos; pon acá tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo sino creyente. ²⁸ Entonces Tomás respondió y le dijo: — ¡Señor mío, y Dios mío! ²⁹ Jesús le dijo: — ¿Porque me has visto, has creído? ¡Bienaventurados los que no ven y creen! ³⁰ Por cierto Jesús hizo muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. ³¹ Pero estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre.

Capítulo 21

¹ Después de esto, Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos en el mar de Tiberias. Se manifestó de esta manera: ² Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado Dídimos, Natanael que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos. ³ Simón Pedro les dijo: — Voy a pescar. Le dijeron: — Vamos nosotros también contigo. Salieron y entraron en la barca, pero aquella noche no consiguieron nada. ⁴ Al amanecer, Jesús se presentó en la playa, aunque los discípulos no se daban cuenta de que era Jesús. ⁵ Entonces Jesús les dijo: — Hijitos, ¿no tenéis nada de comer? Le contestaron: — No. ⁶ El les dijo: — Echad la red al lado derecho de la barca, y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces. ⁷ Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: — ¡Es el Señor! Cuando Simón Pedro oyó que era el Señor, se ciñó el manto, pues se lo había quitado, y se tiró al mar. ⁸ Los otros discípulos llegaron con la barca, arrastrando la red con los peces; porque no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos codos. ⁹ Cuando bajaron a tierra, vieron brasas puestas, con pescado encima, y pan. ¹⁰ Jesús les dijo: — Traed de los pescados que ahora habéis pescado. ¹¹ Entonces Simón Pedro subió y sacó a tierra la red llena de grandes pescados, 153 de ellos; y aunque eran tantos, la red no se rompió. ¹² Jesús les dijo: — Venid, comed. Ninguno de los discípulos osaba preguntarle: “Tú, ¿quién eres?”, pues sabían que era el Señor. ¹³ Vino, entonces, Jesús y tomó el pan y les dio; y también hizo lo mismo con el pescado. ¹⁴ Esta era ya la tercera vez que Jesús se manifestaba a sus discípulos después de haber resucitado de entre los muertos.

¹⁵ Cuando habían comido, Jesús dijo a Simón Pedro: — Simón hijo de Jonás, ¿me amas tú más que éstos? Le dijo: — Sí, Señor; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: — Apacienta mis corderos. ¹⁶ Le volvió a decir por segunda vez: — Simón hijo de Jonás, ¿me amas? Le contestó: — Sí, Señor; tú sabes que te amo. Jesús le dijo: — Pastorea mis ovejas. ¹⁷ Le dijo por tercera vez: — Simón hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijera por tercera vez: “¿Me amas?” Y le dijo: — Señor, tú conoces todas las cosas. Tú sabes que te amo. Jesús le dijo: — Apacienta mis ovejas. ¹⁸ De cierto, de cierto te digo que cuando eras más joven, tú te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás las manos, y te ceñirá otro y te llevará a donde no quieras.

¹⁹ Esto dijo señalando con qué muerte Pedro había de glorificar a Dios. Después de haber dicho esto le dijo: — Sígueme.

²⁰ Pedro dio vuelta y vio que les seguía el discípulo a quien Jesús amaba. Fue el mismo que se recostó sobre su pecho en la cena y le dijo: “Señor, ¿quién es el que te ha de entregar?”²¹ Así que al verlo, Pedro le dijo a Jesús: — Señor, ¿y qué de éste?²² Jesús le dijo: — Si yo quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué tiene esto que ver contigo? Tú, sígueme.²³ Así que el dicho se difundió entre los hermanos de que aquel discípulo no habría de morir. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: “Si yo quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué tiene que ver eso contigo?”²⁴ Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y las escribió. Y sabemos que su testimonio es verdadero.²⁵ Hay también muchas otras cosas que hizo Jesús que, si se escribieran una por una, pienso que no cabrían ni aun en el mundo los libros que se habrían de escribir.

HECHOS

Capítulo 1

¹ En el primer relato escribí, oh Teófilo, acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, ² hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido. ³ A éstos también se presentó vivo, después de haber padecido, con muchas pruebas convincentes. Durante cuarenta días se hacía visible a ellos y les hablaba acerca del reino de Dios. ⁴ Y estando juntos, les mandó que no se fuesen de Jerusalén, sino que esperasen el cumplimiento de la promesa del Padre, “de la cual me oísteis hablar; ⁵ porque Juan, a la verdad, bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo después de no muchos días.”

⁶ Por tanto, los que estaban reunidos le preguntaban diciendo: — Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo? ⁷ El les respondió: — A vosotros no os toca saber ni los tiempos ni las ocasiones que el Padre dispuso por su propia autoridad. ⁸ Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. ⁹ Después de decir esto, y mientras ellos le veían, él fue elevado; y una nube le recibió ocultándole de sus ojos. ¹⁰ Y como ellos estaban fijando la vista en el cielo mientras él se iba, he aquí dos hombres vestidos de blanco se presentaron junto a ellos, ¹¹ y les dijeron: — Hombres galileos, ¿por qué os quedáis de pie mirando al cielo? Este Jesús, quien fue tomado de vosotros arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le habéis visto ir al cielo.

¹² Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama de los Olivos, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un sábado. ¹³ Y cuando entraron, subieron al aposento alto donde se alojaban Pedro, Juan, Jacobo y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo hijo de Alfeo y Simón el Zelote y Judas hijo de Jacobo. ¹⁴ Todos éstos perseveraban unánimes en oración junto con las mujeres y con María la madre de Jesús y con los hermanos de él.

¹⁵ En aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos, que reunidos eran como ciento veinte personas, y dijo: ¹⁶ “Hermanos, era

necesario que se cumpliesen las Escrituras, en las cuales el Espíritu Santo habló de antemano por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús; ¹⁷ porque era contado con nosotros y tuvo parte en este ministerio.” ¹⁸ (Este, pues, adquirió un campo con el pago de su iniquidad, y cayendo de cabeza, se reventó por en medio, y todas sus entrañas se derramaron. ¹⁹ Y esto llegó a ser conocido por todos los habitantes de Jerusalén, de tal manera que aquel campo fue llamado en su lengua Acéldama, que quiere decir Campo de Sangre.) ²⁰ “Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su morada, y no haya quien habite en ella. Y otro ocupe su cargo. ²¹ Por tanto, de estos hombres que han estado junto con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, ²² comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue tomado de nosotros y recibido arriba, es preciso que uno sea con nosotros testigo de su resurrección.” ²³ Propusieron a dos: a José que era llamado Barsabás, el cual tenía por sobrenombre, Justo; y a Matías. ²⁴ Entonces orando dijeron: “Tú, Señor, que conoces el corazón de todos, muestra de estos dos cuál has escogido ²⁵ para tomar el lugar de este ministerio y apostolado del cual Judas se extravió para irse a su propio lugar.” ²⁶ Echaron suertes sobre ellos, y la suerte cayó sobre Matías, quien fue contado con los once apóstoles.

Capítulo 2

¹ Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. ² Y de repente vino un estruendo del cielo, como si soplara un viento violento, y llenó toda la casa donde estaban sentados. ³ Entonces aparecieron, repartidas entre ellos, lenguas como de fuego, y se asentaron sobre cada uno de ellos. ⁴ Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en distintas lenguas, como el Espíritu les daba que hablasen.

⁵ En Jerusalén habitaban judíos, hombres piadosos de todas las naciones debajo del cielo. ⁶ Cuando se produjo este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confundidos, porque cada uno les oía hablar en su propio idioma. ⁷ Estaban atónitos y asombrados, y decían: — Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ⁸ ¿Cómo, pues, oímos nosotros cada uno en nuestro idioma en que nacimos? ⁹ Partos, medos, elamitas; habitantes de Mesopotamia, de

Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia,¹⁰ de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia más allá de Cirene; forasteros romanos, tanto judíos como prosélitos;¹¹ cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestros propios idiomas los grandes hechos de Dios.¹² Todos estaban atónitos y perplejos, y se decían unos a otros: — ¿Qué quiere decir esto?¹³ Pero otros, burlándose, decían: — Están llenos de vino nuevo.

¹⁴ Entonces Pedro se puso de pie con los once, levantó la voz y les declaró: — Hombres de Judea y todos los habitantes de Jerusalén, sea conocido esto a vosotros, y prestad atención a mis palabras.¹⁵ Porque éstos no están embriagados, como pensáis, pues es solamente la tercera hora del día.¹⁶ Más bien, esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel:¹⁷ Sucederá en los últimos días, dice Dios, que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.¹⁸ De cierto, sobre mis siervos y mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán.¹⁹ Daré prodigios en el cielo arriba, y señales en la tierra abajo: sangre, fuego y vapor de humo.²⁰ El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día del Señor, grande y glorioso.²¹ Y sucederá que todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo.²² Hombres de Israel, oíd estas palabras: Jesús de Nazaret fue hombre acreditado por Dios ante vosotros con hechos poderosos, maravillas y señales que Dios hizo por medio de él entre vosotros, como vosotros mismos sabéis.²³ A éste, que fue entregado por el predeterminado consejo y el previo conocimiento de Dios, vosotros matasteis clavándole en una cruz por manos de inicuos.²⁴ A él, Dios le resucitó, habiendo desatado los dolores de la muerte; puesto que era imposible que él quedara detenido bajo su dominio.²⁵ Porque David dice de él: Veía al Señor siempre delante de mí, porque está a mi derecha, para que yo no sea sacudido.²⁶ Por tanto, se alegró mi corazón, y se gozó mi lengua; y aun mi cuerpo descansará en esperanza.²⁷ Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.²⁸ Me has hecho conocer los caminos de la vida y me llenarás de alegría con tu presencia.²⁹ Hermanos, os puedo decir confiadamente que nuestro padre David murió y fue sepultado, y su sepulcro está entre nosotros hasta el día de hoy.³⁰ Siendo, pues, profeta y sabiendo que Dios le había jurado con juramento que se sentaría sobre su trono uno de su descendencia,³¹ y viéndolo de antemano, habló de la resurrección de Cristo: que no fue abandonado en el Hades, ni su cuerpo vio corrupción.³² ¡A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros

somos testigos!³³ Así que, exaltado por la diestra de Dios y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís.³⁴ Porque David no subió a los cielos, pero él mismo dice: El Señor dijo a mi Señor: “Siéntate a mi diestra,³⁵ hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies.”³⁶ Sepa, pues, con certidumbre toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo.

³⁷ Entonces, cuando oyeron esto, se afligieron de corazón y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: — Hermanos, ¿qué haremos?³⁸ Pedro les dijo: — Arrepentíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo.

³⁹ Porque la promesa es para vosotros, para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para todos cuantos el Señor nuestro Dios llame.⁴⁰ Y con otras muchas palabras testificaba y les exhortaba diciendo: — ¡Sed salvos de esta perversa generación!⁴¹ Así que los que recibieron su palabra fueron bautizados, y fueron añadidas en aquel día como tres mil personas.

⁴² Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones.⁴³ Entonces caía temor sobre toda persona, pues se hacían muchos milagros y señales por medio de los apóstoles.

⁴⁴ Y todos los que creían se reunían y tenían todas las cosas en común.

⁴⁵ Vendían sus posesiones y bienes, y los repartían a todos, a cada uno según tenía necesidad.⁴⁶ Ellos perseveraban unánimes en el templo día tras día, y partiendo el pan casa por casa, participaban de la comida con alegría y con sencillez de corazón,⁴⁷ alabando a Dios y teniendo el favor de todo el pueblo. Y el Señor añadía diariamente a su número los que habían de ser salvos.

Capítulo 3

¹ Pedro y Juan subían al templo a la hora de la oración, la hora novena.² Y era traído cierto hombre que era cojo desde el vientre de su madre. Cada día le ponían a la puerta del templo que se llama Hermosa, para pedir limosna de los que entraban en el templo.³ Este, al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar en el templo, les rogaba para recibir una limosna.⁴ Entonces Pedro, juntamente con Juan, se fijó en él y le dijo: — Míranos.⁵ El les prestaba atención, porque esperaba recibir algo de ellos.⁶ Pero Pedro le dijo: — No tengo ni plata ni

oro, pero lo que tengo te doy. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!⁷ Le tomó de la mano derecha y le levantó. De inmediato fueron afirmados sus pies y tobillos,⁸ y de un salto se puso de pie y empezó a caminar. Y entró con ellos en el templo, caminando, saltando y alabando a Dios.⁹ Todo el pueblo le vio caminando y alabando a Dios.¹⁰ Reconocían que él era el mismo que se sentaba para pedir limosna en la puerta Hermosa del templo, y se llenaron de asombro y de admiración por lo que le había acontecido.¹¹ Como él se asió de Pedro y de Juan, toda la gente, atónita, concurrió apresuradamente a ellos en el pórtico llamado de Salomón.

¹² Pedro, al ver esto, respondió al pueblo: — Hombres de Israel, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿Por qué nos miráis a nosotros como si con nuestro poder o piedad hubiésemos hecho andar a este hombre?¹³ El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres ha glorificado a su Siervo Jesús, al cual vosotros entregasteis y negasteis ante Pilato, a pesar de que él había resuelto soltarlo.¹⁴ Pero vosotros negasteis al Santo y Justo; pedisteis que se os diese un hombre asesino,¹⁵ y matasteis al Autor de la vida, al cual Dios ha resucitado de los muertos. De esto nosotros somos testigos.¹⁶ Y el nombre de Jesús hizo fuerte, por la fe en su nombre, a este hombre que vosotros veis y conocéis. Y la fe que es despertada por Jesús le ha dado esta completa sanidad en la presencia de todos vosotros.¹⁷ Ahora bien, hermanos, sé que por ignorancia lo hicisteis, como también vuestros gobernantes.¹⁸ Pero Dios cumplió así lo que había anunciado de antemano por boca de todos los profetas, de que su Cristo había de padecer.¹⁹ Por tanto, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados; de modo que de la presencia del Señor vengan tiempos de refrigerio²⁰ y que él envíe al Cristo, a Jesús, quien os fue previamente designado.²¹ A él, además, el cielo le debía recibir hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de las cuales habló Dios por boca de sus santos profetas desde tiempos antiguos.²² Porque ciertamente Moisés dijo: El Señor vuestro Dios os levantará, de entre vuestros hermanos, un profeta como yo. A él escucharéis en todas las cosas que os hable.²³ Y sucederá que cualquier persona que no escuche a aquel profeta será desarraigada del pueblo.²⁴ Y todos los profetas, de Samuel en adelante, todos los que hablaron, también anunciaron estos días.²⁵ Vosotros sois los hijos de los profetas y del pacto que Dios concertó con vuestros padres, diciendo a Abraham: En tu descendencia

serán benditas todas las familias de la tierra.²⁶ Y después de levantar a su Siervo, Dios lo envió primero a vosotros, para bendeciros al convertirse cada uno de su maldad.

Capítulo 4

¹ Mientras ellos estaban hablando al pueblo, llegaron los sacerdotes, el capitán de la guardia del templo y los saduceos,² resentidos de que enseñasen al pueblo y anunciaran en Jesús la resurrección de entre los muertos.³ Les echaron mano y los pusieron en la cárcel hasta el día siguiente, porque ya era tarde.

⁴ Pero muchos de los que habían oído la palabra creyeron, y el número de los hombres llegó a ser como cinco mil.

⁵ Al día siguiente, aconteció que se reunieron en Jerusalén los gobernantes de ellos, los ancianos y los escribas;⁶ y estaban el sumo sacerdote Anás, Caifás, Juan, Alejandro y todos los del linaje del sumo sacerdote.⁷ Y poniéndolos en medio, les interrogaron: — ¿Con qué poder, o en qué nombre habéis hecho vosotros esto?⁸ Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: — Gobernantes del pueblo y ancianos:⁹ Si hoy somos investigados acerca del bien hecho a un hombre enfermo, de qué manera éste ha sido sanado,¹⁰ sea conocido a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel, que ha sido en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis y a quien Dios resucitó de entre los muertos. Por Jesús este hombre está de pie sano en vuestra presencia.¹¹ El es la piedra rechazada por vosotros los edificadores, la cual ha llegado a ser cabeza del ángulo.¹² Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos.¹³ Y viendo la valentía de Pedro y de Juan, y teniendo en cuenta que eran hombres sin letras e indoctos, se asombraban y reconocían que habían estado con Jesús.¹⁴ Pero, ya que veían de pie con ellos al hombre que había sido sanado, no tenían nada que decir en contra.

¹⁵ Entonces les mandaron que saliesen fuera del Sanedrín y deliberaban entre sí,¹⁶ diciendo: — ¿Qué hemos de hacer con estos hombres? Porque de cierto, es evidente a todos los que habitan en Jerusalén que una señal notable ha sido hecha por medio de ellos, y no lo podemos negar.¹⁷ Pero para que no se divulgue cada vez más entre el pueblo, amenacémosles para que de aquí en adelante no hablen a ninguna persona en este nombre.¹⁸ Entonces los llamaron y les ordenaron terminantemente que no hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús.¹⁹ Pero respondiendo Pedro y Juan, les dijeron: — Juzgad vosotros

si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios.²⁰ Porque nosotros no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído.²¹ Y después de amenazarles más, ellos les soltaron, pues por causa del pueblo no hallaban ningún modo de castigarles; porque todos glorificaban a Dios por lo que había acontecido,²² pues el hombre en quien había sido hecho este milagro de sanidad tenía más de cuarenta años.

²³ Una vez sueltos, fueron a los suyos y les contaron todo lo que los principales sacerdotes y los ancianos les habían dicho.²⁴ Cuando ellos lo oyeron, de un solo ánimo alzaron sus voces a Dios y dijeron: “Soberano, tú eres el que hiciste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay,²⁵ y que mediante el Espíritu Santo por boca de nuestro padre David, tu siervo, dijiste: ¿Por qué se amotinaron las naciones y los pueblos tramaron cosas vanas?²⁶ Se levantaron los reyes de la tierra y sus gobernantes consultaron unidos contra el Señor y contra su Ungido.²⁷ Porque verdaderamente, tanto Herodes como Poncio Pilato con los gentiles y el pueblo de Israel se reunieron en esta ciudad contra tu santo Siervo Jesús, al cual ungiste,²⁸ para llevar a cabo lo que tu mano y tu consejo habían determinado de antemano que había de ser hecho.²⁹ Y ahora, Señor, mira sus amenazas y concede a tus siervos que hablen tu palabra con toda valentía.³⁰ Extiende tu mano para que sean hechas sanidades, señales y prodigios en el nombre de tu santo Siervo Jesús.”³¹ Cuando acabaron de orar, el lugar en donde estaban reunidos tembló, y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban la palabra de Dios con valentía.

³² La multitud de los que habían creído era de un solo corazón y una sola alma. Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que todas las cosas les eran comunes.³³ Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia había sobre todos ellos.³⁴ No había, pues, ningún necesitado entre ellos, porque todos los que eran propietarios de terrenos o casas los vendían, traían el precio de lo vendido³⁵ y lo ponían a los pies de los apóstoles. Y era repartido a cada uno según tenía necesidad.³⁶ Entonces José, quien por los apóstoles era llamado Bernabé (que significa hijo de consolación) y quien era levita, natural de Chipre,³⁷ como tenía un campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los apóstoles.

Capítulo 5

¹ Pero cierto hombre llamado Ananías, juntamente con Safira su mujer, vendió una posesión. ² Con el conocimiento de su mujer, sustrajo del precio; y llevando una parte, la puso a los pies de los apóstoles. ³ Y Pedro dijo: — Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para mentir al Espíritu Santo y sustraer del precio del campo? ⁴ Reteniéndolo, ¿acaso no seguía siendo tuyo? Y una vez vendido, ¿no estaba bajo tu autoridad? ¿Por qué propusiste en tu corazón hacer esto? No has mentido a los hombres, sino a Dios. ⁵ Entonces Ananías, oyendo estas palabras, cayó y expiró. Y gran temor sobrevino a todos los que lo oían. ⁶ Luego se levantaron los jóvenes y le envolvieron. Y sacándole fuera, lo sepultaron. ⁷ Después de un intervalo de unas tres horas, sucedió que entró su mujer, sin saber lo que había acontecido. ⁸ Entonces Pedro le preguntó: — Dime, ¿vendisteis en tanto el campo? Ella dijo: — Sí, en tanto. ⁹ Y Pedro le dijo: — ¿Por qué os pusisteis de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? He aquí los pies de los que han sepultado a tu marido están a la puerta, y te sacarán a ti. ¹⁰ De inmediato, ella cayó a los pies de él y expiró. Cuando los jóvenes entraron, la hallaron muerta; la sacaron y la sepultaron junto a su marido. ¹¹ Y gran temor sobrevino a la iglesia entera y a todos los que oían de estas cosas.

¹² Por las manos de los apóstoles se hacían muchos milagros y prodigios entre el pueblo, y estaban todos de un solo ánimo en el pórtico de Salomón. ¹³ Pero ninguno de los demás se atrevía a juntarse con ellos, aunque el pueblo les tenía en gran estima. ¹⁴ Los que creían en el Señor aumentaban cada vez más, gran número así de hombres como de mujeres; ¹⁵ de modo que hasta sacaban los enfermos a las calles y los ponían en camillas y colchonetas, para que cuando Pedro pasara, por lo menos su sombra cayese sobre alguno de ellos. ¹⁶ También de las ciudades vecinas a Jerusalén, concurría una multitud trayendo enfermos y atormentados por espíritus impuros; y todos eran sanados.

¹⁷ Entonces se levantó el sumo sacerdote y todos los que estaban con él, esto es, la secta de los saduceos, y se llenaron de celos. ¹⁸ Echaron mano a los apóstoles y los pusieron en la cárcel pública. ¹⁹ Pero un ángel del Señor abrió de noche las puertas de la cárcel y al conducirlos fuera dijo: ²⁰ “Id, y de pie en el templo, hablad al pueblo todas las palabras de esta vida.” ²¹ Habiendo oído esto, entraron en el templo al amanecer y enseñaban. Mientras tanto, el sumo

sacerdote y los que estaban con él fueron y convocaron al Sanedrín con todos los ancianos de los hijos de Israel. Luego enviaron a la cárcel para que fuesen traídos.²² Cuando los oficiales llegaron y no los hallaron en la cárcel, regresaron y dieron las noticias²³ diciendo: — Hallamos la cárcel cerrada con toda seguridad, y a los guardias de pie a las puertas. Pero cuando abrimos, no hallamos a nadie dentro.²⁴ Como oyeron estas palabras, el capitán de la guardia del templo y los principales sacerdotes quedaron perplejos en cuanto a ellos y en qué vendría a parar esto.²⁵ Pero vino alguien y les dio esta noticia: — He aquí los hombres que echasteis en la cárcel están de pie en el templo, enseñando al pueblo.

²⁶ Entonces fue el capitán de la guardia del templo con los oficiales; y los llevaron, pero sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo.
²⁷ Cuando los trajeron, los presentaron al Sanedrín, y el sumo sacerdote les preguntó²⁸ diciendo: — ¿No os mandamos estrictamente que no enseñaseis en este nombre? ¡Y he aquí habéis llenado a Jerusalén con vuestra doctrina y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre!²⁹ Pero respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: — Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.³⁰ El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero.³¹ A éste, lo ha enaltecido Dios con su diestra como Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.³² Nosotros somos testigos de estas cosas, y también el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen.³³ Los que escuchaban se enfurecían y deseaban matarles.³⁴ Entonces se levantó en el Sanedrín cierto fariseo llamado Gamaliel, maestro de la ley, honrado por todo el pueblo, y mandó que sacasen a los hombres por un momento.³⁵ Entonces les dijo: — Hombres de Israel, cuidaos vosotros de lo que vais a hacer a estos hombres.³⁶ Porque antes de estos días se levantó Teudas, diciendo que él era alguien. A éste se unieron como cuatrocientos hombres. Pero él fue muerto, y todos los que le seguían fueron dispersados y reducidos a la nada.³⁷ Después de éste, se levantó Judas el galileo en los días del censo, y arrastró gente tras sí. Aquél también pereció, y todos los que le seguían fueron dispersados.³⁸ En el presente caso, os digo: Apartaos de estos hombres y dejadles ir. Porque si este consejo o esta obra es de los hombres, será destruida.³⁹ Pero si es de Dios, no podréis destruirles. ¡No sea que os encontréis luchando contra Dios!⁴⁰ Fueron persuadidos por Gamaliel. Y llamaron a los apóstoles, y después de azotarles les prohibieron hablar en el nombre de Jesús, y los dejaron libres.⁴¹ Por lo tanto, ellos partieron

de la presencia del Sanedrín, regocijándose porque habían sido considerados dignos de padecer afrenta por causa del Nombre.⁴² Y todos los días, en el templo y de casa en casa, no cesaban de enseñar y anunciar la buena nueva de que Jesús es el Cristo.

Capítulo 6

¹ En aquellos días, como crecía el número de los discípulos, se suscitó una murmuración de parte de los helenistas contra los hebreos, de que sus viudas eran desatendidas en la distribución diaria.² Así que, los doce convocaron a la multitud de los discípulos y dijeron: — No conviene que nosotros descuidemos la palabra de Dios para servir a las mesas.³ Escoged, pues, hermanos, de entre vosotros a siete hombres que sean de buen testimonio, llenos del Espíritu y de sabiduría, a quienes pondremos sobre esta tarea.⁴ Y nosotros continuaremos en la oración y en el ministerio de la palabra.⁵ Esta propuesta agradó a toda la multitud; y eligieron a Esteban, hombre lleno de fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás, un prosélito de Antioquía.⁶ Presentaron a éstos delante de los apóstoles; y después de orar, les impusieron las manos.⁷ Y la palabra de Dios crecía, y el número de los discípulos se multiplicaba en gran manera en Jerusalén; inclusive un gran número de sacerdotes obedecía a la fe.

⁸ Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y milagros en el pueblo.⁹ Y se levantaron algunos de la sinagoga llamada de los Libertos, de los cireneos y los alejandrinos, y de los de Cilicia y de Asia, discutiendo con Esteban.¹⁰ Y no podían resistir la sabiduría y el espíritu con que hablaba.

¹¹ Entonces sobornaron a unos hombres para que dijese: “Le hemos oído hablar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios.”¹² Ellos incitaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas. Y se levantaron contra él, le arrebataron y le llevaron al Sanedrín.¹³ Luego presentaron testigos falsos que decían: — Este hombre no deja de hablar palabras contra este santo lugar y contra la ley.¹⁴ Porque le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y cambiará las costumbres que Moisés nos dejó.¹⁵ Entonces, todos los que estaban sentados en el Sanedrín, cuando fijaron los ojos en él, vieron su cara como si fuera la cara de un ángel.

Capítulo 7

¹ Entonces el sumo sacerdote preguntó: — ¿Es esto así? ² Y él respondió: — Hermanos y padres, oíd. El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes que habitase en Harán, ³ y le dijo: “Sal de tu tierra y de tu parentela y vete a la tierra que te mostraré.” ⁴ Entonces salió de la tierra de los caldeos y habitó en Harán. Después que murió su padre, Dios le trasladó de allá a esta tierra en la cual vosotros habitáis ahora. ⁵ Pero no le dio heredad en ella, ni siquiera para asentar su pie; aunque prometió darla en posesión a él y a su descendencia después de él, aun cuando él no tenía hijo. ⁶ Así Dios le dijo que su descendencia sería extranjera en tierra ajena y que los reducirían a esclavitud y los maltratarían por cuatrocientos años. ⁷ “Pero yo juzgaré a la nación a la cual sirvan”, dijo Dios, “y después de esto saldrán y me rendirán culto en este lugar.” ⁸ Dios le dio el pacto de la circuncisión; y así Abraham engendró a Isaac y le circuncidó al octavo día. Lo mismo hizo Isaac a Jacob, y Jacob a los doce patriarcas. ⁹ Los patriarcas, movidos por envidia, vendieron a José para Egipto. Pero Dios estaba con él; ¹⁰ le libró de todas sus tribulaciones y le dio gracia y sabiduría en la presencia del Faraón, rey de Egipto, quien le puso por gobernador sobre Egipto y sobre toda su casa. ¹¹ Entonces vino hambre y gran tribulación en toda la tierra de Egipto y en Canaán, y nuestros padres no hallaban alimentos. ¹² Pero al oír Jacob que había trigo en Egipto, envió a nuestros padres la primera vez. ¹³ La segunda vez, José se dio a conocer a sus hermanos. Así el linaje de José fue dado a conocer al Faraón. ¹⁴ Y José envió e hizo venir a su padre Jacob y a toda su familia, que eran 75 personas. ¹⁵ Así descendió Jacob a Egipto, donde él y nuestros padres terminaron su vida. ¹⁶ Y fueron llevados a Siquem y puestos en el sepulcro que Abraham compró a precio de plata, de los hijos de Hamor en Siquem. ¹⁷ Como se acercaba el tiempo de la promesa, la cual Dios había asegurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto ¹⁸ hasta que se levantó en Egipto otro rey que no conocía a José. ¹⁹ Con astucia este rey se aprovechó de nuestro pueblo y maltrató a nuestros padres, haciéndoles exponer a la muerte a sus bebés para que no sobreviviesen. ²⁰ En aquel tiempo nació Moisés y era agradable a Dios. El fue criado tres meses en la casa de su padre; ²¹ pero cuando fue expuesto a la muerte, la hija del Faraón le recogió y lo crió como a hijo suyo. ²² Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios

y era poderoso en sus palabras y hechos.²³ Cuando cumplió cuarenta años, le vino al corazón el visitar a sus hermanos, los hijos de Israel.²⁴ Al ver que uno era maltratado le defendió, y matando al egipcio, vengó al oprimido.²⁵ Pensaba que sus hermanos entenderían que Dios les daría liberación por su mano, pero ellos no lo entendieron.²⁶ Al día siguiente, él se presentó a unos que estaban peleando y trataba de ponerlos en paz diciendo: “¡Hombres, sois hermanos! ¿Por qué os maltratáis el uno al otro?”²⁷ Entonces, el que maltrataba a su prójimo le rechazó diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernador y juez sobre nosotros?²⁸ ¿Acaso quieres tú matarme como mataste ayer al egipcio?²⁹ Al oír esta palabra, Moisés huyó y vivió exiliado en la tierra de Madián, donde engendró dos hijos.

³⁰ Cuarenta años después, un ángel le apareció en el desierto del monte Sinaí, en la llama de fuego de una zarza.³¹ Cuando Moisés le vio, se asombró de la visión; pero al acercarse para mirar, le vino la voz del Señor:³² “Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.” Pero Moisés, temblando, no se atrevía a mirar.³³ Le dijo el Señor: “Quita las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás es tierra santa.”³⁴ He mirado atentamente la aflicción de mi pueblo en Egipto. He oído el gemido de ellos y he descendido para librarlos. Ahora, pues, ven, y te enviaré a Egipto.”³⁵ A este mismo Moisés, al cual habían rechazado diciendo: ¿Quién te ha puesto por gobernador y juez?, Dios le envió por gobernador y redentor, por mano del ángel que le apareció en la zarza.³⁶ El los sacó, haciendo prodigios y señales en Egipto, en el mar Rojo y en el desierto por cuarenta años.³⁷ Este es el mismo Moisés que dijo a los hijos de Israel: Dios os levantará un profeta como yo de entre vuestros hermanos.³⁸ Este es aquel que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y con nuestros padres, y el que recibió palabras de vida para darnos.³⁹ Nuestros padres no quisieron serle obedientes; más bien, le rechazaron y en sus corazones se volvieron atrás a Egipto,⁴⁰ diciendo a Aarón: Haz para nosotros dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le habrá acontecido.⁴¹ Entonces, en aquellos días hicieron un becerro y ofrecieron sacrificio al ídolo, y se regocijaban en las obras de sus manos.

⁴² Pero Dios se apartó de ellos y los entregó a que rindiesen culto al ejército del cielo, como está escrito en el libro de los Profetas: ¿Acaso me ofrecisteis víctimas y sacrificios en el desierto por cuarenta años, oh casa de Israel?

⁴³ Más bien, llevasteis el tabernáculo de Moloc y la estrella de vuestro dios Renfán, las imágenes que hicisteis para adorarlas. Por tanto, os transportaré más allá de Babilonia. ⁴⁴ En el desierto, nuestros padres tenían el tabernáculo del testimonio, como lo había ordenado Dios, quien ordenaba a Moisés que lo hiciese según el modelo que había visto. ⁴⁵ Habiendo recibido el tabernáculo, nuestros padres, junto con Josué, lo introdujeron en la posesión de las naciones que Dios expulsó de la presencia de nuestros padres, hasta los días de David. ⁴⁶ Este halló gracia delante de Dios y pidió proveer un tabernáculo para el Dios de Jacob. ⁴⁷ Pero Salomón le edificó casa. ⁴⁸ No obstante, el Altísimo no habita en casas hechas por mano, como dice el profeta: ⁴⁹ El cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor. ¿Cuál será el lugar de mi reposo? ⁵⁰ ¿No hizo mi mano todas estas cosas?

⁵¹ ¡Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo. Como vuestros padres, así también vosotros. ⁵² ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que de antemano anunciaron la venida del Justo. Y ahora habéis venido a ser sus traidores y asesinos. ⁵³ ¡Vosotros que habéis recibido la ley por disposición de los ángeles, y no la guardasteis!

⁵⁴ Escuchando estas cosas, se enfurecían en sus corazones y crujían los dientes contra él. ⁵⁵ Pero Esteban, lleno del Espíritu Santo y puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios. ⁵⁶ Y dijo: — ¡He aquí, veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios! ⁵⁷ Entonces gritaron a gran voz, se taparon los oídos y a una se precipitaron sobre él. ⁵⁸ Le echaron fuera de la ciudad y le apedrearon. Los testigos dejaron sus vestidos a los pies de un joven que se llamaba Saulo. ⁵⁹ Y apedreaban a Esteban, mientras él invocaba diciendo: — ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu! ⁶⁰ Y puesto de rodillas clamó a gran voz: — ¡Señor, no les tomes en cuenta este pecado! Y habiendo dicho esto, durmió.

Capítulo 8

¹ Y Saulo consentía en su muerte. En aquel día se desató una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén, y todos fueron esparcidos por las regiones de Judea y de Samaria, con excepción de los apóstoles. ² Unos hombres piadosos sepultaron a Esteban, e hicieron gran lamentación por él.

³ Entonces Saulo assolaba a la iglesia. Entrando de casa en casa, arrastraba tanto a hombres como a mujeres y los entregaba a la cárcel.

⁴ Entonces, los que fueron esparcidos anduvieron anunciando la palabra. ⁵ Y Felipe descendió a la ciudad de Samaria y les predicaba a Cristo. ⁶ Cuando la gente oía y veía las señales que hacía, escuchaba atentamente y de común acuerdo lo que Felipe decía. ⁷ Porque de muchas personas salían espíritus inmundos, dando grandes gritos, y muchos paralíticos y cojos eran sanados; ⁸ de modo que había gran regocijo en aquella ciudad. ⁹ Hacía tiempo había en la ciudad cierto hombre llamado Simón, que practicaba la magia y engañaba a la gente de Samaria, diciendo ser alguien grande. ¹⁰ Todos estaban atentos a él, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: “¡Este sí que es el Poder de Dios, llamado Grande!” ¹¹ Le prestaban atención, porque con sus artes mágicas les había asombrado por mucho tiempo. ¹² Pero cuando creyeron a Felipe mientras anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. ¹³ Aun Simón mismo creyó, y una vez bautizado él acompañaba a Felipe; y viendo las señales y grandes maravillas que se hacían, estaba atónito.

¹⁴ Los apóstoles que estaban en Jerusalén, al oír que Samaria había recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan, ¹⁵ los cuales descendieron y oraron por los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo. ¹⁶ Porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos el Espíritu Santo; solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. ¹⁷ Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo. ¹⁸ Cuando Simón vio que por medio de la imposición de las manos de los apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero, ¹⁹ diciendo: — Dadme también a mí este poder, para que cualquiera a quien yo imponga las manos reciba el Espíritu Santo. ²⁰ Entonces Pedro le dijo: — ¡Tu dinero perezca contigo, porque has pensado obtener por dinero el don de Dios! ²¹ Tú no tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. ²² Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; ²³ porque veo que estás destinado a hiel de amargura y a cadenas de maldad. ²⁴ Entonces respondiendo Simón dijo: — Rogad vosotros por mí ante el Señor, para que ninguna cosa de las que habéis dicho venga sobre mí. ²⁵ Ellos, después de haber testificado y

hablado la palabra de Dios, regresaron a Jerusalén y anunciaban el evangelio en muchos pueblos de los samaritanos.

²⁶ Un ángel del Señor habló a Felipe diciendo: “Levántate y vé hacia el sur por el camino que desciende de Jerusalén a Gaza, el cual es desierto.”²⁷ El se levantó y fue. Y he aquí un eunuco etíope, un alto funcionario de Candace, la reina de Etiopía, quien estaba a cargo de todos sus tesoros y que había venido a Jerusalén para adorar,²⁸ regresaba sentado en su carro leyendo el profeta Isaías.²⁹ El Espíritu dijo a Felipe: “Acércate y júntate a ese carro.”³⁰ Y Felipe corriendo le alcanzó y le oyó que leía el profeta Isaías. Entonces le dijo: — ¿Acaso entiendes lo que lees?³¹ Y él le dijo: — ¿Pues cómo podré yo, a menos que alguien me guíe? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase junto a él.³² La porción de las Escrituras que leía era ésta: Como oveja, al matadero fue llevado, y como cordero mudo delante del que lo trasquila, así no abrió su boca.³³ En su humillación, se le negó justicia; pero su generación, ¿quién la contará? Porque su vida es quitada de la tierra.³⁴ Respondió el eunuco a Felipe y dijo: — Te ruego, ¿de quién dice esto el profeta? ¿Lo dice de sí mismo o de algún otro?³⁵ Entonces Felipe abrió su boca, y comenzando desde esta Escritura, le anunció el evangelio de Jesús.³⁶ Mientras iban por el camino, llegaron a donde había agua, y el eunuco dijo: — He aquí hay agua. ¿Qué impide que yo sea bautizado?³⁷ Felipe dijo: — Si crees con todo tu corazón, es posible. Y respondiendo, dijo: — Creo que Jesús, el Cristo, es el Hijo de Dios.³⁸ Y mandó parar el carro. Felipe y el eunuco descendieron ambos al agua, y él le bautizó.³⁹ Cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe. Y el eunuco no le vio más, pues seguía su camino gozoso.⁴⁰ Pero Felipe se encontró en Azoto, y pasando por allí, anunciaba el evangelio en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesarea.

Capítulo 9

¹ Entonces Saulo, respirando aún amenazas y homicidio contra los discípulos del Señor, se presentó al sumo sacerdote² y le pidió cartas para las sinagogas en Damasco, con el fin de llevar preso a Jerusalén a cualquiera que hallase del Camino, fuera hombre o mujer.³ Mientras iba de viaje, llegando cerca de Damasco, aconteció de repente que le rodeó un resplandor de luz desde el cielo.⁴ El cayó en tierra y oyó una voz que le decía: — Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?⁵ Y él dijo: — ¿Quién eres, Señor? Y él respondió: —

Yo soy Jesús, a quien tú persigues. ⁶ Pero levántate, entra en la ciudad, y se te dirá lo que te es preciso hacer. ⁷ Los hombres que iban con Saulo habían quedado de pie, enmudecidos. A la verdad, oían la voz, pero no veían a nadie. ⁸ Entonces Saulo fue levantado del suelo, y aun con los ojos abiertos no veía nada. Así que, guiándole de la mano, le condujeron a Damasco. ⁹ Por tres días estuvo sin ver, y no comió ni bebió.

¹⁰ Había cierto discípulo en Damasco llamado Ananías, y el Señor le dijo en visión: — Ananías. El respondió: — Heme aquí, Señor. ¹¹ El Señor le dijo: — Levántate, vé a la calle que se llama La Derecha y busca en casa de Judas a uno llamado Saulo de Tarso; porque he aquí él está orando, ¹² y en una visión ha visto a un hombre llamado Ananías que entra y le pone las manos encima para que recobre la vista. ¹³ Entonces Ananías respondió: — Señor, he oído a muchos hablar acerca de este hombre, y de cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén. ¹⁴ Aun aquí tiene autoridad de parte de los principales sacerdotes para tomar presos a todos los que invocan tu nombre. ¹⁵ Y le dijo el Señor: — Vé, porque este hombre me es un instrumento escogido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. ¹⁶ Porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre. ¹⁷ Entonces Ananías fue y entró en la casa; le puso las manos encima y dijo: — Saulo, hermano, el Señor Jesús, que te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recuperes la vista y seas lleno del Espíritu Santo. ¹⁸ De inmediato le cayó de los ojos algo como escamas, y volvió a ver. Se levantó y fue bautizado; ¹⁹ y habiendo comido, recuperó las fuerzas. Saulo estuvo por algunos días con los discípulos que estaban en Damasco. ²⁰ Y en seguida predicaba a Jesús en las sinagogas, diciendo: — Este es el Hijo de Dios. ²¹ Todos los que le oían estaban atónitos y decían: — ¿No es éste el que asolaba en Jerusalén a los que invocaban este nombre? ¿Y no ha venido acá para eso mismo, para llevarles presos ante los principales sacerdotes? ²² Pero Saulo se fortalecía aun más y confundía a los judíos que habitaban en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo.

²³ Pasados muchos días, los judíos consultaron entre sí para matarle; ²⁴ pero sus asechanzas fueron conocidas por Saulo. Y guardaban aun las puertas de la ciudad de día y de noche para matarle. ²⁵ Entonces sus discípulos tomaron a Saulo de noche y le bajaron por el muro en una canasta. ²⁶ Cuando fue a Jerusalén, intentaba juntarse con los discípulos; y todos le tenían miedo, porque

no creían que fuera discípulo.²⁷ Pero Bernabé le recibió y le llevó a los apóstoles. Les contó cómo había visto al Señor en el camino, y que había hablado con él, y cómo en Damasco había predicado con valentía en el nombre de Jesús.²⁸ Así entraba y salía con ellos en Jerusalén,²⁹ predicando con valentía en el nombre del Señor. Hablaba y discutía con los helenistas, pero ellos procuraban matarle.³⁰ Luego, cuando los hermanos lo supieron, le acompañaron hasta Cesarea y le enviaron a Tarso.³¹ Entonces por toda Judea, Galilea y Samaria la iglesia tenía paz. Iba edificándose y vivía en el temor del Señor, y con el consuelo del Espíritu Santo se multiplicaba.

³² Aconteció que mientras Pedro recorría por todas partes, fue también a visitar a los santos que habitaban en Lida.³³ Allí encontró a cierto hombre llamado Eneas, que estaba postrado en cama desde hacía ocho años, pues era paralítico.³⁴ Pedro le dijo: “Eneas, ¡Jesucristo te sana! Levántate y arregla tu cama.” De inmediato se levantó,³⁵ y le vieron todos los que habitaban en Lida y en Sarón, los cuales se convirtieron al Señor.

³⁶ Entonces había en Jope cierta discípula llamada Tabita, que traducido es Dorcas. Ella estaba llena de buenas obras y de actos de misericordia que hacía.³⁷ Aconteció en aquellos días que ella se enfermó y murió. Después de lavarla, la pusieron en una sala del piso superior.³⁸ Como Lida estaba cerca de Jope, los discípulos, al oír que Pedro estaba allí, le enviaron dos hombres para que le rogaran: “No tardes en venir hasta nosotros.”³⁹ Entonces Pedro se levantó y fue con ellos. Cuando llegó, le llevaron a la sala y le rodearon todas las viudas, llorando y mostrándole las túnicas y los vestidos que Dorcas hacía cuando estaba con ellas.⁴⁰ Después de sacar fuera a todos, Pedro se puso de rodillas y oró; y vuelto hacia el cuerpo, dijo: “¡Tabita, levántate!” Ella abrió los ojos, y al ver a Pedro se sentó.⁴¹ El le dio la mano y la levantó. Entonces llamó a los santos y a las viudas, y la presentó viva.⁴² Esto fue conocido en todo Jope, y muchos creyeron en el Señor.⁴³ Pedro se quedó muchos días en Jope, en casa de un tal Simón, curtidor.

Capítulo 10

¹ Había en Cesarea cierto hombre llamado Cornelio, que era centurión de la compañía llamada la Italiana.² Era piadoso y temeroso de Dios, junto con toda su casa. Hacía muchas obras de misericordia para el pueblo y oraba a Dios

constantemente.³ Como a la hora novena del día, él vio claramente en visión a un ángel de Dios que entró hacia él y le dijo: — Cornelio.⁴ Con los ojos puestos en el ángel y espantado, él dijo: — ¿Qué hay, Señor? Y le dijo: — Tus oraciones y tus obras de misericordia han subido como memorial ante la presencia de Dios.⁵ Ahora, pues, envía hombres a Jope y haz venir a cierto Simón, que tiene por sobrenombre Pedro.⁶ Este se hospeda con un tal Simón, curtidor, quien tiene su casa junto al mar.⁷ En cuanto se fue el ángel que hablaba con él, Cornelio llamó a dos de sus criados y a un soldado piadoso de entre sus asistentes,⁸ y después de haberles contado todo esto, los envió a Jope.

⁹ Al día siguiente, mientras ellos iban viajando por el camino y llegaban cerca de la ciudad, Pedro subió a la azotea para orar, como a la sexta hora.¹⁰ Sintió mucha hambre y deseaba comer; pero mientras preparaban la comida, le sobrevino un éxtasis.¹¹ Vio el cielo abierto y un objeto que descendía como un gran lienzo, bajado por sus cuatro extremos a la tierra.¹² En el lienzo había toda clase de cuadrúpedos y reptiles de la tierra y aves del cielo.¹³ Y le vino una voz: — Levántate, Pedro; mata y come.¹⁴ Entonces Pedro dijo: — ¡De ninguna manera, Señor! Porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás.¹⁵ La voz volvió a él por segunda vez: — Lo que Dios ha purificado, no lo tengas tú por común.¹⁶ Esto ocurrió tres veces, y de repente el objeto fue elevado al cielo.¹⁷ Mientras Pedro estaba perplejo dentro de sí acerca de lo que pudiera ser la visión que había visto, he aquí los hombres enviados por Cornelio, habiendo preguntado por la casa de Simón, llegaron a la puerta.¹⁸ Entonces llamaron y preguntaron si un Simón que tenía por sobrenombre Pedro se hospedaba allí.

¹⁹ Como Pedro seguía meditando en la visión, el Espíritu le dijo: “He aquí, tres hombres te buscan.²⁰ Levántate, pues, y baja. No dudes de ir con ellos, porque yo los he enviado.”²¹ Entonces Pedro bajó para recibir a los hombres y dijo: — Heme aquí. Yo soy el que buscáis. ¿Cuál es la causa por la que habéis venido?²² Ellos dijeron: — Cornelio, un centurión, hombre justo y temeroso de Dios, como bien lo testimonia toda la nación de los judíos, ha recibido instrucciones en una revelación por medio de un santo ángel, para hacerte venir a su casa y oír tus palabras.²³ Entonces les hizo entrar y los alojó. Al día siguiente, se levantó y fue con ellos. También le acompañaron algunos de los hermanos de Jope.²⁴ Al día siguiente, entraron en Cesarea. Cornelio los estaba esperando, habiendo invitado a sus parientes y a sus amigos más íntimos.

²⁵ Cuando Pedro iba a entrar, Cornelio salió para recibirle, se prostró a sus pies y le adoró. ²⁶ Pero Pedro le levantó diciendo: — ¡Levántate! Yo mismo también soy hombre. ²⁷ Mientras hablaba con él, entró y halló que muchos se habían reunido. ²⁸ Y les dijo: — Vosotros sabéis cuán indebido le es a un hombre judío juntarse o acercarse a un extranjero, pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo. ²⁹ Por esto, al ser llamado, vine sin poner objeciones. Así que pregunto: ¿Por qué razón mandasteis por mí? ³⁰ Entonces dijo Cornelio: — Hace cuatro días como a esta hora, la hora novena, yo estaba orando en mi casa. Y he aquí, un hombre en vestiduras resplandecientes se puso de pie delante de mí ³¹ y dijo: “Cornelio, tu oración ha sido atendida, y tus obras de misericordia han sido recordadas ante la presencia de Dios. ³² Envía, por tanto, a Jope y haz venir a Simón, que tiene por sobrenombre Pedro. El está alojado en casa de Simón el curtidor, junto al mar.” ³³ Así que, inmediatamente envié a ti; y tú has hecho bien en venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos aquí en la presencia de Dios, para oír todo lo que el Señor te ha mandado.

³⁴ Entonces Pedro, abriendo su boca, dijo: — De veras, me doy cuenta de que Dios no hace distinción de personas, ³⁵ sino que en toda nación le es acepto el que le teme y obra justicia. ³⁶ Dios ha enviado un mensaje a los hijos de Israel, anunciando las buenas nuevas de la paz por medio de Jesucristo. El es el Señor de todos. ³⁷ Vosotros sabéis el mensaje que ha sido divulgado por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan. ³⁸ Me refiero a Jesús de Nazaret, y a cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder. El anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. ³⁹ Y nosotros somos testigos de todas las cosas que él hizo, tanto en la región de Judea como en Jerusalén. A él le mataron colgándole sobre un madero, ⁴⁰ pero Dios le levantó al tercer día e hizo que apareciera, ⁴¹ no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios había escogido de antemano, a nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de entre los muertos. ⁴² El nos ha mandado a predicar al pueblo y a testificar que él es el que Dios ha puesto como Juez de los vivos y de los muertos. ⁴³ Todos los profetas dan testimonio de él, y de que todo aquel que cree en él recibirá perdón de pecados por su nombre.

⁴⁴ Mientras Pedro todavía hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían la palabra. ⁴⁵ Y los creyentes de la circuncisión que habían venido con Pedro quedaron asombrados, porque el don del Espíritu

Santo fue derramado también sobre los gentiles;⁴⁶ pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios.⁴⁷ Entonces Pedro respondió: — ¿Acaso puede alguno negar el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo, igual que nosotros?⁴⁸ Y les mandó que fueran bautizados en el nombre de Jesucristo. Entonces le rogaron que se quedara por algunos días.

Capítulo 11

¹ Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea oyeron que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios.² Y cuando Pedro subió a Jerusalén, contendían contra él los que eran de la circuncisión,³ diciendo: — ¡Entraste en casa de hombres incircuncisos y comiste con ellos!⁴ Entonces Pedro comenzó a contarles en orden, diciendo:⁵ — Yo estaba orando en la ciudad de Jope, y vi en éxtasis una visión: un objeto que descendía como un gran lienzo, bajado del cielo por sus cuatro extremos, y llegó a donde yo estaba.⁶ Cuando fijé la vista en él, observé y vi cuadrúpedos de la tierra, fieras y reptiles, y aves del cielo.⁷ Luego oí también una voz que me decía: “Levántate, Pedro; mata y come.”⁸ Pero yo dije: “¿De ninguna manera, Señor! Porque jamás ha entrado en mi boca ninguna cosa común o inmunda.”⁹ Entonces respondió la voz del cielo por segunda vez: “Lo que Dios ha purificado no lo tengas tú por común.”¹⁰ Esto ocurrió tres veces, y todo volvió a ser retirado al cielo.¹¹ Y he aquí llegaron en seguida tres hombres a la casa donde estábamos, enviados a mí desde Cesarea;¹² y el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin dudar. Fueron también conmigo estos seis hermanos, y entramos en casa del hombre.¹³ El nos contó cómo había visto en su casa un ángel que se puso de pie y le dijo: “Envía a Jope y haz venir a Simón, que tiene por sobrenombre Pedro.”¹⁴ El te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa.”¹⁵ Cuando comencé a hablar, el Espíritu Santo cayó sobre ellos también, como sobre nosotros al principio.¹⁶ Entonces me acordé del dicho del Señor, cuando decía: “Juan ciertamente bautizó en agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo.”¹⁷ Así que, si Dios les dio el mismo don también a ellos, como a nosotros que hemos creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para poder resistir a Dios?¹⁸ Al oír estas cosas, se calmaron y glorificaron a Dios diciendo: — ¡Así que también a los gentiles Dios ha dado arrepentimiento para vida!

¹⁹ Entre tanto, los que habían sido esparcidos a causa de la tribulación que sobrevino en tiempos de Esteban fueron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin comunicar la palabra a nadie, excepto sólo a los judíos. ²⁰ Pero entre ellos había unos hombres de Chipre y de Cirene, quienes entraron en Antioquía y hablaron a los griegos anunciándoles las buenas nuevas de que Jesús es el Señor. ²¹ La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número que creyó se convirtió al Señor. ²² Llegaron noticias de estas cosas a oídos de la iglesia que estaba en Jerusalén, y enviaron a Bernabé para que fuese hasta Antioquía. ²³ Cuando él llegó y vio la gracia de Dios, se regocijó y exhortó a todos a que con corazón firme permaneciesen en el Señor; ²⁴ porque Bernabé era hombre bueno y estaba lleno del Espíritu Santo y de fe. Y mucha gente fue agregada al Señor. ²⁵ Después partió Bernabé a Tarso para buscar a Saulo, y cuando le encontró, le llevó a Antioquía. ²⁶ Y sucedió que se reunieron todo un año con la iglesia y enseñaron a mucha gente. Y los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez en Antioquía.

²⁷ En aquellos días descendieron unos profetas de Jerusalén a Antioquía. ²⁸ Y se levantó uno de ellos, que se llamaba Agabo, y dio a entender por el Espíritu que iba a ocurrir una gran hambre en toda la tierra habitada. (Esto sucedió en tiempos de Claudio.) ²⁹ Entonces los discípulos, cada uno conforme a lo que tenía, determinaron enviar una ofrenda para ministrar a los hermanos que habitaban en Judea. ³⁰ Y lo hicieron, enviándolo a los ancianos por mano de Bernabé y de Saulo.

Capítulo 12

¹ Entonces, por aquel tiempo, el rey Herodes echó mano de algunos de la iglesia para maltratarlos. ² Y a Jacobo, el hermano de Juan, lo hizo matar a espada. ³ Al ver que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro. Eran entonces los días de los panes sin levadura. ⁴ Cuando le tomó preso, le puso en la cárcel, entregándole a la custodia de cuatro escuadras de cuatro soldados cada una, con la intención de sacarle al pueblo después de la Pascua.

⁵ Así que Pedro estaba bajo guardia en la cárcel, pero la iglesia sin cesar hacía oración a Dios por él. ⁶ Cuando Herodes iba a sacarlo, aquella misma noche Pedro estaba durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas, y los guardias delante de la puerta vigilaban la cárcel. ⁷ Y he aquí se presentó

un ángel del Señor, y una luz resplandeció en la celda. Despertó a Pedro dándole un golpe en el costado y le dijo: — ¡Levántate pronto! Y las cadenas se le cayeron de las manos.⁸ Entonces le dijo el ángel: — Cíñete y ata tus sandalias. Y así lo hizo. Luego le dijo: — Envuélvete en tu manto y sígueme.⁹ Y habiendo salido, le seguía y no comprendía que lo que hacía el ángel era realidad. Más bien, le parecía que veía una visión.¹⁰ Cuando habían pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad, la cual se les abrió por sí misma. Cuando habían salido, avanzaron por una calle, y de repente el ángel se apartó de él.¹¹ Entonces Pedro, al volver en sí, dijo: “Ahora entiendo realmente que el Señor ha enviado su ángel y me ha librado de la mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío.”¹² Cuando se dio cuenta de esto, fue a la casa de María, la madre de Juan que tenía por sobrenombre Marcos, donde muchos estaban congregados y orando.¹³ Cuando Pedro tocó a la puerta de la entrada, una muchacha llamada Rode salió para responder.¹⁴ Cuando ella reconoció la voz de Pedro, de puro gozo no abrió la puerta, sino que corrió adentro y anunció que Pedro estaba ante la puerta.¹⁵ Ellos le dijeron: — ¡Estás loca! Pero ella insistía en que así era. Entonces ellos decían: — ¡Es su ángel!¹⁶ Mientras tanto, Pedro persistía en tocar; y cuando abrieron, le vieron y se asombraron.¹⁷ Con la mano Pedro les hizo señal de guardar silencio y les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel. Luego dijo: — Haced saber esto a Jacobo y a los hermanos. Y saliendo se fue a otro lugar.¹⁸ Cuando se hizo de día, hubo un alboroto no pequeño entre los soldados sobre qué habría pasado con Pedro.¹⁹ Pero Herodes, como le buscó y no le halló, después de interrogar a los guardias, les mandó ejecutar. Después descendió de Judea a Cesarea y se quedó allí.

²⁰ Herodes estaba furioso con los de Tiro y de Sidón. Pero ellos se presentaron a él de común acuerdo; y habiendo persuadido a Blasto, el camarero mayor del rey, pedían la paz, porque su región era abastecida por la del rey.²¹ En un día señalado, Herodes, vestido de sus vestiduras reales, se sentó en el tribunal y les arengaba.²² Y el pueblo aclamaba diciendo: “¡Voz de un dios, y no de un hombre!”²³ De repente le hirió un ángel del Señor, por cuanto no dio la gloria a Dios. Y murió comido de gusanos.²⁴ Pero la palabra de Dios crecía y se multiplicaba.²⁵ Bernabé y Saulo volvieron de Jerusalén, una vez cumplido su encargo, tomando también consigo a Juan que tenía por sobrenombre Marcos.

Capítulo 13

¹ Había entonces en la iglesia que estaba en Antioquía, unos profetas y maestros: Bernabé, Simón llamado Níger, Lucio de Cirene, Manaén, que había sido criado con el tetrarca Herodes, y Saulo. ² Mientras ellos ministraban al Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a la que los he llamado.” ³ Entonces, habiendo ayunado y orado, les impusieron las manos y los despidieron.

⁴ Por lo tanto, siendo enviados por el Espíritu Santo, ellos descendieron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre. ⁵ Después de llegar a Salamina, anunciaban la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos. También tenían a Juan como ayudante. ⁶ Habiendo atravesado toda la isla hasta Pafos, hallaron a un mago, falso profeta judío, llamado Barjesús. ⁷ Él estaba con el procónsul Sergio Paulo, un hombre prudente. Este, mandando llamar a Bernabé y a Saulo, deseaba oír la palabra de Dios. ⁸ Pero el mago Elimas (pues así se traduce su nombre) les resistía, intentando apartar al procónsul de la fe. ⁹ Entonces Saulo, que también es Pablo, lleno del Espíritu Santo, fijó los ojos en él ¹⁰ y dijo: — ¡Oh tú, lleno de todo engaño y de toda malicia, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No cesarás de pervertir los caminos rectos del Señor? ¹¹ Y ahora, ¡he aquí la mano del Señor está contra ti! Quedarás ciego por un tiempo sin ver el sol. De repente cayeron sobre él niebla y tinieblas, y andando a tientas, buscaba quien le condujese de la mano. ¹² Entonces, al ver lo que había sucedido, el procónsul creyó, maravillado de la doctrina del Señor. ¹³ Habiendo zarpado de Pafos, Pablo y sus compañeros arribaron a Perge de Panfilia; pero Juan se separó de ellos y se volvió a Jerusalén.

¹⁴ Pasando de Perge, ellos llegaron a Antioquía de Pisidia. Y en el día sábado, habiendo entrado en la sinagoga, se sentaron. ¹⁵ Después de la lectura de la Ley y de los Profetas, los principales de la sinagoga mandaron a decirles: — Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, hablad. ¹⁶ Entonces Pablo se levantó, y haciendo una señal con la mano, dijo: — Hombres de Israel y los que teméis a Dios, oíd. ¹⁷ El Dios de este pueblo de Israel escogió a nuestros padres. Enaltecíó al pueblo, siendo ellos extranjeros en la tierra de Egipto, y con brazo levantado los sacó de allí. ¹⁸ Por un tiempo como de cuarenta años los soportó en el desierto. ¹⁹ Luego destruyó siete naciones en la tierra de Canaán, y les hizo heredar la tierra de ellas; ²⁰ como

unos 450 años. Después de eso, les dio jueces hasta el profeta Samuel. ²¹ Y a partir de entonces pidieron rey, y Dios les dio por cuarenta años a Saúl hijo de Quis, hombre de la tribu de Benjamín. ²² Después de quitarlo, les levantó por rey a David, de quien dio testimonio diciendo: “He hallado a David hijo de Isaí, hombre conforme a mi corazón, quien hará toda mi voluntad.” ²³ De la descendencia de David, conforme a la promesa, Dios trajo para Israel un Salvador, Jesús. ²⁴ Antes de presenciar su venida, Juan predicó el bautismo de arrepentimiento a todo el pueblo de Israel. ²⁵ Entonces, cuando Juan terminaba su carrera, decía: “¿Quién pensáis que yo soy? Yo no lo soy. Más bien, he aquí viene tras mí uno de quien yo no soy digno de desatar el calzado de sus pies.” ²⁶ Hermanos, hijos del linaje de Abraham, y los que entre vosotros temen a Dios: A nosotros nos ha sido enviado el mensaje de esta salvación. ²⁷ Porque los habitantes de Jerusalén y sus gobernantes, por no reconocer a Jesús ni hacer caso a las palabras de los profetas que se leen todos los sábados, las cumplieron al condenarlo. ²⁸ Sin hallar en él ninguna causa digna de muerte, pidieron a Pilato que le matase. ²⁹ Y como habían cumplido todas las cosas escritas acerca de él, lo bajaron del madero y lo pusieron en el sepulcro. ³⁰ Pero Dios le levantó de entre los muertos. ³¹ Y él apareció por muchos días a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, los cuales ahora son sus testigos ante el pueblo. ³² Nosotros también os anunciamos las buenas nuevas de que la promesa que fue hecha a los padres, ³³ ésta la ha cumplido Dios para nosotros sus hijos, cuando resucitó a Jesús; como también está escrito en el Salmo segundo: Mi hijo eres tú; yo te he engendrado hoy. ³⁴ Y acerca de que le levantó de los muertos para no volver más a la corrupción, ha dicho así: Os daré las santas y fieles bendiciones prometidas a David. ³⁵ Por eso dice también en otro lugar: No permitirás que tu Santo vea corrupción. ³⁶ Porque, después de haber servido en su propia generación a la voluntad de Dios, David murió, fue reunido con sus padres y vio corrupción. ³⁷ En cambio, aquel a quien Dios levantó no vio corrupción. ³⁸ Por lo tanto, hermanos, sea conocido de vosotros que por medio de él se os anuncia el perdón de pecados. ³⁹ Y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en él es justificado todo aquel que cree. ⁴⁰ Mirad, pues, que no sobrevenga lo que está dicho en los Profetas: ⁴¹ Mirad, burladores, asombraos y pereced. Porque yo hago una gran obra en vuestros días: una obra que jamás la creeréis, aunque alguien os la cuente.

⁴² Cuando ellos salían, les rogaron que el sábado siguiente les hablasen de estos temas. ⁴³ Entonces una vez despedida la congregación, muchos de los

judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes les hablaban y les persuadían a perseverar fieles en la gracia de Dios.⁴⁴ El sábado siguiente se reunió casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios.⁴⁵ Y cuando los judíos vieron las multitudes, se llenaron de celos, y blasfemando contradecían lo que Pablo decía.⁴⁶ Entonces Pablo y Bernabé, hablando con valentía, dijeron: — Era necesario que se os hablase a vosotros primero la palabra de Dios; pero ya que la habéis desechado y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles.⁴⁷ Porque así nos ha mandado el Señor: Te he puesto por luz a los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra.⁴⁸ Al oír esto, los gentiles se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron cuantos estaban designados para la vida eterna.⁴⁹ Y la palabra del Señor se difundía por toda la región.⁵⁰ Pero los judíos instigaron a unas mujeres piadosas y distinguidas y a los principales de la ciudad, y provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé, y los echaron de sus territorios.⁵¹ Entonces sacudieron el polvo de sus pies contra ellos, y se fueron a Iconio.⁵² Y los discípulos estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo.

Capítulo 14

¹ Aconteció en Iconio que entraron juntos en la sinagoga de los judíos y hablaron de tal manera que creyó un gran número, tanto de judíos como de griegos.² Pero los judíos que no creyeron incitaron y malearon el ánimo de los gentiles en contra de los hermanos.³ Con todo eso, ellos continuaron mucho tiempo hablando con valentía, confiados en el Señor, quien daba testimonio a la palabra de su gracia concediendo que se hiciesen señales y prodigios por medio de las manos de ellos.⁴ La gente de la ciudad estaba dividida: Unos estaban con los judíos, otros con los apóstoles.⁵ Como surgió un intento de parte de los gentiles y los judíos, junto con sus gobernantes, para afrentarlos y apedrearlos,⁶ se enteraron y huyeron a Listra y a Derbe, ciudades de Licaonia, y por toda la región de alrededor.⁷ Y allí anunciaban el evangelio.

⁸ En Listra se hallaba sentado cierto hombre imposibilitado de los pies, cojo desde el vientre de su madre, que jamás había caminado.⁹ Este oyó hablar a Pablo, quien fijó la vista en él y vio que tenía fe para ser sanado.¹⁰ Y dijo a gran voz: — ¡Levántate derecho sobre tus pies! Y él saltó y caminaba.

¹¹ Entonces, cuando la gente vio lo que Pablo había hecho, alzó su voz diciendo en lengua licaónica: — ¡Los dioses han descendido a nosotros en forma de hombres! ¹² A Bernabé le llamaban Zeus y a Pablo, Hermes, porque era el que llevaba la palabra. ¹³ Entonces el sacerdote del templo de Zeus, que quedaba a la entrada de la ciudad, llevó toros y guirnaldas delante de las puertas de la ciudad, y juntamente con el pueblo quería ofrecerles sacrificios. ¹⁴ Cuando los apóstoles Bernabé y Pablo oyeron esto, rasgaron sus ropas y se lanzaron a la multitud dando voces ¹⁵ y diciendo: — Hombres, ¿por qué hacéis estas cosas? Nosotros también somos hombres de la misma naturaleza que vosotros, y os anunciamos las buenas nuevas para que os convirtáis de estas vanidades al Dios vivo que hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. ¹⁶ En las generaciones pasadas Dios permitió que todas las naciones anduvieran en sus propios caminos; ¹⁷ aunque jamás dejó de dar testimonio de sí mismo haciendo el bien, dándoos lluvias del cielo y estaciones fructíferas, llenando vuestros corazones de sustento y de alegría. ¹⁸ Aun diciendo estas cosas, apenas lograron impedir que el pueblo les ofreciese sacrificios.

¹⁹ Entonces de Antioquía y de Iconio vinieron unos judíos, y habiendo persuadido a la multitud, apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, suponiendo que estaba muerto. ²⁰ Pero los discípulos le rodearon, y él se levantó y entró en la ciudad. Al día siguiente partió con Bernabé para Derbe. ²¹ Después de anunciar el evangelio y de hacer muchos discípulos en aquella ciudad, volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, ²² fortaleciendo el ánimo de los discípulos y exhortándoles a perseverar fieles en la fe. Les decían: “Es preciso que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.” ²³ Y después de haber constituido ancianos para ellos en cada iglesia y de haber orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído. ²⁴ Luego de atravesar Pisidia, llegaron a Panfilia; ²⁵ y después de predicar la palabra en Perge, descendieron a Atalía. ²⁶ De allí navegaron a Antioquía, donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra que habían acabado. ²⁷ Después de llegar y reunir la iglesia, se pusieron a contarles cuántas cosas había hecho Dios con ellos, y cómo él había abierto a los gentiles la puerta de la fe. ²⁸ Y se quedaron allí por mucho tiempo con los discípulos.

Capítulo 15

¹ Entonces algunos que vinieron de Judea enseñaban a los hermanos: “Si no os circuncidáis de acuerdo con el rito de Moisés, no podéis ser salvos.”² Puesto que surgió una contienda y discusión no pequeña por parte de Pablo y Bernabé contra ellos, los hermanos determinaron que Pablo, Bernabé y algunos otros de ellos subieran a Jerusalén a los apóstoles y ancianos para tratar esta cuestión.

³ Entonces los que habían sido enviados por la iglesia pasaban por Fenicia y Samaria, contando de la conversión de los gentiles; y daban gran gozo a todos los hermanos. ⁴ Una vez llegados a Jerusalén, fueron recibidos por la iglesia y por los apóstoles, y les refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos.

⁵ Pero algunos de la secta de los fariseos que habían creído se levantaron diciendo: — Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la ley de Moisés.

⁶ Entonces se reunieron los apóstoles y los ancianos para considerar este asunto. ⁷ Como se produjo una grande contienda, se levantó Pedro y les dijo: — Hermanos, vosotros sabéis como, desde los primeros días, Dios escogió entre vosotros que los gentiles oyesen por mi boca la palabra del evangelio y creyesen. ⁸ Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio a favor de ellos al darles el Espíritu Santo igual que a nosotros, ⁹ y no hizo ninguna diferencia entre nosotros y ellos, ya que purificó por la fe sus corazones. ¹⁰ Ahora pues, ¿por qué ponéis a prueba a Dios, colocando sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar? ¹¹ Más bien, nosotros creemos que somos salvos por la gracia del Señor Jesús, del mismo modo que ellos. ¹² Entonces toda la asamblea guardó silencio. Y escuchaban a Bernabé y a Pablo, mientras contaban cuántas señales y maravillas Dios había hecho por medio de ellos entre los gentiles. ¹³ Cuando terminaron de hablar, Jacobo respondió diciendo: — Hermanos, oídme: ¹⁴ Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles para tomar de entre ellos un pueblo para su nombre. ¹⁵ Con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: ¹⁶ “Después de esto volveré y reconstruiré el tabernáculo de David, que está caído. Reconstruiré sus ruinas y lo volveré a levantar, ¹⁷ para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre,” ¹⁸ dice el Señor que hace estas cosas, que son conocidas desde la eternidad. ¹⁹ Por lo cual yo juzgo que no hay que inquietar a los gentiles que se convierten a Dios, ²⁰ sino que se les escriba que se aparten de las

contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de lo estrangulado y de sangre.

²¹ Porque desde tiempos antiguos Moisés tiene en cada ciudad quienes le prediquen en las sinagogas, donde es leído cada sábado.

²² Entonces pareció bien a los apóstoles y a los ancianos con toda la iglesia que enviaran a unos hombres elegidos de entre ellos, a Antioquía con Pablo y Bernabé: a Judas que tenía por sobrenombre Barsabás, y a Silas, quienes eran hombres prominentes entre los hermanos. ²³ Por medio de ellos escribieron: Los apóstoles, los ancianos y los hermanos, a los hermanos gentiles que están en Antioquía, Siria y Cilicia. Saludos. ²⁴ Por cuanto hemos oído que algunos que han salido de nosotros, a los cuales no dimos instrucciones, os han molestado con palabras, trastornando vuestras almas, ²⁵ de común acuerdo nos ha parecido bien elegir unos hombres y enviarlos a vosotros con nuestros amados Bernabé y Pablo, ²⁶ hombres que han arriesgado sus vidas por el nombre de nuestro Señor Jesucristo. ²⁷ Así que hemos enviado a Judas y a Silas, los cuales también os confirmarán de palabra el mismo informe. ²⁸ Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna carga más que estas cosas necesarias: ²⁹ que os abstengáis de cosas sacrificadas a los ídolos, de sangre, de lo estrangulado y de fornicación. Si os guardáis de tales cosas, haréis bien. Que os vaya bien. ³⁰ Entonces, una vez despedidos, ellos descendieron a Antioquía; y cuando habían reunido a la asamblea, entregaron la carta. ³¹ Al leerla, se regocijaron a causa de esta palabra alentadora. ³² Judas y Silas, como también eran profetas, exhortaron a los hermanos con abundancia de palabras y los fortalecieron. ³³ Después de pasar allí algún tiempo, fueron despedidos en paz por los hermanos para volver a los que los habían enviado. ³⁴ Pero a Silas le pareció bien quedarse allí. ³⁵ Pero Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía, enseñando la palabra del Señor y anunciando el evangelio con muchos otros.

³⁶ Después de algunos días, Pablo dijo a Bernabé: “Volvamos ya a visitar a los hermanos en todas las ciudades en las cuales hemos anunciado la palabra del Señor, para ver cómo están.” ³⁷ Bernabé quería llevar consigo a Juan, llamado Marcos; ³⁸ pero a Pablo le parecía bien no llevar consigo a quien se había apartado de ellos desde Panfilia y que no había ido con ellos a la obra. ³⁹ Surgió tal desacuerdo entre ellos que se separaron el uno del otro. Bernabé tomó a Marcos y navegó a Chipre; ⁴⁰ y Pablo escogió a Silas y salió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor. ⁴¹ Luego recorría Siria y Cilicia, fortaleciendo a las iglesias.

Capítulo 16

¹ Llegó a Derbe y Listra, y he aquí había allí cierto discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente, pero de padre griego. ² El era de buen testimonio entre los hermanos en Listra y en Iconio. ³ Pablo quiso que éste fuera con él, y tomándole lo circuncidó por causa de los judíos que estaban en aquellos lugares, porque todos sabían que su padre era griego. ⁴ Cuando pasaban por las ciudades, les entregaban las decisiones tomadas por los apóstoles y los ancianos que estaban en Jerusalén, para que las observaran. ⁵ Así las iglesias eran fortalecidas en la fe, y su número aumentaba cada día.

⁶ Atravesaron la región de Frigia y de Galacia, porque les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia. ⁷ Cuando llegaron a la frontera de Misia, procuraban entrar en Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió. ⁸ Entonces, después de pasar junto a Misia, descendieron a Troas. ⁹ Y por la noche se le mostró a Pablo una visión en la que un hombre de Macedonia estaba de pie rogándole y diciendo: “¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!” ¹⁰ En cuanto vio la visión, de inmediato procuramos salir para Macedonia, teniendo por seguro que Dios nos había llamado para anunciarles el evangelio.

¹¹ Zarpamos, pues, de Troas y fuimos con rumbo directo a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis; ¹² y de allí a Filipos, que es una ciudad principal de la provincia de Macedonia, y una colonia. Pasamos algunos días en aquella ciudad. ¹³ Y el día sábado salimos fuera de la puerta de la ciudad, junto al río, donde pensábamos que habría un lugar de oración. Nos sentamos allí y hablábamos a las mujeres que se habían reunido. ¹⁴ Entonces escuchaba cierta mujer llamada Lidia, cuyo corazón abrió el Señor para que estuviese atenta a lo que Pablo decía. Era vendedora de púrpura de la ciudad de Tiatira, y temerosa de Dios. ¹⁵ Como ella y su familia fueron bautizadas, nos rogó diciendo: “Ya que habéis juzgado que soy fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos.” Y nos obligó a hacerlo.

¹⁶ Aconteció que, mientras íbamos al lugar de oración, nos salió al encuentro una joven esclava que tenía espíritu de adivinación, la cual producía gran ganancia a sus amos, adivinando. ¹⁷ Esta, siguiendo a Pablo y a nosotros, gritaba diciendo: — ¡Estos hombres son siervos del Dios Altísimo, quienes os anuncian el camino de salvación! ¹⁸ Hacía esto por muchos días. Y Pablo, ya fastidiado,

se dio vuelta y dijo al espíritu: — ¡Te mando en el nombre de Jesucristo que salgás de ella! Y salió en el mismo momento.¹⁹ Pero cuando sus amos vieron que se les había esfumado su esperanza de ganancia, prendieron a Pablo y a Silas y los arrastraron a la plaza, ante las autoridades.²⁰ Al presentarlos ante los magistrados, dijeron: — ¡Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad!²¹ ¡Predican costumbres que no nos es lícito recibir ni practicar, pues somos romanos!²² Entonces el pueblo se levantó a una contra ellos. Y los magistrados les despojaron de sus ropas con violencia y mandaron azotarles con varas.²³ Después de golpearles con muchos azotes, los echaron en la cárcel y ordenaron al carcelero que los guardara con mucha seguridad.²⁴ Cuando éste recibió semejante orden, los metió en el calabozo de más adentro y sujetó sus pies en el cepo.

²⁵ Como a la medianoche, Pablo y Silas estaban orando y cantando himnos a Dios, y los presos les escuchaban.²⁶ Entonces, de repente sobrevino un fuerte terremoto, de manera que los cimientos de la cárcel fueron sacudidos. Al instante, todas las puertas se abrieron, y las cadenas de todos se soltaron.

²⁷ Cuando el carcelero despertó y vio abiertas las puertas de la cárcel, sacó su espada y estaba a punto de matarse, porque pensaba que los presos se habían escapado.²⁸ Pero Pablo gritó a gran voz, diciendo: — ¡No te hagas ningún mal, pues todos estamos aquí!²⁹ Entonces él pidió luz y se lanzó adentro, y se postró temblando ante Pablo y Silas.³⁰ Sacándolos afuera, les dijo: — Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?³¹ Ellos dijeron: — Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa.³² Y le hablaron la palabra del Señor a él, y a todos los que estaban en su casa.³³ En aquella hora de la noche, los tomó consigo y les lavó las heridas de los azotes. Y él fue bautizado en seguida, con todos los suyos.

³⁴ Les hizo entrar en su casa, les puso la mesa y se regocijó de que con toda su casa había creído en Dios.

³⁵ Cuando se hizo de día, los magistrados enviaron a los oficiales a decirle: — Suelta a esos hombres.³⁶ El carcelero comunicó a Pablo estas palabras: — Los magistrados han enviado orden de que seáis puestos en libertad; ahora, pues, salid e id en paz.³⁷ Pero Pablo les dijo: — Después de azotarnos públicamente sin ser condenados, siendo nosotros ciudadanos romanos, nos echaron en la cárcel; y ahora, ¿nos echan fuera a escondidas? ¡Pues no! ¡Que vengan ellos mismos a sacarnos!³⁸ Los oficiales informaron de estas palabras a los magistrados, quienes tuvieron miedo al oír que eran romanos.³⁹ Y fueron a

ellos y les pidieron disculpas. Después de sacarlos, les rogaron que se fueran de la ciudad.⁴⁰ Entonces, después de salir de la cárcel, entraron en casa de Lidia; y habiendo visto a los hermanos, les exhortaron y luego partieron.

Capítulo 17

¹ Atravesaron por Anfípolis y Apolonia y llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos.² Y de acuerdo con su costumbre, Pablo entró a reunirse con ellos, y por tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras,³ explicando y demostrando que era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de entre los muertos. El decía: “Este Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo.”⁴ Y algunos de ellos se convencieron y se juntaron con Pablo y Silas: un gran número de los griegos piadosos y no pocas de las mujeres principales.⁵ Entonces los judíos se pusieron celosos y tomaron de la calle a algunos hombres perversos, y formando una turba alborotaron la ciudad. Asaltando la casa de Jasón, procuraban sacarlos al pueblo.⁶ Como no los encontraron, arrastraron a Jasón y a algunos hermanos ante los gobernadores de la ciudad, gritando: “¡Estos que trastornan al mundo entero también han venido acá!”⁷ Y Jasón les ha recibido. Todos éstos actúan en contra de los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús.”⁸ El pueblo y los gobernadores se perturbaron al oír estas cosas;⁹ pero después de obtener fianza de Jasón y de los demás, los soltaron.

¹⁰ Entonces, sin demora, los hermanos enviaron a Pablo y Silas de noche a Berea; y al llegar ellos allí, entraron a la sinagoga de los judíos.¹¹ Estos eran más nobles que los de Tesalónica, pues recibieron la palabra ávidamente, escudriñando cada día las Escrituras para verificar si estas cosas eran así.¹² En consecuencia, creyeron muchos de ellos; y también de las mujeres griegas distinguidas y de los hombres, no pocos.¹³ Pero cuando supieron los judíos de Tesalónica que la palabra de Dios era anunciada por Pablo también en Berea, fueron allá para incitar y perturbar a las multitudes.¹⁴ Entonces los hermanos hicieron salir inmediatamente a Pablo para que se fuese hasta el mar, mientras Silas y Timoteo se quedaron allí.¹⁵ Los que conducían a Pablo le llevaron hasta Atenas; y después de recibir órdenes para Silas y Timoteo de que fuesen a reunirse con él lo más pronto posible, partieron de regreso.

¹⁶ Mientras Pablo los esperaba en Atenas, su espíritu se enardecía dentro de él al ver que la ciudad estaba entregada a la idolatría. ¹⁷ Por lo tanto, discutía en la sinagoga con los judíos y los piadosos, y todos los días en la plaza mayor, con los que concurrían allí. ¹⁸ Y algunos de los filósofos epicúreos y estoicos disputaban con él. Unos decían: — ¿Qué querrá decir este palabrero? Otros decían: — Parece ser predicador de divinidades extranjeras. Pues les anunciaba las buenas nuevas de Jesús y la resurrección. ¹⁹ Ellos le tomaron y le llevaron al Areópago diciendo: — ¿Podemos saber qué es esta nueva doctrina de la cual hablas? ²⁰ Pues traes a nuestros oídos algunas cosas extrañas; por tanto, queremos saber qué significa esto. ²¹ Todos los atenienses y los forasteros que vivían allí no pasaban el tiempo en otra cosa que en decir o en oír la última novedad.

²² Entonces Pablo se puso de pie en medio del Areópago y dijo: — Hombres de Atenas: Observo que sois de lo más religiosos en todas las cosas. ²³ Pues, mientras pasaba y miraba vuestros monumentos sagrados, hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. A aquel, pues, que vosotros honráis sin conocerle, a éste yo os anuncio. ²⁴ Este es el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él. Y como es Señor del cielo y de la tierra, él no habita en templos hechos de manos, ²⁵ ni es servido por manos humanas como si necesitase algo, porque él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. ²⁶ De uno solo ha hecho toda raza de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra. El ha determinado de antemano el orden de los tiempos y los límites de su habitación, ²⁷ para que busquen a Dios, si de alguna manera, aun a tientas, palpasen y le hallasen. Aunque, a la verdad, él no está lejos de ninguno de nosotros; ²⁸ porque “en él vivimos, nos movemos y somos”. Como también han dicho algunos de vuestros poetas: “Porque también somos linaje de él.” ²⁹ Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante a oro, o plata, o piedra, escultura de arte e imaginación de hombres. ³⁰ Por eso, aunque antes Dios pasó por alto los tiempos de la ignorancia, en este tiempo manda a todos los hombres, en todos los lugares, que se arrepientan; ³¹ por cuanto ha establecido un día en el que ha de juzgar al mundo con justicia por medio del Hombre a quien ha designado, dando fe de ello a todos, al resucitarle de entre los muertos.

³² Cuando le oyeron mencionar la resurrección de los muertos, unos se burlaban, pero otros decían: — Te oiremos acerca de esto en otra ocasión. ³³ Así fue que Pablo salió de en medio de ellos, ³⁴ pero algunos hombres

se juntaron con él y creyeron. Entre ellos estaba Dionisio, quien era miembro del Areópago, y una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos.

Capítulo 18

¹ Después de esto, Pablo partió de Atenas y fue a Corinto. ² Y habiendo hallado a un judío llamado Aquilas, natural de Ponto, recién llegado de Italia con Priscila su mujer (porque Claudio había mandado que todos los judíos fueran expulsados de Roma), Pablo acudió a ellos. ³ Como eran del mismo oficio, permaneció con ellos y trabajaba, pues su oficio era hacer tiendas. ⁴ Y discutía en la sinagoga todos los sábados y persuadía a judíos y a griegos. ⁵ Cuando Silas y Timoteo llegaron de Macedonia, Pablo se dedicaba exclusivamente a la exposición de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo. ⁶ Pero como ellos le contradecían y blasfemaban, sacudió sus vestidos y les dijo: “¡Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza! ¡Yo soy limpio! De aquí en adelante iré a los gentiles.”

⁷ Se trasladó de allí y entró en la casa de un hombre llamado Tito Justo, quien era temeroso de Dios, y cuya casa estaba junto a la sinagoga. ⁸ Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa. Y muchos de los corintios que oían, creían y eran bautizados. ⁹ Entonces el Señor dijo a Pablo de noche, por medio de una visión: “No temas, sino habla y no calles; ¹⁰ porque yo estoy contigo, y nadie pondrá la mano sobre ti para hacerte mal; porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad.” ¹¹ Pablo se quedó allí por un año y seis meses, enseñándoles la palabra de Dios.

¹² Siendo Galión procónsul de Acaya, los judíos de común acuerdo se levantaron contra Pablo y le llevaron al tribunal, ¹³ diciendo: — ¡Este persuade a los hombres a honrar a Dios contra la ley! ¹⁴ Cuando Pablo iba a abrir su boca, Galión dijo a los judíos: — Si se tratara de algún agravio o de un crimen enorme, oh judíos, conforme al derecho yo os toleraría. ¹⁵ Pero ya que se trata de cuestiones de palabras, de nombres y de vuestra ley, vedlo vosotros mismos. Yo no quiero ser juez de estas cosas. ¹⁶ Y los expulsó del tribunal. ¹⁷ Entonces todos tomaron a Sóstenes, el principal de la sinagoga, y le golpeaban delante del tribunal, y a Galión ninguna de estas cosas le importaba.

¹⁸ Pero Pablo, habiéndose detenido allí muchos días más, se despidió de los hermanos, e iba navegando hacia Siria; y con él iban Priscila y Aquilas.

En Cencrea se rapó la cabeza, porque había hecho un voto.¹⁹ Llegaron a Efeso, y él los dejó allí. Y entró en la sinagoga y discutía con los judíos.²⁰ Pero a pesar de que ellos le pedían que se quedase por más tiempo, no accedió,²¹ sino que se despidió y dijo: “Otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere.” Y zarpó de Efeso.²² Habiendo arribado a Cesarea, y después de subir y saludar a la iglesia, descendió a Antioquía.²³ Y después de haber estado allí algún tiempo, salió a recorrer en orden la región de Galacia y Frigia, fortaleciendo a todos los discípulos.

²⁴ Llegó entonces a Efeso cierto judío llamado Apolos, natural de Alejandría, hombre elocuente y poderoso en las Escrituras.²⁵ Este había sido instruido en el Camino del Señor; y siendo ferviente de espíritu, hablaba y enseñaba con exactitud las cosas acerca de Jesús, aunque conocía solamente el bautismo de Juan.²⁶ Comenzó a predicar con valentía en la sinagoga, y cuando Priscila y Aquilas le oyeron, le tomaron aparte y le expusieron con mayor exactitud el Camino de Dios.²⁷ Como él quería viajar a Acaya, los hermanos le animaron y escribieron a los discípulos que le recibiesen. Cuando llegó allá, fue de gran provecho a los que mediante la gracia habían creído;²⁸ pues refutaba vigorosamente a los judíos en público, demostrando por medio de las Escrituras que Jesús era el Cristo.

Capítulo 19

¹ Mientras Apolos estaba en Corinto, aconteció que Pablo, después de recorrer las regiones interiores, bajó a Efeso y encontró a ciertos discípulos.² Entonces les dijo: — ¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis? Ellos le contestaron: — Ni siquiera hemos oído que haya Espíritu Santo.³ Entonces dijo: — ¿En qué, pues, fuisteis bautizados? Ellos respondieron: — En el bautismo de Juan.⁴ Y dijo Pablo: — Juan bautizó con el bautismo de arrepentimiento, diciendo al pueblo que creyesen en el que había de venir después de él, es decir, en Jesús.⁵ Cuando oyeron esto, fueron bautizados en el nombre del Señor Jesús.⁶ Y cuando Pablo les impuso las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo, y ellos hablaban en lenguas y profetizaban.⁷ Eran entre todos como doce hombres.

⁸ Durante unos tres meses, entrando en la sinagoga, Pablo predicaba con valentía discutiendo y persuadiendo acerca de las cosas del reino de Dios.

⁹ Pero como algunos se endurecían y rehusaban creer, hablando mal del

Camino delante de la multitud, se separó de ellos y tomó a los discípulos aparte, discutiendo cada día en la escuela de Tirano. ¹⁰ Esto continuó por dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, tanto judíos como griegos, oyeron la palabra del Señor. ¹¹ Dios hacía milagros extraordinarios por medio de las manos de Pablo; ¹² de tal manera que hasta llevaban pañuelos o delantales que habían tocado su cuerpo para ponerlos sobre los enfermos, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían de ellos.

¹³ Pero también algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, se pusieron a invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: — ¡Os conjuro por el Jesús que Pablo predica! ¹⁴ Eran siete hijos de un tal Esceva, un judío, principal de los sacerdotes, los que hacían esto. ¹⁵ Pero el espíritu malo respondió y les dijo: — A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? ¹⁶ Y el hombre en quien estaba el espíritu malo se lanzó sobre ellos, los dominó a todos y prevaleció contra ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos. ¹⁷ Este acontecimiento fue conocido por todos los que habitaban en Efeso, tanto judíos como griegos. Cayó temor sobre todos ellos, y el nombre del Señor Jesús era magnificado. ¹⁸ Muchos de los que habían creído venían confesando y reconociendo sus prácticas públicamente. ¹⁹ Asimismo, un buen número de los que habían practicado la magia trajeron sus libros y los quemaron delante de todos. Calcularon su valor y hallaron que era de 50.000 monedas de plata. ²⁰ De esta manera crecía la palabra del Señor y prevalecía poderosamente.

²¹ Cuando estas cosas se cumplieron, Pablo propuso en su espíritu ir a Jerusalén después de recorrer Macedonia y Acaya, diciendo: “Después que haya estado en Jerusalén, me será preciso ver también a Roma.” ²² Y después de enviar a Macedonia a dos de los que le ayudaban, a Timoteo y a Erasto, él mismo se detuvo por algún tiempo en Asia. ²³ En aquel entonces se produjo un alboroto no pequeño acerca del Camino. ²⁴ Porque cierto platero, llamado Demetrio, que elaboraba en plata templecillos de Diana, y daba no poca ganancia a los artesanos, ²⁵ reunió a éstos con los obreros de oficios semejantes y les dijo: — Hombres, sabéis que nuestra prosperidad proviene de este oficio; ²⁶ y veis y oís que no solamente en Efeso, sino también en casi toda Asia, este Pablo ha persuadido y apartado a mucha gente, diciendo que no son dioses los que se hacen con las manos. ²⁷ No solamente hay el peligro de que este negocio nuestro caiga en descrédito, sino también que el templo de la gran diosa Diana sea estimado en nada, y que pronto sea despojada de su majestad aquella a

quien adoran toda el Asia y el mundo.²⁸ Al oír estas palabras se llenaron de ira y gritaron diciendo: — ¡Grande es Diana de los efesios!²⁹ Y la ciudad se llenó de confusión. Se lanzaron unánimes al teatro, arrebatando a Gayo y a Aristarco, macedonios y compañeros de Pablo.³⁰ Aunque Pablo quería salir a la multitud, los discípulos no se lo permitieron.³¹ También algunas de las autoridades de Asia, que eran sus amigos, enviaron a él y le rogaron que no se presentara en el teatro.³² Unos gritaban una cosa, y otros otra cosa; porque la concurrencia estaba confusa, y la mayor parte ni sabía por qué se había reunido.³³ Entonces algunos de entre la multitud dieron instrucciones a Alejandro, a quien los judíos habían empujado hacia adelante. Y Alejandro, pidiendo silencio con la mano, quería hacer una defensa ante el pueblo.³⁴ Pero reconociendo que era judío, todos volvieron a gritar a una sola voz, por casi dos horas: — ¡Grande es Diana de los efesios!³⁵ Por fin, cuando el magistrado había apaciguado la multitud, dijo: — Hombres de Efeso, ¿qué hombre hay que no sepa que la ciudad de Efeso es guardiana del templo de la majestuosa Diana y de su imagen caída del cielo?³⁶ Ya que esto no puede ser contradicho, conviene que os apacigüéis y que no hagáis nada precipitado.³⁷ Pues habéis traído a estos hombres que ni han cometido sacrilegio ni han blasfemado a nuestra diosa.³⁸ Por tanto, si Demetrio y los artesanos que están con él tienen pleito contra alguien, se conceden audiencias y hay procónsules. ¡Que se acusen los unos a los otros!³⁹ Y si buscáis alguna otra cosa, será deliberado en legítima asamblea.⁴⁰ Pero hay peligro de que seamos acusados de sedición por esto de hoy, sin que tengamos ninguna causa por la cual podamos dar razón de este tumulto.⁴¹ Y habiendo dicho esto, disolvió la concurrencia.

Capítulo 20

¹ Después de cesar el disturbio, Pablo mandó llamar a los discípulos, y habiéndoles exhortado, se despidió y salió para ir a Macedonia.² Recorrió aquellas regiones, exhortándoles con abundancia de palabras, y luego llegó a Grecia.³ Después de estar él allí tres meses, los judíos tramaron un complot contra él cuando estaba por navegar rumbo a Siria, de modo que decidió regresar por Macedonia.⁴ Le acompañaron Sópater hijo de Pirro, de Berea, los tesalonicenses Aristarco y Segundo, Gayo de Derbe, Timoteo, y Tíquico y Trófimo de Asia.⁵ Estos salieron antes y nos esperaron en Troas.⁶ Pero

después de los días de los panes sin levadura, nosotros navegamos desde Filipos y los alcanzamos después de cinco días en Troas, donde nos detuvimos siete días.

⁷ El primer día de la semana, cuando estábamos reunidos para partir el pan, Pablo comenzó a hablarles, porque había de partir al día siguiente, y alargó el discurso hasta la medianoche. ⁸ Había muchas lámparas en el piso superior, donde estábamos reunidos. ⁹ Y a cierto joven llamado Eutico, que estaba sentado en la ventana, le iba dominando un profundo sueño. Como Pablo seguía hablando por mucho tiempo, el joven, ya vencido por el sueño, cayó del tercer piso abajo y fue levantado muerto. ¹⁰ Entonces Pablo descendió y se echó sobre él, y al abrazarlo dijo: “¡No os alarméis, porque su vida está en él!” ¹¹ Después de subir, de partir el pan y de comer, habló largamente hasta el alba; y de esta manera salió. ¹² Ellos llevaron al joven vivo y fueron grandemente consolados.

¹³ Habiendo ido nosotros al barco con anticipación, navegamos hasta Asón para recibir a Pablo allí, pues así lo había dispuesto, debiendo ir él por tierra.

¹⁴ Cuando se reunió con nosotros en Asón, le tomamos a bordo y fuimos a Mitilene. ¹⁵ Navegamos de allí al día siguiente y llegamos frente a Quío. Al otro día, atracamos en Samos, y llegamos a Mileto al próximo día, ¹⁶ pues Pablo había decidido pasar de largo a Efeso para no detenerse en Asia; porque, de serle posible, se apresuraba para pasar el día de Pentecostés en Jerusalén.

¹⁷ Desde Mileto, Pablo envió a Efeso e hizo llamar a los ancianos de la iglesia. ¹⁸ Cuando ellos llegaron a él, les dijo: “Vosotros sabéis bien cómo me he comportado con vosotros todo el tiempo, desde el primer día que llegué a Asia, ¹⁹ sirviendo al Señor con toda humildad y con muchas lágrimas y pruebas que me vinieron por las asechanzas de los judíos. ²⁰ Y sabéis que no he rehuido el anunciaros nada que os fuese útil, y el enseñaros públicamente y de casa en casa, ²¹ testificando a los judíos y a los griegos acerca del arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesús. ²² “Ahora, he aquí yo voy a Jerusalén con el espíritu encadenado, sin saber lo que me ha de acontecer allí; ²³ salvo que el Espíritu Santo me da testimonio en una ciudad tras otra, diciendo que me esperan prisiones y tribulaciones. ²⁴ Sin embargo, no estimo que mi vida sea de ningún valor ni preciosa para mí mismo, con tal que acabe mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. ²⁵ “Ahora, he aquí yo sé que ninguno de todos vosotros, entre

los cuales he pasado predicando el reino, volverá a ver mi cara.²⁶ Por tanto, yo declaro ante vosotros en el día de hoy que soy limpio de la sangre de todos,²⁷ porque no he rehuído el anunciaros todo el consejo de Dios.²⁸ Tened cuidado por vosotros mismos y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha puesto como obispos, para pastorear la iglesia del Señor, la cual adquirió para sí mediante su propia sangre.²⁹ Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces que no perdonarán la vida al rebaño;³⁰ y que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas para descarriar a los discípulos tras ellos.³¹ Por tanto, velad, acordándoos que por tres años, de noche y de día, no cesé de amonestar con lágrimas a cada uno.³² “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia, a aquel que tiene poder para edificar y para dar herencia entre todos los santificados.³³ “No he codiciado ni la plata ni el oro ni el vestido de nadie.³⁴ Vosotros sabéis que estas manos proveyeron para mis necesidades y para aquellos que estaban conmigo.³⁵ En todo os he demostrado que trabajando así es necesario apoyar a los débiles, y tener presente las palabras del Señor Jesús, que dijo: ‘Más bienaventurado es dar que recibir.’”

³⁶ Cuando había dicho estas cosas, se puso de rodillas y oró con todos ellos.³⁷ Entonces hubo gran llanto de todos. Se echaron sobre el cuello de Pablo y le besaban,³⁸ lamentando sobre todo por la palabra que había dicho que ya no volverían a ver su cara. Y le acompañaron al barco.

Capítulo 21

¹ Habiéndonos despedido de ellos, zarpamos y navegamos con rumbo directo a Cos, y al día siguiente a Rodas, y de allí a Pátara.² Hallando un barco que hacía la travesía a Fenicia, nos embarcamos y zarpamos.³ Después de avistar Chipre y de dejarla a la izquierda, navegábamos a Siria y arribamos a Tiro, porque el barco debía descargar allí.⁴ Nos quedamos siete días allí, ya que hallamos a los discípulos. Mediante el Espíritu ellos decían a Pablo que no subiese a Jerusalén.⁵ Cuando se nos pasaron los días, salimos acompañados por todos con sus mujeres e hijos hasta fuera de la ciudad, y puestos de rodillas en la playa, oramos.⁶ Nos despedimos los unos de los otros y subimos al barco, y ellos volvieron a sus casas.⁷ Habiendo completado la travesía marítima desde

Tiro, arribamos a Tolemaída; y habiendo saludado a los hermanos, nos quedamos con ellos un día.

⁸ Al día siguiente, partimos y llegamos a Cesarea. Entramos a la casa de Felipe el evangelista, quien era uno de los siete, y nos alojamos con él. ⁹ Este tenía cuatro hijas solteras que profetizaban. ¹⁰ Y mientras permanecíamos allí por varios días, un profeta llamado Agabo descendió de Judea. ¹¹ Al llegar a nosotros, tomó el cinto de Pablo, se ató los pies y las manos, y dijo: — Esto dice el Espíritu Santo: “Al hombre a quien pertenece este cinto, lo atarán así los judíos en Jerusalén, y le entregarán en manos de los gentiles.” ¹² Cuando oímos esto, nosotros y también los de aquel lugar le rogamos que no subiese a Jerusalén. ¹³ Entonces Pablo respondió: — ¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy listo no sólo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús. ¹⁴ Como él no se dejaba persuadir, desistimos diciendo: — Hágase la voluntad del Señor.

¹⁵ Después de estos días, habiendo hecho los preparativos, subimos a Jerusalén. ¹⁶ También vinieron con nosotros unos discípulos de Cesarea, trayendo consigo a un tal Mnasón de Chipre, discípulo antiguo, en cuya casa nos hospedaríamos. ¹⁷ Cuando llegamos a Jerusalén, los hermanos nos recibieron de buena voluntad. ¹⁸ Al día siguiente, Pablo entró con nosotros para ver a Jacobo, y todos los ancianos se reunieron. ¹⁹ Después de saludarlos, les contaba una por una todas las cosas que Dios había hecho entre los gentiles por medio de su ministerio. ²⁰ Cuando lo oyeron, glorificaron a Dios. Y le dijeron: — Tú ves, hermano, cuántos miles de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la ley. ²¹ Pero se les ha informado acerca de ti, que tú enseñas a apartarse de Moisés a todos los judíos que están entre los gentiles, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni anden según nuestras costumbres. ²² ¿Qué hay, pues, de esto? Seguramente oirán que has venido. ²³ Por tanto, haz esto que te decimos. Entre nosotros hay cuatro hombres que han hecho votos. ²⁴ Toma contigo a estos hombres, purifícate con ellos, paga por ellos para que se rapen sus cabezas, y todos sabrán que no hay nada de lo que se les ha informado acerca de ti, sino que tú también sigues guardando la ley. ²⁵ Pero en cuanto a los gentiles que han creído, nosotros hemos escrito lo que habíamos decidido: que se abstengan de lo que es ofrecido a los ídolos, de sangre, de lo estrangulado y de fornicación. ²⁶ Entonces Pablo tomó consigo a aquellos hombres. Al día siguiente, después de purificarse con ellos, entró en el templo para dar aviso

del día en que se cumpliría la purificación, cuando se ofrecería el sacrificio por cada uno de ellos.

²⁷ Cuando iban a terminar los siete días, los judíos de Asia, al verle en el templo, comenzaron a alborotar a todo el pueblo y le echaron mano, ²⁸ gritando: “¡Hombres de Israel! ¡Ayudad! ¡Este es el hombre que por todas partes anda enseñando a todos contra nuestro pueblo, la ley y este lugar! Y además de esto, ha metido griegos dentro del templo y ha profanado este lugar santo.”²⁹ Porque antes habían visto con él en la ciudad a Trófimo, un efesio, y suponían que Pablo lo había metido en el templo. ³⁰ Así que toda la ciudad se agitó, y se hizo un tumulto del pueblo. Se apoderaron de Pablo y le arrastraron fuera del templo, y de inmediato las puertas fueron cerradas. ³¹ Mientras ellos procuraban matarle, llegó aviso al tribuno de la compañía que toda Jerusalén estaba alborotada.

³² De inmediato, éste tomó soldados y centuriones, y bajó corriendo a ellos. Y cuando vieron al tribuno y a los soldados, dejaron de golpear a Pablo.

³³ Entonces llegó el tribuno y le apresó, y mandó que le atasen con dos cadenas. Preguntó quién era y qué había hecho; ³⁴ pero entre la multitud, unos gritaban una cosa y otros, otra. Como él no podía entender nada de cierto a causa del alboroto, mandó llevarlo a la fortaleza. ³⁵ Y sucedió que cuando llegó a las gradas, Pablo tuvo que ser llevado en peso por los soldados a causa de la violencia de la multitud; ³⁶ porque la muchedumbre del pueblo venía detrás gritando: “¡Mátale!”³⁷ Cuando ya iba a ser metido en la fortaleza, Pablo dijo al tribuno: — ¿Se me permite decirte algo? Y él dijo: — ¿Sabes griego?

³⁸ Entonces, ¿no eres tú aquel egipcio que provocó una sedición antes de estos días, y sacó al desierto a cuatro mil hombres de los asesinos?³⁹ Entonces dijo Pablo: — A la verdad, yo soy judío, ciudadano de Tarso de Cilicia, una ciudad no insignificante. Y te ruego, permíteme hablar al pueblo. ⁴⁰ Como él se lo permitió, Pablo, de pie en las gradas, hizo señal con la mano al pueblo. Hecho un profundo silencio, comenzó a hablar en hebreo diciendo:

Capítulo 22

¹ — Hermanos y padres, oíd ahora mi defensa ante vosotros. ² Cuando oyeron que Pablo les hablaba en lengua hebrea, guardaron aun mayor silencio. Entonces dijo:

³ — Soy un hombre judío, nacido en Tarso de Cilicia pero criado en esta ciudad, instruido a los pies de Gamaliel en la estricta observancia de la ley de nuestros padres, siendo celoso de Dios como lo sois todos vosotros hoy. ⁴ Yo perseguí este Camino hasta la muerte, tomando presos y entregando a las cárceles a hombres y también a mujeres, ⁵ como aun el sumo sacerdote me es testigo, y todos los ancianos de quienes también recibí cartas para los hermanos. Y fui a Damasco para traer presos a Jerusalén a los que estaban allí, para que fuesen castigados. ⁶ Pero me sucedió, cuando viajaba y llegaba cerca de Damasco, como a mediodía, que de repente me rodeó de resplandor una gran luz del cielo. ⁷ Yo caí al suelo y oí una voz que me decía: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” ⁸ Entonces yo respondí: “¿Quién eres, Señor?” Y me dijo: “Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues.” ⁹ A la verdad, los que estaban conmigo vieron la luz, pero no entendieron la voz del que hablaba conmigo. ¹⁰ Yo dije: “¿Qué haré, Señor?” Y el Señor me dijo: “Levántate y vé a Damasco, y allí se te dirá todo lo que te está ordenado hacer.” ¹¹ Como no podía ver a causa del resplandor de aquella luz, fui guiado de la mano por los que estaban conmigo, y entré en Damasco. ¹² Entonces un tal Ananías, hombre piadoso conforme a la ley, que tenía buen testimonio de todos los judíos que moraban allí, ¹³ vino a mí y puesto de pie me dijo: “Hermano Saulo, recibe la vista.” Y yo le vi en aquel instante. ¹⁴ Y él me dijo: “El Dios de nuestros padres te ha designado de antemano para que conozcas su voluntad y veas al Justo, y oigas la voz de su boca. ¹⁵ Porque serás testigo suyo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. ¹⁶ Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre.” ¹⁷ Entonces, cuando volví a Jerusalén, mientras oraba en el templo, sucedió que caí en éxtasis ¹⁸ y vi al Señor que me decía: “Date prisa y sal de inmediato de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí.” ¹⁹ Y yo dije: “Señor, ellos saben bien que yo andaba encarcelando y azotando a los que creían en ti en todas las sinagogas; ²⁰ y cuando se derramaba la sangre de tu testigo Esteban, yo también estaba presente, aprobaba su muerte y guardaba la ropa de los que le mataban.” ²¹ Pero él me dijo: “Anda, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles.”

²² Le escucharon hasta esta palabra. Entonces alzaron la voz diciendo: — ¡Quita de la tierra a tal hombre, porque no conviene que viva! ²³ Como ellos daban voces, arrojaban sus ropas y echaban polvo al aire, ²⁴ el tribuno mandó que metieran a Pablo en la fortaleza y ordenó que le sometieran a interrogatorio

mediante azotes, para saber por qué causa daban voces así contra él. ²⁵ Pero apenas lo estiraron con las correas, Pablo dijo al centurión que estaba presente: — ¿Os es lícito azotar a un ciudadano romano que no ha sido condenado?

²⁶ Cuando el centurión oyó esto, fue e informó al tribuno diciendo: — ¿Qué vas a hacer? Pues este hombre es romano. ²⁷ Vino el tribuno y le dijo: — Dime, ¿eres tú romano? Y él dijo: — Sí. ²⁸ El tribuno respondió: — Yo logré esta ciudadanía con una gran suma. Entonces Pablo dijo: — Pero yo la tengo por nacimiento. ²⁹ Así que, en seguida se retiraron de él los que le iban a interrogar. También el tribuno tuvo temor cuando supo que Pablo era ciudadano romano y que le había tenido atado. ³⁰ Al día siguiente, queriendo saber con certeza la verdadera razón por la que era acusado por los judíos, le desató y mandó reunir a todos los principales sacerdotes y a todo el Sanedrín de ellos. Y sacando a Pablo, lo presentó delante de ellos.

Capítulo 23

¹ Entonces Pablo, fijando la vista en el Sanedrín, dijo: — Hermanos, yo he vivido delante de Dios con toda buena conciencia hasta el día de hoy. ² Y el sumo sacerdote Ananías mandó a los que estaban a su lado, que le golpeasen en la boca. ³ Entonces Pablo dijo: — ¡Dios te ha de golpear a ti, pared blanqueada! Tú estás sentado para juzgarme conforme a la ley; y quebrantando la ley, ¿mandas que me golpeen? ⁴ Los que estaban presentes le dijeron: — ¿Insultas tú al sumo sacerdote de Dios? ⁵ Y Pablo dijo: — No sabía, hermanos, que fuera el sumo sacerdote; pues escrito está: No maldecirás al gobernante de tu pueblo.

⁶ Entonces Pablo, sabiendo que una parte del Sanedrín eran saduceos y la otra parte fariseos, gritó en el Sanedrín: — Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos. Es por la esperanza y la resurrección de los muertos que soy juzgado. ⁷ Cuando dijo esto, se produjo disensión entre los fariseos y los saduceos. La asamblea se dividió, ⁸ porque los saduceos dicen que no hay resurrección, ni ángeles, ni espíritus; pero los fariseos afirman todas estas cosas. ⁹ Se levantó un gran vocerío, y algunos de los escribas del partido de los fariseos se levantaron y contendían diciendo: — No hallamos ningún mal en este hombre. ¿Y qué hay si un espíritu o un ángel le ha hablado? ¹⁰ Como hubo grande disensión, el tribuno, temiendo que Pablo fuese despedazado, mandó a los soldados que bajaran para arrebatarlo de en medio de ellos y llevarlo a la fortaleza. ¹¹ A la noche siguiente

se le presentó el Señor y le dijo: “Sé valiente, Pablo, pues así como has testificado de mí en Jerusalén, así es necesario que testifiques también en Roma.”

¹² Cuando llegó el día, los judíos tramaron un complot y se juraron bajo maldición, diciendo que no comerían ni beberían hasta que hubieran dado muerte a Pablo. ¹³ Eran más de cuarenta los que habían hecho esta conjuración. ¹⁴ Ellos fueron a los principales sacerdotes y a los ancianos, y les dijeron: — Nosotros hemos jurado bajo maldición, que no gustaremos nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo. ¹⁵ Ahora, pues, vosotros con el Sanedrín solicitad al tribuno que le saque mañana a vosotros, como si tuvierais que investigar su caso con más exactitud. Pero nosotros estaremos preparados para matarle antes que él llegue. ¹⁶ Pero el hijo de la hermana de Pablo oyó hablar de la emboscada. El fue, entró en la fortaleza y se lo informó a Pablo. ¹⁷ Pablo llamó a uno de los centuriones y le dijo: — Lleva a este joven al tribuno, porque tiene algo que comunicarle. ¹⁸ Entonces él le tomó, le llevó al tribuno y le dijo: — El preso Pablo me llamó y me rogó que trajera este joven a ti, porque tiene algo que decirte. ¹⁹ El tribuno le tomó de la mano, y llevándolo aparte le preguntó en privado: — ¿Qué es lo que tienes que decirme? ²⁰ Y él dijo: — Los judíos han acordado rogarte que mañana saques a Pablo al Sanedrín, como si fueran a indagar algo más exacto acerca de él. ²¹ Pues tú, no les creas, porque más de cuarenta hombres de ellos le están preparando una emboscada. Se han jurado bajo maldición que no comerán ni beberán hasta que le hayan asesinado. Ahora están listos, esperando una promesa de parte tuya. ²² Luego el tribuno despidió al joven encargándole: — No digas a nadie que me has informado de esto. ²³ Entonces el tribuno llamó a dos de los centuriones y dijo: — Para la tercera hora de la noche, preparad 200 soldados, más 70 de caballería y 200 lanceros para que vayan a Cesarea. ²⁴ A la vez, ordenó que proveyeran cabalgaduras para que Pablo montara, y le llevaran a salvo al procurador Félix. ²⁵ También escribió una carta en estos términos: ²⁶ Claudio Lisias, al excelentísimo procurador Félix. Saludos. ²⁷ Cuando este hombre fue prendido por los judíos y estaba a punto de ser muerto por ellos, yo le rescaté acudiendo con la tropa, habiendo entendido que era romano. ²⁸ Queriendo saber el delito por el cual le acusaban, le hice bajar al Sanedrín de ellos. ²⁹ Hallé que era acusado de cuestiones de la ley de ellos, pero sin ninguna acusación de crimen digno de muerte o de prisión. ³⁰ Pero como se me informó que habría un complot contra el hombre, inmediatamente le envié a ti y he informado también a sus acusadores que declaren delante de ti lo que tienen contra él. ³¹ Por tanto, de acuerdo

con las órdenes que habían recibido, los soldados tomaron a Pablo y le llevaron de noche a Antípatrias.³² Y al día siguiente, dejando que la caballería siguiera con él, regresaron a la fortaleza.³³ Después de llegar a Cesarea y entregar la carta al procurador, presentaron también a Pablo delante de él.³⁴ El procurador leyó la carta y le preguntó de qué provincia era. Informado que era de Cilicia, dijo:³⁵ — Oiré tu causa cuando vengan tus acusadores. Y mandó que le guardaran en el Pretorio de Herodes.

Capítulo 24

¹ Cinco días después, descendió el sumo sacerdote Ananías con algunos de los ancianos y un orador, un cierto Tértulo. Ellos comparecieron delante del procurador contra Pablo.² Y al ser llamado éste, Tértulo comenzó a acusarle diciendo: — Puesto que gozamos de mucha paz, gracias a ti, y se están realizando reformas en beneficio de esta nación debido a tu prudencia,³ oh excelentísimo Félix, siempre y en todo lugar lo aceptamos con toda gratitud.⁴ Pero para no molestarte más largamente, te ruego que nos escuches brevemente, conforme a tu equidad.⁵ Porque hemos hallado que este hombre es una plaga, y es promotor de sediciones entre los judíos de todo el mundo y cabecilla de la secta de los nazarenos.⁶ Intentó también profanar el templo, pero le prendimos. Nosotros quisimos juzgarle conforme a nuestra ley.⁷ Pero intervino el tribuno Lisias y con gran violencia le quitó de nuestras manos,⁸ mandando a sus acusadores que se presenten delante de ti. Al examinarle, tú mismo podrás saber todas estas cosas de las que le acusamos.⁹ También los judíos lo confirmaban, alegando que estas cosas eran así.

¹⁰ Entonces, cuando el procurador le dio señal para hablar, Pablo contestó: — Sabiendo que por muchos años has sido juez de esta nación, con confianza expondré mi defensa.¹¹ Tú puedes cerciorarte de que no hace más de doce días que subí a Jerusalén para adorar.¹² No me hallaron disputando con nadie en el templo, ni provocando tumultos del pueblo, ni en las sinagogas ni en la ciudad.¹³ Tampoco pueden ellos comprobarte las cosas de las que ahora me acusan.¹⁴ Sin embargo, te confieso esto: que sirvo al Dios de mis padres conforme al Camino que ellos llaman secta, creyendo todo lo que está escrito en la Ley y en los Profetas.¹⁵ Tengo esperanza en Dios, la cual ellos mismos también abrigan, de que ha de haber resurrección de los justos y de los injustos.¹⁶ Y por esto

yo me esfuerzo siempre por tener una conciencia sin remordimiento delante de Dios y los hombres. ¹⁷ Pasados muchos años, vine para presentar donativos y ofrendas a mi nación. ¹⁸ Mientras hacía esto, unos judíos de Asia me hallaron purificado en el templo (no en tumulto ni con alboroto). ¹⁹ Ellos deberían comparecer delante de ti y traer acusaciones, si es que tienen algo contra mí. ²⁰ O que digan éstos mismos qué delito hallaron cuando comparecí ante el Sanedrín, ²¹ salvo que cuando estuve entre ellos lancé este grito: “¡Con respecto a la resurrección de los muertos yo soy juzgado hoy por vosotros!”

²² Entonces Félix, estando bien informado acerca de este Camino, les aplazó diciendo: — Cuando venga el tribuno Lisias, examinaré vuestro caso.

²³ Dio órdenes al centurión de que Pablo fuese custodiado, pero que tuviera algunos privilegios y que no se impidiese a ninguno de los suyos atenderle.

²⁴ Algunos días después, vino Félix con Drusila su esposa, que era judía. Mandó traer a Pablo, y le oyó acerca de la fe en Cristo Jesús. ²⁵ Cuando Pablo disertaba de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se llenó de miedo y respondió: — Por ahora, vete; pero cuando tenga oportunidad, te llamaré. ²⁶ A la vez, Félix esperaba también que se le diera algún dinero de parte de Pablo. Por eso le hacía venir con frecuencia y hablaba con él. ²⁷ Pero al cabo de dos años, Félix recibió como sucesor a Porcio Festo, y queriéndose congradar con los judíos, Félix dejó preso a Pablo.

Capítulo 25

¹ Tres días después de haber asumido el mando de la provincia, Festo subió de Cesarea a Jerusalén. ² Entonces los principales sacerdotes y los dirigentes de los judíos se presentaron ante él contra Pablo, y le rogaban ³ pidiendo contra él, el favor de que le hiciese traer a Jerusalén. Mientras tanto, ellos preparaban una emboscada para asesinarle en el camino. ⁴ Pero Festo respondió que Pablo estaba custodiado en Cesarea, y que en breve él mismo partiría para allá. ⁵ Dijo: — Los que puedan de entre vosotros descendan conmigo; y si hay alguna falta en este hombre, acúsenle. ⁶ Después de detenerse entre ellos no más de ocho o diez días, descendió a Cesarea; y al día siguiente, se sentó en el tribunal y mandó que Pablo fuese traído. ⁷ Cuando llegó, le rodearon los judíos que habían descendido de Jerusalén, haciendo muchas y graves acusaciones contra él, las

cuales no podían probar;⁸ mientras que Pablo decía en su defensa: — En nada he pecado, ni contra la ley de los judíos, ni contra el pueblo, ni contra el César.⁹ Pero Festo, queriendo congraciarse con los judíos, respondió a Pablo y dijo: — ¿Quieres subir a Jerusalén para ser juzgado allí delante de mí acerca de estas cosas?¹⁰ Pablo respondió: — Ante el tribunal del César estoy, donde me corresponde ser juzgado. A los judíos no he hecho ninguna injusticia, como tú muy bien lo sabes.¹¹ Si estoy haciendo alguna injusticia o si he hecho alguna cosa digna de muerte, no rehúso morir; pero si no hay nada de cierto en las cosas de las que éstos me acusan, nadie puede entregarme a ellos. Yo apelo al César.¹² Entonces Festo, habiendo consultado con el consejo, respondió: — Al César has apelado. ¡Al César irás!

¹³ Pasados algunos días, el rey Agripa y Berenice fueron a Cesarea para saludar a Festo.¹⁴ Como pasaban allí muchos días, Festo presentó al rey el caso de Pablo, diciendo: — Hay cierto hombre que ha sido dejado preso por Félix,¹⁵ con respecto a quien se me presentaron los principales sacerdotes y los ancianos de los judíos cuando subí a Jerusalén, pidiendo sentencia contra él.¹⁶ A ellos les respondí que no es costumbre de los romanos entregar a ningún hombre antes que el acusado tenga presentes a sus acusadores y tenga oportunidad de hacer su defensa contra la acusación.¹⁷ Así que, habiendo venido ellos juntos acá, sin ninguna demora, al día siguiente, me senté en el tribunal y mandé traer al hombre.¹⁸ Pero cuando se presentaron los acusadores, no trajeron ninguna acusación con respecto a él, de los crímenes que yo sospechaba.¹⁹ Solamente tenían contra él ciertas cuestiones acerca de su propia religión y de un cierto Jesús, ya fallecido, de quien Pablo afirmaba que está vivo.²⁰ Yo, vacilante con semejante caso, le preguntaba si quería ir a Jerusalén y ser juzgado por estas cosas allí.²¹ Pero como Pablo apeló a quedar bajo custodia para la decisión de Augusto, mandé que le guardasen hasta que yo le enviara al César.²² Entonces Agripa dijo a Festo: — Yo también quisiera oír al hombre. Y él dijo: — Mañana le oírás.²³ Así que al día siguiente vinieron Agripa y Berenice con mucha pompa, y después que entraron en la sala de audiencias con los tribunos y los principales de la ciudad, fue traído Pablo por mandato de Festo.²⁴ Entonces Festo dijo: — Rey Agripa, y todos los hombres aquí presentes con nosotros: Mirad a este hombre, respecto del cual toda la multitud de los judíos ha recurrido a mí, tanto en Jerusalén como aquí, clamando a gritos que él no debe vivir más.²⁵ Pero yo hallé que él no había hecho ninguna cosa digna de

muerte, y habiendo apelado él mismo a Augusto, he determinado enviarle.

²⁶ Pero no tengo nada de cierto que escribir a mi señor acerca de él. Por esto le he traído ante vosotros, y especialmente ante ti, oh rey Agripa, para que después de examinarle, yo tenga algo que escribir. ²⁷ Porque me parece cosa no razonable enviar un preso sin indicar también las acusaciones contra él.

Capítulo 26

¹ Luego Agripa dijo a Pablo: — Se te permite hablar por ti mismo. Entonces Pablo extendió la mano y comenzó su defensa: ² — Me tengo por dichoso que haya de exponer hoy mi defensa delante de ti, oh rey Agripa, acerca de todas las cosas de las que soy acusado por los judíos; ³ mayormente por ser tú conocedor de todas las costumbres y cuestiones de los judíos. Por lo tanto, te ruego que me escuches con paciencia. ⁴ Mi manera de vivir, desde mi juventud, la cual pasé desde el comienzo entre los de mi nación en Jerusalén, la conocen todos los judíos. ⁵ Ellos me conocen desde antes, si quisieran testificarlo, que conforme a la más rigurosa secta de nuestra religión viví como fariseo. ⁶ Y ahora soy sometido a juicio por la esperanza de la promesa que Dios hizo a nuestros padres, ⁷ promesa que esperan alcanzar nuestras doce tribus sirviendo constantemente día y noche. ¡Por la misma esperanza soy acusado por los judíos, oh rey! ⁸ ¿Por qué se juzga increíble entre vosotros que Dios resucite a los muertos? ⁹ Pues yo, a la verdad, había pensado que debía hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret; ¹⁰ y esto hice en Jerusalén. Habiendo recibido autorización de los principales sacerdotes, yo encerré en cárceles a muchos de los santos; y cuando les mataban, yo di mi voto contra ellos. ¹¹ Muchas veces, castigándoles en todas las sinagogas, procuraba obligarles a blasfemar; y enfurecido en extremo contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras.

¹² En esto estaba ocupado cuando iba a Damasco con autorización y comisión de los principales sacerdotes. ¹³ En el camino a mediodía, oh rey, vi que desde el cielo una luz, más resplandeciente que el sol, alumbró alrededor de mí y de los que viajaban conmigo. ¹⁴ Habiendo caído todos nosotros a tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¡Dura cosa te es dar coces contra el aguijón!” ¹⁵ Entonces yo dije: “¿Quién eres, Señor?” Y el Señor dijo: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. ¹⁶ Pero levántate

y ponte sobre tus pies, porque te he aparecido para esto: para constituirte en ministro y testigo de las cosas que has visto de mí y de aquellas en que apareceré a ti. ¹⁷ Yo te libraré del pueblo y de los gentiles, a los cuales ahora yo te envío ¹⁸ para abrir sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, para que reciban perdón de pecados y una herencia entre los santificados por la fe en mí.” ¹⁹ Por lo cual, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial. ²⁰ Más bien, primeramente a los que estaban en Damasco, y en Jerusalén y por toda la tierra de Judea, y a los gentiles, les he proclamado que se arrepientan y se conviertan a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento. ²¹ A causa de esto, los judíos me prendieron en el templo e intentaron matarme. ²² Pero habiendo obtenido auxilio de Dios, me he mantenido firme hasta el día de hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, sin decir nada ajeno a las cosas que los profetas y Moisés dijeron que habían de suceder: ²³ que el Cristo había de padecer, y que por ser el primero de la resurrección de los muertos, había de anunciar luz al pueblo y a los gentiles.

²⁴ Mientras él decía estas cosas en su defensa, Festo le dijo a gran voz: — ¡Estás loco, Pablo! ¡Las muchas letras te vuelven loco! ²⁵ Pero Pablo dijo: — No estoy loco, oh excelentísimo Festo, sino que hablo palabras de verdad y de cordura. ²⁶ Pues el rey, delante de quien también hablo confiadamente, entiende de estas cosas. Porque estoy convencido de que nada de esto le es oculto, pues esto no ha ocurrido en algún rincón. ²⁷ ¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? ¡Yo sé que crees! ²⁸ Entonces Agripa dijo a Pablo: — ¡Por poco me persuades a ser cristiano! ²⁹ Y Pablo dijo: — ¡Quisiera Dios que, por poco o por mucho, no solamente tú sino también todos los que hoy me escuchan fuereis hechos como yo, salvo estas cadenas! ³⁰ Entonces se levantaron el rey, el procurador, Berenice y los que se habían sentado con ellos. ³¹ Y después de retirarse aparte, hablaban los unos con los otros diciendo: — Este hombre no hace ninguna cosa digna de muerte ni de prisión. ³² Y Agripa dijo a Festo: — Este hombre podría ser puesto en libertad, si no hubiera apelado al César.

Capítulo 27

¹ Cuando se determinó que habíamos de navegar a Italia, entregaron a Pablo y a algunos otros presos a un centurión llamado Julio, de la compañía Augusta.

² Así que nos embarcamos en una nave adramiteña que salía para los puertos de

Asia, y zarpamos. Estaba con nosotros Aristarco, un macedonio de Tesalónica.

³ Al otro día, atracamos en Sidón; y Julio, tratando a Pablo con amabilidad, le permitió ir a sus amigos y ser atendido por ellos. ⁴ Y habiendo zarpado de allí, navegamos a sotavento de Chipre, porque los vientos nos eran contrarios.

⁵ Después de cruzar por alta mar frente a Cilicia y a Panfilia, arribamos a Mira, ciudad de Licia. ⁶ El centurión encontró allí una nave alejandrina que navegaba a Italia, y nos embarcó en ella. ⁷ Navegando muchos días despacio, y habiendo llegado a duras penas frente a Gnido, porque el viento nos impedía, navegamos a sotavento de Creta frente a Salmón. ⁸ Y costeándola con dificultad, llegamos a un lugar llamado Buenos Puertos, cerca del cual estaba la ciudad de Lasea.

⁹ Puesto que había transcurrido mucho tiempo y se hacía peligrosa la navegación, porque también el Ayuno ya había pasado, Pablo les amonestaba ¹⁰ diciendo: — Hombres, veo que la navegación ha de realizarse con daño y mucha pérdida, no sólo de la carga y de la nave, sino también de nuestras vidas. ¹¹ Pero el centurión fue persuadido más por el piloto y el capitán del barco, y no por lo que Pablo decía.

¹² Ya que el puerto era incómodo para pasar el invierno, la mayoría acordó zarpar de allí, por si de alguna manera pudiesen arribar a Fenice, un puerto de Creta que mira al suroeste y al noroeste, para invernar allí. ¹³ Como sopló una brisa del sur y les pareció que ya habían logrado lo que deseaban, izaron velas e iban costeando a Creta muy de cerca. ¹⁴ Pero no mucho después dio contra la nave un viento huracanado que se llama Euraquilón. ¹⁵ Como la nave era arrebatada y no podía poner proa al viento, nos abandonamos a él y éramos llevados a la deriva. ¹⁶ Navegamos a sotavento de una pequeña isla que se llama Cauda, y apenas pudimos retener el esquife. ¹⁷ Y después de subirlo a bordo, se valían de refuerzos para ceñir la nave. Pero temiendo encallar en la Sirte, bajaron velas y se dejaban llevar así. ¹⁸ Al día siguiente, mientras éramos sacudidos por una furiosa tempestad, comenzaron a aligerar la carga; ¹⁹ y al tercer día, con sus propias manos arrojaron los aparejos del barco. ²⁰ Como no aparecían ni el sol ni las estrellas por muchos días y nos sobrevinía una tempestad no pequeña, íbamos perdiendo ya toda esperanza de salvarnos.

²¹ Entonces, como hacía mucho que no comíamos, Pablo se puso de pie en medio de ellos y dijo: — Oh hombres, debíais haberme escuchado y no haber partido de Creta, para evitar este daño y pérdida. ²² Pero ahora os insto a tener buen ánimo, pues no se perderá la vida de ninguno de vosotros, sino solamente la nave. ²³ Porque esta noche estuvo conmigo un ángel del Dios de quien soy y a

quien sirvo,²⁴ y me dijo: “No temas, Pablo. Es necesario que comparezcas ante el César, y he aquí Dios te ha concedido todos los que navegan contigo.”²⁵ Por tanto, oh hombres, tened buen ánimo, porque yo confío en Dios que será así como me ha dicho.²⁶ Pero es necesario que demos en alguna isla.²⁷ Cuando llegó la decimocuarta noche, y siendo nosotros llevados a la deriva a través del mar Adriático, a la medianoche los marineros sospecharon que se acercaban a alguna tierra.²⁸ Echaron la sonda y hallaron veinte brazas. Pasando un poco más adelante, volvieron a echar la sonda y hallaron quince brazas.²⁹ Temiendo dar en escollos, echaron las cuatro anclas de la popa y ansiaban el amanecer.³⁰ Como los marineros procuraban huir de la nave, y echaron el esquife al mar simulando que iban a largar las anclas de la proa,³¹ Pablo dijo al centurión y a los soldados: — Si éstos no quedan en la nave, vosotros no podréis salvaros.³² Entonces los soldados cortaron las amarras del esquife y dejaron que se perdiera.³³ Cuando comenzó a amanecer, Pablo animaba a todos a comer algo, diciendo: — Este es el decimocuarto día que veláis y seguís en ayunas sin comer nada.³⁴ Por tanto, os ruego que comáis algo, pues esto es para vuestra salud; porque no perecerá ni un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros.³⁵ Habiendo dicho esto, tomó pan, dio gracias a Dios en presencia de todos y partiéndolo comenzó a comer.³⁶ Y cuando todos recobraron mejor ánimo, comieron ellos también.³⁷ Eramos en total 276 personas en la nave.³⁸ Luego, satisfechos de la comida, aligeraban la nave echando el trigo al mar.³⁹ Cuando se hizo de día, no reconocían la tierra; pero distinguían una bahía que tenía playa, en la cual, de ser posible, se proponían varar la nave.⁴⁰ Cortaron las anclas y las dejaron en el mar. A la vez, soltaron las amarras del timón, izaron al viento la vela de proa e iban rumbo a la playa.⁴¹ Pero al dar en un banco de arena entre dos corrientes, hicieron encallar la nave. Al enclavarse la proa, quedó inmóvil, mientras la popa se abría por la violencia de las olas.⁴² Entonces los soldados acordaron matar a los presos, para que ninguno se escapara nadando;⁴³ pero el centurión, queriendo librar a Pablo, frustró su intento. Mandó a los que podían nadar que fueran los primeros en echarse para salir a tierra;⁴⁴ y a los demás, unos en tablas, y otros en objetos de la nave. Así sucedió que todos llegaron salvos a tierra.

Capítulo 28

¹ Una vez a salvo, supimos luego que la isla se llamaba Malta. ² Los nativos nos trataron con no poca amabilidad, pues nos recibieron a todos y encendieron un fuego a causa de la lluvia que caía, y del frío. ³ Entonces, al recoger Pablo una cantidad de ramas secas y echarlas al fuego, se le prendió en la mano una víbora que huía del calor. ⁴ Cuando los nativos vieron la serpiente colgada de su mano, se decían unos a otros: “¡Seguramente este hombre es homicida, a quien, aunque se haya salvado del mar, la justicia no le deja vivir!” ⁵ Entonces él sacudió la serpiente en el fuego, pero no padeció ningún mal. ⁶ Mientras tanto, ellos esperaban que comenzara a hincharse o que cayera muerto de repente. Pero al pasar mucho tiempo esperando y al ver que no le pasaba nada malo, cambiaron de parecer y decían que era un dios. ⁷ En aquellos lugares estaban las propiedades del hombre principal de la isla, que se llamaba Publio. Este nos recibió y nos hospedó de manera amistosa por tres días. ⁸ Aconteció que el padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y disentería. Pablo entró a donde él estaba, y después de orar, le impuso las manos y le sanó. ⁹ Después que sucedió esto, los demás de la isla que tenían enfermedades también venían a él y eran sanados. ¹⁰ También ellos nos honraron con muchos obsequios, y antes que zarpáramos, nos abastecieron de las cosas necesarias.

¹¹ Así que, después de tres meses, zarpamos en una nave alejandrina que había invernado en la isla y que tenía por insignia a Cástor y Pólux. ¹² Habiendo arribado a Siracusa, estuvimos allí tres días. ¹³ De allí, costeando alrededor, fuimos a Regio; y un día después se levantó el viento del sur, y llegamos al segundo día a Puteoli. ¹⁴ Allí hallamos hermanos y fuimos invitados a quedarnos con ellos siete días. Y de esta manera llegamos a Roma. ¹⁵ Al oír de nosotros, los hermanos vinieron hasta la plaza de Apio y las Tres Tabernas para recibirnos. Pablo, al verlos, dio gracias a Dios y cobró ánimo. ¹⁶ Cuando llegamos a Roma, a Pablo le fue permitido vivir aparte, con un soldado que le custodiaba.

¹⁷ Aconteció que, tres días después, Pablo convocó a los que eran los principales de los judíos, y una vez reunidos les dijo: — Hermanos, sin que yo haya hecho ninguna cosa contra el pueblo ni contra las costumbres de los padres, desde Jerusalén he sido entregado preso en manos de los romanos. ¹⁸ Habiéndome examinado, ellos me querían soltar porque no había en mí ninguna causa digna de muerte. ¹⁹ Pero como los judíos se oponían, yo me

vi forzado a apelar al César, no porque tenga de qué acusar a mi nación.²⁰ Así que, por esta causa os he llamado para veros y hablaros, porque por la esperanza de Israel estoy ceñido con esta cadena.²¹ Entonces ellos dijeron: — Nosotros no hemos recibido cartas de Judea tocante a ti, y ninguno de los hermanos que ha venido ha denunciado o hablado algún mal acerca de ti.²² Pero queremos oír de ti lo que piensas, porque nos es conocido acerca de esta secta, que en todas partes se habla en contra de ella.

²³ Habiéndole fijado un día, en gran número vinieron a él a donde se alojaba. Desde la mañana hasta el atardecer, les exponía y les daba testimonio del reino de Dios, persuadiéndoles acerca de Jesús, partiendo de la Ley de Moisés y de los Profetas.²⁴ Algunos quedaban convencidos por lo que decía, pero otros no creían.²⁵ Como ellos no estaban de acuerdo entre sí, se iban cuando Pablo les dijo una última palabra: — Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías a vuestros padres, diciendo:²⁶ Vé a este pueblo y diles: “De oído oiréis y jamás entenderéis; y viendo veréis y nunca percibiréis.”²⁷ Porque el corazón de este pueblo se ha vuelto insensible y con los oídos oyeron torpemente. Han cerrado sus ojos de manera que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni entiendan con el corazón, ni se conviertan. Y yo los sanaré.²⁸ Sabed, pues, que a los gentiles es anunciada esta salvación de Dios, y ellos oirán.²⁹ Y cuando él dijo estas cosas, los judíos se fueron, porque tenían una fuerte discusión entre sí.

³⁰ Pablo permaneció dos años enteros en una casa que alquilaba. A todos los que venían a él, les recibía allí,³¹ predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, con toda libertad y sin impedimento.

ROMANOS

Capítulo 1

¹ Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol; apartado para el evangelio de Dios, ² que él había prometido antes por medio de sus profetas en las Sagradas Escrituras, ³ acerca de su Hijo — quien, según la carne, era de la descendencia de David; ⁴ y quien fue declarado Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad por su resurrección de entre los muertos —, Jesucristo nuestro Señor. ⁵ Por él recibimos la gracia y el apostolado para la obediencia de la fe a favor de su nombre en todas las naciones, ⁶ entre las cuales estáis también vosotros, los llamados de Jesucristo. ⁷ A todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos: Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

⁸ Primeramente, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo con respecto a todos vosotros, porque vuestra fe es proclamada en todo el mundo. ⁹ Porque Dios, a quien sirvo en mi espíritu en el evangelio de su Hijo, me es testigo de que sin cesar me acuerdo de vosotros siempre en mis oraciones, ¹⁰ rogando que, si de alguna manera por la voluntad de Dios, por fin yo sea bien encaminado para ir a vosotros. ¹¹ Porque deseo veros para compartir con vosotros algún don espiritual a fin de que seáis afirmados. ¹² Esto es, para ser animado juntamente con vosotros por la fe que nos es común a vosotros y a mí. ¹³ Pero no quiero, hermanos, que ignoréis que muchas veces me he propuesto ir a vosotros (y hasta ahora he sido impedido) para tener algún fruto también entre vosotros, así como entre las demás naciones. ¹⁴ Tanto a griegos como a bárbaros, tanto a sabios como a ignorantes soy deudor. ¹⁵ Así que, en cuanto a mí, pronto estoy para anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma.

¹⁶ Porque no me avergüenzo del evangelio; pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, al judío primero y también al griego. ¹⁷ Porque en él la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Pero el justo vivirá por la fe. ¹⁸ Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que con injusticia detienen la verdad.

¹⁹ Porque lo que de Dios se conoce es evidente entre ellos, pues Dios hizo que fuese evidente. ²⁰ Porque lo invisible de él — su eterno poder y deidad — se deja ver desde la creación del mundo, siendo entendido en las cosas creadas; de modo que no tienen excusa. ²¹ Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias; más bien, se hicieron vanos en sus razonamientos, y su insensato corazón fue entenebrecido. ²² Profesando ser sabios se hicieron fatuos, ²³ y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una imagen a la semejanza de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles. ²⁴ Por tanto, Dios los entregó a la impureza, en las pasiones de sus corazones, para deshonar sus cuerpos entre sí. ²⁵ Ellos cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y veneraron y rindieron culto a la creación antes que al Creador, ¡quien es bendito para siempre! Amén. ²⁶ Por esta causa, Dios los entregó a pasiones vergonzosas; pues sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por relaciones contra naturaleza. ²⁷ De la misma manera, también los hombres, dejando las relaciones naturales con la mujer, se encendieron en sus pasiones desordenadas unos con otros, cometiendo actos vergonzosos, hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución que corresponde a su extravío. ²⁸ Como ellos no aprobaron tener en cuenta a Dios, los entregó Dios a una mente reprobada, para hacer lo que no es debido. ²⁹ Se han llenado de toda injusticia, maldad, avaricia y perversidad. Están repletos de envidia, homicidios, contiendas, engaños, mala intención. ³⁰ Son contenciosos, calumniadores, aborrecedores de Dios, insolentes, soberbios, jactanciosos, inventores de males, desobedientes a sus padres, ³¹ insensatos, desleales, crueles y sin misericordia. ³² A pesar de que ellos reconocen el justo juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que también se complacen en los que las practican.

Capítulo 2

¹ Por lo tanto, no tienes excusa, oh hombre, no importa quién seas tú que juzgas; porque en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, pues tú que juzgas haces lo mismo. ² Pero sabemos que el juicio de Dios es según verdad contra los que practican tales cosas. ³ Oh hombre que juzgas a los que practican tales cosas y haces lo mismo, ¿supones que escaparás del juicio de Dios? ⁴ ¿O menosprecias las riquezas de su bondad, paciencia y magnanimidad, ignorando

que la bondad de Dios te guía al arrepentimiento?⁵ Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, acumulas sobre ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios.⁶ El recompensará a cada uno conforme a sus obras:⁷ vida eterna a los que por su perseverancia en las buenas obras buscan gloria, honra e incorrupción;⁸ pero enojo e ira a los que son contenciosos y no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia;⁹ tribulación y angustia sobre toda persona que hace lo malo (el judío primero, y también el griego);¹⁰ pero gloria, honra y paz a cada uno que hace el bien (al judío primero y también al griego).¹¹ Pues no hay distinción de personas delante de Dios.¹² Así que todos los que pecaron sin la ley, sin la ley también perecerán; y todos los que pecaron teniendo la ley, por la ley serán juzgados.¹³ Porque no son los oidores de la ley los que son justos delante de Dios, sino que los hacedores de la ley serán justificados.¹⁴ Porque cuando los gentiles que no tienen ley practican por naturaleza el contenido de la ley, aunque no tienen ley, son ley para sí mismos.¹⁵ Ellos muestran la obra de la ley escrita en sus corazones, mientras que su conciencia concuerda en su testimonio; y sus razonamientos se acusan o se excusan unos a otros,¹⁶ en el día en que, conforme a mi evangelio, Dios juzgue los secretos de los hombres, por medio de Cristo Jesús.

¹⁷ He aquí, tú tienes nombre de ser judío, te apoyas en la ley y te glorías en Dios.¹⁸ Tú conoces su voluntad y apruebas lo que más vale, porque estás instruido en la ley.¹⁹ Tú estás persuadido de que eres guía de los ciegos, luz de los que están en tinieblas,²⁰ instructor de los que no saben, maestro de niños, teniendo en la ley la completa expresión del conocimiento y de la verdad.²¹ Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas contra el robo, ¿robas?²² Tú que hablas contra el adulterio, ¿cometes adulterio? Tú que abominas a los ídolos, ¿cometes sacrilegio?²³ Tú que te jactas en la ley, ¿deshonras a Dios con la infracción de la ley?²⁴ Porque como está escrito: El nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los gentiles.²⁵ Porque la circuncisión aprovecha en verdad, si guardas la ley; pero si eres transgresor de la ley, tu circuncisión ha llegado a ser incircuncisión.²⁶ De manera que, si el incircunciso cumple los justos preceptos de la ley, ¿su incircuncisión no será considerada como circuncisión?²⁷ El que físicamente es incircunciso pero guarda completamente la ley, te juzgará a ti, que con la letra y con la circuncisión eres transgresor de la ley.²⁸ Porque no es judío el que lo es en lo visible, ni es la circuncisión la visible en la carne;²⁹ sino más bien, es judío el que lo es

en lo íntimo, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no en la letra. La alabanza del tal no proviene de los hombres, sino de Dios.

Capítulo 3

¹ ¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O qué beneficio hay en la circuncisión?
² Mucho, en todo sentido. Primeramente, que las palabras de Dios les han sido confiadas. ³ ¿Qué, pues, si algunos de ellos han sido infieles? ¿Acaso podrá la infidelidad de ellos invalidar la fidelidad de Dios? ⁴ ¡De ninguna manera! Antes bien, sea Dios veraz, aunque todo hombre sea mentiroso, como está escrito: para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando seas juzgado. ⁵ Pero si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Acaso es injusto Dios que da el castigo? (Hablo como hombre.) ⁶ ¡De ninguna manera! Porque en tal caso, ¿cómo juzgaría Dios al mundo? ⁷ Pero si la verdad de Dios abundó en mi falsedad para su gloria, ¿por qué todavía soy juzgado yo como pecador? ⁸ ¿Y por qué no decir: “Hagamos lo malo para que venga lo bueno”? De esto se nos calumnia, y algunos afirman que así decimos. La condenación de los tales es justa. ⁹ ¿Qué, pues? ¿Les llevamos alguna ventaja? Claro que no; porque ya hemos acusado tanto a judíos como a gentiles, diciendo que todos están bajo pecado, ¹⁰ como está escrito: No hay justo ni aun uno; ¹¹ no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. ¹² Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno. ¹³ Sepulcro abierto es su garganta; con su lengua engañan. Hay veneno de serpiente debajo de sus labios; ¹⁴ su boca está llena de maldiciones y amargura. ¹⁵ Sus pies son veloces para derramar sangre; ¹⁶ hay ruina y miseria en sus caminos. ¹⁷ No conocieron el camino de paz; ¹⁸ no hay temor de Dios delante de sus ojos.

¹⁹ Pero sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre, y todo el mundo esté bajo juicio ante Dios. ²⁰ Porque por las obras de la ley nadie será justificado delante de él; pues por medio de la ley viene el reconocimiento del pecado. ²¹ Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios atestiguada por la Ley y los Profetas. ²² Esta es la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo para todos los que creen. Pues no hay distinción; ²³ porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios, ²⁴ siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención

que es en Cristo Jesús.²⁵ Como demostración de su justicia, Dios le ha puesto a él como expiación por la fe en su sangre, a causa del perdón de los pecados pasados, en la paciencia de Dios,²⁶ con el propósito de manifestar su justicia en el tiempo presente; para que él sea justo y a la vez justificador del que tiene fe en Jesús.²⁷ ¿Dónde, pues, está la jactancia? Está excluida. ¿Por qué clase de ley? ¿Por la de las obras? ¡Jamás! Más bien, por la ley de la fe.²⁸ Así que consideramos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley.²⁹ ¿Es Dios solamente Dios de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? ¡Por supuesto! También lo es de los gentiles.³⁰ Porque hay un solo Dios, quien justificará por la fe a los de la circuncisión, y mediante la fe a los de la incircuncisión.³¹ Luego, ¿invalidamos la ley por la fe? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley.

Capítulo 4

¹ ¿Qué diremos, pues, que ha encontrado Abraham, nuestro progenitor según la carne?² Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no delante de Dios.³ Pues ¿qué dice la Escritura? Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.⁴ Al que obra, no se le considera el salario como gracia, sino como obligación.⁵ Pero al que no obra, sino que cree en aquel que justifica al impío, se considera su fe como justicia.⁶ De igual manera, David también proclama la felicidad del hombre a quien Dios confiere justicia sin obras,⁷ diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos.⁸ Bienaventurado el hombre a quien el Señor jamás le tomará en cuenta su pecado.

⁹ Luego, ¿es esta felicidad solamente para los de la circuncisión, o también es para los de la incircuncisión? Pues decimos: A Abraham le fue contada su fe por justicia.¹⁰ ¿Cómo le fue contada? ¿Estando él circuncidado o incircunciso? No fue en la circuncisión, sino en la incircuncisión.¹¹ El recibió la señal de la circuncisión como sello de la justicia de la fe que tenía estando aún incircunciso, para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados — para que también a ellos les fuera conferida la justicia — ;¹² y padre de la circuncisión — de los que no solamente son de la circuncisión, sino que también siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado — .¹³ Porque la promesa a Abraham y a su descendencia, de que sería heredero

del mundo, no fue dada por medio de la ley, sino por medio de la justicia de la fe. ¹⁴ Porque si los herederos son los que se basan en la ley, la fe ha sido hecha inútil y la promesa invalidada. ¹⁵ Porque la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión. ¹⁶ Por esto, proviene de la fe, a fin de que sea según la gracia, para que la promesa sea firme para toda su descendencia. No para el que es solamente de la ley, sino también para el que es de la fe de Abraham, quien es padre de todos nosotros

¹⁷ — como está escrito: Te he puesto por padre de muchas naciones — delante de Dios, a quien él creyó, quien vivifica a los muertos y llama a las cosas que no existen como si existieran. ¹⁸ Abraham creyó contra toda esperanza, de modo que vino a ser padre de muchas naciones, de acuerdo con lo que le había sido dicho: Así será tu descendencia. ¹⁹ Sin debilitarse en la fe, él tuvo muy en cuenta su cuerpo ya muerto (pues tenía casi cien años) y la matriz muerta de Sara. ²⁰ Pero no dudó de la promesa de Dios por falta de fe. Al contrario, fue fortalecido en su fe, dando gloria a Dios, ²¹ plenamente convencido de que Dios, quien había prometido, era poderoso para hacerlo. ²² Por esta razón le fue contada por justicia.

²³ Pero no sólo para él fue escrito que le fue contada, ²⁴ sino también para nosotros, a quienes nos habría de ser contada: a los que creemos en el que resucitó de entre los muertos, a Jesús nuestro Señor, ²⁵ quien fue entregado por causa de nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación.

Capítulo 5

¹ Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, ² por medio de quien también hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. ³ Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce perseverancia, ⁴ y la perseverancia produce carácter probado, y el carácter probado produce esperanza. ⁵ Y la esperanza no acarrea vergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado;

⁶ porque aún siendo nosotros débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos. ⁷ Difícilmente muere alguno por un justo. Con todo, podría ser que

alguno osara morir por el bueno.⁸ Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.⁹ Luego, siendo ya justificados por su sangre, cuánto más por medio de él seremos salvos de la ira.¹⁰ Porque si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, cuánto más, ya reconciliados, seremos salvos por su vida.¹¹ Y no sólo esto, sino que nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, mediante quien hemos recibido ahora la reconciliación.¹² Por esta razón, así como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre y la muerte por medio del pecado, así también la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.¹³ Antes de la ley, el pecado estaba en el mundo; pero como no había ley, el pecado no era tenido en cuenta.¹⁴ No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no pecaron con una ofensa semejante a la de Adán, quien es figura del que había de venir.¹⁵ Pero el don no es como la ofensa. Porque si por la ofensa de aquel uno murieron muchos, cuánto más abundaron para muchos la gracia de Dios y la dádiva por la gracia de un solo hombre, Jesucristo.¹⁶ Ni tampoco es la dádiva como el pecado de aquel uno; porque el juicio, a la verdad, surgió de una sola ofensa para condenación, pero la gracia surgió de muchas ofensas para justificación.¹⁷ Porque si por la ofensa de uno reinó la muerte por aquel uno, cuánto más reinarán en vida los que reciben la abundancia de su gracia y la dádiva de la justicia mediante aquel uno, Jesucristo.¹⁸ Así que, como la ofensa de uno alcanzó a todos los hombres para la condenación, así también la justicia realizada por uno alcanzó a todos los hombres para la justificación de vida.¹⁹ Porque como por la desobediencia de un solo hombre, muchos fueron constituidos pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos.²⁰ La ley entró para agrandar la ofensa, pero en cuanto se agrandó el pecado, sobreabundó la gracia;²¹ para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna, por medio de Jesucristo nuestro Señor.

Capítulo 6

¹ ¿Qué, pues, diremos? ¿Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? ² ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos todavía en él? ³ ¿Ignoráis que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? ⁴ Pues, por el bautismo

fuimos sepultados juntamente con él en la muerte, para que así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida. ⁵ Porque así como hemos sido identificados con él en la semejanza de su muerte, también lo seremos en la semejanza de su resurrección. ⁶ Y sabemos que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; ⁷ porque el que ha muerto ha sido justificado del pecado. ⁸ Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él. ⁹ Sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. ¹⁰ Porque en cuanto murió, para el pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive, vive para Dios. ¹¹ Así también vosotros, considerad que estáis muertos para el pecado, pero que estáis vivos para Dios en Cristo Jesús. ¹² No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus malos deseos. ¹³ Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado, como instrumentos de injusticia; sino más bien presentaos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. ¹⁴ Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros, ya que no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. ¹⁵ ¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¿De ninguna manera! ¹⁶ ¿No sabéis que cuando os ofrecéis a alguien para obedecerle como esclavos, sois esclavos del que obedecéis; ya sea del pecado para muerte o de la obediencia para justicia? ¹⁷ Pero gracias a Dios porque, aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de enseñanza a la cual os habéis entregado; ¹⁸ y una vez libertados del pecado, habéis sido hechos siervos de la justicia. ¹⁹ Os hablo en términos humanos, a causa de la debilidad de vuestra carne. Porque así como presentasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y a la iniquidad cada vez mayor, así presentad ahora vuestros miembros como esclavos a la justicia para la santidad. ²⁰ Porque cuando erais esclavos del pecado, estabais libres en cuanto a la justicia. ²¹ ¿Qué recompensa, pues, teníais entonces por aquellas cosas de las cuales ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es muerte. ²² Pero ahora, libres del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis como vuestra recompensa la santificación, y al fin la vida eterna. ²³ Porque la paga del pecado es muerte; pero el don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Capítulo 7

¹ Hermanos (hablo con los que conocen la ley), ¿ignoráis que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que vive? ² Porque la mujer casada está ligada por la ley a su esposo mientras vive; pero si su esposo muere, ella está libre de la ley del esposo. ³ Por lo tanto, si ella se une con otro hombre mientras vive su esposo, será llamada adúltera. Pero si su esposo muere, ella es libre de la ley; y si se une con otro esposo, no es adúltera. ⁴ De manera semejante, hermanos míos, vosotros también habéis muerto a la ley por medio del cuerpo de Cristo, para ser unidos con otro, el mismo que resucitó de entre los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios. ⁵ Porque mientras vivíamos en la carne, las pasiones pecaminosas despertadas por medio de la ley actuaban en nuestros miembros, a fin de llevar fruto para muerte. ⁶ Pero ahora, habiendo muerto a lo que nos tenía sujetos, hemos sido liberados de la ley, para que sirvamos en lo nuevo del Espíritu y no en lo antiguo de la letra.

⁷ ¿Qué, pues, diremos? ¿Que la ley es pecado? ¡De ninguna manera! Al contrario, yo no habría conocido el pecado sino por medio de la ley; porque no estaría consciente de la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. ⁸ Pero el pecado, tomando ocasión en el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. ⁹ Así que, yo vivía en un tiempo sin la ley; pero cuando vino el mandamiento, el pecado revivió; y yo morí. ¹⁰ Y descubrí que el mismo mandamiento que era para vida me resultó en muerte; ¹¹ porque el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, me engañó; y por él, me mató. ¹² De manera que la ley ciertamente es santa; y el mandamiento es santo, justo y bueno. ¹³ Luego, ¿lo que es bueno llegó a ser muerte para mí? ¡De ninguna manera! Más bien, el pecado, para mostrarse pecado, mediante lo bueno produjo muerte en mí; a fin de que mediante el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso.

¹⁴ Porque sabemos que la ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido a la sujeción del pecado. ¹⁵ Porque lo que hago, no lo entiendo, pues no practico lo que quiero; al contrario, lo que aborrezco, eso hago. ¹⁶ Y ya que hago lo que no quiero, concuerdo con que la ley es buena. ¹⁷ De manera que ya no soy yo el que lo hace, sino el pecado que mora en mí. ¹⁸ Yo sé que en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien. Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. ¹⁹ Porque no hago el bien que quiero; sino al contrario, el mal que no quiero,

eso practico.²⁰ Y si hago lo que yo no quiero, ya no lo llevo a cabo yo, sino el pecado que mora en mí.²¹ Por lo tanto, hallo esta ley: Aunque quiero hacer el bien, el mal está presente en mí.²² Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios;²³ pero veo en mis miembros una ley diferente que combate contra la ley de mi mente y me encadena con la ley del pecado que está en mis miembros.²⁴ ¡Miserable hombre de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?²⁵ ¡Doy gracias a Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor! Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios; pero con la carne, a la ley del pecado.

Capítulo 8

¹ Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús,² porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.³ Porque Dios hizo lo que era imposible para la ley, por cuanto ella era débil por la carne: Habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne;⁴ para que la justa exigencia de la ley fuese cumplida en nosotros que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.⁵ Porque los que viven conforme a la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que viven conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu.⁶ Porque la intención de la carne es muerte, pero la intención del Espíritu es vida y paz.⁷ Pues la intención de la carne es enemistad contra Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.⁸ Así que, los que viven según la carne no pueden agradar a Dios.⁹ Sin embargo, vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él.

¹⁰ Pero si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo está muerto a causa del pecado, no obstante el espíritu vive a causa de la justicia.¹¹ Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos mora en vosotros, el que resucitó a Cristo de entre los muertos también dará vida a vuestros cuerpos mortales mediante su Espíritu que mora en vosotros.¹² Así que, hermanos, somos deudores, pero no a la carne para que vivamos conforme a la carne.¹³ Porque si vivís conforme a la carne, habéis de morir; pero si por el Espíritu

hacéis morir las prácticas de la carne, viviréis.¹⁴ Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.¹⁵ Pues no recibisteis el espíritu de esclavitud para estar otra vez bajo el temor, sino que recibisteis el espíritu de adopción como hijos, en el cual clamamos: “¡Abba, Padre!”¹⁶ El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

¹⁷ Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.¹⁸ Porque considero que los padecimientos del tiempo presente no son dignos de comparar con la gloria que pronto nos ha de ser revelada.¹⁹ Pues la creación aguarda con ardiente anhelo la manifestación de los hijos de Dios.²⁰ Porque la creación ha sido sujeta a la vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa de aquel que la sujetó, en esperanza²¹ de que aun la creación misma será librada de la esclavitud de la corrupción, para entrar a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.²² Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una sufre dolores de parto hasta ahora.²³ Y no sólo la creación, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, aguardando la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo.²⁴ Porque fuimos salvos con esperanza; pero una esperanza que se ve no es esperanza, pues ¿quién sigue esperando lo que ya ve?²⁵ Pero si esperamos lo que no vemos, con perseverancia lo aguardamos.

²⁶ Y asimismo, también el Espíritu nos ayuda en nuestras debilidades; porque cómo debíamos orar, no lo sabemos; pero el Espíritu mismo intercede con gemidos indecibles.²⁷ Y el que escudriña los corazones sabe cuál es el intento del Espíritu, porque él intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios.²⁸ Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman, esto es, a los que son llamados conforme a su propósito.

²⁹ Sabemos que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo; a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos.³⁰ Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó.

³¹ ¿Qué, pues, diremos frente a estas cosas? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?³² El que no eximió ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con él todas las cosas?³³ ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? El que justifica

es Dios.³⁴ ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, es el que también resucitó; quien, además, está a la diestra de Dios, y quien también intercede por nosotros.³⁵ ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación? ¿angustia? ¿persecución? ¿hambre? ¿desnudez? ¿peligros? ¿espada?³⁶ Como está escrito: Por tu causa somos muertos todo el tiempo; fuimos estimados como ovejas para el matadero.³⁷ Más bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó.³⁸ Por lo cual estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni lo presente, ni lo porvenir, ni poderes,³⁹ ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro.

Capítulo 9

¹ Digo la verdad en Cristo; no miento. Mi conciencia da testimonio conmigo en el Espíritu Santo² de que tengo una gran tristeza y continuo dolor en el corazón;³ porque desearía yo mismo ser separado de Cristo por el bien de mis hermanos, los que son mis familiares según la carne.⁴ Ellos son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, los pactos, la promulgación de la ley, el culto y las promesas.⁵ De ellos son los patriarcas; y de ellos según la carne proviene el Cristo, quien es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.

⁶ No es que haya fallado la palabra de Dios; porque no todos los nacidos de Israel son de Israel,⁷ ni por ser descendientes de Abraham son todos hijos suyos, sino que en Isaac será llamada tu descendencia.⁸ Esto quiere decir que no son los hijos de la carne los que son hijos de Dios; más bien, los hijos de la promesa son contados como descendencia.⁹ Porque la palabra de la promesa es ésta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo.¹⁰ Y no sólo esto, sino que también cuando Rebeca concibió de un hombre, de Isaac nuestro padre,¹¹ y aunque todavía no habían nacido sus hijos ni habían hecho bien o mal — para que el propósito de Dios dependiese de su elección,¹² no de las obras sino del que llama — , a ella se le dijo: “El mayor servirá al menor”,¹³ como está escrito: A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí.

¹⁴ ¿Qué, pues, diremos? ¿Acaso hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera!¹⁵ Porque dice a Moisés: Tendré misericordia de quien tenga

misericordia, y me compadeceré de quien me compadezca. ¹⁶ Por lo tanto, no depende del que quiere ni del que corre, sino de Dios quien tiene misericordia.

¹⁷ Porque la Escritura dice al Faraón: Para esto mismo te levanté, para mostrar en ti mi poder y para que mi nombre sea proclamado por toda la tierra. ¹⁸ De manera que de quien quiere, tiene misericordia; pero a quien quiere, endurece.

¹⁹ Luego me dirás: “¿Por qué todavía inculpa? Porque, ¿quién ha resistido a su voluntad?” ²⁰ Antes que nada, oh hombre, ¿quién eres tú para que contradigas a Dios? ¿Dirá el vaso formado al que lo formó: “¿Por qué me hiciste así?” ²¹ ¿O no tiene autoridad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para uso honroso y otro para uso común? ²² ¿Y qué hay si Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha paciencia a los vasos de ira que han sido preparados para destrucción? ²³ ¿Y qué hay si él hizo esto, para dar a conocer las riquezas de su gloria sobre los vasos de misericordia que había preparado de antemano para gloria, ²⁴ a los cuales también ha llamado, esto es, a nosotros, no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles?

²⁵ Como también en Oseas dice: Al que no era mi pueblo llamaré pueblo mío, y a la no amada, amada. ²⁶ Y será que, en el lugar donde se les dijo: “Vosotros no sois mi pueblo”, allí serán llamados hijos del Dios viviente.

²⁷ También Isaías proclama con respecto a Israel: Aunque el número de los hijos de Israel sea como la arena del mar, el remanente será salvo. ²⁸ Porque el Señor ejecutará su palabra pronto y con vigor sobre la tierra. ²⁹ Y como dijo antes Isaías: Si el Señor de los Ejércitos no nos hubiera dejado descendencia, habríamos llegado a ser como Sodoma y seríamos semejantes a Gomorra.

³⁰ ¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, quienes no iban tras la justicia, alcanzaron la justicia, es decir, la justicia que procede de la fe; ³¹ mientras que Israel, que iba tras la ley de justicia, no alcanzó la ley. ³² ¿Por qué? Porque no era por fe, sino por obras. Tropezaron en la piedra de tropiezo, ³³ como está escrito: He aquí pongo en Sion una piedra de tropiezo y una roca de escándalo; y aquel que cree en él no será avergonzado.

Capítulo 10

¹ Hermanos, el deseo de mi corazón y mi oración a Dios por Israel es para salvación. ² Porque yo les doy testimonio de que tienen celo por Dios, pero no de acuerdo con un conocimiento pleno. ³ Pues, ignorando la justicia de Dios y procurando establecer su propia justicia, no se han sujetado a la justicia de Dios. ⁴ Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree. ⁵ Moisés escribe de la justicia que es por la ley: El hombre que haga estas cosas vivirá por ellas. ⁶ Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón, “¿Quién subirá al cielo?” (esto es, para hacer descender a Cristo) ⁷ ni “¿Quién descenderá al abismo?” (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). ⁸ Más bien, ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: ⁹ que si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor, y si crees en tu corazón que Dios le levantó de entre los muertos, serás salvo. ¹⁰ Porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se hace confesión para salvación. ¹¹ Porque la Escritura dice: Todo aquel que cree en él no será avergonzado.

¹² Porque no hay distinción entre judío y griego, pues el mismo que es Señor de todos es rico para con todos los que le invocan. ¹³ Porque todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo. ¹⁴ ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán a aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¹⁵ ¿Y cómo predicarán sin que sean enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio de las cosas buenas! ¹⁶ Pero no todos obedecieron el evangelio, porque Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro mensaje? ¹⁷ Por esto, la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo. ¹⁸ Pero pregunto: ¿Acaso no oyeron? ¡Claro que sí! Por toda la tierra ha salido la voz de ellos; y hasta los confines del mundo, sus palabras. ¹⁹ Pero pregunto: ¿Acaso no comprendió Israel? Moisés fue el primero en decir: Yo os provocaré a celos con un pueblo que no es mío; con una nación sin entendimiento os provocaré a enojo. ²⁰ También Isaías se atreve a decir: Fui hallado entre los que no me buscaban; me manifesté a los que no preguntaban por mí. ²¹ Pero acerca de Israel dice: Todo el día extendí mis manos a un pueblo desobediente y rebelde.

Capítulo 11

¹ Por tanto pregunto: ¿Acaso rechazó Dios a su pueblo? ¡De ninguna manera! Porque yo mismo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. ² Dios no rechazó a su pueblo, al cual conoció de antemano. ¿O no sabéis lo que dicen las Escrituras en el caso de Elías, cuando consultó con Dios contra Israel? Dice: ³ Señor, han matado a tus profetas y han derribado tus altares; y yo he quedado solo, y procuran quitarme la vida. ⁴ Pero, ¿qué le dice la respuesta divina? He dejado para mí siete mil hombres que no han doblado la rodilla delante de Baal. ⁵ Así también, en este tiempo presente se ha levantado un remanente según la elección de gracia. ⁶ Y si es por la gracia, no procede de las obras; de otra manera, la gracia ya no sería gracia. ⁷ ¿Qué, pues? Lo que Israel busca, eso no alcanzó, pero los elegidos sí lo alcanzaron; y los demás fueron endurecidos, ⁸ como está escrito: Dios les dio espíritu de estupor, ojos para no ver, y oídos para no oír, hasta el día de hoy. ⁹ Y David dice: Que su mesa se convierta en trampa y red, en tropezadero y retribución para ellos. ¹⁰ Que sus ojos se oscurezcan para no ver, y haz que su espalda se doblegue para siempre. ¹¹ Pregunto pues: ¿Acaso tropezaron para que cayesen? ¡De ninguna manera! Más bien, con la transgresión de ellos ha venido la salvación a los gentiles, para que ellos sean provocados a celos. ¹² Y si su transgresión es la riqueza del mundo y su fracaso es la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más será la plena restauración de ellos! ¹³ Y a vosotros los gentiles digo: Por cuanto yo soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio, ¹⁴ por si de alguna manera pueda provocar a celos a los de mi carne y hacer salvos a algunos de ellos. ¹⁵ Porque si la exclusión de ellos resulta en la reconciliación del mundo, ¡qué será su readmisión, sino vida de entre los muertos! ¹⁶ Si la primicia es santa, también lo es toda la masa; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. ¹⁷ Y si algunas de las ramas fueron desgajadas y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado entre ellas y has sido hecho copartícipe de la raíz, es decir, de la abundante savia del olivo, ¹⁸ no te jactes contra las demás ramas. Pero aunque te jactes en contra de ellas, no eres tú quien sustentas a la raíz, sino la raíz a ti. ¹⁹ Entonces dirás: “Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado.” ²⁰ Está bien; por su incredulidad fueron desgajadas. Pero tú por tu fe estás firme. No te ensoberbecas, sino teme; ²¹ porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. ²² Considera, pues, la bondad y

la severidad de Dios: la severidad ciertamente para con los que cayeron; pero la bondad para contigo, si permaneces en su bondad. De otra manera, tú también serás cortado.²³ Y ellos también, si no permanecen en incredulidad, serán injertados; porque Dios es poderoso para injertarlos de nuevo.²⁴ Pues si tú fuiste cortado del olivo silvestre y contra la naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¡cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo!²⁵ Hermanos, para que no seáis sabios en vuestro propio parecer, no quiero que ignoréis este misterio: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles.²⁶ Y así todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el libertador; quitará de Jacob la impiedad.²⁷ Y éste será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.²⁸ Así que, en cuanto al evangelio, son enemigos por causa de vosotros, pero en cuanto a la elección son amados por causa de los padres;²⁹ porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables.³⁰ De igual manera, vosotros en otro tiempo erais desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por la desobediencia de ellos.³¹ Asimismo, ellos han sido desobedientes en este tiempo, para que por la misericordia concedida a vosotros, también a ellos les sea ahora concedida misericordia.³² Porque Dios encerró a todos bajo desobediencia, para tener misericordia de todos.

³³ ¡Oh la profundidad de las riquezas, y de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán incomprensibles son sus juicios e inescrutables sus caminos!
³⁴ Porque: ¿Quién entendió la mente del Señor? ¿O quién llegó a ser su consejero?³⁵ ¿O quién le ha dado a él primero para que sea recompensado por él?³⁶ Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén.

Capítulo 12

¹ Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios, que es vuestro culto racional.² No os conforméis a este mundo; más bien, transformaos por la renovación de vuestro entendimiento, de modo que comprobéis cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta.³ Digo, pues, a cada uno de vosotros, por la gracia que me ha sido dada, que nadie tenga más alto concepto de sí que el que deba tener; más bien, que piense con sensatez, conforme a la medida de la fe que Dios repartió a cada uno.⁴ Porque de la manera que

en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, pero todos los miembros no tienen la misma función; ⁵ así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero todos somos miembros los unos de los otros. ⁶ De manera que tenemos dones que varían según la gracia que nos ha sido concedida: Si es de profecía, úsele conforme a la medida de la fe; ⁷ si es de servicio, en servir; el que enseña, úselo en la enseñanza; ⁸ el que exhorta, en la exhortación; el que comparte, con liberalidad; el que preside, con diligencia; y el que hace misericordia, con alegría. ⁹ El amor sea sin fingimiento, aborreciendo lo malo y adhiriéndoos a lo bueno: ¹⁰ amándoos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros; ¹¹ no siendo perezosos en lo que requiere diligencia; siendo ardientes en espíritu, sirviendo al Señor; ¹² gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación, constantes en la oración; ¹³ compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. ¹⁴ Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis. ¹⁵ Gozaos con los que se gozan. Llorad con los que lloran. ¹⁶ Tened un mismo sentir los unos por los otros, no siendo altivos, sino acomodándoos a los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión. ¹⁷ No paguéis a nadie mal por mal. Procurad lo bueno delante de todos los hombres. ¹⁸ Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres. ¹⁹ Amados, no os venguéis vosotros mismos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque está escrito: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor. ²⁰ Más bien, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber; pues haciendo esto, carbones encendidos amontonarás sobre su cabeza. ²¹ No seas vencido por el mal, sino vence el mal con el bien.

Capítulo 13

¹ Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios; y las que hay, por Dios han sido constituidas. ² Así que, el que se opone a la autoridad, se opone a lo constituido por Dios; y los que se oponen recibirán condenación para sí mismos. ³ Porque los gobernantes no están para infundir el terror al que hace lo bueno, sino al que hace lo malo. ¿Quieres no temer a la autoridad? Haz lo bueno y tendrás su alabanza; ⁴ porque es un servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no lleva en vano la espada; pues es un servidor de Dios, un

vengador para castigo del que hace lo malo.⁵ Por lo cual, es necesario que estéis sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por motivos de conciencia.⁶ Porque por esto pagáis también los impuestos, pues los gobernantes son ministros de Dios que atienden a esto mismo.

⁷ Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.⁸ No debáis a nadie nada, salvo el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley.⁹ Porque los mandamientos — no cometerás adulterio, no cometerás homicidio, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento — se resumen en esta sentencia: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.¹⁰ El amor no hace mal al prójimo; así que el amor es el cumplimiento de la ley.

¹¹ Y haced esto conociendo el tiempo, que ya es hora de despertaros del sueño; porque ahora la salvación está más cercana de nosotros que cuando creímos.¹² La noche está muy avanzada, y el día está cerca. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz.¹³ Andemos decentemente, como de día; no con glotonerías y borracheras, ni en pecados sexuales y desenfrenos, ni en peleas y envidia.¹⁴ Más bien, vestíos del Señor Jesucristo, y no hagáis provisión para satisfacer los malos deseos de la carne.

Capítulo 14

¹ Recibid al débil en la fe, pero no para contender sobre opiniones.² Porque uno cree que puede comer de todo, y el débil come sólo verduras.³ El que come no menosprecie al que no come, y el que no come no juzgue al que come; porque Dios le ha recibido.⁴ Tú, ¿quién eres que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae; pero será afirmado, porque poderoso es el Señor para afirmarle.⁵ Mientras que uno hace diferencia entre día y día, otro juzga iguales todos los días. Cada uno esté convencido en su propia mente.⁶ El que hace caso del día, para el Señor lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y da gracias a Dios.⁷ Porque ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno muere para sí.⁸ Pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, sea que vivamos o que muramos, somos del Señor.⁹ Porque Cristo para esto murió y vivió, para ser el Señor así de los muertos como de los que viven.¹⁰ Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por

qué menosprecias a tu hermano? Pues todos compareceremos ante el tribunal de Dios, ¹¹ porque está escrito: Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios. ¹² De manera que cada uno de nosotros rendirá cuenta a Dios de sí mismo. ¹³ Así que, no nos juzguemos más los unos a los otros; más bien, determinad no poner tropiezo, impedimento u obstáculo al hermano. ¹⁴ Yo sé, y estoy persuadido en el Señor Jesús, que nada hay inmundo en sí; pero para aquel que estima que algo es inmundo, para él sí lo es. ¹⁵ Pues si por causa de la comida tu hermano es contristado, ya no andas conforme al amor. No arruines por tu comida a aquel por quien Cristo murió. ¹⁶ Por tanto, no dejéis que se hable mal de lo que para vosotros es bueno; ¹⁷ porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. ¹⁸ Porque el que en esto sirve a Cristo, agrada a Dios y es aprobado por los hombres. ¹⁹ Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación. ²⁰ No destruyas la obra de Dios por causa de la comida. A la verdad, todas las cosas son limpias; pero es malo que un hombre cause tropiezo por su comida. ²¹ Bueno es no comer carne, ni beber vino, ni hacer nada en que tropiece tu hermano. ²² La fe que tú tienes, tenla para contigo mismo delante de Dios. Dichoso el que no se condena a sí mismo con lo que aprueba. ²³ Pero el que duda al respecto, es condenado si come, porque no lo hace con fe. Pues todo lo que no proviene de fe es pecado.

Capítulo 15

¹ Así que, los que somos más fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. ² Cada uno de nosotros agrade a su prójimo para el bien, con miras a la edificación. ³ Porque Cristo no se agradó a sí mismo; más bien, como está escrito: Las afrentas de los que te afrentaron, cayeron sobre mí. ⁴ Pues lo que fue escrito anteriormente fue escrito para nuestra enseñanza, a fin de que por la perseverancia y la exhortación de las Escrituras tengamos esperanza.

⁵ Y el Dios de la perseverancia y de la exhortación os conceda que tengáis el mismo sentir los unos por los otros, según Cristo Jesús; ⁶ para que unánimes y a una sola voz glorifiquéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.

⁷ Por tanto, recibíos unos a otros como Cristo os recibió para la gloria de Dios. ⁸ Digo, pues, que Cristo fue hecho ministro de la circuncisión a favor de la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los patriarcas, ⁹ y para que las naciones glorifiquen a Dios por la misericordia, como está escrito: Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, y cantaré a tu nombre. ¹⁰ Y otra vez dice: Alegraos, naciones, con su pueblo. ¹¹ Y otra vez: Alabad al Señor, todas las naciones; y ensalzadle, pueblos todos. ¹² Y otra vez dice Isaías: Vendrá la raíz de Isaí, y el que se levantará para gobernar a las naciones; y las naciones esperarán en él.

¹³ Que el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en la esperanza por el poder del Espíritu Santo.

¹⁴ Pero yo mismo estoy persuadido de vosotros, hermanos míos, que vosotros también estáis colmados de bondad, llenos de todo conocimiento, de tal manera que podéis aconsejaros los unos a los otros. ¹⁵ Pero con bastante atrevimiento os he escrito para haceros recordar ciertos asuntos. Esto hago a causa de la gracia que me ha sido dada por Dios ¹⁶ para ser ministro de Cristo Jesús a los gentiles, ejerciendo el servicio sagrado del evangelio de Dios; y esto, con el fin de que la ofrenda de los gentiles sea bien recibida, santificada por el Espíritu Santo.

¹⁷ Tengo, pues, de qué gloriarme en Cristo Jesús, en las cosas que se refieren a Dios. ¹⁸ Porque no me atrevería a hablar de nada que Cristo no haya hecho por medio de mí, para la obediencia de los gentiles, por palabra y obra, ¹⁹ con poder de señales y prodigios, con el poder del Espíritu de Dios; de modo que desde Jerusalén hasta los alrededores del Ilírico lo he llenado todo con el evangelio de Cristo. ²⁰ De esta manera he procurado predicar el evangelio donde Cristo no era nombrado, para no edificar sobre fundamento ajeno, ²¹ sino como está escrito: Verán aquellos a quienes nunca se les anunció acerca de él, y los que no han oído entenderán.

²² Por esta razón, he sido impedido muchas veces de ir a vosotros; ²³ pero ahora, no teniendo más lugar en estas regiones y teniendo desde hace muchos años el gran deseo de ir a vosotros, ²⁴ lo haré cuando viaje para España. Porque espero veros al pasar y ser encaminado por vosotros allá, una vez que en algo me haya gozado con vosotros. ²⁵ Pero ahora voy a Jerusalén para ministrar a los santos. ²⁶ Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres de entre los santos que están en Jerusalén. ²⁷ Pues les pareció bien, y

son deudores a ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, ellos también deben servirles con sus bienes materiales.

²⁸ Así que, cuando haya concluido esto y les haya entregado oficialmente este fruto, pasaré por vosotros a España. ²⁹ Y sé que cuando vaya a vosotros, llegaré con la abundancia de la bendición de Cristo.

³⁰ Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que luchéis conmigo en oración por mí delante de Dios; ³¹ para que yo sea librado de los desobedientes que están en Judea, y que mi servicio a Jerusalén sea del agrado de los santos; ³² para que al llegar a vosotros con gozo por la voluntad de Dios, encuentre descanso junto con vosotros. ³³ Y el Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.

Capítulo 16

¹ Os recomiendo a nuestra hermana Febe, diaconisa de la iglesia que está en Cencrea, ² para que la recibáis en el Señor, como es digno de los santos, y que la ayudéis en cualquier cosa que sea necesaria; porque ella ha ayudado a muchos, incluso a mí mismo. ³ Saludad a Priscila y a Aquilas, mis colaboradores en Cristo Jesús, ⁴ que expusieron sus cuellos por mi vida, y a quienes estoy agradecido, no sólo yo, sino también todas las iglesias de los gentiles. ⁵ Saludad también a la iglesia de su casa. Saludad a Epeneto, amado mío, que es uno de los primeros frutos de Acaya en Cristo. ⁶ Saludad a María, quien ha trabajado arduamente entre vosotros. ⁷ Saludad a Andrónico y a Junias, mis parientes y compañeros de prisiones, quienes son muy estimados por los apóstoles y también fueron antes de mí en Cristo. ⁸ Saludad a Amplias, amado mío en el Señor. ⁹ Saludad a Urbano, nuestro colaborador en Cristo y a Estaquis, amado mío. ¹⁰ Saludad a Apeles, aprobado en Cristo. Saludad a los de la casa de Aristóbulo. ¹¹ Saludad a Herodión, mi pariente. Saludad a los de la casa de Narciso, los cuales están en el Señor. ¹² Saludad a Trifena y a Trifosa, las cuales han trabajado arduamente en el Señor. Saludad a la amada Pérsida, quien ha trabajado mucho en el Señor. ¹³ Saludad a Rufo, el escogido en el Señor; y a su madre, que también es mía. ¹⁴ Saludad a Asíncrito, a Flegonte, a Hermas, a Patrobas, a Hermes y a los hermanos que están con ellos. ¹⁵ Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a la hermana de él, a Olimpas y a todos los santos que están con ellos. ¹⁶ Saludaos unos a otros con un beso santo. Os saludan todas las iglesias de Cristo.

¹⁷ Pero os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. ¹⁸ Porque tales personas no sirven a Cristo nuestro Señor, sino a sus propios estómagos, y con suaves palabras y lisonjas engañan a los corazones de los ingenuos. ¹⁹ Porque vuestra obediencia ha llegado a ser conocida de todos, de modo que me gozo a causa de vosotros; pero quiero que seáis sabios para el bien e inocentes para el mal. ²⁰ Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás debajo de vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesús sea con vosotros.

²¹ Os saludan Timoteo mi colaborador, y Lucio, Jasón y Sosípater, mis parientes. ²² Yo Tercio, que he escrito la epístola, os saludo en el Señor. ²³ Os saluda Gayo, hospedador mío y de toda la iglesia. Os saludan Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto. ²⁴ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

²⁵ Y al que puede haceros firmes — según mi evangelio y la predicación de Jesucristo; y según la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, ²⁶ pero que ha sido manifestado ahora; y que por medio de las Escrituras proféticas y según el mandamiento del Dios eterno se ha dado a conocer a todas las naciones para la obediencia de la fe — , ²⁷ al único sabio Dios, sea la gloria mediante Jesucristo, para siempre. Amén.

1 CORINTIOS

Capítulo 1

¹ Pablo, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes; ² a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús y llamados a ser santos, con todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: ³ Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. ⁴ Gracias doy a mi Dios siempre en cuanto a vosotros por la gracia de Dios que os fue concedida en Cristo Jesús; ⁵ porque en todo habéis sido enriquecidos en él, en toda palabra y en todo conocimiento. ⁶ Así el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros ⁷ hasta no faltaros ningún don, mientras esperáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. ⁸ Además, él os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprochables en el día de nuestro Señor Jesucristo. ⁹ Fiel es Dios, por medio de quien fuisteis llamados a la comunión de su Hijo Jesucristo, nuestro Señor.

¹⁰ Os exhorto, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, a que os pongáis de acuerdo y que no haya más disensiones entre vosotros, sino que estéis completamente unidos en la misma mente y en el mismo parecer.

¹¹ Porque se me ha informado de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que entre vosotros hay contiendas. ¹² Me refiero a que uno de vosotros está diciendo: “Yo soy de Pablo”, otro “yo de Apolos”, otro “yo de Pedro” y otro “yo de Cristo”. ¹³ ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo?

¹⁴ Doy gracias a Dios que no bauticé a ninguno de vosotros, sino a Crispo y a Gayo, ¹⁵ para que nadie diga que ha sido bautizado en mi nombre ¹⁶ (pero también bauticé a los de la casa de Estéfanos; en cuanto a los demás, no sé si bauticé a algún otro).

¹⁷ Porque Cristo no me envió a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no sea hecha vana la cruz de Cristo. ¹⁸ Porque para los que se pierden, el mensaje de la cruz es locura; pero para nosotros

que somos salvos, es poder de Dios. ¹⁹ Porque está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé el entendimiento de los entendidos. ²⁰ ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el escriba? ¿Dónde el disputador de esta edad presente? ¿No es cierto que Dios ha transformado en locura la sabiduría de este mundo? ²¹ Puesto que en la sabiduría de Dios, el mundo no ha conocido a Dios mediante la sabiduría, a Dios le pareció bien salvar a los creyentes por la locura de la predicación. ²² Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría; ²³ pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: para los judíos tropezadero, y para los gentiles locura. ²⁴ Pero para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios. ²⁵ Porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres, y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. ²⁶ Pues considerad, hermanos, vuestro llamamiento: No sois muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. ²⁷ Más bien, Dios ha elegido lo necio del mundo para avergonzar a los sabios, y lo débil del mundo Dios ha elegido para avergonzar a lo fuerte. ²⁸ Dios ha elegido lo vil del mundo y lo menospreciado; lo que no es, para deshacer lo que es, ²⁹ a fin de que nadie se jacte delante de Dios. ³⁰ Por él estáis vosotros en Cristo Jesús, a quien Dios hizo para nosotros sabiduría, justificación, santificación y redención; ³¹ para que, como está escrito: El que se gloria, gloriése en el Señor.

Capítulo 2

¹ Así que, hermanos, cuando yo fui a vosotros para anunciaros el misterio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. ² Porque me propuse no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y a él crucificado. ³ Y estuve entre vosotros con debilidad, con temor y con mucho temblor. ⁴ Ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, ⁵ para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.

⁶ Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; pero una sabiduría, no de esta edad presente, ni de los príncipes de esta edad, que perecen. ⁷ Más bien, hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó desde antes de los siglos para nuestra gloria.

⁸ Ninguno de los príncipes de esta edad conoció esta sabiduría; porque si ellos la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria.

⁹ Más bien, como está escrito: Cosas que ojo no vio ni oído oyó, que ni han surgido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. ¹⁰ Pero a nosotros Dios nos las reveló por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las cosas profundas de Dios. ¹¹ Pues ¿quién de los hombres conoce las cosas profundas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie ha conocido las cosas profundas de Dios, sino el Espíritu de Dios. ¹² Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente. ¹³ De estas cosas estamos hablando, no con las palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, interpretando lo espiritual por medios espirituales. ¹⁴ Pero el hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente. ¹⁵ En cambio, el hombre espiritual lo juzga todo, mientras que él no es juzgado por nadie. ¹⁶ Porque, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo.

Capítulo 3

¹ Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. ² Os di a beber leche y no alimento sólido, porque todavía no podíais recibirlo, y ni aún ahora podéis; ³ porque todavía sois carnales. Pues en tanto que hay celos y contiendas entre vosotros, ¿no es cierto que sois carnales y andáis como humanos? ⁴ Porque cuando uno dice: “Yo soy de Pablo”, mientras otro dice: “Yo soy de Apolos”, ¿no sois carnales?

⁵ ¿Qué, pues, es Apolos? ¿y qué es Pablo? Sólo siervos por medio de los cuales habéis creído; y a cada uno según el Señor le concedió. ⁶ Yo planté, Apolos regó; pero Dios dio el crecimiento. ⁷ Así que, ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, quien da el crecimiento. ⁸ El que planta y el que riega son una misma cosa, pero cada uno recibirá su recompensa conforme a su propia labor. ⁹ Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois huerto de Dios, edificio de Dios. ¹⁰ Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, como perito arquitecto he puesto el fundamento, y otro está edificando encima. Pero cada uno mire cómo edifica encima,

¹¹ porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. ¹² Si alguien edifica sobre este fundamento con oro, plata, piedras preciosas, madera, heno u hojarasca, ¹³ la obra de cada uno será evidente, pues el día la dejará manifiesta. Porque por el fuego será revelada; y a la obra de cada uno, sea la que sea, el fuego la probará. ¹⁴ Si permanece la obra que alguien ha edificado sobre el fundamento, él recibirá recompensa. ¹⁵ Si la obra de alguien es quemada, él sufrirá pérdida; aunque él mismo será salvo, pero apenas, como por fuego.

¹⁶ ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? ¹⁷ Si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él; porque santo es el templo de Dios, el cual sois vosotros.

¹⁸ Nadie se engañe a sí mismo. Si alguno entre vosotros cree ser sabio en esta edad presente, hágase necio para llegar a ser sabio. ¹⁹ Porque la sabiduría de este mundo es locura delante de Dios, pues está escrito: El prende a los sabios en la astucia de ellos; ²⁰ y otra vez: El Señor conoce los pensamientos de los sabios, que son vanos.

²¹ Así que nadie se gloríe en los hombres; pues todo es vuestro ²² — sea Pablo, sea Apolos, sea Pedro, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo porvenir — , todo es vuestro, ²³ y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

Capítulo 4

¹ Que todo hombre nos considere como servidores de Cristo y mayordomos de los misterios de Dios. ² Ahora bien, lo que se requiere de los mayordomos es que cada uno sea hallado fiel. ³ Para mí es poca cosa el ser juzgado por vosotros o por cualquier tribunal humano; pues ni siquiera yo me juzgo a mí mismo. ⁴ No tengo conocimiento de nada en contra mía, pero no por eso he sido justificado; pues el que me juzga es el Señor. ⁵ Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, quien a la vez sacará a la luz las cosas ocultas de las tinieblas y hará evidentes las intenciones de los corazones. Entonces tendrá cada uno la alabanza de parte de Dios. ⁶ Hermanos, todo esto lo he aplicado a mí y a Apolos como ejemplo por causa de vosotros, para que

aprendáis en nosotros a no pasar más allá de lo que está escrito, y para que no estéis inflados de soberbia, favoreciendo al uno contra el otro.

⁷ Pues, ¿quién te concede alguna distinción? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te jactas como si no lo hubieras recibido?

⁸ Ya estáis saciados; ya os enriquecisteis; sin nosotros llegasteis a reinar. ¡Ojalá reinaseis, para que nosotros reináramos también con vosotros! ⁹ Porque considero que a nosotros los apóstoles, Dios nos ha exhibido en último lugar, como a condenados a muerte; porque hemos llegado a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. ¹⁰ Nosotros somos insensatos por causa de Cristo; vosotros sois sensatos en Cristo. Nosotros somos débiles; vosotros fuertes. Vosotros sois distinguidos, pero nosotros despreciados. ¹¹ Hasta la hora presente sufrimos hambre y sed, nos falta ropa, andamos heridos de golpes y sin dónde morar. ¹² Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos. Cuando somos insultados, bendecimos; cuando somos perseguidos, lo soportamos; ¹³ cuando somos difamados, procuramos ser amistosos. Hemos venido a ser hasta ahora como el desperdicio del mundo, el desecho de todos.

¹⁴ No os escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a mis hijos amados. ¹⁵ Pues aunque tengáis diez mil tutores en Cristo, no tenéis muchos padres; porque en Cristo Jesús yo os engendré por medio del evangelio.

¹⁶ Por tanto, os exhorto a que seáis imitadores de mí.

¹⁷ Por esto, os he enviado a Timoteo, quien es mi hijo amado y fiel en el Señor, el cual os hará recordar mi proceder en Cristo Jesús, tal como lo enseñé por todas partes en todas las iglesias. ¹⁸ Pero algunos se han inflado de soberbia, como si yo nunca hubiera de ir a vosotros. ¹⁹ Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y llegaré a conocer, ya no las palabras de aquellos inflados, sino su poder. ²⁰ Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder. ²¹ ¿Qué queréis? ¿Que vaya a vosotros con un palo, o con amor y en espíritu de mansedumbre?

Capítulo 5

¹ Ciertamente, se oye que hay entre vosotros inmoralidad sexual, y una inmoralidad tal como ni aun entre los gentiles se tolera; tanto, que hay quien tiene la esposa de su padre. ² ¡Y vosotros estáis inflados de soberbia! ¿No habría sido preferible llorar, para que el que ha cometido semejante acción fuera

expulsado de entre vosotros? ³ Aunque por cierto estoy ausente en el cuerpo, estoy presente en el espíritu. Ya he juzgado, tal como si estuviera presente, a aquel que ha hecho semejante cosa. ⁴ En el nombre de nuestro Señor Jesús, reunidos vosotros y mi espíritu con el poder de nuestro Señor Jesús, ⁵ entregad al tal a Satanás para la destrucción de la carne, a fin de que su espíritu sea salvo en el día del Señor. ⁶ Vuestra jactancia no es buena. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa?

⁷ Limpiaos de la vieja levadura, para que seáis una nueva masa, como sois sin levadura; porque Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado. ⁸ Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con pan sin levadura, de sinceridad y de verdad.

⁹ Os he escrito por carta que no os asociéis con fornicarios. ¹⁰ No me refiero en forma absoluta a los que de este mundo son fornicarios, avaros, estafadores o idólatras, pues en tal caso os sería necesario salir del mundo. ¹¹ Pero ahora os escribo que no os asociéis con ninguno que, llamándose hermano, sea fornicario, avaro, idólatra, calumniador, borracho o estafador. Con tal persona ni aun comáis. ¹² Pues, ¿por qué tengo yo que juzgar a los que están afuera? ¿No juzgáis a los que están adentro? ¹³ Pues a los que están afuera Dios los juzgará. Pero quitad al malvado de entre vosotros.

Capítulo 6

¹ ¿Cómo se atreve alguno de vosotros, teniendo un asunto contra otro, a ir a juicio delante de los injustos y no, más bien, delante de los santos? ² ¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar pleitos tan pequeños? ³ ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? ¡Cuánto más las cosas de esta vida! ⁴ Por tanto, en caso de haber pleitos con respecto a las cosas de esta vida, a los que para la iglesia son de poca estima, ¿a éstos ponéis para juzgar? ⁵ Para avergonzaros lo digo. Pues, ¿qué? ¿No hay entre vosotros ni un solo sabio que pueda juzgar entre sus hermanos? ⁶ Pero hermano va a juicio contra hermano, ¡y esto ante los incrédulos! ⁷ Sin lugar a duda, ya es un fracaso total para vosotros el que tengáis pleitos entre vosotros. ¿Por qué no sufrir más bien la injusticia? ¿Por qué no ser más bien defraudados? ⁸ Sin embargo, vosotros hacéis injusticia y defraudáis, ¡y esto a los hermanos!

⁹ ¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os engañéis: que ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ¹⁰ ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los calumniadores, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. ¹¹ Y esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, pero ya sois santificados, pero ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios.

¹² Todas las cosas me son lícitas, pero no todo me conviene. Todas las cosas me son lícitas, pero yo no me dejaré dominar por ninguna. ¹³ La comida es para el estómago, y el estómago para la comida, pero Dios destruirá tanto al uno como a la otra. El cuerpo no es para la inmoralidad sexual, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo. ¹⁴ Pues como Dios levantó al Señor, también a nosotros nos levantará por medio de su poder. ¹⁵ ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo para hacerlos miembros de una prostituta? ¡De ninguna manera! ¹⁶ ¿O no sabéis que el que se une con una prostituta es hecho con ella un solo cuerpo? Porque dice: Los dos serán una sola carne. ¹⁷ Pero el que se une con el Señor, un solo espíritu es. ¹⁸ Huid de la inmoralidad sexual. Cualquier otro pecado que el hombre cometa está fuera del cuerpo, pero el fornicario peca contra su propio cuerpo. ¹⁹ ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que mora en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? ²⁰ Pues habéis sido comprados por precio. Por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo.

Capítulo 7

¹ En cuanto a las cosas de que me escribisteis, bueno es para el hombre no tocar mujer. ² Pero a causa de la inmoralidad sexual, cada hombre tenga su esposa, y cada mujer tenga su esposo. ³ El esposo cumpla con su esposa el deber conyugal; asimismo la esposa con su esposo. ⁴ La esposa no tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino su esposo; asimismo el esposo tampoco tiene autoridad sobre su propio cuerpo, sino su esposa. ⁵ No os neguéis el uno al otro, a menos que sea de acuerdo mutuo por algún tiempo, para que os dediquéis a la oración y volváis a uniros en uno, para que no os tiente Satanás a causa de vuestra incontinenencia. ⁶ Esto digo a modo de concesión, no como mandamiento. ⁷ Más bien, quisiera que todos los hombres fuesen como yo;

pero cada uno tiene su propio don procedente de Dios: uno de cierta manera, y otro de otra manera. ⁸ Digo, pues, a los no casados y a las viudas que les sería bueno si se quedasen como yo. ⁹ Pero si no tienen don de continencia, que se casen; porque mejor es casarse que quemarse.

¹⁰ Pero a los que se han casado mando, no yo, sino el Señor: que la esposa no se separe de su esposo ¹¹ (pero si ella se separa, que quede sin casarse o que se reconcilie con su esposo), y que el esposo no abandone a su esposa.

¹² A los demás digo yo, no el Señor: que si algún hermano tiene esposa no creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. ¹³ Y si alguna esposa tiene esposo no creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone.

¹⁴ Porque el esposo no creyente es santificado en la esposa, y la esposa no creyente en el creyente. De otra manera vuestros hijos serían impuros, pero ahora son santos. ¹⁵ Pero si el no creyente se separa, que se separe. En tal caso, el hermano o la hermana no han sido puestos bajo servidumbre, pues Dios os ha llamado a vivir en paz. ¹⁶ Porque, ¿cómo sabes, oh esposa, si quizás harás salvo a tu esposo? ¿O cómo sabes, oh esposo, si quizás harás salva a tu esposa?

¹⁷ Solamente que viva cada uno como el Señor le asignó, y tal como era cuando Dios le llamó; así ordeno en todas las iglesias. ¹⁸ ¿Fue llamado alguien ya circuncidado? No disimule su circuncisión. ¿Ha sido llamado alguien incircunciso? No se circuncide. ¹⁹ La circuncisión no es nada, y la incircuncisión no es nada; más bien, lo que vale es guardar los mandamientos de Dios. ²⁰ Cada uno permanezca en la condición en que fue llamado. ²¹ ¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te preocupes; pero si puedes hacerte libre, por supuesto procúralo. ²² Porque el que en el Señor es llamado siendo esclavo, es hombre libre del Señor. De igual manera, también el que es llamado siendo libre, es esclavo del Señor. ²³ Por precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres. ²⁴ Hermanos, que cada uno se quede para con Dios en la condición en que fue llamado.

²⁵ Pero con respecto a los que son solteros, no tengo mandamiento del Señor, aunque les doy mi parecer como quien ha alcanzado misericordia del Señor para ser fiel. ²⁶ Pues, a causa de la presente dificultad, bien me parece que al hombre le sea bueno quedarse como está. ²⁷ ¿Estás ligado a esposa? No procures desligarte. ¿Estás libre de esposa? No busques esposa. ²⁸ Pero también, si te casas, no pecas; y si la soltera se casa, no peca; aunque aquellos que se casan tendrán aflicción en la carne, y yo quisiera evitároslos. ²⁹ Pero os digo esto, hermanos, que el tiempo se ha acortado. En cuanto al tiempo que

queda, los que tienen esposas sean como si no las tuvieran;³⁰ los que lloran, como si no lloraran; los que se alegran, como si no se alegraran; los que compran, como si no poseyeran;³¹ y los que disfrutan de este mundo, como si no disfrutaran de él. Porque el orden presente de este mundo está pasando.

³² Quisiera, pues, que estuvieseis libres de ansiedad. El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor;³³ pero el casado se preocupa de las cosas de la vida, de cómo ha de agradar a su esposa,³⁴ y su atención está dividida. La mujer no casada, o soltera, se preocupa de las cosas del Señor, a fin de ser consagrada tanto en cuerpo como en espíritu. En cambio, la casada tiene cuidado de las cosas de la vida, de cómo ha de agradar a su esposo.³⁵ Esto digo para vuestro provecho; no para poner os restricción, sino para que viváis honestamente, atendiendo al Señor sin impedimento.

³⁶ Si alguien considera que su comportamiento es inadecuado hacia su virgen y si está en la flor de la edad y por eso siente obligación de casarse, puede hacer lo que quiere; no comete pecado. Cásense.³⁷ Pero el que está firme en su corazón, no teniendo necesidad, sino que tiene dominio sobre su propia voluntad y así ha determinado en su corazón conservársela virgen, hará bien.³⁸ De modo que el que se casa con su virgen hace bien; y de igual manera, el que no se casa hace mejor.

³⁹ La esposa está ligada mientras viva su esposo. Pero si su esposo muere, está libre para casarse con quien quiera, con tal que sea en el Señor.⁴⁰ Pero según mi opinión, más feliz será si permanece así. Y pienso que yo también tengo el Espíritu de Dios.

Capítulo 8

¹ Con respecto a lo sacrificado a los ídolos, sabemos que todos tenemos conocimiento. El conocimiento envanece, pero el amor edifica.² Si alguien se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debiera saber.³ Pero si alguien ama a Dios, tal persona es conocida por él.

⁴ Por eso, acerca de la comida de los sacrificios a los ídolos, sabemos que el ídolo nada es en el mundo y que no hay sino un solo Dios.⁵ Porque aunque sea verdad que algunos son llamados dioses, sea en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores),⁶ sin embargo, para nosotros hay un solo

Dios, el Padre, de quien proceden todas las cosas, y nosotros vivimos para él; y un solo Señor, Jesucristo, mediante el cual existen todas las cosas, y también nosotros vivimos por medio de él.

⁷ Sin embargo, no en todos hay este conocimiento; porque algunos por estar hasta ahora acostumbrados al ídolo, comen el alimento como algo sacrificado a los ídolos, y su conciencia se contamina por ser débil. ⁸ Pero no es la comida lo que nos recomienda a Dios; pues ni somos menos si no comemos, ni somos más si comemos. ⁹ Pero mirad que esta vuestra libertad no sea tropezadero para los débiles. ¹⁰ Porque si alguien te ve a ti que tienes conocimiento, sentado a la mesa en el lugar de los ídolos, ¿no es cierto que la conciencia del que es débil será estimulada a comer de lo sacrificado a los ídolos? ¹¹ Así, por el conocimiento tuyo se perderá el débil, un hermano por quien Cristo murió. ¹² De esta manera, pecando contra los hermanos e hiriendo sus débiles conciencias, contra Cristo estáis pecando. ¹³ Por lo cual, si la comida es para mi hermano ocasión de caer, yo jamás comeré carne, para no poner tropiezo a mi hermano.

Capítulo 9

¹ ¿No soy libre? ¿No soy apóstol? ¿Acaso no he visto a Jesús nuestro Señor? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor? ² Si para otros yo no soy apóstol, ciertamente para vosotros lo soy, porque vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor.

³ Esta es mi defensa contra cuantos me cuestionan: ⁴ ¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber? ⁵ ¿No tenemos derecho a llevar una esposa creyente con nosotros, tal como los demás apóstoles y los hermanos del Señor y Pedro? ⁶ ¿O sólo Bernabé y yo no tenemos derecho a dejar de trabajar? ⁷ ¿Quién presta jamás servicio de soldado a sus propias expensas? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta el rebaño y no toma la leche del rebaño? ⁸ ¿Será que digo estas cosas sólo como hombre? ¿No lo dice también la ley? ⁹ Porque en la ley de Moisés está escrito: No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Tiene Dios cuidado sólo de los bueyes? ¹⁰ ¿O lo dice enteramente para nosotros? Pues para nosotros está escrito. Porque el que ara ha de arar con esperanza; y el que trilla, con esperanza de participar del fruto. ¹¹ Si nosotros hemos sembrado cosas espirituales para vosotros, ¿será gran cosa si de vosotros cosechamos bienes materiales? ¹² Si otros participan de este

derecho sobre vosotros, ¿no nos corresponde más a nosotros? Sin embargo, nunca usamos de este derecho; más bien, lo soportamos todo para no poner ningún obstáculo al evangelio de Cristo. ¹³ ¿No sabéis que los que trabajan en el santuario comen de las cosas del santuario; es decir, los que sirven al altar participan del altar? ¹⁴ Así también ordenó el Señor a los que anuncian el evangelio, que vivan del evangelio.

¹⁵ Pero yo nunca me he aprovechado de nada de esto, ni tampoco he escrito al respecto para que se haga así conmigo. Pues para mí sería mejor morir, antes que alguien me quite este motivo de orgullo. ¹⁶ Porque si anuncio el evangelio, no tengo de qué jactarme, porque me es impuesta necesidad; pues ¡ay de mí si no anuncio el evangelio! ¹⁷ Por eso, si lo hago de buena gana, tendré recompensa; pero si lo hago de mala gana, de todos modos el llevarlo a cabo me ha sido confiado. ¹⁸ ¿Cuál es, pues, mi recompensa? Que predicando el evangelio, pueda yo presentarlo gratuitamente, para no abusar de mi derecho en el evangelio.

¹⁹ A pesar de ser libre de todos, me hice siervo de todos para ganar a más. ²⁰ Para los judíos me hice judío, a fin de ganar a los judíos. Aunque yo mismo no estoy bajo la ley, para los que están bajo la ley me hice como bajo la ley, a fin de ganar a los que están bajo la ley. ²¹ A los que están sin la ley, me hice como si yo estuviera sin la ley (no estando yo sin la ley de Dios, sino en la ley de Cristo), a fin de ganar a los que no están bajo la ley. ²² Me hice débil para los débiles, a fin de ganar a los débiles. A todos he llegado a ser todo, para que de todos modos salve a algunos. ²³ Y todo lo hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.

²⁴ ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero sólo uno lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. ²⁵ Y todo aquel que lucha se disciplina en todo. Ellos lo hacen para recibir una corona corruptible; nosotros, en cambio, para una incorruptible. ²⁶ Por eso yo corro así, no como a la ventura; peleo así, no como quien golpea al aire. ²⁷ Más bien, pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago obedecer; no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado.

Capítulo 10

¹ No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y que todos atravesaron el mar. ² Todos en Moisés fueron

bautizados en la nube y en el mar.³ Todos comieron la misma comida espiritual.⁴ Todos bebieron la misma bebida espiritual, porque bebían de la roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo.⁵ Sin embargo, Dios no se agradó de la mayoría de ellos; pues quedaron postrados en el desierto.

⁶ Estas cosas sucedieron como ejemplos para nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos codiciaron.⁷ No seáis idólatras, como algunos de ellos, según está escrito: Se sentó el pueblo a comer y a beber, y se levantó para divertirse.⁸ Ni practiquemos la inmoralidad sexual, como algunos de ellos la practicaron y en un sólo día cayeron 23.000 personas.⁹ Ni tentemos a Cristo, como algunos de ellos le tentaron y perecieron por las serpientes.¹⁰ Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron y perecieron por el destructor.¹¹ Estas cosas les acontecieron como ejemplos y están escritas para nuestra instrucción, para nosotros sobre quienes ha llegado el fin de las edades.¹² Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga.¹³ No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, quien no os dejará ser tentados más de lo que podéis soportar, sino que juntamente con la tentación dará la salida, para que la podáis resistir.¹⁴ Por tanto, amados míos, huid de la idolatría.

¹⁵ Como a sensatos os hablo; juzgad vosotros lo que digo.¹⁶ La copa de bendición que bendicimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?¹⁷ Puesto que el pan es uno solo, nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo; pues todos participamos de un solo pan.¹⁸ Considerad al Israel según la carne: Los que comen de los sacrificios, ¿no participan del altar?¹⁹ ¿Qué, pues, quiero decir? ¿Que lo que es sacrificado a los ídolos sea algo, o que el ídolo sea algo?²⁰ Al contrario, digo que lo que los gentiles sacrifican, lo sacrifican a los demonios, y no a Dios. Y yo no quiero que vosotros participéis con los demonios.²¹ No podéis beber la copa del Señor y la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios.²² ¿O provocaremos a celos al Señor? ¿Seremos acaso más fuertes que él?

²³ Todo me es lícito, pero no todo conviene. Todo me es lícito, pero no todo edifica.²⁴ Nadie busque su propio bien, sino el bien del otro.²⁵ Comed de todo lo que se vende en la carnicería, sin preguntar nada por motivo de conciencia;²⁶ porque del Señor es la tierra y su plenitud.

²⁷ Si algún no creyente os invita, y queréis ir, comed de todo lo que se os ponga delante, sin preguntar nada por motivo de conciencia. ²⁸ Pero si alguien os dice: “Esto ha sido sacrificado en un templo”, no lo comáis, por causa de aquel que lo declaró y por motivo de conciencia. ²⁹ Pero no me refiero a la conciencia tuya, sino a la del otro. Pues, ¿por qué ha de ser juzgada mi libertad por la conciencia de otro? ³⁰ Si yo participo con acción de gracias, ¿por qué he de ser calumniado por causa de aquello por lo cual doy gracias? ³¹ Por tanto, ya sea que comáis o bebáis, o que hagáis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. ³² No seáis ofensivos ni a judíos, ni a griegos, ni a la iglesia de Dios; ³³ así como yo en todo complazco a todos, no buscando mi propio beneficio sino el de muchos, para que sean salvos.

Capítulo 11

¹ Sed vosotros imitadores de mí; así como yo lo soy de Cristo. ² Os alabo porque en todo os acordáis de mí y retenéis las enseñanzas transmitidas tal como yo os las entregué. ³ Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo hombre, y el hombre es la cabeza de la mujer, y Dios es la cabeza de Cristo. ⁴ Todo hombre que ora o profetiza con la cabeza cubierta, afrenta su cabeza. ⁵ Pero toda mujer que ora o profetiza con la cabeza no cubierta, afrenta su cabeza, porque da lo mismo que si se hubiese rapado. ⁶ Porque si la mujer no se cubre, que se corte todo el cabello; y si le es vergonzoso cortarse el cabello o raparse, que se cubra. ⁷ El hombre no ha de cubrir su cabeza, porque él es la imagen y la gloria de Dios; pero la mujer es la gloria del hombre. ⁸ Porque el hombre no procede de la mujer, sino la mujer del hombre. ⁹ Además, el hombre no fue creado a causa de la mujer, sino la mujer a causa del hombre. ¹⁰ Por lo cual, la mujer debe tener una señal de autoridad sobre su cabeza por causa de los ángeles. ¹¹ No obstante, en el Señor ni el hombre existe aparte de la mujer, ni la mujer existe aparte del hombre. ¹² Porque así como la mujer proviene del hombre, así también el hombre nace de la mujer; pero todo proviene de Dios. ¹³ Juzgad por vosotros mismos: ¿Es apropiado que la mujer ore a Dios con la cabeza no cubierta? ¹⁴ ¿Acaso no os enseña la naturaleza misma que le es deshonoroso al hombre dejarse crecer el cabello, ¹⁵ mientras que a la mujer le es honoroso dejarse crecer el cabello? Porque le ha sido dado el cabello en lugar de velo. ¹⁶ Con todo, si alguien quiere ser contencioso, nosotros no tenemos tal costumbre, ni tampoco las iglesias de Dios.

¹⁷ Pero al encargaros lo siguiente no os alabo; pues no os reunís para lo mejor, sino para lo peor. ¹⁸ Primeramente, porque cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros disensiones, y en parte lo creo; ¹⁹ porque es preciso que haya entre vosotros hasta partidismos, para que se manifiesten entre vosotros los que son aprobados. ²⁰ Porque cuando os reunís en uno, eso no es para comer la cena del Señor, ²¹ pues cada cual se adelanta a comer su propia cena; y mientras uno tiene hambre, otro se halla embriagado. ²² ¿Acaso no tenéis casas en donde comer y beber? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? ¡En esto no os alabo!

²³ Porque yo recibí del Señor la enseñanza que también os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan; ²⁴ y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: “Tomad, comed. Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido. Haced esto en memoria de mí.” ²⁵ Asimismo, tomó también la copa después de haber cenado, y dijo: “Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre. Haced esto todas las veces que la bebáis en memoria de mí.” ²⁶ Todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que él venga. ²⁷ De modo que cualquiera que coma este pan y beba esta copa del Señor de manera indigna, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor. ²⁸ Por tanto, examínese cada uno a sí mismo, y coma así del pan y beba de la copa. ²⁹ Porque el que come y bebe, no discerniendo el cuerpo, juicio come y bebe para sí. ³⁰ Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y debilitados, y muchos duermen. ³¹ Pero si nos examináramos bien a nosotros mismos, no se nos juzgaría. ³² Pero siendo juzgados, somos disciplinados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo. ³³ Así que, hermanos míos, cuando os reunáis para comer, esperaos unos a otros. ³⁴ Si alguien tiene hambre, coma en su casa, para que no os reunáis para juicio. Las demás cosas las pondré en orden cuando llegue.

Capítulo 12

¹ Pero no quiero que ignoréis, hermanos, acerca de los dones espirituales. ² Sabéis que cuando erais gentiles, ibais como erais arrastrados, tras los ídolos mudos. ³ Por eso os hago saber que nadie, hablando por el Espíritu de Dios, dice: “Anatema sea Jesús.” Tampoco nadie puede decir: “Jesús es el Señor”, sino por el Espíritu Santo. ⁴ Ahora bien, hay diversidad de dones;

pero el Espíritu es el mismo.⁵ Hay también diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo.⁶ También hay diversidad de actividades, pero el mismo Dios es el que realiza todas las cosas en todos.⁷ Pero a cada cual le es dada la manifestación del Espíritu para provecho mutuo.⁸ Porque a uno se le da palabra de sabiduría por medio del Espíritu; pero a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu;⁹ a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por un solo Espíritu;¹⁰ a otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.¹¹ Pero todas estas cosas las realiza el único y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él designa.

¹² Porque de la manera que el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, y que todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo.¹³ Porque por un solo Espíritu fuimos bautizados todos en un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu.¹⁴ Pues el cuerpo no consiste de un solo miembro, sino de muchos.¹⁵ Si el pie dijera: “Porque no soy mano, no soy parte del cuerpo”, ¿por eso no sería parte del cuerpo? ¹⁶ Y si la oreja dijera: “Porque no soy ojo, no soy parte del cuerpo”, ¿por eso no sería parte del cuerpo? ¹⁷ Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oreja, ¿dónde estaría el olfato? ¹⁸ Pero ahora Dios ha colocado a los miembros en el cuerpo, a cada uno de ellos, como él quiso.¹⁹ Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? ²⁰ Pero ahora son muchos los miembros y a la vez un solo cuerpo.²¹ El ojo no puede decir a la mano: “No tengo necesidad de ti”; ni tampoco la cabeza a los pies: “No tengo necesidad de vosotros.”²² Muy al contrario, los miembros del cuerpo que parecen ser los más débiles son indispensables.²³ Además, a los miembros del cuerpo que estimamos ser de menos honor, a éstos los vestimos aun con más honor; y nuestros miembros menos decorosos son tratados con aun más decoro.²⁴ Porque nuestros miembros más honrosos no tienen necesidad; pero Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba; ²⁵ para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que todos los miembros se preocupen los unos por los otros.²⁶ De manera que si un miembro padece, todos los miembros se conduelen con él; y si un miembro recibe honra, todos los miembros se gozan con él.

²⁷ Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros suyos individualmente. ²⁸ A unos puso Dios en la iglesia, primero apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar maestros; después los que hacen milagros, después los dones de sanidades, los que ayudan, los que administran, los que tienen diversidad de lenguas. ²⁹ ¿Acaso son todos apóstoles? ¿todos profetas? ¿todos maestros? ¿Acaso hacen todos milagros? ³⁰ ¿Acaso tienen todos dones de sanidades? ¿Acaso hablan todos en lenguas? ¿Acaso interpretan todos? ³¹ Con todo, anhelad los mejores dones. Y ahora os mostraré un camino todavía más excelente:

Capítulo 13

¹ Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, vengo a ser como bronce que resuena o un címbalo que retiñe. ² Si tengo profecía y entiendo todos los misterios y todo conocimiento; y si tengo toda la fe, de tal manera que traslade los montes, pero no tengo amor, nada soy. ³ Si reparto todos mis bienes, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve.

⁴ El amor tiene paciencia y es bondadoso. El amor no es celoso. El amor no es ostentoso, ni se hace arrogante. ⁵ No es indecoroso, ni busca lo suyo propio. No se irrita, ni lleva cuentas del mal. ⁶ No se goza de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. ⁷ Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

⁸ El amor nunca deja de ser. Pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas, y se acabará el conocimiento. ⁹ Porque conocemos sólo en parte y en parte profetizamos; ¹⁰ pero cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será abolido. ¹¹ Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño. ¹² Ahora vemos oscuramente por medio de un espejo, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, así como fui conocido. ¹³ Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

Capítulo 14

¹ Seguid el amor; y anhelad los dones espirituales, pero sobre todo, que profeticéis. ² Porque el que habla en una lengua no habla a los hombres sino a Dios; porque nadie le entiende, pues en espíritu habla misterios. ³ En cambio, el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación.

⁴ El que habla en una lengua se edifica a sí mismo, mientras que el que profetiza edifica a la iglesia. ⁵ Así que, yo quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas, pero más, que profetizaseis; porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete, para que la iglesia reciba edificación.

⁶ Ahora pues, hermanos, si yo fuera a vosotros hablando en lenguas, ¿de qué provecho os sería, si no os hablara con revelación, o con conocimiento, o con profecía o con enseñanza? ⁷ Aun las cosas inanimadas como la flauta o el arpa, cuando producen sonido, si no hacen clara distinción de tonos, ¿cómo se sabrá lo que se toca con la flauta o se tañe con el arpa? ⁸ También, si la trompeta produce un sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla? ⁹ Así también vosotros, si mediante la lengua no producís palabras comprensibles, ¿cómo se entenderá lo que se dice? Porque estaréis hablando al aire. ¹⁰ Hay, por ejemplo, tanta diversidad de idiomas en el mundo; y ninguno carece de significado. ¹¹ Por eso, si yo desconozco el significado del idioma, seré como extranjero al que habla, y el que habla será como extranjero para mí. ¹² Así también vosotros; puesto que anheláis los dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la iglesia. ¹³ Por eso, quien habla en una lengua, pida en oración poderla interpretar. ¹⁴ Porque si yo oro en una lengua, mi espíritu ora; pero mi entendimiento queda sin fruto.

¹⁵ ¿Qué pues? Oraré con el espíritu, pero oraré también con el entendimiento. Cantaré con el espíritu, pero cantaré también con el entendimiento. ¹⁶ Pues de otro modo, si das gracias con el espíritu, ¿cómo dirá “amén” a tu acción de gracias el que ocupa el lugar de indocto, ya que no sabe lo que estás diciendo? ¹⁷ Porque tú, a la verdad, expresas bien la acción de gracias, pero el otro no es edificado. ¹⁸ Doy gracias a Dios que hablo en lenguas más que todos vosotros. ¹⁹ Sin embargo, en la iglesia prefiero hablar cinco palabras con mi sentido, para que enseñe también a los demás, que diez mil palabras en una lengua. ²⁰ Hermanos, no seáis niños en el entendimiento; más bien, sed bebés en la malicia, pero hombres maduros en el entendimiento.

²¹ En la ley está escrito: En otras lenguas y con otros labios hablaré a este pueblo, y ni aun así me harán caso, dice el Señor. ²² Así resulta que las lenguas son señal, no para los creyentes, sino para los no creyentes; en cambio, la profecía no es para los no creyentes, sino para los creyentes. ²³ De manera que, si toda la iglesia se reúne en un lugar y todos hablan en lenguas, y entran indoctos o no creyentes, ¿no dirán que estáis locos? ²⁴ Pero si todos profetizan, y entra algún no creyente o indocto, por todos será convencido, por todos será examinado, ²⁵ y lo oculto de su corazón será revelado. Y de esta manera, postrándose sobre su rostro, adorará a Dios y declarará: “¡De veras, Dios está entre vosotros!”

²⁶ ¿Qué significa esto, hermanos? Que cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene un salmo o una enseñanza o una revelación o una lengua o una interpretación. Todo se haga para la edificación. ²⁷ Si es que alguien habla en una lengua, hablen dos o a lo más tres, y por turno; y uno interprete. ²⁸ Y si acaso no hay intérprete, que guarde silencio en la iglesia y hable a sí mismo y a Dios. ²⁹ Igualmente, los profetas hablen dos o tres, y los demás discernan. ³⁰ Si algo es revelado a alguno que está sentado, que calle el primero. ³¹ Porque todos podéis profetizar uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados. ³² Además, los espíritus de los profetas están sujetos a los profetas; ³³ porque Dios no es Dios de desorden, sino de paz. Como en todas las iglesias de los santos,

³⁴ las mujeres guarden silencio en las congregaciones; porque no se les permite hablar, sino que estén sujetas, como también lo dice la ley. ³⁵ Si quieren aprender acerca de alguna cosa, pregunten en casa a sus propios maridos; porque a la mujer le es impropio hablar en la congregación.

³⁶ ¿Salió de vosotros la palabra de Dios? ¿O llegó a vosotros solos? ³⁷ Si alguien cree ser profeta, o espiritual, reconozca que lo que os escribo es mandamiento. ³⁸ Pero si alguien lo ignora, él será ignorado. ³⁹ Así que, hermanos míos, anhelad profetizar; y no impidáis hablar en lenguas. ⁴⁰ Pero hágase todo decentemente y con orden.

Capítulo 15

¹ Además, hermanos, os declaro el evangelio que os prediqué y que recibisteis y en el cual también estáis firmes; ² por el cual también sois salvos, si lo retenéis como yo os lo he predicado. De otro modo, creísteis en vano.

³ Porque en primer lugar os he enseñado lo que también recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; ⁴ que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; ⁵ que apareció a Pedro y después a los doce. ⁶ Luego apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven todavía; y otros ya duermen. ⁷ Luego apareció a Jacobo, y después a todos los apóstoles. ⁸ Y al último de todos, como a uno nacido fuera de tiempo, me apareció a mí también. ⁹ Pues yo soy el más insignificante de los apóstoles, y no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios. ¹⁰ Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia para conmigo no ha sido en vano. Más bien, he trabajado con afán más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios que ha sido conmigo.

¹¹ Porque ya sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído.

¹² Ahora bien, si Cristo es predicado como que ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo es que algunos entre vosotros dicen que no hay resurrección de muertos? ¹³ Porque si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo ha resucitado. ¹⁴ Y si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra predicación; vana también es vuestra fe. ¹⁵ Y aun somos hallados falsos testigos de Dios, porque hemos atestiguado de Dios que resucitó a Cristo, al cual no resucitó, si se toma por sentado que los muertos no resucitan. ¹⁶ Porque si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado; ¹⁷ y si Cristo no ha resucitado, vuestra fe es inútil; todavía estáis en vuestros pecados. ¹⁸ En tal caso, también los que han dormido en Cristo han perecido. ¹⁹ ¡Si sólo en esta vida hemos tenido esperanza en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres!

²⁰ Pero ahora, Cristo sí ha resucitado de entre los muertos, como primicias de los que durmieron. ²¹ Puesto que la muerte entró por medio de un hombre, también por medio de un hombre ha venido la resurrección de los muertos.

²² Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. ²³ Pero cada uno en su orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. ²⁴ Después el fin, cuando él entregue el reino al

Dios y Padre, cuando ya haya anulado todo principado, autoridad y poder.

²⁵ Porque es necesario que él reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. ²⁶ El último enemigo que será destruido es la muerte. ²⁷ Porque ha sujetado todas las cosas debajo de sus pies. Pero cuando dice: “Todas las cosas están sujetas a él”, claramente está exceptuando a aquel que le sujetó todas las cosas. ²⁸ Pero cuando aquél le ponga en sujeción todas las cosas, entonces el Hijo mismo también será sujeto al que le sujetó todas las cosas, para que Dios sea el todo en todos. ²⁹ Por otro lado, ¿qué harán los que se bautizan por los muertos? Si los muertos de ninguna manera resucitan, ¿por qué, pues, se bautizan por ellos? ³⁰ ¿Y por qué, pues, nos arriesgamos nosotros a toda hora? ³¹ Sí, hermanos, cada día muero; lo aseguro por lo orgulloso que estoy de vosotros en Cristo Jesús nuestro Señor. ³² Si como hombre batallé en Efeso contra las fieras, ¿de qué me aprovecha? Si los muertos no resucitan, ¿comamos y bebamos, que mañana moriremos! ³³ No os dejéis engañar: “Las malas compañías corrompen las buenas costumbres.” ³⁴ Volved a la sobriedad, como es justo, y no pequéis más, porque algunos tienen ignorancia de Dios. Para vergüenza vuestra lo digo.

³⁵ Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vienen? ³⁶ Necio, lo que tú siembras no llega a tener vida a menos que muera. ³⁷ Y lo que siembras, no es el cuerpo que ha de salir, sino el mero grano, ya sea de trigo o de otra cosa. ³⁸ Pero Dios le da un cuerpo como quiere, a cada semilla su propio cuerpo. ³⁹ No toda carne es la misma carne; sino que una es la carne de los hombres, otra la carne de los animales, otra la de las aves y otra la de los peces. ⁴⁰ También hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales. Pero de una clase es la gloria de los celestiales; y de otra, la de los terrenales. ⁴¹ Una es la gloria del sol, otra es la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella es diferente de otra en gloria. ⁴² Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción; se resucita en incorrupción. ⁴³ Se siembra en deshonra; se resucita con gloria. Se siembra en debilidad; se resucita con poder. ⁴⁴ Se siembra cuerpo natural; se resucita cuerpo espiritual. Hay cuerpo natural; también hay cuerpo espiritual. ⁴⁵ Así también está escrito: el primer hombre Adán llegó a ser un alma viviente; y el postrer Adán, espíritu vivificante. ⁴⁶ Pero lo espiritual no es primero, sino lo natural; luego lo espiritual. ⁴⁷ El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es celestial. ⁴⁸ Como es el terrenal, así son también los terrenales; y como es el celestial, así son también los celestiales. ⁴⁹ Y así como

hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial.
⁵⁰ Y esto digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios, ni la corrupción heredar la incorrupción.

⁵¹ He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos transformados ⁵² en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la trompeta final. Porque sonará la trompeta, y los muertos serán resucitados sin corrupción; y nosotros seremos transformados. ⁵³ Porque es necesario que esto corruptible sea vestido de incorrupción, y que esto mortal sea vestido de inmortalidad. ⁵⁴ Y cuando esto corruptible se vista de incorrupción y esto mortal se vista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: ¡Sorbida es la muerte en victoria! ⁵⁵ ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ⁵⁶ Pues el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado es la ley. ⁵⁷ Pero gracias a Dios, quien nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo.

⁵⁸ Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, abundando siempre en la obra del Señor, sabiendo que vuestro arduo trabajo en el Señor no es en vano.

Capítulo 16

¹ En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la misma manera que ordené a las iglesias de Galacia. ² El primer día de la semana, cada uno de vosotros guarde algo en su casa, atesorando en proporción a cómo esté prosperando, para que cuando yo llegue no haya entonces que levantar ofrendas. ³ Cuando yo esté allí, enviaré a los que vosotros aprobéis por cartas, para llevar vuestro donativo a Jerusalén. ⁴ Y si conviene que yo también vaya, ellos irán conmigo.

⁵ Iré a vosotros cuando haya pasado por Macedonia, porque por Macedonia he de pasar. ⁶ Puede ser que me quede con vosotros o que hasta pase allí el invierno, para que luego vosotros me encaminéis a donde deba ir. ⁷ Porque ahora no quiero veros de paso, sino que espero quedarme algún tiempo con vosotros, si el Señor lo permite. ⁸ Pero me quedaré en Efeso hasta Pentecostés; ⁹ porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz, y hay muchos adversarios.

¹⁰ Si llega Timoteo, mirad que esté con vosotros sin temor; porque él trabaja en la obra del Señor, igual que yo. ¹¹ Por tanto, nadie le tenga en poco; más bien, encaminadlo en paz para que venga a mí, porque le espero con los hermanos. ¹² Acerca del hermano Apolos, le animé mucho a que fuera a vosotros con los hermanos; pero de ninguna manera había voluntad para ir ahora. Sin embargo, irá cuando tenga oportunidad.

¹³ Vigilad; estad firmes en la fe; sed valientes y esforzaos. ¹⁴ Todas vuestras cosas sean hechas con amor. ¹⁵ Hermanos, sabéis que la casa de Estéfanos es las primicias de Acaya y que se han dedicado al servicio de los santos; os ruego ¹⁶ que vosotros os sujetéis a los tales y a todos los que colaboran y trabajan arduamente. ¹⁷ Me alegro de la venida de Estéfanos, Fortunato y Acaico, porque éstos suplieron lo que me faltaba de vuestra parte; ¹⁸ porque tranquilizaron mi espíritu y el vuestro. Reconoced, pues, a los tales.

¹⁹ Os saludan las iglesias de Asia. Aquilas y Priscila, con la iglesia que está en su casa, os saludan mucho en el Señor. ²⁰ Os saludan todos los hermanos. Saludaos los unos a los otros con un beso santo. ²¹ La salutación de mi mano: Pablo. ²² Si alguno no ama al Señor, sea anatema. ¡Maranatha! ²³ La gracia del Señor Jesús sea con todos vosotros. ²⁴ Mi amor sea con todos vosotros en Cristo Jesús. Amén.

2 CORINTIOS

Capítulo 1

¹ Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo; a la iglesia de Dios que está en Corinto, juntamente con todos los santos que están en toda Acaya: ² Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

³ Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, ⁴ quien nos consuela en todas nuestras tribulaciones. De esta manera, con la consolación con que nosotros mismos somos consolados por Dios, también nosotros podemos consolar a los que están en cualquier tribulación. ⁵ Porque de la manera que abundan a favor nuestro las aflicciones de Cristo, así abunda también nuestra consolación por el mismo Cristo. ⁶ Pero si somos atribulados, lo es para vuestro consuelo y salvación; o si somos consolados, es para vuestra consolación, la cual resulta en que perseveráis bajo las mismas aflicciones que también nosotros padecemos.

⁷ Y nuestra esperanza con respecto a vosotros es firme, porque sabemos que así como sois compañeros en las aflicciones, lo sois también en la consolación. ⁸ Porque no queremos que ignoréis, hermanos, en cuanto a la tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera, más allá de nuestras fuerzas, hasta perder aun la esperanza de vivir. ⁹ Pero ya teníamos en nosotros mismos la sentencia de muerte, para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios que levanta a los muertos, ¹⁰ quien nos libró y nos libra de tan terrible muerte. Y en él hemos puesto nuestra esperanza de que aún nos libraré, ¹¹ porque vosotros también estáis cooperando a nuestro favor con ruegos, a fin de que el don que se nos concedió sea para que muchas personas den gracias a nuestro favor.

¹² Porque nuestro motivo de gloria es éste: el testimonio de nuestra conciencia de que nos hemos conducido en el mundo (y especialmente ante vosotros), con sencillez y la sinceridad que proviene de Dios, y no en sabiduría humana, sino en la gracia de Dios. ¹³ Porque no os escribimos otras cosas que las que leéis y también comprendéis; y espero que hasta el fin las comprenderéis,

¹⁴ como también en parte nos habéis comprendido, que somos vuestro motivo de gloria, así como también vosotros lo seréis para nosotros en el día de nuestro Señor Jesús.

¹⁵ Con esta confianza, quise ir antes a vosotros para que tuvieseis una segunda gracia, ¹⁶ y pasar de vosotros a Macedonia; y volver otra vez de Macedonia a vosotros para ser encaminado por vosotros a Judea. ¹⁷ Siendo ése mi deseo, ¿acaso usé de ligereza? ¿O será que lo que quiero hacer, lo quiero según la carne; de manera que en mí haya un “sí, sí” y un “no, no”? ¹⁸ Pero Dios es fiel: Nuestra palabra para vosotros no es “sí y no”. ¹⁹ Porque Jesucristo, el Hijo de Dios, que ha sido predicado entre vosotros por nosotros (por mí, por Silas y por Timoteo), no fue “sí y no”; más bien, fue “sí” en él. ²⁰ Porque todas las promesas de Dios son en él “sí”; y por tanto, también por medio de él, decimos “amén” a Dios, para su gloria por medio nuestro. ²¹ Y Dios es el que nos confirma con vosotros en Cristo y el que nos ungió; ²² es también quien nos ha sellado y ha puesto como garantía al Espíritu en nuestros corazones. ²³ Pero yo invoco a Dios por testigo sobre mi alma, que es por consideración a vosotros que no he pasado todavía a Corinto. ²⁴ Porque no nos estamos enseñoreando de vuestra fe. Más bien, somos colaboradores para vuestro gozo, porque por la fe estáis firmes.

Capítulo 2

¹ Así que decidí en mí mismo no ir otra vez a vosotros con tristeza. ² Porque si yo os causo tristeza, ¿quién será luego el que me alegre, sino aquel a quien yo causé tristeza? ³ Y a pesar de que estoy confiado en todos vosotros de que mi gozo es el mismo de todos vosotros, os escribí esto mismo para que cuando llegue, no tenga tristeza por causa de aquellos por quienes me debiera gozar. ⁴ Porque os escribí en mucha tribulación y angustia de corazón, y con muchas lágrimas; no para entristeceros, sino para que sepáis cuán grande es el amor que tengo por vosotros.

⁵ Si alguno ha causado tristeza, no me ha entristecido sólo a mí, sino en cierta medida (para no exagerar) a todos vosotros. ⁶ Basta ya para dicha persona la reprensión de la mayoría. ⁷ Así que, más bien, debierais perdonarle y animarle, para que no sea consumido por demasiada tristeza. ⁸ Por lo tanto, os exhorto a que reafirméis vuestro amor para con él. ⁹ Porque también os escribí

con este motivo, para tener la prueba de que vosotros sois obedientes en todo.

¹⁰ Al que vosotros habréis perdonado algo, yo también. Porque lo que he perdonado, si algo he perdonado, por vuestra causa lo he hecho en presencia de Cristo; ¹¹ para que no seamos engañados por Satanás, pues no ignoramos sus propósitos.

¹² Cuando llegué a Troas para predicar el evangelio de Cristo, aunque se me había abierto puerta en el Señor, ¹³ no tuve reposo en mi espíritu por no haber hallado a mi hermano Tito. Así que me despedí de ellos y partí para Macedonia.

¹⁴ Pero gracias a Dios, que hace que siempre triunfemos en Cristo y que manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento por medio de nosotros.

¹⁵ Porque para Dios somos olor fragante de Cristo en los que se salvan y en los que se pierden. ¹⁶ A los unos, olor de muerte para muerte; mientras que a los otros, olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?

¹⁷ Porque no somos, como muchos, traficantes de la palabra de Dios; más bien, con sinceridad y como de parte de Dios, hablamos delante de Dios en Cristo.

Capítulo 3

¹ ¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O acaso tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros, o de vosotros? ² Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres. ³ Es evidente que vosotros sois carta de Cristo, expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de corazones humanos.

⁴ Esta confianza tenemos delante de Dios, por medio de Cristo: ⁵ no que seamos suficientes en nosotros mismos, como para pensar que algo proviene de nosotros, sino que nuestra suficiencia proviene de Dios.

⁶ El mismo nos capacitó como ministros del nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu. Porque la letra mata, pero el Espíritu vivifica. ⁷ Y si el ministerio de muerte, grabado con letras sobre piedras, vino con gloria — tanto que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual se había de desvanecer —, ⁸ ¿cómo no será con mayor gloria el ministerio del Espíritu! ⁹ Porque si el ministerio de condenación era con gloria, ¿cuánto más abunda en gloria el ministerio de justificación! ¹⁰ Pues lo que había sido glorioso no es glorioso en comparación con esta excelente gloria. ¹¹ Porque

si lo que se desvanecía era por medio de gloria, ¡cuánto más excede en gloria lo que permanece!

¹² Así que, teniendo tal esperanza, actuamos con mucha confianza; ¹³ no como Moisés, quien ponía un velo sobre su cara para que los hijos de Israel no se fijaran en el fin de lo que se estaba desvaneciendo. ¹⁴ Sin embargo, sus mentes fueron endurecidas; pues hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, el mismo velo sigue puesto, porque sólo en Cristo es quitado. ¹⁵ Aún hasta el día de hoy, cada vez que leen a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. ¹⁶ Pero cuando se conviertan al Señor, el velo será quitado. ¹⁷ Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. ¹⁸ Por tanto, todos nosotros, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.

Capítulo 4

¹ Por esto, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que nos fue dada, no desmayamos. ² Pero rechazamos los tapujos de vergüenza, no procediendo con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino que, por la clara demostración de la verdad, nos recomendamos a nosotros mismos a toda conciencia humana delante de Dios. ³ Pero aun si nuestro evangelio está encubierto, entre los que se pierden está encubierto. ⁴ Pues el dios de esta edad presente ha cegado el entendimiento de los incrédulos, para que no les ilumine el resplandor del evangelio de la gloria de Cristo, quien es la imagen de Dios. ⁵ Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús como Señor; y a nosotros, como siervos vuestros por causa de Jesús. ⁶ Porque el Dios que dijo: “La luz resplandecerá de las tinieblas” es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Jesucristo. ⁷ Con todo, tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros.

⁸ Estamos atribulados en todo, pero no angustiados; perplejos, pero no desesperados; ⁹ perseguidos, pero no desamparados; abatidos, pero no destruidos. ¹⁰ Siempre llevamos en el cuerpo la muerte de Jesús por todas partes, para que también en nuestro cuerpo se manifieste la vida de Jesús.

¹¹ Porque nosotros que vivimos, siempre estamos expuestos a muerte por

causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. ¹² De manera que en nosotros actúa la muerte, pero en vosotros actúa la vida. ¹³ Sin embargo, tenemos el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí; por lo tanto hablé. Nosotros también creemos; por lo tanto también hablamos, ¹⁴ sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará a su lado juntamente con vosotros. ¹⁵ Porque todas estas cosas suceden por causa vuestra para que, mientras aumente la gracia por medio de muchos, abunde la acción de gracias para la gloria de Dios. ¹⁶ Por tanto, no desmayamos; más bien, aunque se va desgastando nuestro hombre exterior, el interior, sin embargo, se va renovando de día en día. ¹⁷ Porque nuestra momentánea y leve tribulación produce para nosotros un eterno peso de gloria más que incomparable; ¹⁸ no fijando nosotros la vista en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque las que se ven son temporales, mientras que las que no se ven son eternas.

Capítulo 5

¹ Porque sabemos que si nuestra casa terrenal, esta tienda temporal, se deshace, tenemos un edificio de parte de Dios, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. ² Pues en esta tienda gemimos deseando ser sobrevestidos de nuestra habitación celestial; ³ y aunque habremos de ser desvestidos, no seremos hallados desnudos. ⁴ Porque los que estamos en esta tienda gemimos agobiados, porque no quisiéramos ser desvestidos, sino sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. ⁵ Pues el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado la garantía del Espíritu. ⁶ Así vivimos, confiando siempre y comprendiendo que durante nuestra estancia en el cuerpo peregrinamos ausentes del Señor. ⁷ Porque andamos por fe, no por vista. ⁸ Pues confiamos y consideramos mejor estar ausentes del cuerpo, y estar presentes delante del Señor. ⁹ Por lo tanto, estemos presentes o ausentes, nuestro anhelo es serle agradables. ¹⁰ Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho por medio del cuerpo, sea bueno o malo. ¹¹ Conociendo, entonces, el temor del Señor, persuadimos a los hombres; pues a Dios le es manifiesto lo que somos, y espero que también lo sea a vuestras conciencias.

¹² No nos recomendamos otra vez ante vosotros, sino que os damos ocasión de gloriaros por nosotros, con el fin de que tengáis respuesta frente a los que se glorían en las apariencias y no en el corazón. ¹³ Porque si estamos fuera de nosotros, es para Dios; o si estamos en nuestro juicio, es para vosotros.

¹⁴ Porque el amor de Cristo nos impulsa, considerando esto: que uno murió por todos; por consiguiente, todos murieron. ¹⁵ Y él murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.

¹⁶ De manera que nosotros, de aquí en adelante, a nadie conocemos según la carne; y aun si hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no le conocemos así. ¹⁷ De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. ¹⁸ Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo y nos ha dado el ministerio de la reconciliación: ¹⁹ que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándonos en cuenta sus transgresiones y encomendándonos a nosotros la palabra de la reconciliación. ²⁰ Así que, somos embajadores en nombre de Cristo; y como Dios os exhorta por medio nuestro, rogamos en nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios! ²¹ Al que no conoció pecado, por nosotros Dios le hizo pecado, para que nosotros fuéramos hechos justicia de Dios en él.

Capítulo 6

¹ Y así nosotros, como colaboradores, os exhortamos también que no recibáis en vano la gracia de Dios; ² porque dice: En tiempo favorable te escuché, y en el día de la salvación te socorrí. ¡He aquí ahora el tiempo más favorable! ¡He aquí ahora el día de salvación! ³ No damos a nadie ocasión de tropiezo en nada, para que nuestro ministerio no sea desacreditado. ⁴ Más bien, en todo nos presentamos como ministros de Dios: en mucha perseverancia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, ⁵ en azotes, en cárceles, en tumultos, en duras labores, en desvelos, en ayunos, ⁶ en pureza, en conocimiento, en tolerancia, en bondad, en el Espíritu Santo, en amor no fingido, ⁷ en palabra de verdad, en poder de Dios, por medio de armas de justicia a derecha y a izquierda; ⁸ por honra y deshonra, por mala fama y buena fama; como engañadores, pero siendo hombres de verdad; ⁹ como no conocidos, pero

bien conocidos; como muriendo, pero he aquí vivimos; como castigados, pero no muertos; ¹⁰ como entristecidos, pero siempre gozosos; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo.

¹¹ Nuestra boca ha sido franca con vosotros, oh corintios; nuestro corazón está abierto. ¹² No estáis limitados en nosotros; lo estáis en vuestros propios corazones. ¹³ Pues para corresponder del mismo modo, como a hijos os hablo: ¡Abrid vosotros también vuestro corazón! ¹⁴ No os unáis en yugo desigual con los no creyentes. Porque ¿qué compañerismo tiene la rectitud con el desorden? ¿Qué comunión tiene la luz con las tinieblas? ¹⁵ ¿Qué armonía hay entre Cristo y Belial? ¿Qué parte tiene el creyente con el no creyente? ¹⁶ ¿Qué acuerdo puede haber entre un templo de Dios y los ídolos? Porque nosotros somos templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos. Yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. ¹⁷ Por lo cual, ¡Salid de en medio de ellos, y apartaos! dice el Señor. No toquéis lo impuro, y yo os recibiré; ¹⁸ y seré para vosotros Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso.

Capítulo 7

¹ Así que, amados, ya que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda impureza de cuerpo y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios. ² Recibidnos. A nadie hemos agraviado; a nadie hemos corrompido; a nadie hemos explotado. ³ No digo esto para condenaros; porque ya dije que estáis en nuestros corazones, para juntos morir y juntos vivir. ⁴ Tengo mucha confianza en vosotros; mucho me glorío en vosotros; lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en toda nuestra aflicción.

⁵ Cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestro cuerpo; más bien, en todo fuimos atribulados: de fuera conflictos, de dentro temores. ⁶ Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito. ⁷ Y no sólo con su venida, sino también con la consolación que él recibió en cuanto a vosotros, haciéndonos saber vuestro anhelo, vuestras lágrimas y vuestro celo por mí, para que así me gozara más. ⁸ Porque si bien os causé tristeza con la carta, no me pesa, aunque entonces sí me pesó; porque veo que aquella carta os causó tristeza sólo por un tiempo. ⁹ Ahora me gozo, no porque hayáis sentido tristeza, sino porque fuisteis entristecidos hasta el arrepentimiento; pues habéis sido entristecidos según Dios, para que ningún daño sufrierais de nuestra

parte. ¹⁰ Porque la tristeza que es según Dios genera arrepentimiento para salvación, de que no hay que lamentarse; pero la tristeza del mundo degenera en muerte. ¹¹ Pues he aquí, el mismo hecho de que hayáis sido entristecidos según Dios, ¡cuánta diligencia ha producido en vosotros! ¡Qué disculpas, qué indignación, qué temor, qué ansiedad, qué celo y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto.

¹² Así que, si bien os escribí, no fue por causa del que cometió la ofensa ni por causa del que la padeció, sino para que vuestra solicitud por nosotros se manifestara entre vosotros en la presencia de Dios. ¹³ Por tanto, hemos sido consolados. Pero mucho más que por nuestra consolación, nos gozamos por el gozo de Tito, porque su espíritu ha sido reanimado por todos vosotros. ¹⁴ Pues si en algo me he mostrado orgulloso de vosotros ante él, no quedé avergonzado. Al contrario, como os habíamos dicho todo con verdad, así también nuestro motivo de orgullo ante Tito fue hallado verdadero. ¹⁵ Ahora sus sentimientos se han intensificado con respecto a vosotros, recordando la obediencia de todos vosotros, de cómo lo recibisteis con temor y temblor. ¹⁶ Me gozo de que en todo puedo confiar en vosotros.

Capítulo 8

¹ Ahora, hermanos, os hacemos conocer la gracia de Dios que ha sido concedida a las iglesias de Macedonia; ² que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su extrema pobreza abundaron en las riquezas de su generosidad. ³ Porque doy testimonio de que espontáneamente han dado de acuerdo con sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, ⁴ pidiéndonos con muchos ruegos que les concediéramos la gracia de participar en la ayuda para los santos. ⁵ Y superando lo que esperábamos, se dieron primeramente ellos mismos al Señor y a nosotros, por la voluntad de Dios. ⁶ De manera que exhortamos a Tito para que así como ya había comenzado, también llevase a cabo esta gracia entre vosotros.

⁷ Por tanto, así como ya abundáis en todo — en fe, en palabra, en conocimiento, en toda diligencia y en vuestro amor para con nosotros —, abundad también en esta gracia. ⁸ No hablo como quien manda, sino para poner también a prueba, por la eficacia de otros, la sinceridad de vuestro amor. ⁹ Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico,

por amor de vosotros se hizo pobre, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos. ¹⁰ Y en esto doy mi consejo; porque esto os conviene a vosotros que desde el año pasado tomasteis la iniciativa, no sólo para hacerlo, sino también para quererlo hacer. ¹¹ Ahora pues, llevad el hecho a su culminación para que, como fuisteis prontos a querer, así lo seáis para cumplir conforme a lo que tenéis. ¹² Porque si primero se tiene dispuesta la voluntad, se acepta según lo que uno tenga, no según lo que no tenga. ¹³ Pero no digo esto para que haya para otros alivio, y para vosotros estrechez; ¹⁴ sino para que haya igualdad. En este tiempo vuestra abundancia supla lo que a ellos les falta, para que también la abundancia de ellos supla lo que a vosotros os falte, a fin de que haya igualdad; ¹⁵ como está escrito: El que recogió mucho no tuvo más, y el que recogió poco no tuvo menos.

¹⁶ Gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros. ¹⁷ Pues él, a la verdad, aceptó la exhortación; pero siendo también muy solícito, de su propia iniciativa partió hacia vosotros. ¹⁸ Y enviamos juntamente con él al hermano cuyo renombre en el evangelio se oye en todas las iglesias. ¹⁹ Y no sólo esto, sino que también ha sido designado por las iglesias como compañero de viaje, para llevar esta expresión de generosidad que es administrada por nosotros para gloria del Señor mismo, y para demostrar nuestra solicitud, ²⁰ evitando que nadie nos desacredite con respecto a este abundante donativo que administramos. ²¹ Porque procuramos que las cosas sean honestas, no sólo delante del Señor, sino también delante de los hombres. ²² Y enviamos con ellos a nuestro hermano, cuya diligencia hemos comprobado muchas veces; pero ahora mucho más, por la mucha confianza que tiene en vosotros. ²³ En cuanto a Tito, él es compañero mío y colaborador para con vosotros; y en cuanto a nuestros hermanos, ellos son mensajeros de las iglesias y gloria de Cristo. ²⁴ Mostrad, pues, para con ellos ante las iglesias la prueba de nuestro amor y de nuestro motivo de orgullo respecto de vosotros.

Capítulo 9

¹ En cuanto a esta ayuda para los santos, está de más que os escriba; ² pues conozco vuestra pronta disposición, por la cual me glorié de vosotros entre los de Macedonia: “Acaya está preparada desde el año pasado.” Y vuestro celo ha servido de estímulo para muchos. ³ Pero he enviado a estos hermanos para

que el orgullo que tenemos de vosotros no sea vano en este respecto, y para que estéis preparados, como vengo diciendo. ⁴ No sea que, si van conmigo algunos macedonios y os hallan no preparados, nos avergoncemos nosotros (por no decir vosotros) por haber tenido esta confianza. ⁵ Por eso he creído conveniente exhortar a los hermanos a que vayan a vosotros con anticipación y preparen primero vuestra generosidad antes prometida, para que esté lista como muestra de generosidad y no como de exigencia.

⁶ Y digo esto: El que siembra escasamente cosechará escasamente, y el que siembra con generosidad también con generosidad cosechará. ⁷ Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por obligación; porque Dios ama al dador alegre. ⁸ Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abundéis para toda buena obra; ⁹ como está escrito: Esparció; dio a los pobres. Su justicia permanece para siempre. ¹⁰ El que da semilla al que siembra y pan para comer, proveerá y multiplicará vuestra semilla y aumentará los frutos de vuestra justicia. ¹¹ Esto, para que seáis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce acciones de gracias a Dios por medio de nosotros.

¹² Porque el ministrar este servicio sagrado no solamente suple lo que falta a los santos, sino que redundando en abundantes acciones de gracias a Dios. ¹³ Al experimentar esta ayuda, ellos glorificarán a Dios por la obediencia que profesáis al evangelio de Cristo, y por vuestra liberalidad en la contribución para con ellos y con todos. ¹⁴ Además, por su oración a vuestro favor, demuestran que os quieren a causa de la sobreabundante gracia de Dios en vosotros.

¹⁵ ¡Gracias a Dios por su don inefable!

Capítulo 10

¹ Ahora yo, Pablo, os exhorto por la mansedumbre y ternura de Cristo, ¡yo que en persona soy humilde entre vosotros, pero ausente soy osado para con vosotros! ² Os ruego que cuando esté presente, no tenga que usar de la osadía con que resueltamente estoy dispuesto a proceder contra algunos que piensan que andamos según la carne. ³ Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; ⁴ porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas. ⁵ Destruimos los argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios;

llevamos cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo,⁶ y estamos dispuestos a castigar toda desobediencia, una vez que vuestra obediencia sea completa.

⁷ ¡Miráis las cosas según las apariencias! Si alguien está convencido dentro de sí que es de Cristo, considere de nuevo que así como él es de Cristo, también nosotros lo somos.⁸ Porque si me glorío un poco más de nuestra autoridad, la cual el Señor nos ha dado para edificación y no para vuestra destrucción, no seré avergonzado;⁹ para que no parezca que quiero atemorizaros por cartas.¹⁰ Porque dicen: “Aunque sus cartas son duras y fuertes, su presencia física es débil, y su palabra despreciable.”¹¹ Esto tenga en cuenta tal persona: Lo que somos en palabra por carta cuando estamos ausentes, lo mismo seremos también en hechos cuando estemos presentes.

¹² Porque no osamos clasificarnos o compararnos con algunos que se recomiendan a sí mismos. Pero ellos, midiéndose y comparándose a sí mismos consigo mismos, no son juiciosos.¹³ Pero nosotros no nos gloriaremos desmedidamente, sino conforme a la medida de la regla que Dios nos asignó, para llegar también hasta vosotros.¹⁴ Porque no nos salimos de nuestros límites, como si no hubiéramos llegado a vosotros; pues hasta vosotros hemos llegado con el evangelio de Cristo,¹⁵ no gloriándonos desmedidamente en trabajos ajenos. Más bien, tenemos la esperanza de que, con el progreso de vuestra fe, se incrementará considerablemente nuestro campo entre vosotros, conforme a nuestra norma;¹⁶ para que anunciemos el evangelio en los lugares más allá de vosotros, sin entrar en territorio ajeno como para gloriarnos de la obra ya realizada por otros.¹⁷ Pero el que se gloria, glorié en el Señor.¹⁸ Porque no es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda.

Capítulo 11

¹ ¡Ojalá me toleraseis un poco de locura! ¡De veras, toleradme!² Porque os celo con celo de Dios, pues os he desposado con un solo marido, para presentaros como una virgen pura a Cristo.³ Pero me temo que, así como la serpiente con su astucia engañó a Eva, de alguna manera vuestros pensamientos se hayan extraviado de la sencillez y la pureza que debéis a Cristo.⁴ Porque si

alguien viene predicando a otro Jesús al cual no hemos predicado, o si recibís otro espíritu que no habíais recibido, u otro evangelio que no habíais aceptado, ¡qué bien lo toleráis!

⁵ Porque estimo que en nada soy inferior a aquellos apóstoles eminentes; ⁶ pues aunque yo sea pobre en elocuencia, no lo soy en conocimiento, como en todo os lo he demostrado por todos los medios. ⁷ ¿Cometí pecado humillándome a mí mismo para que vosotros seáis enaltecidos, porque os he predicado gratuitamente el evangelio? ⁸ He despojado a otras iglesias, recibiendo sostenimiento para ministraros a vosotros. ⁹ Cuando estaba entre vosotros y tuve necesidad, a ninguno fui carga porque lo que me faltaba lo suplieron los hermanos cuando vinieron de Macedonia. En todo me guardé de seros gravoso, y así me guardaré. ¹⁰ ¡Por la verdad de Cristo que está en mí, este motivo de orgullo no me será negado en las regiones de Acaya! ¹¹ ¿Por qué? ¿Porque no os amo? Dios lo sabe. ¹² Pero seguiré haciendo lo que hago, para quitarles la ocasión a aquellos que la desean, con el fin de que en lo que se jactan se encuentren en las mismas condiciones que nosotros. ¹³ Porque los tales son falsos apóstoles, obreros fraudulentos disfrazados como apóstoles de Cristo. ¹⁴ Y no es de maravillarse, porque Satanás mismo se disfraza como ángel de luz. ¹⁵ Así que, no es gran cosa que también sus ministros se disfracen como ministros de justificación, cuyo fin será conforme a sus obras.

¹⁶ Otra vez digo: que nadie me tome por loco. Pero si no, recibidme aunque sea como a loco, para que me glorie siquiera un poquito. ¹⁷ Lo que ahora digo, no lo digo según el Señor, sino como en locura, con esta base de jactancia. ¹⁸ Ya que muchos se jactan según la carne, también yo me jactaré. ¹⁹ Pues con gusto toleráis a los locos, siendo vosotros sensatos. ²⁰ Porque lo toleráis si alguien os esclaviza, si alguien os devora, si alguien se aprovecha de vosotros, si alguien se ensalza, si alguien os hiere en la cara... ²¹ Con vergüenza lo digo, como que hemos sido débiles. Pero en lo que otro se atreva (hablo con locura), yo también me atrevo.

²² ¿Son hebreos? Yo también. ¿Son israelitas? Yo también. ¿Son descendientes de Abraham? Yo también. ²³ ¿Son ministros de Cristo? (Hablo como delirando.) ¡Yo más! En trabajos arduos, más; en cárceles, más; en azotes, sin medida; en peligros de muerte, muchas veces. ²⁴ Cinco veces he recibido de los judíos cuarenta azotes menos uno; ²⁵ tres veces he sido flagelado con varas; una vez he sido apedreado; tres veces he padecido naufragio; una

noche y un día he estado en lo profundo del mar.²⁶ Muchas veces he estado en viajes a pie, en peligros de ríos, en peligros de asaltantes, en peligros de los de mi nación, en peligros de los gentiles, en peligros en la ciudad, en peligros en el desierto, en peligros en el mar, en peligros entre falsos hermanos;²⁷ en trabajo arduo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.²⁸ Y encima de todo, lo que se agolpa sobre mí cada día: la preocupación por todas las iglesias.²⁹ ¿Quién se enferma sin que yo no me enferme? ¿A quién se hace tropezar sin que yo no me indigne?³⁰ Si es preciso gloriarse, yo me gloriaré de mi debilidad.³¹ El Dios y Padre de nuestro Señor Jesús, quien es bendito por los siglos, sabe que no miento.³² En Damasco, el gobernador bajo el rey Aretas guardaba la ciudad de los damascenos para prenderme;³³ pero fui descolgado del muro por una ventana en una canasta, y escapé de sus manos.

Capítulo 12

¹ Me es preciso gloriarme, aunque no es provechoso. Sin embargo, recurriré a las visiones y revelaciones del Señor.² Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años — si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe — fue arrebatado hasta el tercer cielo.³ Y sé respecto a este hombre — si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe —⁴ que fue arrebatado al paraíso, donde escuchó cosas inefables que al hombre no le es permitido expresar.⁵ ¡De aquel hombre me gloriaré! Pero de mí mismo no me gloriaré sino en mis debilidades.⁶ Porque, si acaso quisiera gloriarme, no sería yo insensato, pues diría la verdad. Pero desisto, para que nadie piense de mí más de lo que ve en mí u oye de mí.⁷ Y para que no me exalte desmedidamente por la grandeza de las revelaciones, me ha sido dado un aguijón en la carne, un mensajero de Satanás, que me abofetee para que no me enaltezca demasiado.⁸ En cuanto a esto, tres veces he rogado al Señor que lo quite de mí;⁹ y me ha dicho: “Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en tu debilidad.” Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que habite en mí el poder de Cristo.¹⁰ Por eso me complazco en las debilidades, afrentas, necesidades, persecuciones y angustias por la causa de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

¹¹ ¡Me he hecho necio! ¡Vosotros me obligasteis! Pues más bien, yo debería ser recomendado por vosotros; porque en nada he sido menos que los

apóstoles eminentes, aunque nada soy. ¹² Las señales de apóstol han sido realizadas entre vosotros con toda paciencia, con señales, prodigios y hechos poderosos. ¹³ Pues, ¿en qué habéis sido menos que las otras iglesias, excepto en que yo mismo no os he sido carga? ¡Perdonadme este agravio! ¹⁴ He aquí estoy listo para ir a vosotros por tercera vez, y no os seré carga. Porque no busco vuestras cosas, sino a vosotros; pues los hijos no tienen obligación de atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. ¹⁵ Sin embargo, de muy buena gana gastaré yo de lo mío, y me desgastaré a mí mismo por vuestras almas. Si os amo más, ¿seré amado menos? ¹⁶ Bien, que sea así: Yo no os fui gravoso, ¡pero siendo astuto, os prendí por engaño! ¹⁷ ¿Acaso os he engañado por medio de alguno de los que he enviado a vosotros? ¹⁸ Rogué a Tito y envié con él al hermano. ¿Acaso os engañó Tito? ¿No hemos procedido con el mismo espíritu y por las mismas pisadas? ¹⁹ ¿Os parece que todavía nos estamos defendiendo ante vosotros? Delante de Dios y en Cristo hablamos; y todo, amados, para vuestra edificación. ²⁰ Pero me temo que quizás, cuando llegue, no os halle tales como quiero, y que yo sea hallado por vosotros tal como no queréis. Temo que haya entre vosotros contiendas, celos, iras, enojos, disensiones, calumnias, murmuraciones, insolencias y desórdenes. ²¹ Temo que, cuando vuelva, Dios me humille entre vosotros y yo tenga que llorar por muchos que antes han pecado y no se han arrepentido de los actos de impureza, inmoralidad sexual y libertinaje que han cometido.

Capítulo 13

¹ Esta es la tercera vez que voy a vosotros. Por la boca de dos o tres testigos se decidirá todo asunto. ² Lo he dicho antes, cuando estaba presente en mi segundo viaje; y ahora que estoy ausente, también lo repito a los que antes han pecado y a todos los demás: que si voy otra vez, no seré indulgente, ³ puesto que buscáis una prueba de que Cristo habla en mí. Y él no es débil para con vosotros, sino que es poderoso en vosotros. ⁴ Porque fue crucificado en debilidad, pero vive por el poder de Dios. Pues nosotros también somos débiles en él, pero viviremos con él por el poder de Dios para con vosotros. ⁵ Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis firmes en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no conocéis en cuanto a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que ya estéis reprobados? ⁶ Pero espero que reconozcáis que nosotros no estamos reprobados.

⁷ Y oremos a Dios que no hagáis nada malo; no para que nosotros luzcamos como aprobados, sino para que vosotros hagáis lo que es bueno, aunque nosotros quedemos como reprobados. ⁸ Porque no podemos nada contra la verdad, sino a favor de la verdad. ⁹ Por eso nos gozamos en que nosotros seamos débiles y que vosotros seáis fuertes. Y esto pedimos: vuestra madurez. ¹⁰ Por tanto, os escribo esto estando ausente, para que estando presente no use de dureza conforme a la autoridad que el Señor me ha dado para edificación y no para destrucción.

¹¹ En cuanto a lo demás, hermanos, regocijaos. Sed maduros; sed confortados; sed de un mismo sentir. Vivid en paz, y el Dios de paz y de amor estará con vosotros. ¹² Saludaos unos a otros con un beso santo. ¹³ Todos los santos os saludan. ¹⁴ La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.

GÁLATAS

Capítulo 1

¹ Pablo, apóstol — no de parte de hombres ni por medio de hombre, sino por medio de Jesucristo y de Dios Padre, quien lo resucitó de entre los muertos — ² y todos los hermanos que están conmigo; a las iglesias de Galacia: ³ Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo, ⁴ quien se dio a sí mismo por nuestros pecados. De este modo nos libró de la presente época malvada, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, ⁵ a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

⁶ Estoy asombrado de que tan pronto os estéis apartando del que os llamó por la gracia de Cristo, para ir tras un evangelio diferente. ⁷ No es que haya otro evangelio, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el evangelio de Cristo. ⁸ Pero aun si nosotros mismos o un ángel del cielo os anunciara un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. ⁹ Como ya lo hemos dicho, ahora mismo vuelvo a decir: Si alguien os está anunciando un evangelio contrario al que recibisteis, sea anatema.

¹⁰ ¿Busco ahora convencer a los hombres, o a Dios? ¿Será que busco agradar a los hombres? Si yo todavía tratara de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo. ¹¹ Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio que fue anunciado por mí no es según hombre; ¹² porque yo no lo recibí, ni me fue enseñado de parte de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo. ¹³ Ya oísteis acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo: que yo perseguía ferozmente a la iglesia de Dios y la estaba asolando. ¹⁴ Me destacaba en el judaísmo sobre muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres. ¹⁵ Pero cuando Dios — quien me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia — tuvo a bien ¹⁶ revelar a su Hijo en mí para que yo lo anunciase entre los gentiles, no consulté de inmediato con ningún hombre ¹⁷ ni subí a Jerusalén a los que fueron apóstoles antes que yo, sino que partí para Arabia y volví de nuevo a Damasco. ¹⁸ Luego, después de tres años, subí a Jerusalén para entrevistarme con Pedro y

permanecí con él quince días. ¹⁹ No vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo, el hermano del Señor; ²⁰ y en cuanto a lo que os escribo, he aquí delante de Dios, que no miento. ²¹ Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia. ²² Y yo no era conocido de vista por las iglesias de Judea, las que están en Cristo. ²³ Solamente oían decir: “El que antes nos perseguía ahora proclama como buena nueva la fe que antes asolaba.” ²⁴ Y daban gloria a Dios por causa de mí.

Capítulo 2

¹ Luego, después de catorce años, subí otra vez a Jerusalén, junto con Bernabé, y llevé conmigo también a Tito. ² Pero subí de acuerdo con una revelación y les expuse el evangelio que estoy proclamando entre los gentiles. Esto lo hice en privado ante los de reputación, para asegurarme de que no corro ni he corrido en vano. ³ Sin embargo, ni siquiera Tito quien estaba conmigo, siendo griego, fue obligado a circuncidarse, ⁴ a pesar de los falsos hermanos quienes se infiltraron secretamente para espiar nuestra libertad que tenemos en Cristo Jesús, a fin de reducirnos a esclavitud. ⁵ Ni por un momento cedimos en sumisión a ellos, para que la verdad del evangelio permaneciese a vuestro favor. ⁶ Sin embargo, aquellos que tenían reputación de ser importantes — quiénes hayan sido en otro tiempo, a mí nada me importa; Dios no hace distinción de personas — a mí, a la verdad, los de reputación no me añadieron nada nuevo. ⁷ Más bien, al contrario, cuando vieron que me había sido confiado el evangelio para la incircuncisión igual que a Pedro para la circuncisión ⁸ — porque el que actuó en Pedro para hacerle apóstol de la circuncisión actuó también en mí para hacerme apóstol a favor de los gentiles — , ⁹ y cuando percibieron la gracia que me había sido dada, Jacobo, Pedro y Juan, quienes tenían reputación de ser columnas, nos dieron a Bernabé y a mí la mano derecha en señal de compañerismo, para que nosotros fuésemos a los gentiles y ellos a los de la circuncisión. ¹⁰ Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que procuré hacer con esmero.

¹¹ Pero cuando Pedro vino a Antioquía, yo me opuse a él frente a frente, porque era reprehensible. ¹² Pues antes que viniesen ciertas personas de parte de Jacobo, él comía con los gentiles; pero cuando llegaron, se retraía y apartaba, temiendo a los de la circuncisión. ¹³ Y los otros judíos participaban con él en

su simulación, de tal manera que aun Bernabé fue arrastrado por la hipocresía de ellos. ¹⁴ En cambio, cuando vi que no andaban rectamente ante la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: “Si tú que eres judío vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a hacerse judíos?”

¹⁵ Nosotros somos judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles;

¹⁶ pero sabiendo que ningún hombre es justificado por las obras de la ley, sino por medio de la fe en Jesucristo, hemos creído nosotros también en Cristo Jesús, para que seamos justificados por la fe en Cristo, y no por las obras de la ley. Porque por las obras de la ley nadie será justificado. ¹⁷ Pero si es que nosotros, procurando ser justificados en Cristo, también hemos sido hallados pecadores, ¿será por eso Cristo servidor del pecado? ¡De ninguna manera!

¹⁸ Pues cuando edifico de nuevo las mismas cosas que derribé, demuestro que soy transgresor. ¹⁹ Porque mediante la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios.

²⁰ Con Cristo he sido juntamente crucificado; y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y se entregó a sí mismo por mí. ²¹ No desecho la gracia de Dios; porque si la justicia fuese por medio de la ley, entonces por demás murió Cristo.

Capítulo 3

¹ ¡Oh gálatas insensatos, ante cuyos ojos Jesucristo fue presentado como crucificado! ¿Quién os hechizó? ² Sólo esto quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la ley o por haber oído con fe? ³ ¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado en el Espíritu, ¿ahora terminaréis en la carne? ⁴ ¿Tantas cosas padecisteis en vano, si de veras fue en vano? ⁵ Entonces, el que os suministra el Espíritu y obra maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley o por el oír con fe?

⁶ De la misma manera, Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. ⁷ Por lo tanto, sabed que los que se basan en la fe son hijos de Abraham. ⁸ Y la Escritura, habiendo previsto que por la fe Dios había de justificar a los gentiles, anunció de antemano el evangelio a Abraham, diciendo: “En ti serán benditas todas las naciones.” ⁹ Desde luego, los que se basan en la fe son benditos junto con Abraham, el hombre de fe. ¹⁰ Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, pues está escrito: Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas.

¹¹ Desde luego, es evidente que por la ley nadie es justificado delante

de Dios, porque el justo vivirá por la fe. ¹² Ahora bien, la ley no se basa en la fe; al contrario, el que hace estas cosas vivirá por ellas. ¹³ Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero), ¹⁴ para que la bendición de Abraham llegara por Cristo Jesús a los gentiles, a fin de que recibamos la promesa del Espíritu por medio de la fe. ¹⁵ Hermanos, hablo en términos humanos: Aunque un pacto sea de hombres, una vez ratificado, nadie lo cancela ni le añade. ¹⁶ Ahora bien, las promesas a Abraham fueron pronunciadas también a su descendencia. No dice: “y a los descendientes”, como refiriéndose a muchos, sino a uno solo: y a tu descendencia, que es Cristo. ¹⁷ Esto, pues, digo: El pacto confirmado antes por Dios no lo abroga la ley, que vino 430 años después, para invalidar la promesa. ¹⁸ Porque si la herencia fuera por la ley, ya no sería por la promesa; pero a Abraham Dios ha dado gratuitamente la herencia por medio de una promesa.

¹⁹ Entonces, ¿para qué existe la ley? Fue dada por causa de las transgresiones, hasta que viniese la descendencia a quien había sido hecha la promesa. Y esta ley fue promulgada por medio de ángeles, por mano de un mediador. ²⁰ Y el mediador no es de uno solo, pero Dios es uno. ²¹ Por consecuencia, ¿es la ley contraria a las promesas de Dios? ¡De ninguna manera! Porque si hubiera sido dada una ley capaz de vivificar, entonces la justicia sería por la ley. ²² No obstante, la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa fuese dada por la fe en Jesucristo a los que creen. ²³ Pero antes que viniese la fe, estábamos custodiados bajo la ley, reservados para la fe que había de ser revelada. ²⁴ De manera que la ley ha sido nuestro tutor para llevarnos a Cristo, para que seamos justificados por la fe. ²⁵ Pero como ha venido la fe, ya no estamos bajo tutor. ²⁶ Así que, todos sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús, ²⁷ porque todos los que fuisteis bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo. ²⁸ Ya no hay judío ni griego, no hay esclavo ni libre, no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. ²⁹ Y ya que sois de Cristo, ciertamente sois descendencia de Abraham, herederos conforme a la promesa.

Capítulo 4

¹ Digo, además, que entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo; ² más bien, está bajo guardianes y

mayordomos hasta el tiempo señalado por su padre.³ De igual modo nosotros también, cuando éramos niños, éramos esclavos sujetos a los principios elementales del mundo.⁴ Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley,⁵ para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.⁶ Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: “Abba, Padre.”⁷ Así que ya no eres más esclavo, sino hijo; y si hijo, también eres heredero por medio de Dios.

⁸ Sin embargo, en otro tiempo, cuando no habíais conocido a Dios, servisteis a los que por naturaleza no son dioses.⁹ En cambio, ahora que habéis conocido a Dios, o mejor dicho, ya que habéis sido conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres principios elementales? ¿Queréis volver a servirlos otra vez?¹⁰ ¡Vosotros guardáis los días, los meses, las estaciones y los años!¹¹ Me temo por vosotros, que yo haya trabajado en vano a vuestro favor.

¹² Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, ya que yo me hice como vosotros. No me habéis hecho ningún agravio.¹³ Sabéis que fue a causa de una debilidad física que os anuncié el evangelio la primera vez;¹⁴ y lo que en mi cuerpo era prueba para vosotros, no lo desechasteis ni lo menospreciasteis. Al contrario, me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús.

¹⁵ ¿Dónde está, pues, vuestra bienaventuranza? Porque os doy testimonio de que si hubiera sido posible, os habríais sacado vuestros ojos para dárme los.

¹⁶ ¿Resulta que ahora me he hecho vuestro enemigo por deciros la verdad?

¹⁷ Ellos tienen celo por vosotros, pero no para bien; al contrario, quieren aislaros para que vosotros tengáis celo por ellos.¹⁸ Bueno es ser siempre celosos del bien, y no solamente cuando estoy presente con vosotros.

¹⁹ Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto hasta que Cristo sea formado en vosotros,²⁰ yo quisiera estar ahora con vosotros y cambiar el tono de mi voz, porque estoy perplejo en cuanto a vosotros.

²¹ Decidme, los que queréis estar bajo la ley: ¿No escucháis la ley?

²² Porque escrito está que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre.²³ Pero mientras que el de la esclava nació según la carne, el de la libre nació por medio de la promesa.²⁴ En estas cosas hay una alegoría, pues

estas mujeres son dos pactos: Agar es el pacto del monte Sinaí que engendró hijos para esclavitud.²⁵ Porque Agar representa a Sinaí, montaña que está en Arabia y corresponde a la Jerusalén actual, la cual es esclava juntamente con sus hijos.²⁶ Pero la Jerusalén de arriba, la cual es nuestra madre, es libre;²⁷ porque está escrito: Alégrate, oh estéril, que no das a luz; prorrumpes en grito de júbilo y levanta la voz, tú que no estás de parto; porque más son los hijos de la desolada que los de la que tiene marido.²⁸ Ahora bien, hermanos, vosotros sois hijos de la promesa tal como Isaac.²⁹ Pero como en aquel tiempo, el que fue engendrado según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así es ahora también.³⁰ Pero, ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo; porque jamás será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre.³¹ Así que, hermanos, no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

Capítulo 5

¹ Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no os pongáis otra vez bajo el yugo de la esclavitud. ² He aquí yo, Pablo, os digo que si os dejáis circuncidar, de nada os aprovechará Cristo. ³ Y otra vez declaro a todo hombre que acepta ser circuncidado, que está obligado a cumplir toda la ley. ⁴ Vosotros que pretendéis ser justificados en la ley, ¡habéis quedado desligados de Cristo y de la gracia habéis caído! ⁵ Porque nosotros por el Espíritu aguardamos por la fe la esperanza de la justicia. ⁶ Pues en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la fe que actúa por medio del amor. ⁷ Corríais bien. ¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad? ⁸ Tal persuasión no proviene de aquel que os llama. ⁹ Un poquito de levadura leuda toda la masa. ¹⁰ Yo confío en el Señor con respecto a vosotros que no pensaréis de ninguna otra manera; y el que os inquieta llevará su castigo, sea quien sea. ¹¹ Pero con respecto a mí, hermanos, si todavía predico la circuncisión, ¿por qué aún soy perseguido? En tal caso, se habría quitado el tropiezo de la cruz. ¹² ¡Ojalá se mutilasen los que os perturban!

¹³ Vosotros fuisteis llamados a la libertad, hermanos; solamente que no uséis la libertad como pretexto para la carnalidad. Más bien, servíos los unos a los otros por medio del amor, ¹⁴ porque toda la ley se ha resumido en un solo precepto: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. ¹⁵ Pero si os mordéis y os coméis los unos a los otros, mirad que no seáis consumidos los unos por los

otros. ¹⁶ Digo, pues: Andad en el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los malos deseos de la carne. ¹⁷ Porque la carne desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu lo que es contrario a la carne. Ambos se oponen mutuamente, para que no hagáis lo que quisierais. ¹⁸ Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. ¹⁹ Ahora bien, las obras de la carne son evidentes. Estas son: fornicación, impureza, desenfreno, ²⁰ idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos, ²¹ envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a éstas, de las cuales os advierto, como ya lo hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios. ²² Pero el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, ²³ mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley, ²⁴ porque los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. ²⁵ Ahora que vivimos en el Espíritu, andemos en el Espíritu. ²⁶ No seamos vanidosos, irritándonos unos a otros y envidiándonos unos a otros.

Capítulo 6

¹ Hermanos, en caso de que alguien se encuentre enredado en alguna transgresión, vosotros que sois espirituales, restaurad al tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. ² Sobrellevad los unos las cargas de los otros y de esta manera cumpliréis la ley de Cristo. ³ Porque si alguien estima que es algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. ⁴ Así que, examine cada uno su obra, y entonces tendrá motivo de orgullo sólo en sí mismo y no en otro; ⁵ porque cada cual llevará su propia carga. ⁶ El que recibe instrucción en la palabra comparta toda cosa buena con quien le instruye. ⁷ No os engañéis; Dios no puede ser burlado. Todo lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará. ⁸ Porque el que siembra para su carne, de la carne cosechará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna. ⁹ No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque a su tiempo cosecharemos, si no desmayamos. ¹⁰ Por lo tanto, mientras tengamos oportunidad, hagamos el bien a todos, y en especial a los de la familia de la fe.

¹¹ Mirad con cuán grandes letras os escribo con mi propia mano.

¹² Aquellos que quieren tener el visto bueno en la carne os obligan a ser circuncidados, solamente para no ser perseguidos a causa de la cruz de

Cristo. ¹³ Pues ni los que son circuncidados guardan la ley; sin embargo, quieren que vosotros seáis circuncidados para gloriarse en vuestra carne.

¹⁴ Pero lejos esté de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por medio de quien el mundo me ha sido crucificado a mí y yo al mundo.

¹⁵ Porque ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada, sino la nueva criatura.

¹⁶ Para todos los que anden según esta regla, paz y misericordia sean sobre ellos, y sobre el Israel de Dios. ¹⁷ De aquí en adelante nadie me cause

dificultades, pues llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús. ¹⁸ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu, hermanos. Amén.

EFESIOS

Capítulo 1

¹ Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios; a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Efeso: ² Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

³ Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales.

⁴ Asimismo, nos escogió en él desde antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él. ⁵ En amor nos predestinó por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos, según el beneplácito de su voluntad, ⁶ para la alabanza de la gloria de su gracia, que nos dio gratuitamente en el Amado. ⁷ En él tenemos redención por medio de su sangre, el perdón de nuestras transgresiones, según las riquezas de su gracia ⁸ que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría y entendimiento. ⁹ El nos ha dado a conocer el misterio de su voluntad, según el beneplácito que se propuso en Cristo, ¹⁰ a manera de plan para el cumplimiento de los tiempos: que en Cristo sean reunidas bajo una cabeza todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra. ¹¹ En él también recibimos herencia, habiendo sido predestinados según el propósito de aquel que realiza todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, ¹² para que nosotros, que primero hemos esperado en Cristo, seamos para la alabanza de su gloria. ¹³ En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo que había sido prometido, ¹⁴ quien es la garantía de nuestra herencia para la redención de lo adquirido, para la alabanza de su gloria.

¹⁵ Por esta razón, yo también, habiendo oído de la fe que tenéis en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos, ¹⁶ no ceso de dar gracias por vosotros, recordándoos en mis oraciones. ¹⁷ Pido que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el pleno conocimiento de él; ¹⁸ habiendo sido iluminados los ojos de vuestro entendimiento, para que conozcáis cuál es la esperanza a que os ha llamado,

cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos,¹⁹ y cuál la inmensurable grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, conforme a la operación del dominio de su fuerza.²⁰ Dios la ejerció en Cristo cuando lo resucitó de entre los muertos y le hizo sentar a su diestra en los lugares celestiales,²¹ por encima de todo principado, autoridad, poder, señorío y todo nombre que sea nombrado, no sólo en esta edad sino también en la venidera.²² Aun todas las cosas las sometió Dios bajo sus pies y le puso a él por cabeza sobre todas las cosas para la iglesia,²³ la cual es su cuerpo, la plenitud de aquel que todo lo llena en todo.

Capítulo 2

¹ En cuanto a vosotros, estabais muertos en vuestros delitos y pecados,² en los cuales anduvisteis en otro tiempo, conforme a la corriente de este mundo y al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia.³ En otro tiempo todos nosotros vivimos entre ellos en las pasiones de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de la mente; y por naturaleza éramos hijos de ira, como los demás.

⁴ Pero Dios, quien es rico en misericordia, a causa de su gran amor con que nos amó,⁵ aun estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo. ¡Por gracia sois salvos!⁶ Y juntamente con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales,⁷ para mostrar en las edades venideras las superabundantes riquezas de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús.⁸ Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.⁹ No es por obras, para que nadie se gloríe.¹⁰ Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.

¹¹ Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en la carne, erais llamados incircuncisión por los de la llamada circuncisión que es hecha con mano en la carne.¹² Y acordaos de que en aquel tiempo estabais sin Cristo, apartados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, estando sin esperanza y sin Dios en el mundo.¹³ Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos habéis sido acercados por la sangre de Cristo.

¹⁴ Porque él es nuestra paz, quien de ambos nos hizo uno. El derribó en su carne la barrera de división, es decir, la hostilidad;¹⁵ y abolió la ley de

los mandamientos formulados en ordenanzas, para crear en sí mismo de los dos hombres un solo hombre nuevo, haciendo así la paz. ¹⁶ También reconcilió con Dios a ambos en un solo cuerpo, por medio de la cruz, dando muerte en ella a la enemistad. ¹⁷ Y vino y anunció las buenas nuevas: paz para vosotros que estabais lejos y paz para los que estaban cerca, ¹⁸ ya que por medio de él, ambos tenemos acceso al Padre en un solo Espíritu. ¹⁹ Por lo tanto, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios. ²⁰ Habéis sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, siendo Jesucristo mismo la piedra angular. ²¹ En él todo el edificio, bien ensamblado, va creciendo hasta ser un templo santo en el Señor. ²² En él también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

Capítulo 3

¹ Por esta razón yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús a favor de vosotros los gentiles... ² Sin duda habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me ha sido conferida en vuestro beneficio. ³ Por revelación me fue dado a conocer este misterio, como antes lo he escrito brevemente. ⁴ Por tanto, leyéndolo, podréis entender cuál es mi comprensión en el misterio de Cristo. ⁵ En otras generaciones, no se dio a conocer este misterio a los hijos de los hombres, como ha sido revelado ahora a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu, ⁶ a saber: que en Cristo Jesús los gentiles son coherederos, incorporados en el mismo cuerpo y copartícipes de la promesa por medio del evangelio. ⁷ De éste llegué a ser ministro, conforme a la dádiva de la gracia de Dios que me ha sido conferida, según la acción de su poder. ⁸ A mí, que soy menos que el menor de todos los santos, me ha sido conferida esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo ⁹ y para aclarar a todos cuál es la administración del misterio que desde la eternidad había estado escondido en Dios, quien creó todas las cosas. ¹⁰ Todo esto es para que ahora sea dada a conocer, por medio de la iglesia, la multiforme sabiduría de Dios a los principados y las autoridades en los lugares celestiales, ¹¹ conforme al propósito eterno que realizó en Cristo Jesús, nuestro Señor. ¹² En él tenemos libertad y acceso a Dios con confianza, por medio de la fe en él. ¹³ Por tanto, os pido que no os desaniméis por mis tribulaciones a vuestro favor, pues ellas son vuestra gloria.

¹⁴ Por esta razón doblo mis rodillas ante el Padre, ¹⁵ de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, ¹⁶ a fin de que, conforme a las riquezas de su gloria, os conceda ser fortalecidos con poder por su Espíritu en el hombre interior; ¹⁷ para que Cristo habite en vuestros corazones por medio de la fe; de modo que, siendo arraigados y fundamentados en amor, ¹⁸ seáis plenamente capaces de comprender, junto con todos los santos, cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, ¹⁹ y de conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento; para que así seáis llenos de toda la plenitud de Dios. ²⁰ Y a aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos, según el poder que actúa en nosotros, ²¹ a él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones de todas las edades, para siempre. Amén.

Capítulo 4

¹ Por eso yo, prisionero en el Señor, os exhorto a que andéis como es digno del llamamiento con que fuisteis llamados:

² con toda humildad y mansedumbre, con paciencia, soportándoos los unos a los otros en amor; ³ procurando con diligencia guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. ⁴ Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como habéis sido llamados a una sola esperanza de vuestro llamamiento. ⁵ Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, ⁶ un solo Dios y Padre de todos, quien es sobre todos, a través de todos y en todos. ⁷ Sin embargo, a cada uno de nosotros le ha sido conferida la gracia conforme a la medida de la dádiva de Cristo. ⁸ Por esto dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres. ⁹ Pero esto de que subió, ¿qué quiere decir, a menos que hubiera descendido también a las partes más bajas de la tierra? ¹⁰ El que descendió es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo. ¹¹ Y él mismo constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, y a otros pastores y maestros, ¹² a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, ¹³ hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, hasta ser un hombre de plena madurez, hasta la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. ¹⁴ Esto, para que ya no seamos niños, sacudidos a la deriva y llevados a dondequiera por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que

para engañar, emplean con astucia las artimañas del error;¹⁵ sino que, siguiendo la verdad con amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza: Cristo.¹⁶ De parte de él todo el cuerpo, bien concertado y entrelazado por la cohesión que aportan todas las coyunturas, recibe su crecimiento de acuerdo con la actividad proporcionada a cada uno de los miembros, para ir edificándose en amor.

¹⁷ Esto digo e insisto en el Señor: que no os conduzcáis más como se conducen los gentiles, en la vanidad de sus mentes,¹⁸ teniendo el entendimiento entenebrecido, alejados de la vida de Dios por la ignorancia que hay en ellos, debido a la dureza de su corazón.¹⁹ Una vez perdida toda sensibilidad, se entregaron a la sensualidad para cometer ávidamente toda clase de impurezas.²⁰ Pero vosotros no habéis aprendido así a Cristo,²¹ si en verdad le habéis oído y habéis sido enseñados en él, así como la verdad está en Jesús.²² Con respecto a vuestra antigua manera de vivir, despojaos del viejo hombre que está viciado por los deseos engañosos;²³ pero renovaos en el espíritu de vuestra mente,²⁴ y vestíos del nuevo hombre que ha sido creado a semejanza de Dios en justicia y santidad de verdad.²⁵ Por lo tanto, habiendo dejado la mentira, hablad la verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros.²⁶ Enojaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo,²⁷ ni deis lugar al diablo.²⁸ El que robaba no robe más, sino que trabaje esforzadamente, haciendo con sus propias manos lo que es bueno, para tener qué compartir con el que tenga necesidad.²⁹ Ninguna palabra obscena salga de vuestra boca, sino la que sea buena para edificación según sea necesaria, para que imparta gracia a los que oyen.³⁰ Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios en quien fuisteis sellados para el día de la redención.³¹ Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritos y calumnia, junto con toda maldad.³² Más bien, sed bondadosos y misericordiosos los unos con los otros, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Capítulo 5

¹ Por tanto, sed imitadores de Dios como hijos amados,² y andad en amor, como Cristo también nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio en olor fragante a Dios.

³ Pero la inmoralidad sexual y toda impureza o avaricia no se nombren más entre vosotros, como corresponde a santos; ⁴ ni tampoco la conducta indecente, ni tonterías ni bromas groseras, cosas que no son apropiadas; sino más bien, acciones de gracias. ⁵ Porque esto lo sabéis muy bien: que ningún inmoral ni impuro ni avaro, el cual es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. ⁶ Nadie os engañe con vanas palabras, porque a causa de estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. ⁷ Por eso, no seáis partícipes con ellos; ⁸ porque si bien en otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz en el Señor. ¡Andad como hijos de luz! ⁹ Pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad. ¹⁰ Aprobad lo que es agradable al Señor ¹¹ y no tengáis ninguna participación en las infructuosas obras de las tinieblas; sino más bien, denunciadlas. ¹² Porque da vergüenza aun mencionar lo que ellos hacen en secreto. ¹³ Pero cuando son denunciadas, todas las cosas son puestas en evidencia por la luz; pues lo que hace que todo sea visible es la luz. ¹⁴ Por eso dice: “¡Despiértate, tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo!” ¹⁵ Mirad, pues, con cuidado, cómo os comportáis; no como imprudentes sino como prudentes, ¹⁶ redimiendo el tiempo, porque los días son malos. ¹⁷ Por tanto, no seáis insensatos, sino comprended cuál es la voluntad del Señor. ¹⁸ Y no os embriaguéis con vino, pues en esto hay desenfreno. Más bien, sed llenos del Espíritu, ¹⁹ hablando entre vosotros con salmos, himnos y canciones espirituales; cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; ²⁰ dando gracias siempre por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo;

²¹ y sometiéndoos unos a otros en el temor de Cristo. ²² Las casadas estén sujetas a sus propios esposos como al Señor, ²³ porque el esposo es cabeza de la esposa, así como Cristo es cabeza de la iglesia, y él mismo es salvador de su cuerpo. ²⁴ Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, de igual manera las esposas lo estén a sus esposos en todo. ²⁵ Esposos, amad a vuestras esposas, así como también Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, ²⁶ a fin de santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua con la palabra, ²⁷ para presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa que no tenga mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que sea santa y sin falta. ²⁸ De igual manera, los esposos deben amar a sus esposas como a sus propios cuerpos. El que ama a su esposa, a sí mismo se ama. ²⁹ Porque nadie aborreció jamás a su propio cuerpo; más bien, lo sustenta y lo cuida, tal como Cristo a la iglesia, ³⁰ porque

somos miembros de su cuerpo. ³¹ Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne. ³² Grande es este misterio, pero lo digo respecto de Cristo y de la iglesia. ³³ Por tanto, cada uno de vosotros ame a su esposa como a sí mismo, y la esposa respete a su esposo.

Capítulo 6

¹ Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo. ² Honra a tu padre y a tu madre (que es el primer mandamiento con promesa) ³ para que te vaya bien y vivas largo tiempo sobre la tierra. ⁴ Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en la disciplina y la instrucción del Señor. ⁵ Siervos, obedeced a los que son vuestros amos en la tierra con temor y temblor, con sinceridad de corazón, como a Cristo; ⁶ no sirviendo sólo cuando se os esté mirando, como los que quieren quedar bien con los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios con ánimo. ⁷ Servid de buena voluntad, como al Señor, no como a los hombres, ⁸ sabiendo que el bien que haga cada uno, eso recibirá de parte del Señor, sea siervo o libre. ⁹ Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas; porque sabéis que el mismo Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que no hay distinción de personas delante de él.

¹⁰ Por lo demás, fortaleceos en el Señor y en el poder de su fuerza. ¹¹ Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis hacer frente a las intrigas del diablo; ¹² porque nuestra lucha no es contra sangre ni carne, sino contra principados, contra autoridades, contra los gobernantes de estas tinieblas, contra espíritus de maldad en los lugares celestiales. ¹³ Por esta causa, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y después de haberlo logrado todo, quedar firmes. ¹⁴ Permaneced, pues, firmes, ceñidos con el cinturón de la verdad, vestidos con la coraza de justicia ¹⁵ y calzados vuestros pies con la preparación para proclamar el evangelio de paz. ¹⁶ Y sobre todo, armaos con el escudo de la fe con que podréis apagar todos los dardos de fuego del maligno. ¹⁷ Tomad también el casco de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, ¹⁸ orando en todo tiempo en el Espíritu con toda oración y ruego, vigilando con toda perseverancia y ruego por todos los santos.

¹⁹ Y también orad por mí, para que al abrir la boca me sean conferidas palabras para dar a conocer con confianza el misterio del evangelio, ²⁰ por el cual soy embajador en cadenas; a fin de que por ello yo hable con valentía, como debo hablar. ²¹ Ahora bien, para que también vosotros sepáis cómo me va y qué estoy haciendo, todo os informará Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor. ²² Por esto mismo, os lo he enviado para que sepáis lo tocante a nosotros y para que él anime vuestros corazones. ²³ Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. ²⁴ La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor incorruptible.

FILIPENSES

Capítulo 1

¹ Pablo y Timoteo, siervos de Cristo Jesús; a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos: ² Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

³ Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, ⁴ siempre intercediendo con gozo por todos vosotros en cada oración mía, ⁵ a causa de vuestra participación en el evangelio desde el primer día hasta ahora; ⁶ estando convencido de esto: que el que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús.

⁷ Me es justo sentir esto de todos vosotros, porque os tengo en mi corazón. Tanto en mis prisiones como en la defensa y confirmación del evangelio, sois todos vosotros participantes conmigo de la gracia. ⁸ Pues Dios me es testigo de cómo os añoro a todos vosotros con el profundo amor de Cristo Jesús.

⁹ Y ésta es mi oración: que vuestro amor abunde aun más y más en conocimiento y en todo discernimiento, ¹⁰ para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables en el día de Cristo, ¹¹ llenos del fruto de justicia, fruto que viene por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

¹² Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido han redundado más bien para el adelanto del evangelio. ¹³ De esta manera, mis prisiones por la causa de Cristo han sido conocidas en todo el Pretorio y entre todos los demás. ¹⁴ La mayoría de los hermanos, tomando ánimo en el Señor por mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor.

¹⁵ Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y contienda, pero otros lo hacen de buena voluntad. ¹⁶ Estos últimos lo hacen por amor, sabiendo que he sido puesto para la defensa del evangelio, ¹⁷ mientras aquéllos anuncian a Cristo por contención, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones.

¹⁸ ¿Qué, pues? Solamente que de todas maneras Cristo es anunciado, sea por pretexto o sea de verdad, y en esto me alegro. Pero me alegraré aun más,

¹⁹ pues sé que mediante vuestra oración y el apoyo del Espíritu de

Jesucristo, esto resultará en mi liberación,²⁰ conforme a mi anhelo y esperanza: que en nada seré avergonzado; sino que con toda confianza, tanto ahora como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, sea por la vida o por la muerte.

²¹ Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia.²² Pero si el vivir en la carne me sirve para una obra fructífera, ¿cuál escogeré? No lo sé.²³ Me siento presionado por ambas partes. Tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor;²⁴ pero quedarme en la carne es más necesario por causa de vosotros.²⁵ Pues, convencido de esto, sé que me quedaré y que aún permaneceré con todos vosotros para vuestro desarrollo y gozo en la fe,²⁶ para que en mí haya motivo de aumentar vuestro orgullo en Cristo Jesús a causa de mi presencia otra vez entre vosotros.

²⁷ Solamente procurad que vuestra conducta como ciudadanos sea digna del evangelio de Cristo, de manera que sea que yo vaya a veros o que esté ausente, oiga acerca de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo juntos y unánimes por la fe del evangelio,²⁸ y no siendo intimidados de ninguna manera por los adversarios. Para ellos esta fe es indicio de perdición, pero para vosotros es indicio de salvación; y esto procede de Dios.²⁹ Porque se os ha concedido a vosotros, a causa de Cristo, no solamente el privilegio de creer en él, sino también el de sufrir por su causa.³⁰ Así tendréis el mismo conflicto que habéis visto y que ahora oís que sigue en mí.

Capítulo 2

¹ Por tanto, si hay algún aliento en Cristo; si hay algún incentivo en el amor; si hay alguna comunión en el Espíritu; si hay algún afecto profundo y alguna compasión,² completad mi gozo a fin de que penséis de la misma manera, teniendo el mismo amor, unánimes, pensando en una misma cosa.³ No hagáis nada por rivalidad ni por vanagloria, sino estimad humildemente a los demás como superiores a vosotros mismos;⁴ no considerando cada cual solamente los intereses propios, sino considerando cada uno también los intereses de los demás.⁵ Haya en vosotros esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús:⁶ Existiendo en forma de Dios, él no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse;⁷ sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y hallándose en condición de

hombre, ⁸ se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! ⁹ Por lo cual también Dios lo exaltó hasta lo sumo y le otorgó el nombre que es sobre todo nombre; ¹⁰ para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; ¹¹ y toda lengua confiese para gloria de Dios Padre que Jesucristo es Señor.

¹² De modo que, amados míos, así como habéis obedecido siempre — no sólo cuando yo estaba presente, sino mucho más ahora en mi ausencia —, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor; ¹³ porque Dios es el que produce en vosotros tanto el querer como el hacer, para cumplir su buena voluntad.

¹⁴ Hacedlo todo sin murmuraciones y contiendas, ¹⁵ para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación torcida y perversa, en la cual vosotros resplandecéis como luminares en el mundo, ¹⁶ reteniendo la palabra de vida. Así yo podré gloriarme en el día de Cristo de que no he corrido ni he trabajado en vano. ¹⁷ Al contrario, aunque haya de ser derramado como libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y me regocijo con todos vosotros. ¹⁸ De igual modo, gozaos también vosotros y regocijaos conmigo. ¹⁹ Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también me reanime al saber de vuestro estado; ²⁰ pues no tengo a nadie que se interese por vosotros con tanto ánimo y sinceridad. ²¹ Porque todos buscan sus intereses personales, no lo que es de Jesucristo. ²² Ya conocéis la reputación de Timoteo, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio. ²³ Por lo tanto, espero enviarle en cuanto yo vea cómo van mis asuntos; ²⁴ pero confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros. ²⁵ Sin embargo, también creí necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de milicia y vuestro mensajero y suministrador de mis necesidades, ²⁶ ya que él os añoraba a todos vosotros y estaba angustiado porque habíais oído que él estaba enfermo. ²⁷ Pues en verdad estuvo enfermo de muerte, pero Dios tuvo misericordia de él; y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviese tristeza sobre tristeza. ²⁸ Por lo tanto, le envió con más urgencia, para que os volváis a gozar al verlo y yo esté libre de preocupación. ²⁹ Recíbidle, pues, en el Señor con todo gozo y tened en alta estima a hombres como él; ³⁰ porque a causa de la obra de Cristo estuvo

cercano a la muerte, arriesgando su vida para completar lo que faltaba en vuestro servicio a mi favor.

Capítulo 3

¹ Por lo demás, hermanos míos, regocijaos en el Señor. El escribiros las mismas cosas a mí no me es molesto, y para vosotros es más seguro. ² ¡Guardaos de los perros! ¡Guardaos de los malos obreros! ¡Guardaos de los que mutilan el cuerpo! ³ Porque nosotros somos la circuncisión: los que servimos a Dios en espíritu, que nos gloriamos en Cristo Jesús y que no confiamos en la carne.

⁴ Aunque yo tengo de qué confiar también en la carne. Si alguno cree tener de qué confiar en la carne, yo más: ⁵ circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; ⁶ en cuanto al celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. ⁷ Pero las cosas que para mí eran ganancia, las he considerado pérdida a causa de Cristo. ⁸ Y aun más: Considero como pérdida todas las cosas, en comparación con lo incomparable que es conocer a Cristo Jesús mi Señor. Por su causa lo he perdido todo y lo tengo por basura, a fin de ganar a Cristo

⁹ y ser hallado en él; sin pretender una justicia mía, derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que proviene de Dios por la fe. ¹⁰ Anhele conocerle a él y el poder de su resurrección, y participar en sus padecimientos, para ser semejante a él en su muerte; ¹¹ y de alguna manera, me encontraré en la resurrección de los muertos. ¹² No quiero decir que ya lo haya alcanzado, ni que haya llegado a la perfección; sino que prosigo a ver si alcanzo aquello para lo cual también fui alcanzado por Cristo Jesús. ¹³ Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está por delante, ¹⁴ prosigo a la meta hacia el premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

¹⁵ Así que, todos los que hemos alcanzado la madurez pensemos de este modo; y si pensáis otra cosa, también eso os lo revelará Dios. ¹⁶ En todo caso, sigamos fieles a lo que hemos logrado.

¹⁷ Hermanos, sed imitadores de mí y prestad atención a los que así se conducen, según el ejemplo que tenéis en nosotros. ¹⁸ Porque muchos

andan por ahí, de quienes os hablaba muchas veces, y ahora hasta lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo. ¹⁹ El fin de ellos será la perdición; su dios es su estómago; su gloria se halla en su vergüenza; y piensan solamente en lo terrenal. ²⁰ Porque nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos ardientemente al Salvador, el Señor Jesucristo. ²¹ El transformará nuestro cuerpo de humillación para que tenga la misma forma de su cuerpo de gloria, según la operación de su poder, para sujetar también a sí mismo todas las cosas.

Capítulo 4

¹ Así que, hermanos míos, amados y queridos, gozo y corona mía, estad firmes en el Señor, amados. ² Ruego a Evodia, y ruego a Síntique que se pongan de acuerdo en el Señor. ³ Sí, y a ti también, fiel compañero, te pido que ayudes a estas hermanas que lucharon junto conmigo en el evangelio, también con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida. ⁴ ¡Regocijaos en el Señor siempre! Otra vez lo digo: ¡Regocijaos! ⁵ Vuestra amabilidad sea conocida por todos los hombres. ¡El Señor está cerca! ⁶ Por nada estéis afanosos; más bien, presentad vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. ⁷ Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús. ⁸ En cuanto a lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud alguna, si hay algo que merece alabanza, en esto pensad. ⁹ Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.

¹⁰ En gran manera me regocijé en el Señor porque al fin se ha renovado vuestra preocupación para conmigo. Siempre pensabais en mí, pero os faltaba la oportunidad. ¹¹ No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo. ¹² Sé vivir en la pobreza, y sé vivir en la abundancia. En todo lugar y en todas las circunstancias, he aprendido el secreto de hacer frente tanto a la hartura como al hambre, tanto a la abundancia como a la necesidad. ¹³ ¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece! ¹⁴ Sin embargo, hicisteis bien en participar conmigo en mi tribulación. ¹⁵ También sabéis, oh filipenses, que al comienzo del evangelio cuando partí de Macedonia, ninguna

iglesia participó conmigo en cuanto a dar y recibir, sino vosotros solos.

¹⁶ Porque aun a Tesalónica enviasteis para mis necesidades una y otra vez.

¹⁷ No es que busque donativo, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. ¹⁸ Sin embargo, todo lo he recibido y tengo abundancia. Estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis, como olor fragante, un sacrificio aceptable y agradable a Dios. ¹⁹ Mi Dios, pues, suplirá toda necesidad vuestra, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.

²⁰ A nuestro Dios y Padre sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

²¹ Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan. ²² Todos los santos os saludan, y mayormente los que pertenecen a la casa del César. ²³ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu.

COLOSENSES

Capítulo 1

¹ Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo; ² a los hermanos santos y fieles en Cristo que están en Colosas: Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre.

³ Damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros; ⁴ porque hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis por todos los santos, ⁵ a causa de la esperanza reservada para vosotros en los cielos, de la cual habéis oído en la palabra de verdad del evangelio ⁶ que ha llegado a vosotros. Y así como está llevando fruto y creciendo en todo el mundo, lo mismo sucede también entre vosotros desde el día en que oísteis y comprendisteis de veras la gracia de Dios; ⁷ tal como aprendisteis de Epafras, nuestro consiervo amado, quien es fiel ministro de Cristo a vuestro favor. ⁸ El también nos ha informado de vuestro amor en el Espíritu.

⁹ Por esta razón también nosotros, desde el día en que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros y de rogar que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría y plena comprensión espiritual; ¹⁰ para que andéis como es digno del Señor, a fin de agradecerle en todo; de manera que produzcaís fruto en toda buena obra y que crezcáis en el conocimiento de Dios; ¹¹ y que seáis fortalecidos con todo poder, conforme a su gloriosa potencia, para toda perseverancia y paciencia.

¹² Con gozo damos gracias al Padre que os hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz. ¹³ El nos ha librado de la autoridad de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo amado, ¹⁴ en quien tenemos redención, el perdón de los pecados. ¹⁵ El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación; ¹⁶ porque en él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, dominios, principados o autoridades. Todo fue creado por medio de él y para él. ¹⁷ El antecede a todas las cosas, y en él todas las cosas subsisten. ¹⁸ Y además, él es la cabeza del

cuerpo, que es la iglesia. El es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo él sea preeminente;¹⁹ por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud,²⁰ y por medio de él reconciliar consigo mismo todas las cosas, tanto sobre la tierra como en los cielos, habiendo hecho la paz mediante la sangre de su cruz.²¹ A vosotros también, aunque en otro tiempo estabais apartados y erais enemigos por tener la mente ocupada en las malas obras, ahora os ha reconciliado²² en su cuerpo físico por medio de la muerte, para presentaros santos, sin mancha e irreprochables delante de él;²³ por cuanto permanecéis fundados y firmes en la fe, sin ser removidos de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual ha sido predicado en toda la creación debajo del cielo. De este evangelio yo, Pablo, llegué a ser ministro.²⁴ Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y completo en mi propia carne lo que falta de las tribulaciones de Cristo a favor de su cuerpo, que es la iglesia.²⁵ De ella llegué a ser ministro según el oficio divino que Dios me dio a vuestro favor, para dar pleno cumplimiento a la palabra de Dios:²⁶ el misterio de Dios que había estado oculto desde los siglos y generaciones, pero que ahora ha sido revelado a sus santos.²⁷ A éstos, Dios ha querido dar a conocer cuáles son las riquezas de la gloria de este misterio entre las naciones, el cual es: Cristo en vosotros, la esperanza de gloria.²⁸ A él anunciamos nosotros, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre con toda sabiduría, a fin de que presentemos a todo hombre, perfecto en Cristo Jesús.²⁹ Por esto mismo yo trabajo, esforzándome según su potencia que obra poderosamente en mí.

Capítulo 2

¹ Quiero, pues, que sepáis cuán grande conflicto tengo por vosotros, por los de Laodicea y por todos los que nunca me han visto personalmente;² para que unidos en amor, sus corazones sean reanimados hasta lograr toda la riqueza de la plena certidumbre de entendimiento, para conocer el misterio de Dios, es decir, Cristo mismo.³ En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

⁴ Digo esto para que nadie os engañe con falsos argumentos persuasivos.
⁵ Pues aunque estoy ausente en el cuerpo, no obstante, en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo.⁶ Por tanto, de la manera que habéis recibido a Cristo Jesús el Señor, así andad en él,⁷ firmemente arraigados y sobreedificados en él, y confirmados

por la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.

⁸ Mirad que nadie os lleve cautivos por medio de filosofías y vanas sutilezas, conforme a la tradición de hombres, conforme a los principios elementales del mundo, y no conforme a Cristo. ⁹ Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad; ¹⁰ y vosotros estáis completos en él, quien es la cabeza de todo principado y autoridad. ¹¹ En él también fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha con manos, al despojaros del cuerpo pecaminoso carnal mediante la circuncisión que viene de Cristo. ¹² Fuisteis sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual también fuisteis resucitados juntamente con él, por medio de la fe en el poder de Dios que lo levantó de entre los muertos.

¹³ Mientras vosotros estabais muertos en los delitos y en la incircuncisión de vuestra carne, Dios os dio vida juntamente con él, perdonándonos todos los delitos. ¹⁴ El anuló el acta que había contra nosotros, que por sus decretos nos era contraria, y la ha quitado de en medio al clavarla en su cruz. ¹⁵ También despojó a los principados y autoridades, y los exhibió como espectáculo público, habiendo triunfado sobre ellos en la cruz.

¹⁶ Por tanto, nadie os juzgue en asuntos de comida o de bebida, o respecto a días de fiesta, lunas nuevas o sábados. ¹⁷ Todo ello es sólo una sombra de lo porvenir, pero la realidad pertenece a Cristo. ¹⁸ Nadie os prive de vuestro premio, fingiendo humildad y culto a los ángeles, haciendo alarde de lo que ha visto, vanamente hinchado por su mente carnal; ¹⁹ y no aferrándose a la cabeza, de la cual todo el cuerpo, nutrido y unido por coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios. ²⁰ Siendo que vuestra muerte con Cristo os separó de los principios elementales del mundo, ¿por qué, como si aún viviérais en el mundo, os sometéis a ordenanzas como: ²¹ “No uses, ni gustes, ni toques”? ²² Tales cosas son destinadas a perecer con el uso, pues son según los mandamientos y las doctrinas de hombres. ²³ De hecho, semejantes prácticas tienen reputación de ser sabias en una cierta religiosidad, en la humillación y en el duro trato del cuerpo; pero no tienen ningún valor contra la sensualidad.

Capítulo 3

¹ Siendo, pues, que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. ² Ocupad la mente en las cosas de arriba, no en las de la tierra; ³ porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. ⁴ Y cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria.

⁵ Por lo tanto, haced morir lo terrenal en vuestros miembros: fornicación, impureza, bajas pasiones, malos deseos y la avaricia, que es idolatría. ⁶ A causa de estas cosas viene la ira de Dios sobre los rebeldes. ⁷ En ellas anduvisteis también vosotros en otro tiempo cuando vivíais entre ellos.

⁸ Pero ahora, dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia y palabras groseras de vuestra boca. ⁹ No mintáis los unos a los otros; porque os habéis despojado del viejo hombre con sus prácticas, ¹⁰ y os habéis vestido del nuevo, el cual se renueva para un pleno conocimiento, conforme a la imagen de aquel que lo creó. ¹¹ Aquí no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, esclavo ni libre; sino que Cristo es todo y en todos.

¹² Por tanto, como escogidos de Dios, santos y amados, vestíos de profunda compasión, de benignidad, de humildad, de mansedumbre y de paciencia, ¹³ soportándoos los unos a los otros y perdonándoos los unos a los otros, cuando alguien tenga queja del otro. De la manera que el Señor os perdonó, así también hacedlo vosotros. ¹⁴ Pero sobre todas estas cosas, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. ¹⁵ Y la paz de Cristo gobierne en vuestros corazones, pues a ella fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos. ¹⁶ La palabra de Cristo habite abundantemente en vosotros, enseñándoos y amonestándoos los unos a los otros en toda sabiduría con salmos, himnos y canciones espirituales, cantando con gracia a Dios en vuestros corazones. ¹⁷ Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

¹⁸ Esposas, estad sujetas a vuestros esposos, como conviene en el Señor. ¹⁹ Esposos, amad a vuestras esposas y no os amarguéis contra ellas. ²⁰ Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es agradable en el Señor.

²¹ Padres, no irritéis a vuestros hijos, para que no se desanimen. ²² Siervos, obedeced en todo a vuestros amos humanos; no sirviendo sólo cuando se os está mirando, como los que agradan a los hombres, sino con sencillez de corazón, temiendo a Dios. ²³ Y todo lo que hagáis, hacedlo de buen ánimo como para el Señor y no para los hombres, ²⁴ sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia. ¡A Cristo el Señor servís! ²⁵ Pero el que comete injusticia recibirá la injusticia que haga, porque no hay distinción de personas.

Capítulo 4

¹ Amos, haced lo que es justo y equitativo con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un amo en los cielos.

² Perseverad siempre en la oración, vigilando en ella con acción de gracias.

³ A la vez, orad también por nosotros, a fin de que el Señor nos abra una puerta para la palabra, para comunicar el misterio de Cristo, por lo cual estoy aún preso. ⁴ Orad para que yo lo presente con claridad, como me es preciso hablar.

⁵ Andad sabiamente para con los de afuera, redimiendo el tiempo. ⁶ Vuestra palabra sea siempre agradable, sazónada con sal, para que sepáis cómo os conviene responder a cada uno.

⁷ Todos mis asuntos os los hará saber Tíquico, hermano amado, fiel ministro y consiervo en el Señor. ⁸ Le envío a vosotros con este fin: para que conozcáis nuestros asuntos y para que él anime vuestros corazones. ⁹ Le envío con Onésimo, el fiel y amado hermano, quien es uno de vosotros. Ellos os informarán de todo lo que pasa aquí. ¹⁰ Os saludan Aristarco, prisionero conmigo; Marcos, el primo de Bernabé (ya habéis recibido instrucciones acerca de él; si va a vosotros, recibidle) ¹¹ y Jesús, llamado Justo. Ellos son los únicos de la circuncisión que son colaboradores conmigo en el reino de Dios y que me han servido de consuelo. ¹² Os saluda Epafras, quien es uno de vosotros, siervo de Cristo siempre solícito por vosotros en oración, para que estéis firmes como hombres maduros y completamente entregados a toda la voluntad de Dios.

¹³ Porque doy testimonio de él, de que tiene gran celo por vosotros, por los de Laodicea y por los de Hierápolis. ¹⁴ Os saludan Lucas, el médico amado, y Demas. ¹⁵ Saludad a los hermanos que están en Laodicea: a Ninfa y a la iglesia

que está en su casa. ¹⁶ Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que se lea también en la iglesia de los laodicenses; y la de Laodicea leedla también vosotros. ¹⁷ Decid a Arquipo: “Cuida el ministerio que has recibido del Señor, para que lo cumplas.” ¹⁸ Ahora, la salutación de mi propia mano, de Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia sea con vosotros.

1 TESALONICENSES

Capítulo 1

¹ Pablo, Silas y Timoteo; a la iglesia de los tesalonicenses, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia a vosotros y paz.

² Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo mención de vosotros en nuestras oraciones. ³ Nos acordamos sin cesar, delante del Dios y Padre nuestro, de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de la perseverancia de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo. ⁴ Porque hemos conocido, hermanos amados de Dios, vuestra elección; ⁵ por cuanto nuestro evangelio no llegó a vosotros sólo en palabras, sino también en poder y en el Espíritu Santo, y en plena convicción. Vosotros sabéis de qué manera actuamos entre vosotros a vuestro favor.

⁶ También os hicisteis imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo; ⁷ de tal manera que habéis sido ejemplo a todos los creyentes en Macedonia y en Acaya. ⁸ Porque la palabra del Señor ha resonado desde vosotros, no sólo en Macedonia y en Acaya, sino que también vuestra fe en Dios se ha extendido a todo lugar, de modo que nosotros no tenemos necesidad de decir nada. ⁹ Pues ellos mismos cuentan de nosotros la buena recepción que tuvimos por parte de vosotros, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero ¹⁰ y para esperar de los cielos a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera.

Capítulo 2

¹ Porque vosotros mismos sabéis, hermanos, en cuanto a nuestra visita a vosotros, que no fue en vano. ² Al contrario, a pesar de que habíamos padecido antes y habíamos sido maltratados en Filipos, como sabéis, tuvimos valentía en nuestro Dios para anunciaros el evangelio de Dios en medio de grande conflicto. ³ Pues nuestra exhortación no procedía de error ni de motivos impuros, ni fue con engaño. ⁴ Más bien, según fuimos aprobados por Dios para ser

encomendados con el evangelio, así hablamos; no como quienes buscan agradar a los hombres, sino a Dios quien examina nuestros corazones. ⁵ Porque, como sabéis, nunca usamos palabras lisonjeras ni tampoco palabras como pretexto para la avaricia; Dios es testigo. ⁶ Tampoco buscamos gloria de parte de los hombres, ni de vosotros, ni de otros; aunque podríamos haberos sido carga como apóstoles de Cristo.

⁷ Más bien, entre vosotros fuimos tiernos, como la nodriza que cría y cuida a sus propios hijos. ⁸ Tanto es nuestro cariño para vosotros que nos parecía bien entregaros no sólo el evangelio de Dios sino también nuestras propias vidas, porque habéis llegado a sernos muy amados. ⁹ Porque os acordáis, hermanos, de nuestro arduo trabajo y fatiga; que trabajando de día y de noche para no ser gravosos a ninguno de vosotros, os predicamos el evangelio de Dios.

¹⁰ Vosotros sois testigos, y Dios también, de cuán santa, justa e irrepreensiblemente actuamos entre vosotros los creyentes. ¹¹ En esto, sabéis que fuimos para cada uno de vosotros como el padre para sus propios hijos: Os exhortábamos, os animábamos ¹² y os insistíamos en que anduviéseris como es digno de Dios, que os llama a su propio reino y gloria.

¹³ Por esta razón, nosotros también damos gracias a Dios sin cesar; porque cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de parte nuestra, la aceptasteis, no como palabra de hombres, sino como lo que es de veras, la palabra de Dios quien obra en vosotros los que creéis. ¹⁴ Porque vosotros, hermanos, llegasteis a ser imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús que están en Judea; pues también vosotros habéis padecido las mismas cosas de vuestros propios compatriotas, como ellos de los judíos. ¹⁵ Estos mataron tanto al Señor Jesús como a los profetas; a nosotros nos han perseguido; no agradan a Dios y se oponen a todos los hombres, ¹⁶ prohibiéndonos hablar a los gentiles a fin de que sean salvos. Así colman siempre la medida de sus pecados. ¡Pero la ira de Dios viene sobre ellos hasta el extremo!

¹⁷ Pero nosotros, hermanos, apartados de vosotros por un poco de tiempo, de vista pero no de corazón, procuramos con mayor empeño y con mucho deseo veros personalmente. ¹⁸ Por eso quisimos ir a vosotros (yo Pablo, una y otra vez), pero Satanás nos lo impidió. ¹⁹ Porque, ¿cuál es nuestra esperanza, gozo o corona de orgullo delante del Señor Jesucristo en su venida? ¿Acaso no lo sois vosotros? ²⁰ En efecto, vosotros sois nuestra gloria y gozo.

Capítulo 3

¹ Por lo cual, como no pudimos soportarlo más, nos pareció bien quedarnos solos en Atenas, ² y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y colaborador de Dios en el evangelio de Cristo, para afirmaros y animaros en vuestra fe; ³ para que nadie sea turbado en medio de estas tribulaciones; porque vosotros mismos sabéis que hemos sido puestos para esto. ⁴ Porque cuando aún estábamos con vosotros, os predecíamos que habríamos de sufrir tribulaciones. Y así ha acontecido, como bien lo sabéis. ⁵ Por esta razón, como yo tampoco pude soportarlo más, le envié para informarme de vuestra fe, no sea que os haya tentado el tentador y que nuestro gran esfuerzo haya sido en vano.

⁶ Pero ahora Timoteo ha vuelto de vosotros a nosotros y nos ha dado buenas noticias de vuestra fe y de vuestro amor, y de que siempre tenéis buenos recuerdos de nosotros, deseando vernos, tal como nosotros también a vosotros. ⁷ Por eso hemos sido animados por vosotros, hermanos, por medio de vuestra fe, en toda nuestra necesidad y aflicción. ⁸ Porque ahora vivimos, si efectivamente estáis firmes en el Señor. ⁹ Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios con respecto a vosotros en recompensa por todo el gozo con que nos regocijamos por causa vuestra delante de nuestro Dios? ¹⁰ De día y de noche imploramos con mucha instancia, a fin de veros personalmente y completar lo que falta de vuestra fe.

¹¹ ¡Que el mismo Dios y Padre nuestro, con nuestro Señor Jesús, nos abra camino hacia vosotros! ¹² El Señor os multiplique y os haga abundar en amor unos para con otros y para con todos, tal como nosotros para con vosotros; ¹³ a fin de confirmar vuestros corazones irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre, en la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos.

Capítulo 4

¹ Por lo demás, hermanos, os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús que conforme aprendisteis de nosotros acerca de cómo os conviene andar y agradar a Dios, tal como estáis andando, así sigáis progresando cada vez más. ² Ya sabéis cuáles son las instrucciones que os dimos de parte del Señor Jesús. ³ Porque ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación: que os apartéis

de inmoralidad sexual; ⁴ que cada uno de vosotros sepa controlar su propio cuerpo en santificación y honor, ⁵ no con bajas pasiones, como los gentiles que no conocen a Dios; ⁶ y que en este asunto nadie atropelle ni engañe a su hermano; porque el Señor es el que toma venganza en todas estas cosas, como ya os hemos dicho y advertido. ⁷ Porque Dios no nos ha llamado a la impureza, sino a la santificación. ⁸ Por lo tanto, el que rechaza esto no rechaza a hombre, sino a Dios quien os da su Espíritu Santo.

⁹ Pero con respecto al amor fraternal, no tenéis necesidad de que os escriba, porque vosotros mismos habéis sido enseñados de Dios que os améis los unos a los otros. ¹⁰ De hecho, lo estáis haciendo con todos los hermanos por toda Macedonia; pero os exhortamos, hermanos, a que sigáis progresando aun más. ¹¹ Tened por aspiración vivir en tranquilidad, ocuparos en vuestros propios asuntos y trabajar con vuestras propias manos, como os hemos mandado; ¹² a fin de que os conduzcáis honestamente para con los de afuera y que no tengáis necesidad de nada.

¹³ Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. ¹⁴ Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios traerá por medio de Jesús, y con él, a los que han dormido. ¹⁵ Pues os decimos esto por palabra del Señor: Nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, de ninguna manera precederemos a los que ya durmieron. ¹⁶ Porque el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. ¹⁷ Luego nosotros, los que vivimos y habremos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para el encuentro con el Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor. ¹⁸ Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras.

Capítulo 5

¹ Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, hermanos, no tenéis necesidad de que os escriba. ² Porque vosotros mismos sabéis perfectamente bien que el día del Señor vendrá como ladrón de noche. ³ Cuando digan: “Paz y seguridad”, entonces vendrá la destrucción de repente sobre ellos, como vienen los dolores sobre la mujer que da a luz; y de ninguna manera escaparán.

⁴ Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, como para que aquel día os sorprenda como un ladrón. ⁵ Todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día. No somos hijos de la noche ni de las tinieblas.

⁶ Por tanto, no durmamos como los demás, sino vigilemos y seamos sobrios; ⁷ porque los que duermen, de noche duermen; y los que se emborrachan, de noche se emborrachan. ⁸ Pero nosotros que somos del día seamos sobrios, vestidos de la coraza de la fe y del amor, y con el casco de la esperanza de la salvación. ⁹ Porque no nos ha puesto Dios para ira, sino para alcanzar salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁰ quien murió por nosotros para que, ya sea que velemos o sea que durmamos, vivamos juntamente con él.

¹¹ Por lo cual, animaos los unos a los otros y edificaos los unos a los otros, así como ya lo hacéis. ¹² Os rogamos, hermanos, que reconozcáis a los que entre vosotros trabajan, que os presiden en el Señor y que os dan instrucción.

¹³ Tenedlos en alta estima con amor a causa de su obra. Vivid en paz los unos con los otros. ¹⁴ Hermanos, también os exhortamos a que amonestéis a los desordenados, a que alentéis a los de poco ánimo, a que deis apoyo a los débiles, y a que tengáis paciencia hacia todos. ¹⁵ Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal; en cambio, procurad siempre lo bueno los unos para los otros y para con todos.

¹⁶ Estad siempre gozosos. ¹⁷ Orad sin cesar. ¹⁸ Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para vosotros en Cristo Jesús. ¹⁹ No apaguéis el Espíritu. ²⁰ No menospreciéis las profecías; ²¹ más bien, examinadlo todo, retened lo bueno. ²² Apartaos de toda apariencia de mal.

²³ Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; que todo vuestro ser — tanto espíritu, como alma y cuerpo — sea guardado sin mancha en la venida de nuestro Señor Jesucristo. ²⁴ Fiel es el que os llama, quien también lo logrará. ²⁵ Hermanos, orad también por nosotros. ²⁶ Saludad a todos los hermanos con un beso santo. ²⁷ Solemnemente os insto por el Señor que se lea esta carta a todos los hermanos. ²⁸ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.

2 TESALONICENSES

Capítulo 1

¹ Pablo, Silas y Timoteo; a la iglesia de los tesalonicenses en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo: ² Gracia a vosotros y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. ³ Siempre debemos dar gracias a Dios por vosotros, hermanos, como es digno, por cuanto vuestra fe va creciendo sobremanera y abunda el amor de cada uno para con los demás; ⁴ tanto que nosotros mismos nos gloriamos de vosotros en las iglesias de Dios, a causa de vuestra perseverancia y fe en todas vuestras persecuciones y aflicciones que estáis soportando.

⁵ Esto da muestra evidente del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual también estáis padeciendo. ⁶ De hecho es justo delante de Dios retribuir con aflicción a los que os afligen, ⁷ y retribuir con descanso, junto con nosotros, a vosotros que sois afligidos. Esto sucederá cuando el Señor Jesús con sus poderosos ángeles se manifieste desde el cielo ⁸ en llama de fuego, para dar retribución a los que no han conocido a Dios y a los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús. ⁹ Ellos serán castigados con eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder, ¹⁰ cuando él venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado por todos los que creyeron; porque nuestro testimonio ha sido creído entre vosotros.

¹¹ Con este fin oramos siempre por vosotros: para que nuestro Dios os haga dignos de su llamamiento y que él cumpla todo buen propósito y toda obra de fe con poder, ¹² de manera que el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo.

Capítulo 2

¹ Ahora, con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, ² que no seáis movidos fácilmente

de vuestro modo de pensar ni seáis alarmados, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, como que ya hubiera llegado el día del Señor.

³ Nadie os engañe de ninguna manera; porque esto no sucederá sin que venga primero la apostasía y se manifieste el hombre de iniquidad, el hijo de perdición. ⁴ Este se opondrá y se alzaré contra todo lo que se llama Dios o que se adora, tanto que se sentará en el templo de Dios haciéndose pasar por Dios. ⁵ ¿No os acordáis que mientras yo estaba todavía con vosotros, os decía esto? ⁶ Ahora sabéis qué lo detiene, a fin de que a su debido tiempo él sea revelado. ⁷ Porque ya está obrando el misterio de la iniquidad; solamente espera hasta que sea quitado de en medio el que ahora lo detiene. ⁸ Y entonces será manifestado aquel inicuo, a quien el Señor Jesús matará con el sople de su boca y destruirá con el resplandor de su venida. ⁹ El advenimiento del inicuo es por operación de Satanás, con todo poder, señales y prodigios falsos, ¹⁰ y con todo engaño de injusticia entre los que perecen, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. ¹¹ Por esto, Dios les enviará una fuerza de engaño para que crean la mentira, ¹² a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia.

¹³ Pero nosotros debemos dar gracias a Dios siempre por vosotros, hermanos amados del Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, por la santificación del Espíritu y fe en la verdad. ¹⁴ Con este fin os llamó Dios por medio de nuestro evangelio para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. ¹⁵ Así que, hermanos, estad firmes y retened las doctrinas en que habéis sido enseñados, sea por palabra o por carta nuestra.

¹⁶ Y el mismo Señor nuestro Jesucristo, y nuestro Padre Dios quien nos amó y por gracia nos dio eterno consuelo y buena esperanza, ¹⁷ anime vuestros corazones y os confirme en toda obra y palabra buena.

Capítulo 3

¹ Por lo demás, hermanos, orad por nosotros para que la palabra del Señor se difunda rápidamente y sea glorificada, así como sucedió también entre vosotros; ² y que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe. ³ Pero fiel es el Señor, que os establecerá y os guardará del mal. ⁴ Tenemos confianza en el Señor en cuanto a vosotros, que hacéis y haréis

lo que os mandamos. ⁵ ¡El Señor dirija vuestros corazones hacia el amor de Dios y la paciencia de Cristo!

⁶ Sin embargo, os mandamos, hermanos, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que os apartéis de todo hermano que ande desordenadamente y no conforme a la doctrina que recibieron de parte nuestra. ⁷ Vosotros mismos sabéis de qué manera debéis imitarnos, porque no hemos vivido desordenadamente entre vosotros, ⁸ ni hemos comido de balde el pan de nadie. Más bien, trabajamos arduamente hasta la fatiga, de noche y de día, para no ser gravosos a ninguno de vosotros; ⁹ no porque no tuviésemos autoridad, sino para daros en nuestras personas un ejemplo a imitar. ¹⁰ Aún estando con vosotros os amonestábamos así: que si alguno no quiere trabajar, tampoco coma. ¹¹ Porque hemos oído que algunos andan desordenadamente entre vosotros, sin trabajar en nada, sino entrometiéndose en lo ajeno. ¹² A los tales les ordenamos y les exhortamos en el Señor Jesucristo que trabajando sosegadamente coman su propio pan. ¹³ Y vosotros, hermanos, no os canséis de hacer el bien. ¹⁴ Si alguno no obedece nuestra palabra por carta, a ése señaladlo y no tengáis trato con él, para que le dé vergüenza. ¹⁵ Pero no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano.

¹⁶ Y el mismo Señor de paz os dé siempre paz en toda manera. El Señor sea con todos vosotros. ¹⁷ Este saludo es de mi mano, Pablo. Así es mi firma en todas mis cartas, tal como escribo. ¹⁸ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.

1 TIMOTEO

Capítulo 1

¹ Pablo, apóstol de Cristo Jesús por mandato de Dios nuestro Salvador y de Cristo Jesús nuestra esperanza; ² a Timoteo, verdadero hijo en la fe: Gracia, misericordia y paz, de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor.

³ Como te rogué cuando partí para Macedonia, quédate en Efeso, para que requieras a algunos que no enseñen doctrinas extrañas, ⁴ ni presten atención a fábulas e interminables genealogías, que sirven más a especulaciones que al plan de Dios, que es por la fe.

⁵ Pero el propósito del mandamiento es el amor que procede de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida. ⁶ Algunos de ellos, habiéndose desviado, se apartaron en pos de vanas palabrerías, ⁷ queriendo ser maestros de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman con tanta seguridad. ⁸ Sabemos, sin embargo, que la ley es buena, si uno la usa legítimamente. ⁹ Y conocemos esto: que la ley no ha sido puesta para el justo, sino para los rebeldes e insubordinados, para los impíos y pecadores, para los irreverentes y profanos, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, ¹⁰ para los fornicarios, para los homosexuales, para los secuestradores, para los mentirosos, para los perjuros, y para cuanto haya contrario a la sana doctrina, ¹¹ según el evangelio de la gloria del Dios bendito, que me ha sido encomendado.

¹² Doy gracias al que me fortaleció, a Cristo Jesús nuestro Señor, porque me tuvo por fiel al ponerme en el ministerio, ¹³ a pesar de que antes fui blasfemo, perseguidor e insolente. Sin embargo, recibí misericordia porque, siendo ignorante, lo hice en incredulidad. ¹⁴ Pero la gracia de nuestro Señor fue más que abundante con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús. ¹⁵ Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. ¹⁶ No obstante, por esta razón recibí misericordia, para que Cristo Jesús mostrase en mí, el primero, toda su clemencia, para ejemplo de los que habían de creer en él para vida eterna. ¹⁷ Por tanto, al Rey de los siglos, al inmortal, invisible y único Dios, sean la honra y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

¹⁸ Este mandamiento te encargo, hijo Timoteo, conforme a las profecías que antes se hicieron acerca de ti, para que milites por ellas la buena milicia, ¹⁹ manteniendo la fe y la buena conciencia, la cual algunos desecharon y naufragaron en cuanto a la fe. ²⁰ Entre éstos están Himeneo y Alejandro, a quienes he entregado a Satanás, para que aprendan a no blasfemar.

Capítulo 2

¹ Por esto exhorto, ante todo, que se hagan súplicas, oraciones, intercesiones y acciones de gracias por todos los hombres; ² por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que llevemos una vida tranquila y reposada en toda piedad y dignidad. ³ Esto es bueno y aceptable delante de Dios nuestro Salvador, ⁴ quien quiere que todos los hombres sean salvos y que lleguen al conocimiento de la verdad. ⁵ Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, ⁶ quien se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo. ⁷ Para esto yo fui constituido predicador, apóstol y maestro de los gentiles en fe y verdad. Digo la verdad; no miento. ⁸ Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos piadosas, sin ira ni discusión.

⁹ Asimismo, que las mujeres se atavien con vestido decoroso, con modestia y prudencia; no con peinados ostentosos, ni oro, ni perlas, ni vestidos costosos; ¹⁰ sino más bien con buenas obras, como conviene a mujeres que profesan reverencia a Dios. ¹¹ La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción; ¹² porque no permito a una mujer enseñar ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio. ¹³ Pues Adán fue formado primero; después, Eva. ¹⁴ Además, Adán no fue engañado; sino la mujer, al ser engañada, incurrió en transgresión. ¹⁵ Sin embargo, se salvará teniendo hijos, si permanece en fe, amor y santidad con prudencia.

Capítulo 3

¹ Fiel es esta palabra: Si alguien anhela el obispado, desea buena obra. ² Entonces es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospitalario, apto para enseñar; ³ no dado

al vino; no violento, sino amable; no contencioso ni amante del dinero. ⁴ Que gobierne bien su casa y tenga a sus hijos en sujeción con toda dignidad.

⁵ Porque si alguien no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios? ⁶ Que no sea un recién convertido, para que no se llene de orgullo y caiga en la condenación del diablo. ⁷ También debe tener buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en el reproche y la trampa del diablo.

⁸ Asimismo, los diáconos deben ser dignos de respeto, sin doblez de lengua, no dados a mucho vino ni amantes de ganancias deshonestas; ⁹ que mantengan el misterio de la fe con limpia conciencia. ¹⁰ Que éstos sean probados primero y que después sirvan como diáconos, si es que son hallados irreprochables. ¹¹ Las mujeres, asimismo, deben ser dignas de respeto, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo. ¹² Los diáconos sean maridos de una sola mujer; que gobiernen bien a sus hijos y sus propias casas. ¹³ Porque los que sirven bien como diáconos ganan para sí buena reputación y mucha confianza en la fe que es en Cristo Jesús.

¹⁴ Te escribo esto, esperando ir a verte pronto, ¹⁵ para que si me tardo, sepas cómo te conviene conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad. ¹⁶ Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: El fue manifestado en la carne, justificado por el Espíritu, visto por los ángeles, proclamado entre las naciones, creído en el mundo, y recibido arriba en gloria.

Capítulo 4

¹ Pero el Espíritu dice claramente que en los últimos tiempos algunos se apartarán de la fe, prestando atención a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios. ² Con hipocresía hablarán mentira, teniendo cauterizada la conciencia. ³ Prohibirán casarse y mandarán abstenerse de los alimentos que Dios creó para que, con acción de gracias, participasen de ellos los que creen y han conocido la verdad. ⁴ Porque todo lo que Dios ha creado es bueno, y no hay que rechazar nada cuando es recibido con acción de gracias; ⁵ pues es santificado por medio de la palabra de Dios y de la oración.

⁶ Si expones estas cosas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo, nutrido de las palabras de la fe y de la buena doctrina, la cual has seguido de

cerca. ⁷ Desecha las fábulas profanas y de viejas, y ejercítate para la piedad. ⁸ Porque el ejercicio físico para poco aprovecha; pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa para la vida presente y para la venidera. ⁹ Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación. ¹⁰ Porque para esto mismo trabajamos arduamente y luchamos, pues esperamos en el Dios viviente, quien es el Salvador de todos los hombres, especialmente de los que creen. ¹¹ Estas cosas manda y enseña. ¹² Nadie tenga en poco tu juventud; pero sé ejemplo para los creyentes en palabra, en conducta, en amor, en fe y en pureza. ¹³ Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, en la exhortación y en la enseñanza. ¹⁴ No descuides el don que está en ti, que te ha sido dado por medio de profecía, con la imposición de las manos del concilio de ancianos. ¹⁵ Dedicáte a estas cosas; ocúpate en ellas, para que tu progreso sea manifiesto a todos. ¹⁶ Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan.

Capítulo 5

¹ No reprendas con dureza al anciano, sino exhórtale como a padre; a los más jóvenes, como a hermanos; ² a las ancianas, como a madres; y a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza.

³ Honra a las viudas que realmente sean viudas. ⁴ Pero si alguna viuda tiene hijos o nietos, que aprendan primero a ser piadosos con los de su propia casa y a recompensar a sus padres, porque esto es aceptable delante de Dios. ⁵ Ahora bien, la que es realmente viuda, y que ha quedado sola, ha puesto su esperanza en Dios y persevera en súplica y oraciones de noche y de día; ⁶ pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta. ⁷ Manda también estas cosas para que sean irreprochables. ⁸ Si alguien no tiene cuidado de los suyos, y especialmente de los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo.

⁹ La viuda sea incluida en la lista después de haber cumplido por lo menos sesenta años, que haya sido esposa de un solo marido, ¹⁰ que tenga testimonio de buenas obras; si ha criado hijos, si ha practicado la hospitalidad, si ha lavado los pies de los santos, si ha socorrido a los afligidos y si se ha dedicado a toda buena obra. ¹¹ Pero no admitas a las viudas más jóvenes, porque cuando sus pasiones las apartan de Cristo, quieren casarse, ¹² estando bajo juicio por haber abandonado su primer compromiso. ¹³ Y a la vez aprenden a ser ociosas,

andando de casa en casa. No sólo aprenden a ser ociosas, sino también chismosas y entremetidas, hablando lo que no conviene. ¹⁴ Por eso quiero que las más jóvenes se casen, críen hijos, gobiernen su casa y no den al adversario ninguna ocasión de reproche; ¹⁵ porque ya algunas se han extraviado en pos de Satanás. ¹⁶ Si algún creyente o alguna creyente tiene viudas, cuidelas. No sea carga para la iglesia, a fin de que haya lo suficiente para las que realmente son viudas.

¹⁷ Los ancianos que dirigen bien sean tenidos por dignos de doble honor, especialmente los que trabajan arduamente en la palabra y en la enseñanza. ¹⁸ Porque la Escritura dice: No pondrás bozal al buey que trilla. Además: “El obrero es digno de su salario.” ¹⁹ No admitas acusación contra un anciano a no ser que haya dos o tres testigos. ²⁰ A los que continúan pecando, repréndelos delante de todos para que los otros tengan temor. ²¹ Requero solemnemente delante de Dios y de Cristo Jesús y de sus ángeles escogidos, que guardes estas cosas sin prejuicio, no haciendo nada con parcialidad. ²² No impongas las manos a ninguno con ligereza, ni participes en pecados ajenos; consérvate puro. ²³ De aquí en adelante no tomes agua; usa, más bien, un poquito de vino a causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades. ²⁴ Los pecados de algunos hombres se hacen patentes antes de comparecer en juicio, pero a otros les alcanzan después. ²⁵ De la misma manera, las buenas obras se hacen patentes de antemano; y aunque sean de otra manera, no es posible mantenerlas ocultas.

Capítulo 6

¹ Todos los que están bajo el yugo de la esclavitud tengan a sus propios amos como dignos de toda honra, para que no sea desacreditado el nombre de Dios, ni la doctrina. ² Los que tienen amos creyentes, no los tengan en menos por ser hermanos. Al contrario, sírvanles mejor por cuanto son creyentes y amados los que se benefician de su buen servicio. Esto enseña y exhorta. ³ Si alguien enseña algo diferente y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, ⁴ se ha llenado de orgullo y no sabe nada. Más bien, delira acerca de controversias y contiendas de palabras, de las cuales vienen envidia, discordia, calumnias, sospechas perversas, ⁵ y necias rencillas entre hombres de mente corrompida y privados de la verdad, que tienen la piedad como fuente de ganancia.

⁶ Sin embargo, grande ganancia es la piedad con contentamiento. ⁷ Porque nada trajimos a este mundo, y es evidente que nada podremos sacar. ⁸ Así que, teniendo el sustento y con qué cubrirnos, estaremos contentos con esto.

⁹ Porque los que desean enriquecerse caen en tentación y trampa, y en muchas pasiones insensatas y dañinas que hunden a los hombres en ruina y perdición.

¹⁰ Porque el amor al dinero es raíz de todos los males; el cual codiciando algunos, fueron descarriados de la fe y se traspasaron a sí mismos con muchos dolores. ¹¹ Pero tú, oh hombre de Dios, huye de estas cosas y sigue la justicia, la piedad, la fe, el amor, la perseverancia, la mansedumbre. ¹² Pelea la buena batalla de la fe; echa mano de la vida eterna, a la cual fuiste llamado y confesaste la buena confesión delante de muchos testigos.

¹³ Te mando delante de Dios, quien da vida a todas las cosas, y de Cristo Jesús, quien dio testimonio de la buena confesión delante de Poncio Pilato, ¹⁴ que guardes el mandamiento sin mancha ni reproche, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo. ¹⁵ A su debido tiempo la mostrará el Bienaventurado y solo Poderoso, el Rey de reyes y Señor de señores; ¹⁶ el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible, a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver. A él sea la honra y el dominio eterno. Amén. ¹⁷ A los ricos de la edad presente manda que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios quien nos provee todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. ¹⁸ Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que sean generosos y dispuestos a compartir, ¹⁹ atesorando para sí buen fundamento para el porvenir, para que echen mano de la vida verdadera. ²⁰ Oh Timoteo, guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas y vanas palabrerías y los argumentos de la falsamente llamada ciencia; ²¹ la cual profesando algunos se descarriaron en cuanto a la fe. La gracia sea con vosotros.

2 TIMOTEO

Capítulo 1

¹ Pablo, apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, según la promesa de la vida que es en Cristo Jesús; ² a Timoteo, amado hijo: Gracia, misericordia y paz, de parte de Dios el Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor. ³ Doy gracias a Dios, a quien rindo culto con limpia conciencia como lo hicieron mis antepasados, de que sin cesar me acuerdo de ti en mis oraciones de noche y de día. ⁴ Me he acordado de tus lágrimas y deseo verte para ser lleno de gozo.

⁵ Traigo a la memoria la fe no fingida que hay en ti, la cual habitó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y estoy convencido de que también en ti.

⁶ Por esta razón, te vuelvo a recordar que avives el don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. ⁷ Porque no nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. ⁸ Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, prisionero suyo. Más bien, sé participe conmigo de los sufrimientos por el evangelio, según el poder de Dios. ⁹ Fue él quien nos salvó y nos llamó con santo llamamiento, no conforme a nuestras obras, sino conforme a su propio propósito y gracia, la cual nos fue dada en Cristo Jesús antes del comienzo del tiempo; ¹⁰ y ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Cristo Jesús. El anuló la muerte y sacó a la luz la vida y la inmortalidad por medio del evangelio, ¹¹ del cual he sido puesto como predicador, apóstol y maestro. ¹² Por esta razón padezco estas cosas, pero no me avergüenzo; porque yo sé a quien he creído, y estoy convencido de que él es poderoso para guardar mi depósito para aquel día. ¹³ Ten presente el modelo de las sanas palabras que has oído de mí, en la fe y el amor en Cristo Jesús. ¹⁴ Guarda el buen depósito por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros.

¹⁵ Ya sabes que se apartaron de mí todos los de Asia, entre ellos Figelo y Hermógenes. ¹⁶ El Señor conceda misericordia a la casa de Onesíforo, porque muchas veces me reanimó y no se avergonzó de mis cadenas. ¹⁷ Más bien,

cuando estuvo en Roma, me buscó solícitamente y me halló.¹⁸ El Señor le conceda que halle misericordia de parte del Señor en aquel día. Cuánto nos ayudó en Efeso, tú lo sabes muy bien.

Capítulo 2

¹ Tú pues, hijo mío, fortalécete en la gracia que es en Cristo Jesús.² Lo que oíste de parte mía mediante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.³ Tú, pues, sé partícipe de los sufrimientos como buen soldado de Cristo Jesús.⁴ Ninguno en campaña militar se enreda en los negocios de la vida, a fin de agradar a aquel que lo alistó como soldado.⁵ Además, si algún atleta compite, no es coronado a menos que compita según las reglas.⁶ El labrador que trabaja esforzadamente es quien debe recibir primero su parte de los frutos.⁷ Considera bien lo que digo, pues el Señor te dará entendimiento en todo.

⁸ Acuérdate de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, de la descendencia de David, conforme a mi evangelio.⁹ Por él soporto sufrimientos hasta prisiones, como si fuera malhechor. ¡Pero la palabra de Dios no está presa!¹⁰ Por tanto, todo lo sufro a favor de los escogidos, para que ellos también obtengan la salvación que es en Cristo Jesús, con gloria eterna.¹¹ Fiel es esta palabra: Si morimos con él, también viviremos con él.¹² Si perseveramos, también reinaremos con él. Si le negamos, él también nos negará.¹³ Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

¹⁴ Recuérdales esto, requiriéndoles delante de Dios que no contienda sobre palabras, que para nada aprovecha, sino que lleva a la ruina a los que oyen.

¹⁵ Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra de verdad.¹⁶ Pero evita las profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad.¹⁷ Y la palabra de ellos carcomerá como gangrena. Entre ellos se cuentan Himeneo y Fileto,¹⁸ quienes se extraviaron con respecto a la verdad, sosteniendo que la resurrección ya ha ocurrido, y trastornaron la fe de algunos.

¹⁹ A pesar de todo, el sólido fundamento de Dios queda firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos y “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor.”²⁰ Pero en una casa grande, no solamente

hay vasos de oro y de plata, sino también de madera y de barro. Además, hay unos para uso honroso y otros para uso común.²¹ Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será un vaso para honra, consagrado y útil para el Señor, preparado para toda buena obra.

²² Huye, pues, de las pasiones juveniles y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz con los que de corazón puro invocan al Señor.²³ Pero evita las discusiones necias e ignorantes, sabiendo que engendran contiendas.²⁴ Pues el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar y sufrido;²⁵ corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen, por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para comprender la verdad,²⁶ y se escapen de la trampa del diablo, quien los tiene cautivos a su voluntad.

Capítulo 3

¹ También debes saber esto: que en los últimos días se presentarán tiempos difíciles.² Porque habrá hombres amantes de sí mismos y del dinero. Serán vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos,³ sin afecto natural, implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno,⁴ traidores, impetuosos, envanecidos y amantes de los placeres más que de Dios.⁵ Tendrán apariencia de piedad, pero negarán su eficacia. A éstos evita.⁶ Pues entre éstos están los que se meten en las casas y se llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas por diversas pasiones,⁷ que siempre están aprendiendo y nunca logran llegar al conocimiento de la verdad.⁸ De la manera que Janes y Jambres se opusieron a Moisés, así también éstos se oponen a la verdad. Son hombres de mente corrompida, réprobos en cuanto a la fe.⁹ Pero no irán muy lejos, porque su insensatez será evidente a todos, como también lo fue la de aquéllos.

¹⁰ Pero tú has seguido de cerca mi enseñanza, conducta, propósito, fe, paciencia, amor, perseverancia,¹¹ persecuciones y aflicciones, como las que me sobrevinieron en Antioquía, Iconio y Listra. Todas estas persecuciones he sufrido, y de todas me libró el Señor.¹² También todos los que quieran vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos.¹³ Pero los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.¹⁴ Pero persiste tú en lo que has aprendido y te has persuadido, sabiendo de quienes lo has aprendido¹⁵ y que desde tu niñez has conocido las Sagradas Escrituras,

las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús. ¹⁶ Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprensión, para la corrección, para la instrucción en justicia, ¹⁷ a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra.

Capítulo 4

¹ Te requiero delante de Dios y de Cristo Jesús, quien ha de juzgar a los vivos y a los muertos, tanto por su manifestación como por su reino: ² Predica la palabra; mantente dispuesto a tiempo y fuera de tiempo; convence, reprende y exhorta con toda paciencia y enseñanza. ³ Porque vendrá el tiempo cuando no soportarán la sana doctrina; más bien, teniendo comezón de oír, amontonarán para sí maestros conforme a sus propias pasiones, ⁴ y a la vez que apartarán sus oídos de la verdad, se volverán a las fábulas. ⁵ Pero tú, sé sobrio en todo; soporta las aflicciones; haz obra de evangelista; cumple tu ministerio. ⁶ Porque yo ya estoy a punto de ser ofrecido en sacrificio, y el tiempo de mi partida ha llegado. ⁷ He peleado la buena batalla; he acabado la carrera; he guardado la fe. ⁸ Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, el Juez justo, en aquel día. Y no sólo a mí, sino también a todos los que han amado su venida.

⁹ Procura venir pronto a verme, ¹⁰ porque Demas me ha desamparado, habiendo amado el mundo presente, y se fue a Tesalónica. Crescente fue a Galacia, y Tito a Dalmacia. ¹¹ Sólo Lucas está conmigo. Toma a Marcos y tráele contigo, porque me es útil para el ministerio. ¹² A Tíquico envié a Efeso. ¹³ Trae, cuando vengas, el manto que dejé en Troas en casa de Carpo, y los rollos, especialmente los pergaminos. ¹⁴ Alejandro el herrero me ha causado muchos males. El Señor le pagará conforme a sus hechos. ¹⁵ Guárdate tú también de él, porque en gran manera ha resistido a nuestras palabras.

¹⁶ En mi primera defensa nadie estuvo de mi parte. Más bien, todos me desampararon. No se les tome en cuenta. ¹⁷ Pero el Señor sí estuvo conmigo y me dio fuerzas para que por medio de mí fuese cumplida la predicación, y que todos los gentiles escucharan. Y fui librado de la boca del león. ¹⁸ El Señor me librará de toda obra mala y me preservará para su reino celestial. A él sea

la gloria por los siglos de los siglos. Amén. ¹⁹ Saluda a Priscila y a Aquilas, y a la casa de Onesíforo. ²⁰ Erasto se quedó en Corinto, y a Trófimo lo dejé enfermo en Mileto. ²¹ Procura venir antes del invierno. Te saludan Eubulo, Pudente, Lino, Claudia y todos los hermanos. ²² El Señor Jesucristo sea con tu espíritu. La gracia sea con vosotros.

TITO

Capítulo 1

¹ Pablo, siervo de Dios y apóstol de Jesucristo según la fe de los elegidos de Dios y el pleno conocimiento de la verdad — la cual es según la piedad ² basada en la esperanza de la vida eterna, que el Dios que no miente prometió desde antes del comienzo del tiempo, ³ y a su debido tiempo manifestó su palabra en la predicación que se me ha confiado por mandato de Dios nuestro Salvador — ; ⁴ a Tito, verdadero hijo según la fe que nos es común: Gracia y paz, de Dios Padre y de Cristo Jesús nuestro Salvador.

⁵ Por esta causa te dejé en Creta: para que pusieras en orden lo que faltase y establecieras ancianos en cada ciudad, como te mandé.

⁶ Sea el anciano irreprochable, marido de una sola mujer, que tenga hijos creyentes que no sean acusados como libertinos o rebeldes. ⁷ Porque es necesario que el obispo sea irreprochable como mayordomo de Dios; que no sea arrogante, ni de mal genio, ni dado al vino, ni pendenciero, ni ávido de ganancias deshonestas. ⁸ Antes bien, debe ser hospitalario, amante de lo bueno, prudente, justo, santo y dueño de sí mismo; ⁹ que sepa retener la palabra fiel conforme a la doctrina, para que pueda exhortar con sana enseñanza y también refutar a los que se oponen. ¹⁰ Porque hay aún muchos rebeldes, habladores de vanidades y engañadores, especialmente de los de la circuncisión. ¹¹ A ellos es preciso tapan la boca, pues por ganancias deshonestas trastornan casas enteras, enseñando lo que no es debido. ¹² Uno de ellos, su propio profeta, ha dicho: “Los cretenses son siempre mentirosos, malas bestias, glotones perezosos.” ¹³ Este testimonio es cierto. Por tanto, repréndeles severamente para que sean sanos en la fe, ¹⁴ no atendiendo a fábulas judaicas ni a mandamientos de hombres que se apartan de la verdad. ¹⁵ Para los que son puros, todas las cosas son puras; pero para los impuros e incrédulos nada es puro, pues hasta sus mentes y sus conciencias están corrompidas. ¹⁶ Profesan conocer a Dios, pero con sus hechos lo niegan; son abominables, desobedientes y reprobados para toda buena obra.

Capítulo 2

¹ Pero habla tú lo que está de acuerdo con la sana doctrina; ² que los hombres mayores sean sobrios, serios y prudentes, sanos en la fe, en el amor y en la perseverancia. ³ Asimismo, que las mujeres mayores sean reverentes en conducta, no calumniadoras ni esclavas del mucho vino, maestras de lo bueno, ⁴ de manera que encaminen en la prudencia a las mujeres jóvenes: a que amen a sus maridos y a sus hijos, ⁵ a que sean prudentes y castas, a que sean buenas amas de casa, a que estén sujetas a sus propios maridos, para que la palabra de Dios no sea desacreditada. ⁶ Exhorta asimismo a los jóvenes a que sean prudentes, ⁷ mostrándote en todo como ejemplo de buenas obras. Demuestra en tu enseñanza integridad, seriedad ⁸ y palabra sana e irreprochable, para que el que se nos oponga se avergüence, no teniendo nada malo que decir de ninguno de nosotros. ⁹ Exhorta a los siervos a que estén sujetos a sus propios amos en todo: que sean complacientes y no respondones; ¹⁰ que no defrauden, sino que demuestren toda buena fe para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador.

¹¹ Porque la gracia salvadora de Dios se ha manifestado a todos los hombres, ¹² enseñándonos a vivir de manera prudente, justa y piadosa en la edad presente, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, ¹³ aguardando la esperanza bienaventurada, la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, ¹⁴ quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí mismo un pueblo propio, celoso de buenas obras.

¹⁵ Estas cosas habla, exhorta y reprende con toda autoridad. ¡Que nadie te menosprecie!

Capítulo 3

¹ Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y a las autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos para toda buena obra; ² que no hablen mal de nadie, que no sean contenciosos sino amables, demostrando toda consideración por todos los hombres. ³ Porque en otro tiempo nosotros también éramos insensatos, desobedientes, extraviados. Estábamos esclavizados por diversas pasiones y placeres, viviendo en malicia y en envidia. Eramos aborrecibles, odiándonos unos a otros. ⁴ Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro

Salvador y su amor por los hombres, ⁵ él nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hubiésemos hecho, sino según su misericordia; por medio del lavamiento de la regeneración y de la renovación del Espíritu Santo, ⁶ que él derramó sobre nosotros abundantemente por medio de Jesucristo nuestro Salvador. ⁷ Y esto, para que, justificados por su gracia, seamos hechos herederos conforme a la esperanza de la vida eterna. ⁸ Fiel es esta palabra. Acerca de estas cosas, quiero que hables con firmeza, para que los que han creído en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres.

⁹ Pero evita las contiendas necias, las genealogías, las controversias y los debates acerca de la ley; porque de nada aprovechan y son vanos. ¹⁰ Después de una y otra amonestación, rechaza al hombre que causa divisiones, ¹¹ sabiendo que el tal se ha pervertido y peca, habiéndose condenado a sí mismo. ¹² Cuando yo envíe a ti a Artemas o a Tíquico, procura venir a mí a Nicópolis, pues allí he decidido pasar el invierno. ¹³ Encamina a Zenas, maestro de la ley, y a Apolos, para que no les falte nada. ¹⁴ Y aprendan los nuestros a dedicarse a las buenas obras para los casos de necesidad, con el fin de que no sean sin fruto. ¹⁵ Te saludan todos los que están conmigo. Saluda a los que nos aman en la fe. La gracia sea con todos vosotros.

FILEMÓN

¹ Pablo, prisionero de Cristo Jesús, y el hermano Timoteo; a Filemón el amado y colaborador nuestro, ² a la hermana Apia, a Arquipo nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que está en tu casa: ³ Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. ⁴ Doy gracias siempre a mi Dios, haciendo mención de ti en mis oraciones; ⁵ porque oigo del amor y de la fe que tienes para con el Señor Jesús y hacia todos los santos, ⁶ de manera que la comunión de tu fe ha venido a ser eficaz en el pleno conocimiento de todo lo bueno que hay en nosotros para la gloria de Cristo. ⁷ Porque tuve gran gozo y aliento por tu amor, pues los corazones de los santos, oh hermano, han sido confortados por medio tuyo.

⁸ Por lo tanto, aunque tengo mucha confianza en Cristo para ordenarte lo que conviene, ⁹ más bien intercedo en amor — siendo como soy, Pablo anciano y ahora también prisionero de Cristo Jesús — ; ¹⁰ intercedo ante ti en cuanto a mi hijo Onésimo, a quien he engendrado en mis prisiones. ¹¹ En otro tiempo él te fue inútil; pero ahora es útil, tanto para ti como para mí. ¹² Te lo vuelvo a enviar, a él que es mi propio corazón. ¹³ Yo deseaba retenerlo conmigo, para que en tu lugar me sirviera en mis prisiones por el evangelio. ¹⁴ Pero sin tu consentimiento no quise hacer nada, para que tu bondad no fuera como por obligación, sino de buena voluntad. ¹⁵ Pues quizás por esta razón se apartó por un tiempo, para que lo recibas ahora para siempre; ¹⁶ ya no como a un esclavo, sino más que esclavo, como a un hermano amado, especialmente para mí, pero con mayor razón para ti, tanto en la carne como en el Señor. ¹⁷ Así que, si me tienes por compañero, recíbele como a mí mismo. ¹⁸ Si en algo te hizo daño, o te debe, ponlo a mi cuenta. ¹⁹ Yo, Pablo, lo escribo con mi propia mano: Yo lo pagaré; por no decirte que también tú mismo te me debes a mí. ²⁰ Sí, hermano, yo quisiera tener este beneficio de ti en el Señor: ¡Conforta mi corazón en el Señor!
²¹ Habiendo confiado en tu obediencia, te escribo sabiendo que harás aun más de lo que digo. ²² A la vez, prepárame también alojamiento, pues espero que mediante vuestras oraciones yo os sea concedido. ²³ Te saludan Epafras, mi

compañero de prisiones por Cristo Jesús,²⁴ y mis colaboradores Marcos, Aristarco, Demas y Lucas.²⁵ La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu.

HEBREOS

Capítulo 1

¹ Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, ² en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por medio de quien, asimismo, hizo el universo. ³ El es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza, quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. Y cuando había hecho la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas.

⁴ Fue hecho tanto superior a los ángeles, así como el nombre que ha heredado es más excelente que el de ellos. ⁵ Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy; y otra vez: Yo seré para él, Padre; y él será para mí, Hijo? ⁶ Otra vez, al introducir al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. ⁷ Y de los ángeles dice: El hace a sus ángeles vientos, y a sus servidores llama de fuego; ⁸ mientras que del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, es por los siglos de los siglos; cetro de rectitud es el cetro de tu reino. ⁹ Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con aceite de alegría, más que a tus compañeros. ¹⁰ Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. ¹¹ Ellos perecerán, pero tú permaneces; todos ellos se envejecerán como un vestido. ¹² Como a manto los enrollarás, y serán cambiados como vestido. Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán. ¹³ ¿Y a cuál de sus ángeles ha dicho jamás: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? ¹⁴ ¿Acaso no son todos espíritus servidores, enviados para ministrar a favor de los que han de heredar la salvación?

Capítulo 2

¹ Por lo tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. ² Pues si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ³ ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande?

Esta salvación, que al principio fue declarada por el Señor, nos fue confirmada por medio de los que oyeron, ⁴ dando Dios testimonio juntamente con ellos con señales, maravillas, diversos hechos poderosos y dones repartidos por el Espíritu Santo según su voluntad.

⁵ Porque no fue a los ángeles a quienes Dios sometió el mundo venidero del cual hablamos. ⁶ Pues alguien dio testimonio en un lugar, diciendo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él, o el hijo del hombre, para que tengas cuidado de él? ⁷ Le has hecho por poco tiempo menor que los ángeles; le coronaste de gloria y de honra; ⁸ todas las cosas sometiste debajo de sus pies. Al someter a él todas las cosas, no dejó nada que no esté sometido a él. Pero ahora no vemos todavía todas las cosas sometidas a él. ⁹ Sin embargo, vemos a Jesús, quien por poco tiempo fue hecho menor que los ángeles, coronado de gloria y honra por el padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos.

¹⁰ Porque le convenía a Dios — por causa de quien y por medio de quien todas las cosas existen — perfeccionar al Autor de la salvación de ellos, por medio de los padecimientos, para conducir a muchos hijos a la gloria. ¹¹ Pues tanto el que santifica como los que son santificados, todos provienen de uno. Por esta razón, él no se avergüenza de llamarlos hermanos, ¹² diciendo: Anunciaré a mis hermanos tu nombre; en medio de la congregación te alabaré. ¹³ Y otra vez: Yo pondré mi confianza en él. Y otra vez: He aquí, yo y los hijos que Dios me dio.

¹⁴ Por tanto, puesto que los hijos han participado de carne y sangre, de igual manera él participó también de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el dominio sobre la muerte (éste es el diablo), ¹⁵ y para librar a los que por el temor de la muerte estaban toda la vida condenados a esclavitud.

¹⁶ Porque ciertamente él no tomó para sí a los ángeles, sino a la descendencia de Abraham. ¹⁷ Por tanto, era preciso que en todo fuese hecho semejante a sus hermanos, a fin de ser un sumo sacerdote misericordioso y fiel en el servicio delante de Dios, para expiar los pecados del pueblo. ¹⁸ Porque en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.

Capítulo 3

¹ Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad a Jesús, el apóstol y sumo sacerdote de nuestra confesión. ² El era fiel al que le constituyó, como también lo fue Moisés en toda la casa de Dios. ³ Pero él ha sido estimado digno de una gloria superior a la de Moisés, por cuanto aquel que ha construido una casa tiene mayor dignidad que la casa. ⁴ Porque toda casa es construida por alguien, pero el constructor de todas las cosas es Dios. ⁵ Moisés fue fiel como siervo en toda la casa de Dios, para dar testimonio de lo que se había de decir después. ⁶ En cambio, Cristo es fiel como Hijo sobre su casa. Esta casa suya somos nosotros, si de veras retenemos la confianza y el gloriamos de la esperanza.

⁷ Por eso, como dice el Espíritu Santo: Si oís hoy su voz, ⁸ no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación, en el día de la prueba en el desierto, ⁹ donde vuestros padres me pusieron a gran prueba y vieron mis obras durante cuarenta años. ¹⁰ Por esta causa me enojé con aquella generación y dije: “Ellos siempre se desvían en su corazón y no han conocido mis caminos.” ¹¹ Como juré en mi ira: “¡Jamás entrarán en mi reposo!” ¹² Mirad, hermanos, que no haya en ninguno de vosotros un corazón malo de incredulidad que os aparte del Dios vivo. ¹³ Más bien, exhortaos los unos a los otros cada día, mientras aún se dice: “Hoy”, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado. ¹⁴ Porque hemos llegado a ser participantes de Cristo, si de veras retenemos el principio de nuestra confianza hasta el fin, ¹⁵ entre tanto se dice: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones como en la provocación. ¹⁶ Porque ¿quiénes fueron aquellos que habiendo oído le provocaron? ¿No fueron todos los que salieron de Egipto con Moisés? ¹⁷ ¿Y con quiénes se disgustó durante cuarenta años? ¿No fue precisamente con los que pecaron, cuyos cuerpos cayeron en el desierto? ¹⁸ ¿Y a quiénes juró que no entrarían en su reposo, sino a aquellos que no obedecieron? ¹⁹ Y vemos que ellos no pudieron entrar debido a su incredulidad.

Capítulo 4

¹ Temamos, pues, mientras permanezca aún la promesa de entrar en su reposo, no sea que alguno de vosotros parezca quedarse atrás. ² Porque

también a nosotros, como a ellos, nos han sido anunciadas las buenas nuevas; pero a ellos de nada les aprovechó oír la palabra, porque no se identificaron por fe con los que la obedecieron. ³ Pero los que hemos creído sí entramos en el reposo, como él ha dicho: Como juré en mi ira: “¡Jamás entrarán en mi reposo!” aunque sus obras quedaron terminadas desde la fundación del mundo. ⁴ Porque en cierto lugar ha dicho así del séptimo día: Y reposó Dios en el séptimo día de todas sus obras. ⁵ Y otra vez dice aquí: “¡Jamás entrarán en mi reposo!”

⁶ Puesto que falta que algunos entren en el reposo, ya que aquellos a quienes primero les fue anunciado no entraron a causa de la desobediencia, ⁷ Dios ha determinado otra vez un cierto día, diciendo por medio de David: “Hoy”, después de tanto tiempo, como ya se ha dicho: Si oís hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones. ⁸ Porque si Josué les hubiera dado el reposo, no se hablaría después de otro día. ⁹ Por tanto, queda todavía un reposo sabático para el pueblo de Dios. ¹⁰ El que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, así como Dios de las suyas.

¹¹ Hagamos, pues, todo esfuerzo para entrar en aquel reposo, no sea que alguien caiga en el mismo ejemplo de desobediencia. ¹² Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos. Penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. ¹³ No existe cosa creada que no sea manifiesta en su presencia. Más bien, todas están desnudas y expuestas ante los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta. ¹⁴ Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que ha traspasado los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra confesión. ¹⁵ Porque no tenemos un sumo sacerdote que no puede compadecerse de nuestras debilidades, pues él fue tentado en todo igual que nosotros, pero sin pecado. ¹⁶ Acerquémonos, pues, con confianza al trono de la gracia para que alcancemos misericordia y hallemos gracia para el oportuno socorro.

Capítulo 5

¹ Pues todo sumo sacerdote que es tomado de entre los hombres es constituido para servicio a favor de los hombres delante de Dios, para que ofrezca ofrendas y sacrificios por los pecados. ² El puede sentir compasión de los ignorantes y de los extraviados, ya que él también está rodeado de debilidad. ³ Y por causa de esta debilidad debe ofrecer sacrificio, tanto por sus propios pecados como por los del pueblo. ⁴ Y nadie toma esta honra para sí,

sino porque ha sido llamado por Dios, como lo fue Aarón.⁵ Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para ser hecho sumo sacerdote, sino que le glorificó el que le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado hoy.⁶ Como también dice en otro lugar: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

⁷ Cristo, en los días de su vida física, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con fuerte clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído por su temor reverente.⁸ Aunque era Hijo, aprendió la obediencia por lo que padeció.

⁹ Y habiendo sido perfeccionado, llegó a ser Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen,

¹⁰ y fue proclamado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec.¹¹ De esto tenemos mucho que decir, aunque es difícil de explicar, porque habéis llegado a ser tardos para oír.¹² Debiendo ser ya maestros por el tiempo transcurrido, de nuevo tenéis necesidad de que alguien os instruya desde los primeros rudimentos de las palabras de Dios. Habéis llegado a tener necesidad de leche y no de alimento sólido.¹³ Pues todo el que se alimenta de leche no es capaz de entender la palabra de la justicia, porque aún es niño.¹⁴ Pero el alimento sólido es para los maduros, para los que por la práctica tienen los sentidos entrenados para discernir entre el bien y el mal.

Capítulo 6

¹ Por tanto, dejando las doctrinas elementales de Cristo, sigamos adelante hasta la madurez, sin poner de nuevo el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios,² de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno.³ Y esto haremos si es que Dios lo permite.⁴ Porque es imposible que los que fueron una vez iluminados, que gustaron del don celestial, que llegaron a ser participantes del Espíritu Santo,⁵ que también probaron la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero,⁶ y después recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento; puesto que crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y le exponen a vituperio.⁷ Porque la tierra, que bebe la lluvia que muchas veces cae sobre ella y produce hierba para el provecho de aquellos que la cultivan, recibe la bendición de Dios.⁸ Pero la que produce espinos y abrojos es desechada, está cercana a la maldición, y su fin es ser quemada.

⁹ Pero aunque hablamos así, oh amados, en cuanto a vosotros estamos persuadidos de cosas mejores que conducen a la salvación. ¹⁰ Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el amor que habéis demostrado por su nombre, porque habéis atendido a los santos y lo seguís haciendo. ¹¹ Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia para ir logrando plena certidumbre de la esperanza hasta el final, ¹² a fin de que no seáis perezosos, sino imitadores de los que por la fe y la paciencia heredan las promesas. ¹³ Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, puesto que no podía jurar por otro mayor, juró por sí mismo ¹⁴ diciendo: De cierto te bendeciré con bendición y te multiplicaré en gran manera. ¹⁵ Y así Abraham, esperando con suma paciencia, alcanzó la promesa. ¹⁶ Porque los hombres juran por el que es mayor que ellos, y para ellos el juramento para confirmación pone fin a todas las controversias. ¹⁷ Por esto Dios, queriendo demostrar de modo convincente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento ¹⁸ para que, por dos cosas inmutables en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta por delante. ¹⁹ Tenemos la esperanza como ancla del alma, segura y firme, y que penetra aun dentro del velo, ²⁰ donde entró Jesús por nosotros como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.

Capítulo 7

¹ Porque este Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, salió al encuentro de Abraham que volvía de derrotar a los reyes, y le bendijo. ² Asimismo, le dio Abraham los diezmos de todo. En primer lugar, su nombre significa “rey de justicia”, y también era rey de Salem, que significa “rey de paz”. ³ Sin padre ni madre ni genealogía, no tiene principio de días ni fin de vida; y en esto se asemeja al Hijo de Dios, en que permanece sacerdote para siempre. ⁴ Mirad, pues, cuán grande fue aquel a quien aun el patriarca Abraham le dio los diezmos del botín. ⁵ Ciertamente, aquellos descendientes de Leví que han recibido el sacerdocio tienen, según la ley, mandamiento de recibir los diezmos del pueblo, es decir, de sus hermanos, aunque ellos también son descendientes de Abraham. ⁶ Pero aquel, cuya genealogía no es contada entre ellos, recibió los diezmos de Abraham y bendijo al que tenía las promesas. ⁷ Indiscutiblemente, el que es menor es bendecido por el mayor. ⁸ Aquí los hombres que mueren

reciben los diezmos, mientras que allí los recibe aquel acerca de quien se ha dado testimonio de que vive.⁹ Y por decirlo así, en la persona de Abraham también Leví, el que recibe los diezmos, dio el diezmo.¹⁰ Porque él todavía estaba en el cuerpo de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro.

¹¹ Ahora bien, si fuera posible lograr la perfección por medio del sacerdocio levítico (porque bajo éste el pueblo ha recibido la ley), ¿qué necesidad habría aún de que se levantase otro sacerdote según el orden de Melquisedec, y que no fuese llamado según el orden de Aarón?¹² Porque de haber cambio de sacerdocio, es necesario que también se haga cambio de ley.¹³ Pues aquel de quien se dice esto es de otra tribu, de la cual nadie ha servido en el altar.¹⁴ Porque es evidente que nuestro Señor nació de la tribu de Judá, sobre la cual Moisés no dijo nada en cuanto al sacerdocio.¹⁵ Esto es aun más evidente si otro sacerdote se levanta a la semejanza de Melquisedec,¹⁶ quien no ha sido constituido conforme al mandamiento de la ley acerca del linaje carnal, sino según el poder de una vida indestructible.¹⁷ Pues de él se da este testimonio: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec.¹⁸ A la verdad, el mandamiento anterior fue abrogado por ser ineficaz e inútil,¹⁹ porque la ley no perfeccionó nada. Sin embargo, se introduce una esperanza mejor, por la cual nos acercamos a Dios.²⁰ Y esto no fue hecho sin juramento.²¹ Los otros fueron hechos sacerdotes sin juramento, mientras que éste lo fue por el juramento del que le dijo: Juró el Señor y no se arrepentirá: “Tú eres sacerdote para siempre.”²² De igual manera, Jesús ha sido hecho fiador de un pacto superior.²³ A la verdad, muchos fueron hechos sacerdotes, porque debido a la muerte no podían permanecer.²⁴ Pero éste, porque permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo.²⁵ Por esto también puede salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, puesto que vive para siempre para interceder por ellos.²⁶ Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, puro, apartado de los pecadores y exaltado más allá de los cielos.²⁷ El no tiene cada día la necesidad, como los otros sumos sacerdotes, de ofrecer sacrificios, primero por sus propios pecados y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.²⁸ La ley constituye como sumos sacerdotes a hombres débiles; pero la palabra del juramento, posterior a la ley, constituyó al Hijo, hecho perfecto para siempre.

Capítulo 8

¹ En resumen, lo que venimos diciendo es esto: Tenemos tal sumo sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ² ministro del lugar santísimo y del verdadero tabernáculo que levantó el Señor y no el hombre. ³ Porque todo sumo sacerdote es puesto para ofrecer ofrendas y sacrificios; de ahí que era necesario que él también tuviera algo que ofrecer. ⁴ Si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, porque ya hay sacerdotes que presentan ofrendas según la ley. ⁵ Ellos sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le había advertido a Moisés cuando estaba por acabar el tabernáculo, diciendo: Mira, harás todas las cosas conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.

⁶ Pero ahora Jesús ha alcanzado un ministerio sacerdotal tanto más excelente por cuanto él es mediador de un pacto superior, que ha sido establecido sobre promesas superiores. ⁷ Porque si el primer pacto hubiera sido sin defecto, no se habría procurado lugar para un segundo. ⁸ Porque reprendiéndoles dice: “He aquí vienen días,” dice el Señor, “en que concluiré con la casa de Israel y con la casa de Judá un nuevo pacto; ⁹ no como el pacto que hice con sus padres en el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto. Porque ellos no permanecieron en mi pacto, y yo dejé de preocuparme por ellos,” dice el Señor. ¹⁰ “Porque éste es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días,” dice el Señor. “Pondré mis leyes en la mente de ellos y en sus corazones las inscribiré. Y yo seré para ellos Dios, y para mí ellos serán pueblo. ¹¹ Nadie enseñará a su prójimo, ni nadie a su hermano, diciendo: ‘Conoce al Señor’; porque todos me conocerán, desde el menor de ellos hasta el mayor. ¹² Porque seré misericordioso en cuanto a sus injusticias y jamás me acordaré de sus pecados.” ¹³ Al decir “nuevo”, ha declarado caduco al primero; y lo que se ha hecho viejo y anticuado está a punto de desaparecer.

Capítulo 9

¹ Ahora bien, el primer pacto tenía reglamentos acerca del culto y del santuario terrenal. ² El tabernáculo fue dispuesto así: En la primera parte, en lo que llaman el lugar santo, estaban las lámparas, la mesa y los panes de la Presencia. ³ Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo que se

llama el lugar santísimo.⁴ Allí estaba el incensario de oro y el arca del pacto enteramente cubierta con oro. En ella estaban un vaso de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció y las tablas del pacto.⁵ Sobre ella, los querubines de la gloria cubrían el propiciatorio. De todas estas cosas no podemos hablar ahora en detalle.⁶ Estas cosas fueron dispuestas así: En la primera parte del tabernáculo entraban siempre los sacerdotes para realizar los servicios del culto.⁷ Pero en la segunda, una vez al año, entraba el sumo sacerdote solo, no sin sangre, la cual ofrecía por sí mismo y por los pecados que el pueblo cometía por ignorancia.

⁸ Con esto el Espíritu Santo daba a entender que todavía no había sido mostrado el camino hacia el lugar santísimo, mientras estuviese en pie la primera parte del tabernáculo.⁹ Esto es una figura para el tiempo presente, según la cual se ofrecían ofrendas y sacrificios que no podían hacer perfecto, en cuanto a la conciencia, al que rendía culto.¹⁰ Estas son ordenanzas de la carne, que consisten sólo de comidas y bebidas y diversos lavamientos, impuestas hasta el tiempo de la renovación.¹¹ Pero estando ya presente Cristo, el sumo sacerdote de los bienes que han venido, por medio del más amplio y perfecto tabernáculo no hecho de manos, es decir, no de esta creación,¹² entró una vez para siempre en el lugar santísimo, logrando así eterna redención, ya no mediante sangre de machos cabríos ni de becerros, sino mediante su propia sangre.¹³ Porque si la sangre de machos cabríos y de toros, y la ceniza de la vaquilla rociada sobre los impuros, santifican para la purificación del cuerpo,¹⁴ ¡cuánto más la sangre de Cristo, quien mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para servir al Dios vivo!

¹⁵ Por esta razón, también es mediador del nuevo pacto, para que los que han sido llamados reciban la promesa de la herencia eterna, ya que intervino muerte para redimirlos de las transgresiones bajo el primer pacto.¹⁶ Porque donde hay un testamento, es necesario que se presente constancia de la muerte del testador.¹⁷ El testamento es confirmado con la muerte, puesto que no tiene vigencia mientras viva el testador.¹⁸ Por esto, ni aun el primer testamento fue inaugurado sin sangre.¹⁹ Porque habiendo declarado Moisés todos los mandamientos según la ley a todo el pueblo, tomó la sangre de los becerros y de los machos cabríos junto con agua, lana escarlata e hisopo, y roció al libro mismo y también a todo el pueblo,²⁰ diciendo: Esta es la sangre del pacto, el cual Dios os ha ordenado.²¹ Y roció también con la sangre el tabernáculo y

todos los utensilios del servicio; ²² pues según la ley casi todo es purificado con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón.

²³ Era, pues, necesario purificar las figuras de las cosas celestiales con estos ritos; pero las mismas cosas celestiales, con sacrificios mejores que éstos.

²⁴ Porque Cristo no entró en un lugar santísimo hecho de manos, figura del verdadero, sino en el cielo mismo, para presentarse ahora delante de Dios a nuestro favor. ²⁵ Tampoco entró para ofrecerse muchas veces a sí mismo, como entra cada año el sumo sacerdote en el lugar santísimo con sangre ajena. ²⁶ De otra manera, le habría sido necesario padecer muchas veces desde la fundación del mundo. Pero ahora, él se ha presentado una vez para siempre en la consumación de los siglos, para quitar el pecado mediante el sacrificio de sí mismo. ²⁷ Entonces, tal como está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después el juicio, ²⁸ así también Cristo fue ofrecido una sola vez para quitar los pecados de muchos. La segunda vez, ya sin relación con el pecado, aparecerá para salvación a los que le esperan.

Capítulo 10

¹ Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros y no la forma misma de estas realidades, nunca puede, por medio de los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente de año en año, hacer perfectos a los que se acercan. ² De otra manera, ¿no habrían dejado de ser ofrecidos? Porque los que ofrecen este culto, una vez purificados, ya no tendrían más conciencia de pecado. ³ Sin embargo, cada año se hace memoria del pecado con estos sacrificios, ⁴ porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. ⁵ Por lo tanto, entrando en el mundo, él dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me preparaste un cuerpo. ⁶ Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron;

⁷ entonces dije: “¡Heme aquí para hacer, oh Dios, tu voluntad!” como en el rollo del libro está escrito de mí. ⁸ Habiendo dicho arriba: Sacrificios, ofrendas y holocaustos por el pecado no quisiste ni te agradaron (cosas que se ofrecen según la ley), ⁹ luego dijo: ¡Heme aquí para hacer tu voluntad! El quita lo primero para establecer lo segundo. ¹⁰ Es en esa voluntad que somos santificados, mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre.

¹¹ Todo sacerdote se ha presentado, día tras día, para servir en el culto y

ofrecer muchas veces los mismos sacrificios que nunca pueden quitar los pecados. ¹² Pero éste, habiendo ofrecido un solo sacrificio por los pecados, se sentó para siempre a la diestra de Dios, ¹³ esperando de allí en adelante hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. ¹⁴ Porque con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los santificados. ¹⁵ También el Espíritu Santo nos da testimonio, porque después de haber dicho: ¹⁶ “Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días”, dice el Señor; “pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las inscribiré”, ¹⁷ él añade: “Nunca más me acordaré de los pecados e iniquidades de ellos.” ¹⁸ Pues donde hay perdón de pecados, no hay más ofrenda por el pecado.

¹⁹ Así que, hermanos, teniendo plena confianza para entrar al lugar santísimo por la sangre de Jesús, ²⁰ por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo (es decir, su cuerpo), ²¹ y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, ²² acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. ²³ Retengamos firme la confesión de la esperanza sin vacilación, porque fiel es el que lo ha prometido. ²⁴ Considerémonos los unos a los otros para estimularnos al amor y a las buenas obras. ²⁵ No dejemos de congregarnos, como algunos tienen por costumbre; más bien, exhortémonos, y con mayor razón cuando veis que el día se acerca. ²⁶ Porque si pecamos voluntariamente, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por el pecado, ²⁷ sino una horrenda expectativa de juicio y de fuego ardiente que ha de devorar a los adversarios. ²⁸ El que ha desechado la ley de Moisés ha de morir sin compasión por el testimonio de dos o tres testigos. ²⁹ ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha considerado de poca importancia la sangre del pacto por la cual fue santificado y que ha ultrajado al Espíritu de gracia? ³⁰ Porque conocemos al que ha dicho: “Mía es la venganza; yo daré la retribución.” Y otra vez: “El Señor juzgará a su pueblo.” ³¹ ¡Horrenda cosa es caer en las manos del Dios vivo! ³² Traed a la memoria los días del pasado en los cuales, después de haber sido iluminados, soportasteis gran conflicto y aflicciones. ³³ Por una parte, fuisteis hechos espectáculo público con reproches y tribulaciones. Por otra parte, fuisteis hechos compañeros de los que han estado en tal situación. ³⁴ También os compadecisteis de los presos y con gozo padecisteis ser despojados de vuestros bienes, sabiendo que vosotros mismos tenéis una posesión mejor y perdurable.

³⁵ No desechéis, pues, vuestra confianza, la cual tiene una gran recompensa. ³⁶ Porque os es necesaria la perseverancia para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis lo prometido; ³⁷ porque: Aún un poco, en un poco más el que ha de venir vendrá y no tardará. ³⁸ Pero mi justo vivirá por fe; y si se vuelve atrás, no agrada a mi alma. ³⁹ Pero nosotros no somos de los que se vuelven atrás para perdición, sino de los que tienen fe para la preservación del alma.

Capítulo 11

¹ La fe es la constancia de las cosas que se esperan y la comprobación de los hechos que no se ven. ² Por ella recibieron buen testimonio los antiguos.

³ Por la fe comprendemos que el universo fue constituido por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.

⁴ Por la fe Abel ofreció a Dios un sacrificio superior al de Caín. Por ella recibió testimonio de ser justo, pues Dios dio testimonio al aceptar sus ofrendas. Y por medio de la fe, aunque murió, habla todavía. ⁵ Por la fe Enoc fue trasladado para no ver la muerte y no fue hallado, porque Dios le había trasladado. Antes de su traslado, recibió testimonio de haber agradado a Dios.

⁶ Y sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que es galardonador de los que le buscan. ⁷ Por la fe Noé, habiendo sido advertido por revelación acerca de cosas que aún no habían sido vistas, movido por temor reverente, preparó el arca para la salvación de su familia. Por la fe él condenó al mundo y llegó a ser heredero de la justicia que es según la fe. ⁸ Por la fe Abraham, cuando fue llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir por herencia; y salió sin saber a dónde iba. ⁹ Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, viviendo en tiendas con Isaac y Jacob, los coherederos de la misma promesa; ¹⁰ porque esperaba la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios.

¹¹ Por la fe, a pesar de que Sara misma era estéril, él recibió fuerzas para engendrar un hijo cuando había pasado de la edad; porque consideró que el que lo había prometido era fiel. ¹² Y por lo tanto, de uno solo, y estando éste muerto en cuanto a estas cosas, nacieron hijos como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar. ¹³ Conforme a su fe murieron todos éstos sin haber recibido el cumplimiento de las promesas. Más bien, las miraron de lejos y las saludaron, y confesaron que eran extranjeros

y peregrinos en la tierra. ¹⁴ Los que así hablan, claramente dan a entender que buscan otra patria. ¹⁵ Pues si de veras se acordaran de la tierra de donde salieron, tendrían oportunidad de regresar. ¹⁶ Pero ellos anhelaban una patria mejor, es decir, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse el Dios de ellos, porque les ha preparado una ciudad. ¹⁷ Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac. El que había recibido las promesas ofrecía a su hijo único, ¹⁸ de quien se había dicho: En Isaac te será llamada descendencia. ¹⁹ El consideraba que Dios era poderoso para levantar aun de entre los muertos. De allí que, hablando figuradamente, lo volvió a recibir. ²⁰ Por la fe Isaac bendijo a Jacob y a Esaú respecto al porvenir. ²¹ Por la fe Jacob, cuando moría, bendijo a cada uno de los hijos de José y adoró apoyado sobre la cabeza de su bastón. ²² Por la fe José, llegando al fin de sus días, se acordó del éxodo de los hijos de Israel y dio mandamiento acerca de sus restos. ²³ Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres durante tres meses, porque vieron que era un niño hermoso y porque no temieron al mandamiento del rey. ²⁴ Por la fe Moisés, cuando llegó a ser grande, rehusó ser llamado hijo de la hija del Faraón. ²⁵ Prefirió, más bien, recibir maltrato junto con el pueblo de Dios que gozar por un tiempo de los placeres del pecado. ²⁶ El consideró el oprobio por Cristo como riquezas superiores a los tesoros de los egipcios, porque fijaba la mirada en el galardón. ²⁷ Por la fe abandonó Egipto, sin temer la ira del rey, porque se mantuvo como quien ve al Invisible. ²⁸ Por la fe celebró la Pascua y el rociamiento de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a ellos. ²⁹ Por la fe ellos pasaron por el mar Rojo como por tierra seca; pero cuando lo intentaron los egipcios, fueron anegados. ³⁰ Por la fe cayeron los muros de Jericó después de ser rodeados por siete días. ³¹ Por la fe no pereció la prostituta Rajab junto con los incrédulos, porque recibió en paz a los espías.

³² ¿Qué más diré? Me faltaría el tiempo para contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefte, de David, de Samuel y de los profetas. ³³ Por la fe éstos conquistaron reinos, hicieron justicia, alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, ³⁴ sofocaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, sacaron fuerzas de la debilidad, se hicieron poderosos en batalla y pusieron en fuga los ejércitos de los extranjeros. ³⁵ Mujeres recibieron por resurrección a sus muertos. Unos fueron torturados, sin esperar ser rescatados, para obtener una resurrección mejor. ³⁶ Otros recibieron pruebas de burlas y de azotes, además de cadenas y cárcel. ³⁷ Fueron apedreados, aserrados, puestos a

prueba, muertos a espada. Anduvieron de un lado para otro cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; pobres, angustiados, maltratados.³⁸ El mundo no era digno de ellos. Andaban errantes por los desiertos, por las montañas, por las cuevas y por las cavernas de la tierra.³⁹ Y todos éstos, aunque recibieron buen testimonio por la fe, no recibieron el cumplimiento de la promesa,⁴⁰ para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros; porque Dios había provisto algo mejor para nosotros.

Capítulo 12

¹ Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que tan fácilmente nos enreda, y corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante,² puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe; quien por el gozo que tenía por delante sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se ha sentado a la diestra del trono de Dios.³ Considerad, pues, al que soportó tanta hostilidad de pecadores contra sí mismo, para que no decaiga vuestro ánimo ni desmayéis.

⁴ Pues todavía no habéis resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado.⁵ ¿Y habéis ya olvidado la exhortación que se os dirige como a hijos? Hijo mío, no tengas en poco la disciplina del Señor ni desmayes cuando seas reprendido por él.⁶ Porque el Señor disciplina al que ama y castiga a todo el que recibe como hijo.⁷ Permaneced bajo la disciplina; Dios os está tratando como a hijos. Porque, ¿qué hijo es aquel a quien su padre no disciplina?⁸ Pero si estáis sin la disciplina de la cual todos han sido participantes, entonces sois ilegítimos, y no hijos.⁹ Además, teníamos a nuestros padres carnales que nos disciplinaban y les respetábamos. ¿No obedeceremos con mayor razón al Padre de los espíritus, y viviremos?¹⁰ Ellos nos disciplinaban por pocos días como a ellos les parecía, mientras que él nos disciplina para bien, a fin de que participemos de su santidad.¹¹ Al momento, ninguna disciplina parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados.¹² Por lo tanto, fortaleced las manos debilitadas y las rodillas paralizadas;¹³ y enderezad para vuestros pies los caminos torcidos, para que el cojo no sea desviado, sino más bien sanado.¹⁴ Procurad la paz con todos, y la santidad sin la cual nadie verá al Señor.¹⁵ Mirad bien que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que ninguna raíz de amargura brote y cause estorbo, y que por ella muchos sean contaminados;

¹⁶ que ninguno sea inmoral ni profano como Esaú que por una sola comida vendió su propia primogenitura. ¹⁷ Porque ya sabéis que fue reprobado, a pesar de que después quería heredar la bendición, porque no halló más ocasión de arrepentimiento, aunque lo buscó con lágrimas.

¹⁸ No os habéis acercado al monte que se podía tocar, al fuego encendido, a las tinieblas, a la profunda oscuridad, a la tempestad, ¹⁹ al sonido de la trompeta y al estruendo de las palabras, que los que lo oyeron rogaron que no se les hablase más; ²⁰ porque no podían soportar lo que se mandaba: Si un animal toca el monte, será apedreado. ²¹ Y tan terrible era aquel espectáculo que Moisés dijo: “¡Estoy aterrado y temblando!” ²² Más bien, os habéis acercado al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, a la reunión de millares de ángeles, ²³ a la asamblea de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el juez de todos, a los espíritus de los justos ya hechos perfectos, ²⁴ a Jesús el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. ²⁵ Mirad que no rechazéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que en la tierra rechazaron al que advertía, mucho menos escaparemos nosotros si nos apartamos del que advierte desde los cielos. ²⁶ Su voz estremeció la tierra en aquel entonces, y ahora ha prometido diciendo: Todavía una vez más estremeceré no sólo la tierra, sino también el cielo. ²⁷ La expresión “todavía una vez más” indica con claridad que será removido lo que puede ser sacudido, como las cosas creadas, para que permanezca lo que no puede ser sacudido. ²⁸ Así que, habiendo recibido un reino que no puede ser sacudido, retengamos la gracia, y mediante ella sirvamos a Dios, agradándole con temor y reverencia. ²⁹ Porque nuestro Dios es fuego consumidor.

Capítulo 13

¹ Permanezca el amor fraternal. ² No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ésta algunos hospedaron ángeles sin saberlo. ³ Acordaos de los presos, como si estuviéseris en cadenas junto con ellos; y de los afligidos, puesto que también vosotros estáis en el cuerpo. ⁴ Honroso es para todos el matrimonio, y pura la relación conyugal; pero Dios juzgará a los fornicarios y a los adúlteros. ⁵ Sean vuestras costumbres sin amor al dinero, contentos con lo que tenéis ahora; porque él mismo ha dicho: Nunca te abandonaré ni jamás te desampararé. ⁶ De manera que podemos decir confiadamente: El Señor es mi

socorro, y no temeré. ¿Qué me hará el hombre?⁷ Acordaos de vuestros dirigentes que os hablaron la palabra de Dios. Considerando el éxito de su manera de vivir, imitad su fe.⁸ ¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos!⁹ No seáis llevados de acá para allá por diversas y extrañas doctrinas; porque bueno es que el corazón haya sido afirmado en la gracia; no en comidas, que nunca aprovecharon a los que se dedican a ellas.¹⁰ Tenemos un altar del cual los que sirven en el tabernáculo no tienen derecho a comer.¹¹ Porque los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es introducida por el sumo sacerdote en el lugar santísimo como sacrificio por el pecado, son quemados fuera del campamento.¹² Por lo tanto, también Jesús padeció fuera de la puerta de la ciudad para santificar al pueblo por medio de su propia sangre.¹³ Salgamos pues a él, fuera del campamento, llevando su afrenta.¹⁴ Porque aquí no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la que ha de venir.¹⁵ Así que, por medio de él, ofrezcamos siempre a Dios sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.¹⁶ No os olvidéis de hacer el bien y de compartir lo que tenéis, porque tales sacrificios agradan a Dios.¹⁷ Obedeced a vuestros dirigentes y someteos a ellos, porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta; para que lo hagan con alegría y sin quejarse, pues esto no os sería provechoso.

¹⁸ Orad por nosotros, pues confiamos que tenemos buena conciencia y deseamos conducirnos bien en todo.¹⁹ Con mayor insistencia imploro que lo hagáis, para que yo os sea restituido pronto.²⁰ Y el Dios de paz, que por la sangre del pacto eterno levantó de entre los muertos a nuestro Señor Jesús, el gran Pastor de las ovejas,²¹ os haga aptos en todo lo bueno para hacer su voluntad, haciendo él en nosotros lo que es agradable delante de él por medio de Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.²² Os ruego, hermanos, que recibáis bien esta palabra de exhortación; porque os he escrito brevemente.²³ Sabed que nuestro hermano Timoteo ha sido puesto en libertad. Si él viene pronto, yo iré a veros con él.²⁴ Saludad a todos vuestros dirigentes y a todos los santos. Os saludan los de Italia.²⁵ La gracia sea con todos vosotros.

SANTIAGO

Capítulo 1

¹ Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus de la dispersión: Saludos.

² Hermanos míos, tenedlo por sumo gozo cuando os encontréis en diversas pruebas, ³ sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. ⁴ Pero que la paciencia tenga su obra completa para que seáis completos y cabales, no quedando atrás en nada. ⁵ Y si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídala a Dios, quien da a todos con liberalidad y sin reprochar; y le será dada. ⁶ Pero pida con fe, no dudando nada. Porque el que duda es semejante a una ola del mar movida por el viento y echada de un lado a otro. ⁷ No piense tal hombre que recibirá cosa alguna del Señor. ⁸ El hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos. ⁹ El hermano de humilde condición, gloríese en su exaltación; ¹⁰ pero el rico, en su humillación, porque él pasará como la flor de la hierba. ¹¹ Pues se levanta el sol con su calor y seca la hierba, cuya flor se cae, y su bella apariencia se desvanece. De igual manera también se marchitará el rico en todos sus negocios. ¹² Bienaventurado el hombre que persevera bajo la prueba; porque, cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido a los que le aman.

¹³ Nadie diga cuando sea tentado: “Soy tentado por Dios”; porque Dios no es tentado por el mal, y él no tienta a nadie. ¹⁴ Pero cada uno es tentado cuando es arrastrado y seducido por su propia pasión. ¹⁵ Luego la baja pasión, después de haber concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez llevado a cabo, engendra la muerte. ¹⁶ Mis amados hermanos, no os engaños: ¹⁷ Toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto y descende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación. ¹⁸ Por su propia voluntad, él nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que fuéramos como primicias de sus criaturas.

¹⁹ Sabed, mis amados hermanos: Todo hombre sea pronto para oír, lento para hablar y lento para la ira; ²⁰ porque la ira del hombre no lleva a cabo la justicia de Dios. ²¹ Por lo tanto, desechando toda suciedad y la maldad

que sobreabunda, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. ²² Pero sed hacedores de la palabra, y no solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. ²³ Porque cuando alguno es oidor de la palabra y no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que mira su cara natural en un espejo. ²⁴ Se mira a sí mismo y se marcha, y en seguida olvida cómo era. ²⁵ Pero el que presta atención a la perfecta ley de la libertad y que persevera en ella, sin ser oidor olvidadizo sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace. ²⁶ Si alguien parece ser religioso y no refrena su lengua, sino que engaña a su corazón, la religión del tal es vana. ²⁷ La religión pura e incontaminada delante de Dios y Padre es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su aflicción, y guardarse sin mancha del mundo.

Capítulo 2

¹ Hermanos míos, tened la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo, sin hacer distinción de personas. ² Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y ropa lujosa, y también entra un pobre con vestido sucio, ³ y sólo atendéis con respeto al que lleva ropa lujosa y le decís: “Siéntate tú aquí en buen lugar”; y al pobre le decís: “Quédate allí de pie” o “Siéntate aquí a mis pies”, ⁴ ¿no hacéis distinción entre vosotros, y no venís a ser jueces con malos criterios? ⁵ Amados hermanos míos, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? ⁶ Pero vosotros habéis afrentado al pobre. ¿No os oprimen los ricos, y no son ellos los que os arrastran a los tribunales? ⁷ ¿No blasfeman ellos el buen nombre que ha sido invocado sobre vosotros?

⁸ Si de veras cumplís la ley real conforme a las Escrituras: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, hacéis bien. ⁹ Pero si hacéis distinción de personas, cometéis pecado y sois reprobados por la ley como transgresores. ¹⁰ Porque cualquiera que guarda toda la ley pero ofende en un solo punto se ha hecho culpable de todo. ¹¹ Porque el que dijo: No cometas adulterio, también dijo: No cometas homicidio. Y si no cometas adulterio, pero cometas homicidio, te has hecho transgresor de la ley. ¹² Así hablad y así actuad, como quienes están a punto de ser juzgados por la ley de la libertad. ¹³ Porque habrá juicio sin misericordia contra aquel que no hace misericordia. ¡La misericordia se gloria triunfante sobre el juicio!

¹⁴ Hermanos míos, si alguno dice que tiene fe y no tiene obras, ¿de qué sirve? ¿Puede acaso su fe salvarle? ¹⁵ Si un hermano o una hermana están desnudos y les falta la comida diaria, ¹⁶ y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, calentaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? ¹⁷ Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma. ¹⁸ Sin embargo, alguno dirá: “Tú tienes fe, y yo tengo obras.” ¡Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras! ¹⁹ Tú crees que Dios es uno. Bien haces. También los demonios creen y tiemblan. ²⁰ Pero, ¿quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta? ²¹ ¿No fue justificado por las obras nuestro padre Abraham, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar? ²² Ves que la fe actuaba juntamente con sus obras y que la fe fue completada por las obras. ²³ Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia; y fue llamado amigo de Dios. ²⁴ Veis, pues, que el hombre es justificado por las obras y no solamente por la fe. ²⁵ De igual manera, ¿no fue justificada también la prostituta Rajab por las obras, cuando recibió a los mensajeros y los envió por otro camino? ²⁶ Porque tal como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta.

Capítulo 3

¹ Hermanos míos, no os hagáis muchos maestros, sabiendo que recibiremos juicio más riguroso; ² porque todos ofendemos en muchas cosas. Si alguno no ofende en palabra, éste es hombre cabal, capaz también de frenar al cuerpo entero. ³ He aquí, ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan y dirigimos también su cuerpo entero. ⁴ Considerad también los barcos: Aunque son tan grandes y son llevados por impetuosos vientos, son dirigidos con un timón muy pequeño a dondequiera, según el antojo del que los conduce. ⁵ Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. ¡Mirad cómo un fuego tan pequeño incendia un bosque tan grande! ⁶ Y la lengua es un fuego; es un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y es la que contamina el cuerpo entero. Prende fuego al curso de nuestra vida, y es inflamada por el infierno. ⁷ Pues fieras y aves, reptiles y criaturas marinas de toda clase pueden ser domadas, y han sido domadas por el ser humano. ⁸ Pero ningún hombre puede domar su lengua; porque es un mal incontrolable, llena de veneno mortal. ⁹ Con ella bendecimos

al Señor y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido creados a la semejanza de Dios. ¹⁰ De la misma boca sale bendición y maldición. No puede ser, hermanos míos, que estas cosas sean así. ¹¹ ¿Será posible que de un manantial brote agua dulce y amarga por la misma abertura? ¹² Hermanos míos, ¿puede la higuera producir olivas, o la vid higos? Tampoco de una fuente de agua salada brota agua dulce.

¹³ ¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? ¡Que demuestre por su buena conducta sus obras en la mansedumbre de la sabiduría! ¹⁴ Pero si en vuestros corazones tenéis amargos celos y contiendas, no os jactéis ni mintáis contra la verdad. ¹⁵ Esta no es la sabiduría que descende de lo alto, sino que es terrenal, animal y diabólica. ¹⁶ Porque donde hay celos y contiendas, allí hay desorden y toda práctica perversa. ¹⁷ En cambio, la sabiduría que procede de lo alto es primeramente pura; luego es pacífica, tolerante, complaciente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial y no hipócrita. ¹⁸ Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz.

Capítulo 4

¹ ¿De dónde vienen las guerras y de dónde los pleitos entre vosotros? ¿No surgen de vuestras mismas pasiones que combaten en vuestros miembros? ² Codiciáis y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, pero no podéis obtener. Combatís y hacéis guerra. No tenéis, porque no pedís. ³ Pedís, y no recibís; porque pedís mal, para gastarlo en vuestros placeres. ⁴ ¡Gente adúltera! ¿No sabéis que la amistad con el mundo es enemistad con Dios? Por tanto, cualquiera que quiere ser amigo del mundo se constituye enemigo de Dios. ⁵ ¿O suponéis que en vano dice la Escritura: El Espíritu que él hizo morar en nosotros nos anhela celosamente? ⁶ Pero él da mayor gracia. Por eso dice: Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. ⁷ Someteos, pues, a Dios. Resistid al diablo, y él huirá de vosotros. ⁸ Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Limpiad vuestras manos, pecadores; y purificad vuestros corazones, vosotros de doble ánimo. ⁹ Afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en llanto, y vuestro gozo en tristeza. ¹⁰ Humillaos delante del Señor, y él os exaltará.

¹¹ Hermanos, no habléis mal los unos de los otros. El que habla mal de su hermano o juzga a su hermano habla mal de la ley y juzga a la ley. Y si tú

juzgas a la ley, entonces no eres hacedor de la ley, sino juez. ¹² Hay un solo Dador de la ley y Juez, quien es poderoso para salvar y destruir. Pero ¿quién eres tú que juzgas a tu prójimo? ¹³ ¡Vamos pues ahora los que decís: “Hoy o mañana iremos a tal ciudad, estaremos allá un año y haremos negocios y ganaremos”! ¹⁴ Vosotros, los que no sabéis lo que será mañana, ¿qué es vuestra vida? Porque sois un vapor que aparece por un poco de tiempo y luego se desvanece. ¹⁵ Más bien, deberíais decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello.” ¹⁶ Pero ahora os jactáis en vuestra soberbia. Toda jactancia de esta clase es mala. ¹⁷ Por tanto, al que sabe hacer lo bueno y no lo hace, eso le es pecado.

Capítulo 5

¹ ¡Vamos pues ahora, oh ricos! Llorad y aullad por las miserias que vienen sobre vosotros. ² vuestras riquezas se han podrido, y vuestras ropas están comidas de polilla. ³ Vuestro oro y plata están enmohecidos; su moho servirá de testimonio contra vosotros y devorará vuestra carne como fuego. ¡Habéis amontonado tesoros en los últimos días! ⁴ He aquí clama el jornal de los obreros que segaron vuestros campos, el que fraudulentamente ha sido retenido por vosotros. Y los clamores de los que segaron han llegado a los oídos del Señor de los Ejércitos. ⁵ Habéis vivido en placeres sobre la tierra y habéis sido disolutos. Habéis engordado vuestro corazón en el día de matanza. ⁶ Habéis condenado y habéis dado muerte al justo. El no os ofrece resistencia. ⁷ Por lo tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. He aquí, el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardándolo con paciencia hasta que reciba las lluvias tempranas y tardías. ⁸ Tened también vosotros paciencia; afirmad vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca. ⁹ Hermanos, no murmuréis unos contra otros, para que no seáis condenados. ¡He aquí, el Juez ya está a las puertas! ¹⁰ Hermanos, tomad por ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en el nombre del Señor. ¹¹ He aquí, tenemos por bienaventurados a los que perseveraron. Habéis oído de la perseverancia de Job y habéis visto el propósito final del Señor, que el Señor es muy compasivo y misericordioso.

¹² Pero sobre todo, hermanos míos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni por ningún otro juramento. Más bien, sea vuestro sí, sí; y vuestro no, no; para que no caigáis bajo condenación. ¹³ ¿Está afligido alguno entre vosotros?

¡Que ore! ¿Está alguno alegre? ¡Que cante salmos! ¹⁴ ¿Está enfermo alguno de vosotros? Que llame a los ancianos de la iglesia y que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. ¹⁵ Y la oración de fe dará salud al enfermo, y el Señor lo levantará. Y si ha cometido pecados, le serán perdonados. ¹⁶ Por tanto, confesaos unos a otros vuestros pecados, y orad unos por otros de manera que seáis sanados. La ferviente oración del justo, obrando eficazmente, puede mucho. ¹⁷ Elías era un hombre sujeto a pasiones, igual que nosotros, pero oró con insistencia para que no lloviera, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses. ¹⁸ Y oró de nuevo, y el cielo dio lluvia, y la tierra produjo su fruto. ¹⁹ Hermanos míos, si alguno entre vosotros es engañado, desviándose de la verdad, y otro le hace volver, ²⁰ sabed que el que haga volver al pecador del error de su camino salvará su vida de la muerte, y cubrirá una multitud de pecados.

1 PEDRO

Capítulo 1

¹ Pedro, apóstol de Jesucristo; a los expatriados de la dispersión en Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, ² elegidos conforme al previo conocimiento de Dios Padre por la santificación del Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser rociados con su sangre: Gracia y paz os sean multiplicadas.

³ Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien según su grande misericordia nos ha hecho nacer de nuevo para una esperanza viva por medio de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos; ⁴ para una herencia incorruptible, incontaminable e inmarcitable, reservada en los cielos para vosotros ⁵ que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para la salvación preparada para ser revelada en el tiempo final.

⁶ En esto os alegráis, a pesar de que por ahora, si es necesario, estéis afligidos momentáneamente por diversas pruebas, ⁷ para que la prueba de vuestra fe — más preciosa que el oro que perece, aunque sea probado con fuego — sea hallada digna de alabanza, gloria y honra en la revelación de Jesucristo. ⁸ A él le amáis, sin haberle visto. En él creéis; y aunque no lo veáis ahora, creyendo en él os alegráis con gozo inefable y glorioso, ⁹ obteniendo así el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas.

¹⁰ Acerca de esta salvación han inquirido e investigado diligentemente los profetas que profetizaron de la gracia que fue destinada para vosotros. ¹¹ Ellos escudriñaban para ver qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, quien predijo las aflicciones que habían de venir a Cristo y las glorias después de ellas. ¹² A ellos les fue revelado que, no para sí mismos sino para vosotros, administraban las cosas que ahora os han sido anunciadas por los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas que hasta los ángeles anhelan contemplar.

¹³ Por eso, con la mente preparada para actuar y siendo sobrios, pond vuestra esperanza completamente en la gracia que os es traída en la revelación de Jesucristo. ¹⁴ Como hijos obedientes, no os conforméis a las pasiones

que antes teníais, estando en vuestra ignorancia. ¹⁵ Antes bien, así como aquel que os ha llamado es santo, también sed santos vosotros en todo aspecto de vuestra manera de vivir, ¹⁶ porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. ¹⁷ Y si invocáis como Padre a aquel que juzga según la obra de cada uno sin hacer distinción de personas, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación. ¹⁸ Tened presente que habéis sido rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual heredasteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, ¹⁹ sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. ²⁰ El, a la verdad, fue destinado desde antes de la fundación del mundo, pero ha sido manifestado en los últimos tiempos por causa de vosotros. ²¹ Por medio de él creéis en Dios, quien lo resucitó de entre los muertos y le ha dado gloria; de modo que vuestra fe y esperanza estén en Dios. ²² Habiendo purificado vuestras almas en obediencia a la verdad para un amor fraternal no fingido, amaos los unos a los otros ardientemente y de corazón puro; ²³ pues habéis nacido de nuevo, no de simiente corruptible sino de incorruptible, por medio de la palabra de Dios que vive y permanece.

²⁴ Porque: Toda carne es como la hierba, y toda su gloria es como la flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; ²⁵ pero la palabra del Señor permanece para siempre. Esta es la palabra del evangelio que os ha sido anunciada.

Capítulo 2

¹ Habiendo pues dejado toda maldad, todo engaño, hipocresía, envidia y toda maledicencia, ² desead como niños recién nacidos la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación; ³ puesto que habéis probado que el Señor es bondadoso.

⁴ Acercándoos a él, la Piedra Viva — que fue ciertamente rechazada por los hombres, pero delante de Dios es elegida y preciosa —, ⁵ también vosotros sed edificados como piedras vivas en casa espiritual para ser un sacerdocio santo, a fin de ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios por medio de Jesucristo. ⁶ Por esto contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sion la Piedra del ángulo, escogida y preciosa. Y el que cree en él jamás será avergonzado. ⁷ De manera que, para vosotros que creéis, es de sumo valor; pero para los que no creen:

La piedra que desecharon los edificadores, ésta fue hecha cabeza del ángulo,⁸ y: piedra de tropiezo y roca de escándalo. Aquéllos tropiezan, siendo desobedientes a la palabra, pues para eso mismo fueron destinados.⁹ Pero vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido, para que anunciéis las virtudes de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su luz admirable.¹⁰ Vosotros en el tiempo pasado no erais pueblo, pero ahora sois pueblo de Dios; no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.¹¹ Amados, yo os exhorto como a peregrinos y expatriados, que os abstengáis de las pasiones carnales que combaten contra el alma.¹² Tened una conducta ejemplar entre los gentiles, para que en lo que ellos os calumnian como a malhechores, al ver vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en el día de la visitación.

¹³ Estad sujetos a toda institución humana por causa del Señor; ya sea al rey como quien ejerce soberanía,¹⁴ o a los gobernantes como quienes han sido enviados por él para el castigo de los que hacen el mal y para la alabanza de los que hacen el bien.¹⁵ Porque ésta es la voluntad de Dios: que haciendo el bien hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos.¹⁶ Actuad como libres, y no como los que hacen de la libertad un pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios.¹⁷ Honrad a todos; amad a los hermanos; temed a Dios; honrad al rey.¹⁸ Siervos, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos, no solamente a los que son buenos y comprensivos, sino también a los severos.¹⁹ Porque esto es aceptable: si alguien soporta aflicción y padece injustamente por tener conciencia de Dios.²⁰ Porque, ¿qué de notable hay si, cuando cometéis pecado y sois abofeteados, lo soportáis? Pero si lo soportáis cuando hacéis el bien y sois afligidos, esto sí es aceptable delante de Dios.²¹ Pues para esto fuisteis llamados, porque también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas.²² El no cometió pecado, ni fue hallado engaño en su boca.²³ Cuando le maldecían, él no respondía con maldición. Cuando padecía, no amenazaba, sino que se encomendaba al que juzga con justicia.²⁴ El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero a fin de que nosotros, habiendo muerto para los pecados, vivamos para la justicia. Por sus heridas habéis sido sanados.²⁵ Porque erais como ovejas descarriadas, pero ahora habéis vuelto al Pastor y Obispo de vuestras almas.

Capítulo 3

¹ Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que si algunos no obedecen a la palabra, también sean ganados sin una palabra por medio de la conducta de sus mujeres, ² al observar vuestra reverente y casta manera de vivir. ³ Vuestro adorno no sea el exterior, con arreglos ostentosos del cabello y adornos de oro, ni en vestir ropa lujosa; ⁴ sino que sea la persona interior del corazón, en lo incorruptible de un espíritu tierno y tranquilo. Esto es de gran valor delante de Dios. ⁵ Porque así también se adornaban en tiempos antiguos aquellas santas mujeres que esperaban en Dios y estaban sujetas a sus propios maridos. ⁶ Así Sara obedeció a Abraham, llamándole señor. Y vosotras habéis venido a ser hijas de ella, si hacéis el bien y no tenéis miedo de ninguna amenaza. ⁷ Vosotros, maridos, de la misma manera vivid con ellas con comprensión, dando honor a la mujer como a vaso más frágil y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no sean estorbadas.

⁸ Finalmente, sed todos de un mismo sentir: compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos y humildes. ⁹ No devolváis mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendecid; pues para esto habéis sido llamados, para que heredéis bendición. ¹⁰ Porque: El que quiere amar la vida y ver días buenos refrene su lengua del mal, y sus labios no hablen engaño. ¹¹ Apártese del mal y haga el bien. Busque la paz y sígala. ¹² Porque los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos están atentos a sus oraciones. Pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal. ¹³ ¿Quién es aquel que os podrá hacer daño, si sois ávidos por el bien? ¹⁴ Pero aun si llegáis a padecer por causa de la justicia, sois bienaventurados. Por tanto, no seáis atemorizados por temor de ellos ni seáis turbados. ¹⁵ Más bien, santificad en vuestros corazones a Cristo como Señor y estad siempre listos para responder a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros, pero hacedlo con mansedumbre y reverencia.

¹⁶ Tened buena conciencia, para que en lo que hablan mal sean avergonzados los que se burlan de vuestra buena manera de vivir en Cristo.

¹⁷ Porque es mejor que padezcáis haciendo el bien, si la voluntad de Dios así lo quiere, que haciendo el mal.

¹⁸ Porque Cristo también padeció una vez para siempre por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la

carne, pero vivificado en el espíritu; ¹⁹ en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados ²⁰ que en otro tiempo fueron desobedientes, cuando en los días de Noé la paciencia de Dios esperaba, mientras se construía el arca. En esta arca fueron salvadas a través del agua pocas personas, es decir, ocho.

²¹ El bautismo, que corresponde a esta figura, ahora, mediante la resurrección de Jesucristo, os salva, no por quitar las impurezas de la carne, sino como apelación de una buena conciencia hacia Dios. ²² Ahora él, habiendo ascendido al cielo, está a la diestra de Dios; y los ángeles, las autoridades y los poderes están sujetos a él.

Capítulo 4

¹ Puesto que Cristo ha padecido en la carne, armaos también vosotros con la misma actitud. Porque el que ha padecido en la carne ha roto con el pecado, ² para vivir el tiempo que le queda en la carne, no en las pasiones de los hombres, sino en la voluntad de Dios. ³ Porque ya es suficiente el haber hecho en el tiempo pasado los deseos de los gentiles, habiendo andado en sensualidad, en bajas pasiones, en borracheras, en orgías, en banquetes y en abominables idolatrías.

⁴ A ellos les parece cosa extraña que vosotros ya no corráis con ellos en el mismo desenfreno de disolución, y por eso os ultrajan. ⁵ Ellos darán cuenta a quien ha de juzgar a los vivos y a los muertos. ⁶ Porque por esto ha sido anunciado el evangelio aun a los muertos, para que sean juzgados en la carne como los hombres, pero vivan en espíritu según Dios.

⁷ El fin de todas las cosas se ha acercado. Sed, pues, prudentes y sobrios en la oración. ⁸ Sobre todo, tened entre vosotros un ferviente amor, porque el amor cubre una multitud de pecados. ⁹ Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones. ¹⁰ Cada uno ponga al servicio de los demás el don que ha recibido, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. ¹¹ Si alguien habla, hable conforme a las palabras de Dios. Si alguien presta servicio, sirva conforme al poder que Dios le da, para que en todas las cosas Dios sea glorificado por medio de Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el dominio por los siglos de los siglos. Amén.

¹² Amados, no os sorprendáis por el fuego que arde entre vosotros para ponerlos a prueba, como si os aconteciera cosa extraña. ¹³ Antes bien,

gozaos a medida que participáis de las aflicciones de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con regocijo. ¹⁴ Cuando sois injuriados en el nombre de Cristo, sois bienaventurados; porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. ¹⁵ Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entrometerse en asuntos ajenos. ¹⁶ Pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence; más bien, glorifique a Dios en este nombre. ¹⁷ Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios. Y si primero comienza por nosotros, ¿cómo será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? ¹⁸ Y si el justo con dificultad se salva, ¿en qué irá a parar el impío y pecador? ¹⁹ Por eso, los que sufren según la voluntad de Dios, que encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo el bien.

Capítulo 5

¹ A los ancianos entre vosotros les exhorto, yo anciano también con ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y también participante de la gloria que ha de ser revelada: ² Apacentad el rebaño de Dios que está a vuestro cargo, cuidándolo no por la fuerza, sino de buena voluntad según Dios; no por ganancias deshonestas, sino de corazón; ³ no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cargo, sino como ejemplos para el rebaño. ⁴ Y al aparecer el Príncipe de los pastores, recibiréis la inmarchitable corona de gloria.

⁵ Asimismo vosotros, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y revestíos todos de humildad unos para con otros, porque: Dios resiste a los soberbios pero da gracia a los humildes. ⁶ Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios para que él os exalte al debido tiempo. ⁷ Echad sobre él toda vuestra ansiedad, porque él tiene cuidado de vosotros.

⁸ Sed sobrios y velad. Vuestro adversario, el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar. ⁹ Resistid al tal, estando firmes en la fe, sabiendo que los mismos sufrimientos se van cumpliendo entre vuestros hermanos en todo el mundo.

¹⁰ Y cuando hayáis padecido por un poco de tiempo, el Dios de toda gracia, quien os ha llamado a su eterna gloria en Cristo Jesús, él mismo os restaurará, os afirmará, os fortalecerá y os establecerá. ¹¹ A él sea el dominio por los siglos. Amén. ¹² Os he escrito brevemente por medio de Silas,

a quien considero un hermano fiel, para exhortar y testificar que ésta es la verdadera gracia de Dios. Estad firmes en ella. ¹³ Os saluda la iglesia que está en Babilonia, elegida juntamente con vosotros; también Marcos, mi hijo.

¹⁴ Saludaos unos a otros con un beso de amor. La paz sea con todos vosotros que estáis en Cristo.

2 PEDRO

Capítulo 1

¹ Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo; a los que han alcanzado una fe igualmente preciosa como la nuestra por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo: ² Gracia a vosotros y paz os sea multiplicada en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. ³ Su divino poder nos ha concedido todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad por medio del conocimiento de aquel que nos llamó por su propia gloria y excelencia. ⁴ Mediante ellas nos han sido dadas preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina, después de haber huido de la corrupción que hay en el mundo debido a las bajas pasiones.

⁵ Y por esto mismo, poniendo todo empeño, añadid a vuestra fe, virtud; a la virtud, conocimiento; ⁶ al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, perseverancia; a la perseverancia, devoción; ⁷ a la devoción, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. ⁸ Porque cuando estas cosas están en vosotros y abundan, no os dejarán estar ociosos ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. ⁹ Pues el que no tiene estas cosas es ciego y tiene la vista corta, habiendo olvidado la purificación de sus pecados pasados. ¹⁰ Por eso, hermanos, procurad aun con mayor empeño hacer firme vuestro llamamiento y elección, porque haciendo estas cosas no tropezaréis jamás. ¹¹ Pues de esta manera os será otorgada amplia entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

¹² Por eso, siempre habré de traeros estas cosas a la memoria, aunque vosotros las sabéis y estáis afirmados en la verdad que está presente en vosotros. ¹³ Pero considero justo estimularos la memoria entre tanto que estoy en esta mi morada temporal. ¹⁴ Pues como sé que dentro de poco tengo que dejar mi frágil morada, como me lo ha declarado nuestro Señor Jesucristo, ¹⁵ también procuraré con empeño que, después de mi partida, vosotros podáis tener memoria de estas cosas en todo momento.

¹⁶ Porque os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas artificiosas, sino porque fuimos testigos

oculares de su majestad. ¹⁷ Porque al recibir de parte de Dios Padre honra y gloria, desde la grandiosa gloria le fue dirigida una voz: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.” ¹⁸ Y nosotros oímos esta voz dirigida desde el cielo cuando estábamos con él en el monte santo.

¹⁹ También tenemos la palabra profética que es aun más firme. Hacéis bien en estar atentos a ella, como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que aclare el día y el lucero de la mañana se levante en vuestros corazones. ²⁰ Y hay que tener muy en cuenta, antes que nada, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada; ²¹ porque jamás fue traída la profecía por voluntad humana; al contrario, los hombres hablaron de parte de Dios siendo inspirados por el Espíritu Santo.

Capítulo 2

¹ Pero hubo falsos profetas entre el pueblo, como también entre vosotros habrá falsos maestros que introducirán encubiertamente herejías destructivas, llegando aun hasta negar al soberano Señor que los compró, acarreado sobre sí mismos una súbita destrucción. ² Y muchos seguirán tras la sensualidad de ellos, y por causa de ellos será difamado el camino de la verdad.

³ Por avaricia harán mercadería de vosotros con palabras fingidas. Desde hace tiempo su condenación no se tarda, y su destrucción no se duerme.

⁴ Porque si Dios no dejó sin castigo a los ángeles que pecaron, sino que, habiéndolos arrojado al infierno en prisiones de oscuridad, los entregó a ser reservados para el juicio; ⁵ y si tampoco dejó sin castigo al mundo antiguo, pero preservó a Noé, heraldo de justicia, junto con otras siete personas, cuando trajo el diluvio sobre el mundo de los impíos; ⁶ y si condenó a destrucción a las ciudades de Sodoma y Gomorra, reduciéndolas a cenizas y poniéndolas como ejemplo para los que habían de vivir impiamente;

⁷ y si rescató al justo Lot, quien era acosado por la conducta sensual de los malvados ⁸ — porque este hombre justo habitaba en medio de ellos y afligía de día en día su alma justa por los hechos malvados de ellos — ; ⁹ entonces el Señor sabe rescatar de la prueba a los piadosos y guardar a los injustos para ser castigados en el día del juicio.

¹⁰ ¡Y especialmente a aquellos que andan tras las pervertidas pasiones de la carne, y desprecian toda autoridad! Estos atrevidos y arrogantes no temen maldecir a las potestades superiores, ¹¹ mientras que los ángeles, que son mayores en fuerza y poder, no pronuncian juicio de maldición contra ellos delante del Señor. ¹² Pero éstos, maldiciendo lo que no entienden, como animales irracionales que por naturaleza han sido creados para presa y destrucción, también perecerán en su perdición. ¹³ Recibirán injusticia como pago de la injusticia, porque consideran delicia el gozar en pleno día de placeres sensuales. Estos son manchas y suciedad que mientras comen con vosotros se deleitan en sus engaños. ¹⁴ Tienen los ojos llenos de adulterio y son insaciables para el pecado. Seducen a las almas inconstantes. Tienen el corazón ejercitado para la avaricia. Son hijos de maldición. ¹⁵ Abandonando el camino recto, se extraviaron al seguir el camino de Balaam hijo de Beor, quien amó el pago de la injusticia ¹⁶ y fue reprendido por su iniquidad. ¡Una muda bestia de carga, hablando con voz de hombre, frenó la locura del profeta! ¹⁷ Son fuentes sin agua y nubes arrastradas por la tempestad. Para ellos se ha guardado la profunda oscuridad de las tinieblas. ¹⁸ Porque hablando arrogantes palabras de vanidad, seducen con las pasiones sensuales de la carne a los que a duras penas se habían escapado de los que viven en el error. ¹⁹ Les prometen libertad, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción; puesto que cada cual es hecho esclavo de lo que le ha vencido. ²⁰ Porque si los que se han escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo se enredan de nuevo en ellas y son vencidos, el último estado les viene a ser peor que el primero. ²¹ Pues mejor les habría sido no haber conocido el camino de justicia, que después de conocerlo, volver atrás del santo mandamiento que les fue dado. ²² A ellos les ha ocurrido lo del acertado proverbio: El perro se volvió a su propio vómito; y “la puerca lavada, a revolcarse en el cieno”.

Capítulo 3

¹ Amados, ésta es la segunda carta que os escribo. En estas dos cartas estimo con exhortación vuestro limpio entendimiento, ² para que recordéis las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y el mandamiento del Señor y Salvador declarado por vuestros apóstoles.

³ Primeramente, sabed que en los últimos días vendrán burladores con sus burlas, quienes procederán según sus bajas pasiones, ⁴ y dirán: “¿Dónde está

la promesa de su venida? Porque desde el día en que nuestros padres durmieron todas las cosas siguen igual, así como desde el principio de la creación.”⁵ Pues bien, por su propia voluntad pasan por alto esto: que por la palabra de Dios existían desde tiempos antiguos los cielos, y la tierra que surgió del agua y fue asentada en medio del agua.⁶ Por esto el mundo de entonces fue destruido, inundado en agua.⁷ Pero por la misma palabra, los cielos y la tierra que ahora existen están reservados para el fuego, guardados hasta el día del juicio y de la destrucción de los hombres impíos.

⁸ Pero, amados, una cosa no paséis por alto: que delante del Señor un día es como mil años y mil años como un día.

⁹ El Señor no tarda su promesa, como algunos la tienen por tardanza; más bien, es paciente para con vosotros, porque no quiere que nadie se pierda, sino que todos procedan al arrepentimiento.¹⁰ Pero el día del Señor vendrá como ladrón. Entonces los cielos pasarán con grande estruendo; los elementos, ardiendo, serán deshechos, y la tierra y las obras que están en ella serán consumidas.

¹¹ Ya que todas estas cosas han de ser deshechas, ¡qué clase de personas debéis ser vosotros en conducta santa y piadosa,¹² aguardando y apresurándoos para la venida del día de Dios! Por causa de ese día los cielos, siendo encendidos, serán deshechos; y los elementos, al ser abrasados, serán fundidos.¹³ Según las promesas de Dios esperamos cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia.¹⁴ Por tanto, oh amados, estando a la espera de estas cosas, procurad con empeño ser hallados en paz por él, sin mancha e irreprochables.¹⁵ Considerad que la paciencia de nuestro Señor es para salvación; como también nuestro amado hermano Pablo os ha escrito, según la sabiduría que le ha sido dada.¹⁶ El habla de estas cosas en todas sus epístolas, en las cuales hay algunas cosas difíciles de entender, que los indoctos e inconstantes tuercen, como lo hacen también con las otras Escrituras, para su propia destrucción.¹⁷ Así que vosotros, oh amados, sabiendo esto de antemano, guardaos; no sea que, siendo desviados por el engaño de los malvados, caigáis de vuestra firmeza.¹⁸ Más bien, creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea la gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén.

1 JUAN

Capítulo 1

¹ Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palpamos nuestras manos tocando al Verbo de vida ² — la vida fue manifestada, y la hemos visto; y os testificamos y anunciamos la vida eterna que estaba con el Padre y nos fue manifestada — , ³ lo que hemos visto y oído lo anunciamos también a vosotros, para que vosotros también tengáis comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. ⁴ Estas cosas escribimos nosotros para que nuestro gozo sea completo.

⁵ Y éste es el mensaje que hemos oído de parte de él y os anunciamos: Dios es luz, y en él no hay ningunas tinieblas. ⁶ Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad. ⁷ Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

⁸ Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. ⁹ Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. ¹⁰ Pero si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.

Capítulo 2

¹ Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno peca, abogado tenemos delante del Padre, a Jesucristo el justo. ² El es la expiación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.

³ En esto sabemos que nosotros le hemos conocido: en que guardamos sus mandamientos. ⁴ El que dice: “Yo le conozco” y no guarda sus mandamientos es mentiroso, y la verdad no está en él. ⁵ Pero en el que guarda su palabra, en

éste verdaderamente el amor de Dios ha sido perfeccionado. Por esto sabemos que estamos en él. ⁶ El que dice que permanece en él debe andar como él anduvo.

⁷ Amados, no os escribo un mandamiento nuevo sino el mandamiento antiguo que teníais desde el principio. El mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído. ⁸ Otra vez os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y en vosotros, porque las tinieblas van pasando y la luz verdadera ya está alumbrando. ⁹ El que dice que está en la luz y odia a su hermano, está en tinieblas todavía. ¹⁰ El que ama a su hermano permanece en la luz, y en él no hay tropiezo. ¹¹ Pero el que odia a su hermano está en tinieblas y anda en tinieblas; y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos.

¹² Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados han sido perdonados por causa de su nombre. ¹³ Os escribo a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os he escrito a vosotros, niñitos, porque habéis conocido al Padre. ¹⁴ Os he escrito a vosotros, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno. ¹⁵ No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él; ¹⁶ porque todo lo que hay en el mundo — los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la soberbia de la vida — no proviene del Padre sino del mundo. ¹⁷ Y el mundo está pasando, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

¹⁸ Hijitos, ya es la última hora; y como oísteis que el anticristo había de venir, así también ahora han surgido muchos anticristos. Por esto sabemos que es la última hora. ¹⁹ Salieron de entre nosotros, pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros. Pero salieron, para que fuera evidente que no todos eran de nosotros.

²⁰ Pero vosotros tenéis la unción de parte del Santo y conocéis todas las cosas. ²¹ No os escribo porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis y porque ninguna mentira procede de la verdad. ²² ¿Quién es mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es el anticristo: el que niega al Padre y al Hijo. ²³ Todo aquel que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre. ²⁴ Permanezca en vosotros lo que habéis oído

desde el principio. Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre.²⁵ Y ésta es la promesa que él nos ha hecho: la vida eterna.²⁶ Os he escrito esto acerca de los que os engañan.²⁷ Y en cuanto a vosotros, la unción que habéis recibido de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que alguien os enseñe. Pero, como la misma unción os enseña acerca de todas las cosas, y es verdadera y no falsa, así como os enseñó, permaneced en él.

²⁸ Ahora, hijitos, permaneced en él para que, cuando aparezca, tengamos confianza y no nos avergoncemos delante de él, en su venida.²⁹ Si sabéis que él es justo, sabed también que todo aquel que hace justicia es nacido de él.

Capítulo 3

¹ Mirad cuán grande amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos! Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.² Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que cuando él sea manifestado, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.³ Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, como él también es puro.

⁴ Todo aquel que comete pecado también infringe la ley, pues el pecado es infracción de la ley.⁵ Y sabéis que él fue manifestado para quitar los pecados y que en él no hay pecado.⁶ Todo aquel que permanece en él no continúa pecando. Todo aquel que sigue pecando no le ha visto ni le ha conocido.⁷ Hijitos, nadie os engañe. El que practica justicia es justo, como él es justo.⁸ El que practica el pecado es del diablo, porque el diablo peca desde el principio. Para esto fue manifestado el Hijo de Dios: para deshacer las obras del diablo.⁹ Todo aquel que ha nacido de Dios no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él, y no puede seguir pecando, porque ha nacido de Dios.¹⁰ En esto se revelan los hijos de Dios y los hijos del diablo: Todo aquel que no practica justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.

¹¹ Porque éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos los unos a los otros.¹² No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano eran justas.¹³ Y no os maravilléis, hermanos, si el mundo os aborrece.

¹⁴ Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en muerte. ¹⁵ Todo aquel que odia a su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permaneciendo en él. ¹⁶ En esto hemos conocido el amor: en que él puso su vida por nosotros. También nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. ¹⁷ Pero el que tiene bienes de este mundo y ve que su hermano padece necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo morará el amor de Dios en él? ¹⁸ Hijitos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y de verdad. ¹⁹ En esto sabremos que somos de la verdad y tendremos nuestros corazones confiados delante de él;

²⁰ en caso de que nuestro corazón nos reprenda, mayor es Dios que nuestro corazón, y él conoce todas las cosas. ²¹ Amados, si nuestro corazón no nos reprende, tenemos confianza delante de Dios; ²² y cualquier cosa que pidamos, la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él.

²³ Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y que nos amemos unos a otros, como él nos ha mandado. ²⁴ Y el que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Y por esto sabemos que él permanece en nosotros: por el Espíritu que nos ha dado.

Capítulo 4

¹ Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios. Porque muchos falsos profetas han salido al mundo. ² En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne procede de Dios, ³ y todo espíritu que no confiesa a Jesús no procede de Dios. Este es el espíritu del anticristo, del cual habéis oído que había de venir y que ahora ya está en el mundo.

⁴ Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido, porque el que está en vosotros es mayor que el que está en el mundo. ⁵ Ellos son del mundo; por eso, lo que hablan es del mundo, y el mundo los oye. ⁶ Nosotros somos de Dios, y el que conoce a Dios nos oye; y el que no es de Dios no nos oye. En esto conocemos el Espíritu de verdad y el espíritu de error.

⁷ Amados, amémonos unos a otros, porque el amor es de Dios. Y todo aquel que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. ⁸ El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. ⁹ En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros: en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él. ¹⁰ En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en expiación por nuestros pecados. ¹¹ Amados, ya que Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos unos a otros. ¹² Nadie ha visto a Dios jamás. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros. ¹³ En esto sabemos que permanecemos en él y él en nosotros: en que nos ha dado de su Espíritu.

¹⁴ Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo como Salvador del mundo. ¹⁵ El que confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios. ¹⁶ Y nosotros hemos conocido y creído el amor que Dios tiene para con nosotros. Dios es amor. Y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él.

¹⁷ En esto se ha perfeccionado el amor entre nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio: en que como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸ En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor. Porque el temor conlleva castigo, y el que teme no ha sido perfeccionado en el amor. ¹⁹ Nosotros amamos, porque él nos amó primero. ²⁰ Si alguien dice: “Yo amo a Dios” y odia a su hermano, es mentiroso. Porque el que no ama a su hermano a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto. ²¹ Y tenemos este mandamiento de parte de él: El que ama a Dios ame también a su hermano.

Capítulo 5

¹ Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios, y todo aquel que ama al que engendró ama también al que es nacido de él. ² En esto sabemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos. ³ Pues éste es el amor de Dios: que guardemos sus mandamientos. Y sus mandamientos no son gravosos. ⁴ Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe. ⁵ ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?

⁶ Este es Jesucristo, el que vino por agua y sangre; no por agua solamente, sino por agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. ⁷ Porque tres son los que dan testimonio: ⁸ el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan en uno. ⁹ Si recibimos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor; porque éste es el testimonio de Dios: que él ha dado testimonio acerca de su Hijo.

¹⁰ El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. ¹¹ Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. ¹² El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida. ¹³ Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna.

¹⁴ Y ésta es la confianza que tenemos delante de él: que si pedimos algo conforme a su voluntad, él nos oye. ¹⁵ Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. ¹⁶ Si alguno ve que su hermano comete pecado que no es de muerte, pedirá, y se le dará vida; digo, a los que no pecan de muerte. Hay pecado de muerte, acerca del cual no digo que se pida. ¹⁷ Toda maldad es pecado, pero hay pecado que no es de muerte.

¹⁸ Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios no sigue pecando; más bien, Aquel que fue engendrado de Dios le guarda, y el maligno no le toca.

¹⁹ Sabemos que somos de Dios y que el mundo entero está bajo el maligno.

²⁰ No obstante, sabemos que el Hijo de Dios está presente y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios y la vida eterna. ²¹ Hijitos, guardaos de los ídolos.

2 JUAN

¹ El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en verdad — y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad — ² a causa de la verdad que permanece en nosotros y que estará con nosotros para siempre:

³ La gracia, la misericordia y la paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, estarán con nosotros en verdad y amor. ⁴ Me alegré mucho al hallar de entre tus hijos quienes andan en la verdad, conforme al mandamiento que hemos recibido del Padre.

⁵ Y ahora te ruego, señora, no como si te escribiera un nuevo mandamiento, sino el mismo que teníamos desde el principio: que nos amemos unos a otros.

⁶ Y éste es el amor: que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento en que habéis de andar, como habéis oído desde el principio.

⁷ Porque muchos engañadores han salido al mundo, quienes no confiesan que Jesucristo ha venido en la carne. Tal persona es el engañador y el anticristo.

⁸ Mirad por vosotros mismos para que no perdáis las cosas en que hemos trabajado, sino que recibáis abundante recompensa. ⁹ Todo el que se extravía y no permanece en la doctrina de Cristo no tiene a Dios. El que permanece en la doctrina, éste tiene al Padre y también al Hijo.

¹⁰ Si alguien va a vosotros y no lleva esta doctrina, no le recibáis en casa, ni le digáis: “¡Bienvenido!” ¹¹ Porque el que le da la bienvenida participa de sus malas obras.

¹² Aunque tengo muchas cosas que escribiros, no he querido comunicarlas por medio de papel y tinta. Más bien, espero estar con vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea completo. ¹³ Los hijos de tu hermana elegida te saludan.

3 JUAN

¹ El anciano al muy amado Gayo, a quien amo en verdad. ² Amado, mi oración es que seas prosperado en todas las cosas y que tengas salud, así como prospera tu alma.

³ Pues me gocé mucho cuando venían hermanos y daban testimonio de tu verdad, es decir, de cómo andas en la verdad. ⁴ No tengo mayor gozo que el de oír que mis hijos andan en la verdad. ⁵ Amado, fielmente procedes en todo lo que haces a favor de los hermanos, y más aún cuando son forasteros. ⁶ En presencia de la iglesia, ellos han dado testimonio de tu amor. Si los encaminas como es digno de Dios, harás bien; ⁷ porque partieron por amor del Nombre, sin tomar nada de los gentiles. ⁸ Por lo tanto, nosotros debemos sostener a los tales, para que seamos colaboradores en la verdad.

⁹ He escrito a la iglesia; pero Diótrefes, quien ambiciona ser el primero entre ellos, no nos admite. ¹⁰ Por esta causa, si voy allá, haré recordar las obras que hace y cómo nos denigra con palabras maliciosas. No satisfecho con esto, él mismo no admite a los hermanos; además, impide a los que los quieren recibir y los expulsa de la iglesia. ¹¹ Amado, no imites lo que es malo, sino lo que es bueno. El que hace lo bueno procede de Dios, pero el que hace lo malo no ha visto a Dios.

¹² Se ha dado buen testimonio acerca de Demetrio de parte de todos y aun por la misma verdad. También nosotros damos testimonio, y sabéis que nuestro testimonio es veraz. ¹³ Tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero hacerlo por medio de tinta y pluma. ¹⁴ Más bien, espero verte dentro de poco, y hablaremos cara a cara. La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno por nombre.

JUDAS

¹ Judas, siervo de Jesucristo y hermano de Santiago; a los llamados, amados en Dios Padre y guardados en Jesucristo: ² Misericordia, paz y amor os sean multiplicados.

³ Amados, mientras me esforzaba por escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribir para exhortaros a que contendáis eficazmente por la fe que fue entregada una vez a los santos. ⁴ Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los cuales desde antiguo habían sido destinados para esta condenación. Ellos son hombres impíos, que convierten la gracia de nuestro Dios en libertinaje y niegan al único Soberano y Señor nuestro, Jesucristo. ⁵ Ahora bien, quiero haceros recordar, ya que todo lo habéis sabido, que el Señor, al librar al pueblo una vez de la tierra de Egipto, después destruyó a los que no creyeron. ⁶ También a los ángeles que no guardaron su primer estado sino que abandonaron su propia morada, los ha reservado bajo tinieblas en prisiones eternas para el juicio del gran día. ⁷ Asimismo, Sodoma, Gomorra y las ciudades vecinas, que de la misma manera fornicaron y fueron tras vicios contra lo natural, son puestas por ejemplo, sufriendo la pena del fuego eterno.

⁸ De la misma manera, también estos soñadores mancillan la carne, rechazan toda autoridad y maldicen las potestades superiores. ⁹ Pero ni aun el arcángel Miguel, cuando contendía disputando con el diablo sobre el cuerpo de Moisés, se atrevió a pronunciar un juicio de maldición contra él, sino que dijo: “El Señor te reprenda.” ¹⁰ Pero éstos maldicen lo que no conocen; y en lo que por instinto comprenden, se corrompen como animales irracionales. ¹¹ ¡Ay de ellos! Porque han seguido el camino de Caín; por recompensa se lanzaron en el error de Balaam y perecieron en la insurrección de Coré. ¹² Estos que participan en vuestras comidas fraternales son manchas, apacentándose a sí mismos sin temor alguno. Son nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos. Son árboles marchitos como en otoño, sin fruto, dos veces muertos y desarraigados. ¹³ Son fieras olas del mar que arrojan la espuma de sus propias abominaciones. Son estrellas errantes para las cuales está reservada para siempre la profunda

oscuridad de las tinieblas. ¹⁴ Acerca de los mismos también profetizó Enoc, séptimo después de Adán, diciendo: “He aquí, el Señor vino entre sus santos millares

¹⁵ para hacer juicio contra todos y declarar convicta a toda persona respecto a todas sus obras de impiedad que ellos han hecho impiamente y respecto a todas las duras palabras que los pecadores impíos han hablado contra él.” ¹⁶ Estos se quejan de todo y todo lo critican, andando según sus propios malos deseos. Su boca habla arrogancias, adulando a las personas para sacar provecho. ¹⁷ Pero vosotros, amados, acordaos de las palabras que antes han sido dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, ¹⁸ porque ellos os decían: “En los últimos tiempos habrá burladores que andarán según sus propias pasiones, como impíos que son.” ¹⁹ Estos son los que causan divisiones. Son sensuales y no tienen al Espíritu. ²⁰ Pero vosotros, oh amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe y orando en el Espíritu Santo, ²¹ conservaos en el amor de Dios, aguardando con esperanza la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. ²² De algunos que vacilan tened misericordia; ²³ a otros haced salvos, arrebatándolos del fuego; y a otros tenedles misericordia, pero con cautela, odiando hasta la ropa contaminada por su carne. ²⁴ Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída y para presentaros irreprochables delante de su gloria con grande alegría; ²⁵ al único Dios, nuestro Salvador por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la majestad, el dominio y la autoridad desde antes de todos los siglos, ahora y por todos los siglos. Amén.

APOCALIPSIS

Capítulo 1

¹ La revelación de Jesucristo, que Dios le dio para mostrar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto; y que dio a conocer enviándola por medio de su ángel a su siervo Juan, ² quien ha dado testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Jesucristo, de todo lo que ha visto.

³ Bienaventurado el que lee y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas escritas en ella, porque el tiempo está cerca. ⁴ Juan, a las siete iglesias que están en Asia: Gracia a vosotros y paz de parte del que es y que era y que ha de venir, y de parte de los siete Espíritus que están delante de su trono, ⁵ y de parte de Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos ama y nos libró de nuestros pecados con su sangre, ⁶ y nos constituyó en un reino, sacerdotes para Dios su Padre; a él sea la gloria y el dominio para siempre jamás. Amén. ⁷ He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá: aun los que le traspasaron. Todas las tribus de la tierra harán lamentación por él. ¡Sí, amén! ⁸ “Yo soy el Alfa y la Omega”, dice el Señor Dios, “el que es, y que era y que ha de venir, el Todopoderoso.”

⁹ Yo Juan, vuestro hermano y copartícipe en la tribulación y en el reino y en la perseverancia en Jesús, estaba en la isla llamada Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús. ¹⁰ Yo estaba en el Espíritu en el día del Señor y oí detrás de mí una gran voz como de trompeta, ¹¹ que decía: “Escribe en un libro lo que ves, y envíalo a las siete iglesias: a Efeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardis, a Filadelfia y a Laodicea.” ¹² Di vuelta para ver la voz que hablaba conmigo. Y habiéndome vuelto, vi siete candeleros de oro, ¹³ y en medio de los candeleros vi a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido con una vestidura que le llegaba hasta los pies y tenía el pecho ceñido con un cinto de oro. ¹⁴ Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve, y sus ojos eran como llama de fuego. ¹⁵ Sus pies eran semejantes al bronce bruñido, ardiente como en un horno. Su voz era como el estruendo de muchas aguas. ¹⁶ Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca

salía una espada aguda de dos filos. Su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza. ¹⁷ Cuando le vi, caí como muerto a sus pies. Y puso sobre mí su mano derecha y me dijo: “No temas. Yo soy el primero y el último, ¹⁸ el que vive. Estuve muerto, y he aquí que vivo por los siglos de los siglos. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades. ¹⁹ Así que, escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de éstas. ²⁰ En cuanto al misterio de las siete estrellas que has visto en mi mano derecha, y de los siete candeleros de oro: Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros son las siete iglesias.

Capítulo 2

¹ “Escribe al ángel de la iglesia en Efeso: El que tiene las siete estrellas en su mano derecha, el que camina en medio de los siete candeleros de oro, dice estas cosas: ² Yo conozco tus obras, tu arduo trabajo y tu perseverancia; que no puedes soportar a los malos, que has puesto a prueba a los que dicen ser apóstoles y no lo son, y que los has hallado mentirosos. ³ Además, sé que tienes perseverancia, que has sufrido por causa de mi nombre y que no has desfallecido. ⁴ “Sin embargo, tengo contra ti que has dejado tu primer amor. ⁵ Recuerda, por tanto, de dónde has caído. ¡Arrepiéntete! Y haz las primeras obras. De lo contrario, yo vendré pronto a ti y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes. ⁶ “Pero tienes esto: que aborreces los hechos de los nicolaítas, que yo también aborrezco. ⁷ “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza le daré de comer del árbol de la vida que está en medio del paraíso de Dios.

⁸ “Escribe al ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el último, el que estuvo muerto y vivió, dice estas cosas: ⁹ Yo conozco tu tribulación y tu pobreza — aunque eres rico —, y la blasfemia de los que dicen ser judíos y no lo son; más bien, son sinagoga de Satanás. ¹⁰ No tengas ningún temor de las cosas que has de padecer. He aquí, el diablo va a echar a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. ¹¹ “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venza, jamás recibirá daño de la muerte segunda.

¹² “Escribe al ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice estas cosas: ¹³ Yo conozco dónde habitas: donde está el trono

de Satanás. Y retienes mi nombre y no has negado mi fe, aun en los días de Antipas, mi testigo fiel, quien fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.
¹⁴ “Sin embargo, tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes allí a algunos que se adhieren a la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo delante de los hijos de Israel, a comer de lo sacrificado a los ídolos y a cometer inmoralidad sexual. ¹⁵ Asimismo, tú también tienes a los que se adhieren a la doctrina de los nicolaítas. ¹⁶ Por tanto, ¡arrepíentete! Pues de lo contrario vendré pronto a ti y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. ¹⁷ “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza le daré de comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nombre nuevo escrito, que nadie conoce sino el que lo recibe.

¹⁸ “Escribe al ángel de la iglesia en Tiatira: El Hijo de Dios, que tiene sus ojos como llama de fuego y sus pies semejantes al bronce bruñido, dice estas cosas: ¹⁹ Yo conozco tus obras, tu amor, tu fidelidad, tu servicio y tu perseverancia; y que tus últimas obras son mejores que las primeras. ²⁰ “Sin embargo, tengo contra ti que toleras a la mujer Jezabel, que dice ser profetisa, y enseña y seduce a mis siervos a cometer inmoralidad sexual y a comer lo sacrificado a los ídolos. ²¹ Le he dado tiempo para que se arrepienta, y no quiere arrepentirse de su inmoralidad. ²² He aquí, yo la echo en cama, y a los que con ella adulteran, en muy grande tribulación, a menos que se arrepientan de las obras de ella. ²³ Y a sus hijos mataré con penosa muerte, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriño la mente y el corazón. Y os daré a cada uno de vosotros conforme a vuestras obras. ²⁴ “Pero a los demás en Tiatira, a cuantos no tienen esta doctrina, quienes no han conocido las cosas profundas de Satanás (como las llaman), os digo: No os impongo ninguna carga más. ²⁵ Solamente aferraos a lo que tenéis, hasta que yo venga. ²⁶ Al que venza y guarde mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones, ²⁷ — él las guiará con cetro de hierro; como vaso de alfarero son quebradas —, así como yo también he recibido de mi Padre. ²⁸ Además, yo le daré la estrella de la mañana. ²⁹ “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Capítulo 3

¹ “Escribe al ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete Espíritus de Dios y las siete estrellas dice estas cosas: Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, pero estás muerto. ² Sé vigilante y refuerza las cosas que quedan y están a punto de morir, porque no he hallado que tus obras hayan sido

acabadas delante de Dios.³ Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído. Guárdalo y arrepiéntete. Si no eres vigilante, vendré como ladrón; nunca sabrás a qué hora vendré a ti.⁴ “Sin embargo, tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestidos y que andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas.⁵ De esta manera, el que venza será vestido con vestidura blanca; y nunca borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles.⁶ “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

⁷ “Escribe al ángel de la iglesia en Filadelfia: El Santo y Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie cierra, y cierra y nadie abre, dice estas cosas:⁸ Yo conozco tus obras. He aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque tienes un poco de poder y has guardado mi palabra y no has negado mi nombre.⁹ He aquí, yo te daré algunos de la sinagoga de Satanás, de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten. He aquí, yo haré que lleguen y se postren delante de tus pies, y conocerán que yo te he amado.¹⁰ Porque guardaste la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré a la hora de la prueba que ha de venir sobre todo el mundo habitado, para probar a los moradores de la tierra.¹¹ “Yo vengo pronto. Retén lo que tienes para que nadie tome tu corona.¹² Al que venza, yo le haré columna en el templo de mi Dios, y nunca jamás saldrá fuera. Y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios — la nueva Jerusalén que descende del cielo, enviada por mi Dios — y mi nombre nuevo.¹³ “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

¹⁴ “Escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: El Amén, el testigo fiel y verdadero, el origen de la creación de Dios, dice estas cosas:¹⁵ Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!¹⁶ Así, porque eres tibio, y no frío ni caliente, estoy por vomitarte de mi boca.¹⁷ Ya que tú dices: ‘Soy rico; me he enriquecido y no tengo ninguna necesidad’, y no sabes que tú eres desgraciado, miserable, pobre, ciego y desnudo,¹⁸ yo te aconsejo que de mí compres oro refinado por el fuego para que te hagas rico, y vestiduras blancas para que te vistas y no se descubra la vergüenza de tu desnudez, y colirio para ungir tus ojos para que veas.¹⁹ “Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Sé, pues, celoso y arrepiéntete.²⁰ He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él, y él conmigo.²¹ Al que venza, yo le daré que se siente conmigo en mi trono;

así como yo también he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono.

²² “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

Capítulo 4

¹ Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo. La primera voz que oí era como de trompeta que hablaba conmigo diciendo: “¡Sube acá, y te mostraré las cosas que han de acontecer después de éstas!”² De inmediato estuve en el Espíritu; y he aquí un trono estaba puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado.³ Y el que estaba sentado era semejante a una piedra de jaspe y de cornalina, y alrededor del trono había un arco iris semejante al aspecto de la esmeralda.⁴ También alrededor del trono había veinticuatro tronos, y sobre los tronos vi a veinticuatro ancianos sentados, vestidos de vestiduras blancas, con coronas de oro sobre sus cabezas.⁵ Del trono salen relámpagos y truenos y voces. Y delante del trono arden siete antorchas de fuego, las cuales son los siete Espíritus de Dios.⁶ Y delante del trono hay como un mar de vidrio, semejante al cristal. Junto al trono, y alrededor del mismo, hay cuatro seres vivientes llenos de ojos por delante y por detrás.⁷ El primer ser viviente es semejante a un león, y el segundo ser viviente es semejante a un becerro, y el tercer ser viviente tiene cara como de hombre, y el cuarto ser viviente es semejante a un águila volando.

⁸ Y cada uno de los cuatro seres vivientes tiene seis alas, y alrededor y por dentro están llenos de ojos. Ni de día ni de noche cesan de decir: “¡Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, que era y que es y que ha de venir!”⁹ Y cada vez que los seres vivientes dan gloria, honra y alabanza al que está sentado en el trono y que vive por los siglos de los siglos,¹⁰ los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono y adoran al que vive por los siglos de los siglos; y echan sus coronas delante del trono, diciendo:¹¹ “Digno eres tú, oh Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder; porque tú has creado todas las cosas, y por tu voluntad tienen ser y fueron creadas.”

Capítulo 5

¹ Vi en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.² También vi a un ángel

poderoso que proclamaba a gran voz: “¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos?”³ Pero ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro; ni siquiera mirarlo.⁴ Y yo lloraba mucho, porque ninguno fue hallado digno de abrir el libro; ni siquiera de mirarlo.⁵ Y uno de los ancianos me dijo: “No llores. He aquí el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y sus siete sellos.”

⁶ Y en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y de los ancianos vi un Cordero de pie, como inmolado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra.⁷ El fue y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono.⁸ Cuando tomó el libro, los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero. Cada uno tenía un arpa y copas de oro llenas de incienso, que son las oraciones de los santos.⁹ Ellos entonaban un cántico nuevo, diciendo: “¡Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos! Porque tú fuiste inmolado y con tu sangre has redimido para Dios gente de toda raza, lengua, pueblo y nación.¹⁰ Tú los has constituido en un reino y sacerdotes para nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra.”¹¹ Y miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono y de los seres vivientes y de los ancianos. El número de ellos era miríadas de miríadas y millares de millares.¹² Y decían a gran voz: “Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.”¹³ Y oí a toda criatura que está en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, diciendo: “Al que está sentado en el trono y al Cordero sean la bendición y la honra y la gloria y el poder por los siglos de los siglos.”¹⁴ Los cuatro seres vivientes decían: “¡Amén!” Y los veinticuatro ancianos se postraron y adoraron.

Capítulo 6

¹ Y miré cuando el Cordero abrió el primero de los siete sellos, y oí a uno de los cuatro seres vivientes que decía con voz de trueno: “¡Ven!”² Y miré, y he aquí un caballo blanco. El que estaba montado sobre él tenía un arco, y le fue dada una corona; y salió venciendo y para vencer.

³ Cuando abrió el segundo sello, oí al segundo ser viviente que decía: “¡Ven!”⁴ Y salió otro caballo, rojo. Al que estaba montado sobre él, le fue

dado poder para quitar la paz de la tierra y para que se matasen unos a otros. Y le fue dada una gran espada.⁵ Cuando abrió el tercer sello, oí al tercer ser viviente que decía: “¡Ven!” Y miré y he aquí un caballo negro, y el que estaba montado sobre él tenía una balanza en su mano.⁶ Y oí como una voz en medio de los cuatro seres vivientes, que decía: “¡Una medida de trigo por un denario, y tres medidas de cebada por un denario! Y no hagas ningún daño al vino ni al aceite.”⁷ Cuando abrió el cuarto sello, oí la voz del cuarto ser viviente que decía: “¡Ven!”⁸ Y miré, y he aquí un caballo pálido; y el que estaba montado sobre él se llamaba Muerte; y el Hades le seguía muy de cerca. A ellos les fue dado poder sobre la cuarta parte de la tierra, para matar con espada y con hambre y con pestilencia y por las fieras del campo.

⁹ Cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar las almas de los que habían sido muertos a causa de la palabra de Dios y del testimonio que ellos tenían.¹⁰ Y clamaban a gran voz diciendo: “¿Hasta cuándo, oh soberano Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre sobre los que moran en la tierra?”¹¹ Y a cada uno de ellos le fue dado un vestido blanco; y se les dijo que descansaran todavía un poco de tiempo, hasta que se completase el número de sus consiervos y sus hermanos que también habían de ser muertos como ellos.¹² Y miré cuando él abrió el sexto sello, y se produjo un gran terremoto. El sol se puso negro como tela de cilicio; la luna entera se puso como sangre,¹³ y las estrellas del cielo cayeron sobre la tierra, como una higuera arroja sus higos tardíos cuando es sacudida por un fuerte viento.¹⁴ El cielo fue apartado como un pergamino enrollado, y toda montaña e isla fueron removidas de sus lugares.¹⁵ Los reyes de la tierra, los grandes, los comandantes, los ricos, los poderosos, todo esclavo y todo libre se escondieron en las cuevas y entre las peñas de las montañas,¹⁶ y decían a las montañas y a las peñas: “Caed sobre nosotros y escondednos del rostro del que está sentado sobre el trono y de la ira del Cordero.”¹⁷ Porque ha llegado el gran día de su ira, y ¡quién podrá permanecer de pie!”

Capítulo 7

¹ Después de esto, vi a cuatro ángeles que estaban de pie sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra, y que detenían los cuatro vientos de la tierra, para que no soprase viento alguno sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre ningún árbol.² Y vi que otro ángel, subiendo del oriente, tenía el sello del Dios vivo.

Y llamó a gran voz a los cuatro ángeles a quienes les fue dado hacer daño a la tierra y al mar,³ diciendo: “¡No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que marquemos con un sello la frente de los siervos de nuestro Dios!”⁴ Oí el número de los sellados: 144.000 sellados de todas las tribus de los hijos de Israel.⁵ Sellados, de la tribu de Judá, 12.000 de la tribu de Rubén, 12.000 de la tribu de Gad, 12.000⁶ de la tribu de Aser, 12.000 de la tribu de Neftalí, 12.000 de la tribu de Manasés, 12.000⁷ de la tribu de Simeón, 12.000 de la tribu de Leví, 12.000 de la tribu de Isacar, 12.000⁸ de la tribu de Zabulón, 12.000 de la tribu de José, 12.000 de la tribu de Benjamín, 12.000.⁹ Después de esto miré, y he aquí una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas, y nadie podía contar su número. Están de pie delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y llevando palmas en sus manos.¹⁰ Aclaman a gran voz diciendo: “¡La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado sobre el trono, y al Cordero!”¹¹ Todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes, se postraron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios diciendo:¹² “¡Amén! La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!”

¹³ Uno de los ancianos me preguntó diciendo: — Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?¹⁴ Y yo le dije: — Señor mío, tú lo sabes. Y él me dijo: — Estos son los que vienen de la gran tribulación; han lavado sus vestidos y los han emblanquecido en la sangre del Cordero.¹⁵ Por esto están delante del trono de Dios y le rinden culto de día y de noche en su templo. El que está sentado en el trono extenderá su tienda sobre ellos.¹⁶ No tendrán más hambre, ni tendrán más sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ningún otro calor;¹⁷ porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará y los guiará a fuentes de agua viva, y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Capítulo 8

¹ Cuando él abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo como por media hora.² Y vi a los siete ángeles que estaban delante de Dios, y les fueron dadas siete trompetas.³ Y otro ángel vino y se puso de pie delante del altar.

Tenía un incensario de oro, y le fue dado mucho incienso para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro, que estaba delante del trono. ⁴ Y el humo del incienso con las oraciones de los santos subió de la mano del ángel en presencia de Dios. ⁵ Y el ángel tomó el incensario, lo llenó con fuego del altar y lo arrojó sobre la tierra. Y se produjeron truenos y estruendos y relámpagos y un terremoto. ⁶ Los siete ángeles que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

⁷ El primero tocó la trompeta. Y se produjo granizo y fuego mezclados con sangre, y fueron arrojados sobre la tierra. Y la tercera parte de la tierra fue quemada, y la tercera parte de los árboles fue quemada, y toda la hierba verde fue quemada. ⁸ El segundo ángel tocó la trompeta. Y algo como un gran monte ardiendo con fuego fue lanzado al mar. Y la tercera parte del mar se convirtió en sangre; ⁹ y murió la tercera parte de las criaturas vivientes que estaban en el mar, y la tercera parte de los barcos fue destruida. ¹⁰ El tercer ángel tocó la trompeta. Y cayó del cielo una gran estrella, ardiendo como una antorcha; y cayó sobre la tercera parte de los ríos y sobre las fuentes de agua. ¹¹ El nombre de la estrella es Ajenjo. Y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajeno, y muchos hombres murieron por las aguas, porque fueron hechas amargas. ¹² El cuarto ángel tocó la trompeta. Y fue herida la tercera parte del sol, la tercera parte de la luna y la tercera parte de las estrellas, de manera que se oscureció la tercera parte de ellos, y no alumbraba el día durante una tercera parte, y también la noche de la misma manera. ¹³ Miré y oí volar un águila por en medio del cielo, diciendo a gran voz: “¡Ay, ay, ay de los que habitan en la tierra, por razón de los demás toques de trompeta que los tres ángeles aún han de tocar!”

Capítulo 9

¹ El quinto ángel tocó la trompeta. Y vi que una estrella había caído del cielo a la tierra, y le fue dada la llave del pozo del abismo. ² Y abrió el pozo del abismo, y subió humo del pozo como el humo de un gran horno; y fue oscurecido el sol y también el aire por el humo del pozo. ³ Y del humo salieron langostas sobre la tierra, y les fue dado poder como tienen poder los escorpiones de la tierra. ⁴ Y se les dijo que no hiciesen daño a la hierba de la tierra ni a ninguna cosa verde, ni a ningún árbol, sino solamente a los hombres que no tienen el sello de Dios en sus frentes. ⁵ Se les mandó que no los matasen, sino que fuesen atormentados por cinco meses. Su tormento era como el tormento del escorpión cuando pica al hombre. ⁶ En aquellos días los

hombres buscarán la muerte, pero de ninguna manera la hallarán. Anhelarán morir, y la muerte huirá de ellos. ⁷ El aspecto de las langostas era semejante a caballos equipados para la guerra. Sobre sus cabezas tenían como coronas, semejantes al oro, y sus caras eran como caras de hombres. ⁸ Tenían cabello como cabello de mujeres, y sus dientes eran como dientes de leones. ⁹ Tenían corazas como corazas de hierro. El estruendo de sus alas era como el ruido de carros que con muchos caballos corren a la batalla. ¹⁰ Tienen colas semejantes a las de los escorpiones, y aguijones. Y en sus colas está su poder para hacer daño a los hombres durante cinco meses. ¹¹ Tienen sobre sí un rey, el ángel del abismo, cuyo nombre en hebreo es Abadón, y en griego tiene por nombre Apolión. ¹² El primer ay ha pasado. He aquí vienen aún dos ayes después de esto.

¹³ El sexto ángel tocó la trompeta. Y oí una voz que salía de los cuatro cuernos del altar de oro que estaba delante de Dios, ¹⁴ diciendo al sexto ángel que tenía la trompeta: “Desata a los cuatro ángeles que han estado atados junto al gran río Eufrates.” ¹⁵ Fueron desatados los cuatro ángeles que habían estado preparados para la hora y día y mes y año, para que matasen a la tercera parte de los hombres. ¹⁶ El número de los soldados de a caballo era de dos miríadas de miríadas; yo escuché el número de ellos. ¹⁷ Y de esta manera, vi en la visión los caballos y a los que cabalgaban en ellos, que tenían corazas color de fuego, de jacinto y de azufre. Las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones; y de sus bocas salía fuego, humo y azufre. ¹⁸ La tercera parte de los hombres fueron muertos por estas tres plagas: por el fuego, el humo y el azufre que salían de la boca de ellos. ¹⁹ Pues el poder de los caballos está en sus bocas y en sus colas. Porque sus colas son semejantes a serpientes, y tienen cabezas con las cuales hieren. ²⁰ Los demás hombres que no fueron muertos con estas plagas ni aun así se arrepintieron de las obras de sus manos, para dejar de adorar a los demonios y a las imágenes de oro, y de plata, y de bronce, y de piedra, y de madera, las cuales no pueden ver, ni oír, ni caminar. ²¹ Tampoco se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus hechicerías, ni de su inmoralidad sexual, ni de sus robos.

Capítulo 10

¹ Vi a otro ángel poderoso que descendía del cielo envuelto en una nube, y el arco iris estaba sobre su cabeza. Su rostro era como el sol, y sus piernas como columnas de fuego, ² y tenía en su mano un librito abierto. Puso su pie derecho sobre el mar y su pie izquierdo sobre la tierra, ³ y gritó a gran voz,

como cuando ruge el león. Cuando gritó, los siete truenos emitieron sus voces.

⁴ Cuando los siete truenos hablaron, yo estaba por escribir, pero oí una voz del cielo que decía: “Sella las cosas que los siete truenos hablaron; no las escribas.”

⁵ Y el ángel que vi de pie sobre el mar y sobre la tierra levantó su mano derecha al cielo ⁶ y juró por el que vive para siempre jamás, quien creó el cielo y las cosas que están en él, y la tierra y las cosas que están en ella, y el mar y las cosas que están en él: “Ya no hay más tiempo, ⁷ sino que en los días de la voz del séptimo ángel, cuando él esté por tocar la trompeta, también será consumado el misterio de Dios, como él lo anunció a sus siervos los profetas.”

⁸ Y la voz que oí del cielo habló otra vez conmigo, diciendo: “Vé, toma el librito abierto de la mano del ángel que está de pie sobre el mar y sobre la tierra.” ⁹ Fui al ángel diciéndole que me diera el librito, y me dijo: “Toma y trágalo; y hará amargar tu estómago, pero en tu boca será dulce como la miel.”

¹⁰ Y tomé el librito de la mano del ángel y lo tragué. Y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo comí, mi estómago se hizo amargo. ¹¹ Y me dijeron: “Te es necesario profetizar otra vez a muchos pueblos y naciones y lenguas y reyes.”

Capítulo 11

¹ Entonces me fue dada una caña, semejante a una vara de medir, y se me dijo: “Levántate y mide el templo de Dios y el altar, y a los que en él adoran. ² Y deja aparte el atrio de afuera del templo. Y no lo midas, porque ha sido dado a los gentiles, y ellos pisotearán la ciudad santa por cuarenta y dos meses.

³ Yo mandaré a mis dos testigos, y ellos profetizarán por 1.260 días, vestidos de cilicio. ⁴ Ellos son los dos olivos y los dos candeleros que están delante del Dios de la tierra. ⁵ Si alguien les quiere dañar, fuego sale de la boca de ellos y devora a sus enemigos. Cuando alguien les quiera hacer daño, tiene que morir de esta manera. ⁶ Ellos tienen poder para cerrar el cielo, de modo que no caiga lluvia durante los días de su profecía; y tienen poder sobre las aguas, para convertirlas en sangre y para herir la tierra con toda plaga, cuantas veces quieran. ⁷ Cuando hayan concluido su testimonio, la bestia que sube del abismo hará guerra contra ellos, los vencerá y los matará. ⁸ Y sus cadáveres estarán en la plaza de la gran ciudad que simbólicamente es llamada Sodoma y Egipto,

donde también fue crucificado el Señor de ellos.⁹ Y por tres días y medio, la gente de los pueblos y de las razas y de las lenguas y de las naciones miran sus cadáveres; y no permiten que sus cadáveres sean puestos en sepulcros.¹⁰ Y los habitantes de la tierra se gozan sobre ellos y se alegran. Y se enviarán regalos unos a otros, porque estos dos profetas habían sido un tormento para los habitantes de la tierra.¹¹ Después de los tres días y medio el aliento de vida enviado por Dios entró en ellos, y se levantaron sobre sus pies. Y un gran temor cayó sobre los que los veían.¹² Oyeron una gran voz del cielo que les decía: “¡Subid acá!” Y subieron al cielo en la nube, y sus enemigos los vieron.¹³ Y en aquella hora se produjo un gran terremoto, y cayó la décima parte de la ciudad. Murieron por el terremoto 7.000 hombres, y los demás estaban aterrorizados y dieron gloria al Dios del cielo.

¹⁴ Ha pasado el segundo ay. He aquí el tercer ay viene pronto.¹⁵ El séptimo ángel tocó la trompeta. Y en el cielo se oyeron grandes voces que decían: “El reino del mundo ha venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo. El reinará por los siglos de los siglos.”¹⁶ Y los veinticuatro ancianos, que estaban sentados en sus tronos delante de Dios, se postraron sobre sus rostros y adoraron a Dios ¹⁷ diciendo: “Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, que eres y que eras, porque has asumido tu gran poder, y reinas.¹⁸ Las naciones se enfurecieron, pero ha venido tu ira y el tiempo de juzgar a los muertos y de dar su galardón a tus siervos los profetas y a los santos y a los que temen tu nombre, tanto a los pequeños como a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra.”¹⁹ Y fue abierto el templo de Dios que está en el cielo, y se hizo visible el arca de su pacto en su templo. Entonces estallaron relámpagos, voces, truenos, un terremoto y una fuerte granizada.

Capítulo 12

¹ Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol y con la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas.² Y estando encinta, gritaba con dolores de parto y sufría angustia por dar a luz.³ Y apareció otra señal en el cielo: he aquí un gran dragón rojo que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas tenía siete diademas.⁴ Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó sobre la tierra. El dragón se puso de pie delante de la mujer que estaba por dar a luz, a fin de devorar a su hijo en cuanto le hubiera dado a luz.⁵ Ella dio a luz un hijo varón que ha de guiar

todas las naciones con cetro de hierro. Y su hijo fue arrebatado ante Dios y su trono. ⁶ Y la mujer huyó al desierto, donde tenía un lugar que Dios había preparado, para ser alimentada allí durante 1.260 días. ⁷ Estalló entonces una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles pelearon contra el dragón. Y el dragón y sus ángeles pelearon, ⁸ pero no prevalecieron, ni fue hallado más el lugar de ellos en el cielo. ⁹ Y fue arrojado el gran dragón, la serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, el cual engaña a todo el mundo. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados junto con él. ¹⁰ Oí una gran voz en el cielo que decía: “¡Ahora ha llegado la salvación y el poder y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo! Porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba día y noche delante de nuestro Dios. ¹¹ Y ellos lo han vencido por causa de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, porque no amaron sus vidas hasta la muerte.

¹² Por esto, alegraos, oh cielos, y los que habitáis en ellos. ¡Ay de la tierra y del mar! Porque el diablo ha descendido a vosotros y tiene grande ira, sabiendo que le queda poco tiempo.” ¹³ Y cuando el dragón vio que había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al hijo varón. ¹⁴ Pero le fueron dadas a la mujer dos alas de gran águila, para volar de la presencia de la serpiente, al desierto, a su lugar donde recibe alimento por un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo. ¹⁵ Tras la mujer, la serpiente echó de su boca agua como un río, para que ella fuese arrastrada por el torrente. ¹⁶ Pero la tierra ayudó a la mujer. Y la tierra abrió su boca y tragó por completo el río que el dragón había echado de su boca. ¹⁷ Entonces el dragón se enfureció contra la mujer, y se fue para hacer guerra contra los demás descendientes de ella, quienes guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo. Y él se puso de pie sobre la arena del mar.

Capítulo 13

¹ Y vi que subía del mar una bestia que tenía diez cuernos y siete cabezas. Sobre sus cuernos tenía diez diademas, y sobre sus cabezas había un nombre de blasfemia. ² La bestia que vi era semejante a un leopardo; sus pies eran como de oso, y su boca como la boca de león. Y el dragón le dio su poder y su trono y grande autoridad. ³ Vi una de sus cabezas como herida de muerte, pero su herida mortal se había sanado. Y toda la tierra se maravilló en pos de la bestia, ⁴ y adoraron al dragón porque le había dado autoridad a la bestia, y adoraron

a la bestia diciendo: “¿Quién es semejante a la bestia, y quién puede combatir contra ella?”⁵ Y a la bestia le fue dada una boca que hablara insolencias y blasfemias, y le fue dada autoridad para actuar por cuarenta y dos meses.⁶ Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, para blasfemar contra su nombre y contra su tabernáculo, es decir, contra los que tienen morada en el cielo.⁷ Y le fue permitido hacer guerra contra los santos y vencerlos. También le fue dado poder sobre toda raza y pueblo y lengua y nación.⁸ Y le adorarán todos los habitantes sobre la tierra, cuyos nombres no están inscritos en el libro de la vida del Cordero, quien fue inmolado desde la fundación del mundo.⁹ Si alguno tiene oído, oiga:¹⁰ Si alguien lleva en cautividad, es llevado en cautividad; si alguien mata a espada, tiene que ser muerto a espada. ¡Aquí está la perseverancia y la fe de los santos!

¹¹ Y vi otra bestia que subía de la tierra. Y tenía dos cuernos semejantes a los de un cordero, y hablaba como un dragón.¹² Y ejerce toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, y hace que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia cuya herida mortal fue sanada.¹³ Y hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres.¹⁴ Y engaña a los habitantes de la tierra a causa de las señales que se le concedió hacer en presencia de la bestia, mandándoles a los habitantes de la tierra hacer una imagen en honor de la bestia que tiene la herida de espada y que revivió.¹⁵ También le fue permitido dar aliento a la imagen de la bestia, para que la imagen de la bestia hablase e hiciera que fueran muertos todos los que no adoraran a la imagen de la bestia.¹⁶ Y ella hace que a todos, a pequeños y a grandes, a ricos y a pobres, a libres y a esclavos, se les ponga una marca en la mano derecha o en la frente,¹⁷ y que nadie pueda comprar ni vender, sino el que tenga la marca, es decir, el nombre de la bestia o el número de su nombre.¹⁸ Aquí hay sabiduría: El que tiene entendimiento calcule el número de la bestia, porque es número de un hombre; y su número es 666.

Capítulo 14

¹ Y miré, y he aquí el Cordero de pie sobre el monte Sion, y con él estaban los 144.000 que tenían su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes.² Oí una voz del cielo como estruendo de muchas aguas y como la voz de un gran trueno. Y la voz que escuché era como de arpistas cuando tocan sus arpas.³ Ellos cantan un himno nuevo delante del trono y en presencia de los

cuatro seres vivientes y de los ancianos. Nadie podía aprender el himno, sino sólo los 144.000, quienes habían sido redimidos de la tierra. ⁴ Estos son los que nunca se mancharon con mujeres, pues son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero por dondequiera que vaya. Estos fueron redimidos de entre los hombres, primicias para Dios y para el Cordero. ⁵ Y en sus bocas no se halló engaño; son sin mancha.

⁶ Vi a otro ángel que volaba en medio del cielo, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra: a toda nación y raza y lengua y pueblo. ⁷ Decía a gran voz: “¡Temed a Dios y dadle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio! Adorad al que hizo los cielos y la tierra y el mar y las fuentes de las aguas.” ⁸ Y siguió otro ángel, un segundo, diciendo: “¡Ha caído, ha caído Babilonia la grande! Todas las naciones habían bebido del vino de la furia de su inmoralidad.” ⁹ Y siguió otro ángel, un tercero, diciendo a gran voz: “¡Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en la frente o en la mano, ¹⁰ él también beberá del vino del furor de Dios que ha sido vertido puro en la copa de su ira, y será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. ¹¹ El humo del tormento de ellos sube para siempre jamás. Y no tienen descanso ni de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni cualquiera que recibe la marca de su nombre. ¹² ¡Aquí está la perseverancia de los santos, quienes guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!”

¹³ Y oí una voz del cielo que decía: “Escribe: ¡Bienaventurados los muertos que de aquí en adelante mueren en el Señor!” “Sí,” dice el Espíritu, “para que descansen de sus arduos trabajos; pues sus obras les seguirán.” ¹⁴ Y miré, y he aquí una nube blanca, y sobre la nube estaba sentado uno semejante al Hijo de Hombre. Tenía en su cabeza una corona de oro y en su mano una hoz afilada. ¹⁵ Y otro ángel salió del templo, gritando a gran voz al que estaba sentado sobre la nube: “¡Mete tu hoz y siega! Porque ha llegado la hora de segar, porque la mies de la tierra está madura.” ¹⁶ Y el que estaba sentado sobre la nube lanzó su hoz sobre la tierra, y la tierra fue segada. ¹⁷ Luego salió otro ángel del templo que estaba en el cielo, llevando también él una hoz afilada. ¹⁸ Y salió del altar otro ángel que tenía poder sobre el fuego. Y llamó a gran voz al que tenía la hoz afilada, diciendo: “¡Mete tu hoz afilada y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque las uvas están maduras!” ¹⁹ Entonces el ángel lanzó su hoz afilada en la tierra, y vendimió la viña de la tierra. Echó las uvas en el gran lagar de la ira de Dios. ²⁰ Y el lagar fue pisado fuera de la ciudad, y salió sangre del lagar hasta la altura de los frenos de los caballos, a lo largo de 1.600 estadios.

Capítulo 15

¹ Vi otra señal en el cielo, grande y admirable: siete ángeles que tenían las siete últimas plagas, con las cuales la ira de Dios es consumada. ² Vi algo como un mar de vidrio mezclado con fuego y a los vencedores sobre la bestia y su imagen y el número de su nombre. Estaban de pie sobre el mar de vidrio, teniendo las arpas de Dios. ³ Y cantan el cántico de Moisés, el siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: “Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso. Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de las naciones. ⁴ Oh Señor, ¿quién no temerá y glorificará tu nombre? Porque sólo tú eres santo. Todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti; porque tus juicios han sido manifestados.”

⁵ Después de esto miré, y el santuario del tabernáculo del testimonio fue abierto en el cielo; ⁶ y del santuario salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas. Estaban vestidos de lino limpio y resplandeciente, ceñidos alrededor del pecho con cintos de oro. ⁷ Y uno de los cuatro seres vivientes dio a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la ira de Dios quien vive por los siglos de los siglos. ⁸ El templo se llenó de humo por la gloria de Dios y por su poder, y nadie podía entrar en el templo hasta que fuesen consumadas las siete plagas de los siete ángeles.

Capítulo 16

¹ Entonces oí una gran voz que desde el templo decía a los siete ángeles: “Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra.” ² Fue el primer ángel y derramó su copa sobre la tierra. Y se produjo una llaga dolorosa y maligna sobre los hombres que tenían la marca de la bestia y los que adoraban su imagen. ³ El segundo ángel derramó su copa sobre el mar. Y se convirtió en sangre como de muerto. Y murió todo ser viviente que estaba en el mar. ⁴ El tercer ángel derramó su copa sobre los ríos y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. ⁵ Oí al ángel de las aguas decir: “Justo eres tú que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas. ⁶ Porque ellos derramaron

la sangre de los santos y de los profetas, tú también les has dado a beber sangre, pues se lo merecen.”⁷ Y oí al altar decir: “¡Ciertamente, oh Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos!”

⁸ El cuarto ángel derramó su copa sobre el sol, y le fue dado quemar a los hombres con fuego. ⁹ Los hombres fueron quemados con el intenso calor y blasfemaron el nombre del Dios que tiene autoridad sobre estas plagas, pero no se arrepintieron para darle gloria. ¹⁰ El quinto ángel derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino fue convertido en tinieblas. Se mordían las lenguas de dolor ¹¹ y blasfemaron al Dios del cielo por sus dolores y sus llagas, pero no se arrepintieron de sus obras.

¹² El sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Eufrates, y sus aguas se secaron para que fuese preparado el camino de los reyes del Oriente. ¹³ Vi salir de la boca del dragón y de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta, tres espíritus impuros semejantes a ranas. ¹⁴ Pues son espíritus de demonios que hacen señales, los cuales salen a los reyes de todo el mundo habitado para congregarlos para la batalla del gran día del Dios Todopoderoso. ¹⁵ “He aquí, yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestidos para que no ande desnudo y vean su vergüenza.” ¹⁶ Y los congregó en el lugar que se llama en hebreo Armagedón.

¹⁷ El séptimo ángel derramó su copa por el aire. Y salió una gran voz del santuario desde el trono, que decía: “¡Está hecho!” ¹⁸ Entonces se produjeron relámpagos y estruendos y truenos, y hubo un gran terremoto. Tan fuerte fue ese gran terremoto como jamás había acontecido desde que el hombre existe sobre la tierra. ¹⁹ La gran ciudad se dividió en tres partes, y las ciudades de las naciones cayeron. Y la gran Babilonia fue recordada delante de Dios, para darle a ella de la copa del vino del furor de su ira. ²⁰ Toda isla huyó, y las montañas no fueron halladas más. ²¹ Y del cielo cayó sobre los hombres enorme granizo, como de un talento de peso. Y los hombres blasfemaron a Dios por la plaga del granizo, porque la plaga era grande en extremo.

Capítulo 17

¹ Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas y habló conmigo diciendo: “Ven acá, y te mostraré la condenación de la gran ramera que está sentada sobre muchas aguas. ² Con ella fornicaron los reyes de la tierra,

y los que habitan en la tierra se embriagaron con el vino de su fornicación.”

³ Me llevó en el Espíritu al desierto. Y vi una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia y que tenía siete cabezas y diez cuernos.

⁴ La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, y estaba adornada con oro y piedras preciosas y perlas. En su mano tenía una copa de oro llena de abominaciones y de las impurezas de su inmoralidad. ⁵ En su frente estaba escrito un nombre, un misterio: “Babilonia la grande, madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra.” ⁶ Vi a la mujer embriagada con la sangre de los santos, y con la sangre de los mártires de Jesús. Al verla, quedé asombrado con gran asombro.

⁷ Y el ángel me dijo: “¿Por qué estás asombrado? Yo te explicaré el misterio de la mujer y de la bestia que la lleva y que tiene siete cabezas y diez cuernos.

⁸ La bestia que has visto era, y no es, y ha de subir del abismo, y va a la perdición. Los habitantes de la tierra, cuyos nombres no están inscritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, se maravillarán cuando vean a la bestia que era y no es y será. ⁹ Aquí está la mente que tiene sabiduría: Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales está sentada la mujer. ¹⁰ Y son siete reyes: Cinco han caído, uno es, y otro aún no ha venido; y cuando venga, debe quedar sólo por un breve tiempo. ¹¹ La bestia que era y no es, también es el octavo, y procede de los siete y va a la perdición. ¹² Los diez cuernos que has visto son diez reyes que todavía no han recibido reino, pero toman autoridad por una hora como reyes junto con la bestia. ¹³ Estos tienen un solo propósito, y entregan su poder y autoridad a la bestia.

¹⁴ Ellos harán guerra contra el Cordero, y el Cordero los vencerá, porque él es Señor de señores y Rey de reyes, y los que están con él son llamados y elegidos y fieles.” ¹⁵ También me dijo: “Las aguas que has visto donde está sentada la ramera, son pueblos y multitudes, naciones y lenguas. ¹⁶ Los diez cuernos que has visto, y la bestia, éstos aborrecerán a la ramera y la dejarán desolada y desnuda. Comerán sus carnes y la quemarán con fuego; ¹⁷ porque Dios ha puesto en sus corazones el ejecutar su propósito, y que tengan un solo propósito, y que entreguen su reino a la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios. ¹⁸ La mujer que has visto es la gran ciudad que tiene imperio sobre los reyes de la tierra.”

Capítulo 18

¹ Después de estas cosas vi a otro ángel que descendía del cielo y que tenía gran autoridad, y la tierra se iluminó con su gloria. ² Y proclamó con potente voz diciendo: “¡Ha caído, ha caído Babilonia la grande! Se ha convertido en habitación de demonios, refugio de todo espíritu inmundo, y refugio de toda ave inmunda y aborrecible. ³ Porque todas las naciones han bebido el vino de la furia de su fornicación. Los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los comerciantes de la tierra se han enriquecido con la potencia de su lujosa sensualidad.” ⁴ Oí otra voz del cielo que decía: “¡Salid de ella, pueblo mío, para que no participéis de sus pecados y para que no recibáis sus plagas! ⁵ Pues sus pecados se han amontonado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus injusticias. ⁶ Pagadle tal como ella os ha pagado, y devolvedle el doble según sus obras. En la copa que ella preparó, preparadle el doble. ⁷ En la medida que ella se ha glorificado y ha vivido en sensualidad, así dadle tormento y llanto, porque dice en su corazón: ‘Estoy sentada como reina; no soy viuda, ni jamás veré llanto.’ ⁸ Por eso, en un solo día le sobrevendrán las plagas: muerte, llanto y hambre. Y será quemada con fuego, porque fuerte es el Señor Dios quien la juzga.

⁹ “Cuando vean el humo de su incendio, llorarán y se lamentarán por ella los reyes de la tierra que han fornicado con ella y han vivido de su sensualidad. ¹⁰ Estando de pie, desde lejos por temor de su tormento, dirán: ‘¡Ay! ¡Ay de ti, oh gran ciudad, oh Babilonia, ciudad poderosa; porque en una sola hora vino tu juicio!’ ¹¹ “Y los comerciantes de la tierra lloran y se lamentan por ella, porque ya nadie compra más su mercadería: ¹² mercadería de oro, plata, piedras preciosas, perlas, lino fino, púrpura, seda, escarlata, toda madera olorosa, todo artículo de marfil, todo artículo de madera preciosa, y de cobre, y de hierro y de mármol; ¹³ canela, especias aromáticas, incienso, mirra, perfumes, vino, aceite, harina refinada, trigo, ganado, ovejas, caballos, carros, y cuerpos y almas de hombres. ¹⁴ “El fruto que anhela tu alma se apartó de ti. Todas las cosas exquisitas y espléndidas se te desvanecieron, y jamás las hallarán. ¹⁵ “Los comerciantes de estos bienes que se han enriquecido de ella, estarán de pie, desde lejos por temor de su tormento, llorando y lamentando, ¹⁶ diciendo: ‘¡Ay! ¡Ay de la gran ciudad, vestida de lino fino y de púrpura y de escarlata, adornada de oro y piedras preciosas y perlas! ¹⁷ ¡Porque en una sola hora ha sido

asolada tanta riqueza!’ ‘Y todo timonel, todo el que navega de lugar en lugar, y los marineros y cuantos trabajan en el mar se pusieron de pie desde lejos. ¹⁸ Y viendo el humo de su incendio, daban voces diciendo: ‘¿Qué ciudad era semejante a esta gran ciudad?’ ¹⁹ Echaron polvo sobre sus cabezas, y llorando y lamentando, gritaban diciendo: ‘¡Ay! ¡Ay de la gran ciudad! En ella todos los que tenían barcos en el mar se enriquecieron de la opulencia de ella. ¡Porque en una sola hora ha sido asolada!’ ²⁰ ‘Alégrate sobre ella, oh cielo, y vosotros santos y apóstoles y profetas. Porque Dios ha juzgado vuestra causa contra ella.’ ²¹ Y un ángel poderoso tomó una piedra como una gran piedra de molino y la arrojó al mar diciendo: ‘Con semejante violencia será derribada Babilonia la grande ciudad, y nunca jamás será hallada. ²² Nunca más será oído en ti el tañido de arpistas, de músicos, de flautistas o de trompetistas. Nunca más se hallará en ti ningún artesano de cualquier oficio. Y el ruido de los molinos nunca más se oirá en ti. ²³ La luz de la antorcha nunca más alumbrará en ti. Y la voz del novio y de la novia nunca más se oirá en ti; porque tus comerciantes eran los magnates de la tierra, y porque todas las naciones fueron engañadas por tus hechicerías. ²⁴ Y en ella fue hallada la sangre de los profetas y de los santos y de todos los que han sido muertos en la tierra.’”

Capítulo 19

¹ Después de estas cosas, oí como la gran voz de una enorme multitud en el cielo, que decía: “¡Aleluya! La salvación y la gloria y el poder pertenecen a nuestro Dios. ² Porque sus juicios son verdaderos y justos; pues él ha juzgado a la gran ramera que corrompió la tierra con su inmoralidad, y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella.” ³ Y por segunda vez dijeron: “¡Aleluya!” Y el humo de ella subió por los siglos de los siglos. ⁴ Y se postraron los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes y adoraron a Dios que estaba sentado sobre el trono, diciendo: “¡Amén! ¡Aleluya!”

⁵ Entonces salió del trono una voz que decía: “¡Load a nuestro Dios, todos sus siervos y los que le teméis, tanto pequeños como grandes!” ⁶ Oí como la voz de una gran multitud, como el ruido de muchas aguas y como el sonido de fuertes truenos, diciendo: “¡Aleluya! Porque reina el Señor nuestro Dios Todopoderoso. ⁷ Gocémonos, alegrémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su novia se ha preparado. ⁸ Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, resplandeciente y limpio.” Porque el lino

fino es los actos justos de los santos.⁹ El ángel me dijo: “Escribe: Bienaventurados los que han sido llamados a la cena de las bodas del Cordero.” Me dijo además: “Estas son palabras verdaderas de Dios.”¹⁰ Yo me postré ante sus pies para adorarle, pero él me dijo: “¡Mira, no lo hagas! Yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús. ¡Adora a Dios! Pues el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía.”

¹¹ Vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llama Fiel y Verdadero. Y con justicia él juzga y hace guerra.¹² Sus ojos son como llama de fuego. En su cabeza tiene muchas diademas, y tiene un nombre escrito que nadie conoce sino él mismo.¹³ Está vestido de una vestidura teñida en sangre, y su nombre es llamado EL VERBO DE DIOS.¹⁴ Los ejércitos en el cielo le seguían en caballos blancos, vestidos de lino fino, blanco y limpio.¹⁵ De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y él las guiará con cetro de hierro. El pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso.¹⁶ En su vestidura y sobre su muslo, tiene escrito el nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.¹⁷ Vi a un ángel que estaba de pie en el sol, y él gritó con gran voz a todas las aves que volaban en medio del cielo, diciendo: “¡Venid! ¡Congregaos para el gran banquete de Dios!”¹⁸ Para que comáis la carne de reyes, de comandantes, y de los poderosos; y la carne de caballos y de sus jinetes; y la carne de todos, tanto de libres como de esclavos, tanto de pequeños como de grandes.”¹⁹ Y vi a la bestia y a los reyes de la tierra y a sus ejércitos, congregados para hacer la guerra contra el que estaba montado sobre el caballo y contra su ejército.²⁰ Y la bestia fue tomada prisionera, junto con el falso profeta que había hecho delante de ella las señales con que había engañado a los que recibieron la marca de la bestia y adoraban a su imagen. Ambos fueron lanzados vivos al lago de fuego ardiendo con azufre.²¹ Los demás fueron muertos con la espada que salía de la boca del que estaba sentado sobre el caballo, y todas las aves se hartaron de la carne de ellos.

Capítulo 20

¹ Vi a un ángel que descendía del cielo y que tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena.² El prendió al dragón, aquella serpiente antigua quien es el diablo y Satanás, y le ató por mil años.³ Lo arrojó al abismo y lo cerró, y lo selló sobre él para que no engañase más a las naciones, hasta que se

cumpliesen los mil años. Después de esto, es necesario que sea desatado por un poco de tiempo. ⁴ Y vi tronos; y se sentaron sobre ellos, y se les concedió hacer juicio. Y vi las almas de los degollados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios. Ellos no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni tampoco recibieron su marca en sus frentes ni en sus manos. Ellos volvieron a vivir y reinaron con Cristo por mil años. ⁵ Pero los demás muertos no volvieron a vivir, sino hasta que se cumplieran los mil años. Esta es la primera resurrección. ⁶ Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección. Sobre éstos la segunda muerte no tiene ningún poder; sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él por los mil años. ⁷ Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión ⁸ y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla. El número de ellos es como la arena del mar. ⁹ Y subieron sobre lo ancho de la tierra y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada, y descendió fuego del cielo y los devoró. ¹⁰ Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

¹¹ Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar fue hallado para ellos. ¹² Vi también a los muertos, grandes y pequeños, que estaban de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados a base de las cosas escritas en los libros, de acuerdo a sus obras. ¹³ Y el mar entregó los muertos que estaban en él, y la Muerte y el Hades entregaron los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados, cada uno según sus obras. ¹⁴ Y la Muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda, el lago de fuego. ¹⁵ Y el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego.

Capítulo 21

¹ Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe más. ² Y yo vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén que descendía del cielo de parte de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. ³ Oí una gran voz que procedía del trono diciendo: “He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos; y

ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios.⁴ Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron.”⁵ El que estaba sentado en el trono dijo: “He aquí yo hago nuevas todas las cosas.” Y dijo: “Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.”⁶ Me dijo también: “¡Está hecho! Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tenga sed, yo le daré gratuitamente de la fuente de agua de vida.”⁷ El que venza heredará estas cosas; y yo seré su Dios, y él será mi hijo.⁸ Pero, para los cobardes e incrédulos, para los abominables y homicidas, para los fornicarios y hechiceros, para los idólatras y todos los mentirosos, su herencia será el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda.”

⁹ Vino uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo diciendo: “Ven acá. Yo te mostraré la novia, la esposa del Cordero.”¹⁰ Me llevó en el Espíritu sobre un monte grande y alto, y me mostró la santa ciudad de Jerusalén, que descendía del cielo de parte de Dios.¹¹ Tenía la gloria de Dios, y su resplandor era semejante a la piedra más preciosa, como piedra de jaspe, resplandeciente como cristal.¹² Tenía un muro grande y alto. Tenía doce puertas, y a las puertas había doce ángeles, y nombres inscritos que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel.¹³ Tres puertas daban al este, tres puertas al norte, tres puertas al sur y tres puertas al oeste.¹⁴ El muro de la ciudad tenía doce fundamentos, y sobre ellos los doce nombres de los apóstoles del Cordero.¹⁵ El que hablaba conmigo tenía una caña de medir, de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro.¹⁶ La ciudad está dispuesta en forma cuadrangular. Su largo es igual a su ancho. El midió la ciudad con la caña, y tenía 12.000 estadios. El largo, el ancho y el alto son iguales.¹⁷ Midió su muro, 144 codos según medida de hombre, que es la del ángel.¹⁸ El material del muro era jaspe, y la ciudad era de oro puro semejante al vidrio limpio.¹⁹ Los cimientos del muro de la ciudad estaban adornados con toda piedra preciosa. El primer cimiento era de jaspe, el segundo de zafiro, el tercero de ágata, el cuarto de esmeralda,²⁰ el quinto de ónice, el sexto de cornalina, el séptimo de crisólito, el octavo de berilo, el noveno de topacio, el décimo de crisoprasa, el undécimo de jacinto, el duodécimo de amatista.²¹ Las doce puertas eran doce perlas; cada puerta fue hecha de una sola perla. La plaza era de oro puro como vidrio transparente.²² No vi en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero, es el templo de ella.²³ La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, para que resplandezcan en ella; porque

la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lámpara.²⁴ Las naciones andarán a la luz de ella, y los reyes de la tierra llevan a ella su gloria.²⁵ Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche.²⁶ Y llevarán a ella la gloria y la honra de las naciones.²⁷ Jamás entrará en ella cosa impura o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.

Capítulo 22

¹ Después me mostró un río de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluye del trono de Dios y del Cordero.² En medio de la avenida de la ciudad, y a uno y otro lado del río, está el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto. Las hojas del árbol son para la sanidad de las naciones.³ Ya no habrá más maldición. Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos le rendirán culto.⁴ Verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes.⁵ No habrá más noche, ni tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol; porque el Señor Dios alumbrará sobre ellos, y reinarán por los siglos de los siglos.

⁶ Me dijo además: “Estas palabras son fieles y verdaderas. Y el Señor, el Dios de los espíritus de los profetas, ha enviado su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que tienen que suceder pronto.⁷ ¡He aquí vengo pronto! Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro.”⁸ Yo, Juan, soy el que he oído y visto estas cosas. Cuando las oí y las vi, me postré para adorar ante los pies del ángel que me las mostraba.⁹ Y él me dijo: “¡Mira, no lo hagas! Pues yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de este libro. ¡Adora a Dios!”¹⁰ Y me dijo: “No selles las palabras de la profecía de este libro, porque el tiempo está cerca.¹¹ El que es injusto, haga injusticia todavía. El que es impuro, sea impuro todavía. El que es justo, haga justicia todavía, y el que es santo, santifíquese todavía.¹² He aquí vengo pronto, y mi recompensa conmigo, para pagar a cada uno según sean sus obras.¹³ Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio y el fin.”¹⁴ Bienaventurados los que lavan sus vestiduras, para que tengan derecho al árbol de la vida y para que entren en la ciudad por las puertas.¹⁵ Pero afuera quedarán los perros, los hechiceros, los fornicarios, los homicidas, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira.¹⁶ “Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para

daros testimonio de estas cosas para las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana.”¹⁷ El Espíritu y la esposa dicen: “¡Ven!” El que oye diga: “¡Ven!” El que tiene sed, venga. El que quiere, tome del agua de vida gratuitamente.¹⁸ Yo advierto a todo el que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios le añadirá las plagas que están escritas en este libro;¹⁹ y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios le quitará su parte del árbol de la vida y de la santa ciudad, de los cuales se ha escrito en este libro.

²⁰ El que da testimonio de estas cosas dice: “¡Sí, vengo pronto!” ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús!²¹ La gracia de nuestro Señor Jesús sea con todos.